

***Nora
Roberts***
La mentira

PLAZA  JANÉS

NORA ROBERTS

LA MENTIRA

Traducción de

Nieves Calvino Gutiérrez

PLAZA  JANÉS

Índice

La mentira

PRIMERA PARTE. El engaño

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

SEGUNDA PARTE. Raíces

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

TERCERA PARTE. Lo real

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Si te ha gustado esta novela... no te pierdas

Sobre este libro

Sobre Nora Roberts

Créditos

*Para JoAnne,
la asombrosa amiga para toda la vida*

Sinopsis

Drama, amor y suspense se dan cita en *La mentira*, la nueva novela de Nora Roberts.

Shelby Pomeroy pierde a su marido, Richard, en dos ocasiones. La primera cuando recibe la noticia de su naufragio y la segunda cuando descubre las múltiples identidades falsas que ha tenido, los escauceos amorosos que ha vivido con otras mujeres y la impresionante deuda que le ha dejado. Todo era falso, incluso el diamante de su anillo de compromiso.

Desesperada por recuperar el equilibrio y sacar adelante a su hija de tres años, Shelby regresa a la pequeña localidad de Tennessee donde se crio. Reencontrarse con su familia y con los paisajes de su niñez le devuelve la fuerza y la ilusión de vivir, y cuando conoce a Griffin Lott, un atractivo constructor local, siente que está empezando una nueva vida.

A partir de ese momento el amor, pero también el peligro, rondarán a Shelby. No todos los secretos de Richard han salido todavía a la luz y ella no tardará en darse cuenta de que se ha convertido en un objetivo, y que ni siquiera en su pueblo natal, rodeada de gente que la quiere, está a salvo.

PRIMERA PARTE

El engaño

No es la mentira que cruza por la mente la que causa daño, sino la que echa raíces allí.

FRANCIS BACON

En la gran casa (y Shelby siempre pensaría en ella como la gran casa) se sentó en el gran sillón de piel de su marido frente al gran e imponente escritorio. El sillón era del color del café. No era marrón. Richard había sido muy preciso en ese tipo de cosas. El escritorio en sí, tan elegante y reluciente, era una pieza exclusiva de madera de zebrano africano y estaba hecha a mano en Italia.

Cuando le dijo que no sabía que había cebras en Italia (un simple chiste), él le había lanzado esa mirada. La mirada que le daba a entender que a pesar de la gran casa, de la ropa elegante y del enorme diamante en el dedo anular de la mano izquierda, ella siempre sería Shelby Anne Pomeroy, a dos pasos del pueblo de palurdos de Tennessee donde nació y creció.

Pensó que en otro tiempo su marido se habría reído, habría sabido que estaba bromeando y se habría reído, como si ella fuera la chispa que iluminaba su vida. Pero, ay, Dios, esa chispa se había apagado a sus ojos y muy rápido, además.

El hombre a quien conoció hacía casi cinco años en una estrellada noche de verano le había hecho perder la cabeza, la había alejado de todo cuanto conocía y la había llevado a mundos que ni siquiera había imaginado.

La había tratado como a una princesa, le había mostrado lugares sobre los que solo había leído en libros o visto en películas. Y la había amado en algún momento..., ¿verdad? Era importante recordar eso. La había amado, la había deseado, le había dado todo cuanto una mujer podría querer.

Mantenido. Era la palabra que él había usado con frecuencia. La había mantenido.

Quizá él se disgustó cuando se quedó embarazada, quizá ella tuvo miedo, unos minutos, de la expresión de sus ojos cuando se lo contó. Pero estaban casados, ¿no? Se la llevó a Las Vegas como si estuvieran viviendo la aventura de sus vidas.

Entonces eran felices. Esto también era importante recordarlo. Tenía que recordar eso, tenía que aferrarse a los recuerdos de los buenos tiempos.

Una mujer viuda a los veinticuatro necesitaba recuerdos.

Una mujer que descubrió que había estado viviendo una mentira, que no solo estaba arruinada, sino que además tenía una deuda de infarto, tenía que acordarse de los buenos tiempos.

Los abogados, contables e inspectores de Hacienda se lo explicaron todo, pero bien podrían haberse dirigido a ella en chino cuando continuaron hablando del grado de endeudamiento, de los fondos de cobertura y de las ejecuciones. La gran casa, que le había intimidado desde que entró por primera vez por la puerta, no era suya (por lo menos no hasta un punto en que fuese relevante), sino del banco. Los coches eran alquilados, no comprados, y con los pagos atrasados, tampoco eran suyos.

¿El mobiliario? Comprado a plazos, y dichos plazos vencidos.

Y los impuestos. No podía soportar pensar en los impuestos. Le aterraba pensar en ellos.

En los dos meses y ocho días desde la muerte de Richard, parecía que lo único que hacía era pensar en asuntos sobre los que él le había dicho que no se preocupara, asuntos

que no le correspondían a ella. Asuntos, le decía él lanzándole esa mirada, que no eran de su incumbencia.

En ese momento todo era asunto suyo, todo era de su incumbencia porque les debía tanto dinero a los acreedores, al banco y a la administración de Estados Unidos que se sentía paralizada.

No podía permitírselo. Tenía una pequeña, una hija. Callie era lo único que importaba. Tenía solo tres años, pensó Shelby, y tuvo ganas de apoyar la cabeza en ese elegante y reluciente escritorio y echarse a llorar.

—Pero no lo harás. Tú eres lo único que ella tiene ahora, así que harás lo que sea necesario.

Abrió una de las cajas, la que ponía «documentos personales». Suponía que los abogados y los inspectores de Hacienda se lo habían llevado, revisado y copiado todo.

Ella haría lo mismo para ver qué se podía salvar. Por Callie.

Tenía que encontrar lo suficiente, en alguna parte, para mantener a su hija después de que hubiera saldado todas las deudas. Conseguiría un empleo, claro, pero no bastaría con eso.

No le importaba el dinero, se dijo mientras empezaba a revisar facturas de trajes, zapatos, restaurantes y hoteles. Vuelos privados. Había aprendido que no le importaba el dinero tras la vorágine del primer año, después de que naciera Callie.

Cuando llegó Callie, lo único que quería era un hogar.

Se detuvo y echó un vistazo al despacho de Richard. Los estridentes colores de las obras de arte moderno que él prefería, las paredes blancas que decía que hacían resaltar más dichas piezas y las maderas y la piel oscuras.

Aquello no sería un hogar ni lo había sido. No lo sería ni aunque viviera allí ochenta años en vez de los escasos tres meses desde que se habían mudado, pensó.

Él la había comprado sin consultarle, la había amueblado sin preguntarle qué le gustaría a ella. Una sorpresa, le había dicho al abrir las puertas de aquella monstruosa casa en Villanova, de aquel resonante edificio sobre el que había afirmado era el mejor barrio residencial de Filadelfia.

Y ella había fingido que le encantaba, ¿cierto? Agradecida por tener un lugar fijo, pese a lo mucho que los colores sobrios y los altísimos techos le intimidaban. Callie tendría un hogar, iría a un buen colegio y jugaría en un barrio seguro.

Haría amigos. Ella también haría amigos; esa había sido su esperanza.

Pero no había tenido tiempo.

Del mismo modo que tampoco había un seguro de vida de diez millones de dólares. También le había mentido sobre eso. Le había mentido sobre los ahorros para la universidad de Callie.

¿Por qué?

Dejó esa cuestión a un lado. Jamás conocería la respuesta, así que ¿para qué preguntar la razón?

Podría llevarse los trajes, los zapatos, las corbatas, las equipaciones deportivas, los palos de golf y los esquís. Podría llevar todo aquello a tiendas de segunda mano y sacar algo.

Coger lo que no hubieran embargado y venderlo. En el puñetero eBay si era necesario. O en Craigslist. O en una tienda de empeños, daba igual.

Había muchas cosas para vender en su propio armario. Y también joyas.

Miró el diamante, el anillo que él le había puesto en el dedo cuando fueron a Las

Vegas. Conservaría el anillo de casada, pero el diamante lo vendería. Tenía muchas cosas suyas para vender.

Por Callie.

Revisó los archivos uno por uno. Se habían llevado los ordenadores y todavía no se los habían devuelto. Pero el papel era tangible.

Abrió su expediente médico.

Se cuidaba bien, pensó, cosa que hizo que se acordara de que tenía que cancelar la suscripción al club de campo y al gimnasio. Eso se le había olvidado. Richard había sido un hombre sano, que se mantenía en forma y nunca faltaba a una revisión médica.

Debía tirar todas aquellas vitaminas y suplementos que había tomado a diario, decidió al pasar otra página.

No había razón para conservarlos ni tampoco aquellos informes. El hombre sano se había ahogado en el Atlántico a unas pocas millas de la costa de Carolina del Sur, a la edad de treinta y tres años.

Podía limitarse a triturarlo todo. Richard había sido partidario de ese sistema y tenía su propia trituradora de papel justo allí, en el despacho. No era necesario que los acreedores vieran los resultados de sus últimos análisis de sangre rutinarios ni la confirmación de su vacuna de la gripe de hacía dos años ni los informes de urgencias de cuando se dislocó el dedo jugando al baloncesto.

Por el amor de Dios, eso había pasado hacía tres años. Para un hombre que había triturado suficientes papeles como para crear una cadena montañosa, no cabía duda de que había sido muy posesivo con sus facturas médicas.

Exhaló un suspiro fijándose en otra fechada hacía casi cuatro años. Se disponía a desecharla, pero se detuvo y frunció el ceño. No conocía a ese médico. Claro que por entonces vivían en aquella gran torre de apartamentos en Houston y, mudándose cada año, a veces incluso en menos tiempo, ¿quién podía estar al corriente de los médicos? Sin embargo, aquel estaba en Nueva York.

—Esto no puede estar bien —murmuró—. ¿Por qué Richard visitaría a un médico en Nueva York para...?

Todo se congeló. Su mente, su corazón, sus entrañas. Los dedos le temblaron al coger el papel y acercárselo, como si las palabras fueran a cambiar con la distancia.

Pero no lo hicieron.

Richard Andrew Foxworth se sometió a una cirugía programada, realizada por el doctor Dipok Haryana en el centro médico Monte Sinaí el 12 de julio de 2011. Una vasectomía.

Se había hecho la vasectomía, sin decírselo. Callie apenas tenía dos meses y él se había asegurado de que no pudieran tener más hijos. Había fingido que quería más cuando ella empezó a hablar de buscar el segundo. Había accedido a que lo examinaran, igual que habían hecho con ella, cuando no consiguió quedarse embarazada después de intentarlo durante un año.

Todavía podía oírle:

«Solo tienes que relajarte, Shelby, por Dios bendito. Si estás preocupada y tensa, no ocurrirá nunca».

—No, no ocurrirá nunca porque tú te encargaste de que fuera imposible. Me mentiste incluso en eso. Mentiste mientras a mí se me rompía el corazón cada mes. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste?

Se apartó del escritorio presionándose los ojos con los dedos. Julio, mediados de

julio, y Callie tenía unas ocho semanas. Un viaje de negocios, eso le dijo, sí, lo recordaba muy bien. A Nueva York... No había mentido acerca del lugar.

No había querido llevar al bebé a la ciudad; él sabía que ella no querría. Se había encargado de todos los pormenores. Otra sorpresa para ella. Las mandó a ambas a Tennessee en un avión privado.

Para que pudiera pasar un poco de tiempo con su familia, le dijo. Y también para que presumiera del bebé y dejara que su madre y su abuela las mimaran a ella y a Callie durante un par de semanas.

Estaba muy feliz y muy agradecida, pensó. Y mientras tanto él solo había estado quitándose de en medio para asegurarse de que no tendría otro hijo.

Volvió a la mesa, cogió la fotografía que le había enmarcado. Una de Callie y de ella, tomada por su hermano Clay justo durante aquel viaje. Un regalo de agradecimiento que él había parecido apreciar, pues desde entonces lo había mantenido en su escritorio allá adonde iban.

—Otra mentira. Otra mentira más. Nunca nos quisiste. No podrías haber mentido una y otra vez si nos hubieras querido.

Casi estampa el marco contra la mesa por culpa de la cólera suscitada por la traición. Solo el rostro de su bebé se lo impidió. Lo dejó de nuevo, con el mismo cuidado que tendría con una frágil y valiosa pieza de porcelana.

Luego se sentó en el suelo; no podía sentarse a aquella mesa, ya no. Se dejó caer al suelo, con los estridentes colores que resaltaban de las níveas paredes blancas, meciéndose, llorando. Llorando no porque el hombre al que había amado estuviera muerto, sino porque nunca existió.

No tenía tiempo para dormir. Aunque el café no le gustaba, se preparó una enorme taza en la máquina italiana de Richard... y le agregó una dosis doble de expreso.

Con dolor de cabeza por el ataque de llanto y bajo los efectos de la cafeína, examinó todos y cada uno de los papeles de la caja mientras hacía montones.

Las facturas de hotel y restaurantes, al inspeccionarlas con una mirada más consciente, le indicaron que no solo le había mentido, sino que además le había sido infiel.

Cargos al servicio de habitaciones demasiado elevados para un hombre solo. Si a eso le sumaba una factura por un colgante de plata de Tiffany's (que no le había regalado a ella) en el mismo viaje, otros cinco mil dólares en La Perla (la lencería que prefería que se pusiera) de otro viaje, una factura por un fin de semana en un hostel de Vermont, cuando le había dicho que iba a concluir un negocio en Chicago, las piezas empezaban a encajar y a cobrar fuerza.

¿Por qué había guardado todo eso, todas esas pruebas de sus mentiras y de su infidelidad? Porque ella había confiado en él, comprendió.

No solo eso, pensó, sino que además había consentido. Había sospechado que tenía una aventura, y con toda seguridad él sabía que era así. Lo había guardado todo porque la había considerado demasiado obediente como para hurgar en sus archivos personales.

Y lo había sido.

Había guardado bajo llave las otras vidas que había llevado. Ella no habría sabido dónde buscar la llave, jamás le habría cuestionado... y él lo sabía.

¿Cuántas mujeres más?, se preguntó. ¿Acaso importaba? Una era demasiado, y cualquiera de ellas habría sido más sofisticada, experimentada y culta que la chica

encandilada e ingenua del pequeño pueblo de montaña de Tennessee a la que había dejado embarazada con diecinueve años.

¿Por qué se había casado con ella?

Quizá la había querido; al menos, un poco. La había deseado. Pero no había sido suficiente, no había bastado para mantenerle feliz, para que fuera fiel.

Y ¿acaso importaba ya? Estaba muerto.

Sí, pensó. Sí, claro que importaba.

La había engañado, la había humillado. Le había dejado una deuda económica que podría perseguirla durante años y poner en peligro el futuro de su hija.

Por supuesto que importaba, joder.

Pasó otra hora registrando el despacho de forma sistemática. Ya le habían vaciado la caja fuerte. Estaba al tanto de su existencia, aunque no tenía la combinación, de modo que había autorizado a los abogados para que la abrieran.

Se habían llevado la mayoría de los documentos legales, pero había cinco mil dólares en efectivo, que sacó y dejó a un lado. La partida de nacimiento de Callie, y sus pasaportes.

Abrió el de Richard y estudió su fotografía.

Muy guapo. Elegante y refinado, como una estrella de cine, con su intenso cabello castaño y sus ojos ambarinos. Había deseado tanto que Callie heredara sus hoyuelos. Esos puñeteros hoyuelos la habían cautivado.

Dejó los pasaportes a un lado. Se llevaría el de Callie y el suyo, si bien no era muy probable que los utilizara. Destruiría el de Richard. O... quizá preguntara a los abogados si debería hacer eso.

No encontró nada oculto, pero volvería a examinarlo antes de triturarlo o archivar las cosas de nuevo en cajas de embalar.

Hasta arriba de cafeína y tristeza, recorrió la casa, cruzó el vestíbulo, con una altura de dos pisos, y subió las escaleras; los gruesos calcetines que llevaba puestos no hacían ruido en el suelo de madera.

Primero entró en la habitación de Callie para ver cómo estaba y se inclinó para besar a su hija en la mejilla antes de arropar bien a su pequeña, que dormía con el culo en pompa, su postura preferida.

Después de dejar la puerta abierta, enfiló el pasillo hasta el dormitorio principal.

Odiaba esa habitación, pensó. Detestaba las paredes grises, el negro cabecero de piel y las marcadas líneas del negro mobiliario.

La detestaba aún más en ese momento, sabiendo que había hecho el amor con él en aquella cama después de que él hubiera estado con otras mujeres, en otras camas.

Mientras se le encogía el estómago, se dio cuenta de que tenía que ir al médico. Debía asegurarse de que no le había contagiado nada. No pienses ahora, se dijo. Pide una cita mañana y no pienses ahora.

Fue hasta el armario de Richard, que era casi tan grande como el dormitorio entero que ella tenía en Rendezvous Ridge, su pueblo natal.

Hay ropa casi nueva, pensó. Armani, Versace y Cucinelli. Richard se había decantado por los diseñadores italianos en cuestión de trajes. Y también de zapatos, se dijo, cogiendo un par de mocasines negros de Ferragamo del estante y dándoles la vuelta para estudiar las suelas.

Apenas tenían arañazos.

Siguió adelante, abrió un armario y sacó bolsas para trajes.

A la mañana siguiente llevaría tantos como le fuera posible a la tienda de segunda mano.

—Ya debería haberlo hecho —farfulló.

Pero primero habían sido el shock y la pena, luego los abogados, los contables y los agentes de la administración.

Revisó los bolsillos de un traje gris de raya diplomática para cerciorarse de que estaban vacíos, y lo metió en la bolsa. Cinco por bolsa, calculó. Cuatro bolsas para los trajes y luego otras cinco, tal vez seis, para chaquetas y abrigos. A continuación, camisas y pantalones informales.

El trabajo mecánico hizo que se mantuviera tranquila; despejar poco a poco el espacio le aligeró el corazón hasta cierto punto.

Las dudas surgieron cuando llegó a la chaqueta de cuero de color bronce oscuro. Había sido su preferida. El estilo aviador y el intenso color le sentaban muy bien. Sabía que era uno de los pocos regalos suyos que le habían gustado de verdad.

Acarició una de las mangas, suave como la mantequilla, flexible, y casi cedió al impulso de dejarla a un lado, de quedársela, al menos durante una temporada.

Entonces pensó en la factura del médico y rebuscó sin miramientos en los bolsillos.

Estaban vacíos, por supuesto; tenía todas las noches especial cuidado en vaciar los bolsillos y dejar la calderilla en el platito de cristal de su cómoda. El teléfono en el cargador, las llaves en el platito junto a la puerta principal o colgadas en el armario de su despacho. Nunca dejaba nada que los pudiera deformar, estropear su corte o quedarse olvidado en ellos.

Pero al apretar los bolsillos, costumbre que se le había pegado de cuando su madre hacía la colada, notó algo. Echó un nuevo vistazo y lo encontró vacío. Metió los dedos otra vez y sacó el bolsillo.

Reparó en que había un pequeño agujero en el forro. Sí, había sido su chaqueta favorita.

Llevó la chaqueta de nuevo al dormitorio y sacó las tijeras de su set de manicura. Con mucho cuidado, ensanchó el agujero, diciéndose que lo cosería más tarde, antes de embolsarla para venderla.

Acto seguido introdujo los dedos en la abertura y extrajo una llave.

No era la llave de una puerta, pensó, girándola a la luz. Ni la de un coche. Era de una caja de seguridad de un banco.

Pero ¿de qué banco? Y ¿qué había en ella? ¿Por qué una caja de seguridad de un banco cuando tenía una caja fuerte justo en su despacho?

Sin duda debería contárselo a los abogados, pensó. Pero no iba a hacerlo. Por lo que sabía, Richard podría tener un libro en el que llevara la cuenta de todas las mujeres con las que se había acostado los últimos cinco años y ya había sufrido bastante humillación.

Buscaría el banco y la caja y lo comprobaría ella misma.

Podían quedarse con la casa, los muebles, los coches, las acciones, los bonos y el dinero, que distaba mucho de la cuantía que Richard le había contado que tenía. Podían quedarse con las obras de arte, las joyas, el chaquetón de chinchilla que le había regalado por sus primeras y últimas Navidades en Pensilvania.

Pero ella se quedaría con lo que le restaba de orgullo.

Despertó de una perturbadora pesadilla al sentir que le tiraban de forma insistente

de la mano.

—Mamá, mamá, mamá. ¡Despierta!

—¿Qué?

Ni siquiera abrió los ojos, sino que bajó la mano y subió a su pequeña a la cama con ella. La abrazó con fuerza.

—Es de día —canturreó Callie—. Fifi tiene hambre.

—Mmm. —Fifi, la muy querida perra de peluche de Callie, siempre se despertaba con hambre—. Vale. —Pero siguió abrazándola un rato.

En un momento dado se había tumbado, completamente vestida, sobre la cama, se había tapado con la negra colcha de cachemir y se había quedado frita. Jamás convencería a Callie ni a Fifi para que se quedasen acurrucadas durante otra hora, pero podía remolonear unos minutos más.

—Tu pelo huele muy bien —murmuró Shelby.

—El pelo de Callie. El pelo de mamá.

Shelby sonrió al sentir un tironcito en el suyo.

—Iguales.

El tono caoba oscuro le venía por parte de madre. Por parte de los MacNee. Lo mismo que los casi ingobernables rizos que, dado que Richard lo prefería liso y tirante, se había secado y alisado cada semana.

—Los ojos de Callie. Los ojos de mamá.

Callie le abrió un ojo a Shelby con los dedos. Eran del mismo azul oscuro que casi parecía púrpura bajo cierta luz.

—Iguales —comenzó Shelby, y luego hizo un gesto de dolor cuando Callie le metió el dedo en el ojo.

—Rojo.

—Seguro que sí. ¿Qué quiere Fifi para desayunar?

Cinco minutos más, pensó Shelby. Solo cinco.

—Fifi quiere... ¡caramelo!

El júbilo absoluto que reflejaba la voz de su hija hizo que Shelby abriera sus enrojecidos ojos azules.

—¿Es cierto eso, Fifi? —Shelby giró hacia ella la alegre cara afelpada de la perra rosa—. Ni hablar. —Volvió a Callie, le hizo cosquillas en las costillas y, a pesar de la jaqueca, disfrutó de sus grititos de alegría—. A desayunar. —Cogió a la pequeña en brazos—. Luego tenemos que ir a algunos sitios, mi pequeña reina de las hadas, y ver a algunas personas.

—¿Marta? ¿Viene Marta?

—No, cielo. —Pensó en la niñera que Richard había insistido en tener—. ¿Recuerdas que te dije que Marta ya no vendría más?

—Igual que papá —dijo Callie mientras Shelby la llevaba abajo.

—No exactamente. Pero voy a preparar un desayuno fabuloso para nosotras. ¿Sabes qué es casi tan bueno como el caramelo para desayunar?

—¡La tarta!

Shelby rió.

—Casi. Las tortitas. Tortitas con forma de perrito.

Con una risita, Callie apoyó la cabeza en el hombro de Shelby.

—Te quiero, mami.

—Te quiero, Callie —respondió Shelby, y se prometió que haría todo lo que fuera

necesario para darle a Callie una vida buena y segura.

Después de desayunar, ayudó a su hija a vestirse y ambas se abrigaron bien. Había disfrutado de la nieve en Navidad y apenas le había prestado atención en enero, tras el accidente de Richard.

Pero ya era marzo y estaba más que harta de la nieve y del aire glacial que no daba señales de caldearse. Sin embargo, hacía el calor suficiente en el garaje como para acomodar a Callie en su silla infantil y meter todas las pesadas bolsas con ropa en el elegante todoterreno que sin duda no seguiría siendo suyo por mucho más tiempo.

Tendría que encontrar dinero suficiente para comprarse un coche de segunda mano. Un buen coche, seguro y adaptado para los niños. Un monovolumen, pensó mientras salía marcha atrás del garaje.

Condujo con prudencia. Habían retirado la nieve de las carreteras, pero el invierno causaba estragos por muy exclusivo que fuera el barrio, y había baches.

No conocía a nadie allí. El invierno había sido tan crudo, tan frío, y sus circunstancias tan abrumadoras que había pasado más tiempo dentro de casa que fuera. Y Callie pilló aquel fuerte resfriado. Shelby recordó que fue el frío lo que hizo que se quedaran en casa cuando Richard se fue a Carolina del Sur. El viaje que tenían que ser unas vacaciones familiares de invierno.

Habrían estado con él en el barco, y al oír a su hija parlotear con Fifi, no soportaba pensar en ello. Por lo tanto, se concentró en conducir entre el tráfico y buscar la tienda de segunda mano.

Montó a Callie en su silla de paseo y, maldiciendo el viento polar, sacó como pudo las tres bolsas del coche. Una mujer le abrió mientras ella trataba a duras penas de abrir la puerta de la tienda, impedir que las bolsas resbalaran y bloquear el viento para que no le diera de lleno a Callie.

—¡Oh, vaya! Deje que le eche una mano.

—Gracias. Pesan un poco, así que debería...

—Ya las tengo. ¡Macey! He encontrado un tesoro.

Otra mujer, esta en avanzado estado de gestación, salió de la trastienda.

—Buenos días. Vaya, hola, ricura —le dijo a Callie.

—Tú tienes un bebé en la barriguita.

—Sí que lo tengo. —Macey posó una mano sobre su vientre y le brindó una sonrisa a Shelby—. Bienvenida a Segundas Oportunidades. ¿Desea que le echemos un vistazo a algo?

—Así es. —Una rápida ojeada la tienda mostró a Shelby percheros y estantes con ropa y accesorios. Y una minúscula zona dedicada a la ropa de hombre. Se le cayó el alma a los pies—. No he tenido ocasión de venir antes, así que no sabía que... Casi todo lo que he traído son trajes. Trajes, camisas y chaquetas de hombre.

—Nunca tenemos suficiente ropa para hombre. —La mujer que le había sujetado la puerta dio un golpecito a las bolsas que Shelby había dejado sobre un ancho mostrador—. ¿Le parece bien que echemos un vistazo?

—Sí, por favor.

—Usted no es de por aquí —comentó Macey.

—Oh, no. Supongo que no.

—¿Ha venido de visita?

—En estos momentos... vivimos aquí, en Villanova, desde diciembre, pero...
—¡Oh, Dios mío! Qué trajes tan bonitos. Y en perfectas condiciones por ahora, Macey.
—¿Qué talla, Cheryl?
—Una cuarenta y dos normal. Y debe de haber unos veinte.
—Veintidós —dijo Shelby, y cruzó los dedos—. Tengo más en el coche.
—¿Más? —exclamaron ambas mujeres a unísono.
—Zapatos... del número cuarenta y tres. Y abrigos y chaquetas y... Mi marido...
—¡La ropa de papá! —anunció Callie cuando Cheryl colgó otro traje en un perchero—. No toques la ropa de papá con las manos pegajosas.
—Eso es, mi amor. Ah, verán... —comenzó Shelby buscando el modo adecuado de explicarlo. Callie lo solucionó.
—Mi papá se ha ido al cielo.
—Lo siento mucho. —Con una mano en su vientre, Macey posó la otra en el brazo de Callie.
—El cielo es bonito —les respondió Callie—. Allí viven los ángeles.
—Tienes razón. —Macey miró a Cheryl y asintió—. ¿Por qué no va a por el resto? —le dijo a Shelby—. Puede dejar... ¿Cómo te llamas, cariño?
—Callie Rose Foxworth. Esta es Fifi.
—Hola, Fifi. Nosotras vigilaremos a Callie y a Fifi mientras trae lo demás.
—Si están seguras... —Vaciló y, acto seguido, se preguntó qué motivo tendrían dos mujeres (una de las cuales estaba embarazada de unos siete meses) para huir con Callie en el rato que tardaría en ir al coche y volver—. Será solo un minuto. Callie, pórtate bien. Mamá solo va a por unas cosas al coche.

Eran muy amables, pensó Shelby más tarde, cuando se marchó a probar con los bancos locales. La gente solía ser amable si se le daba la oportunidad de serlo. Se habían quedado con todo y sabía que se habían quedado con más de lo que tal vez podían, pero Callie las había conquistado.

—Eres mi amuleto de la suerte, Callie Rose.

Callie sonrió con la pajita del tetrabrik de zumo en la boca, pero mantuvo los ojos fijos en la pantalla del DVD incorporado en la parte de atrás del asiento y en la película *Shrek*, que estaba viendo por millonésima vez.

Seis bancos después, Shelby decidió que se le había acabado la suerte ese día. Y su pequeña necesitaba comer y dormir la siesta.

En cuanto alimentó, bañó y acostó a Callie (y esa última parte siempre le llevaba el doble de tiempo del que esperaba) se preparó para hacer frente al contestador automático y al buzón de voz de su teléfono móvil.

Había acordado unos planes de pago con las empresas de tarjetas de crédito y tenía la sensación de que habían sido tan decentes como cabría esperar. Había hecho lo mismo con la Agencia Tributaria. El banco había accedido a una venta al descubierto y uno de los mensajes era de la agente inmobiliaria, que quería fijar las primeras visitas a la casa.

También a ella le habría convenido una siesta, pero podía hacer un montón de cosas, si Dios quería, durante la hora que Callie dormía.

Utilizó el despacho de Richard, ya que era lo más sensato. Había cerrado la mayoría de las habitaciones de la casa y apagaba la calefacción siempre que podía. Miró la chimenea de gas blanca y negra bajo la repisa de mármol negro, pues le apetecía encender el fuego. Lo único que le había gustado de la agobiante casa era poder disfrutar del fuego, de su calor y de su alegría con solo pulsar un botón.

Pero eso costaba dinero y no podía gastarlo solo para tener llamas de gas, cuando el jersey y los calcetines gruesos la mantenían caliente. Sacó la lista de tareas pendientes que había elaborado, le devolvió la llamada a la agente inmobiliaria y accedió a que enseñara la casa el sábado y el domingo.

Se llevaría a Callie a dar una vuelta, saldrían y dejarían ese asunto a la inmobiliaria. Entretanto, indagó sobre el nombre de la empresa, proporcionado por los abogados, que podría comprar los muebles con el fin de evitar el embargo.

Si conseguía venderlos del tirón, o al menos una buena parte de ellos, probaría a hacer lotes por internet... si volvía a tener acceso a un ordenador.

Si no obtenía lo suficiente, tendría que hacer frente a la humillación de que se los embargasen.

No creía que en ese barrio se hicieran rastrillos en las casas y, de todas formas, hacía demasiado frío.

A continuación devolvió las llamadas a su madre, a su abuela y a su cuñada... y les pidió que les dijeran a las tías y primas que también había llamado y que se encontraba bien, que Callie estaba bien, y que lo único que sucedía era que se encontraba muy atareada poniendo las cosas en orden.

No podía contárselo todo, aún no. Sabían algo, desde luego, y eso era lo único que podía compartir en esos momentos. Hablar de ello la ponía furiosa, le entraban ganas de llorar y tenía muchas cosas que hacer.

Para mantenerse ocupada, subió al dormitorio y revisó sus joyas. Su anillo de compromiso, los pendientes de diamantes que Richard le había regalado cuando cumplió veintiún años. El colgante de esmeralda que le había regalado cuando nació Callie. Otras piezas, otros obsequios. Los relojes de Richard (seis en total) y su batallón de gemelos.

Elaboró una minuciosa lista, tal y como había hecho con la ropa que había llevado a

la tienda de segunda mano. Embolsó las joyas con sus tasaciones e información del seguro y luego buscó por teléfono una joyería, tan local como le fue posible, que, además de vender, comprara.

Con las cajas que había comprado cuando salieron, comenzó a empaquetar lo que consideraba suyo y era importante para ella. Fotografías, regalos de su familia. La agente inmobiliaria le había aconsejado que «despersonalizara» la casa, y eso era lo que haría.

Cuando Callie se despertó de la siesta, Shelby le encomendó pequeñas tareas para mantenerla entretenida. Mientras ella empaquetaba, la pequeña limpiaba. Ya no tenían personal de servicio que fregara y puliera los metros y metros de baldosas, parquet, cromado y cristal.

Preparó la cena y comió lo que pudo. Se ocupó de la hora del baño, de leerle un cuento y de acostarla, y luego continuó empaquetando y llevando cajas al garaje. Exhausta, se premió con un baño caliente de espuma en la bañera, con sus chorros de hidromasaje, y después se metió en la cama con su bloc de notas, con la intención de elaborar la agenda del día siguiente.

Se durmió con la luz encendida.

A la mañana siguiente, salió de nuevo con Callie, Fifi y *Shrek* y el maletín de piel de Richard con sus joyas y la documentación pertinente, los relojes y los gemelos de él. Probó con otros tres bancos, ampliando el área de búsqueda, y luego, recordándose que el orgullo no tenía cabida allí, aparcó delante de la joyería.

Lidió con una niña de tres años, enfurruñada porque le interrumpieran de nuevo su película, y consiguió que Callie se conformara después de prometerle un nuevo DVD.

Entró con ella en el establecimiento diciéndose que se trataba de negocios, una cuestión de dólares y centavos.

Todo brillaba y parecía tan silencioso como una iglesia entre una misa y otra. Tenía ganas de dar media vuelta y marcharse, pero se obligó a aproximarse a la mujer ataviada con un formal traje negro y unos elegantes pendientes de oro.

—Disculpe, me gustaría hablar con alguien sobre la venta de unas joyas.

—Puede hablar con quien desee de los que estamos aquí. Nos dedicamos a vender joyas.

—No, señora, quería decir que soy yo quien vende. Me gustaría vender algunas piezas. Afuera pone que también compran joyería.

—Por supuesto. —La mujer le dio un repaso a Shelby de la cabeza a los pies con mirada inquisitiva.

Tal vez no fuera de punta en blanco, pensó Shelby. Quizá no había conseguido camuflar las ojeras, pero si algo le había enseñado su abuela era que cuando un cliente entra en un lugar, se le trata con respeto.

Shelby irguió la espalda, que amenazaba con encorvarse, y la miró a los ojos.

—¿Hay alguien con quien deba hablar o prefiere que vaya a hacer negocios a otra parte?

—¿Tiene las facturas originales de las piezas que le interesa vender?

—No, no las tengo, no de todas, ya que algunas son regalos. Pero tengo las tasaciones y los documentos del seguro. ¿Le parezco una ladrona que se lleva consigo a su hija a joyerías elegantes para intentar vender mercancía robada?

Sintió que estaba a punto de montar una escena, como un dique listo para reventar y

dejar que el agua discurriera con violencia, arrastrándolo todo a su paso. Quizá la dependienta lo había notado, ya que dio un paso atrás.

—Un momento, por favor.

—Mamá, quiero irme a casa.

—Oh, cielo, yo también. Y nos iremos. Nos iremos pronto a casa.

—¿Puedo ayudarla?

El hombre que se acercó parecía un abuelo elegante, de esos que salen en las películas de Hollywood sobre gente rica que lo ha sido siempre.

—Sí, señor, eso espero. Afuera pone que ustedes compran joyas, y tengo algunas que necesito vender.

—Desde luego. ¿Por qué no vamos allí? Siéntese y les echaré un vistazo.

—Gracias.

Shelby se esforzó por mantener erguida la espalda mientras cruzaban la tienda hasta un ornamentado escritorio. El hombre le ofreció asiento y ese gesto hizo que le entraran ganas de llorar a lágrima viva como una tonta.

—Yo... él... nosotros... —Se interrumpió, cerró los ojos e inspiró hondo un par de veces—. Lo siento, nunca he hecho esto.

—No pasa nada, ¿señora...?

—Foxworth. Soy Shelby Foxworth.

—Wilson Brown. —Asió la mano que ella le tendía y se la estrechó con suavidad—. ¿Por qué no me enseña lo que tiene, señora Foxworth?

Se decidió primero por la pieza más importante y abrió la bolsa que contenía su anillo de compromiso.

El hombre lo dejó sobre un paño de terciopelo y, mientras lo examinaba con una lupa, ella abrió el sobre.

—Aquí dice que es de tres quilates y medio, corte esmeralda, color D; por lo que he oído, se supone que eso es bueno. Y con seis piedras menores y engastado en platino. ¿Es correcto?

El hombre levantó la vista de la lupa.

—Señora Foxworth, me temo que este es un diamante artificial.

—¿Cómo dice?

—Es un diamante de laboratorio, igual que las piedras menores.

Shelby posó las manos en la mesa para que él no pudiera ver que le temblaban.

—Eso significa que es falso.

—Simplemente significa que se creó en un laboratorio. Es un magnífico ejemplar de diamante artificial.

Callie comenzó a gimotear. Shelby la oyó a pesar de que su cabeza le retumbaba, por lo que metió la mano en el bolso de forma automática y sacó el teléfono de juguete.

—Llama a la tía y cuéntale lo que has estado haciendo, peque. ¿Significa que no es un diamante de grado D y que este anillo no vale lo que dice en este documento? ¿Que no vale ciento cincuenta y cinco mil dólares?

—Así es, querida. —Su voz era tan suave como una palmadita y hacía que le doliera más—. Puedo darle los nombres de otros tasadores por si prefiere pedir segundas opiniones.

—Usted no está mintiendo. Sé que no me está mintiendo. —Pero Richard lo había hecho una y otra vez. Se dijo que no iba a desmoronarse. Ni allí ni en ese momento—. ¿Querría echarle un vistazo a lo demás y decirme si también es falso, señor Brown?

—Por supuesto.

Los pendientes de diamantes eran auténticos... y ahí acababa todo. Le habían gustado porque eran bonitos y sencillos. Unos diamantitos que no hacían que se sintiese incómoda al llevarlos puestos.

Pero le tenía cariño al colgante de esmeralda porque se lo había regalado el día en que llevaron a Callie a casa desde el hospital. Y era falso.

—Puedo darle cinco mil dólares por los pendientes de diamantes si todavía está interesada en venderlos.

—Sí, gracias. Me parece bien. ¿Puede decirme adónde debería llevar el resto? ¿Es mejor ir a una casa de empeños? ¿Conoce alguna que sea buena? No quiero llevar a Callie a algún lugar que sea... ya sabe a qué me refiero. Poco respetable. Y tal vez, si no tiene inconveniente, podría darme una estimación de lo que en realidad vale todo.

El hombre se recostó y la estudió.

—El anillo de compromiso es un buen trabajo y, como le he dicho, un magnífico ejemplar de diamante de laboratorio. Podría darle ochocientos por él.

Shelby lo miró con atención mientras sacaba la alianza a juego.

—¿Cuánto por el conjunto?

No se vino abajo y salió de allí con quince mil seiscientos dólares; los gemelos de Richard no eran falsos y le habían reportado lo que ella consideraba un extra. Quince mil seiscientos dólares era más de lo que tenía antes. No lo suficiente para saldar las deudas, pero más de lo que había tenido hasta entonces.

Y el hombre le había proporcionado el nombre de otra tienda que examinaría los relojes de Richard.

Tentó la suerte con Callie y probó con otros dos bancos, y luego lo dejó por ese día.

Callie eligió el DVD *Mi pequeño poni*, y Shelby se compró un ordenador portátil y un par de memorias flash. Una inversión, se justificó. Una herramienta que necesitaba para llevar las cuentas de forma ordenada.

Negocios, se recordó. No pensaría en las joyas falsas como en otra traición, sino como en algo que le había dado un pequeño respiro.

Dedicó la hora de la siesta a crear una hoja de cálculo y anotó las joyas y lo que había recibido por ellas. Canceló la póliza de seguros... y eso le ayudó con sus gastos.

Las facturas de la casa, incluso con las habitaciones cerradas, eran astronómicas, pero el dinero de las joyas la ayudaría a pagarlas.

Recordó la bodega de vinos de la que Richard había estado tan orgulloso, se llevó el portátil abajo y comenzó a catalogar las botellas.

Alguien las compraría.

Y, ¡qué narices!, se regalaría una botella y se tomaría una copa con la cena. Seleccionó una botella de pinot grigio. Había aprendido un poco de vinos en los últimos cuatro años y medio y, al menos, sabía qué le gustaba. Consideró que iría bien con el pollo y los bollos rellenos de manzana: los platos favoritos de Callie.

Cuando el día terminó, sentía que había recuperado parte del control. Sobre todo cuando encontró cinco mil dólares metidos en uno de los calcetines de cachemir en el cajón de Richard.

Ya tenía un fondo de veinte mil dólares para solucionar el problema y empezar de nuevo.

Examinó la llave mientras estaba tumbada en la cama.

—¿Dónde encajas tú y qué voy a encontrar? No me doy por vencida.

Tal vez pudiera contratar un detective privado. Eso se llevaría un buen pellizco de su fondo, pero tal vez fuera una idea razonable.

Se tomaría unos días más y probaría en algunos bancos más próximos a la ciudad. Quizá fuera a la ciudad.

Al día siguiente añadió treinta y cinco mil dólares por la venta de la colección de relojes de Richard y otros dos mil trescientos por sus palos de golf, sus esquíes y su raqueta de tenis. Eso le levantó tanto el ánimo que llevó a Callie a comer pizza mientras visitaba bancos.

Tal vez ahora pudiera permitirse ese detective... tal vez lo hiciera. Pero necesitaba hacerse con un monovolumen y entonces se dio cuenta de que si lo compraba les daría un buen bocado a sus cincuenta y ocho mil dólares. Además, lo justo era emplear parte de ese dinero en reducir la deuda de las tarjetas de crédito.

Trataría de vender los vinos, eso haría, y de ese modo podría contratar al detective. Por el momento, se limitaría a probar con otro banco de camino a casa.

En vez de sacar la sillita, se cargó a Callie a la cadera.

La pequeña tenía en la mirada una expresión en parte obstinada, en parte mohína.

—No quiero, mamá.

—Yo tampoco, pero este es el último. Luego nos iremos a casa y no vestiremos para tomar el té. Tú y yo, cielo.

—Quiero ser la princesa.

—Como desee, Su Alteza.

Y así llevó a su hija, que en ese instante reía, al banco.

Shelby ya se conocía el procedimiento, de modo que se puso en la fila más corta a esperar su turno.

No podía seguir arrastrando a Callie de un lado a otro todos los días, alterando su rutina, montándola y bajándola del coche. Por Dios, ella también era obstinada y se sentía mohína y no tenía tres años y medio.

Ese banco sería el último, el último de todos, y luego empezaría a buscar en serio detectives privados.

El mobiliario iba a venderse, los vinos iban a venderse. Ya era hora de ser optimista en vez de andar siempre preocupada.

Se acomodó mejor a Callie en la cadera y se aproximó a la cajera, que la miró por encima de sus gafas de montura roja.

—¿Puedo ayudarla?

—Sí, señora. Necesito hablar con el director. Soy la señora de Richard Foxworth y aquí tengo un poder notarial. Perdí a mi marido el pasado mes de diciembre.

—Lo siento mucho.

—Gracias. Creo que disponía de una caja de seguridad en este banco. Aquí tengo la llave y el poder notarial.

Había aprendido que era más rápido que andarse por las ramas, decirle a la aburrida gente del banco que había encontrado la llave y no sabía de dónde era.

—La señora Babbington está en su despacho y podrá ayudarla. Vaya todo recto y a la izquierda.

—Gracias. —Siguió las instrucciones, encontró el despacho y llamó a la puerta abierta de cristal—. Le ruego me perdone, señora. Me han dicho que debería hablar con usted sobre el acceso a la caja de seguridad de mi marido. —Entró directamente (algo que también había aprendido) y se sentó con Callie sobre el regazo—. Aquí tengo el poder

notarial y la llave. Soy la señora de Richard Foxworth.

—Déjeme comprobarlo. Tienes un pelo rojo precioso —le dijo a Callie.

—De mamá. —Callie alzó la mano para agarrar el de Shelby.

—Sí, igual que el de tu mamá. Usted no figuraba en la caja del señor Foxworth.

—¿Cómo... cómo dice?

—Me temo que no tenemos registrada ninguna tarjeta con su firma.

—¿Tenía una caja aquí?

—Sí. Aun con el poder notarial, sería mejor que el señor Foxworth viniera en persona. Podría incluirla a usted.

—Él... no puede. Ha...

—Papá tuvo que irse al cielo.

—Oh. —El rostro de la señora Babbington irradiaba compasión—. Lo siento mucho.

—Los ángeles cantan en el cielo. Mamá, Fifi quiere irse a casa ya.

—Enseguida, cielo. Él... Richard... Hubo un accidente. Estaba en un barco y se desencadenó una borrasca. En diciembre. El 28 de diciembre. Tengo la documentación. No expiden certificado de defunción cuando no pueden encontrar...

—Lo entiendo. Necesito ver sus documentos, señora Foxworth. Y un documento de identidad con su fotografía.

—También he traído mi contrato matrimonial. Solo para que lo tuvieran todo. Y el informe policial de cuándo ocurrió. Y estas cartas de los abogados.

Shelby se lo entregó todo y contuvo la respiración.

—Podría conseguir una orden judicial para obtener acceso.

—¿Es eso lo que debería hacer? Podría pedirles a los abogados de Richard... bueno, supongo que ahora son mis abogados... que lo hagan.

—Deme un momento.

La señora Babbington echó un vistazo a la documentación mientras Callie no dejaba de removerse en el regazo de Shelby.

—Quiero jugar a tomar el té, mamá. Lo has dicho. Quiero mi té.

—Jugaremos en cuanto terminemos aquí. Tendremos una fiesta de princesa. Deberías pensar a qué muñecas vas a invitar.

Callie comenzó a enumerarlas y Shelby se dio cuenta de que los nervios de la espera le provocaban una repentina y urgente necesidad de orinar.

—El poder notarial está en orden, así como el resto de su documentación. Le mostraré la caja.

—¿Ahora?

—Si prefiere volver en otro momento...

—No, no, se lo agradezco muchísimo. —Tanto que estaba sin aliento y un poco mareada—. Es la primera vez que hago esto. No sé qué debo hacer.

—Yo la acompañaré. Necesitaré su firma. Permita que imprima esto. Parece que vas a tener un montón de invitados a tu fiesta —le dijo a Callie mientras trabajaba—. Tengo una nieta de tu edad. Le encantan las fiestas del té.

—Puede venir.

—Seguro que le encantaría, pero vive en Richmond, Virginia, y eso está lejísimo. Tenga la bondad de firmar esto, señora Foxworth.

Sus pensamientos daban vueltas en su cabeza, y debido a eso apenas fue capaz de leerlo.

La señora Babbington usó una tarjeta con cinta magnética y una clave de seguridad para acceder a una especie de cámara acorazada, cuyas paredes estaban repletas de cajones numerados. El número 512.

—Voy a salir para que disponga de cierta intimidad. Avíseme si necesita ayuda.

—Muchísimas gracias. ¿Me está permitido llevarme lo que hay dentro?

—Está autorizada. Tómese su tiempo —agregó, y corrió una cortina para bloquear la vista de la habitación.

—Bueno, he de decir... Jo-der.

Dejó en la mesa la bolsa grande que había usado para las cosas de Callie y las suyas y el maletín de Richard y, acto seguido, agarrando a su hija, se acercó a la caja.

—¡Demasiado fuerte, mamá!

—Lo siento, lo siento. Dios mío, estoy nerviosa. Es probable que solo sean un puñado de documentos que no quería tener en la casa. Seguro que no es nada. Hasta puede que esté vacía.

Pues ábrela, por el amor de Dios, se ordenó.

Con mano temblorosa, introdujo la llave en la cerradura y la giró. Hasta dio un pequeño saltito cuando esta se abrió.

—Allá vamos. No importa si está vacía. Lo importante es que la he encontrado. Yo sola. Lo he hecho yo sola. Tengo que dejarte en el suelo un momento, cielo. Quédate aquí, quédate aquí conmigo.

Dejó a Callie en el suelo, sacó la caja de seguridad y la depositó sobre la mesa.

Luego se quedó mirándola.

—Ay, Dios mío. Joder.

—¡Joder, mamá!

—No digas eso. No debería haber dicho eso. —Tuvo que apoyar una mano en la mesa.

No estaba vacía. Y lo primero que captó su atención fue una pila de dinero. Billetes de cien dólares sujetos con bandas.

—Diez mil en cada fajo y..., ay, Dios mío, Callie..., hay muchísimos.

Ya no solo le temblaban las manos, sino que además se sacudían mientras contaba los fajos.

—Hay veinticinco. Aquí hay doscientos cincuenta mil dólares en efectivo. —Le echó una fugaz ojeada a la cortina, sintiéndose como una ladrona, y luego metió el dinero en el maletín—. Tengo que preguntarles a los abogados qué he de hacer.

Con respecto al dinero, pensó, pero ¿qué pasaba con todo lo demás?

¿Qué pasaba con los tres carnets de conducir con la fotografía de Richard? Y con otro nombre. ¿Y con los pasaportes?

¿Y con la semiautomática de 32 milímetros?

Acercó la mano a la pistola, pero la apartó. Quería dejarla; no podía decir por qué no quería tocarla. Pero se obligó a cogerla y a quitarle el cargador.

Había crecido en las montañas de Tennessee, con sus hermanos, uno de los cuales era ahora policía. Sabía manejar un arma. Pero no iba a llevar una pistola cargada con Callie cerca.

Metió el arma y los dos cargadores extra en el maletín. Cogió los pasaportes y los carnets. Descubrió tarjetas de la Seguridad Social expedidas a esos tres mismos nombres, tarjetas de American Express y Visa. Todas con esos nombres.

¿Algo de aquello era real?

¿Había sido real algo de todo aquello?

—Mamá. Vamos, vamos. —Callie le tiró de los pantalones.

—Un segundo.

—¡Ya! ¡Mamá, ya!

—Un segundo.

Tal vez el tono, severo y firme, pudo hacer que a Callie le temblara el labio, pero en ocasiones hay que recordarles a los niños que no son ellos quienes dirigen el cotarro.

Y una madre debe recordar que una niña de tres años tiene derecho a cansarse de que la lleven de un lado a otro todos los días.

Se agachó y le dio un beso a Callie en la cabecita.

—Ya casi he terminado. Solo tengo que colocar esto otra vez en su sitio.

Callie era real, pensó. Eso era lo que importaba. ¿El resto? Tal vez lo averiguara o tal vez no. Pero Callie era real y con esos más de doscientos mil dólares compraría un monovolumen más que decente, saldaría parte de la deuda y tal vez pudiera exprimirlos lo suficiente como para dar una entrada para una pequeña casa una vez consiguiera un empleo estable.

Quizá no hubiera sido esa la intención de Richard, y ella no sabía qué significaba todo aquello, pero después de todo había velado por el futuro de su hija. Y a ella le había concedido un respiro, así que pensaría en el resto más tarde.

Cogió a Callie en brazos, se colgó la bolsa al hombro y agarró el maletín como si su vida dependiera de ello.

—Vale, pequeñina. Nos vamos a jugar a tomar el té.

Abrió todas las habitaciones y encendió de nuevo la calefacción e incluso las chimeneas... Las siete.

Compró flores frescas y preparó galletas.

El tiempo invertido en el ordenador buscando la mejor manera de vender una casa, y venderla rápido, había sugerido flores y galletas. Y tal y como había sentenciado la agente inmobiliaria, que se despersonalizase. Que todo fuera neutro.

En cuanto a ella, el lugar era lo más neutro posible. La casa no le resultaba acogedora, pero tampoco lo había hecho nunca. Tal vez con un mobiliario más suave con colores más cálidos... podría haber parecido un hogar.

Pero esa era su percepción y no contaba.

Cuanto antes se librara del puñetero lugar, antes se quitaría de los hombros esa parte de la aplastadora deuda.

La agente inmobiliaria llegó cargada con flores y galletas, de modo que Shelby imaginó que podría haberse ahorrado el tiempo y el dinero a este respecto. Había llevado consigo lo que ella llamaba un equipo de puesta en escena y estaba revoloteando por toda la casa, recolocando muebles, disponiendo más flores y encendiendo velas. Shelby había comprado una docena de velas perfumadas, pero decidió que se las guardaría y las devolvería o se las quedaría, dependiendo de lo que le pareciera mejor cuando todo estuviera listo y terminado.

—El lugar está immaculado. —La agente brindó una amplia sonrisa a Shelby, dándole una palmadita de felicitación en el hombro—. Su equipo de limpieza ha hecho un trabajo impresionante.

Shelby pensó en las noches que había pasado fregando y puliendo, y se limitó a sonreír.

—Quiero que luzca bien.

—Créame, así es. Las ventas al descubierto suelen ser complicadas y desanimará a algunos posibles compradores, pero confío en que vamos a recibir ofertas, buenas ofertas, y rápido.

—Espero que tenga razón. Quería decir que vendrá alguien el lunes por la mañana a ver los muebles, pero por si acaso alguna persona de las que vengan está interesada en comprarlos todos o alguno, voy a ponerles precio de venta.

—¡Estupendo! Hay muchas piezas maravillosas. Me aseguraré de que la gente lo sepa.

Echó un último y crítico vistazo a su alrededor y pensó en la pistola, los documentos y el dinero en efectivo que había metido en la caja fuerte del despacho de Richard.

A continuación cogió la bolsa grande que solía llevar.

—Callie y yo nos quitamos de en medio. Tengo que hacer unos recados.

Y comprar un monovolumen.

Tal vez su padre no hubiera aprobado que no comprara un vehículo estadounidense, pero el Toyota con cinco años de antigüedad que había encontrado en CarMax tenía un alto índice de seguridad y fiabilidad. Y el precio estaba bien.

El precio mejoró aún más cuando se obligó a regatear... ofreciendo dinero en efectivo. Dinero contante y sonante.

Las manos amenazaban con temblarle mientras lo contaba —la mitad en el momento y el resto cuando recogiera el coche a la tarde siguiente—, pero presionó.

Quizá se viera obligada que parar a tres manzanas y a apoyar la frente en el volante. Jamás en toda su vida había gastado tanto dinero en un solo sitio. Jamás en su vida había comprado un coche.

En ese momento se permitió temblar, pero no por los nervios, no, ya no. Era por puro placer.

Shelby Anne Pomeroy —porque esa era ella en el fondo, dijeran lo que dijeren los documentos legales— acababa de comprar un monovolumen Toyota de 2010 de un alegre color cereza. Sin ayuda. Ella sola.

Y le habían rebajado mil dólares porque no había tenido miedo de pedirlo.

—Nos va a ir bien, Callie —dijo, aunque su hija estaba absorta en *Shrek*—. Nos va a ir muy bien.

Llamó a la empresa de alquiler con el móvil y lo organizó para que recogieran el todoterreno. Y, presionando de nuevo, se obligó a pedir que la llevaran a recoger el monovolumen.

Ya de paso, también podía lidiar con la mutua mientras Callie estaba en su nube. Consideraría el todoterreno su despacho de forma temporal.

Una vez concertó que la mutua transfiriera el seguro del coche, comprobó la página web donde había puesto en venta los vinos.

—¡Ay, Dios mío, Callie, tenemos pujas!

Encantada, fascinada, siguió mirando y descubrió que ya habían pujado miles de dólares.

—Voy a subir otras doce botellas esta noche, eso pienso hacer.

Como parecía que estaba en racha, se preparó para el viaje hasta Filadelfia. Aun con el GPS se equivocó al girar en tres ocasiones, y el tráfico hizo que se le formara un nudo en el estómago. Pero encontró la tienda de pieles y entró con su hija y con su abrigo de chinchilla, que jamás había usado.

Para su sorpresa, nadie la miró como si fuera patética ni la hizo sentir pequeña por devolver el abrigo. Y aquella venta disminuyó de forma significativa la deuda de una tarjeta de crédito, haciendo que pasara a no ser tan aterradora, y bajó el doloroso tipo de interés.

Se había quedado de brazos cruzados, sin hacer nada, durante demasiado tiempo, reconoció Shelby; recompensó a su pequeña con un Happy Meal. Mucho, muchísimo tiempo. Ahora había roto el hielo y, maldita fuera, tenía intención de provocar una inundación.

Esperó hasta que estuvo de nuevo fuera de la ciudad, llenó el depósito del coche, maldiciendo el frío y el precio del combustible, y luego condujo sin rumbo durante un rato, pues Callie se había quedado dormida.

Pasó por delante de su casa, o la casa del banco, un par de veces y siguió adelante cuando contó los coches que había enfrente. Eso era bueno, claro, era bueno; cualquiera que fuera a ver la casa podría ser quien la comprara. Pero, por Dios santo, solo tenía ganas de regresar con Callie, ponerse cómoda y trabajar en la contabilidad.

Se demoró el tiempo justo para encontrar solo a la agente.

—Lo siento, deme un minuto —dijo Shelby a la carrera—. Callie tiene que hacer pipí.

—Hemos tenido una jornada de puertas abiertas muy exitosa. Más de cincuenta personas, y en esta época del año eso es magnífico. Hemos tenido muchos interesados y dos ofertas.

—Ofertas. —Aturdida, Shelby dejó a Callie en el suelo.

—Ofertas a la baja, y no creo que el banco vaya a aceptar, pero por algo se empieza. Y hay una familia de cuatro miembros muy interesada. Tengo un buen presentimiento con ellos. Van a hablarlo y me llamarán.

—Es genial.

—También tengo una oferta por el mobiliario del dormitorio principal. Uno de los visitantes ha traído a su hermana, y ella no busca casa pero sí muebles. En mi opinión, la oferta es un poco baja y lo querría de inmediato. El lunes como muy tarde.

—Vendido.

La agente rió, y luego parpadeó con sorpresa cuando se dio cuenta de que Shelby hablaba en serio.

—Shelby, ni siquiera te he dicho el precio.

—No importa. Detesto esos muebles. Detesto cada pieza del mobiliario de esta casa. Salvo la habitación de Callie —se corrigió, apartándose el pelo mientras su hija sacaba la cesta de los juguetes que Shelby guardaba en uno de los armarios inferiores de la cocina—. Es la única en la que yo lo escogí todo. Por lo que a mí respecta, puede venir a llevárselo esta misma noche. Hay otros muchos cuartos en los que dormir.

—¿Podemos sentarnos?

—Lo siento. Claro que sí. Lo siento, señora Tinesdale, estoy un poco nerviosa, eso es todo.

—Te dije que me llamas Donna.

—Donna. ¿Quieres un café u otra cosa? He olvidado la buena educación.

—Solo siéntate. Te enfrentas a muchas cosas. Francamente, no sé cómo puedes con todo. Quiero ayudarte. Ese es mi trabajo. La oferta por el mobiliario es demasiado baja. Deja que haga una contraoferta. No tiene nada de malo negociar, Shelby, pero no me gusta sentir que se aprovechan de ti. Aunque sean unos muebles espantosos.

—¡Oh! —Algo dentro de Shelby se encendió. Como si se sintiera reivindicada—. ¿Tú también lo piensas? ¿De veras?

—Solo de cada mueble, excepto los del cuarto de Callie.

Shelby profirió una carcajada que, para su sorpresa, dio paso a las lágrimas en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo siento. Dios mío, lo siento.

—Mamá. —Callie se subió a su regazo—. No llores. Mamá, no llores.

—Estoy bien. —Agarró a Callie y la mecío—. Me encuentro bien. Solo estoy cansada.

—Mamá necesita una siesta.

—Estoy bien. Estoy bien, cielo. No te preocupes.

—Voy a servirte una copa de vino —le anunció Donna, y sacó unos pañuelos de papel del bolsillo—. Tú siéntate. He visto una botella en la nevera.

—Es temprano.

—Hoy no. Bueno, cuéntame —prosiguió mientras iba a por una copa—. ¿Qué más

quieres vender? ¿Las obras de arte?

—Oh, Dios mío, sí. —Completamente agotada, dejó que Callie le diera toquecitos en la cara con un pañuelo—. Lo tengo en la lista de pendientes. No entiendo de este tipo de cuadros.

—¿Alfombras? ¿Lámparas?

—He empaquetado todo lo que quiero llevarme, salvo el cuarto de Callie y mi ropa, y algunas cosas que necesito tener a mano mientras vivamos aquí. No quiero nada de esto, señora... Donna. Ni siquiera los platos son míos.

—Menuda colección de vinos tienes abajo.

—He puesto en venta veinticuatro botellas en internet, en una página que he encontrado. La gente ya está pujando. Esta noche voy a poner otra docena.

Donna ladeó la cabeza y le lanzó lo que Shelby consideró una mirada apreciativa.

—Qué lista eres.

—Si fuera lista no estaría metida en este lío. Gracias —añadió cuando Donna le pasó el vino.

—No creo que eso sea cierto, pero vayamos por orden. ¿Puedes darme el nombre de la empresa que va a venir por los muebles?

—Es Dolby e hijos, de Filadelfia.

—Bien. Es buena y justo la que yo te habría recomendado. —Donna bebió un sorbo de vino mientras tomaba notas en su tablet y hablaba con energía—. Haré una contraoferta, pero este comprador va a tener que volver a la realidad si de verdad quiere el mobiliario del dormitorio principal. De lo contrario, Chad Dolby..., es el hijo mayor y seguramente quien vendrá para darte un precio..., te hará una oferta justa. Conozco a alguien que te hará otra oferta por la vajilla, la cristalería, los vasos y demás artículos del bar. Y hay dos marchantes de arte que te recomendaría para que comprasen las obras.

—No sé cómo darte las gracias.

—Es mi trabajo —le recordó Donna—. Y es un placer. Tengo una hija un par de años más joven que tú. Me gustaría que alguien la ayudase si algún día se encuentra en... en un lío así. Me he fijado en que has limpiado el armario de tu marido.

—Así es. Mamá está bien, cielo. —Besó el cabello de Callie—. Ve a jugar. He llevado la mayor parte a Segundas Oportunidades —le dijo a Donna cuando Callie se bajó de su regazo.

—Perfecto. Macey y Cheryl son muy buenas en lo suyo, y su tienda tiene mucha afluencia.

—¿Conoces a todo el mundo?

—Forma parte del trabajo. ¿Qué hay de los libros?

—He empaquetado mis libros, los que me gustan. Los que quedan en la biblioteca los compró Richard. Los compró... ¿cómo se dice...? En un lote.

—Y los venderemos del mismo modo —convino Donna, tecleando en su tablet—. Voy a añadir eso a mis notas. Y si es lo que quieres, voy a facilitarte algunos de mis contactos. Puedes fijar citas.

—Eso sería genial. Te lo agradecería muchísimo. Parece que lleve mucho tiempo dando traspies de un lado a otro, tratando descubrir qué hacer con esto o con aquello.

—Por lo que veo, lo has solucionado bien.

—Gracias, pero ayuda mucho que te aconsejen y te guíen. Eres muy amable. No sé por qué me pones tan nerviosa.

Donna se echó a reír.

—Puedo provocar ese efecto. ¿Les doy a mis contactos tu número de móvil o el fijo?

—Tal vez podrías darles ambos. Procuero llevar siempre encima el móvil, en un bolsillo, pero a veces se me olvida.

—Hecho. Son comerciantes y buscan sacar beneficios. Pero no te ofrecerán un precio más bajo de lo que es justo. Si se te ocurre alguna otra cosa, avísame. —Esbozó una sonrisa—. Sí que conozco a todo el mundo. Y voy a conseguirte una oferta por esta casa, una buena, Shelby. Es un espacio precioso en una ubicación excelente y el comprador adecuado está ahí fuera. Encontraré al comprador adecuado.

—Seguro que lo harás.

Y dado que estaba convencida de ello, Shelby durmió esa noche mejor de lo que lo había hecho en semanas.

La cabeza no dejó de darle vueltas durante toda la semana siguiente. Cerró el acuerdo con Dolby e hijos, envió el vino que había vendido a través de una casa de subastas por internet, recogió un sustancioso cheque de la tienda de segunda mano por algunas de las prendas de ropa de Richard... y llevó tres bolsas de ropa de su propio armario.

Aceptó la oferta por la vajilla y la cristalería, lo empaquetó todo... y compró un set de cuatro coloridos platos, cuencos y tazas de plástico.

Se las apañaría con eso.

Aunque tal vez hubiera sido más sensato estirar los pagos, liquidó una de las tarjetas de crédito por completo.

Una menos, se dijo. Le quedaban once.

Las obras de arte que no eran originales, tal y como había afirmado Richard, no valían tanto como había esperado, pero la cantidad lo compensó en parte.

Cada día se sentía más ligera. Ni siquiera la tormenta que había dejado treinta y cinco centímetros de nieve la desconcertó. Abrigó a Callie como a una esquimal y juntas hicieron su primer muñeco de nieve.

No tenía nada por lo que escribir a casa, pensó, pero hizo justo eso, tomando fotos con su teléfono móvil para enviarlas a Tennessee.

Y la aventura dejó agotada a su hijita, por lo que Callie y Fifi ya estaban acostadas a las siete. Eso hizo que Shelby dispusiera de una larga velada con su hoja de cálculo, sus facturas y su lista de tareas pendientes.

¿Debería emplear ese dinero para pagar una de las tarjetas de crédito de menor cuantía? ¿O debería dedicarlo a una de las de mayor cuantía y reducir el pago de intereses?

Por mucho que quisiera decir «dos menos; quedan diez», era más lógico reducir los intereses.

Llevó a cabo el pago a través de internet, tal y como le habían enseñado, y se metió en su hoja de cálculo.

Cuatrocientos ochenta y seis mil cuatrocientos dólares menos. Solo le quedaban dos millones ciento ochenta y cuatro dólares.

Sin contar la siguiente factura que le llegaría de los abogados, de los contables. Pero en esos momentos, joder, parecía *peccata minuta*.

Sonó el teléfono y, al ver el nombre de Donna en la pantalla, descolgó.

Tal vez.

—Hola.

—Hola, Shelby, soy Donna. Sé que es un poco tarde, pero quería avisarte de que tengo una buena oferta por la casa.

—¡Oh! Qué buena noticia.

—Creo que el banco la va a aprobar. Sabes que puede llevar semanas, e incluso meses, pero voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que den su aprobación. Se trata de la familia de la que te hablé, de la primera jornada de puertas abiertas. Les encantó la casa y quieren justo esta ubicación. Y otra cosa más... ella detesta el mobiliario.

Shelby soltó una carcajada, alzando la cara hacia el techo, y se soltó.

—¿En serio?

—Lo odia de verdad. Me dijo que tenía que hacer la vista gorda, fingir que no estaba ahí, para ver la casa de verdad, la disposición. Le inquieta que se trate de una venta al descubierto, pero ella la quiere y él está dispuesto. Y creo que si el banco contesta pidiendo que se aproxime más al precio que piden, este comprador lo hará.

—Ay, Dios mío, Donna.

—No quiero que adelantemos acontecimientos, pero deberías celebrarlo; al menos, un poco.

—Me apetece ponerme en pelotas y bailar por toda esta puñetera casa.

—Lo que sueles hacer.

—Puede que solo la parte de bailar. Gracias. Muchísimas gracias.

—Cruza los dedos, Shelby. Hablaré con el banco mañana a primera hora. Que pases buena noche.

—Tú también. Gracias otra vez. Adiós.

No se quedó en pelotas, pero sí puso la radio. Dio con Adele, bailó por el despacho, buscó la letra y dejó que su voz fluyera.

En otro tiempo había tenido ambiciones, aspiraciones, sueños. Iba a ser cantante; una estrella. Su voz era un don y la había cuidado, usado y valorado.

Conoció a Richard gracias a su voz, cuando él entró en el pequeño club de Memphis en el que era la cantante solista de un grupo que se llamaba Horizonte.

Diecinueve años, pensó. No lo bastante mayor para comprarse una cerveza de forma legal en el club, aunque Ty, el batería que había estado un poco enamorado de ella, solía pasarle a escondidas un botellín de Coronita cuando podía.

Dios, era genial cantar de nuevo, y bailar. Llevaba meses sin usar su voz para cantar otra cosa que no fueran nanas. Se movió al son de Adele hasta llegar a Taylor Swift, y luego trasteó con el mando a distancia para bajar el volumen cuando el teléfono sonó de nuevo.

Con una sonrisa aún, bailando todavía, respondió.

—Hola.

—Estoy buscando a David Matherson.

—Lo siento, se ha equivocado de número.

—David Matherson —repitió, y recitó del tirón el número.

—Sí, es este número, pero... —Algo se le atascó en la garganta. Tuvo que aclarársela y agarró el receptor con fuerza—. Aquí no vive nadie con ese nombre. Lo siento.

Colgó antes de que el hombre pudiera decir nada más, luego corrió a la caja fuerte e introdujo la combinación con cuidado.

En el sobre guardaba los documentos de identidad que había encontrado en la caja de seguridad del banco, en los que se veía el rostro sonriente de Richard.

Y una serie de identificaciones llevaban el nombre de David Allen Matherson.

Ya no le apetecía cantar ni bailar. Por razones que no podía explicar, se sintió impulsada a comprobar todas las puertas y el sistema de alarma.

A pesar del derroche de electricidad, dejó una luz encendida en el vestíbulo y también en el descansillo de la segunda planta. En vez de irse a su cama, se metió en la de Callie.

Y estuvo en vela durante largo rato, rezando para que el teléfono no sonara de nuevo.

La empresa de muebles envió un equipo para que embalaran dos cuartos de invitados, el vestíbulo y el comedor, en el que Shelby no había hecho ni una sola comida desde el accidente de Richard. Después de regatear, había aceptado venderle el dormitorio principal al comprador privado.

Liquidó el pago en fecha y canceló una segunda tarjeta de crédito.

Dos menos; faltan diez.

Al faltar ya tantos muebles, la casa parecía aún más grande y menos acogedora. Sentía una persistente comezón en la parte baja de la espalda que le pedía que se marchara, pero todavía quedaban detalles y eran responsabilidad suya.

Tenía una cita a la una y media con el comprador de libros; la había fijado a esa hora para que Callie estuviera durmiendo la siesta. Se recogió el pelo y se puso unos bonitos pendientes de aguamarina que le habían regalado sus abuelos por Navidad. Se aplicó un poco de bronceador y de colorete porque estaba muy pálida. Luego cambió los gruesos calcetines que le gustaba llevar en casa por unos buenos zapatos de tacón negro.

Su abuela decía que quizá los tacones hicieran daño en los dedos, pero subían la autoestima a una mujer.

Se sobresaltó cuando sonó el timbre de la puerta. El hombre de los libros llegaba con quince minutos de antelación, tiempo con el que ella había contado para llevar café y galletas a la biblioteca.

Bajó a toda prisa, esperando que no volviera a llamar al timbre. Callie tenía el sueño ligero durante la siesta.

Le abrió la puerta a un hombre más joven y atractivo de lo que había esperado... y eso, supuso, demostraba lo que se decía acerca de hacer conjeturas.

—Señor Lauderdale, llega temprano.

—Señora Foxworth. —Le tendió la mano con suavidad para asir la de ella.

—Entre y resguárdese del frío. Jamás me acostumbraré a los inviernos en el norte.

—No lleva demasiado tiempo por aquí.

—No, solo lo suficiente para pasar un invierno. Permítame su abrigo.

—Se lo agradezco.

Era corpulento y fuerte, de rostro cuadrado y fríos ojos de color avellana. No se asemejaba en nada al ratón de biblioteca delgado y de más edad que se había imaginado.

—Donna... la señora Tinesdale... me dijo que podría estar interesado en los libros que tengo. —Colgó el recio chaquetón marinero en el armario del vestíbulo—. ¿Por qué no lo llevo directamente a la biblioteca para que pueda echar un vistazo?

—Tiene una casa impresionante.

—Es grande, sí —dijo mientras le conducía por el salón con un piano de cola que nadie tocaba y una sala de estar con una mesa de billar que todavía tenía que vender, hasta

la biblioteca.

Habría sido su habitación favorita, junto con la de Callie, de haber podido conseguir que fuera más acogedora, más cálida. Pero por el momento tenía el fuego encendido y había quitado las pesadas cortinas que también pensaba vender para que el sol invernal, lo poco que había, pudiera entrar por las ventanas.

El mobiliario, compuesto por un sillón de piel de un color que a ella le parecía amarillo pastel, butacas marrón oscuro y mesas demasiado relucientes, desaparecería a finales de semana.

Esperaba que también desaparecieran las cajas llenas de libros encuadernados en piel que nadie había leído nunca.

—Como le dije por teléfono, me mudaré dentro de poco, así que me inclino por vender los libros. Ya he empaquetado los que quiero para mí, pero estos... Bueno, si le digo la verdad, mi marido los compró porque pensaba que hacían juego con la habitación.

—Parecen impresionantes, igual que la casa.

—Supongo que sí. Imagino que me interesa más lo que hay dentro de un libro que cómo queda en una vitrina. Si le apetece echarles un vistazo, puedo preparar café.

El hombre se acercó despacio y cogió un libro al azar.

—*Fausto*.

—He leído que mucha gente compra libros de esta forma, ¿por metros? Para decorar. —Tenía ganas de agarrarse las manos, así que tuvo que obligarse a relajarse. Ya debería estar acostumbrada a aquello, pensó, no debería ponerse nerviosa—. Supongo que creo que sería más agradable... más atractivo a la vista, a la mía —se corrigió—, si no fueran todos iguales. Las encuadernaciones, la altura. Y supongo que he de decir que soy de las que se acurrucarían delante de la chimenea a leer *Fausto*.

—No es usted la única. —Dejó el libro de nuevo en su sitio y volvió sus fríos ojos hacia ella—. Señora Foxworth, no soy el señor Lauderdale. Me llamo Ted Privet.

—Oh, ¿le ha enviado el señor Lauderdale para echar un vistazo?

—No soy marchante de libros, soy detective privado. Hablé con usted por teléfono hace un par de noches. Le pregunté por David Matherson.

Shelby dio un paso atrás. Con tacones o no, podía correr más que él y lo haría. «Sácalo de aquí, lejos de Callie.»

—Y yo le dije que se había equivocado de número. Tiene que irse ya. Espero a alguien de un momento a otro.

—Deme un minuto nada más. —Con una sonrisa, levantó las manos como si quisiera demostrarle que era inofensivo—. Solo hago mi trabajo, señora Foxworth. He seguido el rastro a David Matherson hasta esta zona, y mi información... Tengo una fotografía. —Se metió una mano en el bolsillo interior de su chaqueta mientras levantaba la otra en un gesto de paz—. Tenga la bondad de echarle una ojeada. ¿Conoce usted a este hombre?

El corazón le latía con fuerza. Había dejado entrar a un desconocido en la casa. Como entraba y salía tanta gente, se había vuelto descuidada y lo había dejado entrar. Con su pequeña durmiendo en el piso de arriba.

—Ha dejado que pensara que era otra persona. —Le infundió a su voz un sesgo cortante, que esperaba que hiriera—. ¿Es así como hace su trabajo?

—En realidad, sí. Parte del tiempo.

—Pues no me gusta ni su trabajo ni usted. —Le arrebató la foto de la mano y la miró fijamente.

Sabía que sería Richard, pero verlo —la sonrisa de estrella de cine, los ojos castaños con motas doradas— fue un duro golpe. Tenía el pelo más oscuro y llevaba una perilla, que pensaba que le hacía parecer más mayor, igual que en el carnet de la caja de seguridad del banco. Pero era Richard.

El hombre de la fotografía había sido su marido. Su marido había sido un mentiroso.

¿Qué era ella?

—Es una fotografía de mi difunto marido, Richard.

—Hace siete meses, este hombre... bajo el nombre de David Matherson... le estafó cincuenta mil dólares a una mujer en Atlanta.

—No sé de qué está hablando. Yo no conozco a ningún David Matherson. Mi marido se llamaba Richard Foxworth.

—Dos meses antes de eso, David Matherson estafó a un pequeño grupo de inversores en Jacksonville, Florida, el doble de esa cantidad. Podría remontarme más atrás y continuar, incluyendo un importante robo en Miami hace unos cinco años. Veintiocho millones en sellos muy raros y en joyas.

Las estafas, después de lo que había averiguado en las últimas semanas, no le sorprendieron. Pero el robo y la cantidad robada hicieron que se le encogiera el estómago y le diera vueltas la cabeza.

—No sé de qué me está hablando. Quiero que se vaya.

El hombre no le quitó los ojos de encima mientras se guardaba la foto.

—Recientemente Matherson había fijado su residencia a las afueras de Atlanta, donde realizaba fraudes inmobiliarios. Usted vivió en Atlanta antes de venir aquí, ¿verdad?

—Richard era asesor financiero. Y está muerto. ¿Lo entiende? Falleció justo después de Navidad, así que no puede responder a sus preguntas. Yo no tengo las respuestas. No tiene derecho a venir aquí de esta forma, a mentir para entrar ni a asustarme.

Una vez más, el hombre levantó las manos..., pero algo en su forma de mirar le dijo a Shelby que no era inofensivo en absoluto.

—No pretendo asustarla.

—Pues lo hace. Me casé con Richard Foxworth en Las Vegas, Nevada, el 18 de octubre de 2010. No me casé con nadie llamado David Matherson. No conozco a nadie con ese nombre.

La boca del hombre se trocó en un gesto desdeñoso.

—Estuvo casada cuatro años, pero ¿afirma no saber cómo se ganaba la vida su marido en realidad? ¿Lo que hacía en verdad? ¿Quién era en verdad?

—Si intenta decirme que soy una tonta, póngase a la cola. ¿Ganarse la vida? ¿Qué vida? —Se dio por vencida... Extendió los brazos—. ¿Esta casa? Si no consigo venderla y rápido, ejecutarán la hipoteca. ¿Afirma que Richard estafó a gente, que robó a gente? ¿Casi treinta millones de dólares? Bueno, si eso es verdad, quien lo haya contratado para encontrarlo puede ponerse también a la cola. Estoy poniéndome al día con los tres millones de dólares en deudas que me dejó. Tiene que marcharse, tiene que decirle a su cliente que se ha equivocado de hombre. O si no es así, que ese hombre está muerto. No puedo hacer nada al respecto. Si quiere venir a por mí por el dinero, bueno, como ya le he dicho, hay cola y es muy larga.

—Señora, ¿pretende que crea que ha vivido con él durante cuatro años y no sabe nada de Matherson? ¿Que no sabe nada de nada?

La ira anuló el miedo. Estaba harta, más que harta, y la cólera prendió como el

fuego.

—Me importa una mierda lo que usted crea, señor Privet. Una puta mierda. Y si ha entrado aquí esperando que sacara un puñado de jodidos sellos y de joyas del bolsillo o cientos de miles de dólares en efectivo para librarme de usted, creo que es tan estúpido como maleducado. Largo.

—Solo busco información sobre...

—Yo no tengo información. No sé nada de esto. Lo que sí sé es que estoy atascada en este lugar que no conozco, con esta casa que no quiero, porque...

—¿Por qué?

—Ya no lo sé. —Hasta la cólera se apagó. Solo estaba cansada—. No puedo decirle lo que no sé. Si tiene preguntas, puede llamar a Michael Spears o a Jessica Broadway. Spears, Cannon, Fife y Hanover. Son los abogados de Filadelfia que se ocupan de este lío en el que me veo metida. Y ahora, o se marcha o llamo a la policía.

—Me marchó —dijo. La siguió cuando salió y fue directamente a por el abrigo al armario.

El hombre sacó una tarjeta de visita y se la ofreció.

—Puede contactar conmigo si recuerda cualquier cosa.

—No puedo recordar lo que no sé. —Pero cogió la tarjeta—. Si Richard fue quien se llevó el dinero de su cliente, lo siento por él. Por favor, no vuelva por aquí. No le dejaré entrar una segunda vez.

—La próxima vez podría ser la policía la que llame a su puerta —replicó—. Tenga eso presente. Y conserve esa tarjeta.

—No te meten en la cárcel por ser estúpida. Ese es mi único delito.

Abrió la puerta y profirió un débil chillido al ver al hombre que se disponía a llamar al timbre.

—Ah, ¿señora Foxworth? La he asustado. Soy Martin Lauderdale.

Era más mayor, con los ojos de un tono azul apagado tras unas gafas de montura metálica y una cuidada barba canosa.

—Gracias por venir, señor Lauderdale. Adiós, señor Privet.

—Conserve esa tarjeta —le dijo Privet y, tras esquivar a Lauderdale, bajó el despejado camino hasta un pequeño coche gris.

Sabía de coches. A fin de cuentas, su abuelo era mecánico, y tomó debida nota de ese. Un Honda Civic gris, con matrícula de Florida.

Si lo veía por el barrio, llamaría a la policía.

—Permítame su abrigo —le pidió a Lauderdale.

Al final de la semana, la biblioteca y el dormitorio principal estaban vacíos. Vendió la mesa de billar, el piano, los aparatos de hacer ejercicio de Richard e innumerables trastos a través de Craiglist.

Estaba tan cerca de pagar del todo una de las diez tarjetas de crédito restantes que podía saborearlo.

Retiró de las paredes las obras de arte que quedaban y también las vendió, así como la elegante máquina de hacer café y la elegante licuadora.

Y cuando la mañana del que debería haber sido el primer día de primavera se

despertó con quince centímetros de nieve que no dejaba de caer, tuvo ganas de volver a meterse en el saco de dormir de la princesa Fiona, que en esos momentos le hacía de cama.

Estaba viviendo en una puñetera casa casi vacía. Peor aún, su hijita estaba viviendo en una puñetera casa casi vacía, sin amigos, sin nadie con quien hablar ni jugar salvo su madre.

Cuatro años y medio antes, una maravillosa noche de octubre en el oeste, se compró un bonito vestido azul —a Richard le gustaba cómo le quedaba el azul—, se pasó una hora secándose el pelo porque a él le gustaba liso y recorrió el pasillo central de la ridícula capillita, con una única rosa blanca en las manos.

Creyó que había sido el día más feliz de su vida, pero aquella no había sido su vida. Solo una ilusión y, lo que era peor, solo una mentira.

Y todos los días después de aquel se había esforzado para ser una buena esposa, para aprender a cocinar como a Richard le gustaba, para hacer las maletas y mudarse cuando a Richard se le antojaba, para vestir tal y como a él le gustaba. Para asegurarse de que Callie estuviera bañada, alimentada y bien vestida cuando él llegaba a casa.

Se acabó todo eso, pensó.

—Se acabó todo eso —murmuró—. Así que ¿por qué seguimos aún aquí?

Fue a su antiguo vestidor, donde había comenzado a llenar sin demasiado entusiasmo las maletas de Louis Vuitton que Richard le había llevado de Nueva York para sustituir la bolsa de viaje en que había metido su ropa cuando huyó con él.

Se puso a hacer en serio las maletas y luego, rompiendo una rígida norma, dejó a Callie con *Shrek* y un tazón de cereales en la cocina mientras guardaba las cosas de su hija. Y, siguiendo una de las estrictas normas de su madre —no llamar nunca a nadie antes de las nueve de la mañana, salvo a la policía, a los bomberos o a un fontanero—, esperó hasta las nueve en punto para llamar a Donna.

—Hola, Shelby, ¿qué tal estás?

—Está nevando otra vez.

—El invierno se niega a marcharse. Dicen que llegaremos a los veinte centímetros de nieve, y se supone que subiremos hasta casi un metro y treinta centímetros para el sábado. Esperemos que sean los últimos coletazos.

—No cuento con ello. Donna, ya no queda casi nada en la casa excepto Callie y yo. Quiero llevarme el televisor de la cocina, el que está debajo de la encimera, para mi abuela. A ella le encantaría. Y el grande de plasma... cualquiera de ellos. Hay nueve en esta casa; los he contado. Solo quiero llevarme uno para mi padre. ¿Es posible que los compradores quieran los demás? Sé que el acuerdo no está cerrado de forma definitiva, pero podríamos incluir la venta del contingente de televisores. Para serte sincera, me da igual lo que quieran pagarme por ellos.

—Puedo proponérselo, claro. Deja que te hagan una oferta.

—Me parece bien. Si no los quieren o si solo quieren algunos, yo me ocuparé.

De alguna manera, pensó, masajeándose la dolorida sien.

—Pero... cuando te cuelgue a ti, voy a llamar a una empresa de mudanzas. No puedo meter los muebles de Callie en el monovolumen, no con las cajas que me llevo, las maletas y sus juguetes. Y voy a pedirte un gran favor, Donna.

—Por supuesto; ¿qué puedo hacer por ti?

—Necesito que instales una de esas cerraduras con teclado numérico en la casa y que cualquier documento que haya que cumplimentar si esto fructifica lo hagamos por correo, vía email o lo que sea. Necesito irme a casa, Donna. —Decirlo, solo decirlo, aflojó

la tensión de sus hombros—. Necesito llevarme a Callie a casa. Con todo lo que está pasando no ha tenido ocasión de hacer ni una solo amigo de su edad. Esta casa está vacía. Creo que siempre lo estuvo, pero ahora no se puede fingir lo contrario. Ya no puedo seguir quedándome aquí. Si consigo arreglarlo todo, nos vamos mañana. El sábado, a más tardar.

—No es ningún favor, y no hay el menor problema. Me ocuparé de la casa, no te preocupes por eso. ¿Vas a hacer un viaje tan largo conduciendo tú sola?

—Tengo a Callie. Voy a dar de baja esta línea, pero tengo el móvil si necesitas ponerte en contacto conmigo. Y mi ordenador, así que tendré email. Si la venta no se lleva a cabo, enséñale la casa a más gente. Pero espero que fructifique, espero que se la queden esas personas que la quieren y que la conviertan en un hogar. Pero nosotras tenemos que irnos.

—¿Me mandarás un correo electrónico cuando llegues? Estaré un poquito preocupada por vosotras.

—Lo haré, y estaremos bien. Ojalá hubiera sabido antes lo maja que eras. Eso ha sonado estúpido.

—En absoluto —dijo Donna, riendo—. Lo mismo digo. No te preocupes por nada de aquí. Si necesitas hacer algo cuando estés en casa, avísame. Tienes una amiga en Filadelfia, Shelby.

—Tú tienes una en Tennessee.

Shelby inspiró hondo después de colgar. Y elaboró una lista minuciosa de todo lo que había que hacer. En cuanto hubiera tachado la última tarea, se marcharía a casa.

Se llevaría a Callie de vuelta a Rendezvous Ridge.

Le llevó casi todo el día y algún que otro creativo soborno evitar que Callie la interrumpiera. Cancelar unas cuentas, transferir otras, el cambio de dirección y los envíos. El coste de la empresa de mudanzas para desmontar, trasladar y montar de nuevo los muebles de Callie la hizo estremecer. Y se planteó alquilar un remolque y hacerlo ella misma.

Pero de todas formas necesitaría ayuda para bajar la cama y la cómoda y subirlas al remolque.

Así que tragó saliva y se puso manos a la obra.

A su modo de ver, dio resultado, ya que al día siguiente, por una propina de veinte dólares, los de la mudanza quitaron el gran televisor de la pared del salón, lo embalaron y lo cargaron en el monovolumen.

Donna, fiel a su palabra, había instalado la cerradura con teclado numérico.

Empaquetó lo que quedaba y metió en un bolso grande lo que quizá necesitara durante el viaje.

Tal vez fuera una estupidez salir tan tarde un viernes. A lo mejor sería más inteligente, más sensato salir por la mañana, después de haber descansado. Pero no pensaba pasar otra noche más en una casa que nunca había sido suya.

La recorrió de abajo arriba, de arriba abajo, y luego se quedó de pie en el altísimo vestíbulo.

Ahora, despojada de las obras de arte, del excesivamente elegante mobiliario, era capaz de imaginar cómo podría ser. Colores más cálidos, tonos más suaves, tal vez alguna pieza grande y antigua, algo con carácter, unas cuantas curvas en la entrada donde poner flores y velas.

Una mezcla de cosas antiguas y nuevas, pensó, decantándose por la elegancia desenfadada con pinceladas divertidas.

Espejos antiguos. Sí, ella agruparía espejos antiguos de formas distintas, a lo largo de aquella pared, mezclaría libros con fotografías familiares y bonitos adornos en aquellos estantes. Y...

Ya no era suya, se recordó. Ya no era su espacio, ya no era problema suyo.

—No voy a decir que odio este lugar. No me parece justo para quien se mude aquí después de que me vaya. Es como echarle mal de ojo. Así que solo voy a decir que he cuidado de ella lo mejor que he podido mientras he podido.

Dejó las llaves sobre la encimera de la cocina con una nota de agradecimiento para Donna y luego cogió a Callie de la mano.

—Venga, peque, nos vamos de viaje.

—Vamos a ver a la yaya y al yayo y a la abuelita y al abuelito.

—Claro que sí, y también a todos los demás.

Salió al garaje con Callie tirando de su maleta de Cenicienta, antaño su princesa favorita, pero que había sustituido por Fiona.

—Vamos a sentaros y a poneros el cinturón a Fifi y a ti.

Mientras aseguraba a Callie en la silla infantil, esta dio unas palmaditas a Shelby en

la mejilla. La señal que quería decir «Mírame y préstame atención».

—¿Qué pasa, cielo?

—¿Llegaremos pronto allí?

Oh-oh. Dividida entre la diversión y la resignación, Shelby también dio unas palmaditas a Callie en la mejilla. Si iban a empezar con versiones de «¿Ya hemos llegado?» antes de salir del garaje, les esperaba un larguísimo viaje.

—Hay que ir a Tennessee, ¿recuerdas? Eso va a llevar algo de tiempo, así que no será demasiado pronto. Pero... —Puso los ojos como platos para demostrar la emocionante aventura que les esperaba—. Vamos a pasar la noche en un motel. Como dos aventureras.

—*Ventureras.*

—Eso es. Tú y yo, Callie Rose. Deditos en la nariz —añadió, y Callie rió, llevándose los dedos a la nariz para que Shelby pudiera cerrar la puerta corredera del monovolumen.

Salió marcha atrás del garaje y se quedó inmóvil un momento, hasta que la puerta se cerró de nuevo.

—Y eso es todo —dijo.

Se alejó sin volver la vista atrás.

El tráfico era espantoso, pero no pensaba preocuparse por eso. Tardaría lo que tardase.

Con el fin de reservar *Shrek* para cuando Callie estuviera realmente aburrida, la mantuvo entretenida con canciones. Algunas se las sabía su hijita y otras eran nuevas y las dejaba para evitar infinitas repeticiones y conservar la cordura.

Casi le funciona.

Cruzar la frontera del estado hacia Maryland le pareció una victoria. Tenía ganas de seguir adelante, seguir adelante sin más, pero la señal de las tres horas hizo que se desviara de la autopista. El Happy Meal puso una sonrisa de oreja a oreja en la cara de Callie y comida en su barriguita.

Dos horas más, pensó Shelby, y ya habría recorrido la mitad del camino. Pararían para pasar la noche. Ya había elegido el motel y la ruta en el GPS.

Cuando se detuvo en Virginia, vio que había tomado la decisión correcta. Callie estaba harta y se estaba poniendo en plan cascarrabias. La aventura de saltar en una cama de hotel le cambió el estado de ánimo.

Pijamas limpios, Fifi y un cuento obraron el milagro. Aunque dudaba que ni siquiera unos fuegos artificiales pudieran despertar a su hija, Shelby se metió en el baño para llamar a casa.

—Mamá. Hemos parado para dormir, como dije que haría.

—¿Dónde estáis ahora, dónde exactamente?

—En el hotel Best Western, cerca de Wytheville, Virginia.

—¿Está limpio?

—Lo está, mamá. Comprobé la valoración en internet antes de dirigirme hacia aquí.

—¿Tienes echada la cadena? —exigió Ada Mae.

—Sí, mamá.

—Coloca una silla bajo el pomo como medida extra.

—Vale.

—¿Qué tal está es angelito?

—Duerme como un tronco. Se ha portado muy bien durante el camino.

—Estoy deseando tenerla entre mis brazos. Y a ti, corazón. Ojalá nos hubieras dicho un poco antes que ibais a ponerlos en camino hoy. Clay junior habría ido para allá y os habría traído.

Era la única chica, se recordó Shelby, y la pequeña de tres. Su madre se preocupaba.

—Estoy bien, mamá, te lo prometo. Estamos bien y ya hemos hecho la mitad del camino. Clay tiene trabajo y una familia propia.

—Tú también eres su familia.

—Estoy deseando verlo. Verlos a todos.

Los rostros, las voces, las montañas y el verdor. Le entraron ganas de llorar, así que se esforzó por que su voz sonara más animada.

—Voy a intentar ponerme en camino a las ocho, aunque puede que sea un poco más tarde. Pero debería llegar sobre las dos en punto a más tardar. Te llamaré para decírtelo con seguridad. Mamá, quiero darte las gracias otra vez por dejar que nos quedemos.

—Ni se te ocurra decir eso. Mi niña y su niña. Esta es tu casa. Ven a casa, Shelby Anne.

—Mañana. Dile a papá que estamos a salvo esta noche.

—Seguid así. Y duerme un poco. Pareces cansada.

—Un poco. Buenas noches, mamá.

Aunque apenas eran las ocho, se metió en la cama y se quedó dormida en cuestión de minutos, igual que su pequeña.

Despertó en la oscuridad, horrorizada por un sueño que recordaba a trocitos. Una tormenta en el mar, olas gigantescas que sacudían un barco y un punto blanco que giraba en un picado mar negro. Y ella estaba al timón, luchando con uñas y dientes para gobernarlo mientras las olas lo azotaban y los relámpagos restallaban. Y Callie, Callie lloraba y la llamaba en alguna parte.

Luego, ¿Richard? Sí, sí, Richard, con uno de sus elegantes trajes, apartándola de los mandos porque ella no sabía llevar un barco. No sabía hacer nada.

Después caía, caía, caía a ese embravecido mar.

Helada, alterada, se incorporó en la desconocida habitación a oscuras, tratando de recobrar el aliento.

Porque era Richard quien había caído al agua, no ella. Era Richard quien se había ahogado.

Callie dormía, con su precioso culito en pompa. Calentita y a salvo.

Se tumbó y durante un rato acarició la espalda de Callie para reconfortarse. Pero ya no iba a dormir más, de modo que se rindió y fue al baño sin hacer ruido. Se quedó de pie, indecisa.

¿Debía dejar la puerta abierta para que si Callie se despertaba en un sitio extraño supiera dónde estaba su mamá o cerrada para que la luz y el ruido de la ducha no despertasen a su pequeña, cosa que sin duda pasaría?

Se decidió por dejar la puerta abierta una rendija.

No creía que la ducha de un motel le hubiera sentado jamás tan bien, pues su calor disipó los últimos escalofríos de la pesadilla y arrastró los persistentes vestigios de fatiga.

Había llevado consigo su propio champú y su propio gel de baño. La habían mimado con buenos productos mucho antes de que conociera a Richard. Pero claro, la

habían criado así, ya que su abuela dirigía el mejor salón de belleza de Rendezvous Ridge.

Y ahora una ducha relajante, pensó Callie. No había quien parase a la yaya.

Estaba deseando verla, verlos a todos. Estar en casa, respirar el aire de la montaña, ver los tonos verdes, los azules, oír las voces que no hacían que la suya sonase rara.

Se envolvió el pelo con una toalla, a sabiendas de que tardaría una eternidad en secárselo, e hizo lo que su madre le había enseñado cuando era apenas un poco mayor que Callie.

Se aplicó crema por todas partes. Era una sensación estupenda sentir piel sobre piel, aunque solo fueran sus propias manos. Llevaba mucho tiempo sin que nadie la tocara.

Se vistió, se asomó para echar un ojo a Callie y abrió la puerta un poco más mientras comenzaba a maquillarse. No pensaba ir a casa pálida y ojerosa.

No podía evitar volver flacucha, pero recuperaría el apetito en cuanto llegara, se instalara y se quitara de encima algunas de las pesadas cargas.

Y el atuendo estaba bien: unas mallas negras y una camisa verde hierba que le hacía pensar en la primavera. Añadió unos pendientes y un poco de perfume porque, según Ada Mae Pomeroy, una mujer nunca iba vestida del todo sin esas cosas.

Tras decidir que había hecho lo que había podido, volvió a la habitación, lo guardó todo menos la ropa de Callie para ese día. Un bonito vestido azul con flores blancas y un jersey blanco. Luego encendió una de las lamparillas junto a la cama y se sentó para despertar a su hija con un tierno achuchón.

—Callie Rose. ¿Dónde está mi Callie Rose? ¿Todavía está en el país de los sueños, montando ponis rosa?

—¡Estoy aquí, mamá! —Cálida y suave como un conejito, se volvió entre los brazos de Shelby—. Estamos en una *ventura*.

—Claro que sí.

Se acurrucó unos instantes porque aquellos momentos eran inestimables.

—No he mojado la cama.

—Lo sé. Eres una niña mayor. Ahora, vamos a hacer pipí y a vestirnos.

A pesar de haberle hecho una trenza a Callie, que sujetó con un lazo azul a juego con el vestido, lavarla de nuevo después de desayunar gofres y llenar el depósito del monovolumen, a las siete y media ya se habían puesto en marcha.

Sí que empezamos pronto, pensó Shelby. Lo tomaría como una buena señal de las cosas que estaban por llegar.

Hizo un alto a las diez, otra parada para orinar, aportó energía a su organismo con una Coca-Cola, llenó el vaso para bebés de Callie y le envió un mensaje de texto a su madre.

En camino temprano. El tráfico no está mal. Debería llegar sobre las doce y media. ¡Te quiero!

Cuando se incorporó a la autopista, el pequeño vehículo gris se deslizó de manera inadvertida tres coches por detrás del suyo. Y mantuvo la velocidad.

Así que la joven viuda se dirigía a casa en su monovolumen de segunda mano. Todo cuanto hacía era razonable, normal y corriente.

Pero ella sabía algo, pensó Privet. Y él averiguaría qué era.

A Shelby se le formó un nudo en la garganta tan grande que se le empañaron los ojos cuando divisó las montañas, alzándose en todo su verde esplendor. Creía saber cuánto deseaba, cuánto necesitaba aquello, pero se había quedado corta.

Todo era seguro y real.

—Mira, Callie. Mira ahí. Ahí está nuestro hogar. Ahí están las Smokies.

—La abuelita está en las *mokies*.

—Ssssssmokies —dijo Shelby con una mirada risueña en el retrovisor.

—Ssssssmokies. La abuelita y la tía y el tío y el abuelito y el tito Clay y la tita Gilly y el tito Forrest.

Recitó de un tirón nombres de la familia y, para sorpresa de Shelby, se sabía la mayoría, hasta los de los perros y los gatos.

Quizá no era la única que quería y necesitaba aquello, pensó Shelby.

Al mediodía estaba ascendiendo la tortuosa carretera en plena naturaleza, con la ventanilla medio bajada para poder oler las montañas. Los pinos, los ríos, los arroyos. Allí no había nieve. En su lugar brotaban flores silvestres, como pequeñas estrellas, gotas de color, y en las casas y cabañas que pasaba de largo había narcisos amarillos, como la mantequilla fresca. Allí la ropa se agitaba en sus cuerdas, de modo que las sábanas transportaban su aroma a los dormitorios. Los halcones sobrevolaban el cielo azul en círculos.

—Tengo hambre. Mamá, Fifi tiene hambre. ¿Hemos llegado? ¿Hemos llegado, mamá?

—Casi, cielo.

—¿Podemos llegar ya?

—Casi. Fifi y tú podéis comer algo en casa de la abuelita.

—Queremos galletas.

—A lo mejor habrá.

Atravesó lo que los lugareños llamaban el riachuelo de Billy, que llevaba ese nombre por el chico que se ahogó en él antes de que su padre naciera, y el camino de tierra que bajaba al valle y a algunas casas en ruinas y casas remolques, donde los perros de caza aullaban en sus jaulas y las escopetas estaban cargadas y listas.

Y el letrero del campamento Manantial, donde su hermano Forrest había trabajado un verano hacía mucho tiempo y se había bañado desnudo, y algo más, con Emma Kate Addison, cosa que Shelby sabía porque Emma Kate había sido su mejor amiga, desde que llevaban pañales hasta el instituto.

Giró en dirección al complejo hotelero construido cuando tenía unos diez años. Su hermano Clay trabajaba allí, llevando a los turistas a hacer rafting en los rápidos. Había conocido a su mujer allí mientras trabajaba como chef repostera en el hotel. Ahora Gilly estaba embarazada de su segundo hijo.

Pero antes de esposas e hijos, antes de trabajos y carreras, habían corrido como salvajes por allí.

Entonces conocía los senderos y los riachuelos, las pozas y los lugares que frecuentaban los osos negros. Había ido al pueblo con sus hermanos y con Emma Kate en los calurosos días de verano a comprar Coca-Cola en la tienda o al salón de belleza de su abuela a pedirle algo de calderilla.

Sabía en qué lugares podía sentarse a contemplar las vistas sin prisas. Cómo sonaba el chotacabras cuando la noche caía tras las esponjosas y suaves nubes grisáceas después de que el sol se marchitara en medio de un rojo resplandor detrás de las cimas de las montañas.

Volvería a conocerlos, pensó. Todo. Y lo más importante; su hija lo conocería. Conocería la embriagadora sensación de la hierba tibia bajo los pies o la fría agua del riachuelo lamiéndole los tobillos.

—¡Por favor, mamá, por favor! ¿Podemos llegar ya?

—Ya estamos muy cerca. ¿Ves esa casa de ahí? Conocía a una chica que vivió allí. Se llamaba Lorilee, y su mamá, la señora Maybeline, trabajaba para la yaya. Todavía lo hace, y creo que la yaya me contó que Lorilee también trabaja para ella. ¿Y ves esa bifurcación, justo ahí delante?

—¿Bi qué?

Casi tan impaciente como su hija, Shelby rió.

—Significa desviación en la carretera, donde puedes ir a un lado o al otro. Si fuéramos a la derecha, la mano con la que coloreas; pues si fuéramos por ahí, estaríamos en Rendezvous Ridge en un suspiro. Pero nosotras vamos a la izquierda.

Shelby giró a la izquierda en el cruce, un poco más rápido de lo que debería, mientras su propia emoción crecía.

—La casa de la abuelita.

—Eso es.

Había unas pocas casas diseminadas, algunas de ellas construidas después de que se marchara de allí..., y la carretera aún seguía serpenteando mientras ascendía.

La casa de Emma Kate, con una gran camioneta en la entrada que llevaba LOS ARREGLATODO pintado en el lateral.

Y ahí estaba. El hogar.

Se fijó en que había coches y furgonetas por doquier. Aparcados en la entrada, estacionados a un lado de la carretera. Los chicos correteaban en el jardín delantero y los perros con ellos. Y las flores primaverales que sus padres cuidaban como si fueran bebés eran ya un espectáculo a los pies de la preciosa casa de dos plantas. Las tejas de cedro relucían bajo el sol y el cerezo silvestre rosa que tanto apreciaba su madre florecía en todo su esplendor.

Una bandera colgaba entre las columnas del porche delantero.

¡BIENVENIDAS A CASA, SHELBY Y CALLIE ROSE!

Podría haber apoyado la cabeza en el volante y haberse echado a llorar de gratitud, pero Callie se puso a saltar en su silla infantil.

—¡Afuera! ¡Afuera! Deprisa, mamá.

Vio otro cartel colocado sobre un caballete justo delante de la casa.

RESERVADO PARA SHELBY

Mientras soltaba una carcajada, dos de los chicos vieron el monovolumen y se acercaron corriendo entre gritos de júbilo.

—¡Nosotros lo moveremos, Shelby!

Eran los hijos de su tío Grady, que parecían haber crecido otros quince centímetros desde la última vez que los viera, en Navidad.

—¿Alguien celebra una fiesta? —gritó.

—Es para ti. Hola, Callie, hola. —El mayor de los dos, Macon, dio un golpecito en la ventanilla de Callie.

—¿Quién es, mamá? ¿Quién?

—Es tu primo Macon.

—¡Primo Macon! —Callie agitó ambas manos—. ¡Hola, hola!

Sacó el monovolumen de la carretera y, con inmenso alivio, apagó el motor.

—Hemos llegado, Callie. Por fin.

—Afuera, afuera, afuera.

—Estoy en ello.

Antes de que pudiera rodear el monovolumen para abrir la puerta corredera, rodeada por los chicos, su madre se acercó a la carrera.

Ada Mae rondaba el metro ochenta y cinco de altura, y tenía unas largas piernas con las que estaba cubriendo la distancia que separaba la casa del monovolumen. El veraniego vestido amarillo se ahuecaba en torno a dichas piernas y resaltaba el cabello pelirrojo.

Se vio atrapada en un fuerte abrazo antes de que pudiera tomar aire y rodeada por el perfume L'Air du Temps, la fragancia distintiva de su madre.

—¡Aquí estáis! ¡Aquí están mis chicas! Dios mío, Shelby Anne, estás más flaca que un fideo. Vamos a poner remedio a eso. Por Dios bendito, chicos, dejadnos algo de espacio. ¡Mírate, mírate! —Tomó el rostro de Shelby con las manos, alzándoselo—. Todo va a ir bien —dijo cuando a Shelby se le llenaron los ojos de lágrimas—. No hagas que se te corra el rímel. Ahora todo está bien. ¿Cómo se abre esta puerta?

Shelby tiró del picaporte para que la puerta corredera se deslizara.

—¡Abuelita! ¡Abuelita! —Callie tendió los brazos—. ¡Afuera, afuera!

—Voy a sacarte de ahí. ¿Cómo diablos la sacas de ahí? ¡Oh, pero fíjate! —Ada Mae cubrió de besos el rostro de Callie mientras Shelby desabrochaba el arnés que la sujetaba—. Eres tan bonita como un rayo de sol en mayo. Y qué vestido tan precioso. Ay, dale un gran abrazo a la abuelita.

Con sus zapatos amarillos destalonados, Ada Mae giró en círculos en la carretera mientras Callie se aferraba a ella como un erizo.

—Estamos desperdigados. —Las lágrimas rodaban por las mejillas de Ada Mae al tiempo que seguía dando vueltas.

—No llores, abuelita.

—Solo es de alegría, y menos mal que llevo rímel resistente al agua. Estamos aquí afuera, en la casa, en el jardín de atrás, donde preparábamos una barbacoa. Tenemos comida como para alimentar a un regimiento, y también champán para celebrarlo.

Con Callie a la cadera, Ada Mae acercó a Shelby para darles un abrazo que abarcaba tres generaciones.

—Bienvenida a casa, cielo.

—Te lo agradezco, mamá, no tengo palabras.

—Vamos adentro a por un vaso de té helado. No hace ni dos horas que ha venido el camión de la mudanza.

—¿Ya?

—Han subido las cosas al cuarto de Callie. Lo han dejado todo perfecto. Tu habitación está justo al lado de la de tu mamá —dijo a la pequeña mientras se dirigía hacia la casa—. Te he puesto en el cuarto de Clay, Shelby, ya que es más grande que el que tú tenías. Lo hemos pintado y el colchón es nuevo. El viejo estaba muy usado. Callie está en el antiguo dormitorio de Forrest, así que ya sabes que compartiréis el baño que hay entre

ambos. También hemos puesto toallas nuevas para vosotras. Cogimos algunas del spa de la tía, así que son bonitas.

Shelby habría dicho que no tendría que haberse tomado tantas molestias, pero si Ada Mae no se preocupaba de las cosas, no estaba tranquila.

—Gilly ha preparado una tarta muy elegante. Está a punto de parir, pero esa chica sabe cocinar como Betty Crocker.

Salió su hermano Clay. Había heredado la altura de sus padres y el pelo y los ojos oscuros de su padre. Con una amplia sonrisa, levantó en vilo a Shelby y le dio vueltas como una peonza.

—Ya era hora de que llegaras —le murmuró al oído.

—Tan pronto como he podido.

—Pásamela —le ordenó a su madre y le arrebató a Callie—. Hola, bonita. ¿Te acuerdas de mí?

—Tito Clay.

—Las chicas siempre se acuerdan de los guapos. Vamos a buscar problemas.

—Si alguien puede... —dijo Ada Mae, y rodeó a Shelby por la cintura—. Necesitas una bebida fría y una silla.

—Parece que me haya pasado días sentada, pero acepto la bebida fría.

La familia estaba diseminada por la casa, de modo que hubo más abrazos y bienvenidas, y más aún cuando llegaron a la cocina. Gilly, que de verdad parecía a punto de parir, estaba de pie con un niño solo un año menor que Callie a la cadera.

—Yo lo cojo. —Clay se colocó a su hijo, Jackson, en la otra cadera—. Ahora ya tengo la parejita.

Salió corriendo por la puerta de atrás, profiriendo un grito de guerra que hizo que los dos niños chillaran.

—Ha nacido para ser padre. Y menos mal —agregó Ada Mae, palmeando con suavidad la barriga de Gilly—. Y ahora vete a descansar las piernas.

—Me siento bien. Incluso mejor ahora. —Rodeó a Shelby y se meció con ella en un abrazo—. Me alegro mucho de verte. Afuera hay jarras de té y mucha cerveza. Y cuatro botellas de champán; tu madre ha decretado que es solo para las mujeres, ya que ninguno de los hombres lo sabe apreciar.

—Suena bien. Empezaré con el té. —Shelby aún no había recobrado el aliento, pero decidió que ya lo haría después—. Gilly, estás estupenda. —Tenía el pelo tan rubio como Clay moreno, recogido en una bonita coleta que dejaba despejado su rostro, redondeado por el embarazo. Le brillaban los ojos, de color azul aciano—. Realmente estupenda. ¿Lo llevas bien?

—Lo llevo genial. Me quedan cinco semanas y dos días para salir de cuentas.

Shelby se dirigió afuera, al amplio porche trasero, y le echó un vistazo al jardín, con su huerto, que empezaba ya a brotar, niños subiéndose a unos columpios, una parrilla humeante y mesas de picnic alineadas como soldados, con globos atados a las sillas.

Su padre estaba junto a la parrilla, como un general, con uno de sus graciosos delantales. Este sugería que le besaran el trasero.

En cuestión de segundos estuvo entre sus brazos. No iba a desmoronarse, pensó. No quería echarlo a perder.

—Hola, papá.

—Hola, Shelby.

Inclinó su casi metro noventa para darle un beso en la coronilla. Guapo y en forma,

corredor de maratón por placer, médico rural de oficio, la retuvo contra su cuerpo.

—Estás demasiado delgada.

—Mamá me ha dicho que puede remediarlo.

—Entonces lo hará. —La apartó—. El médico recomienda comida, bebida, dormir mucho y muchos mimos. Son veinte dólares.

—Apúntalo en mi cuenta.

—Eso dicen todos. Vete a por algo de beber. Yo tengo que terminar con las costillas.

Cuando retrocedió, se vio atrapada en otro fuerte abrazo por atrás. Reconoció el maravilloso cosquilleo de la barba y se volvió para devolver el abrazo.

—Abuelo.

—Justo el otro día le decía a Vi: «Vi, aquí falta algo. No consigo saber qué es». Ahora lo tenemos. Eras tú.

Shelby alzó la mano para frotar la barba gris oscura con la palma y le miró a los risueños ojos azules.

—Me alegra que me hayáis encontrado. —Apoyó la cabeza contra el orondo pecho—. Esto parece un carnaval. Hay diversión y color a raudales.

—Ya era hora de que volvieras al carnaval. ¿Vas a quedarte?

—Jack —farfulló Clayton.

—Me han ordenado que no haga preguntas. —Aquellos ojos risueños podían volverse belicosos, y eso hicieron—. Pero que me aspen si no le pregunto a mi propia nieta si esta vez piensa quedarse en casa.

—No pasa nada, papá, y sí, pienso quedarme.

—Bien. Y ahora, Vi me está echando una mirada asesina porque te estoy reteniendo. Detrás de ti —dijo, e hizo que diera media vuelta.

Ahí estaba, Viola MacNee Donahue, con un vestido azul vivo, su titánico cabello en un atrevido y rizado corte en cuña, unas grandes gafas de sol sobre la nariz y los ojos azules fijos de manera descarada en ellos.

No parecía una abuela, pensó Shelby, pero la llamó mientras corría por el jardín.

—¡Abuela!

Viola apartó las manos de las caderas y extendió los brazos.

—Ya era hora, pero supongo que has dejado lo mejor para el final.

—Abuela. Estás preciosa.

—¿A que tienes suerte de parecerme a mí? O más bien a como era yo hace cuarenta años. Es la sangre MacNee, y un buen cuidado de la piel. Ese angelito tuyo es igual.

Shelby volvió la cabeza y sonrió cuando vio a Callie con sus primos, rodando sobre la hierba con un par de perros jóvenes.

—Lo es todo para mí.

—Lo sé.

—Debería...

—Andarse con deberías es una pérdida de tiempo. Vamos a dar un pequeño paseo —dijo al ver que a Shelby se le llenaban los ojos de lágrimas—. Echemos un vistazo al huerto de tu padre. Los mejores tomates de la región. Deja a un lado las preocupaciones. Déjalas a un lado.

—Son muchas, abuela. Más de las que puedo decir ahora mismo.

—No se consigue nada con preocuparse, solo hace que a una mujer le salgan arrugas. Así que deja a un lado las preocupaciones. Se hará lo que se tenga que hacer. Ya

no estás sola, Shelby.

—Yo... había olvidado lo que es no estarlo, así que todo esto parece un sueño.

—Esto es lo real, y siempre lo ha sido. Ven aquí, cariño, resiste un tiempo. —La atrajo y le frotó la espalda—. Por fin estás en casa.

Shelby contempló las montañas, cubiertas de grises nubes, tan fuertes, tan imperecederas, tan reales.

Por fin estaba en casa.

Alguien sacó el banjo de su abuelo y, de repente, la mujer de su tío Grady, Rosalee, tenía un violín y Clay su guitarra. Querían *bluegrass*, la música de las montañas. Aquellas alegres y altas notas, la íntima armonía de las cuerdas al tocarlas con los dedos y el arco suscitaron recuerdos en ella, encendieron una luz en su interior. Una especie de alumbramiento.

Sus orígenes estaban ahí, en la música y en las montañas, en la naturaleza y en las reuniones.

Familia, amigos y vecinos pululaban por las mesas de picnic. Vio bailar a sus primos en el césped, a su madre con sus zapatos amarillos de tacón meciendo al pequeño Jackson al son de la música.

Y allí estaba su padre con Callie en el regazo; mantenían lo que parecía ser una conversación muy seria mientras comían ensalada de patata y costillas a la parrilla.

La risa de su abuela se alzó sobre la música cuando Viola se sentó en el césped con las piernas cruzadas, bebiendo champán y sonriendo a Gilly.

La hermana menor de su madre, Wynonna, vigilaba como un halcón a su hija pequeña, que parecía estar unida por la cadera a un chico flacucho con unos vaqueros rotos al que su tía se refería como «ese chico de los Hallister».

Dado que su prima Lark tenía dieciséis años y tantas curvas como una carretera de montaña, Shelby supuso que estaba justificado que la vigilara con ojo de halcón.

La gente seguía ofreciéndole comida, de modo que comió porque notaba el ojo de halcón de su madre fijo en ella. Bebió champán a pesar de que hizo que se acordara de Richard.

Y cantó porque su abuelo se lo pidió. *Cotton-Eyed Joe* y *Salty Dog*. *Lonesome Road Blues* y *Lost John*. Las letras le vinieron a la cabeza como si fuera el día antes y la alegría de cantar en el jardín, dejando que la música flotara hacia el soleado cielo azul, fue un bálsamo para su maltrecho corazón.

Se había olvidado de aquello, pensó, se había olvidado de todo por un hombre al que nunca conoció de verdad y una vida que sabía que había sido falsa de principio a fin.

¿No era un milagro que lo que era real y verdadero estuviera allí, esperándola?

Cuando pudo alejarse, se metió en la casa y subió las escaleras. El corazón se le desbordó cuando entró en el cuarto de Callie.

Paredes de color rosa claro y recargadas cortinas blancas enmarcaban la ventana que daba al jardín trasero, con las montañas más allá. Todo estaba instalado, el bonito mobiliario blanco y la cama, con su dosel rosa y blanco. Hasta habían colocado algunas de las muñecas y los juguetes y libros sobre la blanca estantería y parte de sus animales de peluche encima de la cama.

Quizá la habitación fuera la mitad que la de la casa grande, pero era perfecta. Atravesó el cuarto de baño que comunicaba las habitaciones (reluciente, como no podía ser de otro modo tratándose de su madre) y entró en el que había sido el cuarto de su hermano. El suyo en ese momento.

La vieja cama de hierro forjado en la que había dormido y soñado en su infancia

estaba situada frente a la ventana, igual que lo había estado en el dormitorio al final del pasillo. Un sencillo edredón blanco la cubría ahora, pero Ada Mae, siendo como era, había dispuesto una serie de almohadones con fundas ribeteadas de encaje apoyados en el cabecero y algunos más en intensos tonos verdes y azules montados sobre estos. A los pies había una manta doblada de punto, también en tonalidades verdes y azules, tejida por su bisabuela.

Las paredes eran de un cálido verde apagado, como las montañas. Dos acuarelas, obra de su prima Jesslyn, las adornaban. Un prado en primavera, un bosque verde al amanecer, en colores suaves y evocadores. Un jarrón con tulipanes blancos (sus favoritos) descansaba en su vieja cómoda, junto con la fotografía enmarcada en plata de ella con Callie en brazos cuando tenía ocho semanas.

Habían subido sus maletas. No lo había pedido; no había tenido que hacerlo. Las cajas, bueno, lo más seguro era que ya estuvieran apiladas en el garaje a la espera de que decidiera qué hacer con las cosas que se había sentido obligada a quedarse de una vida que ya no parecía la suya.

Abrumada, se sentó en un lado de la cama. Podía oír la música, las voces a través de la ventana. Era así como se sentía, apartada, detrás del cristal, sentada en una habitación de su infancia, preguntándose qué hacer con lo que se había llevado consigo. Solo tenía que abrir la ventana y sería parte de todo en vez de estar aparte.

Pero...

En esos momentos, ese día, todo el mundo le daba la bienvenida a casa y se callaba lo demás. Pero ya llegarían las preguntas que pululaban entre murmullos bajo la bienvenida. Una parte de lo que se llevó consigo eran respuestas y aún más preguntas.

¿Cuánto debería contar y cómo debería contarlo?

¿De qué serviría que les contara que su marido había sido un embustero y un adúltero? Y mucho se temía que podía haber sido algo mucho peor. En el fondo se temía que hubiera sido un estafador y un ladrón. Y a pesar de lo que hubiera sido, aunque resultara ser peor, seguía siendo el padre de su hija.

Al estar muerto no podía defenderse ni explicar nada.

Y sentarse allí para darle vueltas no iba a solucionar nada. Estaba perdiéndose esa bienvenida, ese soleado día y la música que subía el volumen. De modo que bajaría otra vez y comería un poco de tarta..., aunque ya se sentía algo indispuesta. Mientras se ordenaba a sí misma ponerse en pie y bajar, oyó pasos provenientes del pasillo.

Se levantó y empastó una sonrisa natural en su cara.

Forrest, su hermano, el que no había estado allí para darle la bienvenida, entró por la puerta.

No era tan alto como Clay, pues apenas superaba el metro ochenta, y su constitución era más corpulenta. Con cierto orgullo, su abuela afirmaba que tenía la complexión de un matón, y había tenido sus peleas. Había sacado el pelo negro de su padre, pero los ojos, iguales que los de ella, eran de un azul intenso. Y en ese momento le sostenían la mirada. Fríos, pensó, y repletos de las preguntas que nadie hacía.

Todavía.

—Hola. —Trató de ensanchar su sonrisa—. Mamá me ha dicho que hoy tenías que trabajar.

En calidad de ayudante del sheriff (su hermano el policía), un trabajo que parecía adaptarse a él como una segunda piel.

—Así es.

Tenía los pómulos marcados, como su padre, y los ojos eran los de su madre. Y en ese momento lucía un moratón en la mandíbula.

—¿Te has metido en alguna pelea?

Pareció quedarse en blanco durante un instante, pero luego se pasó los dedos por la mandíbula.

—En el cumplimiento del deber. Arlo Kattery..., seguro que te acuerdas de él..., se puso en plan alborotador anoche en el bar Shady. Te están buscando fuera. He supuesto que estarías aquí arriba.

—He retrocedido unos pasos de donde empecé.

Forrest se apoyó en el marco, y entonces estudió su rostro con frialdad.

—Eso parece.

—Joder, Forrest. ¡Joder! —Nadie de la familia era capaz de retorcerla, estrujarla y volver a aplacarla como Forrest—. ¿Cuándo vas a dejar de estar cabreado conmigo? Han pasado cuatro años. Casi cinco. No puedes seguir enfadado para siempre.

—No estoy cabreado contigo. Lo estaba, pero ahora estoy más bien molesto.

—¿Cuándo vas a dejar de estar molesto conmigo?

—No sabría decirlo.

—¿Quieres que diga que estaba equivocada, que cometí un terrible error al huir con Richard?

Forrest pareció considerarlo.

—Estaría bien para empezar.

—Bueno, pues no puedo. No puedo decir eso porque... —Señaló la fotografía que había sobre la cómoda—. Eso convierte a Callie en un error y no lo es. Es un regalo y una bendición y lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Te fugaste con un gilipollas, Shelby.

Todos los músculos de su cuerpo se pusieron tensos.

—No creía que fuera un gilipollas por entonces, o de lo contrario no me habría escapado con él. ¿Qué hace que tú seas tan virtuoso, ayudante Pomeroy?

—Virtuoso no: solo llevo razón. Me resulta fastidioso que mi hermana se largara con un gilipollas y que apenas las haya visto en años, a ella y a esa sobrina que es igualita que ella.

—He venido cuando he podido. He traído a Callie cuando he podido. Lo he hecho lo mejor que sabía. ¿Quieres que diga que Richard era un gilipollas? Puedo complacerte en eso, ya que resulta que lo era. Tuve la mala cabeza de casarme con un gilipollas. ¿Mejor?

—Un poco. —Siguió mirándola a los ojos—. ¿Te pegó alguna vez?

—No. Dios mío, no. —Estupefacta, levantó las manos—. Jamás me tocó de ese modo. Lo juro.

—No volviste para asistir a funerales, bautizos ni bodas. A la de Clay, llegaste a la de Clay, pero por los pelos. ¿Cómo conseguía retenerte?

—Es complicado, Forrest.

—Resúmelo.

—Decía que no. —La furia comenzó a bullir dentro de ella—. ¿Te parece un buen resumen?

Forrest se estiró para encoger los hombros, y acto seguido los bajó.

—No siempre aceptaste un no por respuesta tan fácilmente.

—Si crees que fue fácil, te equivocas.

—Necesito saber por qué parecías tan cansada, tan delgada, tan hecha polvo cuando

volviste a casa durante lo que parecieron diez minutos en Navidad.

—Tal vez porque me había dado cuenta de que me había casado con un gilipollas al que ni siquiera le gustaba demasiado. —La furia golpeaba contra la culpa y la culpa chocaba con la fatiga—. Porque antes de verme viuda yo, y a mi hija sin un padre, me había dado cuenta de que no le quería ni siquiera un poco. Y tampoco me gustaba demasiado.

Las lágrimas le anegaban la garganta, y amenazaban con desbordar el dique que con tanto esfuerzo había construido para contenerlas.

—Pero no viniste a casa, ¿no?

—No, no vine a casa. Quizá me casara con un gilipollas porque yo era una gilipollas. Quizá no fui capaz de averiguar cómo sacarnos a Callie y a mí misma del lío en que me había metido. ¿Puedes dejarlo así por ahora? ¿Puedes conformarte con eso por el momento? Si tengo que hablar de todo lo demás ahora, creo que acabaré hecha pedazos.

Forrest se acercó y se sentó a su lado.

—A lo mejor paso de estar molesto a un poco fastidiado.

Las lágrimas rezumaron y cayeron; no pudo evitarlo.

—Un poco fastidiado. Algo es algo. Te he echado de menos como a un brazo o a una pierna o a la mitad de mi corazón.

—Lo sé. —La rodeó con el brazo—. Yo te he echado de menos del mismo modo. Por eso he tardado casi cinco años en pasar a estar un poco fastidiado. Tengo preguntas.

—Tú siempre tienes preguntas.

—Como por qué has venido desde Filadelfia conduciendo un monovolumen con más años que Callie y con un par de maletas y un puñado de cajas y lo que parece un enorme televisor de plasma.

—Es para papá.

—¿Qué? ¡Para pavonearte! Aún tengo más preguntas, pero esperaré. Tengo hambre y quiero una birra... Quiero un par de birras. Y si no te llevo abajo en breve, mamá vendrá a ver y entonces me despellejará el culo por hacerte llorar.

—Necesito un poco de tiempo para asentarme antes de que empiecen las preguntas. Necesito respirar un rato.

—Este es un buen lugar para eso. Vamos, bajemos.

—Vale. —Se levantó con él—. Voy a estar un poco fastidiada contigo por estar un poco fastidiado conmigo.

—Es justo.

—Pues desahógate un poco haciendo que Clay te ayude a meter ese televisor y después a averiguar dónde hay que ponerlo.

—Tiene que estar en mi apartamento, pero me limitaré a venir a ver la tele aquí y a comerme toda la comida de papá.

—Eso también es justo —decidió Shelby.

—Me estoy esforzando por hacer lo que es justo. —Mantuvo el brazo sobre sus hombros—. ¿Sabes que Emma Kate ha vuelto?

—¿Qué? ¿En serio? Pero si creía que estaba en Baltimore.

—Lo estaba hasta hace unos seis meses. Supongo que ya son más bien siete. Su padre tuvo un accidente el año pasado, se cayó del tejado de Clyde Barrow y se dio un buen golpe.

—Eso lo sé. Creía que se encontraba mejor.

—Bueno, vino para cuidar de él; ya sabes cómo es su madre.

—Tan inútil como un patito sin patas.

—Eso es verdad. Se quedó un par de meses. Él entraba y salía del hospital, haciendo fisioterapia, y como ella es enfermera, podía ayudarlo mejor que la mayoría. El tío con el que está iba y venía. Es un tío majo. Para abreviar, las ausencias y los recortes presupuestarios le costaron el puesto de trabajo en el hospital de Baltimore... o hicieron que le fuera difícil seguir. Su novio y ella se mudaron cuando recibió una oferta de trabajo en la clínica del pueblo.

—Papá.

—Sí. Dice que es una enfermera magnífica. Matt... el novio... se vino con ella y montó un negocio con su socio. Griff también es de Baltimore. Un negocio de construcción. Son Los Arreglatodo.

—He visto una camioneta con ese nombre en la casa de Emma Kate.

—Matt y Griff están haciendo una nueva cocina para la señora Bitsy. He oído que ella no sabe lo que quiere y cambia de opinión cada cinco minutos, así que está llevando su tiempo. Emma Kate y Matt viven en el apartamento de enfrente del mío, y Griff en la vieja casa Tripplehorn, en Five Possum Road.

—Ese sitio se caía a pedazos cuando teníamos diez años —recordó.

Y a ella le encantaba.

—Lo está reparando. Es probable que le lleve el resto de su vida, pero está en ello.

—Tienes noticias para dar y tomar, Forrest.

—Solo porque no has estado aquí para enterarte. Deberías ir a ver a Emma Kate.

—Ojalá hubiera venido hoy.

—Está trabajando y seguramente siga en la fase de cabreo en lo que a ti se refiere. Puede que tengas que currártelo para que se le pase.

—Resulta duro saber a cuánta gente he hecho daño.

—Pues no vuelvas a hacerlo. Si decides marcharte, despídete como es debido.

Miró por la puerta de atrás y vio a Clay, que correteaba con su hijo a hombros, y a su abuela, que empujaba a Callie en los columpios.

—No me voy a ninguna parte. Ya he estado ausente demasiado tiempo.

Durmió en la cama de su infancia, pero con un colchón nuevo, y aunque era una noche fresca, dejó una rendija abierta en la ventana para que el aire nocturno pudiera entrar. Al despertar estaba lloviendo, así que se acurrucó con una sonrisa en la cara mientras su sonido golpeteaba de manera muy tranquila. Un minuto más y se levantaría, se dijo, echaría un vistazo a Callie y le prepararía el desayuno.

Se ocuparía de deshacer el equipaje y del resto de las tareas pendientes. Solo quería cinco minutos más.

Cuando despertó de nuevo, la lluvia había pasado a ser una neblinosa llovizna, que goteaba hojas y canalones. En medio oyó el canto de los pájaros. No podía recordar la última vez que había despertado oyendo trinar a los pájaros.

Se dio la vuelta y echó un vistazo al bonito reloj de cristal que había en la mesilla de noche y acto seguido se incorporó como una flecha.

Se levantó, atravesó el baño con rapidez y entró en el cuarto de Callie. Se encontró con la cama vacía.

¿Qué clase de madre era? No se había despertado hasta pasadas las nueve y no tenía ni idea de dónde podría estar su hija. Bajó corriendo, descalza y presa del pánico. El fuego ardía en la chimenea del salón. Callie estaba sentada en el suelo con el viejo chucho

llamado Clancy acurrucado a su lado.

Había animales de peluche sentados en una hilera mientras Callie toqueteaba al elefante rosa tumbado con la trompa hacia arriba sobre un trapo de cocina.

—Está muy enfermo, abuela.

—Oh, ya lo veo, cielo. —Ada Mae sonrió, acurrucada en una butaca mientras bebía café—. No cabe duda de que parece pachucho. Es una suerte que seas tan buena médica.

—Se va a poner bien pronto. Pero tiene que ser valiente porque necesita una inyección. —Le dio la vuelta con cuidado y usó una de sus gruesas pinturas de cera como jeringuilla—. Ahora le damos un beso en la pupita. Los besos hacen que las pupas duelan menos.

—Los besos hacen que todo sea mejor. Buenos días, Shelby.

—Lo siento mucho, mamá. Me he dormido.

—Apenas son las nueve de una mañana lluviosa —comenzó Ada Mae cuando Callie se levantó de un brinco y corrió hacia Shelby.

—Estamos jugando a los médicos y todos mis animales están malitos. Voy a ponerlos buenos. Ven a ayudarme, mamá.

—Tu mamá tiene que desayunar.

—Oh, estoy bien, solo...

—Desayunar es importante, ¿verdad, Callie?

—Ajá. La abuelita me ha hecho el desayuno después de que el abuelo tuviera que irse a ayudar a la persona enferma. He comido huevos revueltos y tostada con mermelada.

—Huevos revueltos. —Levantó a Callie para darle un beso—. Y te has puesto un vestido muy bonito. ¿A qué hora se ha levantado?

—Sobre las siete. Y no empieces. ¿Por qué vas a negarme un par de horas con mi única nieta? ¿Nos hemos divertido, Callie Rose?

—Nos hemos divertido mucho, mucho y mucho. Le he dado a Clancy una galleta para perros. Se ha sentado como un buen chico y también me ha dado la patita. Y el abuelo me ha bajado a caballito porque no he hecho ruido y no te he despertado. Ha tenido que irse a ayudar a las personas enfermas. Así que estoy ayudando a los animales enfermos.

—¿Por qué no te traes los animales a la cocina mientras le preparo a tu mamá algo para desayunar? Se lo va a comer todo igual que tú.

—No quiero que te sientas obligada a... Sí, mamá —concluyó dándose por advertida al ver que su madre la miraba con los ojos entrecerrados.

—Puedes beberte una Coca-Cola, ya que nunca aprendiste a beber café como las personas civilizadas. Callie, tú puedes traerte a todos los animales enfermos y curarlos allí. Vas a comer huevos con jamón y queso y a meterte unas cuantas proteínas. Dispongo de todo el día. Me he tomado libre hasta mediados de semana. La jefa es de mi familia.

—¿Cómo va a llevar la yaya el salón sin ti?

—Oh, se las apañará. Coge tu Coca-Cola y siéntate ahí mientras me ocupo de esto. Estará bien, Shelby —agregó Ada Mae en voz baja—. Está ocupada y es feliz. Y tu padre y yo hemos disfrutado de su compañía esta mañana. Bueno, no tengo que preguntarte cómo has dormido. Ya tienes mejor aspecto.

—He dormido diez horas.

—Colchón nuevo. —Ada Mae cortó un poco de jamón—. Y la lluvia. Hace que tengas ganas de dormir todo el día. No has estado durmiendo bien, ¿verdad?

—No especialmente.

—Ni comiendo demasiado.

—Ha sido difícil abrir el apetito.

—Puede que unos pocos mimos lo hagan más fácil. —Miró a Callie—. Te diré que has hecho un buen trabajo con esta niña. Claro que una parte se debe al carácter, pero tiene buenos modales sin ser estirada..., algo que me da repelús cuando se trata de un niño..., y es feliz.

—Cada mañana se despierta deseando empezar el día.

—Quería verte antes que nada, pero solo he tenido que llevarla a la puerta de tu dormitorio y enseñarle que estabas dormida y se ha conformado. Eso es bueno, Shelby. Un niño que no se separa suele hablar más sobre el apego de la madre. Y supongo que ha sido difícil por ambas partes no pegaros la una a la otra durante los últimos meses, estando las dos solas.

—Nunca vi niños de su edad por el vecindario. Pero claro, hacía mucho frío y parecía que iba a nevar cada cinco minutos. Pese a todo, iba a buscar una buena guardería solo para que pudiese relacionarse, pero... No lo hice después de que... ya sabes. No sabía si era adecuado para ella. Y papá y tú vinisteis una temporada y vino la yaya y eso fue bueno. Teneros allí nos ayudó a las dos.

—Espero que sí. Nos preocupaba haberos dejado solas demasiado pronto. —Ada Mae vertió huevos batidos en la sartén sobre los trozos de jamón y añadió queso rallado a la mezcla—. No sé si habría podido marcharme si no hubieras dicho que vendrías a casa lo antes posible.

—No sé cómo me las habría arreglado si no hubiera sabido que podía venir a casa. Mamá, hay huevos de sobra para dos personas.

—Te comerás lo que te apetezca y un bocado más. —Volvió a mirar hacia atrás, con los ojos entrecerrados—. Se equivocan cuando dicen que nunca se está demasiado delgada porque tú sí lo estás. Vamos a engordar a tu mamá, Callie, y a poner algo de color en sus mejillas.

—¿Por qué?

—Porque lo necesita. —Ada Mae sirvió los huevos en el plato, añadió una tostada y se lo pasó sobre la encimera—. Y un bocado más.

—Sí, señora.

—Bueno. —Ada Mae se entretuvo ordenando la ya ordenada cocina—. Tienes reservado un masaje con piedras calientes para las dos en el salón de mi madre.

—¿De veras?

—También te vendría bien una limpieza facial, pero yo misma te la haré a finales de semana. Una mujer que conduce desde Filadelfia con una niña pequeña se ha ganado un buen masaje. Y Callie y yo tenemos planes para esta tarde.

—¿En serio?

—Voy a llevarla a casa de Suzannah. ¿Te acuerdas de mi amiga Suzannah Lee? No pudo venir ayer porque tenía la despedida de soltera de la hija de su hermana. ¿Te acuerdas de Scarlet? ¿Scarlet Lee? Fuiste al colegio con ella.

—Claro. ¿Scarlet se ha prometido?

—Se casa en mayo con un simpático chico a quien conoció en la universidad. Van a casarse aquí, ya que la familia de Scarlet está aquí, y luego se mudarán a Boston, donde él trabaja en el mundo de la publicidad. Scarlet tiene la carrera de magisterio, así que se dedicará a eso.

—¿Profesora? —Shelby no pudo evitar reírse—. Según recuerdo, Scarlet odiaba el colegio como si fueran espinacas empapadas en arsénico.

—Ahí tienes la moraleja. No sabría decir qué moraleja, pero ahí la tienes. En cualquier caso, me llevo a Callie a casa de Suzannah para presumir un poco de ella, y Suzannah tendrá a su nieta, Chelsea, que tiene tres años, igual que Callie, y es hija de su hijo Robbie, que se casó con Tracey Lynn Bowran. Creo que no has conocido a Tracey. Su familia es de Pigeon Forge. Es una chica maja, ceramista. Ese cuenco de ahí, el de los limones, es suyo.

Shelby miró el cuenco marrón oscuro, con sus espirales en vivos tonos azul y verde.

—Es precioso.

—Se compró un horno y trabaja fuera de su casa. Llevan algunas de las piezas al pueblo, a la galería El arte de las montañas, y también a la tienda de regalos del hotel. Os daremos un día libre a Tracey y a ti ya que Suzannah, Chelsea, Callie y yo hemos quedado para jugar.

—Le va a encantar.

—A mí también. Voy a ser codiciosa con ella durante una temporada, así que espero que me concedas el capricho. Me la llevaré sobre las once. Se harán amigas y luego comeremos. Si el tiempo mejora, las sacaremos un rato.

—Callie suele echarse una hora de siesta por la tarde.

—Entonces dormirán la siesta. Puedes dejar de preocuparte, que ya veo que lo haces. —Con la cabeza bien erguida, Ada Mae apoyó en la cadera la mano cerrada en un puño—. He conseguido criaros a ti y a dos chicos, además. Creo que puedo cuidar de una renacuaja.

—Sé que puedes. Lo que pasa es que... no la he perdido de vista desde... no recuerdo cuánto hace. Y preocuparme por no tenerla cerca dice mucho de mí.

—Siempre has sido una chica lista. No querría otra cosa —agregó Ada Mae mientras rodeaba la isla y posaba las manos en los hombros de Shelby—. Santo Dios, hija, estás muy tensa. He reservado con Vonnie... ¿Te acuerdas de Vonnie? Es prima por parte de tu padre.

Vagamente, pensó, ya que había una legión de primos en su familia.

—Vonnice Gates —prosiguió Ada Mae—. La hija mediana de Jed, el primo de tu padre. Ella te librará de los nudos.

Shelby acercó la mano y la puso sobre la de su madre.

—No tienes que sentirte obligada a cuidar de mí.

—¿Es eso lo que le dirías a tu hija en estas circunstancias?

Shelby exhaló un suspiro.

—No. Le diría que es mi trabajo y mi deseo cuidarla.

—Muy bien. Un bocado más —murmuró Ada Mae besando a Shelby en la coronilla.

Shelby se comió otro bocado.

—A partir de mañana, fregarás tus platos, pero hoy no. ¿Qué quieres hacer esta mañana?

—Oh. Debería deshacer las maletas.

—No he dicho qué deberías hacer —le recordó Ada Mae mientras fregaba el plato de Shelby—. He preguntado qué quieres hacer.

—Es ambas cosas. Me sentiré más tranquila en cuanto haya ordenado las cosas.

—Callie y yo te ayudaremos con eso. ¿Cuándo llega el resto de tus cosas?

—Lo tengo todo. Lo he traído todo.

—Todo. —Ada Mae se detuvo y la miró—. Cariño, solo subieron un par de

maletas, bueno, y las cosas de Callie, ya que habías marcado esas cajas. Clay junior no apiló más de media docena de cajas, si llega, en el garaje.

—¿Qué iba a hacer con todas esas cosas, mamá? Aunque encuentre una casa..., y antes tengo que encontrar un empleo..., no podría usar ninguna de esas cosas. ¿Sabías que hay empresas que vienen, examinan las cosas y compran muebles en el acto en la propia casa? —dijo con ligereza, a modo de conversación, cuando se levantó y se inclinó para coger a Callie, que estaba bailando con los brazos en alto—. La agente inmobiliaria me ayudó a encontrarlas. Me ayudó mucho con ese tipo de cosas. Debería enviarle flores cuando se zanje la venta, ¿verdad?

Esa pregunta no distrajo a su madre tal y como Shelby había esperado.

—¿Todos esos muebles? Vaya, Shelby, había siete dormitorios en esa casa y aquel gran despacho y ni siquiera conozco todas las demás habitaciones. Es lo más parecido a una mansión en la que he estado sin tener que pagar por la visita. Y tan nueva. —Con la sorpresa y la preocupación impresas en su rostro, Ada Mae se frotó entre los pechos con la palma de la mano—. Oh, espero que consiguieras un buen precio por todo eso.

—Trabajé con una empresa muy reputada, lo prometo. Llevan más de treinta años en el negocio. Investigué mucho por internet sobre este tipo de cosas. Te juro que podría conseguir empleo como investigadora con todo lo que he hecho, si no creyera que me darían ganas de pegarme un tiro antes de que pasase la primera semana.

»Vamos a deshacer las maletas, Callie. ¿Me vas a ayudar antes de que la abuelita y tú os vayáis?

—¡Te ayudo! Me gusta ayudar a mamá.

—Eres la mejor ayudante del mundo. Vamos a empezar. Mamá, ¿sabes si Clay subió la caja que tiene las perchas pequeñas de Callie? Todavía no puedo usar las normales para ella.

—Subió todo lo que llevaba su nombre. Iré a echar un vistazo para asegurarme.

—Gracias, mamá. Oh, saldré a cambiar la sillita infantil a tu coche.

—Que no nací ayer. —El tono crispado en la voz de Ada Mae le indicó a Shelby que su madre aún le estaba dando vueltas a la idea de vender todos esos muebles. Y aún no sabía ni la mitad—. Tu padre y yo tenemos la que usaste tú —agregó—. Está preparada para ella.

—Mamá. —Shelby se acercó y con la mano libre abrazó a su madre—. Callie, tienes la mejor abuela del mundo entero.

—Mi abuelita.

Y aquello distrajo a Ada Mae... lo suficiente, pensó Shelby, ya que sabía que su madre le daría una y mil vueltas a la idea de vender de un solo golpe todo el mobiliario de una casa de casi diez mil metros cuadrados.

Resultaba extraño no tener a Callie en medio ni jugando a la vista, pero la cita para jugar la había entusiasmado de verdad. Y lo cierto era que terminaría de deshacer el equipaje y de colocar en la mitad de tiempo sin Callie «ayudando».

Al mediodía, con todo ordenado y las camas hechas, se preguntó qué narices hacer.

Ojeó su ordenador portátil con cierto desagrado, pero se obligó a encenderlo. No había notificaciones de los acreedores... así que era una buena noticia. Todavía no había nada sobre la venta de la casa, pero tampoco lo esperaba. Sí leyó un brevísimo email de la tienda de segunda mano en el que le avisaban de que habían vendido dos de las chaquetas

de cuero de Richard, su abrigo de cachemir y dos de sus vestidos de cóctel.

Respondió con un agradecimiento, diciéndole que sí, que le parecía bien esperar a primeros de mes para que le enviaran un cheque a la dirección que les había proporcionado.

Después de haberse ocupado de deshacer las maletas y de sus asuntos, se dio una ducha y se vistió. Aún era demasiado temprano para ir a darse el masaje. Sería el paraíso. Así que daría un paseo. Le vendría bien un buen paseo.

La fina llovizna persistía, como un constante rocío de un cielo nublado y gris como el humo. Pero le gustaba pasear bajo la lluvia. Se puso una sudadera con capucha, unas botas bajas de flexible piel e intentó echar mano de su bolsa. Su bolsa de Callie. Y al recordar que se la había dado a su madre para que se la llevase, se guardó la cartera en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Se sentía tan ligera, tan libre de responsabilidades, que no sabía qué hacer con las manos, de modo que se las metió en los bolsillos de la sudadera y encontró el pequeño paquete de toallitas que se había guardado ahí la última vez que se la había puesto... cuando no se sentía tan libre de responsabilidades.

Tomó una profunda bocanada del fresco y húmedo aire cuando salió afuera. Se quedó de pie, respirando, asiendo las toallitas húmedas de Callie con los dedos y con la tarde libre ante sí.

Todo reverdecía, brotaba y florecía con la fina lluvia, que hacía que el verde fuera más vibrante. Todos aquellos olores como la humedad, la hierba, la tierra mojada o la delicada dulzura de los morados jacintos danzando entre los amarillos narcisos, llegaban hasta ella mientras caminaba por la larga y familiar calle.

Podía pasar por la casa de Suzannah Lee, solo para echar un vistazo. Se aproximaba la hora de la siesta y Callie todavía no estaba del todo acostumbrada a no orinarse mientras dormía. Lo estaba en un noventa y ocho por ciento, pero la pobre se sentiría muy avergonzada si tenía un accidente porque a su abuelita no se le ocurría ponerla a hacer pipí antes de su siesta.

Podría pasarse por allí y echar un vistazo rapidito para...

—Basta. Basta ya. Callie está bien. Todo va bien.

Aceptaría el consejo de su madre y dedicaría el día a hacer lo que le apeteciera. Un paseo bajo la lluvia, sin prisas, tomándose el tiempo necesario para estudiar las montañas con su humeante manto, para valorar las flores primaverales y la quietud.

Dirigió la mirada hacia la casa de Emma Kate y se fijó en la camioneta de mantenimiento en el camino de entrada y en el coche rojo brillante aparcado detrás. Se preguntó cómo iba a abordar a Emma Kate ahora que las dos estaban de vuelta en Rendezvous Ridge.

Y su amiga salió del coche.

Ella también llevaba una sudadera con capucha de un intenso color rosa chicle que Callie adoraría. Se había cambiado el peinado, pensó Shelby mientras Emma Kate sacaba dos bolsas con compra del asiento de atrás. Se había cortado la larga trenza castaña que Shelby recordaba y lo llevaba más desaliñado y coqueto, con flequillo.

Se dispuso a llamarla, pero no se le ocurría nada que decirle y se sintió estúpida e incómoda.

Emma Kate la vio cuando cerró la puerta. Enarcó las cejas bajo el flequillo castaño mientras se colgaba el asa al hombro.

—Bueno, fíjate quién está ahí, bajo la lluvia, como un gato mojado.

—Solo es llovizna.

—Aun así moja. —Durante un momento se quedó con el peso apoyado en un pie, las bolsas colgadas a los hombros, el rictus serio y una expresión crítica en sus intensos ojos castaños bajo la lluvia—. Me enteré de que habías vuelto.

—Yo oí lo mismo de ti. Espero que tu padre esté bien.

—Lo está.

Shelby, que se sentía más estúpida al estar allí de pie, subió el corto camino de entrada.

—Me gusta tu pelo.

—Tu abuela me convenció. Siento lo de tu marido.

—Gracias.

—¿Dónde está tu hija?

—Con mi madre. Han quedado para jugar con la nieta de la señora Suzannah.

—Chelsea. Es un torbellino. ¿Vas a alguna parte o solo has salido a deambular bajo la lluvia, Shelby?

—Voy al salón de belleza, pero como Callie está con mi madre, todavía tengo tiempo... así que antes estoy dando un paseo.

—Entonces será mejor que entres y saludes a mi madre o no me dejará en paz. Tengo que llevarle la compra de todas formas.

—Sería agradable. Vamos, deja que te lleve una.

—Ya la llevo yo.

Rechazada, tal y como tenía que sentirse, Shelby encorvó los hombros mientras iban hacia la puerta.

—Yo... Forrest me dijo que estás con alguien y que vives en el pueblo.

—Así es. Matt Baker. Llevamos juntos más de dos años. Ahora mismo está en el salón de belleza arreglando uno de los lavabos.

—Creía que esta era su camioneta.

—Tienen dos. Esta es la de su socio. Griffin Lott. Mamá está reformando la cocina y volviéndonos locos a todos.

Emma Kate abrió la puerta y volvió la cabeza para mirar a Shelby.

—Eres la comidilla de Rendezvous Ridge, ¿sabes? La guapa chica de los Pomeroy que se casó con un tío rico y se ha quedado viuda joven ha vuelto a casa. ¿Qué va a hacer?

—Emma Kate esbozó una sonrisita de suficiencia—. ¿Qué va a hacer? —repitió y entró con las bolsas de la compra.

Griff se consideraba un hombre paciente. No solía perder los estribos. Y cuando lo hacía, la suerte estaba echada, pero había que forzar mucho las cosas para llevarlo a esos extremos.

Sin embargo, en ese momento estaba planteándose muy en serio taponarle la boca con cinta aislante a la adorable madre de Emma Kate.

Se había pasado toda la mañana trabajando en los armarios de abajo y ella se había pasado la mañana entera acribillándole a preguntas.

Respirándole en el cuello, pegada a su espalda, prácticamente subiéndosele a la chepa.

Sabía muy bien que Matt se había marchado al salón de la señora Vi para evitarse el dolor de cabeza provocado por la dulce, parlanchina y, afrontémoslo, despietada madre de su novia.

Peor aún, seguía indecisa («indecisa» era la palabra de moda) sobre los armarios mientras él los montaba. Y si tenía que desmontarlos porque ella había vuelto a cambiar de opinión de nuevo, tal vez hiciera algo peor que amordazarla con cinta aislante.

Tenía cuerda elástica, y sabía usarla.

—Oh, bueno, Griff, a lo mejor no debería haberme decidido por el blanco. Son muy sosos, ¿verdad? Y el blanco es frío, es un color frío, ¿no? Las cocinas deberían ser lugares cálidos. Al fin y al cabo, a lo mejor tendría que haber optado por la madera de cerezo. Cuesta mucho saberlo antes de verlos colocados en su sitio, ¿verdad? No sabes cómo van a quedar hasta que los ves.

—Sencillas y luminosas —dijo, tratando de sonar alegre cuando en realidad tenía ganas de rechinar los dientes—. Las cocinas deberían ser sencillas y luminosas y eso es lo que va a tener.

—¿De veras lo crees? —Se levantó, casi junto a su codo, y se retorció las manos—. Ay, no sé yo. Al final, Henry se limitó a bajar los brazos y a decir que le daba igual una cosa que la otra. Pero sí que le importará si no está bien.

—Va a quedar genial, señora Bitsy.

Se sentía como si alguien, posiblemente él mismo, le estuviera disparando con una pistola de grapas en toda la frente.

Matt y él habían tratado con clientes quisquillosos en Baltimore. Los maniáticos del control, los quejicas, los exigentes y los indecisos, pero Louisa, Bitsy, Addison era la reina indiscutible de los indecisos.

Hacía que, en comparación, los anteriores reyes (John y Rhonda Turner, que les habían hecho tirar una pared en su adosado de Baltimore y volver a construirla) parecieran decididos, firmes como un muro de ladrillo.

Lo que había calculado como una obra de tres semanas (con tres días adicionales para imprevistos) ya iba por la quinta semana. Y sabía Dios cuándo terminaría.

—No sé yo —dijo por enésima vez, juntando las manos bajo la barbilla—. El blanco es algo austero, ¿verdad?

Griff colocó el armario, sacó el nivel y se pasó una mano por su mata de pelo rubio

oscuro.

—Los vestidos de novia son blancos.

—Bueno, eso es verdad y... —Sus ojos castaños, grandes de por sí, se hicieron aún más grandes y desprendían una vertiginosa emoción—. ¿Vestidos de novia? Pero bueno, Griffin Lott, ¿sabes tú algo que yo no sé? ¿Es que Matt le ha hecho ya la pregunta?

Debería arrojar a su socio debajo del autobús. Debería arrojarlo debajo, dar marcha atrás y atropellarlo de nuevo. Pero...

—Solo era un ejemplo, como... —Realizó una frenética búsqueda mental—. Las magnolias, por ejemplo. O... —Dios mío, dame uno más—. Ah, las pelotas de béisbol. — ¡Mierda!—. Los herrajes lo van a animar todo —continuó, un poquito a la desesperada—. Y la encimera. El gris cálido hará que sea acogedora y sofisticada a la vez.

—Puede que sea el color de la pared lo que no encaje. A lo mejor debería...

—Mamá, no vas a volver a pintar esas paredes.

Emma Kate entró con decisión.

Griff podría haberla besado, podría haberse echado al suelo y haberle besado los pies. Luego se olvidó de ella por completo cuando entró la pelirroja.

De hecho pensó: «¡Joder!»..., y esperaba no haberlo dicho en voz alta.

Era una belleza. Cuando un hombre se acercaba a la treintena ya había visto unas cuantas mujeres hermosas, aunque solo fuera en la televisión. Pero aquella, en carne y hueso, era para gritar «¡uau!» en el acto.

Una mata de cabello rizado del color del amanecer, enmarcando un rostro que parecía que hubiera sido esculpido en porcelana... suponiendo que la porcelana se esculpiera, ¿cómo iba a saberlo él? Labios suaves y carnosos, con un arco de cupido perfecto en el superior, y unos grandes ojos azules, profundos y tristes.

El corazón le dio un par de vuelcos y le zumbaron los oídos durante un buen rato, por lo que no oyó la mayor parte de la conversación entre Emma Kate y su madre.

—La cocina es el corazón de una casa, Emma Kate.

—Por la forma en que sigues dándole vueltas y retorciéndolo, tienes suerte de que quede un corazón. Deja trabajar a Griff y saluda a Shelby, mamá.

—¿Shelby? ¡Shelby! ¡Ay, Dios mío!

Cruzó la habitación corriendo y envolvió a la pelirroja en un abrazo fuerte y entusiasta. Shelby, ha agarrado a Shelby, pensó Griff. Un nombre bonito. En ese momento era su nombre preferido.

Entonces cayó en la cuenta. Shelby... o Shelby Anne Pomeroy, tal y como exclamó Bitsy mientras estrujaba de nuevo a la pelirroja. La hermana de su amigo Forrest.

La nieta de la señora Viola, de quien estaba locamente enamorado.

Si uno dejaba de estar deslumbrado durante un par de segundos, podía ver cómo era la señora Vi cuando era joven. El aspecto que pudo tener Ada Mae hacía veintitantos años.

La nieta de la señora Vi, pensó de nuevo. La viuda.

No le extrañaba que tuviera los ojos tristes.

Se sintió culpable de inmediato por desear apretujarla tal y como hacía Bitsy... y entonces se recordó que él no tenía la culpa de que su marido hubiera muerto.

—Oh, me da una pena tremenda haberme perdido tu fiesta de bienvenida ayer, pero Henry y yo teníamos que ir a la boda de la hija de su prima en Memphis. Y ni siquiera me cae bien su prima. Una mujer estirada, que se da aires porque se ha casado con un abogado de Memphis. Pero fue una boda preciosa, con la recepción en el hotel Peabody.

—Mamá, deja que Shelby respire.

—¡Oh, lo siento! No hago más que hablar y hablar. Estoy emocionada de verte. Griff, te juro que Emma Kate y Shelby eran como siamesas desde antes de que cumplieran un año hasta que... —Pareció que justo en ese momento se dio cuenta de por qué había vuelto Shelby a casa—. Oh, cielo. Oh, cariño, lo siento mucho. Eres demasiado joven para haber vivido una tragedia así. ¿Cómo lo llevas?

—Es estupendo estar en casa.

—No hay nada como el hogar. Y el mío está patas arriba, así que ni siquiera puedo prepararte algo rico. Y estás demasiado delgada. Cielo, estás más flacucha que una modelo de Nueva York. Siempre fuiste lo bastante alta como para serlo. Emma Kate, ¿tenemos Coca-Cola? Siempre te encantó la Coca-Cola, ¿verdad, Shelby?

—Sí, señora. Pero no se moleste. Me encantan sus nuevos armarios, señora Bitsy. Son sencillos y luminosos, y quedan preciosos con el gris azulado de las paredes.

Viuda o no, en ese momento Griff deseó besarla. Por todas partes.

—Vaya, eso mismo acaba de decir Griff. Ha dicho que eran sencillos y luminosos. ¿De verdad piensas...?

—Mamá, no hemos presentado a Shelby. Shelby, este es el socio de mi novio, Griffin Lott. Griff, esta es Shelby... era Foxworth, ¿verdad?

—Sí. —Volvió aquellos impresionantes ojos hacia él, y sí, un corazón podía dar vuelcos—. Encantada de conocerte.

—Hola. Soy amigo de tu hermano.

—¿De cuál?

—Supongo que de ambos, pero sobre todo de Forrest. Y puedo decirte ya mismo que estoy coladito por tu abuela. Estoy intentando separarla de Jackson para que podamos huir a Tahití.

Aquella boca bien formada se curvó y aquellos ojos tristes se iluminaron, aunque solo un poquito.

—No se te puede culpar.

—Griff vive en la vieja casa Tripplehorn —agregó Kate—. La está rehabilitando.

—Así que obras milagros, ¿no?

—Siempre que pueda usar las herramientas. Deberías pasar a verla alguna vez. Va progresando.

Ella le brindó una sonrisa, pero esta vez no alcanzó sus grandes ojos tristes.

—Todavía te queda mucho trabajo por delante. Tengo que ponerme en marcha. Me esperan en el salón de mi abuela.

—Bueno, Shelby, vuelve cuando esto esté terminado y mantendremos una larga y agradable charla. —Bitsy revoloteó a su alrededor—. Espero verte por aquí como solías hacer. Sabes que aquí eres como de la familia.

—Gracias, señora Bitsy. Ha sido un placer conocerte —le dijo de nuevo a Griff y se volvió para marcharse.

—Te acompaño a la puerta. —Emma Kate le pasó las bolsas de la compra a su madre—. Hay fiambre, ensaladas y mucha comida lista para consumir. No tienes que preocuparte de cocinar hasta que te instalen la nueva cocina. Enseguida vuelvo.

Emma Kate no dijo nada de camino a la puerta.

—Saluda a tu abuela —dijo cuando la abrió.

—Lo haré. —Shelby salió y se dio la vuelta. La calurosa bienvenida de Bitsy hacía que la actitud distante de Emma Kate fuera mucho más dolorosa—. Necesito que me perdones.

—¿Por qué?

—Porque eres la mejor amiga que he tenido en toda mi vida.

—Eso fue entonces. La gente cambia. —Después de echarse hacia atrás el desaliñado cabello, Emma Kate se metió las manos en los bolsillos de la sudadera con capucha—. Mira, Shelby, has sufrido un duro golpe y lo siento de veras, pero...

—Tienes que perdonarme. —El orgullo le exigía que se alejara; el amor no se lo permitía—. No hice lo correcto con nuestra amistad. No me porté bien contigo, y lo siento. Lo lamentaré mientras viva. Necesito que me perdones. Te pido que recuerdes esa amistad antes de que yo la echara a perder y que me perdones. Al menos, lo suficiente como para hablarme, para contarme en qué has andado y cómo estás. Lo suficiente para eso.

Emma Kate estudió su rostro, que tenía una expresión pensativa en los ojos oscuros.

—Dime una cosa. ¿Por qué no volviste cuando murió mi abuelo? Él te quería. Yo te necesitaba.

—Quise hacerlo. No pude.

Emma meneó la cabeza despacio al tiempo que retrocedía.

—No, con eso no basta para perdonarte. Dime por qué no pudiste hacer algo que sabías que era importante, por qué te bastó con enviar flores y una tarjeta. Tan solo dime la verdad sobre esto.

—Él dijo que no. —La vergüenza se plasmó en el rostro de Shelby, ardió en su corazón—. Él dijo que no, y yo no tenía ni el dinero ni el valor para contradecirle.

—Siempre tuviste valor.

Shelby recordaba a la chica que siempre había tenido valor del mismo modo que recordaba a su prima Vonnie; vagamente.

—Supongo que lo agoté. Se me están yendo todas las fuerzas estando aquí de pie y pidiéndote que me perdones.

Emma Kate respiró hondo.

—¿Te acuerdas del bar brasería El contrabandista?

—Pues claro.

—Reúnete conmigo allí mañana. A la siete y media me va bien. Hablaremos de ello.

—Tengo que preguntarle a mi madre si puede encargarse de Callie.

—Oh, sí. —El frío regresó, más glacial y húmedo que la llovizna—. Esa debe de ser tu hija, a la que no he visto nunca.

Aquello apartó la vergüenza y el remordimiento.

—Puedo seguir diciendo cuánto lo siento tantas veces como necesites.

—Estaré allí a las siete y media. Ven si puedes.

Emma Kate regresó adentro y entonces se apoyó contra la puerta y se permitió derramar solo unas pocas lágrimas.

Griff instaló el último armario de abajo con tranquilidad, ya que Emma Kate se sacrificó y se llevó a su madre de compras. Él mismo se concedió un respiro para beberse un Gatorade directamente de la botella y mirar con detenimiento los progresos.

No le cabía la menor duda de que la reina de las indecisas iba a adorar cada centímetro cuadrado de la remodelada cocina en cuanto estuviera terminada. Y ofrecería un aspecto sencillo y luminoso... igual que la pelirroja.

Ahí pasaba algo, meditó; Bitsy había parlotado acerca de que Emma Kate y Shelby habían sido amigas prácticamente desde que estaban en el vientre de sus madres, pero

Emma Kate se había quedado de pie, más tensa y distante de lo que jamás la había visto. Y la pelirroja parecía triste e incómoda.

Una pelea de chicas, supuso. Tenía una hermana, así que sabía que las peleas entre chicas podían ser largas e implacables. Tendría que apretarle las tuercas a Emma Kate. Solo era cuestión de encontrar el punto adecuado, de conseguir que se abriera y desembuchara.

Quería saber.

Y se preguntaba cuánto tiempo era razonable que un hombre esperara antes de invitar a salir a una viuda.

Sin duda debería avergonzarse de sí mismo por ello, pero era incapaz. No había tenido una reacción tan rápida y potente con respecto a una mujer desde... nunca, convino. Y le gustaban mucho las mujeres.

Apuró el Gatorade y decidió que, dado que Matt iba a tardar todo el puñetero día en arreglar un lavabo, empezaría con los armarios de arriba. Además, no solo sería el lavabo, pensó mientras desplazaba la escalera. También charlarían. En Rendezvous Ridge no se hacía nada sin que hubiera una considerable charla de por medio.

Y té helado. Y preguntas y descansos prolongados e indolentes.

Se estaba acostumbrando a ello, había descubierto que disfrutaba del pausado ritmo y sin duda apreciaba el ambiente de una ciudad pequeña.

Se había enfrentado a una disyuntiva cuando Matt decidió mudarse a Tennessee con Emma. Quedarse o marcharse. Buscar un socio nuevo, dirigir el negocio él solo. O dar el salto y empezar de cero, más o menos, en un sitio nuevo con gente nueva.

No lamentaba haber dado el salto.

Oyó que se abría la puerta principal. Costaba acostumbrarse a eso, a que la gente del pueblo raras veces llamara a la puerta.

—¿Has tenido que hacerle un lavabo nuevo? —voceó Griff, y luego colocó el taladro sobre el último tornillo del primer armario superior.

—La señora Vi encontró otras muchas cosas con las que tenerme ocupado. Oye, la cosa marcha. Tiene una pinta estupenda.

Griff soltó un gruñido y bajó de la escalera para mirar detenidamente el armario.

—La palabra de moda es «indecisión», y en todos los diccionarios del mundo aparece una foto de Bitsy Addison debajo de ella.

—Le cuesta un poco reafirmarse en las decisiones.

Y ahí estaba el don de Matt para ser comprensivo.

—No sé cómo decide levantarse de la cama por la mañana. Habría adelantado más si tu chica hubiera llegado antes y se hubiera llevado a Bitsy. Piensa que el blanco es demasiado blanco y que a lo mejor se equivocó al elegir la encimera. O el color de la pintura. Y no preguntes por el frontal antisalpicaduras.

—Ya es demasiado tarde para cambiar nada.

—Pues intenta decírselo tú.

—Se hace querer.

—Sí, se hace querer. Pero joder, Matt, ¿no podemos meterla en una caja durante los próximos tres días?

Con una sonrisa de oreja a oreja, Matt se quitó la fina chaqueta y la arrojó a un lado.

Si Griff era alto y desgarbado, Matt era corpulento y musculoso. Llevaba el negro cabello peinado y corto en tanto que el de Griff sobrepasaba el cuello de la camisa, rizándosele ligeramente en las puntas. Matt llevaba la cara de mandíbula cuadrada bien afeitada mientras que el rostro estrecho y de mejillas hundidas de Griff tendía al abandono.

Matt jugaba al ajedrez y disfrutaban paladeando vinos.
A Griff le gustaban el póquer y la cerveza.
Habían estado tan unidos como si fueran hermanos desde hacía casi una década.
—Te he traído un bocata —le dijo Matt.
—Vale, ¿qué clase de bocata?
—El comeuegos ese que te gusta. El que te calcina la membrana que recubre el estómago.
—Genial.
—¿Y si colgamos un par de armarios más y nos tomamos un descanso? ¿Uno rapidito? Quién sabe durante cuánto tiempo podrá Emma Kate librarnos de su madre.
—Hecho.
Cuando se pusieron manos a la obra, Griff decidió comenzar a husmear.
—La nieta de la señora Vi se ha pasado por aquí. La que acaba de mudarse. La viuda.
—¿Sí? He oído algunos rumores al respecto mientras estaba en la ciudad. ¿Cómo es?
—Un pibonazo. En serio —respondió cuando Matt le miró de reojo—. Tiene el pelo del mismo color que su madre y la señora Vi. Como el que usaba el pintor.
—Tiziano.
—Ese. Lo tiene largo y rizado. Y también tiene los mismos ojos. Ese azul oscuro casi púrpura. Parece algo sobre lo que escriben los poetas, hasta los ojos tristes.
—Bueno, su marido ha muerto... ¿cuándo...? Justo después de Navidad. Felices putas fiestas.
Hacía unos tres meses, calculó Griff, y estaba claro que era demasiado pronto como para pedirle una cita.
—Y ¿qué pasa entre Emma Kate y ella? Comprueba el nivel.
—¿A qué te refieres con que qué pasa? Sube tu lado un par de milímetros. Detente ahí. Perfecto.
—Bitsy no paraba de decir lo buenas amigas que eran... que son... lo que sea, y el lenguaje corporal de ellas decía lo contrario. Ni siquiera recuerdo que Emma Kate haya hablado de ella.
—No lo sé —admitió Matt mientras Griff ponía los tornillos—. Algo sobre que ella se marchó con el tío con el que se casó.
—Tiene que ser más que eso. —Griff indagó de nuevo, preguntándose si iba a necesitar su taladro. Matt nunca se guardaba los detalles más sutiles relativos a la gente—. Mucha gente se muda a otro lugar cuando se casa.
—Perdieron contacto o algo así. —Matt se limitó a encogerse de hombros—. Emma Kate la ha mencionado un par de veces, pero no tenía mucho que decir sobre ella.
Griff se limitó a menear la cabeza.
—Matt, lo que sabes sobre las mujeres cabría en un dedal. Cuando una mujer saca un tema y luego no dice gran cosa al respecto es que tiene muchísimo que decir.
—Entonces, ¿por qué no lo dice?
—Porque necesita el pie adecuado, el enfoque correcto. Forrest tampoco ha dicho mucho, pero sabe guardarse bien las cosas. No se me había ocurrido darle el pie antes.
—Antes de saber que era un pibonazo.
—Es un punto que hay que tener en cuenta.
Matt volvió a comprobar el nivel por todos lados antes de pasar al siguiente.

—No te conviene empezar a rondar a una viuda con una cría que es la hermana pequeña de un amigo.

Griff se limitó a sonreír mientras alineaban el segundo armario.

—A ti no te convenía empezar a rondar a una descarada chica sureña que no dejaba de insistir en que está demasiado ocupada como para meterse en ninguna historia.

—La gané por agotamiento, ¿no?

—Lo mejor que has hecho en tu vida. ¿Lo tienes?

—Lo tengo.

Griff soltó el armario para sujetarlo al primero.

—Deberías preguntarle a Emma Kate qué pasa.

—¿Por qué?

—Porque después de acompañar a la pelirroja a la salida, tenía ojos tristes. Antes de que la acompañara estaba un poco cabreada y después parecía triste.

—¿De veras?

—Sí. Deberías preguntarle.

—¿Para qué iba a preguntarle por algo así? ¿Para qué hurgar en la herida?

—Hay que fastidiarse, Matt. Ahí pasa algo. Seguirá ahí, generando cabreo o tristeza hasta que lo remuevan y lo dejen salir.

—Como un avispero. —Eso era lo que opinaba Matt—. Si quieres saberlo, pregúntaselo a ella.

—Nenaza.

—¿En este tipo de cosas? Oh, sí, y no me avergüenzo. —Comprobó el nivel—. Justo en el centro. Hacemos un buen trabajo.

—Arreglamos las cosas.

—Eso es lo que hacemos. Colguemos el resto de esta hilera y luego vamos a comernos el bocata.

—Estoy contigo, tío.

Viola había empezado como peluquera por diversión, haciéndoles a sus hermanas o amigas elegantes peinados como los que veía en las revistas. Contaba la historia de que la primera vez que le metió la tijera (y la navaja recta de su abuelo) al pelo de su hermana Evalynn se libró de tener que esconderse porque quedó tan bien como los trabajos por los que Brenda, del Salón de Belleza Brenda, cobraba su buen dinero.

Tenía doce años por entonces y desde ese momento se ocupó de cortar el pelo a toda la familia y de peinar a las chicas, su madre incluida, para las ocasiones especiales.

Cuando estaba embarazada de su primer hijo, trabajaba para Brenda y había hecho trabajitos por su cuenta en la diminuta cocina de la casa adosada en la que empezaron Jackson y ella. Cuando nació Grady, cuatro meses antes de cumplir diecisiete años, incluyó manicuras y trabajó de forma exclusiva en la casa adosada que tenían alquilada al tío de Jack, Bobby.

Cuando llegó el segundo tras los pasos de Grady, asistió como pudo al instituto de cosmetología mientras su madre atendía a los niños.

Viola MacNee Donahue había nacido con el don de la ambición y no temía darle a su marido unos cuantos empujoncitos en la misma dirección.

Cuando cumplió los veinte años, con tres hijos y después de haber perdido otro, lo que le arrancó un trozo de su corazón que jamás recuperaría, tenía su propio salón... ya que

había comprado el de Brenda cuando esta dejó a su marido y huyó con un guitarrista de Maryville.

Eso hizo que se endeudaran, pero si bien Viola no era de las que coincidían con el pastor en que Dios proveería, opinaba que el Señor sería indulgente con quienes trabajaban duro.

Y eso fue justo lo que hizo, y solía pasarse dieciocho horas al día de pie mientras Jack trabajaba tanto y tan duramente como ella en el taller de Fester.

Tuvo un cuarto hijo, trabajó hasta saldar sus deudas y volvió a endeudarse cuando Jack montó su propio taller de reparaciones y servicio de grúas. Jackson Donahue era el mejor mecánico del condado y se había quedado con la mayor parte de la clientela de Fester, ya que este se pasaba borracho cinco días de cada siete.

Se habían labrado una vida, criado a cuatro hijos y comprado una buena casa.

Y con lo que Viola había ahorrado, compró el viejo almacén, amplió el negocio y fue la comidilla de la ciudad cuando puso tres elegantes sillones de pedicura.

El negocio siguió siendo bastante estable, pero si uno quiere más, se las arregla para conseguirlo. Los turistas deambulaban por la zona, buscando algo singular y económico, o pintoresco en un entorno más tranquilo que Gatlingburg o Maryville.

Iban para hacer senderismo, pescar y acampar y algunos para quedarse en el hotel Rendezvous y bajar los rápidos. Quienes estaban de vacaciones solían ser menos cuidadosos con el dinero y estar más dispuestos a concederse algunos caprichos.

Así que dio el salto y volvió a expandirse. Y luego lo hizo otra vez más.

Los lugareños llamaban Vi's a su salón, pero los turistas entraban en el Salón de Belleza y Relajación y Spa Viola.

Le gustaba cómo sonaba.

La última (y Viola afirmaba que esa era la última) ampliación añadió lo que promocionaba como sala de relajación, que era un nombre elegante para una sala de espera, por elegante que fuera. Aunque le agradaban los colores atrevidos y vivos, había mantenido tonos suaves, añadido una chimenea de gas y prohibido todos los dispositivos electrónicos, y ofrecía especialidades de té elaboradas en la zona, agua mineral, sillones mullidos y albornoces con su logotipo bordado.

Dado que la expansión, esa que sería la última y definitiva, estaba en obras cuando Shelby se mudó de Atlanta a Filadelfia, no la había visto terminada.

No podía decir que se sorprendiera cuando su abuela la condujo a través de un vestuario hasta la habitación que olía ligeramente a lavanda.

—Esto es alucinante, abuela.

Habló en voz baja, ya que había dos mujeres a las que no conocía sentadas en sillones de color crudo, hojeando revistas de moda.

—Prueba el té de jazmín. Se elabora aquí mismo, en la zona de las montañas. Y relájate un poco antes de que Vonnie venga a por ti.

—Esto es tan bonito como cualquiera de los spa en los que he estado. Más bonito.

Los servicios incluían platos llanos con pipas de girasol, un cuenco de madera con manzanas verdes, cristalinas jarras de agua con rodajas de limón o pepino pinchadas en palillos, y teteras calientes para el té que los clientes podían beber en preciosas tacitas.

—Tú sí que eres alucinante.

—No basta con tener ideas si luego no haces nada con ellas. Ven a verme cuando Vonnie haya terminado contigo.

—Lo haré. ¿Querías... podrías hablar con mamá? Solo quiero estar segura de que

Callie se porta bien.

—No te preocupes por nada.

Era más fácil decirlo que hacerlo... o eso pensaba Shelby, hasta que Vonnie, que a duras penas debía de superar el metro sesenta, la tuvo sobre su cálida camilla en una habitación a media luz, con música suave de fondo.

—Chica, tienes tantas piedras en estos hombros como para construir una casa de tres plantas. Inspira hondo una vez. Y otra. Así. Ahora déjate llevar.

Shelby lo intentó y de repente ya no tuvo que intentarlo. Estaba flotando.

—¿Cómo te sientes ahora?

—¿Qué?

—Esa es una buena respuesta. Quiero que te tomes tu tiempo para levantarte. Voy a encender las luces un poco, y tu albornoz lo tienes tendido sobre las piernas.

—Gracias, Vonnie.

—Voy a decirle a Vi que te vendría bien otro masaje la semana que viene. Van a ser necesarias unas cuantas sesiones para relajarte, Shelby.

—Ya lo estoy.

—Eso está bien. Ahora, no te levantes demasiado deprisa, ¿me oyes? Yo voy a por agua mineral para ti. Ahora necesitas beber mucha agua.

Shelby se bebió el agua, se puso de nuevo la ropa de calle y se dirigió a la zona del salón de belleza.

Cuatro de los seis secadores de pie estaban en funcionamiento y dos de los cuatro sillones de pedicura ocupados. Vio a dos mujeres haciéndose la manicura y se miró las uñas. No se las había hecho desde justo antes de Navidad.

Si la sala de relajación se presentaba como un santuario de paz, el salón era un hervidero de voces, burbujas de los pediluvios, aire de los secadores. Cinco personas la llamaron —tres esteticistas y dos clientas—, así que se vio inmersa en conversaciones, agradecidas ofrendas de compasión y bienvenidas antes de que encontrara a su abuela.

—En el momento justo. Acabo de terminar con las mechas de Dolly Wobuck y han cancelado mi siguiente cita, así que tengo tiempo para hacerte una limpieza facial. Ve a ponerte una bata.

—Oh, pero...

—Callie está bien. Chelsea y ella están jugando a tomar el té disfrazadas. Ada Mae me ha dicho que se han enganchado la una a la otra como dos eslabones de una cadena y que le recuerdan a Emma Kate y a ti.

—Me alegra oírlo. —Shelby procuró no pensar en esa fría expresión en los ojos de su amiga de la infancia.

—Se llevará a tu hija a casa dentro de un par de horas. Así tendrás tiempo para una limpieza facial y para que hablemos. —Viola ladeó la cabeza y la luz que entraba por el escaparate salpicó de dorado su rojo cabello—. Vonnie te ha dejado bien, ¿verdad?

—Es maravillosa. No recuerdo que fuera tan bajita.

—Se parece a su madre.

—Puede que sea bajita, pero tiene unas manos maravillosamente fuertes. No ha dejado que le diera propina, abuela. Ha dicho que mamá se había ocupado y que de todas formas somos familia.

—Puedes darme la propina dedicándome una hora de tu tiempo. Venga, ponte una bata. Las salas de tratamientos faciales están en el mismo lugar. Ocuparemos la primera. ¡Venga!

Hizo lo que le dijeron. Quería que Callie hiciera amigos, ¿no? Que tuviera a alguien con quien jugar, con quien estar. Era positivo y era lo correcto. Y era una estupidez preocuparse tanto por estar pasando el día en el salón de belleza de su abuela.

—Tengo justo lo que necesitas —dijo Viola cuando entró Shelby—. Es mi tratamiento facial vigorizante. Os estimulará a tu piel y a ti. Cuelga la bata en ese gancho de ahí, tumbate aquí y te cubriré.

—Esto también es nuevo. No la habitación, sino el sillón, y algunas de las máquinas que hay aquí.

—Si quieres ser competitivo, tienes que estar al día. —Viola sacó un delantal con peto y se lo ató sobre sus pantalones pesqueros y su camiseta naranja fosforito—. En la habitación contigua tengo una máquina que trabaja las arrugas mediante descargas a través de electrodos.

—¿En serio? —Shelby se metió bajo la sábana sobre el sillón inclinado.

—Por ahora solo dos de nosotras sabemos usarla, tu madre y yo, pero Maybeline... ¿Te acuerdas de Maybeline?

—Claro que sí. No recuerdo un momento en que no trabajara para ti.

—Ha pasado algunos años y ahora su hija también trabaja para mí. Lorilee tiene la misma buena mano con las uñas que su madre. Maybeline está aprendiendo el manejo de la nueva máquina, así seremos tres. Aunque tú no tienes que preocuparte aún por las arrugas. —Colocó un edredón ligero sobre la sábana y luego le recogió el pelo a Shelby—. Pero vamos a echar un vistazo. Tienes la piel un poco deshidratada, cielo. Es culpa del estrés.

Empezó con la limpieza; sus manos eran tan suaves como las de un niño.

—Hay cosas que una chica puede contarle a su abuela que tal vez no le cuente enseguida a su madre. Es esa zona segura. Y Ada Mae mira el lado bueno de las cosas, fue bendecida con esa perspectiva. Tienes problemas y no se trata de la pena. Sé lo que es la pena.

—Había dejado de quererlo. —Podía decirlo en voz alta, con los ojos cerrados y las manos de su abuela en la cara—. A lo mejor nunca le amé de verdad. Ahora sé que él no me quería. Es duro saber eso, es duro saber que no teníamos lo que deberíamos tener y él ya no está.

—Eras muy joven.

—Mayor que tú.

—Yo fui muy afortunada. Y también lo fue tu abuelo.

—Fui una buena esposa, abuela. Puedo decirlo y sé que es verdad. Y Callie..., hicimos a Callie, así que eso es algo especial. Y yo quería otro bebé. Sé que tal vez no esté bien desear otro cuando las cosas no van como deberían ir, pero yo creía que a lo mejor tenía que ser así y que estaba bien. Que podría ser bueno que hubiera otro bebé para que yo lo quisiera. Deseaba mucho otro bebé, lo ansiaba.

—Conozco bien ese deseo.

—Y él me dijo que le parecía bien. Dijo que sería muy bueno para Callie tener un hermanito o una hermanita. Pero no lo conseguíamos y la primera vez todo había sucedido de forma muy fácil y rápida. Yo me hice pruebas y él me dijo que se había hecho las pruebas.

—¿Dijo? —repitió Viola mientras le masajeaba la piel con un exfoliante suave.

—Yo... tuve que revisar sus papeles y sus archivos después de que falleciera. Había muchísimas cosas que revisar. —Abogados, contables y los inspectores de Hacienda, los acreedores, las facturas y las deudas—. Y encontré un recibo o una factura de un médico.

Richard lo guardaba todo. Estaba fechado unas semanas después de que naciera Callie, cuando la llevé a casa en su primera visita y él dijo que tenía un viaje de trabajo. Se portó muy bien con lo de que fuéramos a casa, se ocupó de todos los preparativos. Un avión privado y una limusina para llevarnos. Pero él fue a ver a un médico en Nueva York y se hizo una vasectomía.

Las manos de Viola se quedaron quietas.

—¿Se hizo la vasectomía y dejó que creyeras que estabais intentando tener un bebé?

—Nunca se lo perdonaré. De todo lo que ha pasado, eso es lo que no puedo perdonarle.

—Estaba en su derecho de decidir si quería otro bebé, pero no de hacerse la vasectomía y no decírtelo. Es una mentira terrible. Y a un hombre capaz de contar una mentira así, de vivir con esa terrible mentira, le falta algo por dentro.

—Ha habido muchísimas mentiras, abuela, y descubrirlas después de su muerte... — Había dejado un vacío que jamás podría llenarse de nuevo, pensó Shelby—. Me siento una imbécil, siento que he vivido con un extraño. Y no entiendo por qué se casó conmigo, ni por qué vivía conmigo.

A pesar de lo que le bullía por dentro, Viola continuó con delicadeza y voz serena.

—Eres una chica preciosa, Shelby Anne, y has dicho que fuiste una buena esposa. Y no debes sentirse idiota porque confiaras en tu marido. ¿En qué más temas te mintió? ¿Hubo otras mujeres?

—No lo sé con seguridad, y no se lo puedo preguntar. Pero he de decir que sí, por las cosas que he descubierto, sí, hubo otras mujeres. Y he descubierto que no me importa. Ni siquiera me importa cuántas; hizo muchos viajes sin nosotras. Y fui a ver al médico hace unas semanas y me hice pruebas por si acaso... No me contagié nada, así que si estuvo con otras mujeres, tuvo cuidado. De modo que no me importa que estuviera con cien mujeres. —Se armó de valor mientras Viola le aplicaba la mascarilla vigorizante—. El dinero, abuela. Mintió acerca del dinero. Nunca le presté demasiada atención porque decía que eso era asunto suyo y que el mío era ocuparme de la casa y de Callie. Él... podía atacar verbalmente como un látigo acerca de eso sin levantar la voz ni la mano.

—La frialdad y el desprecio pueden ser una espada más afilada que la ira.

Reconfortada, Shelby abrió los ojos y miró los de su abuela.

—Me intimidaba. Odio admitirlo y ni siquiera sé cómo pasó, pero si pienso en ello lo veo con claridad. No le gustaba que hiciera preguntas acerca del dinero, así que no las hacía. Teníamos muchas cosas: la ropa, los muebles, los restaurantes y los viajes. Pero también en eso me estaba engañando y llevando a cabo una especie de estafa. Aún no lo sé todo con claridad. —Cerró los ojos de nuevo, no por vergüenza (no con su abuela), sino por cansancio—. Todo estaba comprado a plazos, y de la casa en el norte ni siquiera había pagado el primer plazo de la hipoteca y la compró en el verano. Yo no sabía nada de esto hasta que en noviembre me dijo que nos mudábamos. Y estaban los coches, las tarjetas de crédito y los pagos a plazos... y algunas deudas que dejó en Atlanta. Impuestos sin pagar.

—¿Te dejó endeudada?

—He estado ocupándome de ello y estableciendo planes de pagos... y he liquidado un montón en los últimos meses. Han hecho una oferta por la casa y, si sale adelante, me quitaré una gran carga de encima.

—¿Cuánto te dejó a deber?

—¿Cuánto? —Abrió los ojos—. Un millón novecientos noventa y seis mil dólares con ochenta y nueve centavos.

—Vaya. —Viola tuvo que tomar aire y expulsarlo despacio—. ¡Vaya! Madre del amor hermoso, Shelby Anne, es una suma de dinero considerable.

—Cuando se venda la casa, se reducirá. La oferta es de un millón ochocientos mil. Yo debo ciento cincuenta mil más de esa cantidad, pero lo perdonan con esta venta al descubierto. Y empecé en torno a los tres millones. Un poco más, si contamos las facturas de los abogados y de los contables.

—¿Has saldado un millón de dólares desde enero? —Viola meneó la cabeza—. Menudo mercadillo casero tuvo que ser.

Un masaje, un tratamiento facial vigorizante y volver a casa y encontrar a su pequeña pletórica de felicidad ayudó en gran medida a levantarle el ánimo a Shelby.

Pero lo que más se lo levantó fue librarse de la carga con su abuela. Se lo había contado todo; que encontró la caja de seguridad del banco y lo que había dentro, lo del detective privado, la hoja de cálculo que había elaborado y su necesidad de encontrar un empleo remunerado tan pronto como pudiera.

Cuando dio de cenar a Callie, la bañó y la acostó, sintió que sabía todo lo que había que saber sobre Chelsea... y había prometido quedarse con Chelsea lo antes que le fuera posible.

Volvió a bajar y se encontró a su padre tumbado en el sillón reclinable que adoraba, viendo un partido de baloncesto en su nuevo televisor. Y a su madre sentada en el sofá haciendo ganchillo.

—¿Se ha dormido?

—Se ha quedado frita antes de que terminara de leerle el cuento. La has agotado, mamá.

—Ha sido divertido. Las dos niñas eran como renacuajos nadando en su propio estanque, no han parado quietas un minuto. Suzannah y yo hemos hablado de turnarnos y que Chelsea se quede aquí y luego Callie allí. Y tengo el número de Tracey para ti en el tablón de la cocina. Tienes que llamar a la mamá de Chelsea y tender un buen puente, cielo.

—Lo haré. Has conseguido que pase un día muy feliz. ¿Puedo pedirte un favor?

—Sabes que sí.

—Hoy me he encontrado con Emma Kate.

—Me he enterado. —Ada Mae levantó la mirada con una sonrisa mientras sus dedos continuaban trabajando con la aguja y el hilo—. Esto es Rendezvous Ridge, cielo. Si no me entero de algo diez minutos después de que pase, sé que tengo que hacer que tu padre me examine el oído. Hattie Munson..., acuérdate de que vive enfrente de Bitsy, aunque la mitad del tiempo están peleadas por alguna cosa. Ahora lo están porque Bitsy está cambiando la cocina y no aceptó el consejo de Hattie sobre los nuevos electrodomésticos. El hijo de Hattie trabaja en LG, pero Bitsy ha comprado de Maytag y Hattie se lo ha tomado como un insulto personal. Por supuesto, Hattie se ofende si estornudan en su cocina y no dices «¡Jesús!» desde la tuya.

Divertida por la forma en que su madre hallaba la manera de presentar una historia y su padre maldecía a los jugadores de baloncesto, los árbitros y los entrenadores, Shelby apoyó la cadera en el brazo del sillón.

—En fin, puede que ahora estén peleadas, pero Hattie no deja pasar ni una oportunidad y os vio a Emma Kate y a ti fuera de la casa de Bitsy y luego la vio entrar en ella. ¿Cómo va la cocina? No he pasado por allí desde hace más de una semana.

—Estaban instalando los armarios. Muy bonitos.

—El chico de Emma Kate, Matt, y Griffin. Un par de monadas... y trabajan bien. Los he contratado para que conviertan tu antiguo cuarto en un baño principal.

—Vamos, Ada Mae. —Clayton se desentendió del partido el tiempo necesario para

oír lo del cuarto de baño.

—Voy a hacerlo, Clayton, así que más vale que te subas al carro. Griff dice que pueden tirar esa pared y que podría tener un baño privado tipo spa. He estado viendo revistas, sacando ideas. Y Griff tiene libros enteros solo sobre la instalación de tuberías; algunas no las he visto en mi vida. Él mismo ya ha hecho un baño privado. Fui a la vieja casa Tripplehorn a verlo y es como los de las revistas, aunque siga durmiendo en un colchón inflable en el sueño del dormitorio. Ya ha terminado la cocina y me muero de envidia.

—No empieces, Ada Mae.

—Me gusta mucho mi cocina —le dijo a Clayton; luego sonrió a Shelby y articuló un «por ahora»—. Seguro que Emma Kate y tú lo retomasteis justo donde tú lo habías dejado.

Ni mucho menos, pensó Shelby.

—Ese es el favor. Me ha dicho que, si podía, le gustaría verme mañana en El contrabandista sobre las siete y media. Pero...

—Adelante, ve. Los viejos amigos son los ladrillos y el cemento de la vida. No sé qué haría yo sin Suzannah. Tu padre y yo nos quedaremos con Callie y la acostaremos. Estaremos encantados de hacerlo.

—Por fin algo en lo que estoy de acuerdo. —Clayton miró a su hija—. Tómame algo de tiempo para ponerte al día con Emma Kate. Nosotros cuidaremos de Callie.

—Gracias. —Se inclinó para darle un beso a su madre y luego se levantó y besó a su padre—. Me voy arriba porque tantos mimos en un día han hecho que me entre sueño. Gracias también por eso, mamá. Y mañana cenamos a las seis. Yo me encargo de la cena.

—Oh, pero...

—Cocino yo, Ada Mae —dijo con el mismo tono que su madre había usado con su padre e hizo que Clayton riera con disimulo—. Me he convertido en una cocinera muy buena, y tú misma lo comprobarás. Voy a subir de peso mientras Callie y yo estemos aquí, porque me educaron bien. Buenas noches.

—La educamos bien —repuso Clayton mientras Shelby subía las escaleras—. Así que démonos unas palmaditas en la espalda y ya veremos qué hay de cenar mañana.

—Esta noche no estaba tan pálida ni cansada.

—Así es. Veamos cómo van las cosas los próximos días y alegrémonos de tenerlas en casa.

—Me alegro ahora y me alegraré todavía más cuando haga las paces con Emma Kate.

No fue difícil mantenerse ocupada. A media mañana, salió empujando la sillita de bebé. Llevar a Callie a dar un paseo por el pueblo y comprar lo que quería para el pollo de la cena que deseaba preparar para sus padres fue una manera fácil y relajada de recorrer Rendezvous Ridge y ver si alguien ofrecía trabajo.

Las nubes se habían disipado y el aire portaba la brillante chispa de la primavera tras una llovizna. Le puso a Callie su chaqueta vaquera rosa con una gorra... y, dado que tal vez tuviera que solicitar un empleo, se maquilló antes de salir.

—¿Vamos a ver a Chelsea, mamá?

—Vamos a dar un paseo hasta el pueblo, cielo. Vamos a ir al supermercado y tengo que abrir una cuenta en el banco. A lo mejor pasaremos a ver a la yaya.

—¡Ver a la yaya! Y también a Chelsea.

—Llamaré a la mamá de Chelsea más tarde y ya veremos.

Pasó por delante de la casa de Emma Kate y reparó en la camioneta de trabajo en el camino de entrada... y tuvo que reprimir las ganas de levantar la mano para saludar al otro lado de la calle, donde imaginaba el ojo de halcón de Hattie Munson clavado en ella.

Sabía que las personas como la señora Munson le daban mucho a la lengua. Rendezvous Ridge era hospitalario, pero había quienes disfrutaban chismorreando, y no eran pocos, junto a la valla de atrás, en el pasillo del supermercado, mientras almorzaban en el Sid y Sadie, sobre la pobre hija de los Pomeroy, que había vuelto a casa viuda y con una niña. Pero ¿qué esperabas cuando huiste de esa manera con un hombre de quien nadie sabía nada?

Comentarían que se había mudado al norte, que raras veces iba a casa y que dejó la universidad después de que sus padres hubieran trabajado duro para enviarla allí.

Habría mucho de lo que cotillear. Y no sabían ni la mitad.

Lo inteligente sería mantener la cabeza gacha, ser amable y conseguir un trabajo estable. Un empleo fijo implicaría buscar una guardería para Callie, así que tenía que compaginarlo.

A Callie le vendría bien ir a la guardería. Solo había que ver cómo se había pegado a Chelsea. Necesitaba relacionarse con otros niños, aunque eso significara gastar la mayor parte del sueldo que percibiera.

Mientras Callie hablaba con Fifi, Shelby tomó el desvío hacia el pueblo. Prestó atención a las casas en venta. Cuando se fuera a vivir sola, quería algo que quedara cerca. Lo bastante para que Callie pudiera ir a pie a casa de su abuela o de su yaya. A casa de sus amigos, a la ciudad, tal y como había hecho ella.

Una casita con dos dormitorios, quizá con un trozo de tierra lo bastante grande para sembrar un pequeño jardín. Había echado de menos la jardinería en el apartamento, y en Filadelfia no había tenido ocasión de practicarla.

Dejó que su mente vagara, y trató de imaginarse la casa. Una casita de campo era todo cuanto necesitaba, y plantaría flores y tendría un huerto y algunas hierbas aromáticas. Enseñaría a Callie a sembrar, a ocuparse de la tierra y a cosechar.

Podría frecuentar rastrillos de segunda mano y mercadillos en busca de muebles, de chollos que pudiera restaurar, pintar o volver a tapizar. Colores cálidos y butacas acogedoras.

Viviría bien allí, costara lo que costase lograrlo.

Tomó la vía principal, con tiendas y unas cuantas casas antiguas a cada lado de la tortuosa calle.

Podría trabajar en una tienda de regalos o sirviendo mesas, cobrando en la caja en la farmacia o en el supermercado. La abuela le había dicho que podía trabajar en el salón, pero no tenía talento en lo referente al cabello... ni poseía la titulación. Cualquier cosa que hiciera allí sería por estar ocupada y su familia ya hacía suficiente por ella.

Podía buscar empleo en el hotel o en el hostel que había a las afueras del pueblo. Ese día no, no llevando a Callie, pero debería figurar en su lista.

Le gustaba cómo estaba todo, preparándose para la llegada de la primavera, con los escaparates brillando bajo el sol, cubos y cestas colgadas con flores adornando los edificios que ascendían y descendían por la carretera de montaña. Disfrutaba viendo a gente parándose a charlar, a unos cuantos turistas paseando por las empinadas aceras, excursionistas con sus grandes mochilas haciendo fotos del pozo del pueblo donde, según la

leyenda, los desdichados amantes, de familias enemistadas, se encontraban a medianoche.

Hasta que el padre de la chica mató de un disparo al chico y ella murió con el corazón roto.

Se decía que sus encuentros dieron nombre al pueblo y el pozo (encantado, por supuesto) acabó retratado por un montón de cámaras y formando parte de numerosos lienzos.

Quizá pudiera conseguir un empleo de oficinista, ya que tenía unos conocimientos informáticos decentes. Pero lo cierto era que carecía de experiencia en ese ámbito. Su experiencia laboral se reducía a ayudar en el salón de belleza (rellenar botes de champú, barrer el suelo y ocuparse de la caja registradora), hacer de canguro y trabajar en la librería de la universidad un par de semestres.

Y cantar con el grupo.

Era poco probable que formara un grupo, y no iba a rellenar botes de champú. Así pues, quizá le quedara el comercio. O tal vez se plantease la posibilidad de abrir una guardería. Pero el pueblo ya contaba con una... y quienes tenían familia por lo general contaban con una madre, una prima o una hermana que les cuidaba a los niños cuando trabajaban.

El comercio, pensó de nuevo. Trabajar en el comercio o servir mesas. Ahí podía haber oportunidades, sobre todo porque se acercaba el verano y este traía consigo más turistas, más excursionistas, más familias que alquilaban cabañas o se alojaban en el hotel.

La galería El arte de las montañas; artistas locales sobre todo. La tienda de regalos Tesoros de la montaña. El Mercado rápido, que vendía alimentos básicos y aperitivos a cualquiera que no quisiera recorrer ochocientos metros hasta el supermercado Haggerty. Estaban la farmacia, la heladería, el bar brasería y la pizzería, y la licorería de Al.

Más abajo, al doblar la esquina, se encontraba el bar Shady, que era justo eso. Y a su madre le daría un infarto si aceptaba un empleo allí.

Teniendo en cuenta sus opciones, pasó primero por el salón para que su abuela pudiera presumir de Callie.

—Voy a peinarle —le dijo Viola a Callie—. Crystal, tráeme uno de esos asientos elevados, ¿quieres? Tú puedes sentarte aquí mismo, en el puesto de la yaya, Callie Rose. Yo peinaba antes a tu abuela y a tu mamá. Ahora voy a peinarle a ti.

—El pelo de Callie. —La niña levantó los brazos hacia Viola y luego le acarició el pelo—. El pelo de la yaya.

—Es igual, sí... aunque el mío requiere cierto trabajo últimamente.

—Cierta trabajo —repitió Callie, e hizo reír a Viola.

—Siéntate aquí, Shelby. Crystal no tiene otra clienta hasta dentro de media hora. Fíjate qué pelo tan precioso.

Callie, que a veces podía mostrarse quisquillosa e impaciente cuando se trataba de peinarse, se sentó tan contenta, mirándose en el espejo.

—Quiero ser una princesa, yaya.

—Eres una princesa, pero te haré un peinado digno de tu rango. —Le cepilló los rizos, agarró una de las grandes pinzas plateadas para sujetárselo y comenzó a hacerle una elegante trenza de espiga a un lado—. He oído que Bonnie Jo Farnsworth..., una prima del marido de la hermana de Gilly..., se está divorciando de su marido. Shelby, se trata de Les Wickett, que andaba con Forrest cuando eran críos. No llevan casados ni dos años y tienen un hijo que no llega a los seis meses. Celebró una gran boda en el hotel que le costó a su padre un ojo de la cara.

—Me acuerdo un poco de Les. Siento que tenga problemas.

—He oído que los problemas se llevan fraguando desde antes de que cortaran la tarta de bodas. —Crystal, con su melena de pelo rubio con mechas al aire, meneó las cejas con aire astuto—. Pero seguramente no debería contar nada.

—Por supuesto que debes contarlo. —Viola sujetó con una goma la primera trenza y empezó con la segunda—. Y con todo lujo de detalles.

—Bueno, a lo mejor no sabías que Bonnie Jo salía con Boyd Kattery.

—El hijo mediano de Loretta Kattery. Esos chicos de los Kattery son unos brutos. Forrest tuvo una bronca con Arlo, el menor, no hace mucho, cuando este se pilló una borrachera tremenda en el Shady e inició una pelea por una partida de billar. Arlo intentó pegar a Forrest cuando este se metió para separarlos. Ya conoces a Arlo, Shelby. Un chico flaco y rubio, con mala actitud. Iba en moto e intentó llamar tu atención.

—Me acuerdo de Arlo. Lo expulsaron una temporada por pegar a un chico de la mitad de tamaño que él fuera del colegio.

—Deja que te diga que Boyd era considerablemente peor. —Mientras hablaba, Crystal preparó su puesto para el siguiente cliente—. Y Bonnie Jo y él siempre andaban escapándose, luego rompieron cuando lo detuvieron por... —Miró a Callie, que estaba demasiado ocupada admirándose en el espejo como para prestar atención—. Por... eh... tener ciertas sustancias ilegales en su poder. Entonces, Bonnie Jo se juntó con Les y, en menos que canta un gallo, ya estaban planeando la boda. Si quieres saber mi opinión, su padre estaba tan aliviado de que se casara con un chico majo y que hubiera terminado con Boyd que habría pagado el doble de lo que costó esa boda. Pero soltaron a Boyd justo antes del enlace y en el valle han corrido los rumores de que Bonnie Jo y él lo han retomado y que ahora los dos se han largado a Florida, donde él tiene primos; ella ha dejado a su bebé, como si fuera restos de pizza o algo así. Y se dice que los primos elaboran algunas de las sustancias por las que lo encerraron a él.

Estar allí sentada durante veinte minutos, viendo a su abuela crear un peinado de princesa para su hija mientras la pequeña se miraba con orgullo en el espejo, era casi tan bueno como un masaje y un tratamiento facial. Y escuchar habladurías que no versaban sobre ella.

Viola convirtió las trenzas en una corona y recogió los rizos en una coleta que sujetó con una goma ribeteada de rosa.

—Preciosa. ¡Estoy preciosa, yaya!

—Sí que lo estás. —Viola se agachó para que sus rostros se reflejaran juntos—. Una chica debería saber cuándo está preciosa. Pero ahora mismo se me ocurren un par de cosas más importantes.

—¿Cuáles?

—Ser lista. ¿Eres lista, Callie Rose?

—Mamá dice que sí.

—Y ella es muy lista. También está ser amable. Si puedes ser preciosa, lista y amable..., bueno, eso te convierte en una princesa de verdad. —Le dio un beso en la mejilla a Callie y la bajó de la silla—. Si no tuviera un cliente, os llevaría a las dos a comer. La próxima vez lo planearémos.

—La próxima vez nosotras te llevaremos a ti a comer. —Shelby montó a Callie en la silla—. Crystal, estoy pensando que debería buscar empleo. ¿Conoces a alguien que busque a quién contratar?

—Oh, déjame pensar... En primavera y en verano contratan personal extra en un

montón de sitios. No imaginaba que buscaras empleo, Shelby, no con el dinero que tendrás por... —Se tapó la boca con la mano y miró a Callie con aflicción—. Lo siento muchísimo. No sé por qué mi boca echa a correr sin haber conectado antes con mi cerebro.

—No pasa nada. Solo quiero mantenerme ocupada. Ya sabes lo que es.

—Sé lo que es necesitar pagar las facturas, pero si quieres un trabajo con el que estar ocupada, puede que en la galería. Es elegante y hacen buenos negocios, sobre todo cuando empiezan a llegar los turistas. A lo mejor les vendría bien otra recepcionista en el gran restaurante. Allí las quieren guapas. Oh, y en los Jardines Rendezvous... ¿Conoces los jardines artísticos? Siempre necesitan ayuda en esa época del año. Podría ser divertido si te gustan las plantas y ese tipo de cosas.

—Gracias. Me lo pensaré. Tenemos que llegar al supermercado. Voy a preparar la cena para papá y mamá esta noche. Abuela, deberíais venir el abuelo y tú. Me encantaría prepararos la cena.

—Es un placer que me prepares la cena. Se lo diré a Jackson.

—A las seis, aunque podríais venir un poco antes, ya que tengo que marcharme a las siete y veinte porque he quedado con Emma Kate.

—¿Has conocido al novio de Emma Kate? —le preguntó Crystal.

—Aún no.

—Ha enganchado a uno bueno. Y el otro... ¿Griffin? —Se dio una palmadita en el corazón—. Si no estuviera prometida en matrimonio por segunda vez en mi vida, iría derechita a por él. Anda con paso decidido y arrogante. Me encantan los hombres con paso decidido y arrogante.

—Ahí llega tu cliente de las once y media, Crystal.

—Me pongo ahora mismo con ella. Ha sido un placer charlar contigo, Shelby. —Le dio un buen achuchón—. Es estupendo tenerte en casa.

—Es estupendo estar en casa.

—Su primer marido tenía esos andares —dijo Viola entre dientes—. Y se iba con cualquier mujer a la que conseguía engatusar con su paso decidido y arrogante.

—Espero que esta vez le vaya mejor.

—Este me cae bien. No camina de esa manera, pero sí tiene la formalidad que ella necesita para hallar el equilibrio. Me gusta esa chica tanto como me gusta el sorbete de frambuesa, pero necesita ese equilibrio. ¿Qué hay para cenar?

—Voy a sorprenderos. Y más vale que vaya al supermercado o tendremos que pedir pizza.

Se encontró con Chelsea y su madre en el supermercado, lo que sumó media hora a su agenda... y fructificó en un acuerdo para encontrarse en el parque del pueblo al día siguiente y que así las niñas pudieran jugar juntas.

Ahora que iba a cocinar para seis, jugó con el menú mientras compraba. Preparaba un buen pollo asado con ajo, salvia y romero y podría hacer unas patatas rojas con ese aliño picante, cuya receta había recortado de una revista, las zanahorias con mantequilla y tomillo que tanto le gustaban a Callie y unos guisantes. Y haría panecillos.

Recordó que a Richard no le gustaban sus panecillos y los llamaba «pan de paletos».

Bueno, que se fuera a la mierda.

Tal vez preparara unos aperitivos, lo pondría todo bonito. Y profiteroles de postre. La cocinera que había tenido contratada tres días a la semana en Atlanta le había enseñado a prepararlos.

Metió los ingredientes en el carro y sobornó a Callie con unas galletitas con forma de animales. Y procuró no hacer ruido al tragar saliva cuando pasó por caja.

Era para la familia, se recordó mientras contaba el dinero. La familia estaba poniendo un techo sobre la cabeza de su hija y la suya. Podía permitirse pagar por una buena cena familiar y eso iba a hacer.

No se acordó de que había ido a pie hasta que empujó el carro y la sillita afuera.

—Ay, por Dios, mira que soy imbécil.

Tres bolsas con compra, una sillita de bebé y un paseo de casi dos kilómetros y medio.

Mientras farfullaba para sí, metió dos bolsas en la parte de atrás de la sillita, se colgó la bolsa grande de Callie al hombro y agarró con la mano la última bolsa con compra.

Se cambió la bolsa de brazo a los ochocientos metros y se planteó muy en serio llamar a su madre o pasar por la oficina del sheriff para ver si Forrest estaba allí y podía llevarla.

—Lo conseguiremos. Lo conseguiremos sin problemas.

Pensó en cuando era niña y corría la distancia de más de kilómetro y medio hasta el pueblo y volvía de nuevo. Subía y bajaba aquellas montañas, aquellas curvas.

Bueno, ahora tenía una hija y tres bolsas con compra. Y quizá le estuviera saliendo una ampolla en el talón.

Logró llegar al desvío, con los brazos doloridos, y se detuvo con el fin de prepararse para encarar el último tramo.

La camioneta de Los Arreglatodo frenó a su lado. Griff se asomó por la ventanilla.

—Hola. ¿Se te ha averiado el coche? Soy Griff —añadió por si acaso se había olvidado—. Griffin Lott.

—Me acuerdo. No, no se me ha averiado el coche. No me he traído el puñetero coche porque no tenía intención de comprar tantas cosas.

—Vale. ¿Quieres que te acerque a casa?

—En estos momentos, más de lo que quiero una vida larga y feliz. Pero...

—Nos conocimos ayer mismo, pero Emma Kate me conoce desde hace un par de años. Estaría en la cárcel si fuera el asesino del hacha. Hola, guapa. ¿Te llamas Callie?

—Callie. —La pequeña ladeó la cabeza, toda una coqueta consumada, y se esponjó su nuevo peinado—. Soy preciosa.

—La más preciosa. Mira, no puedo dejarte a un lado de la carretera con una niña preciosa y tres bolsas con compra.

—Iba a decir que me gustaría que me acercaras, pero no tienes una silla infantil.

—Ah. Cierro. —Se pasó la mano por el pelo—. Violaremos la ley, pero hay poco más de kilómetro y medio y conduciré despacio. Me orillaré cada vez que se acerque un coche, en cualquier dirección.

Le dolía el talón, le dolían los brazos y sus piernas parecían goma que hubieran estirado demasiado y con excesiva fuerza.

—Creo que basta con que conduzcas despacio.

—Espera. Deja que te ayude.

Eso lo convertía en la segunda persona no perteneciente a su familia que se había ofrecido a ayudarla en poco tiempo. Costaba recordar cuánto tiempo hacía que alguien lo había hecho antes de eso.

Él se bajó de la camioneta y le cogió la bolsa. Shelby recuperó la sensibilidad en el brazo en forma de desagradable hormigueo.

—Gracias.

—No hay problema.

Guardó las bolsas mientras ella sacaba a Callie de la sillita.

—Siéntate ahí —le ordenó Shelby a su hija—. Estate quietecita mientras yo pliego la silla.

—¿Cómo...? Oh, ya entiendo. —Griff plegó la silla como si llevara años haciéndolo.

Shelby se volvió hacia Callie mientras él la guardaba y vio que su hija había abierto una bolsa de comida para llevar que se encontraba en el asiento de al lado.

Estaba comiendo patatas fritas.

—¡Callie! Eso no es tuyo.

—Tengo hambre, mamá.

—No pasa nada. —Griff se montó en la camioneta, riendo—. No confiaría en nadie capaz de resistirse a las patatas fritas. He tenido que comprar unas cosas en el pueblo, y ya de paso he pillado la comida para Matt y para mí. Puede comerse unas patatas.

—Ya ha pasado su hora de comer. No esperaba estar tanto tiempo fuera.

—¿No creciste aquí?

Shelby respiró hondo mientras él, fiel a su palabra, conducía a poco más de treinta kilómetros por hora.

—Debería haberlo sabido.

Callie, que ahora se sentaba sobre su regazo, le ofreció una patata frita a Griff.

—Gracias. Te pareces a tu mamá.

—El pelo de mamá.

—El tuyo es realmente precioso. ¿Has estado en el salón de Vi?

—Esa es la yaya, Callie. Vi es la yaya.

—La yaya me ha peinado como una princesa. Soy guapa, lista y amable.

—Eso ya lo veo. Eres la primera princesa que llevo en la camioneta, así que esto es muy importante para mí. ¿Quién es tu amiga?

—Esta es Fifi. Le gustan las patatas fritas.

—Era de esperar. —Se detuvo en el camino de entrada—. ¡Vaya! —Hizo como que se limpiaba la frente—. Lo hemos conseguido. Tú coge a la princesa y su sillita. Yo me ocupo de la compra.

—Oh, no pasa nada, yo puedo...

—¿Cargar con tres bolsas con compra, una cría, una sillita y lo que sea que lleves en esa enorme bolsa que tienes ahí? Claro que puedes, pero yo me ocuparé de la compra.

—¡Llévame! —Callie se zafó de los brazos de Shelby y se arrojó hacia Griff.

—Callie, no...

—Tengo órdenes. —Griff se apeó, se acuclilló y se dio una palmadita en la espalda—. Vale, princesa, sube a bordo.

—¡Síii! —exclamó y se agarró con fuerza para que la llevaran a caballito mientras Shelby se apeaba por la otra puerta para intentar coger lo que quedaba.

Griff fue más rápido que ella: sacó dos bolsas de la compra y, con una en cada mano y la niña botando alegremente sobre su espalda, se encaminó hacia la puerta principal.

—¿Está cerrada con llave?

—No lo creo. Puede que mi madre...

Su voz se fue apagando al ver que él ya estaba entrando, con Callie agarrada a su cuello y parloteándole al oído como si fuera su nuevo mejor amigo.

Nerviosa, Shelby sacó la silla, cogió la última bolsa y se cargó la bolsa de Callie al hombro. Se las arregló para meterlo todo en casa y dejó la silla junto a la puerta para ocuparse de ella más tarde.

Él había dejado las bolsas en la isla. Antes de que pudiera decir nada, Griff hizo que se le parara el corazón cuando cogió a Callie de su espalda, colgándola bocabajo mientras la pequeña chillaba con delirante placer, y luego la lanzó al aire y la atrapó sin problemas. Y a continuación se la colocó a la cadera.

—Te quiero —dijo Callie y le dio un beso entusiasmado en la boca.

—¿Solo se necesita eso? —Con una amplia sonrisa, le dio un tironcito del pelo—. Es evidente que llevo muchos años abordando a mis conquistas de un modo equivocado.

—Quédate a jugar conmigo.

—Lo haría si pudiera, pero tengo que volver al trabajo.

Callie le agarró un puñado de pelo, pues era obvio que le gustaba, y se lo enroscó en el dedo.

—Vuelve y juega conmigo.

—Claro, en otro momento. —Miró a Shelby y sonrió, y como ella estaba mirando, vio que él tenía unos ojos tan verdes e inteligentes como los de un gato—. Tienes un tesoro.

—Así es. Gracias. Ah, ¿tienes hijos?

—¿Yo? No. —Dejó a Callie en el suelo y le dio una palmadita amistosa en el trasero—. Tengo que irme, pelirrojita.

Callie se abrazó a sus piernas.

—Adiós, señor.

—Griff. Solo Griff.

—Gwiff.

—Grrr-iff —la corrigió Shelby de forma automática.

—Grrr —dijo Callie, y soltó una risita.

—Grrr-iff tiene que irse —dijo Griff, y miró de nuevo a Shelby—. ¿Lo tienes todo?

—Sí. Sí, muchísimas gracias.

—De nada. —Se dispuso a salir—. Me encanta esta cocina —agregó, y fue hacia la puerta y salió (sí que tenía una forma de andar decidida y arrogante) antes de que a ella se le ocurriera nada más.

—Grrr-iff —le dijo Callie a Fifi—. Es guapo, mamá, y huele bien. Va a volver y a jugar conmigo.

—Yo... Umm. Ah.

—Tengo hambre, mamá.

—¿Qué? Oh. Claro que tienes hambre.

Shelby meneó la cabeza y volvió a la realidad.

Cuando su madre llegó a casa, Shelby tenía el pollo en el horno, las patatas y las zanahorias lavadas y la mesa del comedor, que solo se usaba para acontecimientos importantes, puesta con la vajilla buena. No era la mejor vajilla, pues esa era la de la abuela de su padre y tenía más valor sentimental que económico, sino la que tenía rosas en el borde.

Había añadido servilletas de lino, que dobló en forma de recargados abanicos colocados de pie, dispuso velas y flores en un bonito centro de mesa y estaba terminando los últimos buñuelos para los profiteroles.

—¡Ay, Dios mío, Shelby! La mesa está preciosa, como para una cena de gala.

—Es que somos gente de categoría.

—Desde luego, vamos a comer como si lo fuéramos... y huele de maravilla. Siempre se te dio bien combinar las cosas para lograr un efecto bonito.

—Es divertido hacer las cosas con mimo. Espero que te parezca bien que haya invitado a los abuelos.

—Sabes que sí. Me lo dijo mamá cuando me pasé por el salón después de la reunión de mi club de jardinería... y de que Suzannah y yo fuéramos de compras. Le he comprado a Callie un modelito de primavera que es una monada. Me lo he pasado genial. —Dejó tres bolsas con compras en la encimera y empezó a sacar cosas—. Estoy impaciente por vérselo puesto. Es precioso, ¿verdad? La faldita de rayas rosa y blancas y la camisa con volantes. ¡Y estos zapatitos rosa! Bueno, miré su número antes de marcharme, así que le quedarán bien. Pero si no, los cambiaremos.

—Mamá, le van a encantar. Se va a volver loca con esos zapatos.

—Y le he comprado esta camisa tan bonita con la palabra «princesa» bordada y una chaqueta de punto blanca ribeteada con una cenefa que es una monería. —Sacó más cosas mientras hablaba—. ¿Dónde está? A lo mejor puede probarse algo.

—Está durmiendo la siesta. Siento que lo esté haciendo tan tarde, pero me ha llevado más de lo previsto y luego he tenido que prepararle la comida y estaba revolucionada, así que no se ha quedado dormida hasta casi las tres.

—Oh, no vamos a preocuparnos por eso. En fin, me pasé por el salón y estaba Maxine Pinkett. Si te acuerdas, se mudó a Arkansas hace unos años, pero ha vuelto de visita y ha venido al salón con la esperanza de que pudiera hacerle un corte y teñirla. En principio, yo ya no me dedico a eso, pero es una antigua clienta y sé lo que le gusta.

Shelby recordaba vagamente a la señora Pinkett, así que asintió mientras comenzaba a rellenar los buñuelos con nata.

—Me ha dicho que se sintió decepcionada cuando Crystal le contó que yo no estaba, y entonces llegué y me preguntó si podía ocuparme de su pelo. No está nada contenta con los estilistas que ha probado en Little Rock. Así que la he acomodado. Resulta que es posible que el marido de su hija acepte un empleo en Ohio, y eso después de que ella se mudara a Little Rock para estar cerca de su hija y de sus tres nietos. Está fuera de sí, permíteme que te diga. Sé cómo se siente, así que... —Ada Mae cerró los ojos y meneó la cabeza—. No me callo ni debajo del agua.

—No tienes por qué hacerlo. No has podido crear recuerdos con Callie durante más de tres años. Y, lo que es más, ahora veo que ella tampoco ha podido crearlos contigo. Es culpa mía, mamá.

—Ya ha pasado todo y estamos creando muchos recuerdos. ¿Qué estás preparando ahí? ¿Pequeños buñuelos de nata? Oh, se ha despertado. —Ada Mae miró el monitor que había sobre la encimera—. Voy a llevarle sus nuevas cosas y nos divertiremos un poco. ¿Necesitas ayuda, cielo?

—No, mamá, gracias. Lo único que quiero es que te sientes a cenar. Ve a divertirte con Callie.

—Oh, espero que los zapatos rosa le valgan, porque no pueden ser más monos.

Le haría fotos a Callie con los zapatos rosa, pensó Shelby. Tal vez Callie no se acordara de ellos cuando creciera, pero recordaría que su abuela la quería, y que disfrutaba comprándole ropa bonita. Recordaría que su yaya la había peinado como a una princesa.

Eso era lo que contaba. Igual que una buena cena familiar en la mesa del comedor, eso era lo que contaba.

Terminó los buñuelos, regó el pollo con su propio jugo y puso en marcha las patatas y las zanahorias.

Tenía que cambiarse, no solo para la cena, sino también para ir a reunirse con Emma Kate. Tras echar un vistazo al temporizador, corrió escaleras arriba, pasando de puntillas del descansillo a su dormitorio para no interrumpir a Callie y a su madre y su desfile de moda.

Y se pasó los siguientes quince minutos pensando desesperadamente qué ponerse. En otros tiempos había tenido tres o quizá cuatro veces más ropa, pero nunca se había desesperado.

A lo mejor porque había dejado de ser importante, pensó.

Era el bar brasería, se recordó. La gente no se ponía demasiado elegante para ir allí. Estaba como mínimo tres escalones por encima de Shady, pero a la misma distancia por debajo del gran restaurante del hotel.

Se decantó por unos vaqueros negros y una sencilla camisa blanca. Y se pondría la chaqueta de cuero que había conservado, y que adoraba. El color gris peltre iba bien con su cabello y no era tan duro como el negro.

Dado que las noches aún eran frescas, eligió unos botines de tacón.

Pendiente de la cena, volvió a bajar y entró en la cocina. Agarró un delantal para empezar con los panecillos.

Era divertido tomarse tantas molestias, pensó, y, después de buscar una fuente bonita para el pollo, trataba de imaginarse si quedaría mejor colocar las patatas y las zanahorias alrededor del pollo o ponerlas en cuencos.

Forrest entró por la puerta de atrás.

—¿Qué es todo esto? —Olisqueó el aire—. ¿Qué es eso?

—¿Qué tiene de malo?

—Yo no he dicho que tenga nada de malo. Huele a... huele a que tengo hambre.

—Puedes quedarte a cenar si quieres. Van a venir los abuelos. Cocino yo.

—¿Cocinas tú?

—Eso es, Forrest Jackson Pomeroy, así que o lo tomas o lo dejas.

—¿Siempre te emperifollas para cocinar?

—No me he emperifollado. Joder. ¿Estoy demasiado arreglada para ir a El contrabandista?

Forrest entrecerró los ojos.

—¿Por qué?

—Porque voy a El contrabandista y no quiero ir mal, idiota.

—Me refería a por qué vas a allí cuando estás preparando la cena.

—Iré después de cenar, si quieres saber todos los detalles. He quedado con Emma Kate.

La expresión de Forrest se suavizó.

—Ah.

—¿Voy demasiado arreglada o no?

—Vas bien. —Abrió el horno superior y echó un vistazo al pollo—. Eso tiene una pinta cojonuda.

—Y va a estar cojonudo. Ahora, quítate de en medio. Tengo que emplatar los aperitivos.

—Mira qué elegante. —La rodeó para hacerse con una cerveza.

—Solo trato de ser amable. Mamá me ha reservado unos masajes y la abuela ha peinado a Callie y... ya has visto cómo nos han arreglado las habitaciones. Solo trato de ser amable.

Forrest le frotó el hombro.

—Es agradable. La mesa parece vestida para una cena de gala. Está bien que hayas quedado con Emma Kate.

—Ya veremos lo bien que está cuando nos veamos. Sigue muy cabreada conmigo.

—Quizá deberías prepararle pollo para cenar.

Fue estupendo tener a su familia a la mesa, disfrutando de una comida que ella había cocinado. Y eso le hizo darse cuenta de que era la primera vez. Habría una segunda vez, se prometió, y se cercioraría de que Clay, Gilly y el pequeño Jackson estuvieran a la mesa en esa ocasión.

Supo que lo había hecho bien cuando su abuelo repitió de todo... y la abuela le pidió las recetas.

—Te las apuntaré, abuela.

—Tendrás que hacerlo por duplicado. —Ada Mae se levantó para ayudarla a recoger—. Este pollo deja al mío en ridículo.

—Será mejor que hagáis sitio para el postre.

—Tenemos sitio, ¿verdad, Callie? —Jack se palmeó la panza, de modo que Callie se echó hacia atrás en su trona para hacer lo mismo.

Lo mejor de todo fue verlos poner los ojos como platos cuando entró con la torre de profiteroles que había preparado, con su chocolate fundido cayendo por encima.

—Es tan bonito como lo que se ve en los restaurantes —le dijo su padre—. ¿Está tan bueno como parece?

—Ahora lo averiguaréis. Tengo que irme; mamá, ¿puedes servir tú esto? No quiero llegar tarde.

—No te irás hasta que te pongas algo en los labios —decretó su madre—. Que sea rosa. Es primavera.

—De acuerdo. Que Forrest te ayude con los platos.

—Iba a hacerlo —adujo en el acto el interpelado. Agarró la mano a Shelby cuando se inclinó para darle un beso a Callie—. La cena estaba realmente buena. Si bebes, no conduzcas.

—Eres tú el que tiene una cerveza en la mesa. Callie, pórtate como una niña buena.

—La abuela ha dicho que me va a dar un baño de espuma.

—¿A que va a ser divertido? No volveré tarde.

—Oh, llega tarde. —Ada Mae sirvió generosas porciones de postre—. Ve a divertirme un poco.

—Lo haré. No...

—¡Largo!

—De acuerdo.

Parecía raro salir por la noche ella sola. Y a eso había que sumarle los nervios, la preocupación por que Emma Kate no la perdonara.

Pero se aplicó carmín y se dio un poco más de colorete por si acaso. Y condujo hasta el pueblo con la esperanza de encontrar las palabras adecuadas, de compensarla de manera apropiada para que su mejor amiga volviera a su vida.

Las farolas de la calle estaban encendidas y atisbó unas cuantas luces que brillaban en las montañas. Las tiendas cerraban a las seis, pero reparó en que la pizzería tenía bastante clientela y en que algunas personas paseaban por la acera.

Se encontró con que el minúsculo aparcamiento que había junto al bar brasería ya estaba abarrotado y empezó a buscar sitio en la calle. Quizá tuviera que darse un empujoncito mental para bajarse del coche, pero lo hizo, y recorrió la media manzana, abrió la puerta y entró en el ruidoso establecimiento.

No recordaba que el local estuviera tan concurrido entre semana. Pero claro, aún no tenía la edad legal para beber cuando se marchó, así que había pasado más tiempo en la pizzería o en la heladería.

De todas formas, la mayoría de mesas y reservados estaban llenos, y el ambiente olía a cerveza y a barbacoa.

—¿Qué tal? —Una camarera, o tal vez recepcionista, se acercó con una sonrisa sincera mientras sus ojos negros escudriñaban la abarrotada habitación, buscando sin duda una mesa libre—. Puedo sentarla a la barra si... ¿Shelby? ¿Shelby Anne Pomeroy!

Shelby se vio envuelta en un abrazo que olía a melocotón.

La mujer, guapa, con la piel del color del nogal pulido y unos ojos negros de pobladas pestañas, apartó a Shelby.

—No te acuerdas de mí.

—Lo siento, yo... —Se le encendió la bombilla, y se quedó pasmada—. ¿Tansy?

—Sí que te acuerdas. No te culpo por haber tardado un rato. He cambiado un poco.

—¿Un poco?

La Tansy Johnson que conocía era una chica desgarrada, con los dientes separados, gafas y tendencia a sufrir acné. Aquella era una mujer de admirables curvas, con una preciosa sonrisa, piel clara y ojos luminosos.

—Se me ha aclarado la piel, he engordado, me arreglé los dientes y llevo lentillas.

—Estás fantástica.

—Me alegro de oírlo. Pero claro, Emma Kate y tú nunca os burlabais de mí como hacían otras chicas. Siento lo de tu marido, Shelby, pero es estupendo que estés en casa.

—Gracias. Ahora trabajas aquí. Está más concurrido de lo que recordaba y es más agradable.

—También me alegro de oír eso, porque no solo trabajo aquí, sino que además soy la encargada. Y resulta que estoy casada con el propietario.

—¡Uau! Sí que han cambiado las cosas. ¿Cuándo te casaste?

—En junio hará un año. Te lo contaré todo sobre mi Derrick en cuanto tenga

ocasión, pero Emma Kate te está esperando.

—¿Ya ha llegado?

—Te acompañaré. Os tengo un reservado de esquina; un lugar privilegiado, especialmente en la noche de las alitas. —Se enganchó del brazo de Shelby—. Tienes una niña, ¿no?

—Callie. Tiene tres años.

—Yo voy a tener una.

—Oh, es genial, Tansy. —Eso exigía otro abrazo—. Enhorabuena.

—Estoy justo de cuatro semanas y sé que siempre se dice que hay que esperar hasta después del primer trimestre, pero no puedo esperar. Así que se lo estoy contando a todo el mundo, hasta a completos desconocidos. ¡Mira a quién he encontrado!

Emma Kate levantó la vista del teléfono móvil.

—Has venido.

—Así es. Lo siento si llego tarde.

—No llegas tarde. Se me olvidó que era la noche de las alitas, así que le pedí a Tansy que nos guardara una mesa y he llegado un poco temprano.

—Sentaos. —Tansy señaló el reservado—. Y poneos al día. ¿Qué vas a tomar, Shelby? La primera corre por cuenta de la casa.

—He traído el coche, así que... Bueno, debería poder tolerar una copa de vino.

—Tenemos una buena selección.

Tansy enumeró varias opciones.

—El pinot noir suena perfecto.

—Lo sacaré para ti. ¿Estás servida, Emma Kate?

Emma Kate levantó su cerveza.

—Servida, Tansy.

—Me alegro de verte. —Tansy le dio un apretón en el hombro a Shelby y se fue.

—Durante un instante no la he reconocido.

—Ha crecido. Es la persona más feliz que conozco, pero siempre ha tenido una naturaleza alegre.

—A pesar de que la intimidaban y atormentaban la mitad del tiempo. Recuerdo que, sobre todo en el instituto, Melody Bunker y Jolene Newton se consagraron a la misión de fastidiarla.

—Melody sigue siendo tan resentida y arrogante como siempre. Quedó segunda en el concurso de Miss Tennessee... cosa que deja caer en cuanto puede. Ya sabes que nunca te ha perdonado por ganarla como reina del baile de bienvenida.

—Dios mío, llevaba años sin pensar en eso.

—La existencia de Melody se reduce a ser la más guapa y popular. Se quedó corta. Y Jolene tampoco ha evolucionado mucho. —Emma Kate se apoyó contra el respaldo, acomodada en el rincón del reservado, en diagonal con respecto a Shelby—. Está prometida al hijo de los dueños del hotel y le gusta conducir por el pueblo el elegante coche que su papá le ha comprado.

Una camarera le llevó el vino a Shelby.

—Tansy dice que lo disfrutes y que me aviséis si queréis algo más.

—Gracias. Melody y Jolene me traen sin cuidado —prosiguió Shelby mientras hacía girar la copa de vino en pequeños círculos con los dedos—. Quiero saber de ti. Terminaste tus estudios de enfermería como dijiste que harías. ¿Te gustó Baltimore?

—Me gustaba mucho. Hice algunos amigos y tenía un buen trabajo. Conocí a Matt.

—¿Matt y tú vais en serio?

—Lo bastante como para que haya lidiado con el shock y el espanto de mi madre cuando le dije que nos íbamos a vivir juntos. Todavía me presiona para que me case y tenga hijos.

—¿Y tú no quieres?

—No tengo prisa, como tenías tú.

Shelby aceptó el golpe y tomó un sorbo de vino.

—¿Te gusta trabajar en la clínica?

—Tendría que ser imbécil para que no me gustara trabajar para el doctor Pomeroy. Tu padre es un buen hombre y un buen médico. —Después de otro trago de cerveza, Emma Kate se irguió un poco—. ¿Qué querías decir con que no tenías dinero para volver? Lo que a mí me llegó es que nadabas en la abundancia.

—Richard se ocupaba del dinero. Como yo no trabajaba...

—¿No querías trabajar?

—Tenía que atender a Callie y la casa. Y no estoy cualificada para ningún trabajo serio. No terminé la universidad ni...

—¿Y qué hay de cantar?

Le ponía nerviosa no terminar una frase. Hubo un tiempo en que Emma Kate y ella podían terminar la frase de la otra... pero las cosas habían cambiado.

—No era más que una fantasía infantil. En realidad no es que tuviera dotes o experiencia, y tenía una hija y él se casó conmigo, nos mantenía a Callie y a mí, y nos dio una buena casa.

Emma Kate se recostó de nuevo.

—¿Y eso era lo único que tú querías? ¿Que te mantuvieran?

—Con Callie y sin habilidades ni formación...

—¿Te decía él que eras estúpida? ¿Quieres que te perdone, Shelby? —dijo Emma Kate cuando Shelby guardó silencio—. Pues cuéntame la verdad. Mírame a los ojos y cuéntame la verdad.

—Todo el tiempo, de una manera o de otra. ¿Estaba equivocado? Yo no sabía hacer nada.

—Eso es una puñetera gilipollez. —Con los ojos encendidos, Emma Kate dejó su cerveza, la empujó hacia un lado y se inclinó sobre la mesa—. No solo cantabas en un grupo, sino que además te encargabas de la representación y de la publicidad. Te las apañaste para hacerlo. Te nombraron subgerente de la librería de la universidad después de un mes, así que eso lo sabías hacer. Empezaste a escribir canciones y eran buenas, Shelby, joder, así que eso también lo sabías hacer. Redecoraste mi dormitorio cuando teníamos dieciséis años..., y no solo quedó precioso, sino que además supiste convencer a mi madre. No te sientes ahí a decirme que no sabías hacer nada. Es él quien habla. Habla por ti misma.

Las palabras, rápidas como una ametralladora, dejaron a Shelby sin aliento.

—Ninguna de esas cosas eran prácticas ni realistas. Emma Kate, las cosas cambian cuando tienes una hija que depende de ti. Yo era madre y ama de casa. Eso no tiene nada de malo.

—No tiene nada de malo si te hace feliz, si te lo valoran. No parece que lo valorara, y cuando hablas de ello no pareces feliz.

Shelby meneó la cabeza.

—Ser madre de Callie es lo mejor que me ha pasado, es la luz que alumbra mi vida. Richard trabajaba para que yo pudiera quedarme en casa con ella. Muchas madres quieren

hacerlo y no pueden, así que debería estarle agradecida por mantenernos.

—Ahí está otra vez esa palabra.

Sentía náuseas, envueltas en una fina capa de vergüenza.

—¿Tenemos que hablar de esto?

—Quieres que te perdone por huir..., y eso puedo hacerlo..., que te perdone por distanciarte de mí, por no venir, y por no apoyarme cuando más te necesitaba. Pero estás eludiendo la verdad.

Lo estaba haciendo porque la raíz de todo era muy siniestra y difícil. El ruido de voces y platos, que le parecía festivo y divertido cuando entró, ahora retumbaba en su cabeza.

Tenía la garganta tan seca que deseó haber pedido agua. Pero se obligó a hablar.

—No tenía el dinero porque, si conseguía ahorrar mil dólares, él los encontraba y se los quedaba. Decía que eran para invertirlos, porque yo no tenía cabeza para las finanzas. Tenía cuentas corrientes si quería comprar ropa, algún juguete o vestidito para Callie, así que no necesitaba dinero en efectivo. Y decía que de qué me estaba quejando si tenía a alguien que limpiaba la casa, a alguien que me ayudaba con Callie, a alguien que cocinaba porque yo no sabía nada salvo cocina rural. Que debería estar agradecida. Y que no podía ir a Tennessee cada vez que alguien fallecía, se casaba o cumplía años. Que él necesitaba a su esposa en casa.

—Te apartó de tu familia y de tus amigos. Redujo tu mundo a la mínima expresión, y te insistía en que tenías que estar agradecida por ello, ¿verdad?

Lo había hecho, claro que lo había hecho. Ella no lo había visto llegar porque fue algo gradual... hasta que aquello se convirtió en toda su vida.

—A veces creía que me odiaba, pero no era así. Ni eso sentía por mí. Los primeros meses, incluso los primeros años, fueron emocionantes y plenos, y hacía que me sintiera muy especial. Dejé que él se encargara de todo. Yo me dejaba llevar, estaba embarazada de Callie y me sentía feliz. Después de que ella naciera, él... cambió. —Tomo aire y se permitió serenarse—. Creía que había cambiado porque un bebé cambia las cosas —dijo despacio—. Él nunca le prestó demasiada atención, y si yo decía algo al respecto, se cabreaba o se sentía ofendido. Alegaba que se estaba cerciorando de que yo viviera como una reina, ¿no? Yo no quería viajar demasiado con el bebé y él no me insistía. Así que se ausentaba mucho tiempo. A veces regresaba y las cosas iban bien durante una temporada, pero otras veces no iban tan bien. Nunca sabía qué iba a pasar. No podía prever qué iba a pasar, así que procuraba asegurarme de que todo fuera tal y como a él le gustaba. Quería que mi hija tuviera un hogar tranquilo y feliz. Eso era lo más importante.

—Pero tú no eras feliz.

—Era la vida que me había forjado, Emma Kate. Las decisiones que había tomado.

—Elegiste que abusaran de ti.

Shelby se puso tensa.

—Jamás nos puso la mano encima ni a Callie ni a mí.

—Eres lo bastante inteligente como para saber que esa no es la única clase de abuso. —Aunque su tono era enérgico y serio, no levantó la voz. La gente solía oír lo que una no quería que oyera incluso en medio de un ruidoso bar—. Hacía que te sintieses inferior, que te sintieses pequeña, estúpida y en deuda. Y te aisló tanto como pudo de la gente que te hacía sentir entera, especial y realmente feliz. Y, por lo que estoy oyendo, utilizó a Callie para tenerte controlada.

—Puede que lo hiciera. Ahora está muerto, así que se acabó.

—¿Habrías seguido con él, habrías seguido viviendo así?

Shelby frunció el ceño mientras pasaba el dedo por el borde de su copa.

—Pensé en el divorcio; sería la primera de nuestra familia, y eso era una losa. Pero pensé en ello, sobre todo cuando se fue a ese último viaje. Se suponía que íbamos a ir los tres, que eran unas vacaciones familiares. Unos días en un lugar cálido. Pero cuando Callie se puso enferma y no pudimos acompañarlo, él se fue de todas formas. Nos dejó en aquella horrible casa el día después de Navidad. No conocía ni a un alma, y nuestra hija tenía fiebre. —Levantó la vista en ese momento, y parte de la ira embotellada estalló—. Ni siquiera se despidió de ella, por si acaso era contagioso, dijo. Yo pensé que no la quería. No pasaba nada porque no me quisiera a mí, pero no quería a nuestra hija, y ella se merecía algo mejor. Se merecía algo mejor, joder. Pensé en el divorcio, pero no tenía dinero para pagarme un abogado, y creía que él tenía tanto dinero que podría seguir adelante y conseguir el divorcio y... ¿Y si me quitaba a Callie para fastidiarme? Estaba pensando qué hacer, cómo podía hacerlo, cuando la policía fue a la casa. Dijeron que había habido un accidente en Carolina del Sur, en el barco, y que Richard estaba desaparecido.

Cogió la copa de vino.

—Él envió una llamada de socorro, dijo que estaba entrando agua y que el motor se había apagado. Estaban hablando con él, obteniendo el... ¿cómo lo llaman...?, el rumbo, la dirección o lo que sea, y enviando un barco de rescate, pero perdieron contacto. Encontraron el barco completamente destrozado y lo buscaron durante casi una semana. Hallaron algunas de sus cosas. Su cazadora, toda desgarrada, y uno de los zapatos. Solo uno. Encontraron uno de los salvavidas. Dijeron que el barco había volcado y que él fue arrastrado y se ahogó. Así que no tuve que pensar en obtener el divorcio.

—Si te sientes culpable por eso, es que eres imbécil.

—Ya he dejado de sentirme culpable por ello.

—Hay mucho más, ¿no?

—Hay más, pero ¿no basta con esto por ahora? ¿No es suficiente por el momento? —Como necesitaba el contacto, estiró la mano para agarrar la de Emma Kate—. Siento haberte hecho daño, y siento no haber sido lo bastante fuerte como para defender lo que sabía que era lo correcto y lo mejor. Yo solo... Dios mío, necesito agua. —Buscó a la camarera con la mirada y luego se levantó del reservado—. ¡Espera!

Cuando salió corriendo, sorteando las mesas y tratando de abrirse paso entre la gente del bar, Emma Kate se levantó para seguirla.

—¿Te encuentras mal? Los baños están en la otra dirección.

—No. Me ha parecido ver a alguien.

—Hay un montón de gente aquí la noche de las alitas.

—No, a alguien de Filadelfia. A ese detective privado que vino buscando a Richard.

—¿Un detective privado? Eso forma parte del «más».

—No podía ser él. No hay razón para ello. Es por hablar tanto sobre Richard y pensar en todo eso. No quiero pensar en ello ahora mismo. Quiero evadirme.

—De acuerdo.

—¿Podemos hablar de otra cosa? Incluso de Melody y de Jolene, me da igual. De otra cosa.

—Bonnie Jo Farnsworth se está divorciando. Se casó con Les Wickett en una gran y elegante boda no hace ni dos años.

—Me he enterado de eso. Ha vuelto con Boyd Kattery y están en Florida, puede que cocinando metanfetaminas con los primos de él.

—Así que te estás poniendo a día. Vamos a sentarnos. Ya que no voy a conducir, quiero otra birra.

Agradecida, Shelby volvió con ella.

—Vives cerca.

—Vivimos en uno de los apartamentos cerca de Tesoros de la montaña, así que he dejado el coche y he venido a pie. Deja que busque a la camarera y... ¡Ay, mierda!

—¿Qué?

—Matt y Griff acaban de entrar. Me han pillado. Se suponía que tenía que enviarle un mensaje a Matt si decidía que no quería que viniera y me diera una excusa para deshacerme de ti. Como no lo he hecho, vamos a tener a los chicos revoloteando, así que no voy a poder sonsacarte nada más una vez que te relajes de nuevo.

—¿No basta con que te haya contado más que a nadie excepto a mi abuela?

—Por ahora.

Emma Kate esbozó una sonrisa y agitó la mano.

—Tu Matt es una monada.

—Sí que lo es. Y hace maravillas con las manos.

Mientras Shelby soltaba una carcajada estrangulada, Matt se abrió paso hasta ellas. Agarró por los codos a Emma Kate con sus maravillosas manos y la levantó en vilo para besarla.

—Aquí está mi chica. —La dejó en el suelo y se volvió hacia Shelby—. Y tú eres Shelby.

—Es un placer conocerte.

—Me alegro muchísimo de conocerte. No os marchabais, ¿verdad?

—Volvíamos a la mesa —aclaró Emma Kate—. Estoy lista para otra ronda.

—Esta la paga Griff.

—Dos Black Bear. Creo que yo me pediré una Bombardier. ¿Qué quieres tú, Shelby?

—Yo iba a por un vaso de agua.

—No sé si puedo permitirme eso, pero, ya que es para ti, me rascaré el bolsillo.

—He traído el coche —dijo Shelby a modo de explicación mientras volvían al reservado.

—Nosotros no —repuso Matt, que le echó un brazo sobre los hombros a Emma Kate cuando se sentaron—. Y el día nos ha ido estupendamente. Hemos hecho algunas horas extraordinarias en casa de tu madre, cielo, y la encimera está terminada.

—¿Le ha gustado?

—No le ha gustado. Le ha encantado. Ya te dije que sería así.

—Tú tienes más fe y menos experiencia con las divagaciones de mi madre.

—Vi la cocina el otro día, con algunos armarios ya montados —le dijo Shelby a Matt—. Ya tenían un aspecto maravilloso. Trabajáis bien.

—Me cae bien tu amiga. Tiene un gusto excelente y muy buen ojo. ¿Qué tal va la vuelta a casa?

—Sienta bien y es bueno. Es un gran cambio para ti con respecto a Baltimore.

—No podía dejar que se me escapara esta.

—Eso demuestra que tiene un gusto excelente y muy buen ojo.

—Brindaremos por eso cuando Griff vuelva con la cerveza. Me ha dicho que tu hija es una ricura.

—Eso creo.

—¿Cuándo ha visto Griff a Callie? —preguntó Emma Kate.

—Oh, me ha acercado a casa esta tarde, cuando iba a pie llevando tres bolsas con compra y a Callie. Se me fue la pinza en el supermercado. Callie está coladita por él.

—Me ha parecido que Griff estaba coladito por ella. Así que... —Con una sonrisa, Matt se enroscó en el dedo un mechón de Emma Kate—. Ahora que somos tan buenos amigos, cuéntame algo embarazoso sobre Emma Kate que su madre no sepa. Creo que ya le he sonsacado a Bitsy casi todas las historias embarazosas.

—Oh, no podría. No puedo hablarte de la vez que robó dos latas de Budweiser del pack de seis de su padre y nos escabullimos de la casa, nos las bebimos y vomitó en las hortensias de su madre.

—¿Vomitó? ¿Vomitó en las hortensias por una lata de Budweiser?

—Teníamos catorce años. —Emma Kate miró a Shelby con los ojos entrecerrados, pero con una expresión risueña—. Y Shelby vomitó más aún.

—Eso hice. Me la tragué tan rápido como pude porque el sabor me resultaba fuerte y amargo, y luego la vomité. Nunca le he cogido el gusto de verdad a la cerveza.

—¿No le gusta la cerveza? —Griff dejó las birras delante de sus amigos, un vaso de agua con una rodaja de lima delante de Shelby y luego se sentó con su propia bebida—. Puede que eso altere mis planes de hacerte la pelota para reclutar tu ayuda con el fin de huir con Viola.

—No está bromeando. —Matt cogió el vaso—. Bueno, por los amigos, aunque no tengan el buen juicio de beber cerveza.

Privet estaba sentado en su coche tomando notas. Había aparcado enfrente de donde Shelby había dejado su monovolumen. Le parecía que la joven viuda se estaba divirtiendo, tomándose una copa de vino con una vieja amiga. No estaba tan distraída como él creía, ya que había estado a punto de verlo.

Ahora parecía que estaba teniendo una cita doble en el bar brasería del pueblo.

Y, sin embargo, no había hecho nada sospechoso, no iba derrochando dinero a diestro y siniestro.

Quizá, después de todo, no tuviera nada que ver con ello. Quizá no supiera nada.

O a lo mejor era lo bastante lista como para esperar en Ningunaparte, Tennessee, hasta que creyera que no había moros en la costa. Teniendo en cuenta lo que había en juego, podía dedicarle unos días más.

Por una tarifa de casi treinta millones, podía dedicarle tiempo.

Se había divertido, divertido como una adulta, divertido saliendo una noche con gente normal. Vio que su vieja amistad con Emma Kate resurgía de sus cenizas, y eso le dio esperanzas de que volviera a resplandecer. Ver a un hombre, y parecía un buen hombre, perdidamente enamorado (y esas eran las palabras que le venían a la mente) de su amiga hizo que se ruborizara un poco.

Le gustaba cómo se mostraban juntos, relajados y cómodos, pero saltando chispas por encima de esa familiaridad. No era la primera vez que había visto a su amiga enamorada, pero con el desasosiego, el dramatismo y la magia de la adolescencia, que brillaba como un cometa en el cielo nocturno y no tardaba en desaparecer de la vista. Lo que veía ahí le parecía auténtico y sólido, un recio y buen árbol joven que echaba raíces.

Fue consciente de los años perdidos no solo al ver cómo Emma Kate encajaba con Matt, sino también viendo la conexión entre Griff y ella, la evidente amistad entre Matt y él, de modo que podía estar agradecida de que abrieran ese grupo tan unido para incluirla durante una noche.

Quizá tuvo que esforzarse para permanecer relajada mientras se sentaba junto a Griff, cadera con cadera, en el pequeño reservado. Llevaba mucho tiempo sin acercarse tanto a un hombre, lo cual explicaba que de vez en cuando sintiera mariposas en el estómago. Pero tanto él como los demás hicieron que la conversación fuera fluida. Y qué bien sentaba no hablar de sí misma ni de los problemas durante una hora.

Dosificó el agua para que le durara.

—No creo que las cosas hayan cambiado tanto por aquí como para que os haya resultado fácil emprender un nuevo negocio, sobre todo porque no sois... de la región.

Matt le brindó una sonrisa a Shelby desde el otro lado de la mesa.

—Te refieres a nosotros, los yanquis.

—Eso, para empezar. Pero tienes un acento chulísimo —dijo, y le hizo reír.

—Ayuda que seamos buenos, y quiero decir muy buenos. Y también está el factor Emma Kate. —Le dio un tironcito a su pelo desaliñado—. Algunas personas sentían suficiente curiosidad por el yanqui con el que se había enrollado su Emma Kate como para contratarnos para algún que otro trabajo.

—Pintar —comentó Griff—. Creía que jamás dejaríamos de pintar. Entonces el padre de Emma Kate nos dio un empujón cuando un árbol cayó sobre la casa de los Hallister. Lo llamaron para que se encargara del tejado y él los animó a que nos contratasen para lo demás. Su desgracia fue una suerte para nosotros.

—¿La familia del chico Hallister? —preguntó Shelby—. ¿Ese al que mi prima Lark se pegaba como una lapa?

—El mismo —confirmó Emma Kate—. Y tu abuela les dio otro empujón.

—¿De veras?

—Contrató a Dewey Trake y a su cuadrilla de Maryville para que le hicieran la sala de relajación en el spa y terminasen el pequeño patio. Unas cosillas aquí y allá —continuó Emma Kate.

—¿Qué hay del señor Curtis? Siempre se ocupaba de sus obras.

—Se jubiló hace dos años y ni siquiera tu abuela pudo convencerlo para que saliera de su retiro y se ocupara de esto. Así que contrató a Trake, pero no duró ni dos semanas.

—Una chapuza de trabajo.

Griff tomó un trago de cerveza.

—Carísimo —agregó Matt.

—Eso pensó tu abuela, y lo despidió.

—Resulta que yo estaba allí en aquel momento. —Griff retomó la historia con ese ritmo fluido—. Joder, le echó la bronca del siglo. Llevaba cuatro días con la obra, y ya iba con retraso, y no dejaba de gruñir acerca de sobrecostes y demoras. Un montón de sandeces, básicamente. Le montó la del pulpo, y le dijo que ya estaba tardando en largarse.

—Suen a la abuela.

—Fue entonces cuando me enamoré de ella. —Griff exhaló un suspiro, y concluyó con lo que Shelby catalogaría de sonrisa soñadora—. Me ponen las mujeres que saben montarte la del pulpo. En fin, no iba a dejar que se me escapara una oportunidad...

—Y así fue como la desgracia de Dewey Trake se convirtió en una suerte para nosotros.

—Exacto. Le pregunté si me permitía que le echara un vistazo.

—Griff es nuestro enlace con la comunidad —adujo Matt.

—Y Matt se ocupa de la contabilidad. Funciona. Eché un vistazo y pedí ver los planos, luego le dije que podía hacerle un presupuesto a la mañana siguiente, pero le di una estimación in situ.

—Te equivocaste en ciento once pavos —le recordó Matt.

—Una estimación in situ. Se formó una opinión de mí... seguro que a ti te ha tomado la medida Vi.

—Innumerables veces —convino Shelby.

—Me enamoré un poco más, pero me contuve y no le pedí que huyera conmigo. El momento lo es todo. Ella dijo algo así como: «Chaval, quiero esto terminado antes de Navidad y lo quiero bien hecho. Pásame ese presupuesto por escrito a primera hora de la mañana y, si me gusta, estate preparado para empezar a trabajar ya».

—Doy por hecho que le gustó.

—Así es, y el resto es historia —afirmó Griff—. Una vez que Viola Donahue te da el visto bueno por estos lares, lo tienes todo hecho.

—No vino mal que Griff comprara esa vieja casa y poco más de hectárea y media cubierta de malas hierbas y basura —intervino Matt—. Estaba pidiendo a gritos: «¡Cómprame, Griff, venga! Tengo un potencial tremendo».

—Sí que lo tiene —convino Shelby y se ganó una rápida y deslumbrante sonrisa de Griff, que hizo que esas mariposas revolotearan de nuevo.

—Es imposible no verlo si sabes dónde mirar. Mucha gente pensó..., y seguramente aún lo piensan..., que estaba loco.

—Seguro que eso os dio otro buen empujón. En el sur valoramos a nuestros locos.

—Vaya, ¿te acuerdas del chico Lott, de Baltimore? —comenzó Emma Kate.

—Puede que esté confundido, pero es útil —concluyó Shelby.

Vio a Forrest entrar. Me está vigilando, pensó. Hay cosas que no cambian.

—Se acerca la ley —comentó Griff cuando Forrest se aproximó al reservado—. Hola, Pomeroy. ¿Es esto una redada?

—No estoy de servicio. He venido por la birra y las mujeres salvajes.

—Esta está pillada. —Matt se apretó más contra Emma Kate—. Pero puedes

sentarte y tomarte esa birra.

—La birra primero. —Señaló el vaso de Shelby—. ¿Eso es agua?

—Sí, papá. ¿Vienes de casa? ¿Callie está bien?

—Sí, mamá. Se ha dado un baño de espuma de proporciones épicas, ha convencido al abuelo para que le leyera dos cuentos y estaba durmiendo con Fifi cuando me he marchado. ¿Quieres otra ronda de agua?

—Probablemente debería regresar.

—Relájate. ¿Otra ronda? —preguntó al resto.

—Esta vez quiero una Coca-Cola Light —dijo Emma Kate—. Ya he cumplido con mi cuota.

Cuando su hermano fue a pedir las bebidas, Shelby echó un vistazo a su alrededor.

—Sé que no veníamos aquí demasiado, pero no recuerdo que tuviesen tanta clientela.

—Deberías verlo los sábados por la noche. —Dado que había otra en camino, Matt apuró su cerveza—. Tienen música en directo. Griff y yo estamos hablando con Tansy..., y ella con Derrick..., sobre ampliar el local, poner un escenario más grande, pista de baile y una segunda barra.

—Podrían utilizarlo para fiestas privadas. —Griff echó un vistazo a la habitación—. Deberían conservar el estilo original de la construcción y cerciorarse de que tienen una buena acústica y un buen flujo de clientes. Tendrían algo grande.

—Ya llegan las bebidas. —Forrest se sentó en el extremo del asiento—. ¿Qué tal va la cocina para Bitsy?

—Un par de días más y habremos acabado —respondió Matt.

—¿Sabes?, mi madre está hablando de convertir un dormitorio en un gran baño privado. Con una ducha de vapor. —Miró a Griff con los ojos entrecerrados—. Tú lo sabías.

—A lo mejor hemos hablado un poco del tema.

—Va a tragarse el viejo cuarto de Shelby y, como ella ocupa ahora el de Clay y Callie el mío, no hay más dormitorios.

—¿Tienes pensado mudarte de nuevo con tus padres?

—No, pero nunca se sabe. —Le lanzó una mirada a Shelby—. ¿Verdad? Así que, si se sale con la suya..., y lo hará..., y mis circunstancias cambian, me mudaré a tu casa.

—La habitación es tuya. ¿Todavía sigue en pie lo del domingo?

—¿Compras tú la cerveza?

—Sí.

—Entonces, ahí estaré.

—Griff va a tirar otra pared o dos de la vieja casa Tripplehorn —le dijo Emma Kate a Shelby.

—¿Creéis que cuando lleve veinte años viviendo allí será la vieja casa Lott?

—No —respondió Forrest de manera tajante—. Oye, Lorna, ¿cómo lo llevas esta noche?

La camarera les sirvió las bebidas.

—Lo llevo bien, pero lo llevaría mejor si estuviera aquí sentada, tomándome una copa con todos estos hombres tan guapos.

Dejó el agua delante de Shelby y retiró los vasos vacíos.

—Vigila a este, cielo. —Le dio a Griff un golpe en el hombro—. Un hombre tan encantador puede convencer a una mujer de casi todo.

—Estoy a salvo. Está coladito por mi abuela.

Lorna se colocó la bandeja con los vasos vacíos a la cadera.

—¿Eres la nieta de Vi? Pues claro que sí, eres igualita a ella. Bueno, seguro que está en una nube por tenerte en casa. A tu pequeña y a ti. Estaba hoy en el salón y me enseñó una foto que le había hecho a tu hija con el móvil después de peinarla. No podía estar más guapa.

—Gracias.

—Dadme un toque si necesitáis algo más. ¡Te he oído, Prentiss! —gritó mirando hacia atrás cuando la llamaron de otra mesa—. En fin, no le quites la vista de encima —le dijo a Shelby.

—No me acuerdo de ella. ¿Debería recordarla?

—¿Te acuerdas de la señorita Clyde?

—Me dio literatura inglesa en duodécimo curso.

—Como a todos. Era la hermana de Lorna. Se mudó aquí desde Nashville hace unos tres años. Su marido cayó fulminado de un infarto con cincuenta años.

—Qué triste.

—No tenían hijos, así que hizo las maletas y se vino a vivir aquí con su hermana. —Forrest tomó un trago de cerveza—. Derrick dice que Tansy es su mano derecha en este sitio y que Lorna es la izquierda. ¿Has visto a Tansy?

—Sí. He tardado más de un minuto en reconocerla. Matt ha dicho que están pensando en ampliar esto, en poner una pista de baile, un escenario y una segunda barra.

—Buena la has liado —dijo Emma Kate cuando la conversación se desvió hacia demoliciones y materiales—. Ahora solo hablarán del tema de la construcción.

Le gustaron la charla sobre la construcción y la media hora extra que se tomó para pasarla con su hermano.

—Ha sido agradable, pero tengo que irme.

—Te acompañaré al coche —comenzó Griff mientras se levantaba del asiento para dejarla salir.

—No seas bobo. Creo que mi hermano mantiene seguras las calles de Rendezvous Ridge. Puedes quedarte con mi sitio y estar un poco más ancho —le dijo a Forrest.

—Eso haré. ¿Por qué no me mandas un mensaje cuando llegues a casa?

Shelby comenzó a reír, pero vio que hablaba en serio.

—¿Te parece que mande un mensaje si tengo algún problema para llegar a casa durante los casi dos kilómetros y medio? Buenas noches a todos. Gracias por la copa, Griff.

—Era agua.

—Veré si puedo hacer más daño la próxima vez.

Salió contenta. Lo bastante contenta como para bajar las ventanillas a pesar de frío, encender la radio y ponerse a cantar. No reparó en el coche que salió detrás de ella y que la siguió durante esos casi dos kilómetros y medio.

Dentro del bar, Forrest intercambió el asiento.

—¿Acompañarla al coche?

Griff contempló su cerveza.

—Tu hermana está buena.

—No me hagas darte un puñetazo.

—Puedes hacerlo, pero seguirá estando buena.

Forrest decidió hacerle caso omiso, y desvió la atención hacia Emma Kate.

—Parece que vosotras dos habéis hecho las paces.

—Hemos empezado.

—¿Cuánto le has sonsacado?

—Lo suficiente como para estar muy segura de que su difundo marido era un hijo de puta. Tú ya te lo imaginabas, Forrest.

—Sí, suponía que lo era. —La expresión de Forrest se tornó gélida; apretó los labios—. No podía hacer una mierda al respecto.

—¿Qué clase de hijo de puta? —los urgió Griff.

—De los que hacen que te sientas estúpida y pequeña y te controlan el dinero con puño de hierro. —La furia candente que había acumulado estalló—. De los que seguramente tenían sus aventuras mientras ella estaba en casa cuidando de la niña... la niña a la que estoy más que segura de que no le prestaba la más mínima atención. Y hay más, sé que hay más. Pero ella no lo ha soltado todo hoy. —Emma Kate respiró hondo—. Juro que si no estuviera muerto, te sujetaría el abrigo mientras tú le pegabas una paliza, Forrest, o que tú sujetarías el mío.

—La paliza tendría que habérsela dado ella misma.

—Apuesto a que nadie ha hecho que te sientas estúpido o pequeño. —Griff meneó la cabeza. Pensó en aquellos ojos tristes, en la niñita alegre y coqueta. Su ira se encendió. Podía bullir de forma prolongada, pausada y fluida. Si se desbordaba, cuando lo hiciera, llegaría hasta los tuétanos—. Mi hermana estuvo enrollada con un tío durante una temporada. Un capullo manipulador pasivo-agresivo. La jodió bien, y apenas le bastaron unos meses para hacerlo. No había hijos de por medio. La gente así empieza haciendo que te sientas la persona más alucinante del planeta, que eres perfecta, que tienen suerte de tenerte en su vida. Luego empiezan a debilitarte poco a poco. A mi hermana le hizo perder peso, y eso que no estaba gorda.

—No lo estaba —convino Forrest—. La conozco. Tu hermana está buena.

—Bien jugado. Este gilipollas estaba siempre encima de Jolie. Que por qué no se hacía algo en el pelo. Que si no podía permitirse un salón de belleza mejor porque estaba atrapada en un empleo sin futuro, él se lo pagaría. Como un regalo para ella.

—Una patada y un beso —dijo Matt—. Me acuerdo de ese tío. Cuando Jolie rompió con él por fin, Griff le provocó para que intentara pegarle.

—Tenía que darle de puñetazos y de esa forma podía decir que empezó él.

—Sigue siendo agresión.

—Cierra el pico, ayudante: mereció la pena.

—Shelby siempre fue... ¿cuál es la palabra? —farfulló Forrest.

—Vital —lo ayudó Emma Kate—. Iba a por las cosas. No pisaba a nadie para conseguirlas, pero te plantaba cara. Y si intentabas pisarla a ella o a otra persona, sobre todo a otra persona... —Hizo una pausa para mirar a Griff—. Te derrotaba de forma humillante.

—Sigue siendo vital. Puede que vosotros dos no lo veáis porque la conocéis de toda la vida. Pero yo sí lo veo.

Emma Kate miró a Griff al tiempo queladeaba la cabeza.

—Vaya, Griffin Lott. Shelby me ha dicho que su hijita estaba coladita por ti. ¿Estás tú coladito por la madre?

—Su hermano está sentado aquí mismo y ya ha amenazado con darme un puñetazo.

—Es tu tipo —medió Matt.

—¿Mi tipo?

—Porque no tienes ningún tipo, siempre y cuando sea una mujer.

—Su hermano está sentado aquí mismo —repitió Griff y centró la atención en su cerveza.

Shelby acudió a la cita en el parque y se lo pasó casi tan bien como Callie. Lo mejor de todo fue que la madre de Chelsea y ella llegaron a un acuerdo. Tracey cuidaría de las niñas unas cuantas horas mientras Shelby hacía unos recados al día siguiente; dos días después, esta haría lo mismo por ella.

Todo el mundo salía ganando.

Y quizá, pensó mientras examinaba una vez más su armario, pescaría por fin un trabajo de media jornada.

Se decidió por un vestido de corte sencillo en un primaveral tono amarillo pálido y un buen par de zapatos de tacón de color crudo, con una chaqueta blanca corta para que resaltase.

Se recogió el pelo en una coleta y se puso unos pendientes con pequeñas perlas colgantes. Bisutería, ya que los tenía desde la universidad, pero bonitos y perfectos para el atuendo.

Con su madre de vuelta en el trabajo, Callie y ella tenían la casa para ellas solas y no tuvo que explicar que se estaba preparando para buscar empleo. Si tenía suerte y encontraba uno, lo presentaría como un hecho consumado.

¿Y si conseguía un empleo y vendía la casa? Recorrería la calle principal haciendo saltos mortales delante de Dios y de todo el mundo.

—Mamá está guapa.

—Callie está más guapa. —Shelby lanzó una mirada a Callie, que estaba sentada en la cama mientras desvestía de forma metódica a dos muñecas Barbie.

—Cielo, ¿por qué están desnudas tus Barbie?

—Tienen que cambiarse de ropa para ir a casa de Chelsea. Chelsea tiene una gatita que se llama Blancanieves. ¿Puedo tener una gatita?

Shelby bajó la mirada hacia el viejo perro que dormitaba a los pies de la cama.

—¿Y cómo crees que se sentiría Clancy?

—Podría jugar con el gatito. Mi gatita se llamará Fiona, como la de *Shrek*. ¿Puedo tener una gatita, porfa, mamá? Y un perrito. Quiero más un perrito.

—Te diré lo que vamos a hacer; cuando tengamos una casa propia, hablaremos de tener un gatito.

—¡Y también un perrito! El perrito se llamará Asno, como el de *Shrek*.

—Ya veremos.

Richard tenía la norma de nada de mascotas. Bueno, cuando tuviera una casa para Callie, tendrían un perro y un gato.

—¡Y un poni!

—Ahí te has pasado, Callie Rose. —Pero la cogió en brazos y giró con ella—. ¿De verdad que mamá hoy está guapa? Quiero estar lo mejor posible.

—Mamá está guapa.

Apretó la mejilla de su hija contra la suya.

—Callie, eres lo mejor que tengo en el mundo.

—¿Es hora de ir a casa de Chelsea?

—Casi. Viste a esas muñecas y luego puedes meterlas en la bolsa para llevárnoslas a casa de Chelsea.

Cuando hubo dejado a Callie, charló con Tracey y fue directa al pueblo.

Era capaz, se dijo. Era lo bastante lista como para aprender. Hasta sabía un poco de arte y sabía, al menos antes, un poco acerca de los artistas y artesanos locales. Era perfectamente lógico intentar conseguir un empleo de media jornada en la galería El arte de las montañas.

Después de aparcar, se quedó sentada un momento mientras se armaba de valor.

«No actúes como si estuvieras desesperada. En el peor de los casos, compra algo.» Podía hacerlo.

Empastó una sonrisa en la cara y, haciendo caso omiso del nudo que tenía en el estómago, se apeó del coche, recorrió la acera y entró en la galería.

Oh, era preciosa; le encantaría pasar el tiempo allí. Olía a velas perfumadas y rebosaba de luz natural. A simple vista distinguió media docena de cosas que le encantaría tener en su propia casa, en cuanto la tuviera.

Candelabros de hierro forjado, copas de vino de vidrio soplado en un tono azul claro, el cuadro de un río de montaña en una mañana brumosa, un frasco alargado y sinuoso del color de la nata, pulido como el cristal.

También vio la cerámica de Tracey... y le encantaron los cuentos apilables con forma de tulipán.

Las baldas de cristal resplandecían y, aunque el viejo suelo de madera crujía un poco, tenían un brillo sutil.

La chica que rodeó el mostrador no podía tener más de veinte años y llevaba media docena de vistosos pendientes de bola siguiendo la curva de la oreja.

No estaba al mando, pensó Shelby, pero quizá fuera un modo de entrar.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

—Esto es precioso.

—¡Gracias! Llevamos artistas y artesanos locales. Hay mucha gente con talento en la zona.

—Lo sé. Oh, ese es uno de los cuadros de mi prima. Una serie. —Se acercó a un grupo de cuatro pequeñas acuarelas.

—¿Es usted prima de Jesslyn Pomeroy?

—Lo soy por parte de padre. Soy Shelby Pomeroy. Ahora Foxworth. —Shelby sabía que era importante de qué familia provenía una y que podría ser otro medio para entrar—. Es la hija mediana de mi tío Bartlet. Estamos muy orgullosos de ella.

—Vendimos una de sus obras justo el sábado pasado a un hombre de Washington D.C.

—Es maravilloso. El arte de la prima Jessie colgado en la pared de alguien de Washington D.C.

—¿Está de visita en el pueblo?

—Nací y me crié aquí y, aunque he estado fuera unos años, he vuelto a casa. Hace solo unos días, de hecho. Me he estado instalando. Lo cierto es que me gustaría encontrar un trabajo de media jornada. Sería estupendo trabajar en una tienda como esta, con las obras de mi prima ahí mismo. Y las de Tracey Lee —agregó, ya que nunca venía mal conocer a gente—. Su hija y la mía ya se han hecho muy amigas.

—Imposible conservar las jarras de café de Tracey en la estantería. Vuelan. Mi hermana Tate está casada con Woody, el primo de Robbie, que es el marido de Tracey. Viven en Knoxville.

—¿No será Tate Brown?

—La misma. Ahora es Bradshaw, pero esa es mi hermana. ¿Conoce a Tate?

—Así es. Salió con mi hermano Clay una temporada cuando estaban en el instituto. Así que se ha casado y vive en Knoxville, ¿no?

Formas de entrar, pensó Shelby, mientras charlaban sobre lazos familiares.

—Acabamos de empezar a buscar ayuda extra para la temporada. ¿Le gustaría hablar con la directora?

—Sí que me gustaría, gracias.

—Deme un momento. Explore a su antojo.

—Lo haré.

De hecho, tan pronto la chica desapareció, Shelby miró el precio del frasco alto. E hizo una pequeña mueca de dolor. Un precio justo, imaginó, pero que estaba fuera de su alcance en esos momentos.

Lo convertiría en un objetivo.

Cuando la chica volvió momentos después, la expresión amistosa se había esfumado de sus ojos y su tono era frío.

—Puede pasar al despacho. La acompañaré.

—Gracias. Debe de ser agradable trabajar rodeadas de todas estas cosas bonitas — continuó Shelby mientras se encaminaban hacia la trastienda. Allí las rústicas cajas y estanterías de madera contenían artículos de cerámica y textiles.

—Suba esas escaleras de ahí y es la primera puerta. Está abierto.

—Gracias de nuevo.

Subió las resistentes escaleras y entró en una habitación con tres angostas ventanas al fondo y vistas al pueblo y a las montañas.

También allí había obras de arte y cosas bonitas. Una preciosa silla de patas curvadas, tapizada en azul oscuro, y un maravilloso escritorio antiguo, restaurado de forma que la madera de roble reluciera como el oro. Un jarrón con rosas rojas y velo de novia, junto con un ordenador y un teléfono.

Tardó solo un momento en centrarse en la mujer que había tras el escritorio... y comprendió el brusco cambio en el comportamiento de la dependienta.

—Vaya, hola, Melody. No tenía ni idea de que trabajabas aquí.

—Dirijo la galería. Mi abuela la compró hace justo un año y me pidió que la pusiera en orden.

—Bueno, por lo que veo has hecho un trabajo maravilloso.

—Gracias. Hay que hacer lo que se pueda por la familia, ¿verdad? Y fíjate en ti.

Se levantó en ese momento, una mujer curvilínea embutida en un ceñido vestido de color rosa. El cabello rubio le caía en largas y suaves ondas hasta los hombros, y le enmarcaba el rostro con forma de corazón y la piel inmaculada, resplandeciente gracias a la destreza con el bronzer o un buen autobronceador.

Shelby sabía que Melody jamás expondría la cara al sol ni se arriesgaría a que le saliesen arrugas y manchas.

Sus ojos, de un azul glacial, recorrieron a Shelby cuando se acercó para intercambiar un falso beso en la mejilla.

—¡No has cambiado nada! Dios mío, la humedad que se está instalando debe de dejarte el pelo fatal.

—Ayuda mucho tener fácil acceso a buenos productos de belleza. —«Pues al tuyo no le vendría mal un buen retoque en las raíces», pensó, ya que nadie conseguía cabrearla tan rápido como Melody Bunker.

—Seguro que sí. He oído que has vuelto. Qué tragedia lo de tu marido, Shelby. Una verdadera tragedia. Tienes todo mi apoyo.

—Gracias, Melody.

—Y ahora estás otra vez donde empezaste, ¿verdad? Viviendo con tu madre, ¿no? Oh, por favor, toma asiento. —Melody apoyó la cadera en la mesa, manteniendo una altura superior, la posición de poder—. Y ¿cómo estás, Shelby?

—Estoy bien. Feliz de estar otra vez en casa. ¿Qué tal está tu madre, Melody?

—Oh, está bien. Dentro de un par de semanas nos vamos a Memphis unos días para ir de compras; nos hospedaremos en el Peabody, claro.

—Claro.

—Ya sabes lo difícil que es encontrar ropa decente por aquí, así que procuramos ir a Memphis cada temporada. He de reconocer que nunca pensé que te vería de nuevo en Rendezvous Ridge, pero al quedar viuda, debes de necesitar el consuelo de la familia.

—Son un consuelo.

—Pero te aseguro que me he llevado una sorpresa cuando Kelly me ha dicho que estabas abajo pidiendo trabajo, con todos los rumores sobre lo bien que te iba al haberte casado con un marido rico. Y tienes una hija, ¿no? —Aquellos ojos azules chispeaban, pero no con una expresión de amistad o camaradería—. Hay quien dice que eso ayudó a que lo consiguieras.

—No me cabe la menor duda, igual que hay quien dice todo tipo de cosas desagradables con tal de oír su propia voz. Me gustaría trabajar —se limitó a decir.

—Me encantaría ayudarte, Shelby, pero para trabajar aquí, en la galería El arte de las montañas, se precisan ciertos requisitos. Supongo que nunca has manejado una caja registradora en tu vida.

Melody sabía muy bien que sí, en el salón de belleza.

—Desde los catorce años manejé una los fines de semana y los veranos en el salón de mi abuela. Fui vicegerente de la librería de la universidad..., la Universidad de Memphis, por si no te acuerdas. Fue hace algunos años, pero estoy segura de que puedo conseguir las referencias si las necesitas. Sé manejar una caja registradora, un ordenador, y conozco la mayoría de los programas básicos.

—Un salón de belleza familiar y una librería universitaria no te proporcionan demasiada base para trabajar en un lugar de interés turístico de lujo dedicado al arte y la artesanía. Y ¿sabes vender? ¿Has trabajado en una librería universitaria? Bueno, ese tipo de cosas se venden solas, ¿no? Aquí comerciamos con una categoría superior de arte, gran parte del cual es exclusivo para nosotros. Ahora somos un lugar de referencia en esta ciudad. En el distrito, de hecho. Y tenemos una reputación que mantener.

—Estoy segura de que la reputación es merecida, teniendo en cuenta lo que expones aquí y cómo lo exhibes. Aunque yo habría cogido esas sillas con respaldo de mimbre de la parte de delante y las habría colocado con la mesa de madera de raíz del fondo y también habría hecho algo interesante con la mesa con los platos de cerámica, algunas copas de vino y algunos artículos textiles.

—Oh, ¿de veras?

Shelby se limitó a sonreír al oír su tono gélido.

—Sí, pero eso sería lo que haría yo. Y puedo decirlo porque no tienes intención de darme trabajo.

—Ni se me ocurriría.

Shelby se levantó después de asentir.

—Tú te lo pierdes, Melody, porque habría sido una persona valiosa para el negocio de tu abuela. Gracias por tu tiempo.

—¿Por qué no te acercas al salón de Vi? Estoy segura de que tu abuela podría encontrarte un trabajo adecuado a tu habilidad y experiencia allí. Debe de necesitar a alguien que barra y limpie los lavabos.

—¿Crees que considero eso indigno? —Shelby ladeó la cabeza—. No me sorprende, Melody, no me sorprende en absoluto. No has cambiado desde el instituto y sigues resentida porque me coronaron reina del baile de la bienvenida a mí en vez de a ti. Qué triste. Es tristísimo que tu vida no haya sido más rica ni se haya vuelto más satisfactoria desde el instituto.

—¡Quedé segunda en el concurso de Miss Tennessee!

Shelby echó un vistazo atrás desde la parte superior de las escaleras y le lanzó una sonrisa a Melody, que estaba de pie, con los brazos en jarra.

—¡Que Dios te bendiga! —dijo, y continuó bajando y fue directa a la salida.

Iba a ponerse a temblar. No estaba segura de si era la ira o la humillación, pero iba a ponerse temblar. Intenta caminar para recuperarte, se ordenó, y cruzó la calle.

Su primer instinto fue ir al salón de belleza, y desahogarse, pero dio media vuelta y se dirigió al bar brasería.

A lo mejor a Tansy le venía bien otra camarera en El contrabandista.

Llevada por la ira y la humillación, aporreó la puerta. Quizá no abrieran hasta dentro de otra media hora, pero seguro que había alguien allí.

La puerta se abrió después de que volviera a la carga. El tío de aspecto duro, ataviado con una camiseta con las mangas cortadas, que mostraba unos brazos de músculos esculpidos como una cadena montañosa, le lanzó una mirada severa con sus ojos, negros como el ónice.

—No abrimos hasta las once y media.

—Lo sé. Lo pone muy claro. Busco a Tansy.

—¿Por qué?

—Eso es asunto mío, así que... —Se interrumpió, controlándose todo lo que pudo—. Lo siento; le pido disculpas. Estoy disgustada y estoy siendo maleducada. Soy Shelby, una amiga de Tansy. Si está, me gustaría hablar con ella un momento.

—Shelby. Soy Derrick.

—Oh, el marido de Tansy. Me alegro de conocerte, Derrick, y siento mucho haber sido maleducada. He hecho el ridículo.

—Es agua pasada. Es evidente que estás disgustada. Entra.

Un par de camareras estaban poniendo las mesas. Shelby oyó voces procedentes de la cocina, voces altas, en medio de la relativa quietud.

—¿Por qué no te sientas a la barra? Voy a buscar a Tansy.

—Gracias. No tardaré mucho.

Se sentó y trató de adoptar la respiración de yoga que había practicado cuando dio clases en Atlanta. No le sirvió de nada.

Tansy entró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me alegro de que te hayas pasado. Anoche no tuvimos tiempo de charlar.

—He sido maleducada con tu Derrick.

—No ha sido tan maleducada, y ya se ha disculpado dos veces. ¿Quieres algo de beber? —le preguntó este.

—Yo...

—¿Qué tal una Coca-Cola? —dijo Tansy.

—Dios mío, sí. Gracias. Sé que me repito, pero lo siento. Solo he tenido un pequeño altercado con Melody Bunker.

Tansy se sentó en un taburete.

—¿Quieres algo más fuerte que una Coca-Cola?

—Estoy tentada, pero no, gracias. He ido allí a ver si podía conseguir un empleo de media jornada. Ojalá no me gustara tanto el sitio. Es maravilloso y desprende buenas vibraciones. Hasta que he subido arriba y he hablado con Melody. Juro que ha sido tan hiriente como un nido de serpientes de cascabel. Lo lógico sería que se hubiera olvidado ya del instituto.

—Las que son como ella nunca olvidan nada. Soy yo quien lo siento. Yo te envié allí. No pensé en Melody... procuro no hacerlo.

Tansy le brindó una sonrisa a Derrick cuando este le puso delante un ginger ale.

—Gracias, cielo. Melody apenas pasa allí dos o tres horas al día, y solo unos pocos días a la semana. El resto del tiempo, está en la reunión de algún club o haciéndose la manicura o almorzando en el gran restaurante. Roseanne, la vicegerente, es quien de verdad dirige la galería.

—Da lo mismo quién lo dirija: Melody lo reduciría a cenizas antes que contratarme a mí. Gracias —le dijo a Derrick cuando este le sirvió la Coca-Cola—. Estoy convencida de que me vas a caer bien porque tienes muy buen gusto para elegir esposa. Y me encanta tu establecimiento. Anoche me lo pasé genial aquí. Oh, y enhorabuena por el bebé.

—Eso lo cubre todo. Tú ya me caes bien. —Él se sirvió un agua con gas—. Tansy me ha hablado de ti y me ha contado que la defendías cuando alguien como esa zorra de enfrente se metía con ella.

—Derrick, no deberías llamarla así.

—Es una zorra —repuso Shelby, y tomó un trago—. Al menos, le he dado un poco de su propia medicina. Ha pasado un tiempo desde la última vez que hice eso. Y sienta de maravilla. A lo mejor, incluso demasiado bien.

—Siempre se te dio bien.

—¿En pasado? —Más tranquila, Shelby sonrió y tomó otro sorbo—. Está claro que he recuperado el don. Le salía humo por las orejas cuando me he marchado, así que algo es algo. Bueno, no trabajaré allí en un futuro próximo. Me preguntaba si no necesitarías ayuda aquí. Otra camarera, tal vez.

—¿Quieres servir mesas?

—Quiero un trabajo. No, necesito un trabajo —se corrigió Shelby—. Esa es la verdad. Necesito un trabajo. Hoy estoy haciendo la ronda mientras Tracey Lee cuida de mi hija y de su Chelsea. Si no buscas a nadie, vale. Tengo una lista.

—¿Has servido mesas alguna vez? —le preguntó Derrick.

—He limpiado muchas mesas y he servido mucha comida. No me da miedo el trabajo duro. Ahora estoy buscando un trabajo de media jornada, pero...

—No estás hecha para servir mesas, Shelby —comenzó Tansy.

—De acuerdo. Gracias por escucharme y por la Coca-Cola.

—No he terminado. Derrick y yo hemos estado hablando de añadir algún entretenimiento la noche de los viernes. Lo hemos hablado —insistió cuando Derrick frunció el ceño.

—Hemos hablado de ello... un poco.

—Dos sábados al mes tenemos un grupo en directo y hacemos muy buena caja.

Aumentaríamos la caja del viernes con algún espectáculo. Te contrato ahora mismo para que cantes la noche de los viernes, desde las ocho hasta la medianoche, Shelby.

—Tansy, agradezco tu ofrecimiento, pero llevo años sin hacer nada parecido.

—¿Aún conservas la voz?

—No es eso...

—No podemos pagarte mucho, al menos hasta que veamos cómo marcha la cosa. Actuaciones de cuarenta minutos, y durante diez de los veinte minutos de descanso te trabajarías un poco al público. Irías por las mesas. Lo que quiero es probar con una temática semanal.

—Tiene ideas —farfulló Derrick, pero con cierto orgullo.

—Tengo buenas ideas. —Con el ginger ale en una mano, Tansy dio un golpecito con el dedo sobre la barra—. Y esta buena idea es que empezaremos con los años cuarenta. Canciones de los años cuarenta, bebidas especiales de la época. ¿Qué bebían por entonces? ¿Martini o boilermaker? Lo averiguaré —dijo, agitando la mano—. La semana siguiente serán los años cincuenta e iremos subiendo. Se trata de la nostalgia. Atraeremos a un montón de gente. Lo organizaré todo. Por ahora usaremos una máquina de karaoke. Tal vez, si llevamos a cabo la ampliación, podamos poner un piano o contratar a un par de músicos. Por el momento, para empezar, compraremos esa máquina de karaoke porque también vamos a empezar a hacer los lunes de karaoke, Derrick.

—Tiene ideas —repitió Derrick.

—Una de ellas dice que a la gente le encanta oírse cantar aunque no sean capaces de afinar una sola nota. Vendrán en manada los lunes por la noche. Y ahora también los viernes. Es lo que llamaremos... simplemente Viernes Noche. Sé que no es más que una noche a la semana, Shelby, pero te dejaré tiempo para que encuentres un empleo diurno si lo necesitas.

—¿A ti te parece bien todo esto? —le preguntó Shelby a Derrick.

—Este sitio lo dirige ella. Yo solo soy el dueño.

—Este viernes no —prosiguió Tansy, arrollándolos a ambos—. Es demasiado pronto y tengo que arreglar unas cosas. El viernes que viene. Seguro que querrás venir un par de veces a ensayar tan pronto esté organizado. En cuanto tengamos esto en marcha vamos a necesitar esa ampliación, Derrick. Será mejor que hables con Matt y con Griff y tengas eso zanjado lo antes posible.

—Sí, señora.

—¿Y bien? ¿Shelby?

Shelby exhaló una bocanada y tomó otra.

—De acuerdo. Me apunto... y, si no funciona, sin malos rollos. Pero me apunto y os lo agradezco. Seré vuestro Viernes Noche.

Prácticamente fue bailando hasta el salón de belleza.

—Vaya, eres todo un bombón —le dijo Viola en cuanto la vio entrar—. Sissy, ¿te acuerdas de mi nieta Shelby?

Con eso se inició una conversación llena de giros con la mujer sentada en la silla de Viola mientras esta le retiraba un montón de enormes rulos y comenzaba a peinarla.

En cuanto vio un resquicio, Shelby anunció la noticia.

—Será impresionante. Tansy y Derrick están convirtiendo ese sitio en algo grande, y tú estarás ahí. Serás la estrella.

Shelby rió, y quitó la cesta de rulos usados que su abuela tenía delante.

—Es solo la noche de los viernes, pero...

Sissy interrumpió con una historia acerca de que su hija actuaba en el musical del colegio.

Mientras tanto, Viola le cardaba el pelo hasta que este hubo alcanzado el doble de su volumen.

—Debería marcharme ya. Imagino que mamá está haciendo un tratamiento.

—Tratamientos faciales consecutivos. Tracey cuidará de Callie un rato más, ¿no? —preguntó Viola—. Yo tengo un descanso dentro de nada.

—Todavía tengo que hacer un par de cosas. Pensaba ir a ver si contratan a gente a media jornada en Tesoros de la montaña, o quizá en el De todo un poco, ya que Tansy dice que les va bien con los turistas y los lugareños.

—Compré allí unas bonitas tazas de té de cristal de la época de la Depresión que hacían juego con las mías —le dijo Sissy.

—Lo tengo en la lista. La galería El arte de las montañas no está porque no contratan, al menos no a mí mientras la opinión de Melody Bunker cuente.

—Melody te ha tenido envidia desde que erais niñas. —Viola, que conocía a su clienta, roció una gran nube de laca sobre el colosal cabello—. Agradece que no te haya contratado, cielo. Si trabajaras allí, te haría la vida imposible. Listo, Sissy. ¿Está lo bastante cardado para ti?

—Oh, bueno, Vi, ya sabes que me gusta que mi cabello destaque. Dios me bendijo con una buena cantidad, y por eso me gusta aprovecharlo. Está impresionante. Nadie me peina tan bien como tú. Voy a comer con mis amigas —le dijo a Shelby—. Una comida elegante en el hotel.

—Qué divertido.

Sissy tardó un buen rato en marcharse, y entonces Viola exhaló un suspiro y se sentó en la silla.

—Te juro que la próxima vez utilizaré una bomba de bicicleta para inflarle el pelo. En fin, ¿cuántos días a la semana estabas pensando en trabajar?

—Podría trabajar tres o cuatro... puede que incluso cinco si es menos horas y llego a un acuerdo con Tracey. Si no, puede que le pida a mamá que me ayude con Callie. Además, tendré que ver si puedo llevarla a una guardería.

—Eso se llevará tu sueldo.

—Confiaba en poder aguardar hasta el otoño y darle un poco de tiempo para que se sintiera cómoda, pero puede que tenga que hacerlo antes. Le vendrá bien ir con otros niños.

—Eso es verdad. Solo te digo que no sé por qué vas a Tesoros de la montaña y a otros sitios cuando yo puedo darte trabajo aquí mismo. Podrías ayudar con el teléfono, las reservas, las existencias y los suministros y los clientes. Y podrías ayudar a mantener las cosas organizadas, porque eres de naturaleza organizada. Si encuentras algo mejor, perfecto. Pero, por ahora, podría contratarte tres días a la semana. Cuatro, cuando tengamos mucho trabajo. Podrías traerte a Callie. Tú pasabas muchas horas en el salón cuando tenías su edad.

—Así es.

—¿Te perjudicó en algo?

—No, me encantaba. Tengo muy buenos recuerdos jugando aquí, escuchando a las mujeres, peinándome y haciéndome las uñas como una chica mayor. No quiero aprovecharme, abuela. No quiero que te inventes trabajo para mí.

—No es aprovecharse ni inventarse trabajo, porque de verdad me vendría bien contar contigo. No te diré que me estarías haciendo un favor porque tendría que pagarte. Es lógico, a menos que no quieras trabajar aquí.

—Ojalá trabajaras aquí —dijo Crystal desde su puesto—. Nos evitarías a las demás tener que atender el teléfono o comprobar en la agenda si hay clientes sin cita previa y mientras Dottie está en la trastienda o tomándose un descanso.

—Podría contratarte tres días a la semana de diez a tres y los sábados de nueve a cuatro cuando estemos hasta arriba. —Viola hizo una pausa al ver la indecisión en el rostro de Shelby—. Si tú no aceptas el empleo, tendré que contratar a otro. Es un hecho. ¿Crystal?

—Es un hecho. Hemos hablado de buscar a alguien a media jornada. —Asiendo el peine de cola, Crystal se hizo una cruz sobre el corazón—. Lo juro.

—Habrá que repasar algunas cosas, ya que ha pasado tiempo desde la última vez que hiciste alguna sustitución aquí, pero eres una chica lista —prosiguió Viola—. Creo que te pondrías al día muy rápido.

Shelby miró a Crystal.

—¿Me juras que no estáis inventándoos trabajo para mí?

—Pues claro. Dottie se pega muchas carreras entre el salón y las salas de tratamiento, el vestuario y las áreas de relajación. Y Sasha apenas tiene tiempo para eso desde que se sacó el título y hace tratamientos faciales y corporales. Mantenemos el ritmo, pero no te quepa duda de que estaría bien tener a alguien que se ocupara más de la gestión.

—De acuerdo. —Shelby soltó una carcajada de sorpresa—. Me encantaría trabajar aquí.

—Entonces estás contratada. Puedes dedicarme la hora que habrías invertido en ir a buscar un trabajo por ahí e ir a la trastienda. Las toallas ya deberían estar secas. Puedes doblarlas, traerlas y colocarlas en los puestos.

Shelby se inclinó para darle un beso en la mejilla a Viola.

—Gracias, abuela.

—Vas a estar ocupada.

—Es justo lo que quiero —respondió Shelby, y se puso a trabajar.

Cuando llegó a casa con Callie, había elaborado un horario factible. Se intercambiaría con Tracey un día a la semana, le pagaría dos días cuando tuviera que

trabajar los sábados y Ada Mae se encargaría de otro día, que convertiría en su «día de la abuela y de Callie».

Cuando la cosa no funcionara, se llevaría a Callie con ella.

Su madre y su abuela se turnarían la noche de los viernes. La idea había partido de ellas, pensó mientras aparcaba en el camino de entrada.

Podría ganarse la vida de forma decente y su hija estaría bien cuidada. No podía pedir más.

Y dado que Callie tenía los ojos vidriosos durante el breve trayecto a casa, Shelby calculó que podía ponerla a dormir la siesta enseguida y luego dedicar algo de tiempo a buscar canciones de los años cuarenta y empezar con el repertorio. Subió directamente, con Callie medio dormida sobre su hombro.

Giró hacia el dormitorio de la pequeña, meciéndose y tarareando para que su hija continuara adormilada, y profirió un grito cuando Griff salió al pasillo.

Callie se estremeció en sus brazos y, en vez de gritar, lanzó un quejumbroso chillido.

—¡Lo siento! —Griff se quitó los auriculares—. No te había oído. Lo siento. Tu madre me dijo... Hola, Callie, siento haberte asustado.

Callie lo miró, aferrándose a Shelby mientras sollozaba, y luego le echó los brazos. Griff tuvo que acercarse como pudo y cogerla. Callie se agarró con fuerza, y se puso a llorarle en el hombro.

—Está bien. No pasa nada. —Griff le acarició la espalda mientras le brindaba una sonrisa a Shelby—. Tu madre quiere arreglar ese baño. Le dije que me pasaría en cuanto pudiera y me aseguraría de las medidas. Vaya, estás muy guapa.

—Voy a sentarme solo un momento. —Lo hizo justo en el escalón superior—. No he visto tu camioneta.

—He venido a pie desde casa de Bitsy. Estamos terminando allí, de modo que podemos empezar aquí la semana que viene.

—¿La semana que viene?

—Sí. —Le dio unas palmaditas a Callie y la meció cuando sus lágrimas fueron remitiendo—. Tenemos un par de trabajillos, pero los compaginaremos con este. Estaba escuchando música, por eso no te había oído.

—No pasa nada. Seguramente no necesitaba esos últimos diez años de mi vida. Voy a acostarla para que duerma la siesta.

—Yo la llevo. Por aquí, ¿verdad?

Griff entró en el dormitorio de Callie. Cuando Shelby se levantó y fue hasta allí, él ya la había arropado con la fina manta y estaba respondiendo con tranquilidad a la ristra de preguntas que a menudo surgían durante la siesta o a la hora de dormir.

—Un beso —exigió Callie.

—Vale. —La besó en la mejilla, se levantó y miró a Shelby—. ¿Ya está?

—Ya está. —Pero le hizo un gesto para que saliera y ella lo secundó—. Es así de fácil porque ha llegado agotada de casa de Chelsea.

—Huele a cerezas.

—Imagino que será el zumo.

Y la madre olía como un prado de montaña; fresco, dulce y salvaje al mismo tiempo. A lo mejor la palabra de moda debería ser «feromonas».

—Estás realmente guapa.

—Oh, he estado buscando trabajo e intentaba estar presentable.

—Has superado lo de presentable y has pasado a estar... —se contuvo antes de decir «sexy»— estupenda. ¿Cómo te ha ido buscando curro?

—Me ha ido genial; la bola ha salido del campo con las bases llenas.

Por Dios, una metáfora de béisbol. Era muy posible que tuviera que casarse con ella.

—Quiero una Coca-Cola —decidió—. ¿Te apetece una Coca-Cola?

—No la rechazaría. —Sobre todo porque significaba que pasaría un rato más con ella—. Bueno ¿en qué consiste el trabajo?

—Vaya, eso es demasiado directo para estos lares —le advirtió mientras bajaban las escaleras—. Tenemos que empezar por cómo lo he conseguido.

—Lo siento, todavía me estoy desprendiendo del yanqui.

—Bueno, no te desprendas del todo de él; a ti te queda bien. ¿Qué estabas escuchando? —Se tocó las orejas.

—Oh, supongo que es un repertorio bastante ecléctico. Creo que eran los Black Keys cuando te he quitado diez años de vida de un plumazo. *Fever*.

—Al menos he perdido una década por una canción que me gusta. Ahora tu pregunta. Primero, me han dado una patada en el culo y me han tirado la autoestima por los suelos cuando he intentado conseguir curro en la galería El arte de las montañas, ya que la jefa es mi rival del instituto, o eso se creía ella.

—Melody Bunker. La conozco. Me tiró los tejos.

—¿En serio?

—Llevaba un par de copas encima y yo era nuevo en la ciudad.

—¿Vas a contarme si se los tiraste tú a ella?

—Me lo pensé —dijo mientras iba a la cocina con ella—. Es guapa, pero tiene un lado mezquino.

—No todo el mundo..., mucho menos los hombres..., se dan cuenta de eso.

—Tengo muy buen ojo para la mezquindad. Estaba con otra chica y hubo un montón de... ¿Cómo expresarlo sin que suene demasiado directo?

—Puedes decirlo; encaja con ella. Siempre ha sido rencorosa. Y sí que tiene un lado mezquino muy desarrollado. Hoy ha hecho todo lo que ha podido para conseguir que me sintiera estúpida e inútil, pero no se ha salido con la suya. Pretendía hacer un gran despliegue de mezquindad y ha fracasado, ha fracasado estrepitosamente. —Se contuvo y meneó la cabeza mientras sacaba los refrescos y unos vasos—. Da igual y, además, ha sido para bien. Más que eso.

—¿Qué te ha dicho..., o esto también es demasiado directo?

—Oh, empezó colando pequeños comentarios sobre mi pelo.

—Tienes un pelo alucinante. Pelo mágico de sirena.

Ella se echó a reír.

—Por algo se empieza. Pelo mágico de sirena. Tendré que usar eso con Callie. En cualquier caso, Melody la Mala me ha lanzado unas cuantas pullas sobre mis actuales circunstancias, que he tolerado porque quería el puñetero trabajo. Sin embargo, ha intentado llegar al hueso diciéndome que no estoy cualificada, que no tengo suficiente categoría ni inteligencia, básicamente, y que está claro que no tengo ninguna posibilidad de trabajar allí, de modo que le he lanzado unas cuantas pullas; con más sutileza y estilo que ella, he de decir.

—No me cabe duda.

Con una sonrisa fría y cortante, Shelby vertió los refrescos sobre el hielo.

—Se ha puesto tan frenética cuando me marchaba que ha dicho a gritos que había quedado segunda en el concurso de Miss Tennessee, que es lo más cerca que ha estado de la fama. Y entonces, he puesto fin al encuentro con uno de los insultos más dulces y despectivos de las mujeres sureñas.

—Me lo sé. —Señaló con un dedo—. Ese me lo sé. Le has dicho: «Que Dios te bendiga».

—Qué rápido te has puesto al día. —Llenó los vasos hasta arriba, y le dio uno—. Sabía que había dado en el blanco, pero estaba tan cabreada que he ido como una exhalación al bar brasería. Iba a pedirle a Tansy que me contratara como camarera. He conocido a Derrick... y parece una estrella del cine de acción.

—No se me había ocurrido.

—Tú que lo ves como un hombre. Pero ¿con los ojos de una mujer? —Rió de nuevo y agitó una mano ante su cara—. Tansy tiene suerte... y Derrick tiene suerte porque ella es una mujer dulce, lista y sensata. Así que después de disculparme por haber sido maleducada con él, porque estaba calentita, no me han querido como camarera.

—Parece que has tenido un día duro buscando trabajo.

—En absoluto. Querían que cantara la noche de los viernes. Voy a ser su espectáculo de los viernes por la noche. O, como lo llama Tansy, voy a ser su Viernes Noche.

—¿En serio? Es genial, pelirroja, genial de verdad. Todo el mundo dice que sabes cantar. Canta algo.

—No.

—Venga, un trozo de alguna canción.

—Ven a El contrabandista el viernes de la semana que viene y te hartarás de oírme. —Alzó su vaso hacia él y tomó un trago que le pareció satisfactorio—. Luego, ya que eso no es todo, he ido a contárselo a mi abuela antes de pasarme por otro par de posibles lugares para buscar trabajo diurno y me ha acorralado para que trabaje allí a media jornada. Ha conseguido que me crea que mi ayuda le viene bien, así que espero que lo dijera en serio.

—Con arreglo a mi breve experiencia, Vi no suele decir nada que no sea verdad.

—Muy cierto, y Crystal me ha jurado que ya habían hablado de contratar a alguien a media jornada. Así que no solo he encontrado un curro, sino dos. Tengo empleo, y remunerado. Dios, qué bien sienta.

—¿Quieres celebrarlo? —Vio que su mirada pasaba de chispeante a un tanto recelosa—. A lo mejor podríamos llamar a Matt y a Emma Kate e ir a cenar.

—Oh, suena divertido, de verdad, pero tengo que aplicarme y elaborar un repertorio. Tansy quiere cambiarlo cada semana, de modo que debo documentarme un poco. Y está Callie, aunque es probable que me recuerde la conciencia más a mí por dejarla unas cuantas horas que a ella por dejarme a mí.

—¿No le gusta la pizza?

—¿A Callie? Claro que sí. Va justo después del helado en su lista de favoritos.

—Entonces os llevaré a comer pizza una noche después de salir de trabajar.

—Es muy amable por tu parte, Griffin. Callie ya está coladita por ti.

—Es recíproco.

Shelby le brindó una sonrisa y le rellenó la Coca-Cola.

—¿Cuánto tiempo llevas en Rendezvous Ridge, Griffin?

—Va para un año.

—¿Y aún no tienes chica? Alguien con tu físico debe de tener a las chicas solteras haciendo cola.

—Bueno, estuvo Melody durante unos diez minutos. Y está Vi; ojalá me correspondiera.

—El abuelo se peleará contigo por ella.

—Yo pelearía sucio.

—Él también, y es muy astuto. Debo decir que me sorprende que Emma Kate... o sin duda Bitsy... no hayan intentado emparejarte.

—Lo han intentado, pero no ha cuajado. —Se encogió de hombros, y se tomó un trago de Coca-Cola—. No me ha interesado nadie en particular. Hasta ahora.

—Supongo que requiere que... Oh. —Tal vez hubiera pasado mucho tiempo, pero suponía que una mujer no olvidaba esa expresión en los ojos de un hombre, ese tono en su voz. Nerviosa, y sin poder negar que se sentía halagada a pesar de los nervios, tomó un sorbo despacio—. Oh —repitió—. Griff, debo decir que ahora mismo soy un auténtico desastre.

—Yo arreglo cosas, pelirroja. Me dedico a eso.

Shelby acertó a proferir una risa nerviosa.

—Esta sería una reparación de arriba abajo; lo que tú llamarías una renovación total, me parece. Y vengo en un pack de dos.

—Me gusta el pack, y sé que te estoy tirando los tejos demasiado pronto si tenemos en cuenta las circunstancias. Lo que pasa es que me parece mejor que te sea franco. Se me paró el corazón cuando entraste en la cocina de Bitsy. Tenía pensado ir despacio y con más tacto pero, joder, Shelby, ¿para qué?

Eso era ser franco y directo, pensó, y resultaba tan enervante como halagador.

—En realidad, no me conoces.

—Pienso hacerlo.

Esa vez dejó escapar una risa estupefacta.

—Así de sencillo.

—A menos que te resultara muy antipático, y no creo que ese vaya a ser el caso. Soy majo. Quiero salir contigo, cuando estés lista y te apetezca salir. Entretanto, dado que estoy unido a Matt y él lo está a Emma Kate, nos iremos viendo. Además, tu hija me gusta mucho.

—Eso ya lo veo. Si creyera otra cosa, si creyera que la consideras una forma de llegar a mí, esta conversación sería diferente. Sin embargo, no sé qué decirte.

—Bueno, pues piénsatelo. Tengo que volver y tú tienes cosas que hacer. Dile a tu madre que he tomado las medidas. En cuanto escoja los baldosines y la grifería, los pediremos.

—De acuerdo.

—Gracias por la Coca-Cola.

—De nada.

Lo acompañó a pesar de los nervios... esos curiosos y revoloteantes nervios que llevaba mucho tiempo sin sentir. Un error, un verdadero error hacer algo al respecto llegados a ese punto de su vida.

—Decía en serio lo de la pizza —dijo junto a la puerta.

—A Callie le va a entusiasmar.

—Elige el día y avísame. —Frunció el ceño durante un instante mientras seguía con la mirada el coche que pasaba—. ¿Conoces a alguien con un Honda gris? Parece un modelo

de 2012.

—No se me ocurre nadie. ¿Por qué?

—No dejo de verlo. Lo he visto mucho por aquí en los últimos días.

—Bueno, aquí vive gente.

—Tiene matrícula de Florida.

—Supongo que será un turista. Hay un recorrido estupendo ahora que aún hace fresco y hay flores silvestres por todas partes.

—Sí, es probable. En cualquier caso, enhorabuena por conseguir los empleos.

—Gracias.

Lo vio marcharse. Ese andar decidido y arrogante resultaba muy atractivo. Y había conseguido removerla por dentro de formas que había olvidado.

Pese a todo era mucho mejor que volcara toda su atención en Callie, en su nuevo trabajo y en salir poco a poco del abismo de la deuda.

Empezó a subir las escaleras con la mente puesta en la deuda. Se cambiaría de ropa, elaboraría un nuevo presupuesto y comprobaría si se había producido algún progreso con respecto a la venta de la casa o si iba a recibir más dinero de la tienda de segunda mano. Después podría pensar en el repertorio de canciones.

Era un trabajo, eso estaba claro, pero también era una diversión. Lo más inteligente era ocuparse primero de lo más duro.

Se detuvo en seco delante de la puerta de su cuarto.

Un Honda gris con matrícula de Florida. Corrió hacia la cómoda, donde había guardado todas las tarjetas de visita de Filadelfia.

Y ahí estaba Ted Privet, detective privado. Miami, Florida.

Sí que lo había visto en el bar. La había seguido hasta Rendezvous Ridge. ¿Por qué lo habría hecho? ¿Qué significaba aquello?

La estaba vigilando.

Se obligó a acercarse a la ventana, a mirar, a escudriñar.

No tuvo otra alternativa que llevarse consigo la deuda, pero no pensaba quedarse sentada de brazos cruzados, sin hacer nada, cuando había más desastres relacionados con Richard tratando de colarse en su vida por la fuerza.

En vez de ponerse a trabajar, descolgó el teléfono.

—¿Forrest? Siento molestarte en el trabajo, pero creo que tengo un problema. Me parece que me vendría bien algo de ayuda.

La escuchó. No la interrumpió, ni le hizo ninguna pregunta. Eso solo hizo que se pusiera más nerviosa, que se lo contara todo a su hermano entre balbuceos mientras él estaba ahí, sentado, frío como el hielo, con los ojos fijos en su cara, carentes de expresión.

—¿Es todo? —preguntó cuando ella terminó.

—Creo que sí. Sí, lo es, es todo. Supongo que es más que suficiente.

—¿Tienes los carnets de identidad que hallaste en la caja de seguridad el banco?

—Sí.

—Voy a necesitarlos.

—Iré a por ellos.

—Siéntate. No he acabado.

Shelby se sentó de nuevo a la encimera de la cocina, agarrándose las manos.

—¿Tienes la pistola?

—Yo... Sí. Me aseguré de que no estuviera cargada, y la tengo en una caja en el maletero de mi armario, donde Callie no pueda cogerla.

—¿Y algo del dinero... de la caja de seguridad?

—Guardé tres mil en efectivo, que también están en mi armario. Como te he dicho, utilicé casi todo lo demás para pagar facturas. Y he metido algo en el banco. He abierto una cuenta aquí, en Rendezvous Ridge.

—Lo quiero todo. Los carnets, la pistola, el dinero, los sobres..., todo lo que tengas que saliera de la caja de seguridad.

—De acuerdo, Forrest.

—Bueno, ahora voy a preguntarte por qué cojones, por qué cojones, Shelby, me estás contando todo esto ahora.

—El agujero era muy profundo y se hizo más profundo enseguida. Primero murió Richard y yo intenté pensar qué hacer, y luego los abogados me pusieron al corriente de todos estos problemas. Me puse a revisar las facturas. Nunca lo hacía porque él las guardaba bajo llave. Era cometido suyo... y no me mates por ello. Tú no estabas allí, no has vivido esa vida, así que no me mates por ello. Después descubrí lo de la casa y todo lo demás. Tuve que lidiar con ello. Encontré la llave, y tenía que saber. Fue entonces cuando encontré la caja de seguridad del banco y lo que había en ella... No sé con quién me casé, con quién viví, quién era el padre de mi hija. —Respiró hondo—. Y no podía dejar que eso importara, no podía dejar que eso se impusiera a lo demás. Lo que importa es el presente y enfrentarme a él hasta que esté libre de esto. Lo que importa es mantener a Callie libre de esto. No sé por qué me ha seguido hasta aquí ese detective. Yo no tengo nada. No sé nada.

—Yo me ocuparé de eso.

—Te lo agradezco.

—Tal vez te hubiera dado un bofetón por algunas cosas, Shelby, pero solo para que espabilaras. Eres mi hermana, joder. Somos tu familia.

Shelby entrelazó los dedos de nuevo para serenarse.

—Crees que he olvidado eso, y te equivocas. Si crees que no lo valoro, eres tonto.

—¿Qué debería pensar? —replicó.

—Que hice lo que creía que era correcto. No podía volver hasta que hubiera empezado a salir del agujero, Forrest. No quería. Quizá pienses que es solo orgullo, solo una estupidez, pero no podía volver y cargar a mi familia con todo eso.

—¿No podías pedir que te tendieran una mano, una mano, y te ayudaran a salir?

—Por Dios, Forrest, ¿no es eso lo que estás haciendo? Pero tenía que subir lo suficiente como para alcanzar esa mano. Eso es lo que estoy haciendo ahora.

Forrest se levantó y se paseó por la habitación, deteniéndose frente a la ventana durante un rato y mirando por ella en silencio.

—De acuerdo. Tal vez entienda tu perspectiva. No tengo que decir que tienes razón para entenderlo. Venga, dame todo lo que tengas.

—¿Qué vas a hacer? Sigue siendo asunto mío, Forrest.

—Voy a tener que hablar con ese detective de Florida y avisarle de que no me tomo nada bien que acose a mi hermana. Luego voy a hacer lo que pueda para descubrir con quién cojones estuviste casada.

—Creo que robó el dinero que metió en la caja de seguridad del banco o que lo estafó. Santo Dios, Forrest, si tengo que devolver todo eso...

—No tendrás que hacerlo. Cogiste lo que era legalmente tuyo. Hiciera lo que hiciese, está más que claro que no queda nada que devolverle a nadie. Una cosa más. Vas a

contarle todo esto al resto de la familia. Vas a sacar esto a la luz.

—Gilly está a punto de tener un bebé.

—Sin excusas, Shelby. Esta noche, después de acostar a Callie, vas a sentarte y contárselo a todos. Me aseguraré de que todos estén aquí. ¿Quieres que se enteren por un detective privado de otro estado que hace preguntas sobre su hija, sobre su hermana?

Se presionó los ojos con los dedos. Aquello tenía sentido.

—No. Tienes razón. Se lo contaré. Debes estar de mi lado cuando mamá y papá empiecen a hablar de ayudarme a saldar la deuda, Forrest. No lo permitiré.

—Me parece bien. —Se acercó para ponerle las manos en los hombros—. Estoy de tu lado, imbécil.

Shelby apoyó la frente sobre su pecho.

—No puedo desear que esos años desaparezcan sin desear que Callie desaparezca, pero sí desearía haber sido más fuerte para plantarle cara. Parece que cada vez que ganaba confianza, algo cambiaba y volvía a perderla.

—A mí me parece que se le daba bien cerciorarse de que la gente no se sintiera segura de sí misma en su presencia. Ve a por las cosas de la caja de seguridad. Deja que me ponga con esto.

No tardó demasiado en localizar al detective privado, ya que el hombre había optado por esconderse a plena vista. Se había registrado con su propio nombre en el hotel... aunque había explicado que era un escritor de viajes independiente.

Forrest se planteó la posibilidad de enfrentarse a él allí, pero se le ocurrió dar a probar un poco de su propia medicina a Privet. Una vez estuvo fuera de servicio y conduciendo su propio vehículo, dio unas cuantas vueltas hasta que divisó el Honda aparcado delante de la galería de arte.

Forrest aparcó la camioneta, se bajó y pasó junto a la tienda con paso tranquilo. Como era de esperar, el hombre se había pasado más o menos una hora charlando con Melody.

No cabía duda de que escucharía un chorro de cosas sobre Shelby de esa fuente. Con su objetivo a la vista, volvió a su camioneta y esperó.

Vio salir a Privet y cruzar la calle hasta el bar brasería. Dudaba que fuera a encontrar el mismo pozo de información allí, pero si era bueno —y, a juzgar por la investigación, no parecía que fuera malo— algo sacaría.

Estaba haciendo la ronda, concluyó Forrest cuando Privet salió del local quince minutos después y fue al salón de belleza.

Privet estaba siguiendo los pasos de Shelby ese mismo día, lo que significaba que la había estado siguiendo esa mañana.

Aquello hizo que a Forrest se le formara un nudo en la garganta.

Esa parada se prolongó más, pero cuando Forrest pasó por delante, reparó en que Privet estaba sentado en una silla, cortándose el pelo. Al menos dejaría algo de dinero en el establecimiento mientras trataba de obtener información.

Forrest se sentó de nuevo en su camioneta, armado de paciencia, y esperó a que Privet saliera y se montara de nuevo en su coche.

Salió detrás de él y le siguió con facilidad entre el ligero tráfico del pueblo. Privet tomó el desvío hacia la casa donde vivía Shelby. Cuando el Honda pasó directamente de largo, Forrest calculó, se salió de la carretera... e hizo un giro de tres cuartos para colocarse

de nuevo en la carretera.

Sacó la luz giratoria, la fijó en el techo y esperó.

Cuando Privet pasó por segunda vez y aparcó a un lado de la calle a unos metros de la casa, Forrest arrancó y encendió la luz para que Privet pudiera verla por el espejo retrovisor.

Se detuvo detrás del Honda y se acercó a la ventanilla del copiloto, que ya estaba bajada.

Privet tenía un mapa y una expresión de frustración en la cara.

—Espero que no haya ningún problema y que pueda ayudarme, agente. Creo que me he equivocado al girar en alguna parte. Estoy buscando...

—No me haga perder el tiempo. Creo que sabe quién soy, y yo desde luego sé quién es usted, señor Privet. Quiero que ponga las manos sobre el volante donde pueda verlas. Ya —dijo Forrest, apoyando la suya en la culata de su arma—. Sé que tiene permiso para llevar armas, y si no veo las dos manos sobre el volante, vamos a tener un problema.

—No busco problemas. —Privet levantó las manos y las colocó sobre el volante con cuidado—. Solo hago mi trabajo.

—Y yo hago el mío. Fue a ver a mi hermana en el norte y entró en su casa valiéndose de engaños.

—Ella me pidió que pasara.

—Acorraló a una mujer con una hija pequeña en su casa y luego la siguió, atravesando varias fronteras estatales, y la ha espiado y seguido.

—Soy detective privado, ayudante. Tengo la licencia en mi...

—He dicho que sé quién es usted.

—Ayudante Pomeroy, tengo un cliente que...

—Si Richard Foxworth estafó a su cliente, eso no tiene nada que ver con mi hermana. Foxworth está muerto, así que su cliente no tiene suerte en ese aspecto. Si ha pasado diez minutos con Shelby y piensa que tuvo algo que ver, es que es usted un puto imbécil.

—Matherson. Utilizaba el nombre de David Matherson.

—Da igual qué nombre utilizara, da igual con qué nombre vino a este mundo, está muerto. Personalmente espero que los tiburones se hayan dado un buen festín con él. Y ahora, si es verdad que no busca problemas, va a dejar de seguir a mi hermana, va a dejar de preguntar por ella en el pueblo. Supongo que puedo ir a la galería de arte, al bar y al salón de mi abuela y me contarán que cuando usted estuvo allí la conversación giró, sin saber cómo, en torno a Shelby. Eso va a parar. Y si lo pilló otra vez, lo detendré. A lo que usted hace, por aquí lo llamamos acoso, y tenemos una ley contra eso.

—En mi profesión lo llamamos hacer el trabajo.

Forrest se inclinó de forma cordial sobre la ventanilla.

—Deje que le pregunte una cosa, señor Privet. ¿Cree que si lo detuviese ahora mismo y lo encerrase, el juez de aquí va a decir que no pasa nada porque esté aquí sentado... con esos prismáticos en el asiento del pasajero?

—Soy ornitólogo aficionado.

—Nombre cinco aves autóctonas de las Smokies. —Forrest aguardó un par de segundos mientras Privet fruncía el ceño—. Verá, podría decir que observa los pájaros y no funcionará. Si hablo con mi jefe y vamos los dos a contarle al juez Harris..., que es un primo lejano..., que ha estado aquí sentado vigilando la casa de mi familia y a mi hermana, que ha estado siguiéndolas a ella y a su hijita por el pueblo, haciendo preguntas sobre mi

hermana viuda con su hija huérfana de padre, ¿qué cree que dirá? ¿«Vaya, no pasa nada. Vive y deja vivir»? ¿O cree que se pasará esta noche en una celda en vez de en la cama de su hotel?

»La creo. Creo que él era un puto cabrón y sé que a mi hermana le ha causado un daño que no voy a olvidar. No voy a permitir que usted le haga lo mismo.

—Ayudante, ¿sabe cuál es la comisión de intermediario por veintiocho millones?

—Si la está buscando a través de mi hermana, va a ser cero —repuso Forrest con sosiego—. Manténgase alejado de ella, señor Privet, o tendrá muchos de los problemas que no desea tener porque, si lo pilló de nuevo, me aseguraré de que los tenga. Puede decirle a su cliente que sentimos mucho su desgracia. Si yo fuera usted, volvería a Florida y haría justo eso. Esta noche. Pero usted decide. —Forrest se irguió de nuevo—. ¿Queda claro?

—Queda claro. Tengo una pregunta.

—Hágala.

—¿Cómo pudo su hermana vivir con Matherson durante años y no saber lo que era?

—Permita que le haga yo una a usted. ¿Es su cliente un individuo razonablemente inteligente?

—Yo diría que sí.

—Entonces ¿cómo se las arregló para que lo estafaran? Le conviene circular ya y no tomar de nuevo este camino. Literal y metafóricamente hablando.

Forrest volvió a su camioneta y esperó hasta que Privet se marchó. Luego recorrió la corta distancia que había hasta la casa de su familia y aparcó para estar ahí cuando Shelby le contara su historia a la familia.

SEGUNDA PARTE

Las raíces

Somos demasiado inseparables. Y volver a casa tras estar en compañía es entrar en razón.

ROBERT FROST

Confesar y contar la verdad agotaba el cuerpo y el cerebro. Cuando Shelby se levantó de la cama por la mañana, se dio cuenta de que ya había empezado el día exhausta.

Era horroroso decepcionar a las personas que la habían criado a una. Pensó en Callie y se preguntó si algún día ella cometería una estupidez y se despertaría con esa misma sensación de agotamiento.

Encontró a Callie, que por suerte era aún demasiado pequeña como para cometer una verdadera estupidez. Estaba sentada en la cama, y mantenía una conversación con Fifi. De modo que se lanzó a por un achuchón mañanero que le levantó un poco el ánimo.

Vistió a Callie después de vestirse ella, y luego la llevó abajo.

Enchufó la cafetera, decidida a compensar parte del terreno que había perdido con sus padres la noche anterior: les prepararía tostadas francesas... y los huevos escalfados que le gustaban a su padre.

Cuando su madre bajó, tenía a Callie en la trona comiendo plátano y fresas troceados, y el desayuno estaba casi preparado.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días. Veo que te has levantado temprano. Buenos días, mi rayito de sol — le dijo a Callie, y se acercó para darle un beso.

—Vamos a comer pan con huevo, abuela.

—¿En serio? Vaya, un desayuno muy especial.

—Ya casi está —repuso Shelby—. Estoy escalfando unos huevos para papá. ¿Quieres tú?

—Hoy no, gracias.

Cuando Ada Mae fue a servirse café, Shelby se volvió y abrazó a su madre por detrás.

—Sigues cabreada —murmuró.

—Por supuesto que sigo cabreada. El cabreo no se apaga como una bombilla.

—Sigues cabreada conmigo.

Ada Mae exhaló un suspiro.

—Esa parte está en penumbra. Estoy aflojando un poco.

—Lo siento mucho, mamá.

—Eso ya lo sé. —Ada Mae le dio una palmadita en la mano—. Lo sé. Y estoy intentando aceptar que la culpa era de la situación en que estabas metida y no de que no confiaras en que tu familia te ayudase.

—Nunca se trató de eso. Nunca. Yo solo... yo me metí en ello, ¿no? Alguien me educó para que me enfrentase a mis problemas y bregara con ellos.

—Parece que hicimos un buen trabajo. Pero no lo hicimos tan bien cuando te enseñamos que los problemas, si los compartes, son más llevaderos.

—Estaba avergonzada.

Ada Mae se dio la vuelta y tomó con firmeza el rostro de Shelby entre las manos.

—Nunca jamás sientas vergüenza conmigo. —Miró a Callie, que estaba ocupada con sus trocitos de fruta—. Podría decir mucho más, y seguramente lo haga cuando la trona

no tenga orejas.

—Las tronas no tienen orejas, abuela. Es una tontería.

—Lo es, ¿verdad? ¿Por qué no te sirvo un trozo de la tostada francesa que ha preparado tu mamá?

Clayton bajó, vestido para ir a trabajar con una de sus habituales camisas blancas, remetida de forma impecable por dentro de los pantalones. Fue hacia Shelby y le dio un caponcito en la cabeza, y a continuación la besó.

—Parece un desayuno de fin de semana en mitad de la semana. —Cogió una jarra—. ¿Nos estás haciendo la pelota?

—Pues sí.

—Buen trabajo.

Cumplió con su día de intercambio con Tracey y se llevó a las niñas al parque para que Emma Kate pudiera pasarse a celebrar un pequeño picnic con ellas durante su hora del almuerzo y conocer por fin a Callie.

—Cuando era pequeña, Emma Kate era mi mejor amiga, como Chelsea y tú.

—¿Jugabais a tomar el té? —le preguntó Callie a Emma Kate.

—Claro, y hacíamos picnics como este.

—Puedes venir a casa de la abuela a tomar el té.

—Me encantaría.

—La abuela guardó el juego de té de mamá para que podamos usarlo.

—Oh, ¿el que tenía violetas y pequeñas rosas de color rosa?

—Ajá. —Callie abrió los ojos como un búho—. Debemos tener cuidado de no romperlo porque es *dilicado*.

—Delicado —la corrigió Shelby.

—Vale. Vamos a los columpios ya. ¡Vamos a columpiarnos, Chelsea!

—Es preciosa, Shelby. Preciosa e inteligente.

—Sí que lo es. Es lo mejor que tengo. Emma Kate, ¿podríamos quedar un rato cuanto salgas del trabajo? Tengo que contarte algunas cosas. Solo a ti.

—De acuerdo. —Dado que lo había previsto, o lo había esperado, Emma Kate ya tenía un plan—. Podríamos subir al mirador, como solíamos hacer. Hoy salgo a las cuatro, así que podría reunirme contigo en el comienzo de la senda más o menos a las cuatro y cuarto.

—Perfecto.

Emma Kate miró a Callie mientras correteaba alrededor de los columpios con Chelsea.

—Si tuviera a alguien así que dependiera de mí, haría muchas cosas que de otro modo no haría.

—Y muchas que no sabías que harías.

—¡Mamá! ¡Mamá! Empújanos. ¡Empújanos, mamá! ¡Quiero subir muy alto!

—Se parece a ti —comentó Emma Kate—. Nunca subías lo bastante alto.

Shelby se levantó, riendo.

—Hoy en día me quedo en el suelo.

Cuando se levantó para ayudar a las niñas en el columpio, Emma Kate pensó que eso era una verdadera lástima.

Logró sacar algo de tiempo para empezar a elaborar un repertorio y levantó el puño en señal de victoria cuando la tienda de segunda mano le informó de la venta de dos vestidos de cóctel, uno de noche y un bolso de mano. Ajustó su hoja de cálculo y estimó que con otra buena venta podría saldar otra tarjeta de crédito.

Se organizó para el día siguiente, su primera jornada laboral en el salón de belleza, y luego sacó sus botas de montaña, las que había escondido en su armario para que Richard no pudiera empeñarse en que las tirara.

Después dejó a Callie en casa de Clay para que estuviera con Jackson, tal y como habían quedado, y vio a su hija explorar el pequeño fuerte del jardín trasero de su primo antes de ir en coche hasta el comienzo de la senda.

Más cosas que había echado de menos, pensó cuando apagó el motor y abrió la puerta para bajar del coche. La quietud que permite oír el canto de los pájaros y la brisa susurrando entre los árboles. El fuerte olor a pino en el aire vigorizante y fresco en su justa medida. Enganchó su ligera mochila; otra cosa que le había ocultado a Richard.

Desde pequeña le habían enseñado a llevar siempre agua y algunas cosas básicas incluso a una excursión breve y fácil. La cobertura telefónica podía ser irregular (al menos lo había sido la última vez que había tomado ese camino), pero se había guardado el móvil en el bolsillo como de costumbre.

Quería que su hija pudiera dar con ella con tan solo una llamada telefónica o un mensaje de texto.

Llevaría a Callie allí, pensó, recorrería con ella el sendero, le enseñaría las flores silvestres, los árboles, y tal vez alcanzarán a ver un ciervo o un escurridizo conejo.

Le enseñaría a identificar los excrementos de oso, y sonrió al calcular que Callie tenía la edad adecuada para que la idea le pareciese realmente repugnante.

Levantó la mirada a las nubes que se deslizaban sobre las cimas de las montañas más altas. Tal vez llevara a su hija a acampar una noche. Montaría una tienda y le enseñaría el placer de dormir bajo las estrellas en una noche despejada y de contar historias a la luz de la hoguera.

Ese era el verdadero legado, ¿no? Los años viajando de un lugar a otro. Los tiempos de Atlanta y Filadelfia eran otro mundo. Si Callie elegía uno de esos mundos u otro distinto, tendría esas raíces a las que volver cuando lo deseara.

Siempre tendría familia en Rendezvous Ridge y un sitio al que llamar hogar.

Shelby se volvió al oír el coche, miró hacia atrás y luego al frente, y contempló la vista del pueblo que se alzaba y descendía con las montañas. Y a pesar de saber que aún tenía por delante otra dolorosa confesión, esbozó una sonrisa cuando Emma Kate dejó el coche a su lado.

—Casi había olvidado lo hermoso que es esto, justo aquí, con el pueblo a un lado y el sendero al otro, de modo que puedes elegir qué quieres e ir sin más.

—Matt y yo subimos hasta Sweetwater Cave la primera vez que vino conmigo. Quería ver de qué pasta estaba hecho.

—Esa ruta es matadora. ¿Qué tal lo hizo?

—Sigo con él, ¿no? ¿Todavía tienes esas botas de montaña?

—Ya están domadas.

—Siempre decías eso. Al final cambié las mías el año pasado. Procuero salir a hacer senderismo una o dos veces a la semana. Matt se ha apuntado al gimnasio en Gatlinburg, ya que le van más las pesas y las máquinas. Está dando la tabarra con buscar un sitio para

montar uno en el pueblo y así no tener que pegarse el viaje hasta allí. Yo prefiero coger el sendero y puede que apuntarme a una de las clases de yoga que tu abuela da los sábados en el spa.

—No me ha contado nada de eso.

—Hace muchas cosas. Será mejor que nos pongamos en marcha si queremos subir al mirador.

—Nuestro lugar favorito para hablar de chicos, de los padres y de lo que nos molestaba.

—¿Es eso lo que hacemos ahora? —preguntó Emma Kate cuando empezaron a caminar.

—En cierto modo, supongo que sí. Me he sincerado, como tú dirías, con mi familia. Tú has sido siempre de mi familia, así que me voy a sincerar contigo.

—¿Estás huyendo de la justicia?

Con una carcajada, y dado que le parecía lo correcto, Shelby agarró la mano de Emma Kate y balanceó los brazos de las dos.

—De la justicia no, aunque parece que he estado huyendo de todo lo demás. Ya he parado.

—Me alegra saberlo.

—Te he contado algo. Y ahora voy a contarte el resto. Empezó después de que Richard muriera. Todo empezó antes, pero podría decirse que todo se me vino encima después.

Rellenó las lagunas que había omitido y volvió atrás cuando a Emma Kate se le acumularon las preguntas. La pendiente se acentuó. Serpenteó hasta que le dolieron las piernas, aunque de un modo positivo. Atisbó las plumas de intensos colores de un azulejo que aleteaba en un cornejo, cuyos capullos empezaban a abrirse tímidamente a la espera de estallar en una blanca nube.

El aire se tornó más frío a medida que subían, y aun así sentía el saludable y ligero sudor del reto físico sobre la piel.

Se dio cuenta de que era más fácil decirlo todo allí, al aire libre, donde las montañas se llevaban sus palabras.

—En primer lugar, sigo sin estar acostumbrada a que alguien a quien conozco tenga una deuda de millones de dólares... y, además, la deuda no es tuya, joder, Shelby.

—Yo firmé los documentos de la hipoteca de la casa; al menos, supongo que lo hice.

—¿Lo supones?

—No recuerdo haber firmado ninguna hipoteca, pero él me ponía documentos delante de vez en cuando y me decía: «Firma esto, no es nada». Creo que la mitad de las veces falsificaba mi firma. A lo mejor podría haberme librado de todo si hubiera ido a juicio o si simplemente lo hubiera mandado todo a la mierda y me hubiera declarado en bancarrota. No pensaba hacer eso. Cuando la casa se venda, y se venderá, me quitaré de encima la carga mayor. Y hasta que eso pase, voy poco a poco.

—¿Vendiendo ropa?

—He ganado casi quince mil dólares en ropa hasta ahora..., sin contar el abrigo de pieles que devolví con las etiquetas aún intactas..., y es posible que gane esa misma cantidad antes de que se venda toda. Él tenía muchísimos trajes y yo tenía cosas que ni siquiera me había puesto. Era un mundo diferente, Emma Kate.

—Pero tu anillo de compromiso era falso.

—Imagino que no le pareció necesario ponerme un diamante de verdad en el dedo. Nunca me quiso: ahora lo veo. Le era útil. No sé cómo, pero debía de serle útil.

—Encontrar esa caja de seguridad. Eso parece casi imposible.

Al volver la vista atrás podía entender que había estado luchando contra molinos de viento. Pero...

—Tenía una misión. Ya sabes lo que es eso.

—Sé cómo eres cuando tienes una misión. —En cuanto el sol cambió de ángulo, Emma Kate se ajustó la visera de su gorra—. Todo ese dinero en efectivo allí, y eso ni siquiera alcanza a los otros documentos de identidad.

—No es posible que se hiciera con ello de forma legal. Me ha dado algunos quebraderos de cabeza, pero yo no lo robé ni lo estafé, y tenía que pensar en Callie. Si algún día me veo en la tesitura de tener que devolvérselo a alguien, lidiaré con ello. Por ahora, tengo un poco guardado en el banco y, cuando sea oportuno, voy a emplearlo en buscarnos una casita.

—¿Y qué hay de ese detective privado?

—Está perdiendo el tiempo conmigo. Supongo que llegará él solito a esa conclusión o que Forrest lo persuadirá.

—Forrest puede ser muy persuasivo.

—Sigue cabreado conmigo, por lo menos un poco. ¿Tú también?

—Es difícil estarlo cuando la fascinación es mayor.

Caminaron en silencio por la familiar senda de tierra.

—¿De verdad era tan feo el mobiliario?

Shelby se echó a reír, pues le hacía gracia que su amiga se centrara en eso.

—Ojalá hubiera hecho fotos. Líneas duras e impecables, oscuros y angulosos. Siempre me sentí como si estuviera de visita en esa casa y estaba deseando salir de ella. Él no llegó a realizar el primer pago, Emma Kate. Cuando falleció, el banco ya había enviado notificaciones que yo no había visto. —Hizo una pausa para abrir la botella de agua—. Ahora creo que estaba metido en algún lío. Puede que en Atlanta. Así que se hizo con esa casa en el norte, también sin decirme nada. Lo acondicionó todo y luego me dijo que nos mudábamos, que le habían surgido oportunidades de hacer negocios. Yo consentí. Supongo que esa era una de las formas en que le era útil. Consentía. Si vuelvo la vista atrás, me cuesta imaginar cuántas veces lo hice.

»Ni siquiera sé quién era. Ni siquiera puedo asegurar que supiera su nombre. Ahora no sé qué hacía, cómo ganó el dinero que tenía. Solo sé que nada fue real; ni mi matrimonio ni la vida que llevábamos. —Se detuvo en el mirador y sintió que se le levantaba el ánimo—. Esto es lo real.

Podía ver kilómetros de verde e insondable naturaleza extendiéndose de forma sinuosa, las depresiones de los valles encastrados entre las montañas..., delicados como su viejo juego de té. Y las alfombradas cimas a ras de las nubes, tan cargadas de misterio y silencio.

La luz se había atenuado a medida que atardecía. Pensó en su aspecto durante el crepúsculo, cubierto todo ello de una dorada pátina, con pequeñas pinceladas de color rojo fuego en tanto que las montañas se tornaban grisáceas.

—También sé que he dado esto por sentado, todo esto. Jamás volveré a hacerlo.

Se sentaron en un saliente rocoso, tal y como habían hecho innumerables veces a lo largo de los años. Emma Kate sacó una bolsa de pipas de girasol de su mochila.

—Antes eran ositos de goma —comentó Shelby.

—Tenía doce años. No me importaría comerme unos ositos de goma —decidió.

Con una sonrisa en los labios, Shelby abrió su mochila y sacó una bolsa.

—Dejo que Callie los coma de vez en cuando. Siempre que abría una bolsa, me acordaba de ti.

—Los ositos de goma tienen algo. —Emma Kate abrió la bolsa y atacó—. Sabes que tu familia te ayudaría a liquidar parte de la deuda... y yo tampoco consentiría eso —repuso antes de que Shelby pudiera hablar.

—Gracias. Me ayuda que entiendas el porqué. Voy a forjarme una buena vida aquí. Sé que puedo hacerlo. A lo mejor tuve que marcharme para regresar y entender entonces lo que era real para mí y lo que no lo era.

—Y al final cantarás para ganarte las habichuelas.

—Esa es la guinda del pastel. Derrick me cae realmente bien.

—Es un triunfador. Y menuda carita.

—Está claro que es guapísimo. Pero...

—Menudo cuerpazo —dijeron a la vez y se echaron a reír hasta que se quedaron sin aliento.

—Ahora estamos aquí sentadas. —Shelby exhaló un suspiro y contempló todo aquel verdor—. Igual que antes... y seguimos hablando de chicos.

—Un enigma que nunca he sido capaz de resolver.

—Por eso merece la pena hablar de ello. Y ambas estamos haciendo lo que deseábamos... o yo estoy a punto de hacerlo. Emma Kate Addison, enfermera. ¿Te gusta?

—Pues sí. Me encanta. Joder, nunca he trabajado tan duro en mi vida como lo hice para sacarme el título de enfermería. Imaginaba que trabajaría en un gran hospital. Y lo hice. Y me gustaba, me gustaba mucho. —Volvió a mirar a Shelby—. Lo que no sabía era que me gustaría aún más trabajar en la clínica, pero es cierto. Así que tal vez tuviera que ausentarme un tiempo para entender eso.

—¿Matt es la guinda de tu pastel?

—Lo es sin lugar a dudas. —Emma Kate sonrió de oreja a oreja mientras se metía otro osito en la boca—. Y, por lo menos, un piso del pastel.

—¿Vas a casarte con él?

—No tengo planeado casarme con ningún otro. Ni tengo prisa, aunque mi madre desearía que la tuviera. Todo está bien como esta por ahora. Me he enterado de que van a hacer ese gran baño privado para tu madre.

—Tiene libros de muestras y fotos de revistas. Mi padre finge que le parece una locura, pero se lo está pasando en grande. —Shelby bebió un trago de agua, y a continuación se tomó su tiempo para colocarse bien la gorra—. Griffin estuvo tomando las medidas el otro día.

—Están deseando empezar a demoler. Los dos se ponen como críos en la fase de la demolición.

—Hum. —Shelby se preguntó si debería sacar el tema mientras contemplaba la vista, captando el destello de un sinuoso riachuelo bajo un rayo de sol. A fin de cuentas, hablar de chicos allí era una tradición—. El caso es que mientras estaba en casa de mi madre, Griffin me abordó y me dijo que estaba interesado. En mí.

Emma Kate soltó un bufido y se metió otra gominola en la boca.

—Ya me lo veía venir.

—¿Porque les tira los tejos a muchas mujeres?

—Tira los tejos como cualquier tío normal y corriente, pero no. Porque daba la

impresión de que le había caído un rayo cuando entraste en la cocina de mi madre el primer día.

—¿En serio? No me di cuenta. ¿No debería haberme dado cuenta de eso?

—Estabas demasiado liada sintiéndote culpable e incómoda. ¿Qué le dijiste?

—Que lo pensaría. Lo cierto es que no puedo pensar en esas cosas.

—Pero estás pensando en esas cosas.

—No debería. Richard acaba de morir. Y eso ni siquiera es oficial.

—Richard... o como coño se llame... se ha ido. —Aunque se cabreaba con solo pensar en él, Emma Kate hizo como si arrugara algo y lo lanzara por el precipicio—. Tú estás aquí. Tu matrimonio era infeliz y básicamente una farsa; tú misma lo has dicho. No es necesario un período de luto, Shelby.

—No estoy de luto. No me parece correcto.

—¿No estás harta de hacer lo que te dices a ti misma que parece lo correcto? Has hecho justo eso durante unos cuatro años, y parece que es lo que te ha metido en este lío.

—Ni siquiera lo conozco. Me refiero a Griffin.

—Sé a quién te refieres, y para eso inventaron esas cosas que se llaman citas. Sales por ahí, conversas, descubres qué intereses podríais compartir y si os sentís atraídos el uno por el otro. ¿Qué hay del sexo?

—A Richard parecía no interesarle los últimos meses antes de... Oh, quieres decir con Griffin. Por Dios, Emma Kate. —Shelby metió mano a las gominolas, riendo—. Ni siquiera hemos tenido uno de esos inventos llamados citas. No puedo tener relaciones sexuales con él sin más.

—No sé por qué no. Los dos estáis libres y sanos, y sois mayores de edad.

—Y mira dónde me metí la última vez que me acosté con alguien a quien apenas conocía.

—Puedo prometerte que Griff no es como-se-llame.

—Creo que ya no sé salir con alguien.

—Te acostumbrarás. Podemos salir los cuatro y hacer algo.

—Puede. Griff quiere llevarnos a comer pizza y yo he cometido el error de mencionárselo a Callie. Ya me ha preguntado dos veces.

—Ahí lo tienes. —Ahora que el problema estaba resuelto, en opinión de Emma Kate, esta le dio una palmada en la pierna a Shelby—. Deja que él os lleve a comer pizza y los cuatro iremos a cenar o algo así. Luego podéis probar a salir solos.

—Mi vida sigue siendo un auténtico desastre, Emma Kate. No debería salir con nadie.

—Cielo, cuando estás soltera, salir con un tío guapo es vivir. Ve a comer pizza, y a ver adónde lleva eso —le aconsejó.

—Vas a hartarte de oírlo, pero te he echado muchísimo de menos. He echado de menos esto. Sentarme en este lugar, hablar contigo de todo y de nada y comer ositos de goma.

—Es una buena vida.

—La mejor. —Y llevada por la emoción del momento, agarró la mano de Emma Kate—. Hagamos un juramento. Cuando tengamos ochenta años o más, si no podemos hacer el camino a pie, nos haremos con un par de jóvenes sementales que nos suban aquí para poder sentarnos, hablar de todo y de nada y comer ositos de goma.

—Bueno, esta es la Shelby Pomeroy que recuerdo. —Emma Kate se pasó el dedo sobre el corazón—. Lo juro. Pero tienen que ser sementales jóvenes y ardientes.

—Creía que eso se sobreentendía.

Estableció una rutina satisfactoria, trabajando en su lista de canciones, ensayando, e integrándose de nuevo en el tejido de Rendezvous Ridge con su empleo en el salón.

Le resultaba curioso y maravilloso lo rápido que recordó todo; las voces; el ritmo; los sencillos cotilleos; las vistas del pueblo y las montañas que cobraban vida con la primavera.

La demolición comenzó tal y como estaba previsto, de modo que las mañanas antes de marcharse a trabajar o a hacer recados estaban llenas de voces masculinas, martilleos y taladros.

Se acostumbró a ver a Griff y a Matt... y quizá se lo estuviera pensando un poco. De manera intermitente. Era difícil no pensar en un hombre cuando este se presentaba en la casa de una a diario con un cinturón de herramientas ceñido a las caderas y esa expresión en los ojos.

—Esta mañana sonabas bien.

Shelby se detuvo de camino a por la bolsa de Callie cuando Griff salió al pasillo desde su antigua habitación.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Tú. Que sonabas bien. Cantando en la ducha.

—Ah. Es una sala de ensayo muy útil.

—Qué pedazo de voz, pelirroja. ¿Qué canción era?

—Yo... —Tuvo que hacer memoria—. *Stormy Weather*. De los años cuarenta.

—Sexy en cualquier década. Hola, pelirrojilla.

Se agachó cuando Callie subió las escaleras como un rayo.

—Mamá va a trabajar con la yaya. Yo me voy con Chelsea porque la abuela también trabaja de día.

—Parece muy divertido.

—¿Podemos comer pizza?

—Callie...

—Eso está hecho —la interrumpió Griff—. Podríamos ir a comer pizza esta noche. ¿Te va bien esta noche? —le preguntó a Shelby.

—Bueno, yo...

—Mamá, quiero pizza con Grrr-iff. —Para sellarlo, trepó a sus brazos y luego volvió la cabeza para mirar a su madre, con una sonrisa.

—¿Quién podría negarse a eso? Me parece bien, gracias.

—¿Te va bien a las seis?

—Claro.

—Pasaré a recogeros.

—Oh, la silla infantil. Es más fácil si quedamos contigo allí.

—De acuerdo. A las seis en punto. ¿Esto es una cita? —le preguntó a Callie.

—Esto es una cita —dijo y le dio un beso—. Vamos, mamá. Vamos a casa de Chelsea.

—Voy enseguida. Gracias, de verdad —repuso Shelby cuando Callie empezó a bajar de nuevo—. Le has alegrado el día.

—Ella me ha alegrado el mío. Te veo luego.

Cuando volvió a entrar en el espacio de trabajo, Matt enarcó las cejas.

—¿Abalanzándote sobre el talento local?

—Paso a paso.

—Es un bombón. Ha tenido una vida muy complicada, tío.

—Ya. Menos mal que tengo herramientas. —Cogió la pistola de clavos—. Y sé usarlas.

Pensó en ella todo el día. No recordaba ninguna mujer que lo hubiera fascinado más. El contraste de aquellos ojos tristes y cautelosos y la sonrisa presta cuando se olvidaba de ser cauta. La incomparable forma de tratar a su hija. Lo bien que le sentaban los vaqueros ajustados.

Todo aquello le gustaba.

Casi pensaba que era una lástima que las obras avanzaran tan bien. Unos cuantos problemas técnicos y tendría más tiempo para verla unos minutos cada día.

Pero Ada Mae no era Bitsy. Cuando se decidía por unas baldosas, por un color o por los equipamientos, no cambiaba de opinión.

Tenía tiempo para ir a casa, asearse y cambiarse. Un hombre no llevaba a comer pizza a dos mujeres guapas oliendo a sudor y a serrín. Calculó que, con una niña de tres años, sería una velada tempranera. Y probablemente era lo mejor. Podría dedicar un par de horitas a su propia obra.

De hecho, pensó que podría centrar la atención en el dormitorio. Un hombre no llevaba a una mujer guapa a la cama en su casa cuando dicha cama era un colchón inflable en el suelo.

Tenía toda la intención de llevarse a Shelby a la cama en su casa. Cuando ella y la habitación estuvieran listas.

Condujo hasta el pueblo y encontró aparcamiento en la calle, justo a unas puertas de la pizzería. Y consideró que había sido puntual cuando Shelby se bajó de su monovolumen.

Se acercó con paso tranquilo mientras ella sacaba a Callie de la sillita infantil.

—¿Te echo una mano?

—Oh, ya la tengo. Gracias.

—Hola. —Percibió el llanto en su voz antes incluso de que se volviera con Callie en brazos y viera las lágrimas en sus ojos—. ¿Qué te pasa?

—Oh, solo...

—Mamá es feliz. Tiene lágrimas de felicidad —explicó Callie.

—¿Eres feliz?

—Sí. Mucho.

—La combinación de pizza y mi persona no suele hacer llorar a las mujeres.

—No es eso. Lo que pasa es que acabo de hablar por teléfono. Hemos llegado un poco pronto porque Callie estaba muy impaciente. Y me ha llamado la agente de la inmobiliaria. La casa se ha vendido. —Una de las lágrimas rodó por su mejilla antes de que pudiera enjugársela.

—Lágrimas felices —anunció Callie—. Abraza a mamá, Griff.

—Claro.

Antes de que ella pudiera escaparse, envolvió a madre e hija en un abrazo.

Notó que ella se ponía tensa durante un segundo, pero luego se rindió.

—Es un alivio enorme. Como si me quitaran un peso inmenso de encima.

—Bien. —Le dio un beso en la cabeza—. Vamos a celebrarlo. ¿Verdad, Callie? Pizza feliz.

—No nos gustaba la casa. Nos alegra que ya no sea nuestra.

—Así es. Así es. —Shelby inspiró y se entregó solo un instante más, para luego enderezarse—. No nos gustaba la casa, no para nosotras. Ahora es de alguien a quien sí le gusta. Pizza muy feliz. Gracias, Griffin.

—¿Necesitas un rato?

—No. No, estoy bien.

—Puedes darme a la niña. —Cogió a Callie en brazos—. Y que empiece la fiesta.

La cría era un encanto, le divertía y captaba su atención... y le chafó al insistir en sentarse a su lado en el reservado.

Una o dos veces deseó que la madre coqueteara de forma tan abierta como la hija, pero no se podía tener todo.

Fue un grato respiro en su día, entre el trabajo y el proyecto.

Cuando el gerente salió e hizo que Shelby se levantara para darle un abrazo, él examinó su propia reacción.

No estaba celoso, no exactamente, sino que sentía una especie de «cuidadito, colega» interior mientras esperaba a ver qué pasaba.

—No he dejado de echarle de menos. —Johnny Foster, un hombre con una sonrisa pícaro y aire sereno, mantuvo las manos en los hombros de Shelby para echarle un buen vistazo—. Pero ahora estás aquí. No sabía que conocieras a Griff. —Johnny le pasó el brazo sobre los hombros a Shelby cuando se volvió hacia Griff—. Shelby y yo hemos vuelto.

—Mi primo Johnny, aquí presente, mi hermano Clay y yo nos buscábamos problemas juntos.

—Y los encontrábamos tan a menudo como era posible

—¿Sois primos?

—En tercer grado, o cuarto, ¿no? —preguntó Johnny.

—Tercero, creo.

—Primos que se besan —dijo y le dio un beso suave—. Y tú eres Callie, tan preciosa como un batido con fresas. Encantado de conocerte, prima.

—Tengo una cita con Griff. Vamos a comer pizza.

—Este es un buen lugar para eso. Sacaremos algo de tiempo y nos pondremos al día —le dijo a Shelby—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Clay me contó que ahora eres el gerente de este sitio.

—Sí. ¿Quién lo habría imaginado? ¿Habéis pedido ya?

—No hace ni un minuto.

—Mira allí, Callie. —Señaló el mostrador donde un hombre con delantal blanco ponía salsa de tomate con un cucharón sobre la masa—. Voy a prepararos la pizza yo mismo, una pizza especial. Y me sé algunos trucos. Griff, quería decirte que, hicieras lo que hicieras con el horno, funcionó a las mil maravillas. No ha vuelto a darnos problemas.

—Me alegra saberlo.

—Marchando la pizza.

Shelby se sentó de nuevo.

—Parece que Matt y tú siempre andáis arreglando alguna cosa en algún lugar por todo Rendezvous Ridge.

—Ese es el plan. El tío que puede arreglarte el horno cuando la temperatura cae en picado o el retrete un domingo por la mañana, cuando tienes invitados a cenar, es un tío popular.

Shelby se echó a reír.

—¿Y a quién no le gusta ser popular? También es un tío ocupado. ¿Cómo te las arreglas para hacerte popular y realizar las obras en la vieja casa Tripplehorn?

—Ser popular es el trabajo. La casa es el proyecto. Hago mejor mi trabajo cuando tengo un buen proyecto en marcha.

—¡Mamá, mira! —Callie dio saltitos en su asiento—. El primo está haciendo trucos.

—Y ha aprendido algunos nuevos —comentó Shelby cuando Johnny lazó la masa, giró con rapidez y la atrapó de nuevo.

—Parece que vamos a comer pizza mágica.

Callie, con los ojos muy abiertos, se volvió hacia Griff.

—¿Pizza mágica?

—Estoy seguro. ¿Has visto ese polvo mágico que flota?

Con los ojos como platos, miró de nuevo a Johnny y jadeó.

—¡Brilla!

La imaginación de un niño era poderosa, pensó Griff.

—Claro. Cuando comes pizza mágica, después sueñas que te conviertes en una princesa de las hadas.

—¿De verdad?

—Eso he oído. Claro que tienes que comértela y luego, a la hora de dormir, tienes que irte a la cama y deseárselo.

—Lo haré. Pero tú no puedes ser una princesa de las hadas porque eres un chico. Es una tontería.

—Por eso yo soy el príncipe que mata a la bestia con colmillos.

—¡Los príncipes matan dragones!

—No sé yo... —Dejó escapar un suspiro exagerado y meneó la cabeza... al ver que Shelby le sonreía desde el otro lado de la mesa—. Me gustan los dragones. A lo mejor puedes pedir otro deseo y conseguir tu propio dragón. Podrías volar sobre tu reino montada en él.

—A mí también me gustan los dragones. Voy a volar en el mío. Se llamará Lulú.

—No se me ocurre un nombre mejor para un dragón.

—Tienes un don —murmuró Shelby, y Griff le brindó una sonrisa.

—Oh, tengo muchos dones.

—Apuesto a que sí.

Griff decidió que esa era la mejor hora de ese día, sentado en la bulliciosa pizzería, divirtiendo a una niñita y haciendo reír a su madre. No veía por qué no podía incluir aquello en su rutina normal.

A todo el mundo le venía bien un poco de pizza mágica de vez en cuando.

—Ha sido muy agradable —dijo Shelby cuando las acompañó hasta el coche—. Está claro que has hecho que la primera cita de Callie sea inolvidable.

—Tendremos que concertar una segunda. ¿Vas salir conmigo otra vez, Callie?

—Vale. Me gusta el helado.

—Qué casualidad. Empiezo a pensar que estamos hechos el uno para el otro. A mí también me gusta el helado.

La pequeña le lanzó lo que Griff solo definiría como una sonrisa de mujer fatal por debajo de las pestañas.

—Puedes llevarme a comer helado.

—Buena la has hecho. —Divertida, Shelby cogió a Callie y la sentó en la silla

infantil del coche.

—¿Qué tal el sábado?

Shelby volvió la cabeza, ocupada abrochando el cinturón a Callie.

—¿Qué?

—¿Qué tal si vamos a comer helado el sábado?

—¡Vale! —Callie se puso a botar en su asiento.

—Tengo que trabajar —comenzó Shelby.

—Yo también. Después del trabajo.

—Bueno, yo... Supongo que sí. ¿Estás seguro?

—No lo habría preguntado si no lo estuviera. No te olvides de pedir tu deseo, Callie.

—Voy a ser una princesa de las hadas y a volar en mi dragón.

—Callie, ¿qué le dices a Griffin?

—Gracias por la cita. —Tendió los brazos con jovial inocencia—. Un beso.

—Claro que sí.

Se arrimó y le dio un beso. Ella le frotó la mejilla, riendo.

—Me gusta tu barba. Hace cosquillas. Un beso a mamá.

—Claro.

Imaginó que ella le ofrecería la mejilla y no veía por qué habría de conformarse. Un hombre sabía moverse con rapidez sin que se notara, sobre todo cuando lo había planeado detenidamente.

Le puso las manos en las caderas y ascendió por su espalda con la mirada clavada en la suya. Vio que abría los ojos a causa de la sorpresa..., pero no protestó. Así que fue a por todas.

Agachó la cabeza y se apoderó de su boca, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Como si no estuvieran de pie en la acera de la calle principal, a la vista de cualquiera que pasara por allí o mirara por una ventana.

No fue difícil olvidar dónde estaban cuando el cuerpo de Shelby se derritió contra el suyo, con sus labios cálidos y suaves, abandonándose a él.

La mente de Shelby se vació. Todo pensamiento pasado, presente y futuro se esfumó cuando las sensaciones la invadieron y la anegaron. Su cuerpo quedó laxo a la vez que cobraba vida. La cabeza le daba vueltas de forma prolongada y perezosa, como si acabara de beber demasiado vino.

Griff la soltó con la misma delicadeza, pero clavó la mirada una vez más en la de ella, alerta.

—Ya me lo imaginaba —murmuró.

—Yo... solo... —Se dio cuenta de que apenas podía sentir los pies y tuvo que reprimir las ganas de mirar para asegurarse de que seguían ahí—. Tengo que irme.

—Nos vemos.

—Yo... Deditos en la nariz, Callie.

Callie se llevó los dedos a la nariz.

—Adiós, Griff. ¡Adiós!

Agitó la mano en el momento en que Shelby cerró la puerta y enganchó los pulgares en los bolsillos mientras rodeaba el coche hasta la puerta del conductor. No pudo evitar sonreír cuando ella trastabilló solo un poco.

Agitó la mano de nuevo cuando, con cierta torpeza, ella arrancó el coche y se alejó. Sí, sin duda había sido la mejor hora de ese día. Estaba deseando repetirlo.

Condujo hasta casa con especial cuidado. Se sentía como si se hubiera bebido una botella de vino con la pizza en vez de un vaso de Coca-Cola. Y ese ronroneo continuaba haciendo amago de volver a su garganta, una especie de eco de las mariposas que revoloteaban en su estómago.

Callie empezó a dar cabezazos en el camino de entrada, pues la emoción del día le estaba pasando factura. Pero se espabiló de nuevo, un tanto hiperactiva, cuando Shelby aparcó.

Esperaría a que su hija se amodorrara de nuevo, pensó. No tardaría mucho. Y tenía que ser coherente y dejar todo ese asunto a un lado. No tenía tiempo para mariposas ni ronroneos.

Shelby no pudo hacer otra cosa que escuchar mientras Callie relataba con gran entusiasmo los detalles de su cita a sus abuelos.

—Y vamos a comer helado el sábado.

—¿En serio? Bueno, suena muy formal. —Ada Mae le lanzó una mirada especulativa a Shelby—. A lo mejor tu abuelo debería preguntarle a este chico cuáles son sus intenciones.

—Y sus expectativas —agregó Clayton.

—Soy su carabina —explicó Shelby muy animada—. Oh, he visto a Johnny Foster. No he podido hablar mucho con él porque estaban muy ocupados. Él es quien ha lanzado la masa. Ha preparado la pizza mágica, ¿verdad, Callie?

—Ajá, y Griff ha dicho que puedo montar un dragón y que va a matar a... ¿qué, mamá?

—Creo que era la bestia de colmillos.

—Va a matarla bien muerta y luego nos casaremos.

—Menuda pizza ha tenido que ser —comentó Clayton.

—Tú puedes ser el rey, abuelo, y la abuela puede ser la reina. —Corrió por la habitación, dando vueltas y saltando—. Y también puede venir Clancy. —Rodeó al viejo perro con los brazos—. Y voy a ponerme un vestido bonito y luego dirán: «Besa a la novia». Griff hace cosquillas cuando besa, ¿verdad, mamá?

—Yo...

—¿En serio? —Ada Mae esbozó una sonrisa ufana.

—Ajá. ¿Cuándo es el sábado, mamá?

—Muy pronto. —Shelby cogió a Callie al vuelo y le dio una vuelta—. Ahora vamos arriba. Tienes que bañarte antes de ponerte a soñar y casarte con un guapo príncipe.

—Vale.

—Ve arriba y deja la ropa en la cesta de la ropa sucia. Yo iré en un par de segundos. Se lo ha pasado en grande —dijo Shelby cuando Callie corrió hacia las escaleras.

—¿Y a ti qué tal te ha ido?

—Ha estado bien. Griff es muy tierno con ella. Pero lo que quería contaros a ambos es que antes de cenar recibí una llamada. Han vendido la casa.

—¿La casa? —Ada Mae pareció quedarse en blanco durante un instante y luego se dejó caer a plomo en una silla mientras se le empañaban los ojos—. Oh, Shelby, la casa del norte. Me alegro mucho. Me alegro muchísimo.

—Lágrimas de felicidad. —Shelby sacó uno de los pañuelos de papel que siempre llevaba en el bolsillo—. Yo he hecho lo mismo. Me he quitado un peso enorme de encima.

—Se volvió hacia su padre cuando este se acercó, la abrazó y la meció de un lado a otro—. Creí que sabía lo mucho que pesaba, ya que he cargado con él, pero ahora que ya no está, resulta que era más pesado de lo que creía.

—Podemos ayudarte con todo lo demás. Tu madre y yo lo hemos hablado y...

—No, papá. No. Muchísimas gracias. Te quiero. —Ahuecó las manos sobre sus mejillas—. Yo me ocuparé. Va a llevar un tiempo, pero me estoy ocupando, y me sienta bien hacerlo. Compensa en parte por todas las veces que me desentendí de las cosas, que dejé de hacer preguntas, que consentí que otra persona se encargara de todo.

—No se te ocurra olvidarlo nunca más.

—Lo juro. Tengo que bañar a mi pequeñina. He pasado un día estupendo —dijo cuando se apartó y cogió la bolsa—. He pasado un día realmente estupendo.

En cuanto acostó a Callie se sentó con su documento de contabilidad. A lo mejor debería esperar a la liquidación, pero creía tener razones para ser optimista. Cuando hizo balance con la venta, cerró los ojos y respiró.

La deuda seguía siendo tremenda pero, por Dios, la había reducido de forma considerable.

Lo peor había pasado, pensó de nuevo. Y ¿qué tenía ante sí?

Se tumbó en la cama y llamó a Emma Kate.

—¿Qué tal la pizza?

—Era mágica, o al menos Griff ha convencido a Callie de eso, así que se ha ido a dormir con una enorme sonrisa y a la espera de ser una princesa de las hadas que monta un dragón. Antes de que Griff y ella se casen con toda la pompa y el boato de rigor.

—Tiene mano con los niños. Creo que queda mucho del niño que hay dentro de él.

—Me ha besado.

—¿Eso también ha sido mágico? —preguntó Emma Kate sin perder tiempo.

—Todavía tengo reblandecidos los sesos. No le cuentes a Matt que se me han reblandecido los sesos. Se lo contará a Griff y yo me sentiré como una idiota. No sé si es porque hacía mucho tiempo que no me besaban como es debido o porque se le da de miedo.

—He oído que se le da de miedo.

Shelby sonrió y se hizo un ovillo.

—¿A ti se te reblandecieron los sesos la primera vez que Matt te besó?

—Se me licuaron y me chorrearon por las orejas. Suena asqueroso, pero fue así.

—Me siento muy, pero que muy bien, y había olvidado lo que es sentirse tan bien. Tenía que llamarte. He vendido la casa y me han dado un señor beso en la calle principal.

—¿Has...? ¡Oh, Shelby, es genial! Las dos cosas, pero desprenderte de esa casa... Me alegro muchísimo por ti.

—Empiezo a ver la luz, Emma Kate. De verdad que empiezo a ver el camino despejado. Hay algunos baches más que superar, pero veo la luz.

Y parte de esa luz consistía en estar acurrucada en la cama, hablando con su mejor amiga.

El buen día pasó a ser una buena semana. Podía saborear la sensación de ser feliz y productiva, de ganarse su sustento.

Fregó suelos, llenó dispensadores, reservó citas, cobró a los clientes y escuchó habladurías. Se compadeció cuando Crystal se quejó de su novio, y consoló a Vonnice cuando la abuela de la masajista falleció en paz mientras dormía.

Colocó sillas y mesas en la pequeña zona ajardinada en la parte de atrás del spa y plantó algunas flores.

Después de echar un vistazo a la guardería a la que iría Chelsea en otoño, inscribió a Callie. Y sintió el orgullo y la punzada de lo que sabía sería el primero de muchos grados de separación.

Comió helado con Griff y descubrió que el segundo beso podía ser tan poderoso como el primero. Pero le dio largas cuando la invitó a cenar.

—Ahora mismo apenas tengo tiempo. Tengo una rutina en el salón de belleza, así que ahí estoy más relajada. Pero hasta que cante el viernes por la noche y vea cómo va, estoy dedicando el tiempo libre a ensayar y a planificar la semana que viene.

—Después del viernes. —Preparó los elementos que calentarían las baldosas del suelo del nuevo baño—. Porque va a ir genial.

—Eso espero. Tal vez podrías pasarte el viernes por El contrabandista para ver la actuación.

Se puso en cuclillas.

—Pelirroja, no me lo perdería. Me gusta oírte ensayar en la ducha.

—Me marchó ahora mismo a ensayar en el local antes de que abran. Espero que Tansy tenga razón acerca de que la gente quiere oír a alguien cantar canciones antiguas mientras come costillas de cerdo o nachos. —Se presionó el abdomen con una mano—. Lo vamos a averiguar.

—¿Nerviosa?

—¿Por cantar? No. No me pone nerviosa cantar; siento demasiado bien. Lo que me pone nerviosa es que la caja que hagan no justifique lo que me pagan. Tengo que irme. Esto tiene buena pinta.

—Va progresando. —Le brindó una sonrisa—. Convirtamos «progresar» en la palabra de moda. Paso a paso.

—Mmm —dijo, al comprender que no se refería solo al nuevo cuarto de baño.

Hizo un hueco para un último ensayo el viernes por la mañana y se ordenó no pensar en lo que podría hacer con las canciones si tuviera un par de músicos tocando en directo.

Pese a todo, pensó en darle un pequeño toque propio al viejo clásico *As Time Goes By*.

—Tócala otra vez, Sam —dijo Derrick detrás de la barra.

—De todos los cafés y locales del mundo...

—¿Eres fan de las películas antiguas?

—Mi padre lo era, así que teníamos que serlo. Y ¿a quién no le gusta *Casablanca*? ¿Qué te parece, Derrick?

—Me parece que Tansy tenía razón. Vamos a tener llenazo la noche del viernes. —La miró enarcando una ceja mientras apilaba vasos recién lavados de la noche anterior—. ¿Cómo te sientes?

—Esperanzada. —Se bajó del minúsculo escenario—. Solo quiero decir que si no hacéis una buena caja, si no funciona, no pasa nada.

—¿Te has propuesto fracasar, Shelby?

Ella ladeó la cabeza y fue hacia la barra.

—Olvida lo que acabo de decir. Vamos a pegar un pelotazo tan grande, que los

vamos a dejar alucinados y os veréis obligados a darme un aumento.

—No te pases. ¿Quieres una Coca-Cola?

—Ojalá tuviera tiempo, pero debo irme al salón. —Para asegurarse de que no llegaba tarde, sacó el teléfono del bolsillo para mirar la hora—. La gente debería pasarse por aquí esta noche, aunque solo sea para mirar —repuso—. Estoy yo, la chica que se ha pasado una temporada fuera de aquí, y todo el despliegue publicitario que ha hecho Tansy. Panfletos por todas partes y aparezco por toda vuestra página de Facebook. Joder, mi familia es lo bastante numerosa como para ser una multitud, y muchos de ellos estarán aquí. Algo es algo.

—Un pelotazo.

—Un pelotazo —convino—. Te veré esta noche.

Salió distraída, ensayando aún en su interior. Casi ni se fijó en la mujer que se puso a su lado hasta que ella le habló.

—¿Shelby Foxworth?

—¿Perdone? —Se había acostumbrado en tan poco tiempo a que la llamaran Pomeroy otra vez que estuvo a punto de responder que no—. Sí. Hola. —Se detuvo, sonrió y rebuscó en su memoria. Pero no recordaba a la despampanante morena de fríos ojos castaños y perfectos labios rojos—. Soy Shelby. Lo siento, no te reconozco. ¿Quién eres?

—Soy Natalie Sinclair. Soy la mujer de Jake Brimley. Tú lo conocías como Richard Foxworth.

La media sonrisa permaneció en la cara de Shelby mientras las palabras sonaban como en otro idioma a sus oídos.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

Algo felino se agitó en los ojos de la mujer.

—Tenemos que hablar en algún sitio más privado. He visto un parquecito muy mono no lejos de aquí. ¿Por qué no vamos allí?

—No entiendo. Yo no conozco a ningún Jake Brimley.

—Cambiar de nombre no cambia quién eres. —Natalie metió la mano en su bolso azul claro y sacó una fotografía—. ¿Te resulta familiar?

En la fotografía, la morena estaba mejilla con mejilla con Richard. Él tenía el cabello más largo y un poco más claro. Su nariz era un poco diferente, pensó Shelby.

Pero era Richard el que la miraba sonriendo.

—Tú... lo siento... ¿me estás diciendo que estabas casada con Richard?

—No. ¿Es que no he hablado claro? Permite que te lo repita, por si acaso te cuesta entender. Estaba y estoy casada con Jake Brimley. Richard Foxworth no ha existido nunca.

—Pero yo...

—Me ha costado un tiempo localizarte, Shelby. Charlemos.

Brimley no era uno de los nombres que había encontrado en la caja de seguridad del banco. Dios mío, ¿tenía otro? Otro nombre. Otra esposa.

—Debo hacer una llamada. Voy a llegar tarde a trabajar.

—Adelante. Qué pueblecito tan pintoresco, ¿verdad? Si te gustan los armeros y la ropa de camuflaje.

Y ¿no se parecía a Richard hablando?

—También hay arte —dijo Shelby con los dientes apretados—. Música, tradición e historia.

—No hace falta que te mosquees por eso.

—Quienes nos consideran paletos suelen ser esnobs vanidosos provenientes de otro

lugar.

—¡Ay! —Natalie, que parecía divertida, se estremeció—. He metido el dedo en la llaga.

En vez de intentar explicar por teléfono qué estaba pasando, escribió un mensaje de texto a su abuela, se disculpó y avisó de que llegaría un poco tarde.

—Hay a quien le gusta lo pintoresco. Yo soy una chica de ciudad. —Natalie señaló el paso de cebra y comenzó a andar con sus preciosas sandalias de color dorado claro con el talón descubierto—. Igual que Jake. Pero tú no conociste a Jake aquí.

—Conocí a Richard en Memphis. —Todo parecía un tanto borroso—. Yo cantaba con un grupo durante las vacaciones de verano en la universidad.

—Y él simplemente te impresionó. Se le daba bien eso. Excitante, encantador y sexy. Seguro que te llevó a París, a una pequeña cafetería en la margen izquierda. Os hospedasteis en el George V. Te regaló rosas blancas.

Sintió náuseas... y eso debió de reflejarse en su rostro.

—Los hombres como Jake siguen pautas.

Natalie le dio unas palmaditas en el brazo a Shelby.

—No lo entiendo. ¿Cómo puedes estar casada con él? Es decir, está muerto, pero ¿cómo podías estar casada con él? Estuvimos juntos más de cuatro años. Tuvimos una hija.

—Sí, eso fue una sorpresa. Pero entiendo que lo de la familia le resultara conveniente. Yo tuve la mala cabeza de casarme con él... Boda relámpago en Las Vegas. ¿Te suena? Y tuve la sensatez de no divorciarme de él cuando me dejó en la estacada.

Aquello le cayó encima como una losa.

—Nunca estuve casada con él. Eso es lo que significa. Eso es lo que estás diciendo.

—Dado que seguía legalmente casado conmigo, no, nunca estuviste casada con él.

—Y él lo sabía.

—Por supuesto que lo sabía. —Se echó a reír—. ¡Qué chico tan malo! Claro que eso formaba parte del atractivo. Qué chico tan, pero tan malo era mi Jake.

El parque se mantuvo en silencio. No había niños en los columpios ni en el balancín, nadie corría por el césped ni trepaba a las estructuras de juego.

Natalie se sentó en un banco, cruzó las piernas y dio una palmadita al sitio libre a su lado.

—No estaba segura de si lo sabías y seguías el juego. Parece que te la pegó. Pero claro, eso es lo que suele hacer. —Durante un instante, algo que podría haber sido pena parpadeó en el rostro de Natalie—. O solía.

—No puedo pensar. —Shelby se sentó en el banco—. ¿Por qué hacía eso? ¿Cómo podía hacer eso? Oh, Dios mío, ¿hay más? ¿Le hizo esto a otra mujer?

—No sabría decirlo. —Natalie se encogió de hombros—. Pero dado que pasó tan rápido de mí a ti, no creo que haya otra esposa entremedias. Y ese es el período que me interesa.

—No lo entiendo. —De repente se había quedado sin aliento. Apoyó la espalda en el banco, se pasó las manos por el pelo y se lo apartó durante un momento—. No consigo entender nada de esto. Yo nunca he estado casada —dijo despacio—. Todo era falso, igual que el anillo.

—Viviste muy bien durante un tiempo, ¿no? —Natalie se arrimó a ella, y le lanzó una mirada desdeñosa—. París, Praga, Londres, Aruba, San Bartolomé, Roma...

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Cómo sabes adónde fui con él?

—Me he preocupado de saberlo. Teníais un lujoso apartamento en Atlanta, clubes

de campo y vestidos de Valentino. Y, además, la mansión en Villanova. No puedes decir que no te dio muchas cosas. A mí me parece que conseguiste un buen chollo.

—¿Un buen chollo? ¿Un buen chollo? —Recuperó el aliento a causa de la ofensa y la furia que la dominaban—. Me mintió desde el principio. Me convirtió en su puta sin yo saberlo. Creía que lo amaba. Al principio pensé que lo amaba tanto como para dejar a mi familia y todo lo que conocía y creía que quería.

—Un error por tu parte, aunque te compensaron por ello. Te sacó de este pueblucho, ¿no? Oh, perdona, esta ciudad repleta de arte y cultura. Durante unos años te lo dio todo sin necesidad de que hicieras nada, así que no te quejes, Shelby. Es muy poco atractivo.

—¿Y tú, qué? Vienes aquí y me cuentas todo esto. A lo mejor eres una mentirosa.

—Compruébalo tú misma. Pero sabes que no miento. Jake tenía un don para hacer que las mujeres se enamoraran de él e hicieran lo que él quería.

—¿Lo amabas?

—Me gustaba muchísimo y nos lo pasamos de miedo. Eso era suficiente, habría sido suficiente si no me hubiera dejado tirada. Podría decirse que invertí en él. Y el precio que pagué fue alto. Quiero mi recompensa.

—¿Qué recompensa?

—Veintiocho millones.

—¿Veintiocho millones de qué? ¿De dólares? ¿Estás chalada? Ni por asomo tenía tanto dinero.

—Oh, sí que lo tenía. Lo sé porque yo le ayudé a conseguirlo. Un poco menos de treinta millones en relucientes diamantes, esmeraldas, rubíes, zafiros y sellos raros. ¿Dónde está el botín, Shelby? Me conformo con la mitad.

—¿A ti te parece que tengo diamantes, esmeraldas y todo eso? Me dejó endeudada hasta las orejas. Ese es el precio que estoy pagando por creer en él. ¿Cuál has pagado tú?

—Cuatro años, dos meses y veintitrés días en una celda en el condado de Dade, Florida.

—Tú... ¿has estado en la cárcel? ¿Por qué?

—Por fraude, ya que delaté a Jake y a Mickey. Me refiero a Mickey O'Hara, el tercer miembro de nuestra pequeña y feliz banda. Lo último que supe es que a Mickey le quedan aún veinte años. —Con una sonrisa afilada y burlona, agitó el dedo hacia Shelby—. No te conviene que Mickey O'Hara vaya a por ti, Shelby. Puedes creerme.

—Tú contrataste a ese detective privado para que me acosara.

—No puedo decir que lo hiciera. Me encargo yo misma de mis propias investigaciones; es una de mis habilidades. La mitad, Shelby, y desapareceré. Me he ganado cada centavo.

—No tengo la mitad de nada que darte. —Shelby se puso en pie—. ¿Estás diciendo que Richard robó millones de dólares? ¿Que el detective de Florida estaba diciendo la verdad?

—A eso nos dedicamos, encanto. O, en su caso, se dedicaba. Se busca la víctima. Jake se trabajaba mejor a viudas ricas y solitarias. Podía convertirlas en plastilina en cuestión de días. Era fácil que «invirtieran» en un negocio de bienes raíces; esa era su especialidad. Pero el golpe más grande, el mayor de nuestra carrera, el que salió mal, era de joyas y sellos, y la mujer tenía auténticas maravillas. Si esperas que me trague que no sabías nada, no lo estás vendiendo nada bien.

—Yo no estoy vendiendo una puta mierda. Si tuviera todo eso, ¿por qué iba a estar saldando yo sus deudas?

—Siempre fue un acaparador. Y esas joyas quemaban. ¿Los sellos? Tendrías que encontrar el coleccionista adecuado. Cuando se fue al traste, Jake pudo llevarse el botín consigo, pero si hubiera intentado venderlo, incluso desmontando las piedras, lo habrían localizado. Algo así es mejor dejarlo descansar unos años, pasar desapercibido.

—Pasar desapercibido —murmuró Shelby.

—Ese era el plan. Imaginamos que habrían de pasar cuatro o cinco años antes de que pudiéramos liquidarlo y retirarnos. O medio retirarnos, porque ¿quién quiere renunciar a toda la diversión? Tú eras su tapadera, eso está claro. Pero vas a tener que esforzarte mucho más para convencerme de que eres lo bastante estúpida como para no saber nada.

—Fui lo bastante estúpida como para creerle, y voy a tener que vivir con eso.

—Te daré algo de tiempo para que te lo pienses. Aunque fueras pura como la nieve, viviste con ese hombre más de cuatro años, Shelby. Si lo piensas detenidamente, algo se te ocurrirá. Considera una motivación la mitad de casi treinta millones..., o puede que un poco más ahora.

Y entonces le tocó a Shelby ser desdenosa.

—No quiero la mitad de nada de lo que robarais.

—Tú decides. Entrega tu parte y llévate la comisión por haberlo encontrado, si tan sensible eres. Será lo bastante jugosa como para saldar la deuda que tienes. Como ya he dicho, si consigo lo que es mío, me largaré. ¿Quieres quedarte en este pueblo en medio de ninguna parte, trabajando en el salón de belleza de tu abuela por una miseria y cantando los viernes por la noche en un bar de paletos? Es cosa tuya. Yo consigo lo que es mío y tú conservas lo que es tuyo. Tienes una preciosa niñita en la que pensar.

—Si te acercas a mi hija, si se te ocurre acercarte a mi hija, te haré pedazos.

Natalie se limitó a mirar a un lado por encima del hombro, curvando los labios.

—¿Crees que puedes?

Shelby no se lo pensó, sino que actuó. Agarró a Natalie de la pechera de la blusa y la levantó.

—Puedo y lo haré.

—Eso es lo que captó la atención de Jake. Le gustaba que hasta su víctima tuviera algo de genio. Puedes relajarte. No me interesan las niñas ni volver a una celda. Cincuenta-cincuenta, Shelby. Si meto a Mickey en esto, solo te esperan el sufrimiento y el dolor. No es un negociador tan civilizado como yo. —Apartó la mano de Shelby de su blusa—. Piénsatelo. Estaremos en contacto.

Dado que las piernas estaban a punto de ponerse a temblar, Shelby se sentó de nuevo en el banco cuando Natalie se alejó.

¿Veintiocho millones de dólares? ¿Joyas y sellos robados? ¿Bigamia? ¿Con quién narices se había casado o, más bien, creía haberse casado?

Tal vez fuera todo una mentira. Pero ¿qué sentido tendría?

Sin embargo, lo comprobaría, lo comprobaría todo.

Se puso de pie, sacó el móvil mientras caminaba para llamar a Tracey y comprobar que Callie estaba bien.

Cuando llegó al salón estaba otra vez hecha un basilisco.

—Lo siento, abuela.

—¿Qué te ha entretenido y ha hecho que eches fuego por los ojos?

Shelby metió el bolso debajo del mostrador principal.

—Tengo que hablar con mamá y contigo en cuanto estéis libres. Lo siento, señora Hallister, ¿qué tal se encuentra hoy?

La mujer que había en la silla de Viola —la abuela del chico Hallister— esbozó una sonrisa.

—Me encuentro bien. Venía a hacerme un retoque y Vi me ha convencido para que me diera reflejos. Veamos si el señor Hallister lo nota.

—Es bonito embellecer las cosas por primavera. Abuela, tengo que hacer una llamada rápida y luego revisaré los suministros.

—Las toallas ya deben de estar listas para doblar.

—Me ocuparé de eso.

En medio de la charla del salón intercambiaron una mirada. Viola asintió y levantó una mano en alto detrás del respaldo de la silla. Cinco minutos.

Shelby volvió a la lavandería y al almacén y llamó a su hermano Forrest.

No podía pensar en ello. Callie estaba a salvo y Tracey se encargaría de que siguiera siendo así. No sabía una mierda sobre joyas robadas y no reconocería un sello raro ni aunque se lo pegaran en la frente. Si la tal Natalie pensaba lo contrario, tendría que vivir con esa decepción.

Pero le disgustaba lo poco que le costaba creer que Richard (o Jake, o como quisiera que se llamara) hubiera sido un ladrón y un embustero.

Sin embargo, nunca fue su marido, pensó mientras doblaba y apilaba toallas.

Por terrible que fuera, ahora que el peso se había asentado, eso la consolaba.

Haría su trabajo, sonriendo y charlando con los clientes, reponiendo productos. Luego se marcharía a casa, cenaría con su hija antes de ir al bar para asegurarse de que el dinero que le pagaban merecía la pena.

No volvería a fallarle a nadie, incluyéndose a sí misma.

Forrest la encontró al final de la jornada mientras barría el pequeño patio.

—¿La has encontrado? —exigió Shelby.

—No. No hay nadie con ese nombre o descripción ni el hotel, ni en el albergue ni en ninguna de las cabañas ni en la posada. No se aloja en Rendezvous Ridge. Y por el momento no tengo nada sobre una tal Natalie Sinclair que cumpliera condena por fraude en el condado de Dade.

—Es probable que ese tampoco sea su nombre real.

—Es probable que no lo sea, pero seguro que si se queda en Rendezvous Ridge o por los alrededores alguien se acordará de una morena guapa. Echaremos un vistazo más allá si regresa y si te molesta de nuevo.

—Eso no me preocupa.

—Pues debería hacerlo. ¿Se lo has dicho a mamá?

—Se lo he contado a ella y a la abuela, y ellas se lo contarán al resto de la familia. No voy a correr riesgos, Forrest, pero no sé nada de esas joyas ni de esos sellos que dice que busca.

—Puede que sepas más de lo que piensas. No saques las uñas —dijo cuando ella se volvió como un rayo hacia él—. Por Dios, Shelby, ya me imagino que no tenías nada que ver con ello. Pero cabe la posibilidad de que en algún momento él dijera o hiciera algo o tú oyeras sin querer alguna cosa que entonces te pareció rara. Ahora que todo esto está en tu cabeza, a lo mejor algo encajará de repente. Eso es todo.

Cansada, se frotó un punto entre las cejas, donde amenazaba con fraguarse una buena jaqueca.

—Me puso muy nerviosa.

—Me lo imagino.

Shelby profirió una breve carcajada.

—¿Es demencial que en el fondo me alegre de no haber estado nunca casada con él?

—Yo diría que es muy lógico.

—Vale, entonces voy a ser lógica. Aquí he terminado, así que me voy a casa. Mamá ha recogido ya a Callie de casa de Chelsea. Voy a pasar un rato con mi hija y a asegurarme

de que cene bien. Luego me cambiaré y me arreglaré para parecer alguien que debería estar cantando un viernes por la noche.

—Te seguiré a casa. Más vale prevenir que curar —añadió antes de que ella pudiera poner alguna objeción.

—Vale, gracias.

¿Acaso sabía algo, algo enterrado en lo más profundo de su mente?, se preguntó Shelby mientras volvía a casa con Forrest siguiéndola en su vehículo. Era muy cierto que ahora podía recapitular y ver pequeñas señales de que Richard tramaba algo. Las llamadas de teléfono a las que ponía fin cuando ella entraba o pasaba cerca. Las puertas y los cajones cerrados con pestillo o llave. El rechazo de cualquier pregunta que tuviera acerca de lo que él hacía, de adónde iba.

Había pensado en una aventura, y en más de una ocasión, pero hasta entonces jamás se había planteado en serio el robo..., no a gran escala, a pesar de lo que había afirmado el detective. Y millones de dólares en joyas.

Eso era sin duda a gran escala.

Y ahora que lo sabía, ¿qué? Meneó la cabeza mientras accedía al camino de entrada. Ella no tenía nada. Nada de nada.

Cogió sus cosas y se despidió de Forrest con un gesto. Y cuando lo primero que oyó al abrir la puerta principal fue la risa de Callie, se olvidó de todo lo demás.

Después de los besos y los abrazos y del entusiasmado relato de su día con Chelsea, Callie se sentó con un libro de colorear mientras Shelby ayudaba a su madre en la cocina.

—Tienes unos preciosos tulipanes blancos en tu cuarto —comentó Ada Mae.

—¡Oh, mamá, son mis favoritos! Gracias.

—No me des las gracias a mí. Han llegado hace una hora. Son de Griffin. —Ada Mae la miró con una sonrisa—. Me parece que tienes un pretendiente, Shelby Anne.

—No, yo... Ha sido muy amable por su parte. Muy dulce por su parte.

—Es dulce, pero no blandengue. Un joven muy majo.

—No busco ni un pretendiente ni un hombre joven, mamá.

—Siempre he pensado que las cosas son más emocionantes cuando no se buscan y te las encuentras.

—Mamá, no solo debo pensar en Callie y en lo que tengo encima, sino también en lo que me ha caído esta mañana.

—Aun así hay que vivir la vida, cielo. Y un joven agradable al que se le ocurre regalarte flores aporta un bonito toque.

Así era. No podía negarlo mientras contemplaba los blancos tulipanes. Su flor preferida, pensó, por lo que era evidente que Griff le había preguntado a alguien que la conocía. Pensó en ello mientras se ponía un sencillo vestido negro de corte clásico.

Lo buscara o no, Griffin le estaba brindando romanticismo, y hacía muchísimo tiempo que nadie lo había hecho.

Y estaba segura de que él sabía que las flores hacían que pensara en que la había besado... dos veces ya. No podía culparlo por ello, y descubrió que no se culpaba a sí misma por pensar que no le importaría que la besara de nuevo.

Pronto.

Se puso unos pendientes. Había pensado buscar algo llamativo, pero había optado por la sencillez, igual que con el vestido, y se sujetó el cabello a los lados, dejando que

cayera por su espalda en una cascada de rebeldes rizos.

—¿Qué te parece, Callie? —Giró como una modelo para su hija—. ¿Qué tal estoy?

—Mamá guapa.

—Callie guapa.

—Quiero ir contigo. ¡Por favor, por favor!

—Oh, ojalá pudieras. —Se agachó y le acarició el cabello a Callie mientras su hija hacía un mohín—. Pero no dejan entrar a los niños.

—¿Por qué?

—Es la ley.

—El tío Forrest es policía.

Shelby abrazó a su hija, riendo.

—Un policía.

—Ajá. Lo dijo él. Él puede llevarme.

—Esta noche no, cielo, pero te diré qué vamos a hacer: vendrás conmigo a un ensayo la semana que viene. Será una actuación especial solo para ti.

—¿Puedo ponerme mi vestido de fiesta?

—No veo por qué no. Esta noche los yayos van a venir para estar contigo; ya verás qué divertido. —Y en el primer descanso, sus padres volverían y se turnarían. Era estupendo saber que su familia estaría allí—. Vamos abajo. Tengo que ponerme en marcha.

El lugar estaba abarrotado. Había esperado mucha afluencia de público esa primera noche porque la gente era curiosa o, en el caso de la familia y los amigos, para dar su apoyo. Fuera lo que fuese lo que los llevara allí, era estupendo, realmente estupendo saber que se había ganado su salario esa primera vez.

Ya había saludado y dado las gracias por los buenos deseos ininidad de veces antes de conseguir llegar a la mesa que ocupaba Griffin, justo en primera fila.

—Estás impresionante.

—Gracias, ese era el objetivo.

—Has dado en el blanco.

—Gracias por las flores, Griffin. Son preciosas.

—Me alegra que te hayan gustado. Emma Kate y Matt están de camino, o casi, y he tenido que pelearme con una docena de personas para guardarles las sillas. Eso ha pasado casi literalmente con un gigante al que Tansy llama Big Bud.

—¿Big Bud? ¿Está aquí? —Echó un vistazo rápido y divisó su fornido cuerpo embutido en un reservado lateral, devorando unas costillas mientras una chica flacucha que no reconoció, sentada frente a él, picoteaba lo que había en su plato y parecía aburrída—. Fuimos juntos al instituto. He oído que es conductor de camiones de larga distancia, pero...

Su voz se fue apagando cuando su mirada pasó sobre Arlo Kattery y volvió atrás para enfrentarse a sus ojos.

No había cambiado demasiado, pensó, y sus ojos claros todavía tenían el poder de provocarle escalofríos cuando la miraban.

Estaba relajado en una silla, sentado a una mesa con un par de hombres a quienes creyó reconocer como los mismos dos con los que siempre había andado.

Esperaba que no se quedaran demasiado y que se llevaran a Arlo y su mirada de serpiente al Shady, donde solían gastarse el dinero en cerveza.

—¿Qué te pasa? —preguntó Griff.

—Oh, nada, solo alguien de hace unos cuantos años. Suponía que esta noche vendrían algunas personas, picadas por la curiosidad de ver si me levanto o si me caigo.

—Éxito —dijo Griff—. Esa es la palabra de moda, ya que tú lo vas a tener.

Shelby se volvió hacia él, olvidándose de Arlo.

—Qué bien se te dan las palabras de moda.

—La palabra de moda tiene que encajar. Esta encaja. Se suponía que tenía que avisarte de que Tansy ha colocado allí a tus padres y a Clay y a Gilly. —Señaló una mesa a su derecha con un enorme cartel en el que ponía: RESERVADO—. Nadie ha discutido con ella por eso. Ni siquiera Big Bud.

—Oh, Big Bud siempre ha idolatrado a Clay. Es un buen tío, Griff, solo que un poco... insistente a veces. Mi padre estaba esperando a que mi madre terminara de arreglarse, así que no tardarán en llegar. De verdad que me alegra que estés aquí.

—¿Dónde iba a estar si no?

Shelby vaciló, pero se sentó. Disponía de todo el tiempo del mundo.

—Griffin, en realidad no vas a hacer ni el menor caso de lo que dije acerca de que mi vida es un auténtico desastre y todo lo demás, ¿verdad?

—A mí no me parece que sea un desastre.

—Tú no estás metido en ella. Y hoy he descubierto más cosas, cosas peores. No puedo hablar de ello en este momento, pero es un embrollo tremendo.

Griff le acarició el dorso de la mano con la suya.

—Yo te ayudaré a desembrollarla.

—¿Porque te dedicas a eso?

—Por eso, y porque siento una atracción por ti que no deja de crecer. Y tú la sientes por mí.

—¿Estás seguro?

Griff se limitó a sonreír.

—Te estoy viendo, pelirroja.

—No tengo derecho a sentirme atraída por ti —farfulló. Luego, igual que le pasó con la risa de Callie, se olvidó de ello—. Pero a lo mejor sí. —Su sonrisa era pura tentación cuando se puso en pie—. A lo mejor sí. —Deslizó un dedo por su brazo y sintió la profunda vibración. Había olvidado lo embriagador que podía ser ese pequeño y simple poder—. Disfruta del espectáculo.

Volvió a la cocina, que era un auténtico caos, y fue al despacho, pequeño como un cuarto escobero, para tomar aire.

Tansy entró corriendo.

—Oh, Dios mío, Shelby, estamos hasta arriba. Derrick está echando una mano detrás de la barra para poder dar abasto. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás preparada? Yo estoy de los nervios. —Se llevó una mano al vientre—. Y tú pareces más fresca que una lechuga. ¿No estás nerviosa?

—No por esto. Hay muchas cosas por las que debo estar nerviosa, pero ¿esto? Es como ponerme unas viejas zapatillas. Lo haré bien por vosotros, Tansy.

—Eso ya lo sé. Dentro de unos minutos voy a salir, los voy a hacer callar y voy a anunciarte. —Se sacó un irregular trozo de papel del bolsillo—. Mi lista. Lo hago mejor si tengo una. Vale. La máquina está programada como querías y ya sabes qué hacer.

—Lo sé.

—Si algo va mal con...

—Improvisaré sobre la marcha —le aseguró Shelby—. Gracias por reservar una

mesa para mis padres.

—¿Estás de coña? Pues claro que les hemos reservado asientos de primera fila; eso era lo primero de la lista. Y seguirán reservados cuando se marchen hasta que lleguen tus abuelos. Tengo que comprobar unas cosas y después nos tiramos de cabeza. ¿Necesitas algo?

—Lo tengo todo.

Dado que quería que fuera fluido y natural, salió temprano y charló con algunos conocidos en la barra. Se pidió una botella de agua.

Sabía que su madre solía alterarse cuando ella actuaba —o así había sido antes—, y por eso no fue a la mesa de sus padres, sino que les brindó una sonrisa. Y otra a Matt y a Emma Kate. Y una más para Griffin cuando Tansy se subió al pequeño escenario.

Cuando Tansy habló por el micrófono, el ruido y las voces se acallaron un poco.

—Bienvenidos a nuestro primer Viernes Noche. Esta noche en El contrabandista vamos a viajar atrás en el tiempo hasta los años cuarenta, así que poneos cómodos y disfrutad de los martinis y las copas mientras nosotros os proporcionamos el entretenimiento. La mayoría conocéis a Shelby y la habéis oído cantar. Los que no la conocéis, os lo vais a pasar de maravilla. A Derrick y a mí nos complace y nos llena de orgullo tenerla esta noche aquí, en nuestro escenario. Y ahora, demos una bienvenida digna de Rendezvous Ridge a nuestra Shelby Pomeroy.

Shelby se subió al escenario y se enfrentó a la sala, a los aplausos.

—Quiero daros las gracias a todos por venir esta noche. Me alegra mucho estar de vuelta en Rendezvous Ridge, oyendo voces familiares y respirando el saludable aire de las montañas. Esta primera canción me hace recordar lo que era estar lejos.

Comenzó con *I'll Be Seeing You*.

Y ahí se sentía ella misma. Shelby Pomeroy haciendo lo que mejor se le daba.

—Es simplemente increíble —murmuró Griff—. Un éxito.

—Siempre lo ha sido. Te brillan los ojos. —Emma Kate le palmeó el brazo.

—No pasa nada, puedo ver bien con ellos. Solo alegran las cosas.

Shelby cantó la primera serie, satisfecha al ver entrar a la gente, abarrotar la barra o las mesas. Cuando se tomó un descanso, Clay fue derecho hacia ella y la levantó en vilo.

—Estoy muy orgulloso de ti —le susurró al oído.

—Me he sentido genial. Realmente genial.

—Ojalá pudiéramos quedarnos, pero tengo que llevar a Gilly a casa.

—¿Está bien?

—Solo cansada. Es la primera noche en un mes que está levantada después de las nueve. —Rió, y le dio otro achuchón a Shelby—. Ven a vernos antes de que nos marchemos.

Miró hacia allí y vio a Matt y a Griff juntando las mesas para unir a su familia y a sus amigos.

Tal vez hubiera empezado mal el día, pensó, pero se estaba convirtiendo en una noche perfecta.

Pasó un rato con ellos y luego volvió a la barra a por más agua.

Sus sentimientos no se vieron afectados cuando se percató de que Arlo y sus amigos se marchaban. Se desharía de la ligera incomodidad que le provocaba que él la mirase.

A menudo la había mirado así, de esa misma forma, cuando eran adolescentes. Y, por lo que recordaba, había intentado llevarla a dar una vuelta en su moto o que se escapara con él a tomar una cerveza.

Ella nunca había hecho ninguna de las dos cosas.

Y le resultaba espeluznante que al cabo de tantos años siguiera mirándola fijamente, sin parpadear, como un lagarto.

Griff se acercó con sigilo a la barra y se colocó a su lado, lo que le hizo pensar en una compañía mucho más agradable.

—Sal conmigo mañana por la noche.

—Oh, yo...

—Dale un respiro a este tío, Shelby. Quiero pasar algo de tiempo contigo. Solo contigo.

Ella se dio la vuelta y lo miró a los ojos; atrevidos, verdes e inteligentes. Nada en esos ojos hacía que se sintiera incómoda.

—Creo que yo también lo quiero, pero no me parece bien dejar a Callie dos noches seguidas y pedirles a mis padres que cuiden otra vez de ella.

—Vale. Elige una noche de la semana que viene. Cualquier noche y cualquier lugar al que quieras ir.

—Ah... Seguramente el martes sería el mejor día.

—El martes. ¿Adónde quieres ir?

—Tengo muchas ganas de ver tu casa.

—¿De veras?

Shelby esbozó una sonrisa.

—De veras, y he estado intentando descubrir cómo invitarme a que me la enseñaras.

—Eso está hecho.

—Podría llevar la cena.

—Yo me encargo de eso. ¿A las siete?

—Si quedamos a las siete y media, podría bañar a Callie antes de irme.

—A las siete y media.

—Antes tengo que hablarlo con mi madre, pero supongo que le parecerá bien. Y tú deberías saber qué otras cosas han surgido antes de que tengamos una cita.

—Ya tenemos una cita. —La besó con suavidad y luego se alejó.

Pensó que ese breve gesto había sido una declaración, una especie de marca. Y no conseguía saber si eso le molestaba o no. Lo relegó al fondo de su mente cuando volvió al escenario para la siguiente actuación.

Vio a Forrest entrar con sus abuelos y ocupar los asientos vacíos.

Pero no se fijó en la morena hasta que hubo cantado la mitad de las canciones. A Shelby le dio un vuelco el corazón, pero siguió cantando cuando sus miradas se encontraron.

¿Había estado allí todo el rato, en una mesa al fondo, apenas visible en la penumbra?

Shelby apartó la mirada y trató de captar la atención de Forrest, pero él se había acercado a la barra y no miraba en su dirección.

La morena se levantó y se quedó quieta un momento, bebiendo de una copa de martini. Luego la dejó y se puso una chaqueta oscura. Esbozó una sonrisa, se besó la yema de un dedo y lo agitó hacia Shelby. Se marchó acto seguido.

Terminó de cantar. ¿Qué otra cosa podía hacer? A continuación fue derecha hacia Forrest.

—Ella ha estado aquí.

Forrest no le preguntó a quién se refería.

—¿Dónde?
—Al fondo.
—¿Quién? —exigió Griff.
—Se ha marchado —continuó—. Hace cosa de un cuarto de hora. Se ha ido, pero ha estado aquí.
—¿Quién? —exigió Griff de nuevo.
—Es difícil de explicar. —Shelby puso una sonrisa en su cara, se volvió y saludó cuando alguien dijo su nombre—. Tengo que trabajar. A lo mejor podrías contarles algo, Forrest. No he podido llamar tu atención cuando la he visto, pero te juro que estaba aquí.
—¿Quién? —exigió por tercera vez Griff cuando Shelby se acercó a otra mesa.
—Te hablaré de ello, pero voy a echar un breve vistazo afuera.
—Te acompaño. —Cuando Matt se dispuso a levantarse, Griff meneó la cabeza—. Cuida de la mesa. Enseguida volvemos.
—¿Qué es todo esto? —Viola se inclinó hacia delante.
—Nada de lo que preocuparse. Te lo explicaré cuando vuelva. —Forrest le frotó el hombro y se dirigió afuera con Griff.
—¿Qué coño pasa, Forrest? ¿Qué mujer? ¿Y por qué Shelby tenía esa expresión?
—¿Qué expresión?
—Medio asustada, medio cabreada.
Forrest se detuvo junto a la puerta.
—La entiendes muy bien.
—Lo estoy convirtiendo en una carrera. Acostúmbrate.
—¿En serio?
—En serio.
Forrest entrecerró los ojos mientras asentía.
—Tengo que pensar en eso. Entretanto, buscamos a una morena de unos treinta años, metro setenta y ojos castaños.
—¿Por qué?
—Porque parece ser que estaba casada con el tío con el que Shelby creía estar casada.
—¿Qué? ¿Creía? ¿Qué?
—Y es mala gente..., igual que el gilipollas con el que es probable que al final Shelby no estuviera casada. Mucho peor de lo que imaginaba, y eso que me imaginaba lo peor de lo peor.
—¿Estaba o no estaba casada Shelby?
—Es difícil decirlo.
—¿Cómo puede ser difícil decirlo? —Frustrado, y cada vez más cabreado, Griff levantó las manos en el aire—. O lo estaba o no lo estaba.
Forrest escudriñó la calle, los coches aparcados en el arcén, el escaso tráfico que circulaba.
—¿Por qué la gente del norte siempre tiene tanta prisa? Lleva tiempo contar una historia como es debido. Voy a hacerlo mientras vamos hacia la parte de atrás a ver si hay algo. ¿Le has puesto las manos encima a mi hermana?
—No demasiado. Aún no. Pero pienso hacerlo, así que acostúmbrate también a eso.
—¿Quiere ella que se las pongas encima?
—Joder, Forrest, ya deberías conocerme a estas alturas. No la tocaré a menos que ella quiera que la toque.

—Te conozco muy bien, Griff, pero estamos hablando de mi hermana, así que tengo que conocerte más. Y es a mi hermana a la que han jodido por todas partes. Así que eso exige aún más.

Le contó la historia mientras rodeaban un lado del edificio y se dirigían al aparcamiento de la parte de atrás.

—¿Y tú crees que esta mujer dice la verdad?

—Cuenta las suficientes cosas de forma directa como para que yo esté seguro de que el cabrón con el que estaba Shelby era un mentiroso y un ladrón. Voy a investigar esos millones en joyas y sellos que afirma que robaron o estafaron a alguien. —Sus ojos, ensombrecidos por la escasa iluminación, escudriñaron los coches—. Si no hubieran recogido la mesa de la morena, podría haber sacado huellas y haber conseguido su nombre real.

—Si dice la verdad en cuanto a que estaba casada con Foxworth, él estuvo usando a Shelby todo el tiempo. —Griff se metió las manos en los bolsillos y se alejó—. Y Callie...

—Callie va a estar bien de todas formas. Shelby se encargará de ello. Pero me gustaría tener una conversación con esa mujer que la está acosando.

—Es morena, ¿verdad que sí? Una morena sexy de ojos castaños.

—Eso es.

—No creo que vayas a tener ninguna conversación con ella. Será mejor que vengas aquí. —Griff respiró hondo mientras Forrest corría hacia él—. Parece que la hemos encontrado.

Estaba sentada, desplomada en el asiento del conductor de un BMW plateado, con los ojos abiertos y la mirada vacía. La sangre salía todavía del diminuto agujero que había en su frente.

—Mierda. ¡Mierda! —repitió Forrest—. No toques el coche.

—No estoy tocando una mierda —dijo mientras su amigo sacaba su móvil—. No he oído ningún disparo.

Forrest sacó una fotografía desde el lateral y otra desde el frente.

—Calibre pequeño, y ¿ves que el borde del orificio de entrada está chamuscado? Ha sido a bocajarro. Le han puesto el cañón en la frente y han apretado el gatillo. Puede que alguien oyera una pequeña detonación, pero no habría sido muy ruidosa. Tengo que llamar a mi jefe.

—¿Y Shelby?

Al igual que Griff, Forrest miró de nuevo hacia el bar.

—Vamos a esperar un poco. Esperemos solo un poco. Tenemos que asegurar la zona. Y vamos a tener que empezar a hablar con gente dentro del bar. ¿Sheriff? —Forrest cambió de postura y se colocó bien el móvil—. Sí, señor. Tengo un cadáver aquí, en el aparcamiento del bar brasería El contrabandista. Sí, señor, seguro que está muerta. —Miró a Griff mientras hablaba y casi sonrió—. Estoy seguro porque la tengo delante y estoy viendo la herida de bala de calibre pequeño, a bocajarro, que tiene en la frente. Entendido. —Con un suspiro, Forrest se guardó el móvil en el bolsillo—. Ojalá me hubiera terminado la cerveza porque la noche va a ser larga y seca. —Estudió el cadáver otro momento y luego se volvió hacia Griff—. Te nombro ayudante sustituto.

—¿Qué?

—Eres un individuo competente y mantienes la cabeza fría cuando encuentras un cadáver, como acabas de demostrar, Griff. No te pones nervioso así como así, ¿verdad?

—Es mi primer cadáver.

—Y no has gritado como una chica. —Apoyó una fuerte mano en el hombro de Griff y le dio una palmadita de amigo—. Además, resulta que sé que tú no la mataste, dado que estabas dentro conmigo.

—Yuju.

—Todavía está caliente, así que no lleva mucho muerta. En mi camioneta tengo algunas cosas que me son necesarias y necesito que te quedes aquí. Aquí mismo.

—Eso sí puedo hacerlo.

Porque ¿qué otra cosa podía hacer?, pensó mientras Forrest iba a su camioneta.

Trató de analizar aquello de forma detallada. La mujer había estado dentro y luego había salido y se había montado en su coche. La ventanilla del lado del conductor estaba bajada.

La noche era bastante cálida. ¿La había bajado para que entrara el aire o porque alguien se había acercado al coche? ¿Una mujer sola en un aparcamiento de un bar le bajaba la ventanilla a un desconocido?

Quizá, pero parecía menos probable que el hecho de que la bajara por alguien a quien sí conociera.

Pero...

—¿Por qué tiene la ventanilla bajada? —le preguntó a Forrest—. Por lo que me has contado, no conocía a nadie de por aquí. Parecía tener mucha calle, así que ¿por quién bajaría la ventanilla?

—Llevas dos minutos ejerciendo de ayudante y ya piensas como un poli. Haces que me enorgullezca de mi capacidad para evaluar el carácter de los demás. Ponte esto.

Griff miró los guantes.

—Joder, tío.

—No quiero que toques nada. Es probable que no, pero por si las moscas. Utiliza tu móvil y toma algunas notas por mí.

—¿Por qué? ¿No van a venir refuerzos?

—Estarán de camino. Esta mujer atacó a mi hermana. Quiero tener ventaja. Coge la marca, el modelo y la matrícula. Vamos, haz una foto de la matrícula. Es un coche de alquiler de lujo. Averiguaremos dónde lo consiguió. —Enchufó el interior del coche con su linterna—. El bolso sigue aquí, en el asiento del pasajero. Cerrado. Las llaves están en el contacto.

—Tuvo que haber girado la llave para bajar la ventanilla. No conocía el pueblo, así que se habría encerrado en el coche, ¿no?

—Tío, si alguna vez abandonas la carpintería y esas cosas, me quedo contigo. —Forrest abrió la puerta del pasajero, se puso en cuclillas y abrió el bolso—. Tiene aquí una bonita Glock.

Griff se inclinó sobre el hombro de Forrest.

—¿Llevaba un arma en el bolso?

—Esto es Tennessee, Griff. La mitad de las mujeres de este sitio llevan armas encima. Cargadas, sin disparar. Yo diría que no la ha disparado recientemente. Tiene carnet de conducir de Florida a nombre de Madeline Elizabeth Proctor, y ese no es el que le dijo a Shelby. Dirección de Miami. Fecha de nacimiento, el 22 de agosto de 1985. Lleva un pintalabios, que parece bastante nuevo, y una navaja de combate plegable.

—Joder.

—Y bonita, además. Una Blackhawk. Tarjetas Visa y American Express con el mismo nombre. Tenemos doscientos... treinta y dos dólares en efectivo. Y una llave de

tarjeta de una habitación en el hotel Buckberry Creek de Gatlinburg. Muy lujoso.

—No quería que la hicieran marcharse por la fuerza. —Cuando Forrest miró, Griff se encogió de hombros—. Debía de saber que Shelby tenía un hermano policía. Si atacaba a Shelby, habría un policía que la obligaría a marcharse. Además de una amplia familia al acecho. Así que puso cierta distancia entre Rendezvous Ridge y ella y le dio a Shelby un nombre falso.

—¿Ves por qué te he nombrado ayudante? Bueno, ¿qué crees que ha pasado aquí?

—¿En serio?

—Hay una mujer muerta en el coche, Griff. —Picado por la curiosidad, Forrest se enderezó y rotó los hombros—. En resumidas cuentas, esto es muy serio.

—Bueno, yo diría que ha venido esta noche para poner nerviosa a Shelby. Podría marcharse en cuanto Shelby la viera. Ha salido y se ha montado en su coche, probablemente para volver a Gatlinburg. Alguien se ha acercado al vehículo por el lado del conductor. Me inclino a pensar que ella ha reconocido a la persona y se ha sentido lo bastante cómoda como para bajar la ventanilla en vez de marcharse o sacar el arma. Después de que bajara la ventanilla...

Griff simuló que se llevaba un arma a la frente y apretaba el gatillo con el pulgar.

—Eso mismo creo yo. Si no supiera que mi madre te llamaría a ti en vez de a mí cuando haya que lijar y pintar los porches, te convencería para que te unieras al departamento del sheriff.

—De ninguna manera. No me gustan las armas.

—Lo superarías. —Desvió la mirada hacia el coche patrulla que llegaba—. Mierda, debería haber sabido que mandaría primero a Barrow. Es un tipo bastante afable, pero más lento que una tortuga coja. Vuelve adentro, Griff, y llévate a Derrick aparte e infórmale.

—¿Quieres que yo informe a Derrick?

—Ahórrame un poco de tiempo. Es un individuo competente y ha estado trabajando en la barra casi toda la noche. Puede que haya visto a alguien que no le encajara.

—Quien haya hecho esto hace mucho que se ha ido.

—Sí, por ahora, en cualquier caso. Eres mucho más rápido que Barrow, Griff. Claro que eso no es decir gran cosa.

—¿Qué tenemos aquí, Forrest? Hola, Griff, ¿qué tal? El sheriff ha dicho... ¡Hostia puta! —exclamó Barrow cuando vio el cadáver—. ¿Está muerta?

—Yo diría que afirmativo, Woody.

Forrest miró a Griff y puso los ojos en blanco.

Griff fue adentro a buscar a Derrick y a ponerlo al corriente.

Shelby se sentó en el diminuto despacho con la Coca-Cola que Tansy le había puesto en las manos. No creía que pudiera tragar nada.

O. C. Hardigan había sido el sheriff desde que alcanzaba a recordar. Siempre le había dado un poco de miedo, pero suponía que se debía a la placa más que al hombre. Aunque nunca se había metido en ningún lío..., en ninguno grave. Había encanecido del todo desde que ella se marchó del pueblo, así que el pelo rapado parecía un estropajo. Su rostro de mandíbula cuadrada estaba más relleno que antes y tenía una barriga más generosa.

Olía a menta por encima del tabaco.

Sabía que estaba siendo amable con ella y se lo agradecía.

Había dicho que Forrest le había dado un informe completo sobre su encuentro con la víctima —llamaba «la víctima» a la mujer—, pero Shelby lo repasó toda otra vez.

—¿Y nunca la habías visto, contactado o hablado con ella antes de esta mañana?

—No, señor.

—Y tu... el hombre a quien conocías como Richard Foxworth ¿nunca mencionó a nadie que se llamara Natalie Sinclair o Madeline Proctor?

—No, señor, no que yo recuerde.

—Y este detective privado... el tal Ted Privet... ¿nunca te mencionó su nombre?

—No, sheriff, de eso estoy segura.

—¿Y qué hay del tal Mickey O'Hara del que ella te habló?

—Nunca había oído hablar de él con anterioridad. No hasta que ella habló de él.

—Muy bien. ¿Qué hora dirías que era cuando la has visto esta noche?

—Creo que debían de ser más o menos las diez y media. Puede que las diez y veinticinco. Había cantado más de la mitad de la tercera serie de canciones y había empezado justo a las diez. Ella estaba al fondo, en el rincón de la derecha. —Levantó la mano para indicarlo—. A mi derecha, claro. No la había visto antes de eso, pero había poca luz al fondo. —Se obligó a tomar un trago—. En cuanto la vi, se levantó. Sin prisas. Como si dijera: «Vale, ahora que me has visto, ahora que he dejado las cosas claras, ya me puedo ir». Tenía una copa de martini, pero no sé quién se encargaba de esa mesa. Por lo menos pasó un cuarto de hora hasta que terminé esa parte de la actuación y pude contárselo a Forrest. Puede que pasara más tiempo, pero no más de veinte minutos. Me quedaban cuatro canciones después de la que estaba cantando cuando la vi. Y no me alargué mucho con la charla entre una canción y otra. Así que un cuarto de hora, probablemente no más de diecisiete minutos.

—¿Has visto que la siquiera alguien afuera?

—No, pero en cuanto ella se levantó y se dispuso a marcharse, yo busqué a Forrest. No estaba mirando hacia la puerta.

—Seguro que esta noche has visto un montón de rostros conocidos entre la multitud.

—Así es. Ha sido estupendo ver a todo el mundo. —Pensó en Arlo—. A casi todos.

—También un montón de rostros desconocidos.

—Tansy le ha dado mucha publicidad. Repartió folletos por todas partes. He oído que esta noche ha venido un montón de gente que se aloja en el hotel o en la posada, e incluso han venido campistas. La novedad, ya sabe.

—Ojalá hubiera estado aquí. Mi mujer y yo no nos lo perderemos la próxima vez. Bueno, ¿te ha llamado alguien la atención, Shelby? ¿Alguien que no te diera buena espina?

—No me he fijado. Arlo Kattery estuvo aquí con los dos con los que va siempre, pero se marcharon al principio de la segunda parte de la actuación.

—Arlo suele ir al Shady o a uno de los restaurantes de carretera.

—Se limitó a sentarse para tomarse unas cervezas y se marchó. Solo pienso en él porque siempre me ha dado mala espina.

—Siempre ha sido así.

—Supongo que me he fijado en los rostros familiares y en las parejas la mayor parte del tiempo. Muchas de las canciones que he cantado esta noche son románticas, así que he jugado con eso. No puede haber sido nadie del pueblo, sheriff. Aquí no la conocía nadie.

El sheriff le dio una palmadita en la mano.

—No te preocupes más. Lo descubriremos. Si se te ocurre alguna otra cosa, lo que sea, dímelo. O díselo a Forrest, si te es más fácil.

—No sé qué pensar. No sé qué pensar de esto.

Griff había hecho todo lo que había podido en la zona de restaurante. Echó una mano organizando a la gente para que los ayudantes del sheriff pudieran tomar declaración o los nombres. Colaboró con Derrick sirviendo café, refrescos y agua mientras otro ayudante interrogaba al personal de la cocina.

Salió una vez para tomar el aire y vio las luces de la policía alrededor del BMW; sin saberlo, lo había hecho en el momento oportuno, por lo que los vio cargando el cuerpo embolsado en la furgoneta del forense.

Una experiencia que se alegraría de no repetir jamás, decidió.

La segunda vez que hizo la ronda con el café, Forrest se lo llevó aparte.

—Shelby va a salir dentro de uno o dos minutos. Yo tengo que seguir metido en esto. Así que te confío a mi hermana porque sé que puedo, Griff.

—Cuidaré de ella.

—Sé que lo harás. Ha convencido a Emma Kate para que se fuera a casa, y tal vez sea lo mejor. Se irá de aquí más rápido si otra mujer no la aborda y le pide detalles. Llévatela a casa.

—Puedes contar con ello.

—Sé que puedo. El forense lo sabrá con seguridad en cuanto le saque la bala, pero a ojo de buen cubero, cree que es del calibre 25.

—¿Sabes ya quién es? ¿Su nombre verdadero?

Forrest negó con la cabeza, distraído.

—Ya le hemos tomado las huellas. Yo mismo haré la búsqueda esta noche. Ahí viene Shelby. Dame un segundo con ella y luego sácala de aquí. Si se opone, llévatela en brazos.

—Si lo hago, no me dispares.

—Esta vez no.

Forrest se acercó, asió a Shelby de los hombros mientras estudiaba su rostro y se limitó a contemplarla, a abrazarla.

Lo que le dijo, fuera lo que fuese, hizo que ella meneara la cabeza una y otra vez mientras se aferraba a él. Acto seguido se encorvó un poco y se encogió de hombros. Cuando Forrest la soltó, ella miró a Griff.

Se encontró con ella a mitad de camino.

—Forrest dice que tienes que llevarme a casa. Siento que sea tan quisquilloso.

—Da igual lo que diga Forrest, yo te llevo a casa. Los hombres no somos quisquillosos: esa es una palabra de chicas. Nosotros somos lógicos y protectores.

—A mí me parece un quisquilloso, pero gracias.

—Vamos.

—Antes debería buscar a Tansy, a Derrick o...

—Están ocupados. —No llegó al extremo de llevársela en brazos, pero la cogió de la mano y la alejó con firmeza del edificio y de las potentes luces—. Nos llevaremos tu monovolumen.

—¿Cómo vas a irte a tu casa si...?

—No te preocupes por eso. Necesitarás tu coche, así que conduciré yo. —Tendió la mano para que le entregara las llaves.

—De acuerdo. Estoy demasiado conmocionada como para discutir. Nadie la conocía por aquí. La gente de la zona no se acerca a una mujer desconocida sin más y le dispara en la cabeza, por Dios bendito.

—Lo que nos indica que quien lo hizo no es de por aquí.

Shelby lo miró con manifiesto alivio.

—Eso es lo que le he dicho al sheriff.

—Se trajo los problemas consigo, Shelby. Es la conclusión que yo saco.

—Tiene que ser el tal O'Hara. —El hombre sobre el que le había advertido la morena, recordó Shelby—. Dijo que estaba en la cárcel, pero mintió sobre su propio nombre, así que a saber en qué más mintió. Si ha sido él, y si ella decía la verdad sobre Richard y sobre todos esos millones, no resulta seguro estar cerca de mí.

—Muchas suposiciones me parecen. Voy a añadir unas cuantas. —Le lanzó una mirada, sintiendo más de lo que podía expresar que la chispa que había encendido cuando cantaba se hubiera apagado—. Si el tal O'Hara está por aquí y ha hecho esto, y si piensa que a lo mejor tú sabes algo sobre esos millones, hacerte daño sería una gran estupidez. —Esperó a que ella se montara en el monovolumen y luego se sentó al volante—. Y si es tan cabrón, ¿por qué ella no huyó ni cogió la pistola de su bolso? ¿Por qué se quedó ahí sentada?

—No lo sé. —Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento—. Creía que las cosas no podían volverse más descabelladas. Después de que Richard muriera y que mi mundo se hundiera, pensé que ya nada podía ir a peor. Entonces, todo fue a peor. Luego pensé: «Vale, esto ya no puede ir a peor y vamos a superarlo». Luego vino ella y todo volvió a ir a peor. Y ahora esto.

—Has tenido una racha de mala suerte.

—Supongo que puede decirse así.

—La suerte cambia. La tuya ya lo ha hecho. —Siguió la serpenteante carretera a una velocidad tranquila—. Has vendido la casa y estás saldando la deuda. Esta noche has abarrotado el local y te has metido a todo el mundo en el bolsillo.

—¿De veras lo crees?

—He estado en el bar —dijo—. Y tienes una cita pendiente conmigo. Soy un partido cojonudo.

Shelby no creía que le quedaran ganas de sonreír, pero él se las encontró.

—¿En serio?

—Muy en serio. Si no te lo crees, pregúntale a mi madre. Joder, pregúntale a la tuya.

—No te falta autoestima, ¿verdad, Griffin?

—Sé quién soy —aseveró mientras se detenía frente a la casa.

—¿Cómo narices vas a llegar a tu casa? —Se presionó con los dedos ese punto entre los ojos donde se concentraba su jaqueca—. Ni siquiera se me había ocurrido. Puedes llevarte el monovolumen y yo puedo pedirle a mi padre que me acerque a recogerlo por la mañana.

—No te preocupes por eso.

Griff bajó del vehículo y lo rodeó. Ella había abierto la puerta antes de que llegara, pero la tomó de la mano cuando se apeó.

—No tienes por qué acompañarme a la puerta.

—Es solo una de las muchas cosas que me convierten en un partidazo.

La puerta se abrió cuando se acercaron.

—Oh, pequeña mía.

—Estoy bien, mamá.

—Pues claro que sí. Entra, Griffin. —Ada Mae le dio un fuerte abrazo a Shelby—. Los abuelos se han pasado por aquí y nos lo han contado todo. ¿Forrest sigue aún allí?

—Sí, aún sigue allí.

—Bien. No te preocupes por Callie. He ido a verla hace cinco minutos y está dormida como un tronco. ¿Por qué no os preparo algo de comer?

—No podría, mamá.

—Deja que le eche un vistazo a la niña. —Clayton se acercó y le alzó la cara a Shelby—. Estás pálida y cansada.

—Supongo que sí.

—Si no puedes dormir, te daré alguna cosilla. Pero inténtalo primero.

—Lo haré. Creo que me voy arriba. Papá, Griff ha dejado su camioneta en la parte de atrás del bar para poder traerme a casa. Gracias, Griff. —Se volvió y le besó en la mejilla.

—Voy a acostarte y a arroparte. —Ada Mae rodeó la cintura de Shelby con un brazo—. Gracias por ocuparte de mi niña, Griff. Eres un buen chico.

—Pero ¿soy o no un buen partido?

Ada Mae esbozó una sonrisa perpleja al oír la risa cansada de Shelby.

—El mejor de todos. Vamos, mi niña.

Clayton esperó hasta que subieron las escaleras.

—¿Tienes tiempo para una birra y algunos detalles, Griff?

—Si lo cambias por una Coca-Cola o un ginger ale, tengo tiempo. Pienso pasar la noche en ese sillón de ahí de todas formas.

—Puedo llevarte hasta tu camioneta.

—Me sentiría mejor pasando la noche aquí. No creo que vaya a haber ningún problema, pero me sentiría mejor estando aquí.

—De acuerdo. Nos tomaremos una Coca-Cola y charlaremos. Después te daré una almohada y una manta.

Una hora más tarde, Griff se tumbó en el sillón. Era un sillón muy cómodo. Bien sabía Dios que había dormido en sitios mucho peores. Contempló el techo durante un rato,

pensando en Shelby, rememorando algunas de las canciones que ella había cantado esa noche.

En algún momento había dejado que todo el asunto diera vueltas en su cabeza, igual que las canciones. Así solucionaba la mayoría de los problemas. Dejaba que todas las piezas dieran vueltas e intentaba encajarlas, separándolas de nuevo hasta que se formaba una imagen.

En ese momento la única imagen nítida era la de Shelby.

Tenía muchísimos problemas, de eso no cabía la menor duda. Quizá no pudiera resistirse a una dama en apuros. Si bien nunca utilizaría ese término en voz alta. Además, si a una mujer le gustaba el término, si era de las que solo querían sentarse de brazos cruzados, sin hacer nada, mientras él la rescataba, bueno, le aburriría en poco tiempo. Y eso sería justo antes de que le irritara tanto que no quisiera volver a verla en la vida.

Así que, pensándolo bien, lo más seguro era que no se tratase de eso de la dama en apuros. Tenía que cambiarlo por una mujer lista y fuerte que solo necesitaba un poco de ayuda. Y a eso había que sumarle su aspecto y su carácter. Su forma de ser.

Sería imbécil si no quisiera el paquete completo.

Y él no era imbécil.

Dejó que sus ojos se cerraran y ordenó a su mente que se dejara llevar. Mientras hacía eso, se sumió en un sueño ligero e intranquilo hasta que, cuando estaba a punto de empezar a soñar, oyó algo que le puso de nuevo en alerta.

Se preguntó si se trataría de los ruidos típicos de una casa vieja mientras aguzaba el oído.

No. Era el crujido de las tablas del suelo y el sonido de pasos. Se levantó del sillón y con sigilo fue hacia el sonido. Y encendió las luces, preparado para atacar.

Shelby se tapó la boca con la mano para acallar el grito.

—¡Lo siento! Por Dios, lo siento —comenzó Griff.

Ella agitó la mano libre, meneó la cabeza y luego se apoyó en la pared. Muy despacio, bajó la otra mano.

—Bueno, ¿qué importan otros diez años? ¿Qué haces tú aquí?

—Estoy pasando la noche en el sillón del salón.

—Ah. —Se pasó los dedos por el pelo de un modo que hizo que todos esos rizos se descontrolaran un poco... y que cada músculo del cuerpo de Griff se pusiera en tensión—. Lo siento. No podía dormir, así que he bajado para prepararme un té u otra cosa.

—Vale.

—¿Te apetece un té u otra cosa? —Ladeó la cabeza, frunciendo el ceño con aire pensativo—. ¿Quieres unos huevos revueltos?

—Oh, sí.

La siguió a la cocina. Llevaba unos pantalones de pijama de algodón de color azul vivo con flores amarillas y una camiseta amarilla.

Podría haberla lamido de arriba abajo como si fuera un helado.

Shelby puso la tetera y sacó una sartén.

—No podía dejar de darles vueltas y más vueltas a las cosas —comenzó—. Pero si le pidiese un somnífero a mi padre, mi madre empezaría a preocuparse de nuevo.

—Te quieren mucho.

—Tengo suerte de que así sea. —Puso una nuez de mantequilla en la sartén y dejó que se fundiera mientras batía los huevos—. Cuando esa mujer me ha contado todas esas cosas esta mañana he pensado que el cliente de ese detective era sin duda la persona a la

que robaron.

—Es una buena suposición.

—Ahora me pregunto si esa mujer era el cliente. Si él me buscó y me siguió hasta aquí por ella. Ella me lo negó cuando se lo pregunté, pero es... era... una mentirosa. Así que tal vez hizo que él me siguiera para poder venir y sonsacarme algo que yo ignoro.

—Esa es otra buena suposición, pero si te preguntas si la ha matado él, ¿por qué iba a hacerlo?

—No se me ocurre nada salvo quizá que lo traicionara en algún momento. Él habló de unas comisiones por el robo que le dije a Forrest que no me creía. Quiero decir que no creía que Richard hubiera robado todo eso.

—Sé lo que querías decir.

—Ahora sí lo creo, y pienso que a Richard y a ella se les daban bien esas cosas. Robar y traicionar. O puede que fueran amantes..., la mujer y el detective..., y que ella lo traicionara.

—No lo creo.

Metió unas rebanadas de pan en la tostadora mientras fruncía de nuevo el ceño.

—¿Por qué no?

—Creo que si añades amor o sexo, o las dos cosas, es... el asesinato... es más personal. Primero tienes que pelearte, ¿no?

Shelby pensó en eso.

—Supongo que yo lo haría.

—La mayoría lo haría —decidió Griff—. Has de querer decirle a la otra persona lo que te ha hecho. Cabría pensar que quisieras cierto contacto físico. Esto me parece muy frío.

—¿De verdad la encontraste tú?

—Forrest miraba por la izquierda, y yo por la derecha. Eso es todo.

—Mantuviste bien la calma. Al menos parece que la mantenías. Parecías estar muy sereno cuando volviste adentro. Tu expresión no me reveló que hubiera pasado nada. Creo que la mayoría se habría dejado llevar por el pánico.

—Procuro evitar dejarme llevar por el pánico porque conduce al caos, lo que te lleva a sufrir accidentes. De esa forma acabas herido. Eso mismo me ocurrió cuando tenía diecisiete años y salté por la ventana del dormitorio de Annie Roebuck.

—¿Saltaste?

Griff esbozó una sonrisa rápida y torcida.

—Tregar fue pan comido.

—¿Ella te estaba esperando?

—Oh, sí. Durante seis meses y medio llenos de locura y felicidad fue el centro de mi obsesión hormonal y yo de la suya. Lo hacíamos como conejos... y el hecho de que sus padres durmieran justo al otro lado del pasillo solo aumentaba la emoción. Hasta la noche en nos quedamos tumbados unos momentos sumidos en un coma poscoital y ella trató de coger a tuestas su botella de agua y tiró la lamparita. Sonó como si fuera una bomba al romperse.

—¡Uy!

—¡Uy, uy! —coincidió—. Oímos que su padre la llamaba. Yo me levanté como pude, tratando de ponerme los pantalones y con el corazón desbocado. Sudaba a mares. Sí, riéte —dijo cuando Shelby lo hizo—. En su momento fue una pesadilla tan grande como la de Elm Street. Annie le respondió y le dijo que estaba bien, que solo había tirado algo, y a

mí me dijo en voz baja que me largara ya y que no recordaba si había cerrado la puerta con llave. Así que salí por la ventana a medio vestir, presa del pánico, y perdí el equilibrio.

—¡Uy!

—Y también un enorme ¡ay! Caí sobre las azaleas, pero me rompí la muñeca. Vi las estrellas de tanto dolor mientras me escondía. Si no me hubiera entrado el pánico, habría bajado con la misma facilidad que otras veces y no habría tenido que fingir que me había caído de camino al tigre cuando llegué a casa para que mi padre pudiera llevarme a urgencias y que me escayolaran la muñeca.

Shelby puso un plato con huevos y una tostada a un lado delante de él. Y tuvo que reprimir las ganas de abrazarlo y quedarse así como hacía con Callie.

—Espero de corazón que no te hayas inventado todo eso para distraerme.

—No he tenido que hacerlo, pero esperaba que te distrajera.

—¿Qué fue de Annie?

—Se convirtió en presentadora de telediarios. Trabajaba para una cadena local cuando yo estaba en Baltimore. Ahora está en Nueva York. Nos mandamos emails de vez en cuando. Se casó hace un par de veranos. Un buen tío. —Probó los huevos—. Están ricos.

—Los huevos revueltos siempre saben mejor a las tres de la madrugada. ¿Annie fue la primera para ti?

—Bueno, ah...

—No, no respondas a eso. Te estoy poniendo en un aprieto. El primero para mí fue cuando tenía apenas diecisiete años. Yo fui también la primera para él. July Parker.

—¿July?

—Nació el primer día de ese mes. Era un chico muy agradable y nos comportamos con torpeza. —Con la sonrisa que apareció en sus labios, sus ojos se volvieron un poco vidriosos al volver la vista atrás—. Fue agradable, igual que July, pero no me sentí tentada a repetirlo de nuevo, no hasta el verano antes de ir a la universidad. No fue mucho mejor, y él no fue tan agradable como July. Decidí concentrarme en cantar, en el grupo y en la universidad. Luego Richard me impresionó, y eso fue todo.

—¿Qué fue de July?

—Es guarda forestal. Ahora vive en Pigeon Forge. Mi madre me cuenta cosillas. No se ha casado aún, pero está con una buena chica. Imagino que te estás planteando tener relaciones sexuales conmigo en un momento dado.

Aquella transición de un tema a otro no lo descolocó.

—Es más que una intención.

—Bueno, ahora tienes un resumen de mi experiencia en ese campo. Torpe..., agradable, decepcionante y Richard. Y con Richard nada fue real. Nada fue de verdad.

—No hay problema, pelirroja. Yo te pondré al corriente.

Shelby rió.

—Sí que eres decidido y arrogante.

—¿Cómo dices?

—Eres un hombre decidido y arrogante, Griffin, andando y hablando. —Se terminó los huevos y llevó su plato al fregadero para lavarlo—. Si al final me uno a tu plan, no puedo prometerte que vaya a ser bueno ni que haya ningún coma poscoital, pero sí que será de verdad. Eso cuenta. Buenas noches.

—Buenas noches.

Y Griff se quedó un buen rato ahí, sentado en la cocina, deseando que Richard Foxworth no se hubiera hecho a la mar en ese barco. Deseando que hubiera sobrevivido al

menos a la borrasca para que hubieran tenido ocasión de verse las caras con él.
Para que pudiera darle una paliza.

—Su nombre legal era Melinda Warren. —Forrest se encontraba en lo que en otro tiempo había sido el dormitorio de Shelby y observaba a Griff puliendo las juntas en el pladur—. Treinta y un años, nacida en Springbrook, Illinois. Cumplió condena por fraude: en eso no mentía. Y fue su primer paso real por la cárcel, aunque había estado un tiempo en un reformatorio y la detuvieron y la soltaron unas cuantas veces como sospechosa de robo, fraude y falsificación, aunque no se pudo probar nada hasta esa última vez. Y sí se casó con un tal Jake Brimley en Las Vegas hace unos siete años. No consta que se divorciaran.

—¿Y estás seguro de que Jake Brimley era Richard Foxworth?

—Estoy en ello. El forense estaba en lo cierto en lo tocante a la bala; era del calibre 25. Disparo a quemarropa. Algo así daría botes en su cerebro como una canica en una criba.

—Qué bonito. —Todavía de pie, Griff echó un vistazo a su alrededor—. ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Bueno, fuiste tú quien la encontró, así que respeto tu interés personal.

—Eres un tío gracioso, Pomeroy.

—Me descojono contigo. Aparte de respetar tu interés personal, he venido para contárselo a Shelby, pero tanto ella como los demás están en otra parte. Tú eres el único que hay aquí.

—Así es —le confirmó Griff—. Matt ha ido a buscar suministros para lo que vamos a hacer aquí el lunes. Además, a mí se me da mejor trabajar el pladur que a él. La paciencia no es su fuerte.

—Y el tuyo sí.

Griff se acomodó la gorra de los Orioles de Baltimore que llevaba para que el polvo no se le metiera en los ojos.

—Solo hay que dedicarle tiempo y tarde o temprano queda suave como la seda. Shelby está en el salón de belleza —agregó—. Tu madre se ha llevado a Callie a la floristería para comprar algunas plantas para algo que ella llama un jardín de hadas. Su amiga Suzannah va a venir luego con Chelsea para que las niñas puedan cavar en la tierra. Tu padre está en la clínica.

Forrest bebió un trago de la botella de refresco que llevaba.

—Estás bien informado sobre mi familia, Griffin.

—He pasado la noche en el sillón de abajo.

Forrest asintió.

—Otra razón por la que te cuento todo esto. Si yo no velo por mi familia, sé que tú lo haces. Se agradece.

—Ellos me importan. —Griff pasó los dedos por la junta y, satisfecho, se puso con la siguiente.

—Esta mañana he tenido tiempo para hablar con Clay de todo esto y de otras cosas. Nos preguntamos, igual que hacen los hermanos, si solo quieres tirarte a nuestra hermana.

—¡Joder, Forrest! —exclamó Griff, golpeándose con suavidad la cabeza contra la pared.

—Es una pregunta razonable.

—No, cuando yo tengo un bloque de lijado y tú una pistola.

—No voy a dispararte. Esta vez.

Griff volvió la cabeza para mirarle y calibró la sonrisa sincera de su amigo.

—Eso me consuela. Quiero pasar algo de tiempo con tu hermana y ver qué pasa. Tengo la impresión de que ese falso marido muerto le ha jodido bien en el aspecto que os preocupa.

—No me sorprende. Me vuelvo al trabajo.

—¿Qué hay del otro tío? ¿El tal O'Hara?

Forrest sonrió de nuevo.

—Y esa es la última de las razones por las que te cuento todo esto. Estás al loro. No se llama O'Hara. James... Jimmy... Harlow. Cayó con la morena, solo que el golpe fue más duro. Con arreglo a lo que ella dijo en su momento, se habían estado trabajando una estafa a una viuda rica llamada Lydia Redd Montville. Muchísimo dinero por parte de su familia y de la familia de su difunto marido. Foxworth..., vamos a ceñirnos a ese nombre por ahora..., la cortejó. Él tenía personas de confianza que dijeron que era un empresario rico con intereses en el mundo del arte y de la importación y la exportación. —Tomó otro trago de su botella y gesticuló con ella—. La morena se hizo pasar por su ayudante y Harlow por su guardaespaldas. Se trabajaron a la víctima durante más o menos dos meses y le sacaron cerca de un millón. Pero querían más. La mujer era célebre por sus joyas y su difunto marido, por su colección de sellos. Tenía una caja fuerte llena de ambas cosas. De acuerdo con la morena, ese iba a ser su gran golpe. Era hora de retirarse.

—¿No pasa siempre lo mismo?

—El hijo de la viuda empezó a hacer demasiadas preguntas sobre los negocios a los que Foxworth la encaminaba, por lo que decidieron dar el golpe y largarse. Las cosas salieron mal.

—Las cosas siempre salen mal en el último golpe, ¿no? Lo gafas en el acto.

—Eso parece. Se suponía que la viuda estaba fuera, pasando unos días en un spa..., y resultó que se estaba haciendo un pequeño tuneo. Cirugía plástica.

—Porque tenía un amante joven y no quería decirle que iban a cortarla y a remendarla.

—Eso parece. Así que estaban en su gran mansión, entrando en la caja fuerte. Iban a dejarla limpia y a pirarse. El hijo llevó a su madre a casa, donde imagino que ella pensaba pasar la convalecencia. Y los pillaron con las manos en la masa.

—Mucha masa.

—Parece que o bien Foxworth o bien Harlow dispararon al hijo y que la morena salió del dormitorio y dejó inconsciente a la viuda; afirmaba que impidió que Harlow le disparase también a ella, aunque este afirma que fue Foxworth quien disparó.

—Las ratas delatan a las ratas. Engaño —decidió Griff—. Es una palabra apropiada para hoy.

—Una buena palabra.

—¿Qué pasó después?

—Lo que pasó después..., y Warren y Harlow coincidían en esto..., es que Foxworth enganchó la bolsa en la que habían metido las joyas y los sellos y se largaron, dejando al hijo y a la viuda en medio de un sangriento caos.

—Pánico. —Griff comprobó la siguiente juntura de forma meticulosa—. Es una puerta a los accidentes.

—La viuda volvió en sí y llamó a una ambulancia para su hijo. La situación era crítica, pero él se recuperó. Ninguno de los dos pudo asegurar quién había disparado el arma. Todo sucedió muy rápido, y el hijo estuvo casi tres semanas en coma y no ha

recuperado más que pequeños flashes de todo el incidente.

—¿Qué pasó con los malos?

—Se separaron, con la intención de reunirse en un motel de camino a los Cayos, donde se suponían que habría un avión privado esperándolos para llevarlos a la isla de San Cristóbal.

—Siempre he querido ir allí. Supongo que no todos los malos consiguieron llegar a la isla tropical.

—Así es. La morena y Harlow se presentaron en el motel. Foxworth no. Pero la poli sí.

—Porque Foxworth los delató.

—Me estás pisando el final. Por supuesto que recibieron una llamada anónima desde un teléfono desechable, y decir que fue Foxworth es una apuesta segura.

Griff le quitó la botella de refresco a Forrest y tomó un buen trago antes de devolvérsela.

—No hay honor entre ladrones.

—Eso es una gran verdad. Para colmo, Harlow tenía un anillo de diamantes en el bolsillo que valía unos cien de los grandes. Está claro que Foxworth se lo puso ahí para endulzar el... engaño.

—Buena utilización de la palabra.

—Poseo ciertas dotes. Harlow había cumplido condena antes, pero no por un delito violento. Jura que él no disparó a nadie y que la morena tenía un ángulo de visión perfecto de quién lo hizo, pero que hizo el trato primero y que se ciñeron a él. A ella le cayeron cuatro años, y a él, veinticinco. Y Foxworth se largó con los millones.

—Eso cabrearía a cualquiera.

—¿Verdad que sí?

—Pero si Harlow está cumpliendo veinticinco años...

—Debería, pero está en la calle.

Griff bajó el bloque de lijado.

—¿Cómo cojones ha pasado eso?

—Las autoridades penitenciarias y el estado de Florida se preguntan lo mismo. Se escapó justo antes de Navidad.

—Jodidas y felices fiestas. —Griff dio la vuelta a la gorra, se la quitó, le sacudió el polvo y se la puso de nuevo—. Tiene que ser el principal sospechoso de este asesinato. ¿Por qué no me lo has dicho directamente?

—Quería ver si lo preguntabas. Ya he enviado su foto policial a tu móvil, aunque a los tres se les daba bien disfrazarse. Es un tío grande y formidable.

—¿Como Big Bud?

Forrest se echó a reír, entusiasmado.

—No, he dicho grande. No enorme. Échale un vistazo a la foto que te he enviado y, si ves a alguien que te recuerde a él, no te acerques y llámame.

—Hecho. Forrest, has dicho que nunca lo trincaron por delitos violentos, pero la morena le contó a Shelby otra cosa. Le dijo que era violento.

—Eso te genera dudas, ¿verdad? No le quites el ojo de encima a mi hermana, Griff.

—Ninguno de los dos.

Forrest se dispuso a salir.

—El trabajo que estás haciendo es un aburrimiento.

Griff se encogió de hombros.

—Es trabajo —dijo, y se puso de nuevo a lijar.

Shelby estaba junto a la encimera de la elegante cocina de Emma Kate, viendo a su amiga meter una cazuela de lasaña en el horno. No disponía de mucho tiempo, pero quería hacer hueco en su apretada agenda para ver a Emma Kate y su apartamento.

—Esta noche me van a echar un polvazo. —Emma Kate programó el reloj del horno con una sonrisa pícar—. La lasaña de espinacas es el plato preferido de Matt y he comprado un buen vino cuando volvía a casa desde la clínica. Mi idea de una cena romántica para dos no es algo con espinacas, pero la suya sí. Cosecharé los frutos.

—Es estupendo lo bien que os va. Veo que hacéis una pareja perfecta. Y me gusta mucho tu apartamento.

—A mí también.

De espaldas al fogón, y dado que Matt había quitado la puerta y la había guardado, podía ver a través de la entrada la antigua mesa de carnicero que él había restaurado y en la que se comerían su romántica lasaña de espinacas.

—Claro que cuando Matt y Griff están de brazos cruzados no paran de comentar que quitarían esta pared de aquí o harían esto o aquello con la pared antisalpicaduras. Creo que un día de estos voy a dejar que Matt se salga con la suya y edifique una casa. Habla mucho de ello.

—¿Es lo que quieres?

—Ha adoptado las costumbres de aquí, Shelby. Quiere un lugar escondido en las montañas, en el bosque, como Griff. Supongo que yo también me lo imagino. Tranquilo y nuestro. Puede que aprenda jardinería. Pero por ahora resulta más práctico salir por la puerta, caminar unos minutos y estar en la clínica.

—Oh, pero ¿no sería divertido edificar una casa a partir de un plano? ¿Decidir dónde quieres esta o esa habitación, dónde irán las ventanas y de qué tipo las quieres?

—Vosotros tres podríais pasaros toda la eternidad hablando del tema —decidió Emma Kate—. Yo me empiezo a poner de los nervios si pasamos del color de la pintura para las paredes. En un apartamento como este todo está muy bien colocado. ¿Quieres probar el vino?

—Mejor no. No puedo quedarme mucho. Solo quería veros a ti y tu apartamento. Bien distribuido o no, es un verdadero reflejo de ti, Emma Kate: alegre y divertido —dijo cuando salió de la cocina hacia el salón, con su mullido sillón rojo y sus cojines de alocados dibujos. Los pósteres enmarcados de grandes y llamativas flores añadían más color, más encanto.

—Una parte es reflejo de Matt. Esa planta de árbol de jade es un esqueje de su abuela. La cuida como si fuera su primogénito. Es muy tierno. —Le frotó el brazo—. Estaba dándote un poco de tiempo, pero empiezo a comprender que no quieres hablar de lo sucedido anoche, ni de nada de eso.

—En realidad no, pero debería decirte que no se llamaba ni Natalie ni Madeline. Se llamaba Melinda Warren, y el hombre al que me dijo que debía temer si me encontraba es James Harlow. Se escapó de la cárcel justo en Navidad, Emma Kate. —Sacó el teléfono móvil—. Esta es la foto que me ha enviado Forrest para que tengas cuidado si lo ves.

Forrest me ha dicho que seguramente se haya cambiado el pelo y que quizá esté un poco diferente. Mide un metro noventa y dos y pesa casi cien kilos, así que eso no puede cambiarlo.

—Tendré los ojos bien abiertos. Es una foto policial, ¿verdad?

—Creo que sí.

Emma Kate le echó otro vistazo y meneó la cabeza.

—Cabría esperar que pareciera un tío siniestro, duro o malo en una foto policial, ¿verdad? Sin embargo parece bastante afable. Como un tío que jugó al fútbol americano en el instituto y que ahora enseña ciencias sociales y entrena.

—Creo que todos ellos conseguían estafar y robar gracias a que tenían la capacidad de parecer personas afables.

—Supongo que tienes razón. ¿Y creen que la mató él?

—¿Quién si no?

Shelby se había preguntado eso mismo (¿quién si no?) más de una docena de veces. Y en ningún caso se le había ocurrido ninguna alternativa.

—Imagino que están hablando con todo el que estuvo allí anoche y preguntando por el pueblo. Forrest me ha dicho que están tratando de ponerse en contacto con el detective que habló conmigo, pero que aún no lo han conseguido.

—Es fin de semana.

—Imagino. Ella..., la tal Melinda Warren..., decía la verdad en cuanto a que estaba casada.

—¿Con Richard? —Emma Kate puso una mano en el brazo de Shelby y no la apartó.

—Es lo más probable. Tienen que revisar algunos documentos y antecedentes para estar seguros de que el hombre con el que se casó era el mismo con el que yo creía estar casada. Pero... Joder, Emma Kate, no es que sea lo más probable, es que es así.

—Shelby... Lo siento si tú lo sientes.

Shelby también se había preguntado eso una docena de veces. ¿Estaba dolida? ¿Estaba triste? ¿Estaba furiosa?

La respuesta era que un poco de cada, pero sobre todo sentía alivio.

—Me alegro de ello. —Reconfortada, posó una mano sobre la de Emma Kate—. Por horrible que sea eso, me alegro de ello.

—No creo que sea horrible. Lo que creo es que es inteligente y sensato. —Y volvió la mano con la palma hacia arriba para entrelazar los dedos con los de Shelby—. Yo también me alegro.

—Él pensaba que era estúpida, pero en realidad era maleable.

Después de darle un apretón a la mano de Emma Kate, Shelby bajó la suya para pasarse por el pequeño y luminoso espacio.

—Es exasperante mirar ahora al pasado. Es..., y sabes que raras veces uso la palabra, pero encaja con lo que siento por esto..., es jodidamente mortificante, Emma Kate.

—Ya me lo imagino.

—En su momento pensaba que era lo correcto, lo adecuado para mantener unida mi familia. Pero no éramos una familia. Una vez que lo acepté como pude, pensé que se había acabado ya. Y no ha acabado. No, hasta que encuentren a Harlow. No sé si algún día encontrarán las joyas y los sellos de esa mujer. No se me ocurre qué podría haber hecho Richard con ellos.

—No es problema tuyo, Shelby.

—Creo que sí lo es.

Fue hasta la ventana y contempló la vista de Rendezvous Ridge que tenía Emma Kate. La larga y empinada curva de la calle, salpicada de edificios que descendían por ella siguiendo la acera.

Flores en barriles y macetas, flores de verano en tonos rojos y vívidos azules, que sustituían los colores pastel de la primavera.

Excursionistas con sus mochilas y algunos lugareños calentando los bancos fuera del salón de su abuela, la barbería.

Alcanzaba a ver el pozo, aunque solo un extremo, y la joven familia que estaba leyendo su placa. Un par de jóvenes la hicieron sonreír al salir pitando tras un perro moteado que se había soltado de la correa y estaba corriendo a toda pastilla con la lengua fuera.

Era una representación bastante fidedigna de lo que había en Rendezvous Ridge.

Durante cosa de un minuto tuvo que transportarse más allá de esa curvada calle con sus montañas, tiendas y flores. Volver a lo que aún la ensombrecía.

—Si la policía pudiera descubrir todo eso o lo que Richard hizo con ello, o con la mayor parte, no tendría que preocuparme ni plantearme preguntas. Entonces todo acabaría para siempre.

—¿De qué te ha servido preocuparte y hacerte preguntas?

—De nada en absoluto. —Se volvió y esbozó una sonrisa ante el pragmatismo que la serenó—. Así que no voy a pasarme cada minuto del día pensando en ello. Si no pienso en ello, tal vez se me ocurra algo de repente.

—Eso es lo que me ocurre a mí cuando paso la aspiradora. Odio pasar la aspiradora.

—Siempre lo has odiado.

—Siempre, así que no paro de divagar. Las cosas aparecen de pronto.

—Eso espero. Ahora tengo que irme a casa. Mi madre, Callie y su amiga están plantando un jardín de hadas y quiero verlo. ¿Te acuerdas de cuando mi madre nos hacía plantar uno?

—Sí. Cada primavera, incluso cuando éramos adolescentes. Probaré a hacerlo si edificamos esa casa.

—Podrías crear un jardín de hadas en miniatura en este alféizar, aprovechando que tienes una ventana tan grande.

—Bueno, jamás se me habría ocurrido. Ahora se te ha ocurrido a ti, y yo voy a terminar comprando macetas y plantas pequeñas. ¿A que quedaría genial?

—Eso seguro.

—Podría... Espera un momento. —Emma Kate cogió el teléfono cuando sonó—. Matt me envía un mensaje para decirme que llegará a casa dentro de una media hora. Eso significa más bien una hora, ya que debe terminar de ayudar a Griff en la casa y luego tendrán que hablar un rato de ello. Rumiarlo.

—Rumiar puede llevar un rato. Tengo una cita con Griff el martes.

Emma Kate enarcó las cejas.

—¿En serio? ¿Y no lo has mencionado hasta que estás a punto de salir por la puerta?

—Aún no sé qué pensar, pero quiero ver su casa. Siempre quise ver lo que alguien con algo de visión podría hacer con un lugar como ese.

Aquellas cejas permanecieron alzadas.

—¿Y ver la casa es tu único propósito de esa cita?

—Es un factor. Para serte sincera, no sé qué voy a hacer con lo que está pasando entre nosotros.

—Se me ocurre una idea. —Con una ligera sonrisa, Emma Kate levantó el dedo índice de ambas manos—. ¿Por qué no pruebas algo que no creo que haya sido una prioridad para ti en los últimos años? ¿Qué es lo que quieres hacer?

—Si lo presentas así... —Shelby rió con ganas—. Una parte de mí, puede que la mayor parte de mí, solo quiere abalanzarse sobre él, y la parte realista dice «despacio, chica».

—¿Cuál va a ganar?

—No tengo ni idea. No cabe duda de que él no estaba en mi lista y todavía me queda mucho que tachar de ella.

—Te llamo el miércoles para ver si has tachado el «sexo con Griff».

Le tocó a Shelby enarcar las cejas y levantó un dedo.

—Eso no está en la lista.

—Añádelo —le sugirió Emma Kate.

Quizá lo hiciera en algún momento. Pero por ahora iba a pasar el resto del fin de semana con su hija.

El lunes seguía sin haber noticias de Jimmy Harlow, ni rastro de que alguien que encajara con su descripción hubiera estado por Rendezvous Ridge o preguntado por la morena en el hotel en que ella se hospedaba en Gatlinburg.

Shelby decidió ser optimista, decidió que era mejor pensar que el hombre había hecho lo que había ido a hacer allí, se había vengado de Melinda Warren y había seguido adelante.

Aparcó frente al salón con tiempo de sobra, de modo que fue hasta el bar brasería. Elegía el optimismo. No todo el mundo tenía por qué elegirlo.

Tansy respondió a su llamada.

—Shelby. —Tansy la abrazó de inmediato—. Llevo toda la semana pensando en ti.

—Siento muchísimo todo esto, Tansy.

—Todo el mundo lo siente. Pasa y siéntate.

—Tengo que ir a trabajar, pero antes quería verte y decirte que lo entenderé si Derrick y tú queréis cancelar el Viernes Noche.

—¿Por qué íbamos a hacer tal cosa?

—Porque no fue el tipo de bis que ninguno habíamos esperado para nuestro debut.

—No tuvo nada que ver con nosotros, contigo o con el bar. Derrick habló en persona con el sheriff ayer mismo. Consideran que se trata de una venganza, un viejo asunto que se trajo aquí consigo.

—Yo formo parte de ese viejo asunto.

—No a mi modo de ver. Es... —Se sentó en un taburete al oír un zumbido—. Aún me siento un poco indispuesta y mareada por las mañanas.

—Y yo voy y te doy la tabarra. ¿Te traigo un paño húmedo?

—Me vendría mejor un ginger ale.

Shelby se apresuró a ponerse tras la barra y sirvió un ginger ale sobre un montón de hielo picado.

—Bébetelo despacio —ordenó, luego cogió un trapo limpio, lo empapó en agua fría y lo escurrió hasta que dejó de gotear.

Cuando rodeó la barra, le levantó el pelo a Tansy y le colocó el paño en la nuca, lo que hizo que esta exhalara un prolongado «Ahhh».

—Qué gusto.

—A mí me funcionaba cuando estaba embarazada de Callie.

—Me sucede casi todas las mañanas, pero se me suele pasar al poco tiempo. De vez en cuando persiste, y vuelve una o dos veces. Solo las arcadas, ¿sabes?

—Lo sé. Me parece fatal que algo tan maravilloso haga que una mujer sienta náuseas, pero la recompensa final bien lo vale.

—Todas las mañanas me lo repito mientras me aferro a la taza. —Suspiró de nuevo cuando Shelby le dio la vuelta al paño y posó el lado fresco sobre su piel—. Ya se me está pasando. Recordaré este truquito. —Alargó el brazo y le dio una palmadita a Shelby—. Gracias.

—¿Quieres un par de galletitas? Puedo traértelas de la cocina.

—No, ya se me pasa, de verdad. Siéntate aquí y acepta mi versión de tu tratamiento con paño húmedo.

Tansy tiró de Shelby y la miró a los ojos.

—La tal Warren era una mujer horrible y, por lo que me han contado, solo le importaba ella misma. No merecía morir por ello, pero era una mujer horrible. Quien la mató también era horrible. Tú ni siquiera conocías a esas personas, Shelby.

—Conocía a Richard... o eso creía.

Tansy, que obviamente se sentía bien otra vez, restó importancia a aquello con un gesto.

—Y Derrick tiene un primo en Memphis que se gana la vida traficando con drogas. Eso no nos implica en sus asuntos. ¿Estás demasiado disgustada para cantar el viernes? Entenderé que lo estés. Hemos perdido a una camarera por culpa de eso.

—Mierda. Lo siento.

—Oh, no lo sientas. Su madre se pilló un cabreo de narices y dijo que si se liaban a tiros con la gente, estaría igual de bien trabajando en el bar Shady. Como si eso ocurriera todas las semanas. En fin, era una quejica —agregó, agitando la mano—. Lorna no lamenta que se haya ido, ni yo tampoco.

—No estoy disgustada por eso; no de ese modo. Si Derrick y tú queréis que cante, aquí estaré. Ya he empezado con el repertorio de canciones.

—Entonces hoy repartiremos los nuevos panfletos. Establecimos un récord el viernes.

—¿En serio?

—Superamos nuestra mejor noche, cuando actuaron los Rough Riders de Nashville, por cincuenta y tres dólares y seis centavos. Mándame la lista por email cuando la hayas terminado y me aseguraré de programar la máquina. Bueno, ¿cómo están tu madre y los demás?

—Lo llevan como pueden. Será mejor que me vaya a trabajar antes de que la abuela me lo descuente de la nómina.

Entró justo a tiempo y se puso manos a la obra. Barrió el patio con jardín, regó las plantas y abrió las sombrillas para que los clientes pudieran sentarse a la sombra si les apetecía.

De nuevo en el interior, dobló toallas que estaban sin doblar mientras escuchaba la

charla de los primeros clientes. Al salir vio que su abuela había llegado y que ya tenía a alguien en su silla. Crystal estaba cotilleando tan contenta con la mujer a la que le estaba enjabonando el cabello.

Y Melody Bunker y Jolene Newton estaban sentadas en los sillones de pedicura con los pies metidos en agua jabonosa.

No se había tropezado con Jolene desde su regreso y no había vuelto a ver a Melody desde aquel día en la galería El arte de las montañas. No le habría importado que hubiera seguido siendo así. Pero como no la habían educado para ser una grosera, se detuvo junto a los sillones de camino a revisar las salas de tratamiento.

—Hola, Jolene. ¿Cómo estás?

—¡Vaya, Shelby! —Dejó su revista en el regazo y agitó la cabeza, haciendo que su larga y alta coleta se agitara—. No has cambiado nada de nada, ni siquiera después de lo que has pasado. ¿Tú también vas a hacerte las uñas?

—No, yo trabajo aquí.

—¿En serio? —Jolene abrió sus ojos de color avellana como si fuera la primera noticia que tenía—. Oh, me parece que ya lo sabía. Me comentaste que Shelby estaba trabajando de nuevo en el salón de Vi, igual que en el instituto, ¿verdad, Melody?

—Creo que sí. —Sin levantar la vista, Melody pasó la página de su revista—. Veo que seguiste mi consejo y te buscaste un empleo que va contigo, Shelby.

—Cosa que te agradezco. Había olvidado lo mucho que me gusta estar aquí. Que disfrutéis de vuestra pedicura.

Fue hacia el mostrador para atender el teléfono, dio una cita y luego se escabulló para revisar las salas de delante.

Miró con el rabillo del ojo y vio a Melody y a Jolene con las cabezas pegadas y oyó la aguda risita de Jolene. Igual que en el instituto.

No prestó atención ni a aquello ni a ellas, recordándose que tenía cosas mucho más importantes de las que preocuparse.

Cuando volvió al salón, Maybeline y Lorilee (madre e hija) estaban sentadas en taburetes bajos, encargándose de la exfoliación.

De modo que habían optado por la pedicura de lujo, pensó Shelby, y fue a cerciorarse de que la parafina estuviera templada. Echó un vistazo al vestuario, se llevó los albornoces usados y revisó el resto de su lista de tareas matutina.

Tuvo una agradable conversación con una mujer de Ohio, que se estaba tomando un día libre en su aventura senderista con su prometido, y se ofreció a pedirle el almuerzo, ya que había reservado todo el día.

—Podría comer fuera, en el jardín, si le apetece. Hace un día precioso.

—Sería estupendo. Imagino que no es posible tomar una copa de vino.

—Ya me encargo yo de eso —le dijo Shelby, y sacó un par de menús—. Dígame lo que desea y una de nosotras irá a por ello. ¿Sobre la una y cuarto? Estará entre la envoltura de aromaterapia y el tratamiento facial luminoso con vitaminas.

—Me siento entre algodones.

—Para eso estamos aquí.

—Me encanta este lugar. En serio, reservé todo el día para no tener que hacer senderismo tres días seguidos. Pero todo es fantástico y son todas muy amables. Me gustaría tomar esta ensalada verde de la huerta con pollo a la parrilla... con el aliño de la casa aparte. Y una copa de chardonnay me alegraría el día.

—Considérello hecho.

—La mujer de delante, la propietaria, ¿es su madre? Se parece a ella.

—Es mi abuela. Mi madre es quien le hará el tratamiento facial más tarde.

—¿Su abuela? Me toma el pelo.

Shelby rió, encantada.

—Voy a contarle que ha dicho eso, y le alegrará usted el día. Bueno, ¿puedo traerle alguna otra cosa?

—Nada. —La mujer se acomodó en uno de los sillones—. Voy a quedarme aquí sentada y a relajarme.

—Hágalo. Sasha vendrá a por usted dentro de unos diez minutos para su envoltura.

Volvió al salón con una sonrisa en la cara y fue directa al mostrador para hacer el pedido y recogerlo a la una en punto. Empezaba a volverse hacia su abuela cuando Jolene la saludó.

—Un esmalte precioso —observó Shelby, señalando las uñas de los pies que Jolene había hecho que le pintaran de color rosa.

—Me recuerda a las peonías de mi madre. Antes se me ha olvidado decirte, y por Dios que has estado muy liada, que he oído que el viernes cantaste en el bar brasería. Me daba pena no haber podido escucharte, pero luego me enteré de lo que pasó y ya no me dio pena no haber estado allí el viernes. Creo que me habría dado un infarto o algo parecido descubrir que le habían pegado un tiro a una mujer fuera. —Se palmeó el corazón como si aún hubiera peligro—. También he oído que la conocías. ¿Es cierto?

Shelby le lanzó una mirada a Melody.

—Sé que consideras a Melody una fuente de información fiable... y que Melody confía en que tú pulses las teclas y gires los botones que ella te indique.

—Vaya, Shelby, me estaba preguntando...

—Lo que Melody te ha dicho que te preguntes. La respuesta es no, no puedo decir que la conociera.

—Tu marido sí —adujo Melody—. Pero no pasa nada, ya que él no era tu marido, ¿verdad?

—Por lo visto, no.

—Debes de sentirte fatal al haber sido engañada de esa manera. —Jolene retomó el tema—. Vaya, yo me moriría si hubiera vivido con un hombre tantos años, tuviera una hija con él y descubriera que tenía otra esposa.

—Pues yo sigo respirando. Imagino que no soy tan sensible como tú.

Se dispuso a dar media vuelta.

—No estás haciendo nada importante —comenzó Melody—. Me apetece un vaso de agua con gas y hielo.

—Yo te lo traeré —se ofreció Maybeline, pero Melody le lanzó una mirada severa.

—Tú estás ocupada con mis uñas. Shelby me lo puede traer, ¿verdad que sí?

—Sí que puedo. ¿Te apetece algo, Jolene?

Jolene tuvo la decencia de sonrojarse.

—Me gustaría un vaso de agua con hielo, si no es molestia.

—En absoluto.

Se volvió, regresó a la trastienda y entró en la diminuta cocina. Ya echaría humo por las orejas más tarde, se prometió, pero por el momento les llevaría la puñetera agua.

Volvió con los vasos y le entregó uno a Jolene.

—Gracias, Shelby.

—De nada.

Cuando le tendió el vaso a Melody, esta le dio un manotazo de forma que el agua se derramó.

—¡Cuidado con lo que haces!

—Te traeré una toalla.

—Estos pantalones pirata son de seda, y ahora tienen manchas de agua. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Voy a traerte una toalla.

—Seguro que lo has hecho a propósito porque no quiero a gente como tú trabajando en mi establecimiento.

—Lo último que oí fue que el establecimiento era de tu abuela. Y créeme que si lo hubiera hecho a propósito, te habría volcado el vaso entero en el regazo. ¿Quieres la toalla, Melody?

—No quiero nada de las de tu clase.

Shelby sabía que el local se había quedado en silencio. Hasta habían apagado los secadores. Todos los oídos del lugar estaban pendientes. Así que sonrió.

—Vaya, Melody, eres tan rencorosa y prepotente como en el instituto. Debe de ser muy pesado cargar con todo eso a cuestras. Me das pena.

—¿Te doy pena? ¿Yo te doy pena? —Melody tiró la revista, que aterrizó en el suelo con gran estrépito—. Eres tú la que ha vuelto arrastrándose a Rendezvous Ridge con el rabo entre las piernas. Y ¿qué has traído contigo?

Elevó el tono de voz cuando el mal genio se manifestó en forma de un fuerte rubor en las mejillas.

—He traído a mi hija y poco más. Estás roja como un tomate, Melody. Creo que necesitas el agua.

—No me digas lo que necesito. Yo te diré qué es lo que necesitas. Yo soy la clienta. Tú solo trabajas aquí, barriendo el suelo. Ni siquiera posees los simples conocimientos para limar uñas o utilizar un rizador.

—Simples.

Shelby oyó que Maybeline susurraba la palabra, y mirando con el rabillo del ojo vio que la antigua empleada cerraba el esmalte de color coral a pesar de que Melody solo tenía la mitad de las uñas de los pies pintadas.

—Melody —comenzó Jolene, mordiéndose el labio al ver el gesto pétreo en el rostro de Maybeline.

Pero Melody le dio un manotazo a Jolene para apartarla.

—Más vale que me muestres un poco de respeto teniendo en cuenta de dónde vienes. Y ¿qué ha pasado desde que has vuelto? ¿Quién tiene la culpa de que dispararan a una mujer en nuestro pueblo el viernes por la noche?

—Diría que la culpa la tiene quien apretó el gatillo.

—Eso no habría pasado si tú no estuvieras aquí; lo sabe todo el mundo. Ninguna persona decente del lugar te quiere aquí. Fuiste tú quien huyó con un delincuente. Y no me vengas con que creías que estabas casada con él. Es probable que engañaras a la gente igual que hacía él, y que cuando murió y te puso en apuros volvieras aquí con tu hija bastarda.

—Mucho cuidadito con lo que dices, Melody —le advirtió Shelby mientras Jolene exhalaba entre dientes, sorprendida—. Muchísimo cuidadito.

—Voy a decir lo que pienso y lo que casi todos los aquí presentes piensan también. Voy a decir lo que me dé la gana.

—Aquí no. —Viola se acercó, agarró a Shelby del brazo con fuerza y le quitó en

vaso de agua que aún sostenía y que había estado a punto de lanzarle—. Acabo de impedir que termines empapada o algo peor, ya que imagino que Shelby estaba a punto de hacer lo que me gustaría hacer a mí, que es levantarte de ese sillón y darte de tortas hasta hartarme, chica patética, maleducada y mala.

—¡No te atrevas a hablarme así! ¿Quién te crees que eres?

—Soy Viola MacNee Donahue y este es mi salón. Te hablaré como te mereces, y bien sabe Dios que hace mucho que alguien debería haberte hablado así. Te pido, os lo pido a las dos, que saquéis vuestros perezosos y rencorosos culos de mis sillones y de mi salón. Levantaos, salid y no volváis por aquí.

—No hemos terminado aún —replicó Melody.

—Habéis terminado y hemos terminado con vosotras. No os cobro lo de hoy. Y ahora, largaos de mi salón. Y no volváis a cruzar esa puerta ninguna de las dos.

—¡Oh, pero señora Vi! Crystal me va a peinar para mi boda. —Jolene lloraba a lágrima viva—. Tengo reservado el día anterior entero.

—Ya no.

—No te preocupes por eso, Jolene. —Melody agarró la revista olvidada en el regazo de Jolene y la lanzó a la otra punta de la habitación—. Puedes contratar a Crystal para que vaya a peinararte.

—No podría pagarme —metió baza Crystal.

—Oh, pero Crystal...

—Debería darte vergüenza, Jolene. —Crystal se agachó a recoger la revista—. Cabría esperar este tipo de maldad de Melody, pero a ti debería darte vergüenza.

—No te necesitamos —le espetó Melody a Crystal mientras Jolene lloraba como una magdalena—. Apenas estás un peldaño por encima de la gentuza del valle. Tampoco necesitamos este sitio. Solo vengo aquí para ser una buena vecina y apoyar los comercios locales. Hay muchos otros lugares con más clase a los que ir.

—Tú nunca has tenido la menor clase —comentó Viola cuando Melody le agarró los zapatos—. Es una lástima, teniendo en cuenta a tu abuela. Se va a sentir muy decepcionada contigo cuando la llame y le cuente cómo te has comportado en mi salón y lo que le has dicho a mi nieta. Lo que has dicho de mi bisnieta. Eso te bajará los humos —agregó cuando parte del sonrojo desapareció de las mejillas de Melody—. Parece que te olvidas de que tu abuela y yo nos conocemos desde hace más de cuarenta años. Nos tenemos un gran respeto la una a la otra.

—Dile lo que te dé la gana.

—Oh, eso haré. Y ahora saca tu culo de segundona de mi salón.

Melody salió a toda velocidad mientras Jolene se levantaba como podía.

—¡Oh, Melody, espera! ¡Oh, señora Vi!

—Tú eliges su compañía, Jolene. A lo mejor es hora de que madures un poco. Márchate y madura.

Jolene salió por la puerta hecha un mar de lágrimas.

Después de unos instantes más de silencio, varias personas (personal y clientes) comenzaron a aplaudir.

—Te lo juro, Vi. —La mujer que se sentaba en la silla de Viola dio media vuelta—. Siempre he dicho que venir al salón de Vi es más entretenido que ver culebrones.

Dado que ya estaba servida, Shelby cogió el vaso de agua y se la bebió.

—Lo siento, abuela. No iba a abofetearla. Iba a levantarla del sillón y a darle un puñetazo en la cara. Nadie habla así de mi pequeña.

—Ni de la mía. —Viola rodeó a Shelby con un brazo.

—¿De verdad vas a llamar a su abuela?

—No tendré que hacerlo. Seguro que ya está hablando con Florence y poniéndola al corriente. Florence quiere a esa chica, pero también la conoce. Recibiré una llamada de aquí a media hora. Maybeline y Lorilee, coged la comisión habitual por las pedicuras de la caja registradora.

—No, señora —exclamaron casi al unísono.

—No es necesario —agregó Maybeline—. Viola, no me cabrees ni me hables más de esto. Esa chica tiene suerte de que no la apuñalara con las tijeras para cutículas. Shelby, se ha pasado la última media hora despotricando contra ti. No me da pena no verla más por aquí. Siempre me ratea con la propina.

—Jolene no es tan mala cuando viene sola —medió Lorilee—. Pero juntas son muy malas.

—Vale. —Viola asintió con una chispa de orgullo avivando los rescoldos de su mal genio—. Os invito a todas a comer.

—¡Comer! —Shelby miró la hora y suspiró aliviada—. Tengo que ir a la pizzería, recoger una ensalada para una clienta y sacar a escondidas una copa de vino. Puedo traer lo demás si pedís todas a la vez.

—Celebraremos una fiesta —declaró Crystal—. Culo de segundona. —Profirió una carcajada—. Vi, juro que te quiero a más no poder.

—Yo también. —Shelby apoyó la mejilla contra la de Viola—. Yo también.

El asesinato y la expulsión de Melody del salón de Viola rivalizaron por ser la comidilla entre los lugareños. Si bien era cierto que no había asesinatos en Rendezvous Ridge desde hacía tres años, casi cuatro, cuando Barlow Keith le pegó un tiro a su cuñado e hirió a dos transeúntes en una disputa por una partida de billar en el bar Shady, nadie conocía a la mujer que en esos momentos estaba en un cajón frigorífico en la sala de la funeraria que hacía las veces de oficina forense.

Todo el mundo conocía a Melody y a Viola, por lo que esa historia se impuso de largo.

El incidente se reavivó el martes por la mañana, cuando se extendió la noticia de que Florence Piedmont le había echado la bronca a su nieta y le había ordenado que se disculpase con Shelby y con Viola.

Rendezvous Ridge aguardaba con ansiedad para ver si Melody cedía.

—No quiero sus disculpas. —Shelby apiló toallas limpias en los puestos de lavado del cabello—. No serían sinceras, así que ¿de qué sirven?

—El que ella las pida, lo sienta o no, y que tú las aceptes hará que su abuela se sienta mejor. —Por una vez, Viola se sentó en la silla mientras Crystal le retocaba las raíces.

—Supongo que puedo fingir que acepto una falsa disculpa, si es que llega.

—Puede que tarde unos días, pero llegará. La chica sabe lo que le conviene. Hoy no hay gran cosa por aquí. ¿Por qué no dejas que Maybeline te haga la pedicura? Estaría bien que tuvieras las uñas bonitas para tu cita de esta noche con Griffin.

Crystal y Maybeline, que aparte de ellas eran las únicas personas presentes en el salón, dirigieron la mirada hacia Shelby.

—No sé, ya que no se va a fijar en los dedos de mis pies.

—Un hombre interesado en una mujer se fija en todo al principio.

—Eso es verdad —convino Crystal—. Cuando dejan de fijarse en si te han crecido otros diez dedos en los pies y te los has pintado de todos los colores del arcoíris es cuando ya hace un tiempo que te tienen en el bote. Sobre todo si dan un partido por la tele y tienen una birra en la mano.

—Tenemos unos colores primaverales muy chulos —intervino Maybeline—. Tenemos Azul en la noche. El mismo color que tus ojos. Solo tengo tres manicuras esta mañana y una única pedicura programada en todo el día. Me encantaría hacértela, Shelby.

—Sería estupendo, si tienes tiempo. Gracias, Maybeline.

—¿Qué te vas a poner para tu cita con Griff? —preguntó Crystal.

—No lo sé. En serio, voy sobre todo para ver su casa. Siempre me encantó ese viejo lugar, y me pregunto qué está haciendo con él.

—Dado que va a prepararte la cena, deberías ponerte algo bonito.

Shelby se volvió hacia su abuela.

—¿Va a hacerme la cena? ¿Cómo sabes tú eso?

—Porque vino a verme el domingo por la tarde y me preguntó, como quien no quiere la cosa, qué te gustaba comer y qué no.

—Pensaba que solo iba a comprar algo. —Ahora no sabía si sentirse halagada o nerviosa—. ¿Qué va a preparar?

—Creo que eso tendría que ser una sorpresa. Deberías ponerte un vestido bonito. Nada elegante, solo bonito. Tienes unas buenas piernas, chica. Unas piernas largas y preciosas. Las has heredado de mí.

—Y lencería bonita.

—¡Crystal! —Maybeline se puso colorada y se rió como una niña.

—Una mujer tiene que llevar lencería bonita todos los días, pero sobre todo en una cita. Creo que fomenta la autoestima. Y nunca está de más ir preparada.

—Si quiero calentar a Jackson, solo tengo que ponerme sujetador y bragas negras.

—Oh, abuela.

Derrotada, Shelby hundió el rostro entre las manos.

—Si no fuera capaz de ponerle caliente, tú no estarías aquí. Me parece que tu madre dice que tu padre prefiere el azul marino en lo que a lencería se refiere.

—Voy a la trastienda a revisar las cosas.

—¿Qué cosas? —quiso saber Viola.

—Cualquiera que no tenga que ver con mis padres y mis abuelos poniéndose cachondos.

Se marchó a toda prisa; aun así oyó la femenina carcajada que la siguió.

Llevaba las uñas de los pies pintadas de un oscuro azul violáceo y, debido al empeño de Callie, se había puesto un vestido del color de los narcisos. Y como no pudo sacárselo de la cabeza, debajo llevaba un sujetador blanco con diminutos capullos de rosa amarillos insertados en el ribete de encaje, y bragas a juego.

Aunque no tenía por qué verlo nadie, quizá le subiera la autoestima.

Callie se aferró a su pierna en cuanto estuvo vestida.

—Yo también quiero una cita con Griff.

Dado que había esperado algo así, tenía preparada una contraoferta.

—¿Qué te parece si invitamos a salir a Griff, tal vez el domingo por la tarde?

Podríamos llevarle de picnic. Podríamos preparar pollo frito y limonada.

—Y cupcakes.

—Cupcakes, desde luego. —Cogió a Callie en brazos antes de salir del dormitorio—. ¿A que sería divertido?

—Ajá. ¿Cuándo es el domingo por la tarde?

—Dentro de muy pocos días.

—¡Qué guapa estás! —exclamó Ada Mae—. ¿A que está muy guapa tu mamá, Callie?

—Ajá. Tiene una cita con Griff y vamos a llevarle de picnic el domingo por la tarde.

—Vaya, eso suena genial. No sé si la máquina de hacer pompas que tu abuelo está instalando en el jardín de atrás va ser tan divertida.

—¿Máquina de hacer pompas?

—¿Por qué no vas a verla?

—Voy a hacer pompas, mamá. Adiós.

Le dio un beso en la mejilla a Shelby, se retorció para que la dejara en el suelo y salió disparada como un cohete, llamando a su abuelo.

—Muchas gracias por cuidarla de nuevo, mamá.

—Nos encanta cada minuto que pasamos con ella. Creo que a tu padre le entusiasma tanto como a ella eso de hacer pompas. Que te lo pases bien esta noche. ¿Llevas un condón en el bolso?

—Oh, mamá.

Ada Mae se limitó a extraer uno del bolsillo de los pantalones.

—Por si acaso. Guárdate esto en el bolso, y así tendré una cosa menos de la que preocuparme.

—Mamá, solo voy a ver su casa y a cenar.

—A veces pasan cosas, y una mujer lista está preparada cuando ocurren. Sé una mujer lista, Shelby.

—Sí, señora. No llegaré tarde.

—Quédate todo el tiempo que quieras.

Con el condón en el bolso, Shelby se dispuso a salir. Acababa de abrir la puerta del monovolumen cuando Forrest aparcó.

—¿Adónde vas con un vestido amarillo?

—Solo voy a cenar con Griff.

—¿Adónde?

Shelby puso los ojos en blanco.

—A su casa, ya que quiero verla, y llegaré tarde si me vas a someter a un tercer grado.

—Esperaré. El sheriff me ha dado permiso para que te lo cuente. Richard tampoco era Jake Brimley.

Se le aceleró el pulso, lo sintió en la garganta.

—¿Qué quieres decir?

—El Jake Brimley con el número de la Seguridad Social que él utilizaba murió a la edad de tres años en 2001. Richard falsificó el carnet o le pagó a alguien para que se lo hicieran.

—¿Quieres decir... que usaba ese nombre pero no era esa persona?

—Así es.

—Entonces, ¿quién era? Por Dios santo, ¿cuántos nombres puede tener alguien?

—No te lo puedo decir... No lo sé —se corrigió Forrest—. Estamos trabajando en ello. Haré lo que pueda para averiguarlo, Shelby. Supongo que querrás saberlo.

—Sí. No sé cómo podré olvidarme de todo hasta que lo sepa. ¿Has averiguado algo más sobre el asesinato?

—Como es natural, hoy ha venido alguien. La chica estaba en el aparcamiento..., en el asiento trasero de un coche con otra persona. Alguien que no era su marido. Aunque estaban haciendo cosas que hacían que se empañaran los cristales de las ventanillas, oyó una fuerte detonación. La hora encaja con la del disparo. Levantó la cabeza de sus actividades durante el tiempo suficiente para fijarse en que alguien se subía a un coche y se marchaba apenas unos segundos después.

—Dios mío, ¿vio al asesino?

—En realidad, no. Cree que era un hombre, pero no llevaba puestas las gafas en ese momento, así que no lo vio bien. No tendríamos ni siquiera esto si su conciencia no se hubiera impuesto a su sentimiento de culpa. Lo que sí sabemos es que tal vez fuera un varón, que se montó en un coche oscuro, posiblemente un todoterreno. No tenemos ni marca ni modelo ni matrícula, pero cree que era negro o azul marino y reluciente. Le dio la impresión de que era un coche nuevo, pero no está segura del todo.

—¿Qué hay del hombre con el que estaba? ¿No vio nada?

—No he dicho que estuviera con un hombre.

—Ah.

—Y en eso estriba parte de su problema para presentarse ante la policía. Limitémonos a decir que la otra persona estaba muy ocupada por debajo del nivel de la ventanilla en ese momento y no vio nada.

—De acuerdo. ¿Y Harlow?

—Nada, de momento. Conduce con cuidado hasta casa de Griff, Shelby. Mándame un mensaje cuando llegues.

—Oh, por el amor de Dios, Forrest.

—Si no quieres que me presente cuando tal vez estéis... ocupados, envíame un mensaje cuando llegues. Voy a ver si puedo gorronear las sobras.

—Están atrás —le dijo mientras él se encaminaba hacia la casa—. Papá le ha comprado una máquina de hacer pompas a Callie.

—¿En serio? Creo que me pillaré una birra y disfrutaré de eso. Envíame el mensaje.

Se detuvo al principio del corto camino que conducía a la parte trasera de la vieja casa Tripplehorn, se retocó el brillo de labios y se miró con ojo crítico en el espejo.

Vale, no tenía ojeras y no todo el color de su rostro se debía al pequeño colorete en crema que su abuela le había apremiado a que probase.

El pelo, despeinado por el viento, añadía un toque informal. ¿No era mejor ser informal?, se preguntó.

Y tomó una bocanada de aire.

No había tenido una cita (una de verdad, y daba igual lo que hubiera dicho: aquella era una cita auténtica) desde que se fugó a Las Vegas con Richard para casarse.

O eso había creído.

Por supuesto, se acordó de que antes de eso había tenido muchas en el instituto y en la universidad. Pero todo eran recuerdos muy vagos y borrosos debido al tiempo transcurrido desde entonces.

Y Griff le estaba preparando la cena, y eso lo convertía en una cita formal, ¿no? Se había obligado a pensar más allá del tiempo transcurrido, más allá de los vagos recuerdos. No se acordaba de una sola vez en que un hombre le hubiera preparado la cena.

A lo mejor eso no lo convertía en algo formal. A lo mejor una vez se pasaba el instituto y los años de la universidad era algo que las personas, las personas adultas, hacían de vez en cuando.

Y fuera como fuese, estaba haciendo una montaña de un grano de arena.

Tomó el desvío, recorrió el angosto camino lleno de baches (algo que, obviamente, aún no se había molestado en arreglar) y luego se detuvo de nuevo y echó un vistazo.

Siempre había adorado el encanto de aquella vieja casa, cómo se integraba en la naturaleza, y se extendía un poco hacia un resguardado riachuelo.

Le pareció todavía más encantador.

Griff había limpiado el exterior y ¡menuda diferencia! Imaginó que era muy probable que hubiera lavado a presión la vieja piedra y reparado las juntas, de modo que se alzaba en varios tonos marrones y dorados sobre la suave elevación entre los árboles.

Y había instalado unas impresionantes ventanas nuevas. Además, había añadido un conjunto de puertas para sustituir las ventanas rotas en lo que supuso que debía de ser el dormitorio principal, para lo cual había añadido una terraza cubierta con barandilla de hierro de color bronce.

Había conservado la mayoría de los maravillosos viejos árboles, los arces y los robles, cuyas copas estaban adquiriendo esa intensa tonalidad verde del verano, y había plantado un par de cerezos silvestres, cuya floración ya había pasado y seguía verde. Quitar los matorrales y la maleza que rodeaban la base debió de haber sido una labor ardua, sudorosa e incluso deprimente. El tiempo invertido había dado sus frutos, pues unas jóvenes azaleas y unos rododendros teñían de color los zócalos de piedra, en tanto que los más antiguos y silvestres se extendían al amparo de las verdes sombras de los árboles.

Estaba construyendo una especie de bancal al fondo, siguiendo la elevación del terreno, con muros de piedra aún por terminar, que repetían los tonos de la casa. Se lo

imaginó terminado y repleto de arbustos y flores autóctonos.

Demasiado fascinada como para sentirse nerviosa, dejó el monovolumen junto a la camioneta de Griff, cogió la maceta de kalmia que había comprado como regalo para el anfitrión y se encaminó hacia el amplio porche delantero.

Admiró la pareja de sillas Adirondack pintadas en color verde bosque, así como la mesa de madera sin desbastar (un tocón que debía de haber cepillado e impermeabilizado) colocada en medio de ellas.

—Te he oído llegar.

—Ya estoy enamorada de este lugar. Ha tenido que costarte un montón de días de duro trabajo reclamar la tierra que rodea la casa con tanta maleza y tantas zarzas.

—No me ha gustado matar las zarzas. Aportan una pincelada de *La bella durmiente* a este sitio. Estás muy guapa.

Él también estaba guapísimo; recién afeitado, al parecer, con una camisa de un azul mortecino remangada hasta los codos.

Le asió la mano para llevarla adentro.

—Me alegra ver que no tienes nada en contra de las plantas, así que podrás encontrar un lugar para esta.

—Gracias. Yo...

—¡Ay, Dios mío!

La sorpresa que reflejaba su tono de voz hizo que Griff buscara frenéticamente con la mirada algo semejante a una de las monstruosas y enormes arañas licosas que había tardado semanas en erradicar de la casa.

Pero cuando Shelby se soltó y giró en círculo, lucía una sonrisa deslumbrante.

—Esto es maravilloso. ¡Griffin, es maravilloso!

Había tirado las paredes de modo que lo que antaño fuera un oscuro y angosto pasillo era ahora un amplio vestíbulo que daba paso de forma natural a una estancia con chimenea que había revestido de piedra autóctona. La luz del atardecer se derramaba a través de las ventanas desnudas sobre el reluciente y oscuro suelo de madera de roble.

—Aún no utilizo demasiado este espacio, de modo que he puesto un viejo sillón y un par de sillas. No sé de qué color pintarlo, así que... no lo he hecho.

—Se trata del espacio —dijo, paseando por él—. Me he asomado muchas veces por las viejas ventanas e incluso entré una vez por un desafío y deambulé por el interior. ¿Es este el suelo original?

—Sí. —Le encantaba hasta el último metro cuadrado—. Exigió bastante trabajo pero, si es posible conservarlo, lo original es mejor. He dejado las molduras originales donde ha sido posible y las he reproducido donde no lo era.

—Y el rosetón del techo. Soñé con él durante semanas después de que me colara dentro. Con los pequeños rostros que lo rodean.

—Bonito y espeluznante. No he encontrado la luz adecuada para ponerme con ello. —Al igual que Shelby, levantó la vista al rosetón de escayola—. Tengo que estar inspirado.

—Debería tener un aspecto antiguo. Aquí no debería haber nada que parezca reluciente y nuevo. Bueno, una cosa son la cocina y los baños, pero el resto... Y te estoy diciendo lo que tienes que hacer cuando es evidente que lo sabes muy bien. Quiero verlo todo.

—Todavía no me he puesto con todo. Empecé con algunos espacios y me di cuenta de que no estaba del humor idóneo. Si seguía adelante, acabaría haciendo algo mal o, por lo menos, de una manera chapucera.

Griff debería pintar esa habitación de un cálido e intenso tono dorado; ni vivo ni demasiado oscuro, sino de un cálido color oro viejo. Y dejar las ventanas sin cortinas para resaltar las preciosas molduras y...

Y tenía que dejar de decorarlo por él en su cabeza.

—No estarás haciendo todo esto tú solo, ¿verdad?

—No. —La cogió de la mano otra vez y empezó a guiarla hacia el fondo de la casa—. Matt es mi esclavo..., trabaja por cerveza..., cuando tiene tiempo. Forrest también. Clay me ha echado una mano un par de veces. Mi padre va y viene y me dedica una o dos semanas cuando puede. Y mi hermano. Mi madre ayudó a desbrozar la maleza y me dijo que le debo más por eso que por las catorce horas de parto. Aquí hay medio cuarto de baño —añadió cuando la vio reír.

Shelby se asomó dentro.

—Menudo lavabo. Parece un lavabo antiguo sobre una peana. Como si hubiera estado aquí desde siempre. Y el acabado de bronce antiguo de la grifería y las luces conjuntan muy bien. Tienes buen gusto, Griff, y también buen ojo para el color. Has mantenido un tono cálido y natural. La casa no precisa un estilo llamativo ni ostentoso. ¿Qué es eso de ahí?

—Herramientas y materiales en su mayoría.

Griff pensó: ¿Qué coño?, y abrió la vieja puerta corredera.

—Qué techos altos tan magníficos —dijo, al parecer nada desanimada por los montones de herramientas y madera, grandes cubos de tapajuntas y polvo a tutiplén—. Y otro rosetón en el techo. Imagino que sabes que se dice que el señor Tripplehorn medía dos metros y que construyó la casa para acomodarla a su altura. ¿Funciona la chimenea?

—Ahora no. Necesita trabajo y sin duda conducción de gas, pero que no lo parezca. Hay que restaurar el ladrillo o tal vez rehacerla con pizarra o granito. Está desmoronada.

—¿En qué lo vas a convertir?

—Puede que en una biblioteca. Da la sensación de que una casa como esta debería tener una. —Gesticuló, pues se lo estaba imaginando—. Estanterías empotradas flanqueando la chimenea..., una escalera de biblioteca..., ese tipo de cosas. Un gran sillón de piel, puede que una lámpara de cristal de colores, si encuentro la adecuada. Uno de estos días —repuso, encogiéndose de hombros—. Aún estoy pensando qué hacer con un par de habitaciones. No quiero abrir todo el espacio. Una cosa es un concepto abierto y otra muy distinta es perder todas las peculiaridades y el encanto originales.

—Tienes lo mejor de ambas cosas. Podrías convertir esto en una bonita sala de estar aquí o un despacho en la planta baja, una habitación de invitados. —Examinó otra habitación vacía—. Desde estas ventanas de aquí hay una bonita vista del bosque y de ese pequeño recodo del río. Si pones aquí tu despacho, podrías ubicar la mesa en el centro de la estancia y de ese modo mirar fuera, pero sin estar de espaldas a la puerta. Luego podrías... Ya estoy otra vez.

—Sigue, sigue. Es una buena idea.

—Bueno, iba a ser una estrella de la canción, pero el interiorismo era mi plan b. Tomé algunas clases en la universidad.

—¿En serio? ¿Por qué no sabía yo eso?

—Fue hace mucho tiempo.

—Voy a aprovecharme de ti. Pero ahora mismo voy a traerte una copa de vino.

—No me vendría mal una copa. —Solo una, pensó, con mucho tiempo para bajarla antes de coger de nuevo el coche—. Algo huele muy bien. No esperaba que...

Se interrumpió, maravillada.

Todo se abría. En el lugar donde recordaba haber visto un laberinto de habitaciones, un lóbrego comedor separado por paredes y una puerta de una pequeña y todavía más lóbrega cocina, lo que había supuesto que fueron los cuartos de criadas y cocineros, había ahora un espacio maravilloso que llevaba las montañas, los árboles y el riachuelo al interior mediante una pared de puertas de cristal.

—Supongo que aquí me volví un poco atrevido y estridente.

—No, no, nada de atrevido. Es precioso. Fíjate en el tamaño de ese fregadero rústico. Y me encanta que hayas puesto puertas de cristal a muchos de los armarios.

—Aunque la mayoría siguen vacíos.

—Ya los llenarás con el tiempo. Yo frecuentaría mercadillos y rastrillos, y buscaría una vajilla de loza antigua, puede que teteras o tazas antiguas, y las exhibiría en esos de ahí. Y... —Se detuvo antes de decorarle la casa de arriba abajo—. Es una bonita transición hacia el comedor de aquí y lo que imagino que es una sala de estar allí. ¿Qué es esto?

—Pizarra.

—Es simplemente perfecto. Magnífico de verdad. Mi madre lloraría por esa vitrocerámica. Me encantan las luces, ese pálido tono ambarino que contrasta con el bronce. ¿Has diseñado tú todo esto?

—Tuve la ayuda de mi padre, de Matt y de un par de ingenieros que conozco. De un arquitecto. Cuando te crías con un contratista, sueles establecer contactos.

—De todas formas, el trabajo es tuyo. Recuerda a ti. Para ser sincera, nunca he visto una cocina más bonita ni que encaje tan bien en esta casa. Tienes todas las comodidades, pero el carácter está aquí mismo. Podrías recibir a todo Rendezvous Ridge como invitados. Deber de ser estupendo cocinar aquí.

—No cocino demasiado. —Se tiró de la oreja—. Lo básico, generalmente. Pero imaginaba que si algún día tenía una casa y me encargaba de hacer mi propia reforma, me decidiría por lo mejor y vería si podría lograrlo. La cocina es el corazón de la casa.

—Lo es, y este es grande y hermoso.

—Y todavía no has visto lo mejor.

Le entregó una copa de vino, cogió la suya y luego fue hacia la pared de puertas. Cuando las abrió, se plegaron como un acordeón, quedando escondidas y llevando la naturaleza al interior.

—Oh, esto sí que es lo mejor. Es fantástico. Puedes dejarlas abiertas en las noches cálidas, y en las mañanas soleadas. Y en las fiestas.

Salió y exhaló un suspiro.

—Aún queda mucho por hacer aquí. Apenas he hecho nada con esta parte del terreno que se puede trabajar.

—La vista es insuperable.

Y ambos desviaron la mirada del jardín que seguía cubierto de maleza hacia las grandes y verdes colinas. Suaves y cubiertas de bruma, se alzaban bajo la apagada luz.

—Insuperable. En cualquier estación —agregó—. Hace un par de meses veía la nieve fuera, que permaneció blanca o grisácea en las cumbres más altas hasta el mes de abril. Y ¿qué me dices del otoño pasado? Jamás he visto colores así, y eso que el follaje de Maryland es impresionante. Pero no kilómetros y kilómetros ascendiendo hasta el cielo. Cada día, durante semanas, es simplemente deslumbrante.

Shelby se dio cuenta de que a Griff le encantaba y, más aún, que lo entendía. La vieja casa Tripplehorn tenía suerte de que se hubiera instalado en ella.

—Puedes oír el murmullo del riachuelo —dijo, y el sonido le resultó más romántico que la música de los violines—. Podrías tener un gran jardín de flores aquí, sembrar plantas que atraigan a las mariposas y los colibríes. Y hay suficiente sol para que puedas tener plantas aromáticas justo fuera de la cocina... para cuando cocines.

—A lo mejor podrías ayudarme con esas cosas.

—Tengo opiniones muy tajantes al respecto. —Levantó la cara hacia la brisa—. Deberías poner algunas plantas colgantes y comprar un carillón grande para ese viejo roble de ahí. Algo que aporte una nota profunda y masculina, y un par de comederos para pájaros..., pero hazlo en el porche de arriba, o de lo contrario los osos vendrán a visitarte.

—Preferiría que no lo hicieran. He visto un par por el bosque... al mirar por la ventana. Ya es demasiado cerca cuando se trata de osos.

—Te envidio este sitio, Griff. Su atmósfera, su aspecto, su potencial y la historia. Me gusta que sea de alguien a quien conozco y, más aún, que sepa qué hacer con él. No me había dado cuenta de que fueras tan bueno.

—¿De veras?

Shelby rió y meneó la cabeza cuando se volvió hacia él.

—Quiero decir que sabía que tu trabajo se te daba bien. Lo he visto, y estoy viendo lo que Matt y tú estáis haciendo para mi madre. Pero aquí no se trata simplemente de cambiar alguna cosa o de mejorarla, de embellecerla o de hacerla más funcional. Se trata de devolverle la vida a algo que muchos otros dejaron morir.

—Vine a ver la propiedad por puro capricho y me enamoré a primera vista.

—Creo que ha estado aquí languideciendo todos estos años, así que debe de corresponder a tu amor. Y no sé qué huele tan bien, pero espero que aguante un poco más. Me encantaría estar un rato sentada aquí fuera.

—Aguantará. Dame un segundo.

—¿Qué vamos a cenar? —preguntó cuando él entró para apagar el fuego.

—Espero que sean macarrones con salsa de tomate picante, aceitunas negras y albahaca.

Shelby sonrió cuando él salió de nuevo.

—¿Y cómo sabías que es uno de mi platos de pasta preferidos?

—¿Soy adivino?

—Me da que no. Ha sido muy tierno por tu parte averiguar qué me gusta y tomarte la molestia.

—Puedes decir que soy tierno después de que hayas cenado, por si acaso están asquerosos. —Lo cual, tenía que admitir, le preocupaba de verdad—. Los *cannoli* no los he hecho yo, así que estarán buenos.

—¿Vamos a comer *cannoli*?

—Que no he preparado yo. Tampoco he preparado la hogaza de pan italiano. Y la ensalada es de bolsa. He llegado al límite con la pasta.

—Eres el primer hombre que me prepara la cena, y eso suena delicioso.

—¿Qué?

—Que suela delicioso.

—No, lo otro. —Giró un dedo en el aire, indicándole que rebobinara—. ¿Soy el primer hombre que te prepara la cena?

—Bueno, mi padre, por supuesto, y mi abuelo han hecho algunas parrilladas épicas con el curso de los años.

—Yo... si hubiera sabido que esta era una primera vez, habría comprado platos

bonitos o algo así.

—No quiero platos bonitos. Ya he tenido platos bonitos. La comida sabe igual en ellos que en los de diario.

Griff reflexionó un momento.

—Tengo dos apuestas seguras cuando quiero cocinar e impresionar a una mujer. Una es el típico filete a la parrilla, con una enorme patata asada y la siempre popular ensalada de bolsa. La otra, cuando quiero impresionar de verdad a una mujer, es el pollo al vino. Se me da muy bien.

—¿Por qué no vamos a cenar pollo al vino?

—Porque contigo no quería decantarme por lo de siempre. Y no he hecho esto en cuanto has llegado porque antes quería darte tiempo para tranquilizarte.

Le quitó la copa de vino, la dejó junto con la suya y la atrajo hacia él.

Pensó que olía como la puesta de sol en la montaña. Fresca, desenfadada e irisada. Le pasó los dedos por el largo y espeso cabello, con todos esos rizos despeinados.

Y se recordó que tenía que ir despacio, con calma, cuando posó los labios en los suyos.

Se apartó.

—Esto ha sido por si acaso creías que había olvidado recibirte con un beso.

—No creía que... No puedo. No... Oh, mierda. Mierda.

Lo siguiente que Griff vio fue que Shelby se abalanzó sobre él. Le pilló por sorpresa, expulsando en el acto cualquier pensamiento racional de su cabeza y prendiendo una chispa en su sangre de un solo golpe.

Retrocedió un par de pasos a trompicones antes de recuperar el equilibrio y la abrazó para impedir que ambos cayeran del porche. Y a duras penas se contuvo de quitarle el vestido por la cabeza.

Ella era un terremoto, una explosión de temerario calor que lanzaba ráfagas de fuego por todas partes. Su cerebro se cubrió de ceniza y humo.

Giró y pegó su espalda contra el poste. Ahora que tenía las manos libres, las usó para introducir las bajo la falda de su vestido, pasarlas por sus caderas, por su calor, y descender de nuevo.

Ella se estremeció, gimió contra su boca y a continuación estuvo a punto de romper la última hebra de control cuando meneó las caderas contra él.

Griff tuvo que apartarse.

—Espera.

Shelby tuvo que agarrarlo del pelo y acercar de nuevo su boca a la de ella.

—¿Por qué?

Él se perdió de nuevo durante un momento, durante una eternidad.

—Espera —repitió, luego apoyó la frente en la de ella—. Respira.

—Estoy respirando.

—No, yo. Me refiero a mí. —Tomó esa bocanada y luego otra—. Vale.

Era evidente que ella se tomó eso como un visto bueno cuando le atrajo de nuevo.

—No, quería decir que... —Solucionó su dilema abrazándola y reteniéndola así. Por Dios, ¿tenía que ser tan alta, tan suave y tan esbelta?—. Vale. Vamos a respirar. Vamos a inspirar un par de veces.

Tenía unas manos firmes, pensó. Firmes como una roca. Manos de cirujano, joder. Así que ¿por qué le temblaban ahora?

La agarró de los hombros con ellas para apartarla un poco. Límitate a mirarla,

pensó, a mirar esos ojos grandes y sublimes, casi púrpura bajo la suave luz.
Se recordó lo mal que ella lo había pasado, lo mal que aún lo estaba pasando.
—A lo mejor deberíamos... No quiero meterte prisa.
Algo chispeó en sus ojos crepusculares e hizo que se le secase la garganta.
—¿Te parece que me estabas metiendo prisa?
—No lo sé. A lo mejor. El caso es que si no nos tomamos un minuto, si no tomamos aire, si no... algo, vamos a acabar desnudos en el porche.
—Vale.
—Vale, así que... —Bajó las manos y dio medio paso atrás con cautela—. Vamos a tomarnos un minuto.
—Quiero decir que me parece bien que acabemos desnudos en el porche.
Griff se quedó de nuevo sin aliento.
—Me estás matando, pelirroja.
—Sé que llevo mucho tiempo a dos velas, pero conozco bien las señales y los indicios de que un hombre me desea. Y si no fuera así, me dejaste muy claro que me deseabas el otro día en la cocina de mi madre mientras nos tomábamos una Coca-Cola.
—Si no te deseara sería un imbécil, y mi madre se enorgullece de no haber criado a ninguno.
—Yo también te deseo, así que eso parece ser una buena noticia.
—Eso es... sí, una noticia cojonuda... y yo también conozco bien esas señales y esos indicios. El caso es que, teniendo en cuenta las circunstancias, el plan era ablandarte un poco con la cena y convencerte para que salieras conmigo un par de veces más antes de llevarte a la cama.
Shelby se apoyó contra el poste y asintió. Algo que Griff identificó como diversión parpadeó en sus ojos.
—Supongo que te gusta hacer planes personal y profesionalmente, ¿verdad?
—Las cosas suelen ir mejor cuando los haces.
—¿No te gustan las sorpresas?
—Me parecen bien. —Feliz Navidad, feliz cumpleaños. Desnudémonos en el porche. ¡Ay, Dios mío!—. Me parecen bien —consiguió repetir.
—Pero quizá tardes un minuto en superar la sorpresa.
—Eso parece.
Shelby esbozó una sonrisa pausada y sincera.
Ojos del color del crepúsculo, el mágico cabello de una sirena, un cuerpo esbelto, como una rosa de tallo largo.
Sí, le estaba matando.
—¿Te gustaría oír mi plan? —preguntó Shelby—. Es improvisado, pero creo que es factible.
—Soy todo oídos.
—Mi plan es que nos saltamos todo eso de ablandarme con la cena y de salir un par de veces más. Volveremos a ello si ambos queremos, después de que nos desnudemos en el porche.
—Eres toda una sorpresa. Pero no.
Ella exhaló un suspiro.
—Eres un hueso duro de roer, Griffin.
—Quiero decir que nada de desnudarnos en el porche. Podemos hacerlo mejor esta vez.

—¿Hay algo mejor que desnudarse en el porche?
—Esta vez. —Esa primera vez, pensó. Esa primera y sorprendente vez—. No te he enseñado el piso de arriba.

Ella ladeó la cabeza y su sonrisa se ensanchó.

—No, no me lo has enseñado.

—Me gustaría hacerlo. —Le ofreció la mano—. Me gustaría mucho hacerlo.

Shelby posó la mano en la de él.

—Me encantaría, pero puede que esté un poco oxidada.

—En mi opinión, no lo estás —replicó mientras volvían a la cocina—. Pero no te preocupes, que yo te guiaré.

Ella hizo una pausa y le dio una palmadita al bolso que había dejado sobre la encimera.

—¿No te parece curioso que esta noche mi madre me haya dado un condón para que me lo guardara aquí antes de que me marchara?

—Ay, Señor. —Se pasó la mano libre por la cara—. Le daría las gracias por su consideración, pero sería embarazoso. De todas formas, eso está solucionado. Ja, ja.

—De acuerdo.

—Podemos subir por la escalera trasera.

—Se me había olvidado que había escalera trasera. —Encantada, dio la vuelta con él—. ¿No adoras las casas con escalera trasera?

—Adoro esta. Voy a renovarla, pero es bastante resistente. —Encendió una luz... una única bombilla—. Esto también.

—Será genial, aunque ahora mismo todo está oscuro y da miedo. Me gusta cómo se desvía aquí, de modo que puedas ir a la derecha o a la izquierda.

—Vamos a la izquierda.

—¿Cuántos dormitorios hay aquí arriba?

—Había siete en este piso. Voy a dejarlo en cinco. Ya bajó a seis en cuanto decidí ubicar delante el dormitorio principal.

—Con esa maravillosa terraza cubierta.

—Cierto. Y el segundo piso es más un laberinto de pequeños cuartos y ángulos extraños. Algo de lo que ocuparme más adelante.

Shelby se sentía muy tranquila. Mientras recorrían el amplio y oscuro pasillo se dio cuenta de que no había esperado sentirse así de tranquila. Tan natural con respecto a todo. Excitada, sí, Dios, sí, pero no nerviosa. Y en absoluto cohibida.

Griff tenía algo que mitigaba sus temores, pensó.

—¡Oh! Puertas dobles. Es elegante a la par que lo bastante sencillo como para encajar con el resto.

—No está terminado —comenzó, y acto seguido abrió las puertas y encendió la luz.

—Oh, pero si es maravilloso. Va a ser maravilloso. Fíjate en cómo a luz de la tarde se derrama por esas puertas y la chimenea... el granito negro. Es potente. Es una declaración.

—No me he decidido por el color de la pared. —Señaló una pared en la que había pintado anchas rayas de diversos tonos—. Encontré la araña de hierro en un mercadillo. La restauré y reinstalé el cableado. Estoy buscando otra lámpara que haga juego, pero por ahora estoy usando algunos descartes de la familia. Aunque la cama es nueva. Bueno, el colchón es nuevo. Encontré la cama hace un par de semanas. También en un mercadillo.

Shelby pasó la mano por el curvado pie de la cama. Suave, pensó, resistente y

sencillo.

—Es preciosa.

—Castaño. Una madera preciosa. Solo necesitaba un poco de trabajo.

—Casi todo lo necesita. ¿Qué tenías antes?

—Un saco de dormir sobre un colchón hinchable. Pero con mi plan de traerte aquí arriba, pensé que era mejor comprar una cama de verdad. Me alegro de no haber esperado para hacerlo.

—Me alegro de que no esperaras. —Se volvió hacia él—. Me alegra que no hayamos esperado.

Griff avanzó, abrió las puertas de la terraza para dejar que entrara el aire de la noche y luego pulsó un interruptor para encender el fuego antes de apagar la luz.

—¿Te parece bien?

—Más que bien. Es perfecto.

Se acercó a ella y le rodeó la cintura.

—¿Estás donde quieres estar?

—Exactamente. —Un tanto maravillada, le acarició el cabello con ligereza—. Tú también eres una sorpresa, ya que no esperaba estar en esta situación con nadie, no hasta dentro de mucho tiempo. —Levantó los brazos y le rodeó el cuello.

Esa vez el beso fue largo, pausado, largo y profundo. Lo mismo que la primera vez, e igual que entonces, su cuerpo se derritió como una vela al sol.

Cuántos sentimientos, cuántas estremecedoras sensaciones, pensó. Comprendió que había olvidado más de lo que recordaba sobre aquello.

Se dejó llevar, flotando como un diente de león con la brisa estival. Se acercaba una tormenta, podía sentirla cobrando fuerza dentro de ella, pero la calma y la quietud llegaban primero.

Acercó las manos a su rostro cuando él cambió el ángulo del beso. Y se estremeció de impaciencia cuando sintió que le bajaba la cremallera en la espalda del vestido.

Le recorrió la columna con un dedo. Ese ligero contacto hizo que se arqueara hacia él, ronroneando antes de que sus manos asieran los tirantes del vestido y se los bajaran de los hombros.

El vestido cayó muy despacio.

—Precioso —murmuró Griff, y pasó un dedo, eróticamente áspero debido a las callosidades, a lo largo del ribete de encaje del sujetador.

—El corazón me late muy deprisa.

—Puedo sentirlo.

—El tuyo. —Posó una mano sobre su corazón, aliviada al sentirlo latir con igual rapidez y fuerza bajo la palma—. El tuyo también.

Comenzó a desabrocharle la camisa, exhalando una carcajada entrecortada porque sus dedos parecían no acertar.

—Estoy temblando por dentro. También por fuera.

Griff acercó las manos para ayudarla, pero ella se las apartó.

—No, quiero hacerlo yo. Vas a tener que aguantar un poco de torpeza. Quiero... — Sintió que él se estremecía cuando por fin logró desabrocharle la camisa y poner las manos sobre su carne. Luego le miró a los ojos—. Lo quiero todo.

Le hizo pedazos, rompiendo el último eslabón de la cadena de control. Jadeó cuando él la cogió en brazos y la dejó sobre la cama. Luego se tumbó encima de ella.

Era delgada como un mimbre y a una parte de él le preocupaba hacerle daño. Pero

hasta eso cayó en el olvido cuando ella se alzó, agarrándole las caderas, reteniéndolo contra su pubis.

El sol quedó reducido a polvo y un chotacabras comenzó a llamar a su compañera.

La tormenta estalló en su interior en una ardiente y violenta tempestad. El ansia se alzó con ella, buscando más.

Los músculos de Griff eran puro acero a pesar de su constitución delgada. Le surcaban la espalda. Oh, Dios, qué maravilla sentirlos bajo las manos. Sentir su peso presionándola contra la cama.

Y esas manos fuertes, ásperas e impacientes por todo su cuerpo. No despertaban necesidades; «despertar» parecía una palabra demasiado tibia.

Se asemejaba más a la resurrección.

Cuando se apoderó de su pecho con la boca, rozándola con los dientes, lamiéndola con la lengua, y deslizó la mano entre sus muslos, le sobrevino un orgasmo tan intenso que la dejó conmocionada y estremecida.

Griff no se detuvo, no titubeó, sino que la excitó de nuevo.

Era como una piedra en una catapulta, volando por el cielo. Impotente y temblorosa. Su cuerpo le pertenecía ahora a él, se abría a él, y Griff lo tomó, le dio más, de modo que las sensaciones se enredaron entre sí, las necesidades se tornaron en una única y palpitante comezón.

Acto seguido se hundió en ella y el placer inundó su sangre.

Se dejó arrastrar junto con Griff, latido con latido, mientras el corazón le palpitaba con la misma cadencia salvaje que el de él. Su cabello rojizo se desparramaba sobre las sábanas y su piel resplandecía bajo la difusa luz del anochecer.

—Shelby. Mírame. —El cuerpo de Griff pedía a gritos la liberación, ese último salto. Pero él quería verle los ojos—. Mírame. —Ella los abrió, oscuros y aturdidos, y los clavó en los suyos—. Es todo —dijo, y se dejó llevar.

El primer pensamiento coherente de Shelby cuando la neblina se despejó de su mente fue: «Conque es así».

Se sentía pesada, ligera y laxa, vacía y colmada de nuevo al mismo tiempo. Creía que sería capaz de correr una maratón o de dormir toda una semana.

Sobre todo, se sentía total y absolutamente viva.

Griff estaba tumbado encima de ella y era agradable. Le gustaba sentir su peso aun en esos momentos, la sensación de su piel contra la de ella, tan caliente y húmedo después de una violenta tormenta de verano.

La brisa que se colaba por las puertas abiertas ofrecía un precioso contraste, refrescándole las mejillas y haciéndola sonreír. Todo la hacía sonreír. Si no iba con cuidado, se pondría a cantar.

—Me moveré dentro de un minuto —farfulló Griff.

—No pasa nada. No pasa nada. Todo va genial, realmente genial.

Griff volvió la cabeza lo suficiente como para rozarle la garganta con los labios.

—He sido un poco más brusco de lo que pretendía.

—A mi modo de ver has sido brusco en su justa medida. No alcanzo a recordar si alguna vez me he sentido tan agotada o si tan solo he olvidado esa sensación. No cabe duda de que eres concienzudo, Griffin. Haces un buen trabajo.

—Bueno, todo vale la pena. —Se elevó para mirarla bajo la titilante luz del fuego—. Por cierto, no estabas oxidada.

Satisfecha y lánguida, le acarició la mejilla.

—No me he acordado de preocuparme por eso.

—Me preguntaba cómo estarías aquí tumbada. Es mejor, aún mejor de lo que imaginaba.

—En este preciso instante, todo es mejor de lo que imaginaba. Eso puede deberse a todo ese tiempo que he pasado en el dique seco, pero el mérito te lo achaco a ti.

—Lo acepto. Está refrescando. Vas a pillar un catarro.

—No tengo frío.

—Todavía. Y no te he dado de cenar. —La besó en los labios—. Tengo que terminar la cena. Pero antes...

Se bajó de encima de ella y, al hacerlo, la arrastró consigo. A Shelby le dio un vuelco el corazón cuando la cogió en volandas y se levantó de la cama.

Músculos de acero, recordó. Era más fuerte de lo que aparentaba.

—Deberíamos darnos una ducha.

—¿Deberíamos?

—Sin duda. —Esbozó una amplia sonrisa mientras la llevaba—. Te va a encantar el cuarto de baño.

Así fue. Le encantaron el generoso espacio, la enorme bañera con patas y los tonos terrosos de los azulejos. Sobre todo le encantó la gigantesca ducha con sus múltiples chorros... y lo que dos personas ágiles e imaginativas podían hacer con todo ese calor y ese vapor.

Cuando volvieron a la cocina, Shelby se sentía fresca como una lechuga y tan feliz que deseó haber aprendido a bailar claqué.

—Tengo que avisar a mis padres de que llegaré un poco más tarde de lo que les he dicho.

—Adelante. Aunque teniendo en cuenta que tu madre te ha dado un condón cuando te marchabas, no creo que les sorprenda.

Envió un rápido mensaje de texto y preguntó si Callie se había ido a la cama sin protestar. Luego, mientras Griff volvía a poner al fuego la salsa y el agua para cocer la pasta, canalizó parte de esa sensación de embriaguez en un rápido mensaje de texto adicional para Emma Kate.

Llevo dos horas en casa de Griff. Aún no hemos cenado. Pero ya puedes imaginarte por qué. Solo pienso decir UAU hasta que te lo cuente en persona. Mejor UAU, UAU. Shelby.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó a Griff.

—Puedes beberte esa copa de vino que no hemos llegado a tomarnos.

—De acuerdo. —Cogió el móvil cuando sonó—. Es mi madre, que me dice que Callie duerme como un angelito y que me lo pase bien. Oh, se me ha olvidado decirte que Callie estaba un poco molesta porque no iba a salir contigo. Así que le he dicho que íbamos a invitarte a salir.

—Oh, ¿en serio?

Volvió la vista mientras sacaba la ensalada de la nevera.

—¿Por qué no me ocupo yo de eso? ¿Tienes cubiertos de ensalada para que pueda mezclarla?

—¿Eh?

—Un par de tenedores, pues.

—De eso sí que tengo. ¿A qué me vais a invitar?

—A un picnic.

Cogió los tenedores, la botella de aliño italiano y le sonrió.

—¿Un picnic con pollo frito frío y ensalada de patata o jugar a que tomamos el té? Eso decidirá el atuendo apropiado.

—Lo primero. Conozco un lugar. No queda muy lejos en coche y después solo hay un pequeño paseo. Estaba pensando en el domingo por la tarde, si te parece bien.

—¿Dos preciosas pelirrojas y comida? Me pongo en marcha ahora mismo.

—Está muy encariñada contigo, Griffin.

—Es mutuo.

—Eso lo sé, salta a la vista. Solo quiero decirte que ha vivido un montón de cambios en muy poco tiempo y...

—¿Buscas problemas, pelirroja?

—Son gajes del oficio. Eres bondadoso, Griff. Eso también salta a la vista. Lo único que te digo es que, pase lo que pase con nosotros, espero que... bueno, espero que la visites de vez en cuando.

—Soy afortunado por conocer a cuatro generaciones de mujeres Donahue y Pomeroy. Estoy loco por todas y cada una de ellas, y no pretendo que eso cambie. Descaro y fortaleza, lo lleváis en la sangre.

—Yo aún trato de recomponerme.

—Menuda gilipollez. —Dijo aquello con tanta despreocupación que Shelby tardó un minuto en levantar la vista y parpadear—. A la mayoría de las personas que conozco, y yo podría ser una de ellas, les habría destrozado descubrir que tenían una deuda de millones de dólares y que nada de eso era culpa suya.

Había oído los detalles, pensó. Así funcionaban las cosas.

—Yo consentí...

—Voy a repetirme. Menuda gilipollez. Tú solo fuiste joven e impulsiva, y te enamoraste del hombre equivocado. Ese es todo el mal, en mi opinión.

—No puedo decir que te equivoques en eso.

—Luego, en lugar de seguir destrozada cuando descubriste la magnitud de la catástrofe y te viste sola con una hija y enterrada bajo una montaña de deudas, levantaste la cabeza y empezaste a saldarlas. ¿Y esa niña? Es feliz y segura de sí misma, porque tú te has preocupado de que así sea. Te admiro muchísimo.

Lo miró fijamente, estupefacta.

—Bien. Bueno, no sé qué responder a eso.

—Además, eres muy sexy... —echó la pasta en el agua hirviendo—, que no es poco. Aquello la hizo reír y ponerse de nuevo a remover la ensalada.

—Pero podrías responderme a una duda que lleva un tiempo rondándome.

—Puedo intentarlo.

—¿Por qué te quedaste? No eras feliz y no resulta difícil deducir que él no era un padre que se implicase con Callie. ¿Por qué te quedaste?

Una pregunta justa, dadas las circunstancias, decidió.

—Pensé en el divorcio más de una vez. Y si hubiera sabido lo que sé ahora..., pero no lo sabía. Y no quería fracasar. ¿Sabes que mi abuela tenía solo dieciséis años cuando se casó con mi abuelo?

—No. —Aquello resultaba impactante—. Imaginaba que era joven, pero era una cría.

—Dentro de poco hará cincuenta años que están casados. Medio siglo, y cabe suponer que hayan pasado épocas malas. Su madre no tenía más que quince años, y ella y mi bisabuelo estuvieron juntos treinta y ocho años antes de que él muriera cuando un tráiler chocó contra su camioneta y otros tres vehículos en una noche en el invierno de 1971. Mi madre tenía apenas dieciocho años cuando se casó con mi padre.

—Sí que aguantan las mujeres de tu familia.

—También los hombres. Oh, ha habido algunos divorcios y algunos de ellos malos; primas y tías y familiares más lejanos. Pero puedo remontarme atrás en el tiempo, siete generaciones de mujeres que yo sepa, y ninguna de ellas crió a un hijo en un hogar roto. No quería ser la primera. —Se encogió de hombros y cogió su vino, decidida a animar el ambiente—. Bueno, bien es verdad que mi tatarabuela por parte de madre tuvo tres maridos. El primero falleció luchando en una disputa mortal con el clan Nash. Tenía solo dieciocho años cuando..., según se dice..., Harlan Nash le tendió una emboscada y le disparó por la espalda, dejando a mi tatarabuela viuda con tres hijos y otro en camino. Se casó con el primo tercero de su primer marido y le dio tiempo a tener dos hijos con él antes de que muriera por unas fiebres. Por último, se casó con un corpulento irlandés llamado Finias O'Riley. Tenía unos veintidós años y le dio seis hijos más.

—Espera, estoy haciendo la cuenta. ¿Doce hijos? ¿Tuvo doce hijos?

—Así es y, a diferencia de las mujeres de su época y de su región, vivió hasta los noventa y un años. Sobrevivió a cinco de sus hijos, lo que debió de suponerle un gran

pesar, y perdió a su Finias, que fue sheriff por estos lares, así que a Forrest le viene de familia, cuando ella tenía ochenta y dos y él ochenta y ocho. Mi bisabuela, que vive en Tampa, Florida, con su hija mayor, la llamaría... se llamaba Loretta, pero siempre la llaman Bunny.

—Profético, después de todo.

Shelby alzó su copa de nuevo, con una risita.

—Dicen que podría haberse casado de nuevo, ya que tenía un pretendiente, un viudo que le regalaba flores cada semana, pero él murió antes de que ella se decidiera. Me gustaría pensar que yo podría atraer a un caballero a esa edad.

—Te regalaré flores.

—Entonces, si no te veo en mi puerta a los sesenta años, me sentiré muy decepcionada.

Le aliviaba que esa cena no solo estuviera comestible, sino además deliciosa. Ella lo entretuvo con la historia de la expulsión de Melody del salón. Ya había oído un par de versiones, pero oyéndosela a ella podía visualizarla a la perfección.

—¿Qué problema tiene?

—Es una abusona desde que la conozco. Mimada, arrogante y con esa faceta mezquina que tú mismo mencionaste. Su madre se lo consentía todo, y sigue haciéndolo. La inscribía en todos los concursos de belleza incluso cuando era muy pequeña. Y ganaba la mayoría y luego se pavoneaba por todas partes dándose aires.

—«Pavonearse.» No es una palabra que se oiga todos los días.

—Es apropiada. Casi siempre ha conseguido lo que quería cuando lo quería. No puedo decir que mostrara ninguna gratitud. Me ha odiado desde que tengo uso de razón.

—Seguramente porque sabía que si tú concursabas en esos certámenes, le habrías pateado su culito de reina de la belleza.

—Eso no lo sé, pero la gané en cosas que ella deseaba. Tan sencillo como eso.

—¿En qué cosas?

—Oh, bobadas... o lo son ahora. Un chico que le gustaba cuando teníamos catorce años y a él le gustaba yo. Hizo que Arlo Kattery le diera una paliza; sé que fue ella, pero Arlo no la delató. Fui capitana del equipo de animadoras... durante todo el instituto... y ella deseaba serlo. Mi abuelo arregló el viejo Chevy para que no tuviera que volver a casa andando después del entrenamiento. Ella me lo llenó de pintadas que ponían «puta» y cosas peores. Sé que fue ella porque cuando se lo recliné, Jolene parecía muy culpable. Igual de culpable que la noche del baile de bienvenida, cuando me eligieron reina y rompieron el parabrisas de ese viejo Chevy y le rajaron los neumáticos.

—Ahora parece que sufre un trastorno mental más que un cabreo.

—Tan solo es mala. Supongo que algunas personas lo son, y si nunca pagan por ello, se vuelven peores. Ella no me preocupa, sobre todo porque la han echado del salón y del spa —repuso—. Has preparado una cena deliciosa, Griffin. Quizá seas un buen partido.

—Ya te lo he dicho.

—Voy a ayudarte a recoger la cocina, y luego tengo que irme.

Él le acarició el brazo con un dedo.

—¿No hay manera de convencerte para que te quedes?

Tenía unos ojos verdes maravillosos, unas manos ásperas y diestras y la besaba de una manera que hacía que le hirviera la sangre.

—Es tentador porque el porche sigue ahí fuera. Es mucho más tentador de lo que supuse que sería. Pero no me sentiría bien si no me fuera a casa con Callie esta noche.

—A lo mejor podría llevar a Callie a comer pizza antes de que vayamos de picnic.

—Oh, sería genial, pero esta semana voy a estar muy ocupada. Tengo que ensayar y...

—No te invitaba a ti. —Sin embargo, se inclinó y la besó—. ¿Te parece bien que lleve a la pequeña pelirroja a comer pizza?

—Yo... Supongo que sí. Le gusta mucho. —Se levantó y llevó los platos al fregadero—. ¿Estás seguro de que quieres aceptar esto, Griffin?

—¿A Callie o a ti?

—Somos un equipo.

—Un bonito equipo.

La distrajo hablándole de los planes que tenía para la casa mientras ponían el lavavajillas. Le gustaba comentar sus ideas y sus planes con alguien que los entendía, que viera el potencial.

—Lo único que necesitas es un columpio para el porche, y pronto. No se puede tener un porche delantero como ese y no poner un columpio.

—Columpio para el porche delantero apuntado. ¿Y en el porche trasero?

—Un viejo banco, puede que una mecedora. Podrías sentarte y mecerte mientras contemplas el jardín que has plantado con tanto trabajo.

—¿Voy a plantar un jardín?

—Me lo imagino con una pérgola y una glicinia y con esas preciosas plantas colgantes. —Se secó las manos después de limpiar la vitrocerámica—. Me lo he pasado de maravilla. No solo me refiero a... Bueno, no quería dejarme la visita al piso de arriba.

Griff deslizó las manos alrededor de su cintura.

—Aún me queda mucho que enseñarte.

Shelby se permitió relajarse, sumergirse en el beso. Y se apartó con verdadero pesar.

—De verdad que tengo que irme.

—Vale, pero vas a volver para terminar esta visita.

—No creo que pudiera resistirme. —Cogió su bolso y Griff enganchó las llaves de un platito en la encimera.

—Oh, ¿vas a salir? —preguntó cuando se dirigían a la puerta principal.

—Claro. Te sigo a casa.

—No seas bobo.

—No soy bobo. Te sigo a casa. Protesta si quieres, pero lo voy a hacer de todas formas. A la mujer que te amenazó le pegaron un tiro hace menos de una semana justo a la salida del lugar en que estabas trabajando. No vas a conducir a casa sola de noche.

—No puedo impedirte que me sigas hasta casa y que luego vuelvas a la tuya, pero es una tontería.

—Da igual. —Tiró de ella para darle un beso y luego fue hasta su camioneta mientras ella se dirigía a su monovolumen.

Una tontería, pensó de nuevo, pero también un detalle muy tierno. Estaba ganando puntos de todo tipo.

Señor, hacía años que no pensaba en el sistema de puntos. Emma Kate y ella se lo habían inventado en el instituto. Para divertirse, empezó a contar los de Griff.

Guapo en una escala del uno al diez; sin duda le daría un diez, decidió, y no creía

que estuviera exagerando.

Conversación. Otro diez en ese campo. Sabía hablar y escuchar.

Sentido del humor. Otra victoria. Giró hacia la carretera y vio que sus faros la seguían.

Considerado. Quizá incluso demasiado, como al perder el tiempo siguiéndola hasta casa por carreteras que ella había recorrido toda la vida.

Bueno besando. Se salía de la gráfica. Bajó la ventanilla y dejó que el aire fresco aplacara el calor que le había provocado dicho pensamiento. Con toda sinceridad, podía decir que nunca la habían besado mejor.

¿Cuáles eran los demás requisitos para el novio perfecto? Debía de haberlos escrito en alguna parte. Se lo habían inventado antes de que ninguna de las dos hubiera tenido relaciones sexuales, de modo que eso no había figurado en la lista.

La lista de la Shelby adulta sí lo incluiría, y también se saldría de la gráfica.

Tomó la carretera secundaria y bordeó de manera automática el pueblo, tomando el sinuoso camino, con los faros de Griffin a escasa distancia.

Y, de acuerdo, la hicieron sonreír. No era tan malo dejar que alguien cuidara de ella solo un poco. Siempre y cuando recordase que tenía que llevar las riendas de su propia vida y de la de Callie.

Aparcó en el camino de entrada y reparó en que la luz de la habitación de sus padres todavía estaba encendida. Después de apearse, hizo señas a Griff para que se marchara, pero este ya se estaba bajando de su camioneta.

—No tienes por qué acompañarme hasta la puerta.

—Claro que sí. Es lo que hay que hacer. Y si no te acompaño a la puerta, ¿cómo voy a darte un beso de buenas noches?

—Me gusta la segunda parte. La primera vez que me besaron delante de esta puerta tenía quince años y Silas Nash..., un descendiente del infame clan Nash..., me dio un beso que me hizo entrar flotando por la puerta y pasarme la mitad de la noche soñando con él.

—Lidiaré con ello —dijo Griff al cabo de un momento—. Puedo derrotar a un adolescente llamado Silas.

—Se está sacando la carrera de derecho en la facultad de Derecho de la Universidad de Tennessee.

—Sin duda puedo derrotar a un abogado —afirmó Griff y, en opinión de Shelby, lo demostró.

—Supongo que voy a subir flotando a mi habitación y que luego soñaré contigo.

—De acuerdo. —Le acarició el pelo con la mano y la besó de nuevo hasta que el mundo dio vueltas a su alrededor—. No me conformo con menos.

—Buenas noches, Griffin.

—Buenas noches.

Esperó hasta que la puerta se cerró y volvió a su camioneta. Él también iba a soñar un poco esa noche, pensó. Esa mujer lo tenía pillado. Todo en ella le calaba muy hondo.

Levantó la vista y se la imaginó entrando a ver a Callie. Y pensando en él, más le valía que pensara en él cuando se desvistiera para irse a la cama.

Él desde luego estaría pensando en ella.

Arrancó y, tal y como había hecho ella, tomó las carreteras secundarias.

Sin prisas, con mucho en lo que pensar. Muchos planes que hacer.

Tenía que pensar en que había quedado en llevar a una preciosa niñita a comer pizza y esperar con impaciencia el picnic con ella y con su madre.

Tal vez comprara una botella de champán y le diera un matiz elegante e inesperado al picnic.

Vio por el retrovisor unos faros a su espalda y, dado que había estado yendo a paso lento, aceleró un poco.

Por lo visto no lo suficiente, pensó, pues los faros se acercaron. Esperó a que la pequeña camioneta, pues ahora podía ver que se trataba de eso, lo adelantara, ya que tenía tantísima prisa.

En cambio, lo embistió por detrás con tanta fuerza como para hacer que se golpeará con el volante y luego con el respaldo del asiento.

Pisó el acelerador de forma instintiva. Pensó en el móvil, que como siempre había dejado en el soporte para tazas, pero no quería correr el riesgo de apartar una mano del volante.

Y la camioneta le golpeó de nuevo a más velocidad y con más ímpetu, haciéndolo derrapar y que los neumáticos humearan sobre la cuneta. Griff se las arregló para volver a la carretera, pero el siguiente golpe, justo en la curva, lo hizo salirse, derrapar en la cuneta y chocar contra un verde roble.

Oyó el choque y tuvo un momento para pensar: «¡Mierda! ¡Mierda!», antes de que saltara el airbag. El impacto hizo que la cabeza golpeará contra la ventanilla de todas formas. Vio las estrellas y las luces rojas de los faros de la camioneta cuando esta se detuvo, pasó unos instantes al ralentí, y luego pisó el acelerador para doblar la curva.

—No estoy herido —farfulló, pero unas estrellas de bordes dentados y afilados daban vueltas ante sus ojos—. No de gravedad, y no tengo nada roto.

Salvo su camioneta.

Buscó el teléfono a tientas y notó que se le nublaba la vista, como si hubiera metido la cabeza debajo del agua.

No pierdas el conocimiento, se ordenó.

A la luz del salpicadero consiguió buscar el nombre que quería y marcó.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó Forrest.

—En casa. Yo no. Tengo un problema. Por si acaso pierdo el conocimiento, estoy en la carretera del oso negro, a poco más de tres kilómetros de mi casa. ¿Sabes esa curva donde está el viejo roble?

—Sí.

—Pues mi camioneta está en ese árbol. Alguien me ha echado de la carretera. Me vendría bien un policía.

—Parece que necesitas una grúa. ¿Estás herido?

—No lo sé. —Las dentadas y afiladas estrellas no paraban de dar vueltas—. Me he golpeado la cabeza. Estoy sangrando un poco.

—No te muevas de ahí. Ya voy.

—La camioneta está empotrada en el árbol. ¿Adónde voy a ir?

Pero Forrest ya había colgado.

Se quedó sentado un momento, tratando de retener en la memoria la camioneta que le había echado de la carretera.

Una Chevy, sí. Una Chevy, pensó. Una camioneta de media tonelada. Modelo antiguo. Quizá de hacía cuatro o cinco años. Algo sujeto a la rejilla, como un... ¿quitanieves?

Le dolía la cabeza si pensaba, así que paró, se quitó como pudo el cinturón de seguridad y, cuando logró abrir la puerta y moverse, descubrió que todo le dolía un poco.

Lo mejor que podía hacer era quedarse sentado en un lado del asiento y respirar el fresco aire de la noche. Se limpió la humedad de la cara y vio que tenía la mano manchada de sangre.

«¡Joder!»

Tenía un pañuelo en la guantera, pero no intentaría hacerse con él, no en ese preciso momento.

No tenía nada roto, se recordó. Se había fracturado el brazo una vez, cuando tenía ocho años y se partió la rama del árbol en que se estaba columpiando. Y la muñeca a los diecisiete, saltando por la ventana de Annie.

Así que sabía lo que era tener un hueso roto.

Solo estaba un poco machacado y maltrecho.

Pero su camioneta..., joder, cuánto quería a su camioneta..., era otra historia.

Se obligó a levantarse para cerciorarse de que podía hacerlo. Estaba un poco mareado, pero no demasiado. Hizo acopio de fuerzas y rodeó el vehículo para comprobar los daños.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Me cago en todo! —Furioso porque era tan grave como se temía, se pasó la mano por el pelo. Y vio de nuevo las estrellas cuando se golpeó en la herida.

La parrilla estaba destrozada y, a juzgar por la forma de acordeón del capó, le pareció que estaba en las mismas condiciones. Y a saber en qué medida afectaba eso a los componentes imprescindibles que había bajo el puñetero capó.

No era mecánico, pero estaba más que seguro de que, para colmo de males, el eje estaba doblado.

El impacto había sido lo bastante fuerte como para que el parabrisas se hubiera cuarteado.

Sus pies crujieron al pisar cristales rotos cuando rodeó la camioneta para coger el pañuelo y una linterna de la cabina. Luces, pensó. Debería haber puesto las luces de emergencia en el acto.

Antes de que pudiera coger nada, unos faros cortaron la oscuridad.

Forrest detuvo un coche patrulla detrás de la camioneta siniestrada. Se bajó y evaluó a Griff con una mirada prolongada, que acto seguido se dedicó a examinar la camioneta.

—Te sangra la cabeza, tío.

—Lo sé. ¡Qué hijo de puta! —Le dio una patada al neumático trasero, que lamentó en cuanto el rápido acto de violencia le provocó un latigazo en la nuca.

No tenía un traumatismo cervical. No podía tener un traumatismo cervical.

—¿Has bebido, Griff?

—Me he tomado dos copas de vino en toda la noche, y la segunda, más de una hora antes de que pasara esto. Me ha echado de la puta carretera, Forrest. El muy cabrón se ha acercado a mí por detrás, me ha embestido y ha seguido haciéndolo hasta que me ha pillado en esta curva y me ha arrojado contra el árbol.

—¿Qué cabrón?

—No sé quién es el cabrón. —Presionó la parte inferior de la mano («¡Ay!») sobre la palpitante herida porque estaba cansado de que la sangre le cayera en el ojo—. Una Chevy de media tonelada de hace cuatro o puede que cinco años. Con una especie de pala quitanieves o de apero de labranza... algo enganchado a la rejilla. Roja, creo que era roja. La camioneta. La pala quitanieves era amarilla, casi toda. Eso creo.

—Vale; ¿por qué no nos sentamos un minuto? Tengo un botiquín en el coche. Será

mejor que detengamos la hemorragia.

—Me quedaré aquí apoyado. —Y se apoyó contra la inclinada parte posterior de su camioneta—. Ah, otra cosa... —Intentó acordarse mientras Forrest volvía al coche de policía—. Ha reducido la velocidad cuando he chocado. Solo un par de segundos, como si quisiera asegurarse de que me había dado un buen golpe. He visto sus faros traseros y... ¡una pegatina en el parachoques! Una especie de pegatina en el parachoques a la... ¿Qué mano es esta? —Levantó la mano izquierda y la contempló un momento antes de poder recordar cuál era la derecha y cuál la izquierda—. A la izquierda, a la izquierda de la puerta trasera. —Griff cerró los ojos y se encontró con que eso aliviaba hasta cierto punto el palpitante dolor—. No estaba borracho. Ha sido a propósito. No estoy seguro de cuándo se me ha colocado detrás, pero no ha sido mucho después de que dejara a Shelby en la puerta de casa de tus padres.

—¿La has seguido hasta casa?

—Sí. No iba a dejar que condujera de noche con lo que ha pasado.

—Ajá.

Forrest encendió algunas luces. Griff cerró los ojos de nuevo.

—Creo que la camioneta está destrozada, o casi. Solo hacía tres años que la tenía. Lleva un montón de kilómetros a sus espaldas, pero aún podía dar más de sí.

—Nos encargaremos de que mi abuelo le eche un vistazo en cuanto la remolquen. Estás lúcido —agregó Forrest cuando se acercó con el botiquín—. Aún no has vomitado.

—No voy a vomitar.

—En caso de que cambies de idea, apunta hacia otra parte. ¿Qué tal ves?

—Al principio se me ha nublado un poco la vista. Ahora bien. ¡Ay, joder!

—No me seas cobardica —dijo Forrest con suavidad, y continuó limpiando la laceración con una torunda empapada en alcohol.

—Tú también serías un cobardica si yo fuera la sádica enfermera Sally.

—No puedo ver si es grave hasta que la haya limpiado un poco. La enfermera Emma Kate viene de camino

—¿Qué? No. ¿Por qué?

—Porque dice que vas a ir a urgencias en Gatlinburg. Y como yo tengo que ocuparme de este lío en el que estás metido, Matt y ella pueden llevarte allí.

—Los has llamado tú.

—Así es. Y llamaré a la grúa después de echar un vistazo yo mismo. ¿Se te ocurre alguna otra cosa relevante sobre la camioneta?

—¿Aparte de que quienquiera que condujera era... es... un lunático?

—¿No viste al lunático en ningún momento?

—Tengo una sospecha..., yo diría que era un tío..., pero estaba muy ocupado tratando de no acabar como he acabado. O peor. —Griff no dijo nada durante un momento, sino que estudió a su amigo Forrest mientras colocaba un par de vendas en forma de mariposa en el tajo—. Por lo que te he dicho, ya sabes quién es.

—Tengo una sospecha. Es mi deber ocuparme de ello, Griff.

—Y una mierda. Es mi camioneta... y mi cabeza.

—Es mi trabajo. Supongo que esos son Matt y Emma Kate, que vienen a por ti. ¿Has cabreado a alguien últimamente?

—Tú eres la persona a la que he estado más cerca de cabrear últimamente, ya que me estoy acostando con tu hermana.

Forrest dejó lo que estaba haciendo y entrecerró los ojos.

—¿De veras?

—Imagino que es un buen momento para decírtelo, ya que tú estás en plan oficial y yo estoy sangrando todavía. Estoy coladito por ella. Hasta las trancas.

—Es un salto enorme pasar del encantado de conocerte a estar colado por ella.

—Ella es como un rayo. —Griff se hundió un pulgar en el pecho—. ¡Bum!

Antes de que Forrest pudiera hablar de nuevo, Emma Kate salió corriendo del coche con un maletín médico en la mano.

—¿Qué ha pasado? Deja que te eche un vistazo. —Sacó una linterna y la encendió—. Sigue la luz con los ojos.

—Estoy bien.

—Cierra el pico. Dime tu nombre completo y qué día es hoy.

—Franklin Delano Roosevelt. Siete de diciembre de 1941. Un día de infame recuerdo.

—Listillo. ¿Cuántos dedos tengo?

—Once menos nueve. Estoy bien, Emma Kate.

—Yo te diré si estás bien después de que te reconozca en una sala de exploración en la clínica.

—No necesito...

—Cierra el pico —repitió, y acto seguido lo abrazó—. No tengo nada en contra de tu diagnóstico, Forrest, pero voy a quitarle esos vendajes en la clínica y a examinar yo misma ese corte. Podría necesitar puntos.

—No —dijo Griff.

Matt estaba de pie, con los brazos en jarra, analizando la furgoneta.

—El cabrón te ha destrozado la camioneta, tío. Forrest nos ha dicho que te habían sacado de la carretera. ¿Quién ha sido?

—Pregúntale a Forrest. Creo que lo sabe gracias a lo que he visto de la otra camioneta.

—Lo investigaré. Por ahora, llévatelo a la clínica y examínalo. Yo lo remolcaré hasta el taller de mi abuelo. Puedes ir a coger lo que necesites de ella por la mañana.

—Mis herramientas...

—Aún estarán ahí por la mañana. Tengo que informar de esto, pero tengo tu declaración bastante clara y te llamaré si necesito algo más. Aquí ya no puedes hacer nada salvo cabrearte, Griff.

Quiso objetar pero, superado en número, lo acabaron arrastrando a la camioneta de Matt.

—Sabe quién lo ha hecho y se lo calla.

Una capa de amargura recubría la garganta de Griff.

—Porque sabe que, aunque puede que seas un tío tranquilo casi siempre, en este caso irías derecho a darle una paliza. —Matt meneó la cabeza—. No te culparía. Pero tú estás machacado..., en posición de desventaja..., y sería casi igual de satisfactorio que quien haya hecho esto acabe en la cárcel.

—Podría acabar en la cárcel después de que le diera una buena tunda.

—¿Ha sido a propósito? —preguntó Emma Kate—. ¿Estás seguro?

—Joder, sí.

—¿Qué hacías en esa carretera?

—Volvía a mi casa después de acompañar a Shelby a la suya. —Griff se irguió de repente en su asiento—. Volvía de casa de Shelby y la camioneta se ha colocado detrás de

mí... no mucho después de que emprendiera el camino de regreso. Porque o bien estaba vigilando su casa o la mía. O hacía guardia en la suya o nos ha seguido desde la mía, esperando su oportunidad.

—¿Piensas que han ido a por ti porque no han podido llegar hasta ella? —adujo Matt.

—Pienso que quien ha hecho esto no es solo un lunático. Creo que es algo peor. Mucho peor.

Shelby comenzó la mañana cantando en la ducha. Sentía la primavera en su puerta y no le importaba lo más mínimo que lo percibieran o se imaginaran a qué se debía.

Se vistió y ayudó a Callie a hacer lo mismo.

—Hoy tienes que ir a casa de la tía.

—¿A casa de la tía?

—Eso es. Es su día libre y me ha preguntado con especial interés si irías y te quedarías con ella. ¿No te parece divertido?

—La tía tiene galletas y a Oso.

Oso era el gran perro canela que corría y jugaba con la pequeña todo el día... y dormía al sol cuando no había nadie con quien jugar.

—Lo sé. Y el tío también va a estar un rato allí. La abuela te va a llevar de camino al trabajo. Yo tengo que ocuparme de unos papeles esta mañana. Luego iré a recogerte cuando haya terminado de trabajar.

Entraron en la cocina mientras Callie parlotaba acerca de todo lo que tenía que llevarse a casa de la tía, de todo lo que tenía que hacer allí.

Los padres de Shelby interrumpieron su conversación de forma inmediata, y la rápida mirada que intercambiaron disparó el radar de Shelby.

—¿Ocurre algo?

—¿Qué podría ocurrir? —repuso Ada Mae con animación—. Callie Rose, hace una mañana tan estupenda que he decidido que vamos a desayunar en el porche de atrás, como si fuera un picnic.

—Me gustan los picnics. Voy a llevar a Griff a un picnic.

—Eso he oído. Esto puede ser un ensayo. Tengo unas fresas muy ricas y he preparado ya unos huevos revueltos con queso. Vamos a llevar esto afuera.

—Mamá también quiere un picnic.

—Vendrá enseguida.

Shelby se quedó donde estaba mientras Ada Mae se llevaba a Callie al porche.

—Ha pasado algo. Ay, Dios mío, papá, ¿le han pegado un tiro a alguien más?

—No. No es eso. Y antes quiero decirte que él está bien.

—Él... ¿Griff? Es Griffin. —El corazón le dio un vuelco y agarró de las manos a su padre. Sabía que él se mantendría firme pasara lo que pasase—. Si se tratara de Clay o de Forrest, mamá estaría hecha polvo. ¿Qué le ha pasado a Griff?

—Está un poco maltrecho, eso es todo. No es nada grave, Shelby, ya sabes que te lo diría si lo fuera. Anoche alguien sacó su camioneta de la carretera e hizo que se estrellara contra el gran roble de la carretera del oso negro.

—¿Cómo que está maltrecho? ¿Quién ha sido? ¿Por qué?

—Siéntate y toma aire. —Clayton se dio la vuelta y abrió la nevera para sacar una Coca-Cola—. Tiene algunas abrasiones del cinturón de seguridad y del airbag. Y se dio un buen golpe en la cabeza. Emma Kate lo llevó a la clínica anoche y le hizo una exploración y yo voy a hacer lo mismo más tarde. Pero si Emma Kate dijo que no necesitaba ni un médico ni ir al hospital, podemos confiar en que lleva razón.

—De acuerdo, lo haré, pero yo también quiero verlo con mis propios ojos.

—Ya lo harás cuando te hayas tranquilizado —prosiguió con su calma habitual.

—Debió de ocurrir cuando volvía a casa desde aquí. No habría estado en la carretera si no hubiera insistido en seguirme hasta aquí para asegurarse de que llegaba bien a casa. Quiero acercarme y verlo yo misma, si podéis quedaros con Callie.

—No te preocupes por Callie. Griff no está en su casa. Se quedó a pasar la noche en la de Emma Kate, ya que ella no le permitió que se fuera a la suya.

—Bien. —Logró tomar aire—. Eso está bien.

—Pero imagino que ahora estará de camino a la comisaría. Forrest y Nobby..., ¿te acuerdas de mi primo segundo, Nobby...?, fueron al valle anoche y detuvieron a Arlo Kattery.

—¿A Arlo? ¿Fue él quien sacó a Griff de la carretera? —Se presionó los ojos con los dedos—. Imagino que iba borracho y conducía como un loco.

—No sé si fue así como pasó. Vete. Es preferible que lo oigas todo en vez de que sea a trozos. Y dile a Griffin que tiene revisión a las diez en punto, o de lo contrario no estará autorizado ni a conducir ni a tocar siquiera una herramienta eléctrica.

—Lo haré. Callie...

—Está perfectamente. Márchate.

—Gracias, papá.

Salió corriendo, dejando la Coca-Cola sin abrir sobre la encimera, y entonces Clayton supo que su hija estaba al menos medio enamorada. Exhaló un suspiro, cogió la lata y la abrió para él. Era más sensato beber eso que un chupito de whisky a las siete y media de la mañana.

Griff entró en la comisaría, con una expresión furiosa en los ojos, incluido el izquierdo, en el que tenía un buen moratón que le había salido durante la noche. Fue directamente hacia Forrest.

—Quiero hablar con ese hijo de puta.

Forrest dejó de escribir en su ordenador y se quitó el teléfono que sujetaba con el hombro y la oreja.

—Te volveré a llamar —dijo, y colgó—. Será mejor que primero te tranquilices un poco.

—No estoy de humor para tranquilizarme. Ni siquiera conozco a Arlo Kattery y no he cruzado una sola palabra con él en toda mi vida. Quiero saber por qué me sacó de la carretera a propósito.

—¿Forrest? —le llamó el sheriff desde la entrada del despacho—. ¿Por qué no dejas que Griff vaya al calabozo y se exprese? —añadió cuando Forrest vaciló—. A mí me gustaría hacerlo si estuviera en su lugar.

—De acuerdo, gracias. Nobby, ¿crees que podrías llamar a ese tipo del laboratorio y terminar esa conversación?

—Claro que sí. Ese ojo no tiene tan mal aspecto, Griff. —Nobby, un veterano con veinte años de experiencia, miró el rostro de Griff con atención—. Los he visto mucho peores. Ponte un filete crudo y no estará tan mal.

—Lo haré.

Griff se volvió de nuevo, y entonces Shelby entró a toda velocidad.

—¡Oh, Griff!

—Vaya, Shelby, cielo, justo ahora le decía que no estaba tan mal.

—No lo está. —Griff retomó el asunto de Nobby y le siguió la corriente—. Estoy bien. No me duele. —Era muy molesto, pero no le dolía.

—Mi padre me ha dicho que ha sido Arlo Kattery. No sé por qué ese tío tiene carnet si sigue conduciendo borracho como hacía cuando éramos adolescentes.

—No sabemos si estaba borracho cuando sacó a Griff de la carretera.

—Debía de estarlo. ¿Por qué otro motivo haría algo así?

Forrest intercambió una mirada con el sheriff y asintió de manera concisa.

—¿Por qué no vas al calabozo y se lo preguntas? Estaba medio borracho cuando Nobby y yo fuimos a detenerlo e intentó aducir que había estado en casa toda la noche. Aún tenía puesta la pala quitanieves en la camioneta. A Arlo le pagan para que despeje algunas de las carreteras privadas de fuera de la ciudad —le explicó a Griff—. No hay razón para que lleve una pala quitanieves en la camioneta en mayo. Además, tenía pintura blanca. Y había pintura amarilla, como la de la pala quitanieves, en la parte trasera de la camioneta de Griff. Nobby y yo le hemos informado de esos hechos, y él sostiene que alguien le robó la camioneta y puso la pala quitanieves.

—Gilipollices.

—Está hasta el cuello —le dijo Forrest a Griff, asintiendo—. No sirve de mucho discutir con un hombre medio borracho que además del tequila se había fumado un porro, así que nos limitamos a encerrarlo. Y hemos dejado que pasara la noche sabiendo que le acusaríamos de intento de asesinato por la mañana.

—Oh, Dios mío. —Shelby cerró los ojos.

—Esa es la reacción que queríamos de él. El intento de asesinato es una exageración —comentó Forrest, enganchando los pulgares en su cinturón—. Pero sin duda le encerrarán por atropello con fuga, imprudencia temeraria y un largo etcétera.

—Podemos relacionarle con unos cuantos etcéteras —repuso Hardigan.

—Sí, eso espero. Va a estar unos cuantos años encerrado sin importar que desestimen ese cargo. Solo hemos dejado que se lo crea. Si no me equivoco, el sheriff, aquí presente, piensa que lo que está oculto saldrá a la luz si os veis las caras.

—Bien jugado, ayudante.

—Entonces, de acuerdo. Veamos qué pasa. No mencionéis a los abogados, ¿vale? Su cerebro de mosquito todavía no ha llegado a ese punto.

Forrest los condujo al calabozo, con sus tres celdas, a través de una puerta de hierro.

Arlo Kattery estaba despatarrado en un catre situado en la del medio.

Shelby había podido echarle un vistazo aquella noche en El contrabandista; a él y a su mirada de ojos claros. Lo que veía ahora no le pareció muy diferente de la última vez que le había visto a plena luz hacía años. Pelo rubio pajizo corto y descuidada barba de color rubio claro. Aquellos ojillos maliciosos, ahora cerrados, y el cuello largo con un alambre de espino tatuado a su alrededor.

Más bien menudo y corpulento, con los nudillos llenos de cicatrices de las innumerables peleas..., la mayoría de las cuales había provocado él.

Forrest profirió un fuerte silbido que la sobresaltó e hizo que Arlo abriera los ojos de golpe.

—Despierta, encanto. Tienes compañía.

Aquellos ojos, de un azul tan claro que casi parecían incoloros, recorrieron a Griff de arriba abajo, se clavaron en ella y luego se desviaron de nuevo.

—No he pedido compañía. Será mejor que me dejes salir de aquí o te las cargarás,

Pomeroy.

—Me da a mí que eres tú quien se las ha cargado, Arlo. Griff solo quiere saber..., y es un deseo razonable..., por qué embestiste su camioneta y le hiciste chocar contra ese viejo roble.

—No he sido yo. Ya te lo he dicho.

—Camioneta Chevy de media tonelada, rojo oscuro, pala quitanieves amarilla en la parte delantera, pegatina en la parte inferior izquierda del portón trasero. —Griff le miró mientras hablaba y vio que la mandíbula de Arlo se crispaba.

—Muchas encajan con esa descripción por aquí.

—No, no con los detalles. Una pegatina graciosa. Tenía una diana llena de agujeros de bala y rezaba: «Si puedes leer esto es que estás a tiro». —Forrest meneó la cabeza—. Una cita muy graciosa, sí, señor. Súmale la transferencia de pintura y caso cerrado. Nobby está hablando ahora mismo con esa gente del laboratorio forense. Es posible que lleve algo de tiempo, pero pueden cotejar la pintura amarilla de tu pala quitanieves y esa pintura blanca con la de la camioneta de Griff.

—Eso del laboratorio es una gilipollez. Una gilipollez tan grande como el resto.

—Los jurados dan mucha importancia a eso, sobre todo en los casos de pena capital, como el intento de asesinato.

—Yo no he matado a nadie. —Arlo se irguió—. Él está ahí de pie, ¿no?

—Ahí es donde entra eso del «intento», Arlo. Lo intentaste y fallaste.

—No intentaba matar a nadie.

—Ajá. —Forrest asintió como si reflexionara sobre eso y luego meneó la cabeza—. No. No veo a un jurado tragándose eso. Verás, tenemos lo que llamamos la reconstrucción de los hechos. Y va a demostrar que embestiste la camioneta de Griff de forma deliberada y repetida. Se requiere cierta habilidad, así que no podrás intentar alegar embriaguez como atenuante. Con eso no conseguirás demasiado tiempo fuera. Supongo que te pasarás veinte años a la sombra.

—De eso, nada.

—De eso, todo —discrepó Griff—. Forrest, canturrea algo y tápate los oídos mientras le digo a este gilipollas que juraré sobre una montaña de biblias, ante Dios y ante la patria, que le vi al volante. Juraré que conté los agujeros de bala que había en esa estúpida pegatina y me quedé con la matrícula.

—Es una puta mentira. Llevaba la matrícula tapada con arpillera.

—Eres un auténtico imbécil, Arlo —murmuró Forrest.

—Él es un puto mentiroso. —Furioso, Arlo sacó un dedo entre los barrotes—. Está mintiendo, joder.

—Intentaste matarme —le recordó Griff.

—No intentaba matar a nadie. Ni siquiera tenías que ser tú. Se suponía que tenía que ser ella.

—¿Tendrías la bondad de repetir eso, hijo? —La voz de Forrest era tan sosegada como el siseo de una serpiente, pero Griff ya se había abalanzado contra los barrotes, había metido las manos entre ellos para agarrar a Arlo de la camisa y había tirado de él de forma que su cabeza se golpeó contra ellos—. Bueno, Griff, no te permitiré que hagas eso. —Pero Forrest no hizo nada para detener a Griff cuando este lo repitió—. Vale, ya basta. Por ahora. —Forrest agarró a Griff del hombro—. No queremos que se libre por un tecnicismo, ¿verdad? Apártate ya.

—¿Por qué? —Shelby no se había movido ni ante las palabras ni ante la mirada

maliciosa que Arlo le había lanzado mientras las decía, y tampoco ante la repentina violencia—. ¿Por qué querías hacerme daño? Yo no te he hecho nada en la vida.

—Siempre te creíste demasiado buena para mí, me mirabas por encima del hombro y me dabas la espalda. Te fugaste con el primer tío rico al que pudiste enganchar, ¿no es así? He oído que no te salió tan bien.

—¿Me habrías hecho daño porque no salí contigo en el instituto? Tengo una hija pequeña, y ahora ya no tiene padre. ¿Te habrías arriesgado a dejar huérfana a mi pequeña porque no salí contigo?

—No iba a dejar huérfano a nadie. Solo iba a asustarte; eso es todo. Solo iba a darte una lección, a meterte el miedo en el cuerpo. De todas formas, no fue idea mía.

—¿De quién fue la idea, Arlo?

Por primera vez, los ojos de Arlo dejaron entrever una chispa de astucia. Desvió la mirada hacia Forrest, de nuevo hacia Shelby y por último otra vez hacia Forrest.

—Podría decir algunas cosas, pero quiero inmunidad. No pienso pasarme veinte años a la sombra por algo que no fue idea mía.

—Dame un nombre y lo tendré en cuenta. Si no lo haces, presionaré para que sean veinticinco. Se trata de mi hermana, puto gilipollas. Si hay algo que deberías entender es la familia. Dime quién puso la bola en marcha o me aseguraré de que te encierren por todo.

—Debo tener ciertas garantías...

—No tienes nada.

—Tendrá menos que nada —replicó Griff—. Encontraré la forma de llegar hasta ti. Encontraré la forma. Y cuando lo haga, desearás haber aprovechado la oportunidad de pasar veinte años en prisión.

—No la he tocado, ¿no? Nunca le he puesto una puñetera mano encima. Solo iba a asustarla un poco. Ella me dio mil dólares y me dijo que me daría mil más en cuanto te diera un buen susto y te enseñara una lección. Solo iba a echarte de la carretera, nada más, pero me despistaste al ir por el otro camino. Cuando di la vuelta y me puse en marcha, te vi dirigirte a la vieja casa Tripplehorn.

—Me seguiste.

—Tuve que esperar y pensé, vale, le daré esa lección que se merece cuando se marche. Mejor cuando sea de noche, ¿no? Pero entonces él salió detrás y no pude alcanzarte. No vi por qué debía perder toda la noche para nada. Pensé que si lo sacaba de la carretera te asustarías —repuso—. Parece que estos chicos del norte sí son lo bastante buenos para ti. Te fuiste directamente a la cama con este, pero a mí ni siquiera me mirabas dos veces seguidas. Le vi quitarte la ropa.

—Estabas observando. —Demasiado furiosa como para sentirse asqueada, Shelby se acercó. Sabía quién le había pagado—. ¿Melody Bunker te dijo también que me espieras?

—Me dio mil dólares y me dijo que me daría otros mil. No me dijo cómo hacerlo, solo que lo hiciera. Su todopoderosa majestad te tiene auténtica inquina, auténtica inquina. Vino a mi caravana en el valle y me pagó en efectivo. Te odia porque hiciste que la echaran del salón de belleza.

—Espero que echaras un buen vistazo, Arlo, y que te lleves eso contigo al condado de Bledsoe y a la celda que vas a ocupar allí. Y cuando lo hagas, piensa en esto, Arlo. Nunca me creí demasiado buena para ti. Simplemente no me gustabas.

Dio media vuelta y se dispuso a marcharse. Forrest le hizo una señal a Griff para que fuera con ella.

—Espera, pelirroja.
—No puedo esperar. Casi no puedo respirar. Te juro que si no le hubieras golpeado en la cabeza, lo habría hecho yo misma. Fue a por ti porque no pudo alcanzarme con tanta rapidez. Podría haberte matado.
—No lo ha hecho.
—Si no me hubieras seguido hasta casa...
—Lo hice. —La sujetó de los hombros. No quería que hubiera más hipótesis en su mente ni en la de él—. Él está entre rejas, Shelby. Y allí seguirá.
—Todo esto porque hirieron a Melody en su orgullo, y bien que se lo merecía. Sabe muy bien lo que él podría haber hecho. Le dio dinero y una excusa para hacerlo.
—Apuesto a que antes de que despunte el alba está en una celda junto con él.
—Y ganarías —dijo Forrest cuando salió—. Pero espera un momento. Nobby, ¿crees que puedes sentarte un rato con ese imbécil de Arlo? Lo tengo poniéndolo todo por escrito.
—Pues claro. ¿Ha confesado?
—Y no solo eso. Sheriff, tengo que consultar esto contigo y luego vamos a necesitar una orden. Será muy delicado, ya que la necesitamos para Melody Bunker, por encargar un delito y por conspiración para causar daños físicos.
—Joder, Forrest. —Tras exhalar un largo y profundo suspiro, Hardigan se frotó la nuca—. ¿Estás seguro de ello?
—Te contaré cómo pasó, según Arlo.
—No estaba mintiendo —intervino Griff—. No se sacó su nombre de la manga. Ella le dio dinero para que lo hiciera, y seguramente él aún no ha tenido ocasión de gastárselo.
—Iremos a su caravana —comenzó Forrest, y acto seguido echó un vistazo a su alrededor—. ¿Dónde está Shelby?
—Está... estaba aquí mismo. Oh, joder. Oh, joder, no.
—Melody. Mi hermana tiene muy mala leche si aprietas el botón adecuado. ¿Sheriff? —imploró Forrest mientras Griff salía ya por la puerta.
—Sí, ve con él. Justo lo que necesitábamos para rematar el día. Que tu hermana lanzase por una ventana a la nieta de Florence Piedmont.

No tenía pensado lanzar a Melody por una ventana, más que nada porque no se le había ocurrido. No tenía una idea clara de lo que pretendía hacer, pero de una cosa estaba segura: tenía intención de hacer algo.

Pasar de esa zorra no había funcionado, el sarcasmo no había funcionado, hablar con franqueza no había funcionado.

De modo que encontraría algo que sí lo hiciera, y terminaría con aquello de una vez por todas.

La casa de los Piedmont se levantaba sobre una larga pendiente de verde vegetación, con muros escalonados de ladrillo blanco, que hacían resaltar una profusión de elegantes árboles y arbustos podados a la perfección.

Desde ese punto de observación privilegiado se podía ver Rendezvous Ridge, las montañas, los pliegues de los valles. Se alzaba con aire elegante, como había hecho antes de la guerra de Secesión, salpicada de porches que sobresalían de la blanca fachada. Los jardines se extendían en ríos de color.

Era una casa que siempre había admirado. En esos momentos iba hacia ella como una flecha lanzada por un arco.

Sabía que Melody vivía en las cocheras, por lo que se dirigió hacia allí en cuanto coronó la colina. Con los oídos zumbándole a causa de la furia, se bajó del monovolumen, pasó junto al coche de Melody y habría ido directa a la puerta si alguien no la hubiera llamado.

—¡Vaya, pero si es Shelby Anne Pomeroy!

Reconoció al ama de llaves, una antigua empleada de la casa grande (y hermana de Maybeline), y procuró controlar su furia lo suficiente como para devolverle la sonrisa.

—Me alegro de verte, Pattie. ¿Cómo te va todo?

—Bastante bien. —La mujer, que era alta, delgada y tenía el canoso pelo rizado sujeto en un prolijo y tirante recogido, se acercó. Llevaba una cesta medio llena de rosas tempraneras—. Este año nos hace una primavera preciosa, aunque ya empieza a apretar el calor. Me alegro mucho de que estés de nuevo en casa para disfrutarla. Siento lo de tu marido.

—Gracias, Pattie. Necesito hablar con Melody.

—Bueno, está desayunando en el porche trasero con la señora Piedmont y la señorita Jolene. Imagino que esto tiene algo que ver con el incidente en el salón de Vi. Maybeline me lo ha contado, y también Lorilee.

—Sí, algo así.

—Entonces, rodea la casa. Espero que podáis arreglarlo.

—Para eso estoy aquí. Gracias.

Dejó que la furia volviera, que bullera mientras ella enfilaba el sendero y cruzaba el aterciopelado y verde césped, cuando oyó voces de mujer y olió aquellas rosas tempraneras.

Y ahí estaba Melody, sentada a una mesa con mantel blanco, bonita porcelana china y zumos en jarras de cristal.

—No voy a disculparme, abuela, así que no sirve de nada que me presiones al respecto. No he dicho ni una palabra que no fuera verdad y no me rebajaré a arrastrarme ante esa gente solo para que Jolene pueda recuperar esa peluquerucha.

—Crystal no es una peluquerucha, Melody, y no deberías haber...

—Basta, Jolene, y deja ya de quejarte. Estoy hasta el moño de eso. Si acaso, esa putilla y la entrometida de su abuela deberían...

Vio a Shelby y se puso en pie cuando esta se acercó por la cuesta como un tren de alta velocidad. Melody puso los ojos como platos al ver a Forrest y a Griff corriendo a toda prisa detrás de ella.

—Largo de aquí. ¡No eres bienvenida!

—Yo digo quién es bienvenido aquí —repuso Florece de inmediato.

—Si ella lo es, yo no lo soy.

Melody se dispuso a marcharse, pero Shelby la agarró del brazo e hizo que se diera la vuelta.

—Tú le pagaste. Pagaste a Arlo Kattery para que intentara hacerme daño.

—Quítame las manos de encima. No sé de qué estás hablando.

—Encima, mentirosa.

Antes de que supiera que tenía intención de hacerlo, Shelby cerró el puño y lo usó.

Oyó el grito a pesar de que le zumbaban los oídos y, en medio de la roja bruma que le nublabla la vista, vio que los ojos de Melody se tornaban vidriosos.

Lo siguiente que supo fue que alguien le agarraba los brazos a la espalda y la

levantaba en vilo. Comenzó a patalear porque no había acabado. Ni mucho menos había acabado, pero los brazos apretaron más.

—Basta. Vamos, pelirroja, para. Le has dado un buen puñetazo.

—No es suficiente. No es suficiente para lo que ha hecho.

Melody estaba sentada donde había aterrizado, en el elegante porche.

—¡Me ha pegado! Todos habéis visto que me ha atacado. —Se llevó la mano a la mandíbula, sollozando—. Quiero presentar cargos.

—Vale —le dijo Forrest—. Creo que los que hay contra ti van a ser mucho más graves.

—Jolene, deja de hacer aspavientos con las manos como si fueras a levantar el vuelo, y trae una bolsa de hielo. —Florence, que se había levantado, se dejó caer a plomo—. Necesito una explicación. Necesito saber por qué esta chica viene aquí con esas descabelladas acusaciones y pega a mi nieta.

—Yo se lo diré —repuso Shelby antes de que pudiera hacerlo Forrest—. Suéltame, Griffin. No voy a hacer nada. Le pido disculpas, señora Piedmont. A ella no, pero a usted sí que le pido disculpas. Esta es su casa y no debería haber venido aquí de esta forma. Estaba demasiado cabreada como para pensar con claridad.

—Abuela, haz que se vaya. Tiene que ir a la cárcel.

—Cállate, Melody. Hablar no hace mal a nadie. ¿Por qué has venido aquí con estos modos?

—Porque ella ha ido mucho más allá de proferir insultos, rajarme las ruedas o inventarse mentiras. Esta vez le ha pagado mil dólares a Arlo Kattery y le ha prometido otros mil si me daba un susto, si me daba una lección.

—Yo nunca he hecho tal cosa. Vaya, no me rebajaría a hablar con Arlo Kattery ni con los de su clase. Es un mentiroso, y tú también.

—¡He dicho que te calles, Melody Louisa! ¿Por qué dices que Melody ha hecho eso?

—Porque Arlo sacó a Griffin de la carretera anoche y le destrozó la camioneta. Mírelo, señora Piedmont. Está herido porque se aseguró de que yo llegaba a casa sana y salva y porque, al hacerlo, Arlo no pudo alcanzarme y hacer aquello por lo que le habían pagado. En su lugar fue a por Griff. Ella fue al valle, a la caravana de Arlo, y le pagó para que lo hiciera.

—Está loca. Es una mentirosa.

—Ay, Dios mío. —Jolene se encontraba justo al otro lado de las puertas dobles, con una bolsa azul con hielo en la mano—. Ay, Dios mío, Melody, no creía que hablaras en serio. No pensé que lo dijeras en serio.

—¡Cierra el pico, ¿me oyes?! Ni se te ocurra decir otra palabra, Jolene, ni una palabra más.

—No pienso cerrar el pico. No lo haré. Dios mío, Melody, no se trata de un simple juego ni de cotillear ni de burlarse. Juro por Dios que no pensaba que hablara en serio, nunca pensé que estaba hablando en serio.

—Frena esa lengua, Melody. ¿El qué, Jolene? —exigió Florence—. Deja de balbucear y dilo sin tapujos.

—Después de que la señora Viola nos echara, dijo que sabía cómo devolvérsela a Shelby. Que sabía cómo darle una lección que nunca olvidaría y que Arlo estaría encantado de hacerlo gratis, pero que se lo endulzaría.

—¡Mentirosa! —Después de levantarse como pudo, Melody se abalanzó sobre

Jolene dispuesta a darle un zarpazo.

Podría haberle causado un daño considerable si Jolene no le hubiera lanzado la bolsa con hielo para defenderse, aturdida por la sorpresa.

El afortunado impacto hizo que Melody retrocediera un paso y le dio a Forrest el tiempo necesario para apartarla.

—Será mejor que le hagas caso a tu abuela y frenes esa lengua. Jolene, oigamos el resto.

—¿Qué narices te pasa? ¿A ti qué te pasa, Melody? Te juro que no lo sé.

—Más vale que cierres la boca o lo lamentarás, Jolene.

—¡Jolene! —La voz de Florence atravesó el llanto renovado de la joven—. Cuéntale al ayudante Pomeroy el resto de lo que sabes, y hazlo ya. Melody, juro por Dios todopoderoso que si no te callas te abofetearé yo misma.

—Oh, señora Florence. Le contaré lo que dijo y le prometo, le juro, que no creía que fuera a hacer nada. Yo estaba muy disgustada y llorando y solo le decía: «Para, Melody, para», y seguí hablando de quién iba a peinarme para la boda porque Crystal sabe lo que quiero y es el día de mi boda, señora Florence. Estaba muy disgustada y Melody no dijo nada más. Pero ya había dicho lo que le he contado. No creía que pudiera...

—Putra traicionera. Ella fue cómplice. —Melody levantó una mano y la señaló—. Fue cómplice.

—No lo fui, pero a lo mejor no te lo crees porque he sido cómplice de muchas cosas, Shelby. Pero nunca para hacer daño de verdad a nadie. Estoy harta. Estoy muy harta de todo esto.

Se sentó y comenzó a llorar, tapándose la cara con las manos.

—Lo siento, señora Piedmont, pero voy a tener que llevarme a estas señoritas a comisaría y solucionar esto.

Florence, con la espalda tiesa como un atizador, asintió.

—Sí, lo entiendo. Jolene, deja de llorar y ve con el ayudante Pomeroy. Melody, ve con el ayudante.

—No quiero ir con él. No es más que una historia que se ha inventado esa chusma, y Jolene está mintiendo. Está mintiendo.

—¡No miento!

Y, con eso, las dos empezaron a gritarse hasta que Forrest intervino.

—Os aconsejo que os calléis. Melody, puedes acompañarme por tu propia voluntad, pero también puedo detenerte.

—¡Quítame las manos de encima ahora mismo! —La amenaza hizo que forcejeara con él—. No pienso ir a ninguna parte a la que no quiero ir.

Y su abuela se levantó de golpe.

—Melody Louisa Bunker, si no acompañas al ayudante Pomeroy y dejas de oponer resistencia, te juro que no haré nada para ayudarte. Me aseguraré de que tu madre no haga nada para ayudarte.

—No lo dices en serio.

—Juro por Dios que sí. Ve con Forrest y hazlo ya, o de lo contrario me lavaré las manos en este asunto y me desentenderé de ti.

—Iré. Pero ahora sé que eres igual de odiosa que los demás.

—Yo me llevaré a Melody —le dijo Forrest a Griff—. Será mejor que tú te lleves a Shelby y a Jolene. Sigues siendo ayudante sustituto.

—Joder. De acuerdo. ¿Jolene?

—Ya voy. No te daré ningún problema. Shelby, siento mucho todo esto. Yo solo...

—Seguramente será mejor que todo el mundo guarde silencio durante el trayecto — sugirió Griff, y se ganó una sincera sonrisa de Forrest.

—Como he dicho, si alguna vez quieres cambiar de profesión... Melody, si no vas hasta mi coche por tu propio pie tendré que esposarte.

—Oh, ya voy. Antes de que acabe el día estarás despedido. Voy a asegurarme de ello.

Antes de llevarse a Melody, Forrest miró a Florence.

—Lamento esto, señora Piedmont. Lamento este asunto, por su familia y por usted.

—Lo sé. —Cuando miró a Griffin, quizá tuviera los ojos algo húmedos, pero su espalda se mantenía erguida—. Lamento esto más de lo que puedo expresar.

Jolene no estuvo callada durante la vuelta. En vez de eso, lloró desconsoladamente, tragándose los sollozos durante todo trayecto. Con un zumbido en las orejas, Griff decidió que lo único que quería en esos momentos era volver al trabajo y recuperar la cordura.

La única forma viable de lograrlo era llevarse a Shelby y a Jolene a comisaría.

El sheriff Hardigan miró a Griff y a las dos mujeres. Shelby tenía una expresión encendida, Jolene, los ojos anegados de lágrimas. Se acercó y sacó un amplio pañuelo blanco del bolsillo, que le puso a Jolene en las manos.

—Bueno, ¿qué es todo esto? —preguntó con un tono que, de forma milagrosa, mezclaba entusiasmo y compasión.

—Forrest viene justo detrás de nosotros —comenzó Griff.

—Yo seguramente estoy detenida. —Después de secarse las manos en las caderas, Shelby miró a Hardigan a los ojos de forma directa y desafiante—. Le he pegado un puñetazo en la cara a Melody Bunker.

—Hum —fue la respuesta de Hardigan antes de centrarse en Jolene.

—¡Yo no sabía que lo iba a hacer! —La histeria manaba a borbotones en medio de los entrecortados sollozos—. Juro que no lo sabía. Creí que solo estaba cabreada y decía insensateces. No pensé que pretendía hacer que Arlo asustara o le hiciera a Shelby. Juro que estoy muy disgustada por todo esto.

—Eso ya lo veo. ¿Por qué no entras y me lo cuentas? ¿Te ocupas tú de ella? —le dijo a Griff, enarcando las cejas en dirección a Shelby.

—Creo que sí.

—¿Ayudante sustituto? —Shelby le lanzó una mirada severa mientras Hardigan conducía a Jolene a su despacho.

—No era más que Forrest siendo Forrest. —Pero se sintió aliviado cuando el propio Forrest entró con una fría Melody.

—¿Jolene? —preguntó aquel.

—El sheriff está hablando con ella.

—Muy bien. ¿Te ocupas tú de Shelby?

—Sí, sí. —Griff hizo una mueca cuando le repitió la pregunta. Forrest acompañó a Melody a la sala de descanso del fondo y salió de nuevo.

—Nobby, necesito que te quedes con ella un par de minutos mientras intento resolver esto.

—Sin problemas.

Cuando Forrest se volvió hacia su hermana, esta le tendió las manos con las muñecas juntas.

—Déjate de tonterías.

—A lo mejor quieres que lo haga tu ayudante.

Griff enmarcó su rostro con las manos cuando ella se volvió hacia él y repitió el mismo gesto.

—Corta el rollo. Ya.

Shelby se enfureció durante un momento, pero él no lo dejó pasar, sino que

mantuvo los ojos fijos en los de ella hasta que esta exhaló con los dientes apretados.

—No estoy cabreada con ninguno de los dos..., no demasiado..., y estoy muy angustiada por lo que te ha pasado, Griff. Estoy que rabio. ¿Estoy detenida?

—No hará falta —dijo Forrest—. Aunque ella presione, está metida en un buen lío. Se ha ganado ese puñetazo.

—Claro que sí.

—Menudo derecho tienes, pelirroja.

—Gracias. Me enseñó Clay, aunque es la primera vez que lo pongo en práctica. Y ahora ¿qué hago?

—Dejarnos esto al sheriff y a mí..., como deberías haber hecho antes de asaltar el castillo. No es que vaya a recriminarte lo del puñetazo... Y vete a trabajar, vete a casa o haz lo que tengas que hacer.

—¿Puedo irme sin más?

—Así es. Y si presenta cargos por agresión, nos ocuparemos de ello. Pero creo que se la puede convencer para que te deje en paz.

—De acuerdo. —No podía seguir cabreada con su hermano si no iba a detenerla—. Siento el numerito que he montado esta mañana.

—No, no lo sientes.

—No, no lo siento. Todavía no. Pero podría intentarlo. —Salió y se detuvo cuando Griff salió con ella—. Nada de esto ha sido culpa mía, y estoy cansada de asumir responsabilidades por cosas que no he hecho. Pero...

—No hay pero que valga —la interrumpió.

Ella meneó la cabeza.

—Pero es incuestionable que yo te he causado problemas. No te culparía si te echaras atrás. Lo lamentaría y me sentiría decepcionada si lo hicieras, pero no te culparía.

La respuesta de Griff fue tomarle el rostro entre las manos de nuevo y, esa vez, apoderarse también de su boca. En un beso prolongado, profundo y pausado.

—Esto debería zanjar la cuestión. Y ahora me voy a ver a tu padre para que me dé el visto bueno y pueda volver al trabajo.

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—Ese ojo a la funerala te da aspecto de malote.

—Justo lo que yo quería. Te veo luego. Está siendo una mañana muy interesante hasta el momento.

Cabía la posibilidad de que Griff lo expresara así, pensó mientras iba caminando hasta el salón, pero ella prefería sin duda un par de mañanas aburridas.

Imaginaba que ya se habría corrido la voz sobre parte de la interesante mañana y del incidente de la noche pasada que lo había generado, y que ya habría llegado al salón.

Y no se equivocaba en absoluto, a juzgar por la forma en que cesó la conversación y las miradas se volvieron hacia ella cuando entró.

—¿Qué tal está ese muchacho? ¿Son graves las heridas? —le urgió Viola.

—Ahora iba a ver a papá, pero no creo que sea demasiado grave. Tiene algunos cortes y moratones.

—He oído que han detenido a Arlo Kattery por atropello con fuga —intervino Crystal—. Y Lorilee, aquí presente, te ha visto conduciendo como alma que lleva el diablo en dirección a la casa grande hace un rato.

—Podrías contar qué ha tenido Melody que ver en todo esto —le dijo Viola—. Todo el mundo se va a enterar de todas formas.

—Ella le pagó, pagó a Arlo para que lo hiciera.

Después de un grito ahogado colectivo, Shelby se sentó en una silla. En cualquier caso, llegaba pronto a trabajar y, Dios bendito, las mañanas interesantes resultaban agotadoras.

—Espera un momento. —Viola entrecerró los ojos mientras giraba la silla para que Shelby estuviera frente a ella—. ¿Estás diciendo que Melody pagó al chico de los Kattery para que sacase a Griffin Lott de la carretera? ¿Por qué narices iba a hacer algo así?

—Le pagó para que fuera a por mí, pero Griff estaba en medio, así que fue a por él.

—¿A por... a por ti? Pero eso... ¿Por qué...? —Se le heló la sangre al comprenderlo y eso se traslució en parte en su rostro—. Porque yo la eché de aquí.

—Tú no tienes la culpa, abuela, ni tampoco la tengo yo. No tenemos la culpa ninguna de las dos. Ninguno de nosotros.

—Bien sabe Dios que es una malcriada y que siempre ha tenido un lado muy mezquino, pero nunca imaginé que pudiera hacer algo así.

—Le pagó mil dólares a Arlo y le prometió otros mil cuando estuviera hecho.

Viola asintió, y recuperó buena parte del color.

—¿Está detenida?

—La tienen en la comisaría, hablando de ello.

—Como no la encierren, se van a enterar.

—No sé qué va a pasar, pero no va a ser bonito, eso seguro. Y bien podéis saber el resto. He ido a la mansión y le he dado un puñetazo en la cara. Me he puesto furiosa y le he pegado, la he tirado al suelo. Y volvería a hacerlo si pudiera.

Más gritos ahogados, si bien Viola sonrió. Se arrimó y le dio un fuerte abrazo a Shelby.

—Esta es mi chica.

—Ojalá te hubiera visto hacerlo. —Maybeline cruzó los brazos—. No es muy cristiano decirlo, pero ojalá te hubiera visto hacerlo y hubiera hecho una foto con mi móvil.

—La tía Pattie dice que se pone en plan soberbio y le da órdenes como una tirana cuando la señora Piedmont no está —afirmó Lorilee asintiendo con sensatez—. Por eso, ojalá yo también lo hubiera visto, pero lo habría grabado en vídeo. —Se acercó y le dio un abrazo a Shelby—. Así que no te preocupes, Shelby. Conozco a más gente de la que pueda contar que hubiera pagado una fortuna por verte darle un puñetazo a esa chica y sentar ese culo de segundona en suelo, ¿verdad, Vi?

—No podría ser más cierto, Lorilee.

—No me preocupo. —Le dio una palmadita en la mano a Lorilee—. ¿Qué se supone que va a hacer la señora Piedmont al respecto?

—Supongo que habrá que esperar para verlo.

No tuvieron que esperar mucho.

Durante el período tranquilidad de media tarde (cuando las madres recogían a sus hijos del colegio o los esperaban junto a la puerta, antes de que las que trabajaban fuera de casa pudieran acudir a toda prisa para cortarse o teñirse el pelo o darse un masaje), Florence Piedmont entró en el salón de belleza de Vi.

Una vez más, en el salón se hizo un silencio sepulcral. Florence, toda digna con un vestido azul marino y unos zapatos cómodos, saludó con la cabeza a Shelby, que estaba en el mostrador principal, y luego a Viola.

—Viola, ¿dispones de unos minutos para hablar conmigo? En privado. Shelby y tú.

—Desde luego. Shelby, ¿tenemos a alguien en la sala de relajación?

—Eh... No debería haber nadie. Tenemos tres clientas que vendrán a hacerse los tratamientos dentro de una hora, y dos a las que están atendiendo ahora mismo.

—Muy bien. Vayamos atrás, que se está tranquilo, Florence. Crystal, cuando llegue mi cita de las tres y media, dale una revista.

—Te agradezco tu tiempo, Viola.

—Tú también me harías un hueco. —Viola la condujo hacia el fondo del salón, a través del vestuario—. Hace muchos años que nos conocemos.

—Muchos años, sí. ¿Qué tal está tu madre, Vi?

—Tan guerrera como siempre. ¿Y la tuya?

—Un poquito floja. Pero le encanta vivir en Florida. Mi hermano Samuel va a verla todos los días.

—Siempre ha sido un buenazo. Toma asiento.

—Gracias, Vi, me vendrá bien. Si te digo la verdad, estoy muy cansada.

—Tenemos un rico té de melocotón, señora Piedmont. Caliente o frío —agregó Shelby—. ¿Le apetece?

—Si no es molestia, me encantaría un poco de té de melocotón caliente, gracias.

—En absoluto. ¿Abuela?

—Sería estupendo, cielo. Gracias.

—Es una estancia preciosa, Viola. Muy tranquila y relajante. Siempre has tenido mucho ingenio y un don para convertir aquello que funciona en algo elegante.

—Un cumplido muy agradable. Todo el mundo necesita un lugar tranquilo y relajante de vez en cuando.

—En mi opinión, a todos nos vendría bien aprovecharlo más. ¿De qué color es la pintura de la pared?

—Se llama Atardecer Dorado. Un nombre precioso.

—Lo es. Tranquilo —repitió, como un susurro—. Viola, Shelby, empezaré diciendo que voy a hablar con Griffin Lott cuando me marche de aquí. Pero primero quería hablar con vosotras. Debería haber preguntado si Ada Mae podía dedicarme unos minutos.

—Está haciendo un tratamiento facial. No pasa nada, Florence. Nosotras le transmitiremos lo que quieras decirle.

—Quiero disculparme con todas vosotras. También con tu padre, con tu hija y tus hermanos, Shelby. Y con Jackson, Viola.

—Señora Piedmont, no tiene nada de que disculparse.

—Os pido que aceptéis mis disculpas.

—Por supuesto. —Shelby llevó el té en unas bonitas tazas.

—Gracias. ¿Querías sentarte tú también? Vengo de comisaría. Melody ha admitido que recurrió a Arlo Kattery, que le dio dinero para que te causara problemas, Shelby. No estoy segura de que lo hubiera admitido tan pronto, pero ya tienen a tres personas que la vieron ir en coche hasta su caravana en el valle. Y aunque me duela decirlo, no le habría conseguido un abogado hasta que dijera la verdad.

Viola asió la mano de Florence sin mediar palabra.

—No sé qué creía que iba a pasar ni por qué ha hecho algo tan mezquino e insensato. No sé por qué te ha tenido siempre tanta envidia, Shelby. Cuando te votaron capitana de las animadoras en el instituto se puso histérica y me suplicó que hiciera una cuantiosa donación al Departamento de Deportes si accedían a quitarte a ti para ponerla a ella. Y cuando te eligieron reina del baile de bienvenida en detrimento de ella, vino a casa e hizo jirones su vestido con unas tijeras. —Florence exhaló un suspiro—. Parece que está

furiosa casi todo el tiempo. Esperaba que al ponerla a cargo de la galería de arte y al tenerla viviendo en las cocheras, fuera más feliz y empezara a ser más responsable. Pero sé, ahora lo entiendo, que le he consentido demasiadas cosas durante demasiado tiempo. Y su madre, todavía más. Es mi nieta, mi primera nieta, y la quiero.

—Desde luego que sí.

—No he dejado de hacer la vista gorda a lo largo de los años, pero esto no voy a dejarlo correr. Ha hecho daño de verdad a una persona, y podría haber sido mucho peor. Lo ha hecho por resentimiento. Y pagará el precio por ese resentimiento. No tengo derecho a pedir ni a esperar nada, pero es mi nieta, así que voy a pedirlo. El sheriff me ha señalado que si Griffin Lott y tú estáis dispuestos, si accedéis, en vez de ir a la cárcel... —A Florence le tembló la mano por primera vez, de modo que dejó la taza sobre el platito con sumo cuidado—. Podría cumplir seis meses en un centro de rehabilitación privado, donde recibiría terapia para todos sus problemas. Allí se le exigirá que trabaje; tareas cotidianas, supongo. Limpiar, cuidar del jardín, hacer la colada...; ese tipo de cosas. Luego, si consideran que está preparada, cumplirá otros seis meses realizando servicios a la comunidad en un centro de reinserción, seguido de un año de libertad condicional.

»No fingiré que es una cárcel —prosiguió Florence—. Pero estaría limitada, recibiría la terapia que creo que necesita con desesperación y se le exigiría el cumplimiento de una serie de normas. Perdería su libertad, y eso es un tipo de prisión. Y si se negase a respetar los términos, las normas, se enfrentaría a la cárcel. Su madre intentará discutirme esto, pero su padre... Ya he hablado con mi yerno. Hemos hablado largo y tendido, y me apoyará en esto. —Ya más serena, Florence asió de nuevo su taza de té—. Son tu nieta y la mía, Vi. ¿Quién se iba a imaginar que nos veríamos así?

Una vez más, Viola le cogió la mano.

—La vida está llena de grandes baches y giros complicados. Hacemos lo que podemos para superarlos de principio a fin.

—Hay días en que no es suficiente. Querrás tiempo para pensarlo, Shelby.

—No es eso... Es a Griffin a quien ha hecho daño o a quien se lo ha hecho mediante lo que hizo Arlo.

—Pretendía hacértelo a ti.

—Señora Piedmont, le juro que lo único que quiero es que ella nos deje en paz a los míos y a mí. Tengo una hija en la que pensar. Tengo una vida que intentar reconstruir para mi pequeña y solo quiero que Melody nos deje tranquilos. Si Griffin está de acuerdo con lo que usted ha dicho, que así sea. Es él quien ha resultado herido, da igual lo que ella pretendiera.

—Hablaré con él y acataremos su decisión. Me duele en el alma que le hayan herido así y que el responsable sea alguien de mi familia. Viola, me pregunto si Jackson te ha mencionado el alcance de los daños en la camioneta del muchacho.

—Jackson me ha dicho algo hace un momento por teléfono: siniestro total.

—Oh, abuela.

—Bueno, se puede arreglar casi todo, pero Jackson dice que no quedaría bien y supone que la aseguradora estará de acuerdo y lo declarará siniestro total.

—Yo lo compensaré. Tienes mi palabra.

—No tenía la menor duda al respecto, Florence.

—Sé que estáis ocupadas y os agradezco mucho que me hayáis dedicado este rato y también vuestra comprensión. Vuestra bondad.

—Te acompaño a la salida —dijo Viola, deslizando un brazo alrededor de la cintura

de Florence cuando se levantaron—. Y voy a darte un catálogo para que pienses en volver para darte un buen masaje con piedras calientes o hacerte un tratamiento de rejuvenecimiento facial.

Shelby oyó reír a Florence mientras salían.

—¿No es ya tarde para recuperar la juventud, Viola?

—Nunca es demasiado tarde, Florence. Nunca es demasiado tarde.

A Shelby le pareció mejor mantener la cabeza gacha y tomarse cada día como se presentaba. Había sido demasiado el centro de las habladurías desde su regreso a Rendezvous Ridge. La experiencia le decía que no tardaría en surgir alguna otra noticia o interés.

Sí se sintió perfectamente bien siendo el centro de atención el viernes por la noche, cantando música pop, rock y baladas de los años cincuenta. El público pareció sentirse igual de bien al respecto y no dispararon a nadie.

Y como Callie estaba celebrando una fiesta de pijamas en casa de la abuela, rematar la noche del viernes en la cama de Griff fue aún mejor.

Antes y después de trabajar el sábado, se volcó en serio con la contabilidad, pagando facturas de forma meticulosa y haciendo cálculos con cuidado.

Y agitó las manos unidas hacia el techo cuando pagó otra tarjeta de crédito.

Tres menos: quedaban nueve.

Justo después de desayunar el domingo, se encontraba en la cocina friendo pollo y oyendo a Callie dar grititos de felicidad mientras jugaba con su muy querida máquina de hacer pompas.

Ada Mae entró y abrazó a Shelby por detrás.

—Ese es el mejor sonido del mundo.

—Lo sé. Es tan feliz que me va a estallar el corazón, mamá.

—¿Y qué hay de ti?

—Soy casi tan feliz como una cría con una máquina de hacer pompas.

—Qué bien cantaste el viernes por la noche, mi niña. Y estabas muy guapa con ese vestido azul.

—Voy a divertirme con los años sesenta. He estado dándoles vueltas a algunas canciones para la semana que viene. Tansy me ha dicho que van a llevar a cabo la ampliación. Va a ser emocionante.

—Menos mal que Griff y Matt ya casi han acabado aquí. Me encanta mi nuevo cuarto de baño tanto como a Callie le encanta la máquina de hacer pompas.

Para demostrarlo, Ada Mae hizo una pirueta perfecta, que provocó una amplia sonrisa en Shelby.

—Son hombres mañosos. Un hombre mañoso vale su peso en oro. Debiste de pasártelo muy bien después.

A Shelby se le ruborizó hasta la nuca.

—Así es. Mamá, no me esperasteis despiertos, ¿verdad?

—No se trata de esperar despierto. Cuando tienes una hija bajo tu techo..., tenga catorce o cuarenta años..., uno oye el coche parar en el camino de entrada. Y ni se te ocurra decir que lo sientes. Sonríe al pensar que estás con un buen hombre. Él también te hace sonreír a ti.

Sabía por dónde iba su madre.

—Sí que lo hace. Reconozco que no me imaginaba pasando un buen rato con ningún hombre hasta dentro de muchísimo tiempo. Es una bonita sorpresa, por así decirlo. De todas formas, no puedo pensar más allá de la semana que viene, aún no.

—No pasa nada. Tómate tu tiempo y hazle un buen rodaje.

—¡Mamá!

—¿Crees que el sexo lo ha inventado tu generación? ¿No vas a hacer los años sesenta la semana que viene? Es muy probable que esa generación creyera lo mismo. Y hablando de rodaje, he oído que Florence Piedmont le ha comprado una camioneta nueva a Griff.

—Me ha dicho que ella no aceptó un no por respuesta, que le dio la vuelta para que se sintiera culpable si lo rechazaba. El abuelo va a desmontar la averiada y Griff va a hacer que le pinten el logotipo a la camioneta nueva. —Hizo una pausa mientras escurría parte del pollo—. Mamá, ¿hemos hecho lo correcto al dejar que Melody se libre yendo a ese centro de rehabilitación y recibiendo terapia para el control de la ira?

—Imagino que el próximo sitio al que vaya será un club de campo y eso me enerva. Pero en el fondo creo que era lo correcto. No sé si volverá aquí; al menos, durante un tiempo. Pero sí sé que la señora Florence no va a guardarle el trabajo.

—Oh.

—Y supongo que tú podrías conseguir ese empleo si lo quisieras.

—Yo... No. Creo que me gustan las cosas como están. Me gusta trabajar en el salón de la abuela, me caen bien las chicas y me agradan el trabajo y la clientela. Me gusta saber que si surge algo nadie se molestará si tengo que marcharme para ocuparme de ello. Y estoy segura de que no querría el viejo despacho de Melody ni su antiguo trabajo; nada que haya sido suyo. Simplemente... Malas vibraciones. ¿Sabes a qué me refiero, mamá?

—Sí. Tienes la mano de tu abuela con el pollo frito, niña. Si no quieres pensar más allá de la semana que viene, será mejor que tengas cuidado. Un pollo como ese podría hacer que un hombre te pidiera matrimonio.

—Creo que estoy a salvo a ese respecto.

Y a salvo era donde necesitaba estar, pensó Shelby.

A mediodía, cuando Griff detuvo su camioneta de alquiler, tenía la cesta preparada y a Callie ataviada con su vestido amarillo y un lazo en el pelo. Ella había optado por unos vaqueros y sus viejas botas de montaña.

Callie salió corriendo antes de que Griff llegara a la puerta y se arrojó hacia él.

—Estás perfecta para ir de picnic, pelirrojita.

—Tengo un lazo. —Callie se llevó la mano a donde caía el lazo amarillo.

—Ya lo veo. Estás preciosa, y también tu mamá. Vamos, deja que yo lleve eso.

—Tú ya la tienes a ella en brazos. Cogemos mi monovolumen porque sé adónde vamos. Ya tengo las mantas cargadas.

—Solo tengo que coger un par de cosas de la camioneta.

Shelby se percató de que sujetaba a Callie a su sillita con destreza. A se hombre no había que enseñarle nada dos veces. Fue a su camioneta de alquiler y regresó con una bolsa.

—Aportaciones —dijo, y la dejó en el monovolumen junto con la cesta.

—Espero que ese lugar siga tan bonito como recuerdo. Ha pasado tiempo.

Condujo hasta el pueblo y tomó una carretera secundaria, bordeando el valle mientras Callie parlotaba como una cotorra. Cuando emprendió la subida por la zigzagueante carretera, lo recordó todo. Las imágenes, los olores.

El color.

Pinceladas de amarillos trilios y lirios crestados serpenteaban entre los verdes y los marrones, en tanto que las delicadas campanillas de las aguileñas jugueteaban bajo la moteada luz del sol. Las kalmias iluminaban las sombras, y las orquídeas zapatillas de dama danzaban aquí y allá.

—Precioso. Un campo precioso —dijo Griff cuando Callie cambió de posición para hablar con la siempre presente Fifi.

—Los rododendros silvestres no tardarán en brotar. Me encanta que esté todo verde. La ondulante e infinita vegetación y el colorido ir y venir de las flores silvestres.

Pasó por delante de una pequeña granja, en la que un chico de la edad de Callie rodaba sobre la baja hierba con un perro de color canela.

—¡Mira el perrito! Mamá, ¿cuándo puedo tener un cachorrito?

—Es su nueva obsesión —dijo Shelby entre dientes—. En cuanto tengamos nuestra propia casa, nos lo pensaremos. Ya casi hemos llegado al lugar del picnic —agregó, esperando contener la letanía de preguntas posterior.

Tomó un estrecho camino de tierra y lo siguió con sumo cuidado entre bandazos producidos por los baches.

—Esto pertenece a esa pequeña granja que acabamos de pasar. Mi padre trajo a este mundo a tres bebés en esa casa..., puede que haya habido más desde que me marché..., y venía a visitar a la abuela hasta que falleció. La familia nos deja usar este camino y hacer picnics o excursiones por aquí. Le tienen mucho aprecio a mi padre.

—Yo también, ya que tu padre me ha dado el visto bueno para que trabaje.

—Tu ojo tiene mejor aspecto.

—Cuando fui a comer pizza con Griff le di un beso para que se pusiera bueno, mamá. ¿Hemos llegado ya?

—Ya no podemos seguir con el coche. —Se desvió hacia el apartadero—. No queda muy lejos andando. A unos cuatrocientos metros. Aunque hay una pequeña cuesta y es un poco irregular.

—Estamos listos. —Griff decidió la parte logística colocándose a Callie sobre los hombros y cogiendo la cesta—. La bolsa y las mantas te tocan a ti —le dijo a Shelby—. Esto es muy tranquilo.

Divisó el cardenal de vivo color rojo que los observaba posado en la rama de un espino blanco.

—Y eso ni siquiera es lo mejor.

—¿No va a salir nadie con una escopeta?

—Le he preguntado a mi padre si le parecía bien, y la familia está de acuerdo. Solo piden que dejemos la tierra tal y como la encontremos, nada más. Aunque es posible que desalentaran a los recaudadores de ese modo en la época de la ley seca. Muchos destilaban whisky en las montañas y los valles. Los míos entre ellos..., por ambos lados.

—Contrabandistas. —Eso le hizo sonreír.

—Costaría encontrar un puñado de gente con raíces nativas que no tuviera contrabandistas en su árbol genealógico.

—Era una ley estúpida.

—Estúpida —repitió Callie, como era de esperar.

—Lo siento.

—No es la primera vez. Esa es una palabra adulta, Callie.

—Me gustan las palabras adultas. —Cuando chilló, Griff le lanzó la cesta a Shelby y se dispuso a bajar a Callie—. ¡Un conejito! ¡He visto un bebé conejo!

—Me cago... Por Dios —se corrigió Griff—. Me has dado un jodi... un susto de muerte, pelirrojita.

—¡Atrapa al conejo bebé, Griff! Atrápalo.

—No he traído mis herramientas para atrapar conejos bebé.

Con el corazón aún acelerado, cogió de nuevo la cesta y continuó subiendo.

Cuando llegaron arriba, comprendió que cada paso de la cuesta había merecido la pena.

—¡Vaya! ¡Uau!

—Está justo como lo recordaba. El riachuelo, los árboles y, sobre todo, ese viejo nogal negro. Y está lo bastante despejado como para poder ver parte de las montañas y los valles.

—De ahora en adelante tú eres la encargada de elegir los lugares para hacer picnics.

—Es difícil superar este, a menos que sea en tu casa.

Cuando dejó a Callie en el suelo, la pequeña fue como una bala hacia el riachuelo.

—Callie, no te acerques a la orilla —comenzó Shelby, pero Griff la agarró de la mano y la llevó hasta el riachuelo.

—Qué guay. —Se acuclilló junto a Callie—. Mira todas esas pequeñas cascadas. Y las brillantes rocas.

—¡Quiero ir a nadar!

—No es lo bastante hondo para nadar, cielo, pero puedes quitarte los zapatos y los calcetines y meter los pies. Puede andar por el agua.

—Vale. ¡Puedo andar por el agua, Griff!

Callie se sentó en el suelo y se puso a quitarse los zapatos mientras Shelby extendía las mantas junto al riachuelo con sus revoltosas aguas, sus troncos cuajados de musgo y sus frondosos helechos.

—¿No te preocupa que se moje el vestido? —preguntó Griff.

—Tengo una muda de ropa en la bolsa. Me gustaría conocer a una sola niña que no quiera ponerse a chapotear en este riachuelo.

—Eres una mamá muy guay.

Cuando Callie se metió en el agua para chapotear y soltar grititos, Griff sacó de su bolsa la botella, dentro de su funda térmica.

—¿Champán? —Después de una carcajada de sorpresa, Shelby meneó la cabeza—. Eso va a dejar en ridículo a mi pollo frito.

—Yo seré quien juzgue eso.

Shelby bebió champán y tuvo la satisfacción de ver a Griff devorar su pollo. Dejó que Callie descargara algo de energía persiguiendo mariposas o yendo a chapotear de nuevo.

Y se relajó como se dio cuenta de que no hacía, no de verdad, desde la mañana en que se había enfrentado a Arlo Kattery con los barrotos de por medio.

Y aquella vista entre barrotos era la que él tendría durante una larga temporada.

Pero ella tenía esa; colores verdes y azules, los trinos y gorjeos de los pájaros, el sol derramándose entre los árboles para dibujar sombras en la tierra mientras su hija jugaba en el riachuelo.

—Estás contratada —le dijo Griff cuando volvió a por otro trozo de pollo y otra ración de ensalada de patata.

—Aquí sentado, parece que no hay nada malo en el mundo.

—Por eso necesitamos lugares como este.

Shelby acercó la mano y siguió con los dedos el corte de la frente, que ya estaba sanando.

—Forrest ha dicho que no han cogido todavía a ese tal Harlow, y eso me hace pensar que hizo lo que había venido a hacer y que hace mucho que se fue de aquí.

—Es lo más lógico.

—Entonces, ¿por qué me seguiste a casa a las dos de la madrugada el viernes por la noche?

—Porque eso también es lo más lógico en mi lugar. ¿Cuándo vas a dejar que te siga a casa otra vez?

Oh, había abrigado la esperanza de que se lo pidiera.

—Supongo que podría preguntarle a mi madre si está de acuerdo en quedarse con Callie una noche de esta semana.

—¿Por qué no vamos al cine y luego pasamos un rato en mi casa?

Shelby esbozó una sonrisa, pensando que también había esperado eso; una cita para ir al cine con un hombre que le hacía sentir mariposas en el estómago.

—¿Por qué no? Callie, si no te terminas la comida, no habrá un cupcake en tu futuro.

Marcó esa como una tarde de domingo perfecta, y mientras regresaban con Callie, que se esforzaba por no dormirse en el asiento de atrás, se preguntó cómo podía prolongarla.

Tal vez le preguntara a Griff si le apetecía sentarse en el porche mientras Callie dormía la siesta. O ver si a Emma Kate y a Matt les apetecía pasarse y preparar unas hamburguesas en la parrilla para una cena tardía.

—Imagino que tienes cosas que hacer en tu casa.

—Nunca me falta tarea en mi casa. ¿Por qué? ¿Tienes algo en mente?

—Se me estaba ocurriendo que si quisieras quedarte un rato, vería si a Emma Kate y a Matt les apetece pasarse más tarde. Tomar un vino y preparar unas hamburguesas.

—¿Más comida? ¿Cómo podría decir que no?

—Veré si a mis padres les parece bien, y luego...

Su voz se fue apagando cuando se detuvo frente a la casa y vio que su madre ya salía corriendo.

—Ay, Dios mío, ¿qué puede haber pasado ahora? —Se bajó del monovolumen—. Mamá.

—Estaba a punto de enviarte un mensaje. Gilly se ha puesto de parto.

—Oh, ¿justo ahora?

—Han pasado unas horas, pero no han dicho nada hasta que estaban de camino al hospital. Papá... mi padre ya ha recogido a Jackson. Papá... tu padre... y yo nos vamos a Gatlinburg al hospital ahora mismo y Forrest va a llevar a tu abuela. Clay dice que va de prisa. Oh, no sé por qué los bebés siempre hacen que me entre el pánico.

—Es emocionante, es una alegría.

—Deberías ir —dijo Griff—. Deberías estar allí.

—Oh, no quiero dejar a mi abuelo solo con dos niños en edad preescolar.

—Yo me ocuparé de ella. Me quedo con Callie.

—Oh, bueno, yo...

—¿Quiero ir con Griff! Por favor, mamá, por favor. Griff, quiero ir a tu casa. ¿Puedo ir a jugar a tu casa?

—Eso sería muy amable por tu parte —dijo Ada Mae—. Shelby no pudo estar aquí

cuando nació Jackson. Significaría muchísimo para nosotros, Griff.

—Hecho.

—¡Yupi! ¡Yupi!

Shelby contempló el rostro resplandeciente de su hija.

—Pero podrían ser horas.

—No si Clay sabe de lo que habla. ¡Clayton, vamos! —gritó Ada Mae—. No pienso perderme el nacimiento de mi nieto porque tú te dediques a perder el tiempo. Griff, muchísimas gracias. Callie, pórtate bien con Griff o ya verás. ¡Clayton Zachariah Pomery!
—Ada Mae enfiló de nuevo hacia la casa.

—¿Estás seguro? Porque...

—Estamos seguros, ¿verdad, Callie?

—¡Verdad! Vamos, Griff. —Emocionada, se frotó las mejillas con las manos—.

Vámonos ya a tu casa.

—Deja que... —Piensa qué hacer, reflexionó Shelby—. Iré a por algunas cosas para que juegue.

—Tengo tijeras y trozos de madera con los que puede trastear, y un montón de cerillas.

—Mira que eres gracioso. Dame un par de minutos. Y, bueno, sería mejor que te llevaras mi monovolumen por si acaso tienes que ir a alguna parte con ella. Si yo puedo llevarme esta camioneta.

—Es de alquiler. ¿Qué más me da?

—Entonces, de acuerdo, vale. Dos minutos. No, tardaré cinco. Cinco minutos.

Corrió hacia la casa. Mientras tanto, su madre salía tirando de su padre.

—Ada Mae, soy médico y te digo que hay tiempo de sobra.

—Oh, no me vengas con que eres médico. Dime que hay tiempo de sobra cuando hayas dado a luz tú. ¡Nos vamos, Shelby!

—Os seguiré en cinco minutos. Sé llegar.

Griff se apoyó en la camioneta junto a la ventanilla de Callie.

—Nos vamos a divertir, pelirrojita.

Se divirtieron.

Griff hizo una careta de monstruo con cartón y, tras ponérsela, persiguió a una entusiasmada Callie por el jardín delantero. Ella le derrotó con la varita mágica que él había creado a partir de un trozo de tubo y más cartón.

Como príncipe de nuevo, respondió al primer mensaje de Shelby.

En el hospital ya; todo va bien. ¿Todo bien por ahí?

Griff pensó en ello un momento.

Va genial. Vamos a salir en busca de tráfico para jugar.

Se llevó a Callie adentro para tomar una Coca-Cola y, a juzgar por sus ojos abiertos como platos y brillantes, la Coca-Cola no era un refresco que formara parte de su lista de bebidas habituales. Tardó media hora en pasársele el subidón. Sin aliento y más sensato, sentó de nuevo a la niña en la parte de atrás del monovolumen y se la llevó a dar un paseo rápido para comprar unos zumos.

Esa parecía una opción mejor.

Cuando divisó el cartel de SE VENDEN CACHORROS, decidió que hacer un alto ahí la entretendría un rato, de modo que frenó delante de la casa de una sola planta junto al mercado.

Siguió la flecha del cartel y tomó el camino de grava que rodeaba la casa hasta la parte de atrás.

En una perrera, limpia y seca, tres cachorros de color crema y uno marrón cobraron vida de inmediato, profiriendo débiles ladridos, corriendo hacia la verja y meneando sus rechonchos cuerpecitos.

Callie no chilló ni corrió hacia ellos como había esperado que hiciera, sino que ahogó un grito y luego se llevó las manos a la boca.

Después giró la cabeza y la ladeó para mirar a Griff. Y sus ojos estaban llenos de asombro, de amor y de una felicidad inconmensurable.

Ay, mierda, ¿qué he hecho?, pensó Griff.

Entonces Callie se abrazó a sus piernas con fuerza.

—¡Cachorritos! Te quiero, Griff. Gracias, gracias.

—Bueno..., eh..., oye... Pensaba que solo...

Mientras balbuceaba, Callie lo miró de nuevo, y prácticamente lo cegó con su deslumbrante felicidad antes de soltarse y correr por fin hacia la verja.

Una mujer que llevaba un bebé a la cadera y un pañuelo rojo en el pelo salió por la puerta de atrás de la hacienda.

—Buenas tardes —dijo mientras el bebé le miraba con recelo.

—Hola. Estábamos en el mercado y se me ocurrió que a ella le fliparía ver a los cachorros.

—Vaya, pues claro. ¿Quieres pasar, cielo? Son muy buenos. Ya tienen tres meses —prosiguió mientras le abría la puerta a Callie—. Tuvo una camada de ocho. La madre es nuestra Georgie, una mezcla de labrador y retriever, y el padre es el labrador de color chocolate de mi prima.

Callie entró corriendo, se agachó y se vio rodeada de cachorros en el acto.

—Ese es el sonido de la felicidad, ¿verdad? —repuso la mujer cuando las risitas de Callie se mezclaron con los suaves ladridos y los falsos gruñidos.

—Sí..., pero...

—Son buenos con los niños, papá —dijo la mujer con una sonrisa mientras sostenía al bebé—. Dóciles, leales y juguetones.

—Oh, no soy el padre. La cuñada de su madre está dando a luz ahora mismo, así que yo estoy cuidando de Callie un rato.

—¡Griff! Griff, ven a verlos. Ven a ver los cachorros.

—Sí, vale.

—Vaya y tómense su tiempo. Tiene buena mano con ellos. Muchos críos de su edad quieren tirarles del rabo y de las orejas o llevarlos de un lado para otro abrazándolos del cuello con fuerza, pero parece que ella sabe ser delicada y juguetona. No van a tardar en venderse —agregó mientras el bebé decidía que Griff era aceptable y le ofrecía una amplia y babeante sonrisa—. Acabo de poner el cartel esta mañana. Los primeros cuatro ya están apalabrados. No los he puesto en venta hasta que han sido destetados, se les ha puesto todas las vacunas y el veterinario ha dado el visto bueno.

—En realidad, no... Quiero decir que he pensado en tener un perro. Más adelante. En cuanto haya puesto orden en mi casa.

La mujer entrecerró los ojos.

—Usted es quien compró la antigua casa Tripplehorn. El que trabaja con el novio de Emma Kate. Emma Kate y el doctor Pomeroy trajeron a mi Lucas, aquí presente, a este mundo en la sala de reconocimiento de la clínica. Fui a hacerme un chequeo y le entraron las prisas allí mismo. No hubo tiempo para ir al hospital. ¿Es la niña de Shelby Pomeroy?

—Sí.

—Debería habérmelo imaginado por el pelo. Si decide que quiere uno de los cachorros se lo dejaré a la mitad de precio, ya que el abuelo de la pequeña y la novia de su socio ayudaron a traer a mi niño al mundo.

—Oh, bueno... Eso es...

—¡Griff, ven a jugar con los cachorros!

—Vaya usted. Yo estaré por aquí.

Griff cogió el cachorro marrón.

Puso freno a las serviciales sugerencias de nombres de Callie. No pensaba llamar a su perro Fifi en honor a la mejor amiga de peluche de la pequeña. Ni Asno en honor al mejor amigo de Shrek.

Se quedó con Snickers por el color chocolate y luego tuvo que volver al mercado y comprar una barrita para que Callie estableciera la conexión. Tuvo que comprar comida para perros, un comedero, correa y collar, y golosinas para perros.

Cuando lo cargaron todo mientras el cachorro exploraba el interior del monovolumen, a Griff le pitaban los oídos.

El siguiente mensaje de texto llegó cuando estaba sacando a Callie del monovolumen, y el cachorro y la niña salieron corriendo.

Gilly lo está haciendo genial. Pronto empezará a empujar. Ya casi está. Cuéntame cómo os va si habéis terminado de jugar en medio del tráfico.

Empezó a escribir un mensaje sobre el cachorro, a pesar de que todo parecía una especie de sueño, y entonces optó por no hacerlo.

Jugar en medio del tráfico nos ha dado hambre. Nos apetece un tentempié, así que vamos a cazar desconocidos con caramelos. Ánimo a Gilly.

Los bebés nacían a su debido tiempo y Beau Sawyer Pomeroy llegó al mundo a las siete y once (una hora afortunada, según su padre) con un saludable peso de tres kilos y doscientos veintinueve gramos. Shelby se tomó su tiempo para contemplarlo (era la viva imagen de su padre), sacó más pañuelos de papel para su madre y abrazó a los orgullosos padres.

Envió otro mensaje de texto rápido:

¡Es un chico! Beau Sawyer es una monada y los papás están bien y contentos. No tardaré en volver.

El sol ya se había puesto cuando logró despedirse de todos y salir de Gatlinburg entre el tráfico. Se planteó si debía parar para enviar otro mensaje de texto y ver si Griff quería que comprara algo para comer, pero decidió que seguramente ya habían comido alguna cosa.

Cuando aparcó junto a su monovolumen, pensó que menudo día.

Tuvo un momento de preocupación al ver que nadie respondía a su llamada a la puerta, pero enseguida se ordenó olvidarlo. Acto seguido abrió la puerta y se puso a hablar, atenta a los sonidos familiares.

Shrek.

Se encaminó hacia el salón, meneando la cabeza.

Shrek y Asno discutían en la gran pantalla de plasma. En el sillón, su hijita estaba tumbada encima de Griff. Los dos estaban dormidos como troncos.

Estuvo a punto de gritar cuando algo húmedo y frío le golpeó el tobillo. Pero al bajar la mirada vio un gordo cachorro marrón, que enseguida dirigió los dientes y el interés a los cordones de sus botas de montaña.

—Oh, no hagas eso. —Cogió al cachorro en brazos y lo miró con detenimiento—. ¿De dónde has salido tú?

—Justo del fondo de la carretera —dijo Griff, abriendo los soñolientos ojos.

—¿De quién es este perro?

—Supongo que es mi perro. Simplemente ocurrió. Snickers.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Se llama Snickers. Es una mezcla de labrador de color chocolate y golden retriever.

—Es una auténtica monada. —Divertida y cautivada, achuchó al cachorro mientras este le lamía la barbilla de forma amorosa—. ¿Te has fijado en el tamaño de las patas?

—No. No especialmente.

—Vas a tener un perro grande. —Sonrió cuando Snickers pasó a su mejilla y se meneó entre sus brazos con alegría—. ¿Quién te ha dejado tan agotado? ¿Callie o el perro?

—Creo que un poco de cada. ¿Todo bien con el bebé?

—Perfecto. Se llama Beau Sawyer, por si no recibiste mi último mensaje. Está sano, es precioso y la familia está que no cabe en sí de gozo. No sé cómo darte las gracias por haberte quedado con Callie para que yo pudiera estar allí, Griff. Ha significado muchísimo para mí.

—Nos lo hemos pasado muy bien. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media, más o menos.

—Vale, es muy posible que nos hayamos quedado fritos hace unos veinte minutos.

—¿Compraste algo de comer? Debería haber...

—Queda pollo del picnic —la interrumpió Griff—. Y he preparado unos macarrones con queso porque siempre son una apuesta segura. Tenía guisantes congelados, que uso sobre todo como bolsa de hielo, pero sirvieron.

Acarició la espalda de Callie mientras hablaba y cambiaba de posición. La niña se dio la vuelta como un rollo de periódicos.

—Está frita.

—Ha sido un día feliz para ella. También para mí. —Dejó el perro en el suelo y este fue dando saltitos hacia Griff, derecho a por los cordones. Griff cogió el perro con un brazo, miró en derredor y dio con la cuerda mordisqueada que le había fabricado con cordones viejos—. Prueba con esto —le sugirió, y dejó el perro en el suelo con la cuerda.

—¿Te ha convencido Callie de lo del perro?

—No ha tenido que decir ni una palabra. —Volvió la cabeza para mirar a Callie, que estaba dormida con el culo en pompa y rodeaba a Fifi con un brazo—. Estaba todo en sus ojos. Ya había pensado en comprarme uno, más bien hacia el otoño. Cuando tuviera la casa más acabada. Así que me he limitado a alterar el calendario. Además, estaba en venta. ¿Te apetece comer algo? Todavía quedan macarrones con queso. El pollo no es más que un bonito recuerdo.

—No, gracias. Hemos comido algo en el hospital. Tengo que llevarme a Callie a casa y acostarla.

—Tal vez podríais quedaros.

Resultaba tentador, muy tentador cuando sus brazos la rodearon.

—Me encantaría, y sospecho que a Callie también. Pero aún no, Griff. Todavía no. —Pudo prolongar el momento con su boca en la de él, y después apoyó la cabeza en su hombro—. Ha sido un día estupendo.

—Un día señalado.

Griff cogió a Callie en brazos, dejando que su cuerpo laxo colgara sobre el hombro mientras Shelby recogía la cesta y la bolsa. El perro salió corriendo por la puerta antes que ellos, correteando en círculos por el jardín al tiempo que Griff sujetaba a Callie en su silla.

Las vio marcharse mientras el cielo adquiría el color de su cabello por el oeste. Luego se hizo el silencio.

Le gustaba la quietud, se recordó. De lo contrario, no se habría comprado una casa tan alejada del pueblo. Pero el silencio parecía en verdad profundo tras varias horas de parloteo de una niña pequeña.

Dirigió la vista a Snickers, que estaba ocupado atacando sus cordones.

—Corta el rollo. —Solo tuvo que sacudir el pie—. Vamos a hacer la ronda.

Hicieron la ronda dos veces más antes de medianoche. Había trabajado muy duro en los suelos ya concluidos, y no quería que un cachorro se los estropease.

Pensó en cómo iba a dormir el perro. Le fabricó una cama provisional con una caja

y unas toallas viejas y ató otra toalla para que tuviera forma de cachorro. A Snickers no le convenció al principio, pero la emoción del día le pasó factura. Con el cachorro tan frito como lo había estado Callie, Griff pensó que había hecho un buen trabajo y se fue a dormir.

No sabía qué le había despertado. El reloj marcaba las dos y doce minutos y, cuando echó un vistazo gracias a la aplicación de linterna de su teléfono móvil, Snickers seguía hecho un ovillo en su caja.

Aunque era partidario de dejar las cosas como estaban, había algo que no iba bien. Eso le bastó para salir del dormitorio sin hacer ruido. Aguzó el oído.

Las casas viejas gruñían y crujían, pensó; él lo sabía bien. Y aun así abrió una puerta y cogió una llave de tubo. Después de encender las luces a medida que avanzaba, empezó a bajar las escaleras.

Y ahí, justo ahí... Un débil clic. Una puerta que se cerraba.

Se movió con rapidez y fue derecho a la parte de atrás, hacia las puertas de cristal.

Encendió las luces y los focos de fuera.

Le verían, pero si había alguien ahí fuera, también él los vería a ellos.

No vio nada, ningún movimiento.

¿Había cerrado con la llave las puertas de atrás? No lo creía, ya que raras veces se acordaba de hacerlo. Y, como tenía que sacar y meter al cachorro, seguramente no lo había hecho.

Salió al porche trasero e hizo oídos sordos a los sonidos de la noche, a la brisa, al triste ulular de un búho, al débil eco de un perro que ladraba en algún lugar al otro lado del valle entre las montañas.

Oyó un motor que arrancaba y el crujido de ruedas sobre la grava.

Se quedó quieto un momento, escudriñando la oscuridad.

Había habido alguien en su casa, de eso no tenía la menor duda.

Entró y cerró la puerta con llave..., aunque se le ocurrió pensar que, dado que todo era cristal, si alguien quería entrar, no le costaría mucho.

Echó un vistazo, buscando cualquier cosa fuera de lugar.

Su mirada pasó de largo por el ordenador portátil que había dejado en la isla de la cocina y volvió a él.

Lo había dejado abierto; casi siempre lo hacía. Pero estaba cerrado.

Y cuando se acercó y posó la mano en él, notó que estaba un poco caliente.

Lo abrió y comenzó a curiosear. No era un genio de los ordenadores, pero sabía lo bastante para ir tirando.

No tardó mucho en descubrir que habían accedido a sus archivos y se habían descargado. Cuentas bancarias, facturas, emails, los proyectos.

—¿Qué coño es esto?

Se pasó los veinte minutos siguientes soltando tacos y cambiando todas sus contraseñas, todos sus códigos y nombres de usuario. Todo lo que se le ocurrió.

Pero no entendía para qué querría nadie sus datos.

Pasó otro rato más enviando un email múltiple a amigos, a familia y a contactos de negocios, cualquiera que figurara en su lista, para decirles que sus datos habían quedado comprometidos y que no respondieran a nada que les llegara de sus antiguas direcciones de correo electrónico.

Después de comprobar cada puerta y cada ventana, se llevó el portátil consigo escaleras arriba.

Mejorar la seguridad de su ordenador y de su casa acababa de saltar al primer

puesto de su lista de prioridades, pensó.

Una hora después de haberse despertado, trató de ponerse cómodo de nuevo, atento a cada crujido, a cada ruido del viento. Justo cuando empezaba a quedarse dormido, el perro se despertó y comenzó a quejarse.

—Sí, era de esperar. —Se levantó y se puso los pantalones otra vez—. Podríamos hacer la ronda, Snickers.

Cuando terminó, el haz de su linterna iluminó una huella clara en la blanda tierra junto al camino de entrada de grava.

—¿Se te acaba de curar el ojo morado, y ahora han entrado a robar en tu casa?

Matt se ocupó de retocar la pintura mientras Griff instalaba las últimas molduras del nuevo baño privado de Ada Mae.

—Ha sido más bien un paseo. Es una lata tener que cambiar las contraseñas, enviar notificaciones y pasarme casi una puñetera hora en comisaría esta mañana para poner la denuncia. No tiene sentido, y los habría considerado ruidos propios de la casa de no haber sido porque el ordenador estaba cerrado.

—¿Seguro que lo dejaste abierto?

—Muy seguro. Además, estaba caliente y hacía horas que no lo usaba. Luego está la huella. No era mía, Matt. Calzo un cuarenta y seis, pero esta era mayor. Y oí un coche.

—¿Qué te ha dicho la poli?

—Esa es la otra razón por la que he llegado tarde aquí. He vuelto a casa con Forrest y ha echado un vistazo y ha tomado fotografías de la huella, por si sirve de algo. No ha sido vandalismo puro y duro. Si lo hubiera sido, ya habría buscado a alguien de la familia de Arlo Kattery o a alguno de sus amigos.

—Bueno, no es que nades en la abundancia, pero no te va nada mal. Alguien ha podido pensar: «Oye, este tío se compró esa gran casa y conduce una camioneta nueva».

—Porque el gilipollas ese me destrozó la mía.

—Da igual. —Matt meneó el pie para apartar a Snickers de los cordones de sus botas y le dio una pequeña patada a la pelota de tenis que había rebuscado Griff para que el cachorro fuese tras ella—. Parece que alguien pensó que podía sacarte algo de las cuentas.

—Pues ahora eso se les ha jodido. Me cabrea que alguien entre en mi casa de esa forma. Parece que comprarme un perro ha sido algo... providencial. La palabra de moda.

—Y una mierda providencial. —Matt sonrió de oreja a oreja y le dio otra suave patada a la pelota—. Hasta ahora, ¿cuántas veces has tenido que ir limpiando detrás de él?

—Un par. —Quizá cinco o seis—. Pero lo está pillando. Va a ser un perro apto para el trabajo. No le asusta la pistola de clavos. Y va a ser grandote. Un perro grande ahuyenta a la gente que quiere colarse en tu casa a las dos de la madrugada, joder. Deberías hacerte con uno, y así este tendría un colega.

—Vivo en un apartamento, ¿recuerdas? —Matt se subió a la escalera con un cepillo y un cubo—. Pero estoy pensando en construirme una casa..., tal vez.

—Estás pensando en construirte una casa desde que vinimos aquí.

—Lo estoy pensando más en serio porque voy a pedirle a Emma Kate que se case conmigo.

—Si vas a hacer eso, deberías... ¿Qué? —Griff casi la pifió con la pistola de clavos al enderezarse—. ¿Cuándo? ¡Uau!

—Sí, lo sé. —Matt esbozó una amplia sonrisa, con una expresión un tanto aturdida

en los ojos—. Mientras tú tratabas con la poli esta mañana, yo estaba viendo a Emma Kate vestirse para ir a trabajar. Estaba preparando batidos verdes y...

—Ni se te ocurra mencionar tus famosos batidos verdes.

—Si te bebieras uno todas las mañanas, verías los beneficios.

—No entiendo a la gente que come berza, y menos aún a la que se la bebe. ¿Has decidido que querías casarte con ella por los batidos verdes?

Matt se levantó la visera de la gorra y el gesto de aturdimiento se tornó soñador.

—La he observado con atención. Estaba descalza y un poco gruñona y aún no se había maquillado. Llevaba unos pantalones rectos y un jersey azul, y el sol entraba por la ventana. Y he pensado: «Esto es lo quiero cada mañana».

—¿Una gruñona Emma Kate y batidos verdes?

—Cada mañana. No recuerdo un momento en que no haya querido justo eso. Así que he pensado que me acompañes, después de salir del trabajo, a comprar un anillo. Voy a pedírselo esta noche.

—¿Esta noche? —Eso fue suficiente para que Griff se levantara del todo—. ¿Lo dices en serio? ¿No quieres un plan?

—Compraré flores. El anillo es el plan. No sé su talla, pero...

—Haz una plantilla. Vuelve a casa, busca uno de sus anillos y haz una plantilla para llevar a la joyería.

—Debería haberseme ocurrido.

—¿Qué vas a decirle?

—Yo qué sé. —Matt cambió el pie de apoyo en la escalera—. «Te quiero, ¿quieres casarte conmigo?»

—Tienes que hacerlo mejor, tío.

—Me estás poniendo nervioso.

—Ya pensaremos en ello. Ve a hacer la plantilla.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. De todas formas, yo tengo que sacar al perro antes de que se mee en las baldosas nuevas. Nos tomamos un descanso. —De acuerdo con el plan, Griff le dio un puñetazo suave en el hombro a su socio—. Joder, Matt, te vas a casar.

—Si ella dice que sí.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—A lo mejor no nos quiere ni a los batidos verdes ni a mí todos los días. —Matt se bajó de la escalera—. Tengo náuseas.

—Corta el rollo y vete a hacer la plantilla. —Griff agarró al perro, que había empezado a olisquear de un modo que advirtió a Griff de que iba a mearse de forma inminente—. Tengo que sacarlo. Ponte en marcha. Es la única manera de conseguir lo que quieres.

—Ya me pongo en marcha.

Shelby sacó tiempo para ensayar. Estaba contenta con la mezcla de música: de los Beatles a Johnny Cash, pasando por la Motown. Claro que, si tuviera un acompañante de verdad, habría pausado el ritmo de *Ring of Fire* y la habría convertido en una balada sexy y llena de emoción.

Quizá más adelante, pensó cuando terminó su trabajo de la mañana en el salón. Anotó los pedidos para el almuerzo de algunos de los clientes del spa y luego hizo la ronda

para anotar los de parte del personal.

Mientras se guardaba la lista y cogía el bolso, Jolene entró con cautela.

—Lo siento. ¿Señora Vi? Señora Vi, ¿puedo pasar solo un minuto? No es para hacerme nada. Yo... he hablado con el reverendo Beardsly y me ha dicho que debería venir y hablar con usted, si me lo permite.

—De acuerdo, Jolene. —Tras hacerle un gesto de asentimiento, Viola retiró el último rulo del cabello de su clienta—. Dottie, ¿quieres lavarle la cabeza a Sherrilyn por mí?

—Claro, Vi.

Dottie y Sherrilyn se miraron con los ojos como platos. Ninguna quería perderse el espectáculo.

—¿Quieres pasar a mi despacho, Jolene?

—No, señora Vi. Quisiera decir lo que tengo que decir aquí mismo, delante de todo el mundo. —Su rostro enrojeció mientras hablaba y se le humedecieron los ojos, pero para alivio de algunos y decepción de otros, no gimoteó—. Quiero decirle, señora Vi, y también a ti, Shelby... primero quiero decir que lo siento muchísimo. Quiero disculparme, quiero decir que siento muchísimo cómo me comporté la última vez que estuve aquí. Y... —La voz le tembló, las lágrimas le anegaron los ojos, pero ella levantó una mano mientras inspiraba hondo un par de veces—. Siento las demás veces que he sido maleducada o mala contigo, a la cara o por la espalda. Todas las veces, hasta en el instituto, Shelby. Quiero decir que, al pensar en ello ahora, con claridad, me avergüenzo de ello, de todo ello. Deseaba tanto que Melody fuera mi amiga que hice cosas para las que no tengo excusa. —Un par de lágrimas se derramaron, pero Jolene se retorció los dedos y continuó—: Sabía lo que le hizo a tu coche en el instituto, Shelby. No supe nada antes de que lo hiciera, y yo no hice nada. Te juro que, de haber sido así, te lo diría ahora.

—Te creo.

—Pero después sí lo sabía y no dije nada. Lo sabía y fingí que me parecía gracioso y que te lo merecías. Yo solo quería que fuera mi amiga, pero sé que nunca lo fue, no de verdad. Eso lo sé ahora y hace que sea peor. Debería haberle plantado cara ese día cuando dijo todo eso sobre ti y sobre tu hija, Shelby. Lo que dijo me revolvió el estómago, pero no le planté cara ni le dije que estaba equivocada. Espero que decirlo ahora sea el principio de lo que el reverendo Beardsly llama expiación. Solo pensaba en mí, y lo lamento. —Sorbió por la nariz y se limpió las lágrimas de las mejillas con las palmas—. No sabía que acudió a Arlo. Tendría que habérmelo imaginado, y no puedo decir con seguridad que en el fondo no lo hiciera. No miraba dentro de mí porque no quería. Y no sé, no con seguridad, si aun así le habría plantado cara. Es vergonzoso no saber si lo habría hecho.

—Sí que lo hiciste —le recordó Shelby—. Cuando descubriste lo que le había pasado a Griff.

—Me sorprendí y me disgusté mucho al ver la cara de Griff llena de cortes y magulladuras, y enterarme de lo sucedido. No podía... no podía callarme, ya no.

—Jolene, voy a preguntarte una cosa, y quiero que me mires a los ojos. —Viola esperó a que Jolene parpadeara para despejarse los ojos—. Alguien entró anoche de madrugada en casa de Griffin; ¿sabes tú algo de eso?

—¡Ay, Dios mío! Oh, no, señora Vi.

—¿Qué ha pasado? —urgió Shelby—. ¿Qué...? —Y se interrumpió cuando Viola levantó un dedo.

—Se lo prometo, señora Vi, se lo juro. —Jolene cruzó las manos sobre su

corazón—. No puede haber sido Melody. Ya está en ese sitio de Memphis. Esta misma mañana he ido a ver a la señora Florence para disculparme con ella y me lo ha dicho. ¿Alguien ha vuelto a hacerle daño? ¿Alguien le ha robado?

—No. —Viola miró a Shelby—. No. Parece que no había gran cosa, e imagino que todos los aquí presentes sabemos que si hubiera sido alguien de la familia Kattery, habría destrozado la casa de haber podido. —Viola cerró el puño contra la cadera—. ¿Quieres añadir algo más, Jolene?

—Creo que no. Solo que lo siento. Voy a intentar ser mejor persona.

—Nunca has tenido demasiado sentido común —comentó Viola—. Esta es la primera vez que te veo mostrar un poco, y has hecho un buen trabajo. Te levanto el veto y eres libre de venir aquí cuando gustes.

—Oh, señora Vi. Gracias, señora Vi. Yo... no vendré si tú lo prefieres así, Shelby.

—Imagino que puedo aceptar una disculpa igual que mi abuela.

—También quiero disculparme con tu madre. Ella no estaba, pero... quiero hacerlo de igual modo.

—Está ocupada ahora mismo, pero puedes hacerlo más tarde.

—Entonces lo haré.

—Si Crystal quiere peinarte para tu boda, es cosa suya —agregó Viola.

—Oh, señora Vi. Oh, Crystal, ¿querrías? Perderte es casi tan malo como perder a mi prometido. Y le quiero de verdad.

—Claro que lo haré. Hoy me has hecho sentir muy orgullosa, Jolene.

Con un sollozo, Jolene fue a toda prisa hacia Crystal y se arrojó a ella.

—Tranquila. Voy a llevarte a la trastienda y te daré algo fresco de beber.

—Me daba mucho miedo venir. Tenía mucho miedo.

—Eso hace que me sienta aún más orgullosa. —Crystal le brindó una deslumbrante sonrisa a Viola y condujo a Jolene a la trastienda.

—Dottie, empieza a enjabonar ya. El espectáculo ha terminado.

Shelby se volvió de inmediato hacia su abuela.

—Abuela, ¿qué ha pasado en casa de Griff?

—Lo que he dicho. Alguien entró en su casa. Dice... Lo que me ha llegado es que dice —se corrigió— que entraron en su ordenador portátil. Es todo lo que sé. Tendrás que preguntarle a él.

—Lo haré. Tengo que ir a por estos pedidos para el almuerzo. —Miró hacia la trastienda—. Algunas hemos tenido que sufrir un duro revés para volver. Sé lo que es eso. Esto podría ser obra de Melody.

—Es una caprichosa, y seguramente lo sea siempre. Pero respeto una disculpa bien hecha. Vete ya, o esos clientes nos pedirán a gritos sus pedidos para almorzar. Debería pensar en poner una pequeña cafetería.

Aquello no habría sorprendido lo más mínimo a Shelby. Pero, por el momento, se fue a toda prisa.

Quería llamar a Griff, pero no podía perder tiempo mientras corría hasta el Sid y Sadie, recogía los pedidos y se desviaba a la pizzería para hacer lo mismo. Cargada, emprendió el regreso al salón a toda prisa.

Y casi se estampó contra un hombre que miraba con atención un mapa de la zona.

—¡Lo siento! No miraba por dónde iba.

Él le brindó una sonrisa.

—Yo tampoco. Tiene usted muy buen apetito.

Shelby tardó un poco en pillarlo, y entonces se echó a reír.

—Servicio de entrega.

—Entonces debe de conocer la región.

—Nací y me crié aquí, así que sí, la conozco. ¿Se ha perdido?

—No exactamente. Estoy visitando la región durante unos días. Quería probar la ruta Rendezvous, ver la cascada Miller, el mirador Bonnie Jean y el arroyo Dob. He venido al pueblo con la idea de comprar comida para llevar y no encuentro el camino de vuelta.

—Puedo echarle una mano. —Se volvió para mirar el mapa—. Siga esta calle en la que estamos hasta salir del pueblo, pase de largo el gran hotel y gire a la izquierda en el cruce. ¿Lo ve?

—Sí. —Bajó la mirada y asintió despacio—. De acuerdo.

Shelby le aconsejó y le sugirió el Sid y Sadie si deseaba comida para llevar.

—Se lo agradezco de veras.

—No hay de qué, y disfrute de su estancia aquí en las montañas.

—Lo haré.

Cuando ella se fue con paso apresurado de nuevo, el hombre dobló el mapa y se lo guardó en el bolsillo junto con las llaves que le había robado del bolso de forma limpia.

TERCERA PARTE

Lo real

Aquellos que no demuestran su amor no aman.

WILLIAM SHAKESPEARE

Al final del día, Shelby sacó todo lo que llevaba en el bolso por segunda vez.

—Juro que estaban aquí. Siempre las meto en este bolsillo para no tener que andar buscándolas.

—Crystal ha vuelto a mirar en la trastienda —le dijo Viola mientras ella misma buscaba bajo las mesas para manicura y en torno a los sillones de pedicura—. Deberías ir a mirar de nuevo en el monovolumen. Puede que se te hayan caído esta mañana.

—Vale, lo haré. Pero recuerdo haberlas metido en el bolsillo esta mañana. Aunque siempre lo hago, así que a lo mejor es un recuerdo de otro momento.

—Llamaré otra vez a Sid y a la pizzería. Llevabas tantas bolsas que se te podrían haber salido mientras las cogías todas.

—Gracias, abuela. Tengo otro juego del monovolumen en casa, pero me preocupa haber perdido ese. Llevaba las llaves del monovolumen, de casa de mamá, del bar y del salón. Si no aparecen, todo el mundo tendrá que cambiar la cerradura. No sé cómo puedo haber sido tan descuidada.

Se apartó el pelo cuando sonó el teléfono del mostrador sobre el que estaban todas sus cosas.

—Es la pizzería. Hola, soy Shelby. ¿Habéis...? ¡Oh, gracias! Sí voy corriendo a por ellas. Muchísimas gracias.

—Ya puedes dejar de preocuparte por que la gente tenga que cambiar la cerradura —adujo Viola.

—Menudo alivio. —Y con él, se aflojó la tenaza en torno a su pecho—. Debieron de caérseme cuando recogí el almuerzo, tal y como has dicho. Johnny ha explicado que uno de los camareros las encontró debajo del mostrador principal. Supongo que se me cayeron y acabaron debajo sin que nadie se diera cuenta. Siento todas estas molestias.

—No te preocupes. Avisaré a las chicas.

—Voy a llegar tarde a recoger a Callie. —Shelby lo metió todo de nuevo en el bolso. Ya lo colocaría más tarde—. Mañana me quedo con Jackson..., ¿te lo había dicho? Así Clay tendrá todo el día para ir a ver a Gilly y al recién nacido y preparar la casa para cuando regresen. Me ha comentado que a Jackson no le vendría mal un corte de pelo, así que me traeré a Callie y a él, si te parece bien.

—Me encanta ver a mis chiquitines. Ven cuando quieras. Les haremos un hueco... y, si hay tiempo, a lo mejor le hago a Callie la manicura de princesa.

—Entonces, nos vemos mañana. —Le dio a Viola un beso en la mejilla y se fue corriendo una vez más.

Recogió a Callie y luego, como sabía que sus padres estaban teniendo una cita (lo cual le pareció una cosa de lo más tierna), decidió ir a casa de Griff. Seguía un impulso. Callie podría jugar con el cachorro un ratito, mientras Griff le contaba los detalles del incidente que había tenido.

Hasta que tomó el camino de entrada no se le ocurrió que debería haberle enviado un mensaje o llamado antes. Las visitas sorpresa eran arriesgadas y entrañaban una potencial falta de respeto.

No podía cambiar de parecer, no con Callie tan emocionada, pero cuando se detuvo junto a la camioneta de Griff ya llevaba una disculpa preparada.

Estaba fuera con el perro y se volvió y esbozó una amplia sonrisa mientras Snickers corría hacia el monovolumen.

—Esto sí que es ser oportuna. Acabo de llegar a casa.

Shelby sacó a Callie del coche y, en cuanto la dejó en el suelo, la pequeña se sentó para abrazar al perro, que meneaba el rabo como loco.

—Hola. He descendido al segundo puesto muy rápido. —Griff se acuclilló—. ¿No hay nada para mí?

—Griff. —Callie alzó los brazos con una sonrisa coqueta. Luego le besó la mejilla, rió y le frotó la incipiente barba—. Pica.

—No sabía que venían dos guapas mujeres.

—Debería haberte llamado. Pasarme sin avisar es una impertinencia.

—Sé impertinente. —Con Callie a la cadera, se arrimó antes de que Shelby pudiera pensar en esquivarle y la besó—. Cuando quieras.

—Shrek besa a Fiona y luego ella es la Fiona de verdad.

—Así es. ¿Eres la de verdad, pelirroja?

—Lo era la última vez que miré. ¿Qué tal el día con él? —Un poco nerviosa, se agachó para dedicarle su atención a Snickers.

—No ha estado mal. Ha llevado bien el trabajo. Hemos terminado.

—¿Terminado? —Levantó la vista mientras el cachorro la lamía por todas las partes que podía alcanzar—. ¿En casa de mi madre? Ay, Dios mío, se va a volver loca. Mi padre iba a recogerla al salón para ir directamente a Gatlinburg a ver a Gilly y al bebé, y luego se la llevaba a cenar y al cine. No sabe que habéis terminado.

—Lo sabrá en cuanto llegue a casa. —Dejó a Callie en el suelo—. Hazme un favor, pelirrojita. Corretea un poco con Snickers. Necesita hacer ejercicio.

—¡Vamos, Snickers! Tienes que hacer *ercicio*.

—Estoy pensando en una birra fría. ¿Quieres entrar?

—Mejor no, pero ve tú. Te la has ganado por trabajar hasta tan tarde para terminar ese baño.

Griff pensó en el viaje a Gatlinburg, en el anillo. Pero había jurado no decir nada hasta que todo estuviera hecho.

—Ah, bueno...

—Solo me he pasado un minuto para darle a Callie una sorpresa y preguntarte qué pasó anoche. He oído algo en el salón.

—Por aquí no corren las noticias, sino que vuelan, y todo el tiempo. No sabría decirte. —Miró hacia la casa y descubrió que la ira aún estaba a punto de estallar—. Alguien entró en la casa y se descargó mis archivos del portátil.

—¿Por qué narices...? Oh, seguro que te ocupas de tus operaciones bancarias y de todo eso por internet.

—Acertaste. Todo está bien. Lo he cambiado todo, es seguro. Pero resulta extraño. Es más fácil entrar durante el día y arramplar con todo lo que hay en la puñetera casa. Pero ¿colarse de noche con una linterna? Es extraño. Sin embargo me he convencido a mí mismo para poner un sistema de seguridad de verdad. Además del feroz y letal perro guardián.

Shelby miró a Snickers, que tropezó y rodó por el suelo.

—Sí que lo es. Seguramente sea bueno contar con uno aquí, aunque no tengamos demasiados problemas. Salvo los que hemos tenido últimamente, ¿verdad? A veces me da

la sensación de que me he traído los problemas conmigo.

—No.

Shelby trató de quitárselo de la cabeza.

—Vete a por esa birra. Voy a dejar que Callie queme algo de energía con Snickers, si te parece bien, y luego tengo que llevarla a casa y darle de cenar.

—Podemos preparar algo aquí.

—Me encantaría, y a Callie también, pero aún tengo una docena de cosas pendientes. Y ya voy con retraso porque he perdido las llaves y me he pasado casi una hora buscándolas.

—Las pusiste en ese bolsillo lateral del bolso.

Shelby enarcó las cejas.

—Eres muy observador.

—Lo haces siempre.

—Bueno, supongo que se me pasó, ya que acabaron debajo del mostrador de la pizzería. No sé cómo llegaron ahí. Lo que sí sé es que no las he sacado cuando he estado allí, pero ahí es donde estaban.

—¿Has llevado el bolso contigo todo el día?

—Por supuesto... Bueno, no encima —se corrigió—. No puedo cargar con él mientras trabajo.

—Vamos a mirar en tu ordenador.

—¿Qué? ¿Por qué? —Estuvo a punto de echarse a reír, pero un repentino nerviosismo se lo impidió—. ¿No pensarás que alguien me ha robado las llaves del bolso y luego las ha dejado debajo del mostrador de la pizzería?

—Vamos a echar un vistazo a tu portátil, anda. Seguramente no sea nada. Callie puede corretear por el jardín con Snickers. Compraré algo para cenar.

—Iba a hacer algo con el jamón que sobró de la cena del domingo y a acompañarlo con puré de patata y judías blancas.

—¿En serio? Me apunto si hay suficiente.

—Siempre hay suficiente. —Una cocinera lista sabía cómo asegurarse de que fuera así y ella disfrutaba de su compañía. Pero...—. ¿No creerás de verdad que alguien me robó las llaves? Es una locura.

—Lo comprobaremos.

Porque, tanto si era una locura como si no, sí que lo creía.

Griff cerró con llave primero, aunque no servía para mucho, y luego la siguió por las tortuosas carreteras secundarias, lanzándole una mirada con los ojos entrecerrados al roble cuando doblaron la curva.

Pensó en Matt y se preguntó si su amigo lo había hecho ya. Concluyó que no, ya que en cuanto lo hiciera, sin duda Shelby recibiría una llamada o un mensaje de Emma Kate.

Esperaba que fuera pronto. Era capaz de guardar un secreto, pero le hacía sentirse inquieto.

Echó un vistazo a Snickers, que iba como cualquier perro que se preciase, asomando la cabeza por la ventanilla y con la lengua colgando tan alegremente. En lo que a impulsos se refería, el perro era uno de los buenos.

No llevó mucho tiempo acomodar a Callie en el jardín trasero. Aquello era el paraíso, con su hija para su muy querida máquina de hacer pompas, un cachorro y el viejo perro de la familia.

—Fíjate en Clancy, correteando como un cachorro. Creo que Snickers le ha quitado cinco años de encima con su visita.

—A la señora le quedan todavía otros dos cachorros por vender.

—Creo que con uno me basta y me sobra ahora mismo. Voy a por mi ordenador para que puedas relajarte. ¿Te traigo esa birra antes?

—Yo iré a por ella.

Mientras esperaba, Griff se planteó las posibilidades. Si el portátil de Shelby se había visto comprometido igual que el suyo podía significar que había una especie de ciberladrón merodeando por las montañas. Eso podría tener mucha lógica.

Pero le resultaba extraño que los ordenadores de ambos fueran sus objetivos, y además de forma consecutiva. A su parecer, eso indicaba algo más personal, más directo.

Dejó que surgieran las posibilidades en su cabeza mientras estaba de pie en la puerta de la cocina, observando a los dos perros jugar al tira y afloja con el juguete casero que había improvisado mientras Callie danzaba alrededor de ellos en medio de una cascada de pompas.

Mudarse a Rendezvous Ridge no había sido un acto impulsivo como lo del cachorro. Se lo había pensado con sumo cuidado y detenimiento, había ponderado todas las perspectivas, los pros y los contras. Pero la decisión, igual que con el cachorro, había sido la correcta.

Se vivía bien allí. Era más tranquilo que Baltimore, pero le gustaba la tranquilidad. Había algún que otro choque cultural, pero sabía adaptarse y amoldarse.

Y además, ¿acaso no era interesante... o providencial... que unos meses después de haberse establecido allí, Shelby hubiera vuelto a casa? Tal vez podría convertir «serendipia» en la palabra de moda.

—¡Oh, Griffin!

—¿Qué? —Se volvió como un rayo—. ¿Alguien ha entrado también en tu ordenador?

—No lo sé. No he mirado. El baño privado —dijo con una sonrisa deslumbrante—. Es una maravilla, es precioso. Sabía que lo sería. Lo he visto avanzar, pero terminado es... Voy a llevar encima una caja de pañuelos de papel llena porque mi madre llorará a moco tendido de alegría y de placer cuando lo vea. Es simplemente perfecto, justo lo que ella quería. Y lo has dejado limpio como los chorros del oro.

—Forma parte del servicio.

—Incluso has puesto flores.

—También forma parte del servicio para clientes excepcionales.

—Tu excepcional clienta va a llorar de felicidad y a darse un baño de espuma en esa gran bañera en cuanto llegue a casa. Cuando pueda permitirme una casa, te contrato.

—Te incluiré en la lista. Vamos a echarle un vistazo a eso.

—De acuerdo.

Shelby dejó el portátil en la encimera y lo abrió.

—¿Has subido o descargado alguna cosa hoy?

—Clay me ha enviado por email otro par de fotos del bebé esta mañana, pero eso es todo.

—Veamos. —Pulsó unas teclas y abrió primero el historial—. ¿Has abierto alguno de estos documentos, has visitado algunas de estas páginas esta tarde?

—No. —Alzó una mano y se frotó la garganta—. No, no he tocado nada desde esta mañana, y entonces solo miré el correo.

—Shelby, alguien se ha dedicado a visitar estas páginas y a entrar en estos documentos. Y, además, aquí puedes ver que han introducido los datos en otro dispositivo. Los han copiado en otro dispositivo.

—Igual que con los tuyos.

—Sí, igual. —La furia avivaba aquellos inteligentes ojos verdes—. Deberías llamar a tu hermano.

—Sí. Dios mío. ¿Lo harías tú por mí? Yo necesito ver si... Tengo que comprobar mi cuenta bancaria.

—Hazlo ahora. Ya llamo yo. —Retrocedió y llamó a Forrest.

—Todo sigue ahí. —Le temblaba la voz a causa del alivio—. Todo sigue ahí.

—Forrest viene hacia aquí. Te conviene cambiar las contraseñas. Pero...

Shelby, que estaba haciendo justo eso, levantó la mirada.

—Pero ¿qué?

—Me parece que si alguien fuera a robarte el dinero de la cuenta, ya lo habría hecho. Yo cambié las mías minutos después de que quienquiera que fuese entrara en mi ordenador, pero ha tenido horas para limpiarte a ti, si esa era la razón.

—¿Qué otra razón habría?

—Puede que conseguir información. Emails, cuentas, páginas que frecuentas, agendas. La mayor parte de mi vida está en mi ordenador. Tenemos una... relación tú y yo, ¿no?

—Yo... supongo que sí. —Resultaba extraño decirlo en voz alta.

—Y han entrado en el ordenador de los dos con unas doce horas de diferencia. A lo mejor deberías echar un vistazo a tu habitación y comprobar si hay algo fuera de su sitio o te falta alguna cosa. Yo vigilo a Callie.

Shelby asintió, y salió disparada a hacerlo.

Griff miró de nuevo por la puerta trasera. Todo estaba bien en ese universo. Una preciosa niña, pompas arcoíris y un par de perros felices, todo ello con las montañas verdes y cubiertas de nubes como telón de fondo.

Llevó algo de tiempo: Shelby quería ser concienzuda. Pero no encontró nada fuera de sitio.

—Nada. —Volvió a entrar y esperó a que Griff, situado junto a la puerta, se diera la vuelta—. Todo está como debe estar. Pero he comprobado el ordenador del despacho de mi padre y creo que también han entrado en él. No parece que se hayan llevado nada, pero han realizado búsquedas en él cuando sé que no había nadie en casa.

—Vale. ¿Por qué no te sientas un momento?

—Tengo que preparar la cena. Callie necesita comer.

—¿Te apetece una birra?

Shelby negó con la cabeza, y exhaló un suspiro a continuación.

—No me importaría una copa de vino. Tengo los nervios de punta. No te imaginas lo harta que estoy de estar siempre de los nervios.

—No se te nota. ¿Te parece bien este? —Cogió una botella de tinto de la encimera con un tapón de cristal azul.

—Me parece bien.

—Yo lo haré.

Cogió una copa mientras ella sacaba unas patatas para pelarlas.

—Has dicho que era algo más personal. —Dejó que se calmara con esa cotidiana tarea y procuró pensar de manera objetiva—. La primera persona en la que he pensado es Melody, pero, para serte sincera, no me la imagino haciendo algo así. Es demasiado complicado.

—No es Melody. Ella opta por la violencia y el vandalismo.

Shelby peló una patata con rapidez.

—Estás pensando en el asesino, pero eso es un acto violento. Todo lo violento que puede ser.

—Estoy pensando en las conexiones, y en cómo encaja una cosa con otra.

—Richard. —Sus manos pararon un breve instante mientras levantaba la vista—. Richard ha sido la raíz de casi todos los problemas que yo he tenido, y yo soy la causa del que has tenido tú.

—Tú no, pelirroja.

—Sí, yo —le corrigió—. No estoy asumiendo la culpa. Me paso mucho tiempo echándome la culpa de cosas que no he hecho, cosas que no podía impedir, pero los hechos son los hechos. Conexiones —repitió, y empezó con la siguiente patata.

—Vale. Si analizamos las conexiones... —Griff se interrumpió cuando oyó abrirse la puerta principal—. Será Forrest. Dejémosle esto al profesional.

—Nada me alegraría más que hacer justo eso.

Forrest entró y cogió una cerveza de la nevera.

—Contadme.

—Alguien me cogió las llaves y las ha usado para entrar en la casa, y luego se ha metido en mi portátil igual que se metió en el de Griff. No he visto que se hayan llevado nada más, y eso que tenía algo de dinero, solo un poco, guardado en el cajón de arriba de mi cómoda.

—Que es el primer lugar en el que miraría un ladrón. Cámbialo de sitio. La caja de los tampones es un lugar bastante seguro.

—Lo tendré en cuenta, pero es evidente que no buscaban dinero, ni objetos de valor.

—La información es valiosa. ¿Dónde tenías las llaves?

—En mi bolso.

—Vamos, Shelby, no me seas gilipollas.

—Vale, vale. —Tomó aire y cogió su copa de vino. Se tranquilizó un poco y se puso de nuevo a pelar patatas mientras relataba la búsqueda de las llaves—. Sé que las tenía cuando he ido a ensayar. Las he quitado del contacto. He utilizado la llave que Derrick me dio para que pueda ensayar temprano a veces, antes de que llegue nadie. Eso es lo que he hecho hoy. He entrado y he salido antes de que llegara nadie, así que he cerrado de nuevo con ella al marcharme y me las he guardado en el bolsillo del bolso, como siempre. Siempre las meto ahí. No soy descuidada.

—Nunca lo ha sido. Siempre ha sido una persona organizada —le dijo Forrest a Griff—. Puede que te que resulte inexplicable que ponga algo donde lo pone, pero ella sabe dónde lo pone.

—Ahorra tiempo. He ido al salón y he dejado el bolso detrás del mostrador. Ninguna de las personas que trabajan allí cogería mis llaves, Forrest. Conozco a todas las chicas y, ahora, a casi todos los clientes. Me refiero a los habituales. Tenemos turistas, pero sería casi imposible que uno de ellos se metiera tras el mostrador, hurgara en mi bolso y saliera con mis llaves sin que nadie se diera cuenta. Hoy no hemos tenido demasiado jaleo.

—Entonces ¿estuvo ahí, detrás del mostrador, hasta que lo cogiste otra vez para

marcharte a casa y no encontraste las llaves?

—Sí. Es decir, no. Lo llevaba cuando he ido a recoger los pedidos del almuerzo. Así que lo tenía conmigo cuando he ido al Sid y Sadie y luego a la pizzería, donde de alguna forma ha acabado debajo del mostrador. Simplemente he imaginado que se me habían caído.

—Que es lo que se suponía que debías pensar, y lo que habrías seguido pensando si nuestro ayudante voluntario no hubiera estado alerta.

—No ha sido difícil de imaginar —medió Griff.

—Yo no lo habría hecho —le corrigió Shelby—. No le habría dado mayor importancia.

—¿Has tropezado con alguien o ha tropezado alguien contigo mientras recogías los pedidos? —le preguntó Forrest.

—No. —Con el ceño fruncido, repasó el camino realizado, tal y como había hecho una y otra vez mientras buscaba las llaves—. He ido a los locales a por los pedidos justo después de la hora punta porque Jolene ha venido a disculparse y eso ha llevado un rato. Supongo que alguien podría haberme metido la mano en el bolso, pero creo que me habría dado cuenta. Casi he chocado con una persona —recordó—. Volvía a toda prisa porque iba con retraso y casi choco con un hombre que buscaba el mejor camino de subida a la ruta Rendezvous.

—Mmm-hum. ¿Te ha preguntado por eso, te ha pedido que le indicaras?

—Sí. Estaba de visita en la zona y quería... —Cerró los ojos—. Ay, Dios mío, soy idiota. Sí, me ha pedido que le indicara, y le he señalado en el mapa y tenía las manos ocupadas con las bolsas del almuerzo. He entrado en el salón justo después de eso, he dejado los pedidos, he guardado el bolso y me he puesto a repartirlos. Es el único momento en que alguien ha podido acceder a mi bolso. Cuando colgaba de mi puñetero hombro.

—¿Qué aspecto tenía? —le urgió Griff, y luego miró a Forrest—. Lo siento.

—No hay por qué. Esa es la siguiente pregunta.

—Era alto. He tenido que alzar la cabeza. Ah... Dame un segundo. —Llevó las patatas al fregadero, las lavó, las dejó sobre la tabla de cortar y las partió en cuatro—. Caucásico, puede que de unos cuarenta y tantos años. Llevaba gafas de sol. Yo también; hacía sol. Llevaba puesta una gorra de béisbol.

—¿Color? ¿Algún logotipo?

—Creo que era de color tostado. No recuerdo si llevaba un logotipo o alguna otra cosa. Tenía el pelo oscuro; no negro, sino castaño oscuro, y largo. Se le rizaba por encima de las orejas. Algunas canas en el bigote y la barba. Una barba corta y muy cuidada. Parecía... un profesor de universidad que jugaba al fútbol americano.

—Entonces, ¿un tipo grande?

—Sí. Grande y fornido. Ni gordo ni fofo.

Puso las patatas a cocer.

Forrest sacó su teléfono mientras asentía y buscó algo.

—¿Qué me dices de esto?

Shelby miró la foto de James Harlow en el teléfono.

—No, era un poco mayor que este.

—¿Barba entrecana?

—Eso y que... Tenía ese aspecto de profesor.

—Echa otro vistazo e intenta imaginártelo con barba y el pelo más largo. Haz una especie de Wooly Willy.

—Tenía uno de esos —comentó Griff y estudió la imagen mirando desde detrás de Shelby.

—No... Tenía las cejas más gruesas..., oscuras como el pelo y... Ay, Dios mío, soy idiota.

—Me encanta llamar idiota a mi hermana en cualquier momento, es parte de mi trabajo. Pero en este caso no lo eres.

—He estado hablando en la acera con Jimmy Harlow, tan cerca como lo estoy de ti ahora, y ni siquiera se me ha pasado por la cabeza: no he tenido ninguna corazonada. Ni cuando me estaba robando las llaves del bolso.

—Se dedica a esto —le recordó Forrest—. Ha cambiado su aspecto y te ha pillado cuando estabas distraída. Te ha hecho una pregunta muy habitual. Ha hecho que te acercaras al mapa para poder meterte la mano en el bolso y, cuando ha terminado con las llaves, se ha asegurado de que las encontraras en un lugar lógico. Lo habrías achacado a las prisas y a un descuido y no habrías mirado en el ordenador.

—¿Qué quería? ¿Qué estaba buscando?

Forrest miró a Griff con una ceja enarcada.

—¿Tú que crees, tío?

—Creo que pretendía comprobar si entre nosotros tenemos millones de dólares ocultos o si sabemos dónde encontrarlos.

—¿Por qué tú? —inquirió Shelby—. Entiendo que piense que yo pueda saberlo. Incluso que crea que tengo que saberlo.

—Hemos pasado mucho tiempo juntos desde que regresaste aquí.

—Sé que te acuestas con mi hermana —comentó Forrest—. No me vengas con eufemismos. Volviste a Rendezvous y no has tardado en liarte con este, que se mudó aquí hace unos meses —le dijo a Shelby—. Cualquiera que os vea, sobre todo si vive de estafar, se preguntaría si no estabais juntos desde antes.

—Mató a Melinda Warren, así que ahora solo queda él —reflexionó Griff—. Se lo quedaría todo, pero antes tiene que encontrar las joyas y los sellos. Tú eres su único vínculo con ellos, pelirroja.

—No sé dónde están, ni si Richard los vendió y se gastó el dinero, lo enterró o abrió una cuenta en un banco suizo. Y el tal Jimmy Harlow no habrá descubierto lo contrario en mi ordenador. Ni en el tuyo, Griffin.

—Esperemos que le baste con eso, pero no demos nada por descartado —repuso Forrest—. Voy a llamar a sheriff y a informarle de todo esto. ¿Qué hay de cena?

—Jamón, puré de patata y judías blancas.

—Suena bien. ¿Es tuyo el perro que hay fuera, Griff? ¿Es el cachorro que le compraste a Rachel Bell de buenas a primeras?

—Sí. Se llama Snickers.

—Está empezando a escarbar en las espuelas de caballero de mamá. Os despellejará vivos a los dos por ello.

—Oh, mierda. —Griff salió disparado, llamando al perro.

Forrest esbozó una amplia sonrisa, apoyándose contra la encimera.

—No me hace demasiada gracia pensar en que mi hermana tiene relaciones sexuales.

—Pues te aconsejo que no pienses en ello.

—Hago todo lo que puedo. A veces lleva su tiempo congeniar con algunas personas, y luego trabas amistad, o tal vez no —prosiguió—. Con otras, a veces sucede sin

más, como si pensaras: «Oye, me acuerdo de ti». Quién coño sabe de qué, pero sucede. ¿Sabes de qué hablo?

—Creo que sí.

—Con Griff sucedió. Tardé un tiempo con Matt, pero creo que lo hemos conseguido. Ha sido Griff el que ha reducido el tiempo de espera. —Después de coger el móvil sujeto a la cintura, Forrest marcó un número—. Lo que digo es que es mi amigo, un buen amigo, y sabiendo la clase de hombre que es, añado que es lo que te mereces, a diferencia del último —declaró—. Sí, sheriff, espero no interrumpir su cena —comenzó Forrest y se alejó mientras informaba.

Después de la cena, que salió bien a pesar de que no había estado concentrada en cocinar, hizo que Griff saliera con Callie a perseguir luciérnagas. El amarillo parpadeo de las más tempraneras brillaba en la oscuridad, preparando el camino para la multitud que iluminaría las montañas y los bosques en junio.

El verano se acercaba y el invierno de nieves en el norte se desvanecía hasta volverse lejano y casi de otro mundo. Algo que terminaba cuando acababa de empezar.

Pensó en lo mucho que deseaba que se terminara, pero a pesar de las luciérnagas, del fragante jardín de hadas y del exuberante verdor de las montañas, algo frío la había seguido hasta su casa. Tal vez su hija estuviera bailando a oscuras en el jardín, a salvo bajo la atenta mirada del hombre con el que tenía una... relación. Su hermano habría salido ya a buscar ese algo frío. De modo que estaba allí, como una sombra que la acosaba, y no podía fingir lo contrario.

Se había largado en busca de aventuras, de amor, de un futuro emocionante, y había tenido que volver a casa desilusionada y llena de deudas. Pero había más cosas, y peores, y tendría que hacer frente también a eso.

Ojalá tuviera los puñeteros millones. Los envolvería en papel de regalo, les pondría un lazo y se los entregaría a Jimmy Harlow sin el menor remordimiento.

Desaparece, pensó. Déjame en paz para que retome las riendas de una vida que ya puedo imaginarme.

No se le ocurría qué podía haber hecho Richard con todas esas joyas y sellos, ni con el dinero que habría obtenido por ellos si los había liquidado. ¿Cómo iba a saberlo si nunca supo de su existencia? Richard había llevado puesto un disfraz durante todo su matrimonio, igual que Jimmy Harlow esa tarde.

No había sido capaz de ver más allá de eso. Tal vez una sombra, una silueta aquí y allá, pero nunca al hombre de verdad.

Por fin sabía lo que Richard había visto cuando la miraba. A una ingenua; una pardilla, que era como llamaban a las personas como ella. Algo útil, quizá valioso durante un tiempo y, una vez utilizado, una vez que el valor mermaba, algo que se podía desechar sin miramientos.

Estaba saldando la deuda a base de trabajo, ¿no? Había asumido el control, había tomado cartas en el asunto. Había buscado un modo de asumir el control, de actuar con respecto a lo que estaba ocurriendo.

No viviría atormentada por los actos de un hombre que la había utilizado, que le había mentido y que había sido un extraño para ella.

Guardó los últimos platos y decidió que, joder, sí, se tomaría otra copa de vino. Le concedería otro ratito a Callie antes de bañarla y acostarla, un ratito más para bailar con las

estrellas. Y al día siguiente se esforzaría para librar su vida del pasado, de todo el pasado, de una vez por todas.

Se sirvió el vino, pero le sonó el móvil cuando se dirigía a la puerta.

Lo sacó y leyó el mensaje de texto de Emma Kate.

¡Me caso! ¡Madre mía! No sabía que quería casarme hasta que me lo ha pedido. Tengo un anillo en el dedo y soy más feliz que una perdiz. Tengo que hablar contigo mañana; ahora estoy demasiado ocupada. Te envió esto desde el baño antes de ponerme de nuevo manos a la obra. ¡Ay, Dios mío y Madre del Amor Hermoso! Me caso. Tengo que irme.

Shelby lo leyó una segunda vez y notó que su sonrisa se ensanchaba y se hacía más deslumbrante. Su mejor amiga también estaba bailando bajo las estrellas.

¡Me alegro muchísimo por ti! Estoy loca de contenta por ti. Sigue ocupada; te envidio porque no sé cuándo volveré a estar ocupada otra vez. Hablamos mañana. Quiero todos los detalles. Te quiero. Dile a Matt que es el hombre más afortunado del mundo.

Envió el mensaje y luego salió para bailar un poco ella también.

Quedó con Emma Kate en el parque. De ese modo dejaría que Callie y Jackson jugaran.

—El doctor me ha dado una hora, bendito sea. Sabía cuánto deseaba hablar contigo. ¡Mira!

Emma Kate estiró la mano, y el diamante de talla princesa resplandeció bajo el sol.

—Es precioso. Es perfecto.

—Quiso que tuviera montura de canal... ¿Ves que algunos están incrustados en vez de sobresalir?

—Sí. Me encanta, Emma Kate.

—Me dijo que lo hizo así para que no se me enganchara con nada, ni siquiera al trabajar con los pacientes. Me encanta que tuviera eso en cuenta. Y sabía mi talla exacta, además. Hizo una plantilla con uno de mis anillos. Fue idea de Griff.

—Me enteré de algo cuando se lo dije a Griff después de recibir tu mensaje. No me insinuó lo más mínimo de que hubiera acompañado a Matt a comprarte el anillo.

—Matt dice que Griff es una tumba cuando le pides que lo sea.

—Quiero oírlo todo. Ups, espera. —Se acercó corriendo a Jackson, que había sufrido una pequeña caída. Después de sacudirle el polvo y darle un beso en la rodilla, sacó uno de los camiones que llevaba en el bolso para que el pequeño pudiera jugar con él en el arenero—. Estará tranquilo un rato. A Callie le gusta ser una mandona con él, pero es lo que pasa cuando eres la mayor.

—Hablamos de hijos, de tenerlos. Queremos esperar un poco, uno o dos años más... Dios mío, casada y con hijos. —Se llevó las dos manos al corazón mientras sacudía los hombros por el ataque de risa—. No me lo puedo creer.

—Pero lo deseas.

—Con Matt, sí. Ayer me envió un mensaje diciéndome que tenía que trabajar hasta tarde, pero que se pasaría a comprar algo para cenar. También trajo vino y flores. Supongo que debería haberme imaginado que pasaba algo, pero era muy agradable pensar que ninguno de los dos tendría que preparar nada y que podíamos disfrutar de una buena botella de vino y poner flores en la mesa. Yo no paraba de parlotear acerca de que tenía que ir al salón y hacerme algo con el pelo y él me dijo que era preciosa. Que toda yo era hermosa. Creí que solo quería sexo.

—¡Emma Kate!

—No es que no me lo diga nunca, pero era el modo de hacerlo. Yo estaba pensando que había tenido un día larguísimo, pero que era estupendo no tener que pensar en cocinar, y me sentía bien tras un par de copas de vino. De modo que a lo mejor habría sexo. —Se llevó la mano al corazón otra vez y exhaló un suspiro—. Es obvio que lo hubo, pero antes... Antes me asió la mano y me miró fijamente. Shelby, ya llevamos juntos casi tres años, pero te juro que el corazón me dio un vuelco. Lo hizo, y me dio otro vuelco cuando me dijo que me quería. Que hacía que toda su vida tuviera sentido, y que lo único que deseaba era estar conmigo, tener una vida conmigo. Hasta hincó una rodilla en el suelo.

—Qué dulce. Emma Kate, has vivido un cuento de hadas.

—Eso es lo que parece ahora mismo, y nunca esperé hacerlo, ni tampoco que me sentiría como me sentí cuando sacó ese anillo.

—Dime qué te dijo. ¿Cómo te lo pidió?

—Dijo..., solo dijo lo siguiente: «Cásate conmigo, Emma Kate. Pasa la vida conmigo. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y se le quebró la voz—. Construye una vida conmigo».

—Oh. —Shelby sacó unos pañuelos de papel para las dos—. Es simplemente perfecto.

—Lo sé. Simplemente perfecto. Así que le dije que sí. «Sí, me casaré contigo. Sí, pasaré la vida contigo. Sí, construiré una vida contigo.» Y me puso el anillo y me quedaba bien. Empecé a llorar porque era muy feliz, igual que ahora mismo. —Emma Kate suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de Shelby—. Quería hablar contigo anoche, pero...

—Estabas ocupada.

—Muy, muy ocupada.

Callie se acercó y le dio unas palmaditas en las húmedas mejillas a Emma Kate con las dos manos.

—¿Lágrimas de felicidad?

—Sí que lo son, cielo. Lágrimas muy, muy felices. Voy a casarme con Matt, y eso me hace muy feliz.

—Yo voy a casarme con Griff.

—¿De veras?

—Ajá. Le quiero.

—Sé bien cómo te sientes. —Abrazó a Callie, meciéndose de un lado a otro—. Lo sé muy bien. ¿Sabes qué, Callie? Creo que deberías ser mi damita de honor.

Callie puso los ojos como platos.

—¡Mamá! —dijo, con un suspiro reverencial.

Temiendo que se pusiera a llorar otra vez, Shelby sentó a Jackson y su camión con arena en su regazo.

—Dios mío, Callie, es un grandísimo honor. Nunca has sido la damita de honor.

—Yo nunca he sido la novia, así que es perfecto —decidió Emma Kate.

—¿Puedo llevar un vestido nuevo y unos zapatos brillantes?

—Las dos vamos a llevar un vestido nuevo y zapatos brillantes. Y tu mamá también. Tú serás mi dama de honor, ¿verdad, Shelby?

—Sabes que sí. —Más feliz de lo que podía expresar con palabras, Shelby abrazó a Emma Kate, con los niños entre las dos—. Sabes que sí. Y celebraré la mejor despedida de soltera que se haya visto en todo el estado de Tennessee..., como la que planeamos cuando éramos pequeñas. ¿Has elegido la fecha?

—Si mi madre se saliera con la suya, sería mañana, o dentro de dos años a partir de mañana para poder volverme loca mientras ella idea un plan para celebrar la boda en la mansión del gobernador, como mínimo.

—Eres su única hija. —Igual que ella lo era de su madre, pensó Shelby con una punzada de remordimiento—. Es normal que una madre se sienta emocionada con la boda de su única hija.

—Mi madre ya nació emocionada. Ya habla de vestidos, colores, lugares donde celebrar el acontecimiento y listas de invitados. Matt y yo hablamos de celebrar una boda pequeña y civilizada en otoño; pero ahora que mi madre tiene el bocado entre los dientes, nos hemos resignado a una gran boda que se celebrará en el mes de abril. Así que seré una

novia de primavera.

—¿Qué hay más bonito que eso? Oh, celebremos una fiesta de compromiso, Emma Kate. A todo el mundo le gustan las fiestas.

—Quiero fiesta —metió baza Callie.

—Pues claro que sí. Tú quieres fiesta, ¿verdad, Jackson?

—¿Me harán regalos?

—No hay fiesta sin regalos.

—Mi madre se te ha adelantado. No he conseguido que se conformara con una barbacoa en el jardín. Quiere una fiesta elegante, así que ya está peleando para utilizar el hotel. Voy a dejar que se salga con la suya porque yo me voy a salir con la mía en todo lo demás. Soy tajante al respecto. Y cuento contigo para que me ayudes a tenerla a raya.

—Soy la chica que necesitas. ¿Queréis que os columpiemos? —les preguntó a los niños.

—¡Quiero subir muy alto!

Callie fue derecha al columpio.

—No tiene sentido columpiarse si no subes alto. —Shelby se cargó a Jackson a la cadera—. Vamos a columpiarlos y, mientras tanto, podemos hablar de vestidos, futura novia.

—Ese es uno de mis temas de conversación preferidos en la actualidad.

Shelby no le contó a Emma Kate ni lo de las llaves ni lo del ordenador. No quería echar a perder la alegría del momento. Pero no paró de darle vueltas al asunto.

Se sentó con su ordenador en cuanto dio de comer a los niños y los acostó para que se echaran la siesta (¡aleluya!). El trabajo lo primero, se ordenó y, de forma meticulosa, pagó las facturas, actualizó la contabilidad y calculó cuánto le quedaba para saldar la siguiente tarjeta de crédito.

Aún le quedaba bastante para eso.

Las ventas por la ropa de segunda mano habían empezado a mermar, algo que no era inesperado, y se recordó el enorme agujero que le habían ayudado a rellenar.

Y procuró no pensar en lo mortificante que resultaba saber que un desconocido había copiado todos sus problemas; los emails, la correspondencia con los abogados y los del fisco, su contabilidad, y la dolorosa reducción de las facturas.

No podía dejar que le importase, se dijo. Iba a buscarle un lado positivo a aquello. Si analizaba sus miserias personales Jimmy Harlow sabría que, si ella tuviera acceso a millones de dólares, no estaría estirando los centavos para saldar las deudas.

Se largaría, ¿no? Sin duda sabía que se arriesgaba a que lo atrapasen y lo metieran de nuevo en prisión si se quedaba por allí.

Pero claro, millones de dólares eran un magnífico incentivo.

La venganza era un incentivo más oscuro. Eso lo entendía. Ella misma había sentido ese desagradable impulso en los últimos meses.

Toma cartas en el asunto y empieza a elaborar una lista, pensó.

Seleccionó fotografías que guardaba en un archivo. ¿Haría Harlow lo mismo? ¿Estaba examinando lo años que ella había pasado con Richard a través de sus fotografías? Además, ¿por qué no las había borrado, por qué no había borrado aquellas imágenes de Richard, de los dos, en París, en Trinidad, en Nueva York y en Madrid? En todos esos lugares.

Todos esos lugares, pensó de nuevo.

¿Se habría llevado las cosas que había robado, las habría ocultado durante esos viajes con ella? ¿Otra caja de seguridad de algún banco, se habría aferrado a ellas o las habría vendido pieza a pieza?

Tenía las fotografías que le indicaban adónde habían ido y cuándo.

Luego Atlanta, donde se habían establecido. O al menos ella, pensó en ese instante. Él hacía aún todos aquellos «viajes de negocios». Y se había llevado al bebé consigo de vez en cuando, cada vez que él insistía en que se fueran a alguna parte de vacaciones.

—¿Adónde iba cuando no estábamos juntos? —se preguntó—. ¿Por qué se casó y tuvo una hija si en otras ocasiones aquello no le había interesado lo más mínimo?

Se levantó, fue hasta la cocina, abrió la puerta para que entrara un poco de aire y regresó.

Como tapadera, desde luego. Eso era lo único que habían sido para él. Solo otro disfraz. ¿Cuánto había estafado o robado en esos viajes con Callie y con ella? Le resultaba casi insoportable pensar en ello.

Pero pensaría en ello.

Se sentó de nuevo, usando las fotografías para incorporarlas a la lista. Procuró situarse en la época, en aquellos lugares. Pero por Dios que a veces se encontraba muy cansada, muy estresada, tratando de bregar con un bebé en un lugar desconocido, un lugar donde no conocía ni el idioma ni la geografía.

Analizó lo que tenía, tomando notas, tratando de recordar a personas que él le había presentado o en cuyo honor tenía que celebrar cócteles. Gente rica, pensó. Pero claro, por entonces pensaba que ellos eran ricos.

¿Aquellas personas habían sido sus víctimas o sus socios?

Seguramente ambas cosas.

Se levantó de golpe al oír pasos y, con el corazón desbocado, dio media vuelta para coger el cuchillo de chef del soporte.

—¿Shelby? ¿Shelby Anne?

—Mamá.

Exhaló de forma entrecortada y volvió a dejar el cuchillo en su sitio. Esbozó una sonrisa al ver entrar a su madre.

—Aquí estás. ¿Dónde están mis peques?

—Durmiendo la siesta después de un duro día en el parque. Aunque seguro que no tardarán en despertarse y querrán algo de comer.

—Yo me ocupo de eso. Mira, esta mañana he hecho más fotos cuando he ido al hospital a ver al bebé. —Sacó el móvil y se arrimó a Shelby mientras las veían—. Es tan guapo como un príncipe. Tiene la barbilla de su papá, ¿lo ves? Me he pasado por casa de Clay y me he asegurado de que todo va como es debido, ya que van a dejar que mañana Gilly se lleve a Beau a casa.

—Es maravilloso. Estará encantada de estar en casa con Jackson y el bebé.

—Se marcharía de allí ahora mismo si la dejáramos, pero se conforma con hacerlo mañana. He encontrado el perrito de peluche más mono del mundo y lo he dejado en la cunita de Beau, y he comprado unas bonitas flores para el dormitorio de Gilly. El cuarto del bebé es una auténtica monería. Y he realizado dos tratamientos faciales en el salón. Más tarde prepararé unos espaguetis, ya que a Gilly le apetecen, y se los llevaré para que no tengan que preocuparse por la cena de mañana.

—No solo eres la mejor madre, sino que también eres la mejor suegra.

—Gilly es una de las luces que alumbran mi vida. Ahora mismo me voy a pasar el resto del día con mis otros dos nietos. Y tú puedes seguir con lo tuyo, puedes salir y hacer algo divertido.

—Mamá, no sé las veces que has conducido hasta Gatlinburg y has vuelto en los últimos dos días, te has ocupado de la casa de Clay y has pensado en prepararles comida para que no tengan que hacerlo ellos. Y has ido a trabajar.

—Así es. —Ada Mae cogió la jarra de té de la nevera, prácticamente resplandeciendo de felicidad—. Y ahora voy a disfrutar del resto del día. Oh, y además he ido a comprar. Tengo una preciosa ropita de bebé para ese pequeño. Y he comprado un juguete de hermano mayor para Jackson y una cosilla para Callie.

—También eres la mejor abuela. Mamá, los mimas demasiado.

—No se me da nada mal. —Sirvió té en dos vasos con hielo y cogió un par de hojas de menta de la maceta sobre el alféizar—. No recuerdo desde cuándo no me sentía tan bien. No hay nada como un nuevo bebé. Y tengo un baño privado sacado de una revista. Te juro que anoche habría dormido en esa bañera de haber podido. Tengo a mi niña y a su hija en casa conmigo. Mis chicas son felices y están en casa, y mi marido sigue preparándome citas románticas. Tengo todo lo que podría desear. —Le dio un vaso a Shelby y la besó en la mejilla—. Ahora te toca a ti.

—¿Qué me toca?

—Todo. Yo empezaría invitando a salir a ese joven listo y apuesto. Luego me compraría algo bonito que ponerme.

Shelby pensó en su economía.

—Tengo mucha ropa que ponerme.

—Algo nuevo de vez en cuando la anima a una. Trabajas duro, Shelby. Sé que tienes facturas que pagar y sé que te sientas delante de ese ordenador para preocuparte por eso. Te he criado para que seas lista y responsable, pero te digo que... —Ada Mae cerró los puños con los brazos en jarra, igual que acostumbraba a hacer su madre—. Tu madre te dice que salgas y te compres un vestido nuevo. Cómprate algo con el dinero que ganas tú. A ver si eso no te levanta el ánimo un poco. Y luego deja que Griff te lo levante un poco más. Suzannah va a traerme luego a Chelsea, y esas niñas van a celebrar una fiesta de pijamas aquí esta noche. Haz tú lo mismo.

—¿Debería celebrar una fiesta de pijamas?

Después de una estentórea carcajada, Ada Mae tomó un trago de té.

—Así lo llamamos delante de la gente educada. Venga, ve a comprarte un vestido, pásate por el salón a ponerte guapa y luego ve a dejar a Griffin sin respiración.

—Sabes que te quiero, mamá.

—Más te vale.

—Pero no creo que te diga lo bastante a menudo lo maravillosa que eres como mujer. Más aún que como madre, suegra y abuela.

—Bueno, eso acaba de ponerle la guinda a mi pastel de chocolate de mi día. —Le dio un apretón en la mano a Shelby.

—Deja que guarde las cosas. No solo estaba pagando facturas, cosa que estoy haciendo bien, así que no te preocupes. Además estaba intentando averiguar cosas, examinando fotos de mi época con Richard. Tratando de recordar todos los sitios a los que fuimos, cuándo y por qué.

—Es evidente que viajasteis, así que quédate con eso porque no te lo podrán quitar. Me encantaba recibir postales, cartas o emails tuyos cuando estabas en todos esos lugares.

—Imagino que no habrás guardado nada.
—Por el amor de Dios, pues claro que sí. Lo tengo todo en una caja.
—Mamá, eres maravillosa. ¿Me lo dejas? Te lo devolveré en cuanto lo haya revisado.
—Está en el estante del armario de mi cuarto de estar. Una caja azul con tulipanes blancos pintados. Está etiquetada.
—Gracias, mamá —Le dio un apretón a su madre—. Gracias.

Se compró un vestido, un sencillo vestido veraniego del color de la menta que su madre añadía al té. Y Ada Mae tenía razón. Le produjo una enorme satisfacción saber que se había comprado el vestido con el dinero que ella había ganado.

Solo fueron necesarias un par de preguntas para averiguar dónde estaba trabajando Griff ese día y los encontró a Matt y a él, llenos de sudor y con el torso desnudo (¡Ay, Dios bendito!), construyendo una terraza en una casa situada a las afueras del pueblo.

—Hola. —Griff se secó la cara con un pañuelo ya empapado—. No me toques, estoy asqueroso. De hecho, deberías permanecer a favor del viento.

—Tengo hermanos —repuso sin más, y se agachó para saludar al alegre Snickers—. Enhorabuena, Matt. Considérate abrazado.

—Gracias. Emma Kate me ha dicho que habéis quedado en el parque esta mañana y que eres la dama de honor. Te presento al padrino.

—Bueno, padrino, tú y yo tenemos muchas cosas que comentar. Entretanto, tengo que pedirte un favor.

—Tú dirás. —Griff agarró una jarra y bebió directamente de ella lo que fuera que contenía.

—Mi madre tiene planes para los niños y yo tengo que... investigar un poco. Me preguntaba si podría hacerlo en tu casa. Te prepararía la cena en pago por disponer de un lugar tranquilo donde trabajar.

—Claro. Yo me llevo la mejor parte del trato. He estado echando la llave desde que... así que... —Se metió la mano en el bolsillo para coger las llaves y sacó una del llavero—. Abre con esta.

—Te lo agradezco. Matt, tenemos que quedar pronto los cuatro. Las bodas requieren bastante estrategia. Sé que Bitsy se ocupa de la fiesta de compromiso...

—No me asustes cuando estoy trabajando con herramientas eléctricas.

—Nosotros nos ocuparemos de Bitsy —le aseguró Shelby—. Emma Kate y yo hemos estado planeando nuestra boda desde que teníamos diez años. Claro que es posible que lo que quiere ahora no incluya un carruaje plateado de princesa tirado por seis caballos blancos.

—Me estás acojonando de verdad.

—Pero sé lo básico y puedo ayudar a disuadir a Bitsy.

—¿Me lo pones por escrito? —preguntó y le quitó la jarra a Griff—. Quizá con sangre. Me da igual de quién sea la sangre.

—Te doy mi palabra. Pero también he de saber qué quieres tú. Se me da de miedo coordinar las cosas.

—Emma Kate dijo lo mismo. Cuento contigo.

—Puedes contar conmigo, así que nos reuniremos pronto, ¿vale?

—¿Qué os parece en mi casa el sábado por la noche? —preguntó Griff—.

Prepararemos algo a la parrilla y haremos planes. Si no quieres pedirles a tus padres que se queden con la pelirrojita, tráetela —agregó, anticipándose—. Siempre podemos colgarla en el armario o meterla en un cajón.

—Deja que yo me ocupe de eso. Será mejor que me vaya y os deje trabajar otra vez. Finge que te he dado otro abrazo, Matt. Has hecho a mi mejor amiga más feliz de lo que jamás la había visto. Así que me inclino a quererte un montón.

—Voy a casarme —dijo Matt cuando Shelby se marchó.

—Así es, tío. Espera un minuto. —Dejó la pistola de clavos que acababa de coger y corrió tras Shelby—. Oye. A mí no me has dado un abrazo fingido.

—No, no te lo he dado, pero eso es porque voy a darte mucho más luego. Sin fingimientos.

—¿En serio?

—Siguiendo instrucciones de mi madre.

—De verdad que tu madre me cae de fábula.

—A mí también. Adiós.

—Es muy probable que terminemos a las cuatro o cuatro y media —le dijo.

—Yo estaré allí.

—Bueno es saberlo —repuso Griff en voz queda, sonriendo acto seguido a Snickers, que le había seguido a él y a los cordones de sus botas—. Bueno es saberlo, sí.

Pasó primero por el mercado, pues había decidido qué iba a preparar para la cena cuando vio a Griff en su lugar de trabajo.

Se acomodó en la cocina de Griff de forma que pudiera contemplar la vista a través de las maravillosas puertas de cristal siempre que levantara la mirada.

Pero en cuanto abrió la caja de recuerdos de su madre y comenzó a leer, no levantó la mirada con demasiada frecuencia.

Hizo un descanso para preparar la cena y meterla en el horno. Y para pensar.

Era extraño y fascinante verse a sí misma, revisar su propia perspectiva a través del prisma del tiempo. Solo unos pocos años, en realidad, pero toda una vida.

Ahora entendía lo ingenua que había sido, un lienzo casi en blanco. Richard también lo había visto y lo había aprovechado bien.

Callie la había cambiado; eso también podía captarlo en las fotografías y las cartas. Lo que había escrito, cómo lo había escrito, había cambiado tras el nacimiento de Callie.

¿Se había tragado su madre el tono alegre de las cartas, de los emails, las postales escritas a toda prisa una vez que su hija se había convertido en madre? Lo dudaba. Aun en esos momentos podía captar el tono apagado bajo el entusiasmo.

No había tardado mucho en ser muy infeliz. Ahora veía que toda su potente autoestima se había esfumado de forma gradual. La única felicidad real brotaba cuando escribía sobre Callie.

No, su madre no se habría dejado engañar. Su madre habría visto con toda claridad que cada vez escribía menos sobre Richard.

Pero durante el primer año, más o menos, había incluido muchos pequeños detalles acerca de adónde habían viajado, la gente que conocía y las cosas que veía.

Podía hacer un fácil seguimiento de sí misma mediante sus propias palabras y empezar a comprender.

Pensaría muchísimo más, se prometió. Tal vez nunca obtuviera las respuestas, pero

había encontrado una caja de seguridad de un banco a partir de una llave en el bolsillo de una chaqueta.

Así que pensaría muchísimo más.

Tenía lista la encimera para la cena y el vino que había comprado (tendría que abrigar la esperanza de que el viernes por la noche le dieran buenas propinas), cuando oyó la camioneta de Griff.

Sacó una cerveza, la abrió y salió a recibirle.

Estaba sexy, sudoroso y para comérselo cuando le brindó una sonrisa, se apoyó en su camioneta y se bajó las gafas de sol para mirarla por encima del borde mientras el perro correteaba en círculos por el jardín delantero.

—Vaya, eso es lo que faltaba en el porche delantero. Una guapa pelirroja con una cerveza fría.

—Imaginaba que te vendría bien. —Bajó los escalones—. Tengo hermanos.

—Me viene mejor que bien. No voy a tocarte. Hoy parecía que estábamos en agosto más que en mayo.

—Suele pasar.

—Deberías prepararte para después de que me haya duchado. ¿Qué tal Callie?

—Estaba a punto de poner unos perritos calientes en la parrilla para cenar con su primo y su mejor amiga, y eso después de desnudarse para poder corretear bajo los aspersores.

—Lo del aspersor suena muy bien. Los perritos calientes no suenan nada mal.

—Tendrán que esperar a la próxima vez.

—Cuando tengo una guapa pelirroja con una birra fría preparándome la cena, no soy picajoso.

Entró en la casa con ella, con el cachorro corriendo para alcanzarlos. Griff olisqueó el aire.

—¿Qué estás cocinando? Huele genial.

—Pastel de carne con patatitas y zanahorias mini.

—¿Pastel de carne? —Olió de nuevo—. ¿En serio?

—El día es caluroso para este plato, pero es un plato masculino. Cuanto te he visto hoy parecía que te pegaba comer pastel de carne.

—No he comido pastel de carne casero desde la última vez que estuve en Baltimore y convencí a mi madre para que me lo preparara. ¿Por qué la mayoría de las mujeres no valoran el pastel de carne?

—Acabas de responder a tu propia pregunta. Voy a ver cómo va.

—Yo voy a darme una ducha. Luego prepárate, pelirroja.

Divertida, excitada, volvió a la cocina y estimó que había calculado bien. Luego lo reconsideró.

Autoestima, pensó. Recordó lo que era tener confianza en sí misma y ser atrevida.

Bajó el horno y subió por la escalera trasera.

Griff le daba tragos a la cerveza fría mientras el agua fresca caía sobre su cabeza de forma agradable. Tuvo la sensación de que lo que se llevaba eran kilos de sudor y suciedad. Iba a quedar una terraza estupenda, pensó, pero no había estado preparado para el cambio en el tiempo.

La primavera había llegado de manera tan suave y benévola que había olvidado cómo pegaba el verano en las Smokies.

Y ese día no había sido más que un adelanto de lo que estaba por llegar.

En cuanto el verano pegase de lleno, Matt y él empezarían a trabajar temprano y terminaría pronto por la tarde. Y así tendría tiempo para trabajar dentro en sus propios proyectos. Además estaban los planes para el bar brasería en cuanto tuvieran los permisos.

Luego, por supuesto, estaba Shelby. Quería pasar con ella tanto tiempo como pudiera.

La puerta se abrió mientras pensaba en aquello.

Estaba de pie, con el pelo rizado sobre los hombros, sin llevar nada más que una sonrisa cómplice. Con la mirada clavada en la suya, le quitó la cerveza de la mano y la dejó en la encimera detrás de ella.

—Vas a necesitar las dos manos —le dijo.

—Un día lleno de milagros —repuso y alargó el brazo para agarrarla.

—Está fría. —Echó la cabeza hacia atrás, y con las yemas de los dedos ascendió por la espalda de Griff—. El agua está fría.

—¿Demasiado fría?

—No, es agradable. Y esto es aún mejor. —Se puso de puntillas y se apoderó de su boca. Y su beso no fue frío en absoluto.

Pensó que era un milagro que no saliera vapor del agua con la manera en que ella le estaba haciendo arder la sangre. De forma instantánea y feroz. Cada sudorosa hora que había trabajado ese día, cada hora presa de la agitación que había pasado deseándola por las noches, preocupado por ella, se esfumaron.

Su piel era suave, su boca ávida, sus manos codiciosas; en ese momento le estaba dando todo cuanto necesitaba.

—Te he deseado desde que nos acostamos. —Griff no podía tomarla lo bastante rápido—. Volviéndome loco solo por tocarte de nuevo.

—Me vuelvo loca cuando me tocas. No dejes de tocarme.

Calor, necesidad y placer se mezclaron hasta martillar en su corazón, hasta vibrar bajo su piel. Cuanto más le daba Griff, más deseaba y se regodeaba en su propio apetito.

Por él, solo él; las manos fuertes, el cuerpo recio de un obrero. Su boca, paciente y exigente a la vez, hacía que la cabeza le diera vueltas.

La alzó de las caderas, levantándola del suelo de la ducha. Aquella sorprendente fuerza y la seguridad de aquellas manos de palmas ásperas se combinaron para hacerla sentir vulnerable, deseable y poderosa.

Con la mirada clavada en la de él, le rodeó la cintura con las piernas y hundió los dedos en sus hombros para sujetarse. Luego gritó cuando él la penetró. Sorprendida, excitada y temblando de deseo por el siguiente embate.

El agua corría, parecía crepitar y chispear contra las baldosas. Su carne mojada resbalaba y se deslizaba bajo sus manos. Y oyó sus propios jadeos inconexos.

Se sentía ingrátida, increíble, aferrándose a él mientras Griff los impulsaba a ambos más arriba. Todavía se agarraba a él cuando cayeron en la oscura dicha.

—Espera —acertó a decir Griff mientras trataba de cerrar el grifo—. Tú espera.

—Mmm. Me siento como si pudiera colarme por el desagüe.

Sintió que se movía y continuó envolviéndole aun cuando ambos acabaron en la cama.

—Necesito un minuto —le dijo Griff.

—Tómame tu tiempo.

—Eso pretendía. Pero estabas toda mojada y desnuda. Iré a por toallas dentro de un minuto.

—Me he comprado un vestido nuevo.
—¿En serio?
—Sí, e iba a ponérmelo para cenar y a dejar que me lo quitaras después. Yo tampoco me he tomado mi tiempo.
La imagen generó un pequeño pero evidente flujo de nueva energía.
—¿Aún tienes el vestido?
—Está colgado en el cuarto de la colada.
Su dedo descendió por el costado de Shelby.
—Podrías llevar a cabo tu plan y ambos nos tomaremos nuestro tiempo.
—Me gusta esa idea. Lo que no se me ocurrió traer es un secador. Supongo que no tendrás ninguno.
—No, lo siento.
—Bueno, entre la ducha, la humedad y sin nada con que secármelo, voy a parecer una escarola. Debo de llevar unas gomas y horquillas en el bolso.
—Me gusta tu pelo.
Shelby se acurrucó contra él.
—Y a mí me gusta el tuyo. Me gusta que el sol haya empezado a vetarlo. Unos reflejos así te costarían un pastón en el salón de mi abuela.
—Los hombres que comen pastel de carne no tienen reflejos en el pelo.
Le besó en el hombro.
—Tú sí y ya voy yo a por esas toallas y a subir el horno.
—¿Lo has bajado?
Shelby le lanzó la sonrisa coqueta y pausada con los ojos medio entornados que Callie solía lanzar a menudo.
—Te deseaba en la ducha, así que la cena va a tardar solo un poquito más de lo que tenía pensado.
—Me gusta que lo hayas bajado. Yo iré a por las toallas.
Griff se levantó y entró en el baño.
—¿Qué estabas investigando... o era una estratagema para tenerme mojado y desnudo?
—No era ninguna estratagema, solo un plus. —Sonrió y cogió la toalla que le ofrecía—. Griffin, mi pelo es como otra persona, y esa otra persona también necesita una toalla.
—Vale. —Fue a por otra y a por la cerveza que ella le había quitado y dejado en la encimera.
—Bueno, ¿qué estabas investigando?
—Oh. —Se había envuelto el cuerpo con la primera toalla y acto seguido se dobló por la cintura para hacer lo mismo con el pelo y la segunda toalla—. Seguro que no quieres hablar de eso. Son todas las demás cosas. Las cosas de Richard.
—¿Tú no quieres hablar de ello?
—Yo sí. —Se enderezó, consiguiendo de algún modo remeterse la toalla de un modo que le fascinaba—. Quiero hablar de ello con alguien que tenga cierta perspectiva al respecto. Había pensado en comentarlo con Forrest, tal vez mañana, aunque lo más seguro es que él ya haya pensado en la mitad de lo que se me ha ocurrido a mí, pero...
—Ponte el vestido nuevo y hablaremos de ello mientras se termina de hacer el pastel de carne.

Subió el horno, se puso el vestido y se recogió el pelo con una goma para que no se le abultara mientras se secaba.

Se reunió con él en el porche de atrás, con una copa de vino, y se sentó solo un momento a contemplar las montañas, con sus suaves cumbres y crestas ascendiendo hacia el cielo.

—Hoy, mientras los niños dormían la siesta, estaba pagando facturas y se me ha ocurrido que Jimmy Harlow, ya que tiene que ser él, estaría examinando todos mis asuntos. Las cosas de los abogados, de los acreedores, las cuentas que llevo de todo lo que he vendido. He pensado en lo embarazoso que es que un desconocido husmee en todo eso y me he dicho que valía la pena pasar por ese bochorno si con eso él se daba cuenta de que no tengo nada de lo que él quiere.

—Buen razonamiento. Inteligente y positivo.

—Entonces he reflexionado un poco más. Habrá visto las fotos que tengo en el portátil. Las guardo todas en archivos ahí; las transferí del viejo ordenador en cuanto me lo devolvió la policía. No las había mirado ni he borrado ninguna desde... desde que estaba con Richard porque tenía muchas otras cosas que hacer. Se me ocurrió que él..., que Harlow..., las vería, sobre todo las del primer año más o menos, todos los sitios a los que fuimos. Podría seguirnos los pasos, como un mapa.

Griff asintió.

—Y también podrías tú.

—Sí. Y entonces me he dado cuenta. Yo también podría. Griff, creo que Richard me llevó a todos esos sitios por una razón. Ahora entiendo que él no hacía nada sin un objetivo. Yo era como su disfraz. Yo... y luego, cuando llegó Callie, nosotras... le convertíamos en un hombre de familia. ¿Y si ocultó las joyas o los sellos, o ambas cosas, en uno de esos lugares o si vendió una parte allí? Y en cuanto me he puesto a revisar las fotografías se me ha ocurrido que con toda probabilidad estaba haciendo también su trabajo. En la luna de miel... o eso pensé yo que era... luego con su esposa embarazada. La esposa embarazada era un disfraz cojonudo.

—Estoy de acuerdo contigo, aunque sé que eso tiene que doler un poco.

—Ya he superado eso. Revisando las fotos, las cartas que envié a casa, he empezado a recordar lo que él siempre me decía, al menos durante los primeros meses o el primer año. Siempre que nos reuníamos con alguien me decía: «Sé tú misma, Shelby». Decía que eso los fascinaría. Que no me preocupase por no saber nada de arte, de vinos o de moda, de ese tipo de cosas. Nunca me había puesto nerviosa conocer gente nueva, pero empezó a pasarme justo eso.

—Hacía que te sintieras torpe e... inferior.

—Así es, y el «sé tú misma» empezó a convertirse en que no debería intentar impresionar a nadie porque adivinarían la intención. Supongo que yo no tenía mucho que decir y eso componía un buen disfraz para él. —Tomó un sorbo de vino y dejó a un lado esa parte por el momento—. Se me ha ocurrido que tal vez podría echar un vistazo a los artículos en internet, cotejarlos con las fechas en que estábamos en un lugar en concreto.

¿Hubo algún robo allí? ¿Una estafa? ¿Algo peor? Y he podido usar más cosas porque mi madre guardó todas mis cartas y postales. Todas y cada una. Así que he podido leerlas y hacerme recordar qué hicimos, adónde fuimos en París o en Madrid, a quién conocimos. Al principio incluía muchísimos detalles, me dejaba arrastrar por todo.

—¿Hay algo que te llame la atención ahora, al pensar en ello en función de lo que sabes en estos momentos?

—Un par de cosas. ¿Por qué fue a Memphis? No creo que se limitara a clavar una chincheta en un mapa. Pero estuvo ahí y solo cuatro días después de que robara a esa mujer, Lydia Redd Montville, y disparara a su hijo.

—Según la morena, cuatro días antes los traicionó a Harlow y a ella y huyó con el botín.

—Así es. Creo que debía de llevar el botín consigo o que lo había escondido. Puede que en una caja de seguridad de un banco. Tenía una nueva identidad y un buen fajo de pasta. O eso me pareció a mí. Y ahí estaba yo, lista para que me deslumbrara y dejarme arrastrar.

—¿Quieres que te dé mi opinión al respecto?

Shelby inspiró hondo.

—Creo que sí.

—La policía estaba buscando a Jake Brimley, un hombre solo. Tenía que saber que sus cómplices lo delatarían. No se metió en aquello sin un plan. La nueva identidad, el capital inicial, un cambio de aspecto. Pero necesitaba una cosa más. Necesitaba tener una pareja.

—Creo que eso es verdad.

—No quería a alguien que se pareciera a la morena, alguien que pudiera jugar a su juego. Quería a alguien inocente, joven, a una mujer maleable y confiada. Y lista para que la deslumbrasen.

Shelby no podía hacer otra cosa que asentir, exhalando después un largo suspiro.

—No cabe duda que cumplía con los requisitos a la perfección.

—Era un manipulador profesional, Shelby. En cuanto se centró en ti, estuviste perdida. Acabó con una joven y despampanante pelirroja, así que ya no viajaba solo, sino que además tenía a alguien en quien la gente se fijaba. Primero se fija, luego recuerda. ¿Adónde te llevó primero?

—Pasó cuatro días en Memphis. Nunca había conocido a nadie tan encantador, y la forma en que hablaba de todos sus viajes era excitante. Nuestro contrato terminó y yo tenía pensado volver a casa durante una semana antes del siguiente trabajo. Pero cuando me dijo que tenía que irse a Nueva York por negocios y me pidió que fuera con él, lo hice. —Profirió una media carcajada—. Así de simple. Solo iban a ser unos días; una aventura, pensé. Y era emocionante.

—¿Por qué no iba a serlo? —replicó Griff.

—Volamos en avión privado. No conocía a nadie que hubiera estado en un avión privado.

—Sin pasar por seguridad ni control de equipaje. Puedes llevarte todo lo que quieras en un vuelo privado, ¿no?

—No se me había ocurrido. Casi siempre viajaba en vuelos privados. En su momento era otra emoción más. Jamás había estado en un lugar como Nueva York y él era tan dulce y encantador conmigo y... Bueno, parecía deslumbrado conmigo. No era el dinero, Griff, aunque no puedo decir que no me encantara que me comprara ropa bonita y

me llevara a restaurantes. Fue el fulgor de todo aquello. Era cegador.

—Él se aseguró de ello.

—Incluso ahora cuesta creer que no dijera en serio las cosas que decía entonces. Que yo era lo que le faltaba en su vida. Yo quería serlo; quería ser lo que había faltado en su vida. Por eso, cuando me pidió que no volviera, sino que me fuera con él a Dallas..., también por negocios..., me fui con él. Lo arrojé todo por la borda y me fui con él.

—Otra ciudad importante.

Shelby cerró los ojos y asintió.

—Sí. ¿Ya ves la pauta? Siempre íbamos a ciudades grandes y siempre nos quedábamos solo unos días. A veces me daba un fajo de dinero y me decía que fuera de compras porque él tenía reuniones. Luego volvía con flores; rosas blancas. Decía que vivía en la carretera o en el aire, pero que ahora que me tenía a mí, estaba listo para establecerse en alguna parte.

—Justo lo que tú queráis oír. Era su trabajo calar a las personas, ser lo que querían o lo que esperaban.

Shelby guardó silencio un momento, agradeciendo la luz suave, el viento susurrando entre los árboles, el burbujeo del riachuelo.

—Si hubiera creado un hombre del que enamorarme en ese punto de mi vida, habría sido Richard. Lo cierto es que aquellas primera semanas cruzamos el país de un lado a otro, Griff.

—Cubría su rastro.

—Eso creo, y me pregunto si tenía lugares en el camino donde dejó parte del botín del golpe de Florida. Si tenía una caja de seguridad en un banco de Filadelfia, tal vez tuviera otras. Melinda Warren lo insinuó. Parecía que nunca se quedaba sin dinero en efectivo, así que creo que tal vez tenía esas cajas de las que tirar o estaba robando por el camino.

—Es probable que ambas cosas.

Se volvió hacia él, colocándose de forma que estuvieran cara a cara.

—Creo que ambas cosas. Al revisar las fotos y las cartas me he acordado de que cuando estuvimos en San Luis me desperté y descubrí que él no estaba. Había salido a dar un paseo, eso es lo que dijo. Para pensar. No volvió hasta casi el amanecer y estaba excitado. Prácticamente estaba como una moto. Nos fuimos esa mañana. Alquiló un coche y fuimos a la ciudad de Kansas. Una parada rápida, dijo. Tenía que ver a un socio de negocios. Y sacó un reloj Cartier del bolsillo y dijo que me había comprado una cosilla. Un par de años después, fui a ponérmelo y había desaparecido. Se puso furioso y dijo que había sido descuidada y que lo había perdido, pero yo no fui descuidada. Sea como fuere, he seguido mirando en internet y me he remontado atrás en el tiempo, cotejando los datos, y he descubierto que hubo un robo aquella noche en San Luis. Joyas, una vez más, sobre un cuarto de millón en joyas. Y relojes.

—Roba en San Luis y lo vende en Kansas.

—Creo que dio por hecho que el reloj era mi parte del botín... durante un tiempo. Hubo otras ocasiones. Voy a ver si puedo correlacionarlas como con San Luis.

Griff alargó la mano y le frotó el brazo.

—¿Qué te dirá eso?

—Sé que no puedo cambiar nada. —Bajó la mirada a sus manos, pensó en sus notas, en los fajos de fotos y postales—. Pero quizá robara en esos sitios y al menos puedo contarle a la policía lo que sé o creo que sé. Tendría la sensación de estar haciendo algo.

—Estás haciendo algo.

—Ahora mismo debería estar llevando la cena a la mesa. —Se puso en pie—. Gracias por escucharme.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —La acompañó—. Yo mismo he empezado una lista.

—¿Qué clase de lista?

—No dispongo de la información de la que dispones tú. —Dirigió una mirada a la caja de los recuerdos, al portátil—. No me importaría echarle un vistazo. La mía es más bien una lista de nombres, sucesos y fechas. Warren, Harlow y Brimley, nombre por el que se le conocía entonces. El robo de Miami, el disparo, la traición. Tú vas a continuación. No era consciente de que solo habían pasado unos días de lo de Miami, pero me figuré que no había transcurrido demasiado tiempo.

—Da la impresión de que fui un traje hecho a medida para él igual que él lo fue para mí. —Depositó el pastel de carne en el salvamanteles y sacó su única fuente. Traspasó la carne y las verduras y echó un vistazo al ver que él se había callado—. ¿Pasa algo?

—No quiero disgustarte más de lo que ya lo estás, pero no creo que entrara sin más en el club donde actuabas aquella noche y decidiera que eras su tapadera.

—¿Qué piensas?

—Pienso que se pasó un par de días investigándote. Eres un pibón, pelirroja, y apuesto a que con diecinueve años eras un pibón sobre el escenario. Tu nombre figuraba allí, así que pudo buscarte y hacer unas cuantas preguntas. Estabas soltera y sin compromiso.

Colocó la guarnición en la fuente de forma meticulosa, con perejil rizado y aros de pimienta rojo y verde.

—Una paleta de un pequeño pueblo de montaña de Tennessee.

—Tú nunca has sido una paleta. Pero ahí estabas tú, joven, lozana e inexperta, pero valiente. Hace falta valor para subirse a un escenario. Te investigó y luego entró en escena y te tanteó. Para entonces tenía una buena idea de cómo eras y qué te gustaba. Y se convirtió justo en lo que deseabas.

—¿Y si hubiera dicho que no, que no podía largarme a Nueva York con él?

—Habría seguido adelante y se hubiera buscado a alguien que sí lo hiciera. Lo siento.

—No tienes por qué. En cierto modo es un alivio sentir que nunca fue por mí. Que nunca fue algo personal. Lo convierte más bien en un rompecabezas que resolver.

—Vale. Uau, menuda pinta tiene eso.

Satisfecha, Shelby dejó la fuente sobre la encimera.

—Mi madre te diría que la presentación es importante. De manera que si no sabe bien, al menos tiene buen aspecto. Esperemos que cumpla ambos requisitos. Siéntate. Te serviré y así tú puedes contarme qué hay a continuación en tu lista.

—Houston, ¿verdad?

—Estuve en Houston unos seis meses.

—Luego Atlanta y Filadelfia, y después, Hilton Head. Has dicho que Richard no hacía nada sin una razón. ¿Por qué quiso que Callie y tú lo acompañarais a Hilton Head?

—Crees que pudo haber tenido allí algún asunto en marcha y que nosotras fuimos de nuevo su tapadera. —Se sirvió una buena porción de pastel de carne con una generosa ración de patatas y zanahorias—. Ay, Dios mío, Griff, ¿y si no fue un accidente? ¿Y si el asunto salió mal y lo mataron? ¿Y si lo arrojaron al mar?

—Lo más seguro es que jamás conozcas la respuesta a eso. Lanzó una llamada de

socorro, ¿no?

—Alguien lo hizo, pero... Griff, Forrest dijo que Harlow se fugó por Navidad. Richard... Eso pasó solo un par de días después de Navidad.

—Matar a Richard no sería un modo inteligente de conseguir los millones.

—No, tienes razón. Pero pudo haber una pelea, un accidente... Y sigues teniendo razón. Seguramente no lo sepa nunca, a no ser que atrapen a Harlow. —Sirvió una porción más pequeña en su plato y se sentó—. Lo más probable es que ocurriera tal y como piensa la policía. Le gustaba el riesgo. Conducir rápido, descender por las pistas de esquí más rápidas, practicar submarinismo, escalada, paracaidismo. No habría dejado que una borrasca lo detuviera. Pero lo hizo. ¿Qué si no?

—El detective privado. Quizá sea lo que dice ser, pero... —Griff se detuvo después de tomar el primer bocado de pastel de carne—. ¡Uau! —Probó otro bocado—. Vale, eso zanja el asunto. Me quedo contigo. Este pastel de carne es mejor que el de mi madre... y si en alguna ocasión se lo dices, juraré que eres una mentirosa.

—Yo jamás insultaría el pastel de carne de otra mujer. ¿De verdad te gusta?

—Pregúntamelo otra vez cuando haya lamido el plato.

—Debe de ser la cerveza. En el pastel de carne.

—¿Lleva cerveza?

—Una vieja receta de la familia.

—Me quedo contigo, está claro. —Dejó de comer el tiempo necesario para ahuecar una mano sobre su cuello y tirar de ella para darle un beso.

—Hacía años que no preparaba pastel de carne, así que me alegro de que haya salido bueno.

—Digno de un premio.

—Dime qué piensas de ese detective.

—Vale. Me había sumido en un estado de alteración por culpa del pastel de carne con cerveza. Bueno, en cuanto al detective, te siguió la pista hasta Filadelfia y te siguió hasta aquí. O está volcado en su trabajo o tiene un plan oculto. Tiene licencia y todo eso, y jura que la morena no era su clienta. Forrest dice que no suelta el nombre del cliente.

—Forrest no me ha contado nada de eso.

Griff se encogió de hombros.

—Hemos hablado. Tiene coartada para la noche del asesinato, así que no hay ninguna causa legal para molestarle. De momento.

Shelby ladeó la cabeza y pinchó un trozo de zanahoria.

—Tú sabes más.

—Cosillas. Sé que Forrest dice que la viuda y su hijo niegan que contrataran al detective privado. El seguro pagó y ya han olvidado el desagradable asunto. La policía de Miami habló con ellos y parece que también tienen coartada para el asesinato.

—Eres un pozo de información.

—Está preocupado por ti... me refiero a Forrest. La mayor parte es información negativa, así que me imagino que no quería contártelo.

—Saber es mejor que no saber.

—Ahora lo sabes. Casi todo lo demás es pura especulación. Podemos estar casi completamente seguros de que Harlow ha estado en Rendezvous Ridge. No es descabellado suponer que mató a la morena, aunque solo sea porque quién iba a hacerlo si no y porque tenía un motivo, ya que ella afirmaba que él disparó al hijo de la viuda..., y puede que lo hiciera..., pero dado que el arma que encontraste en la caja de seguridad de Richard en

Filadelfia fue la que se usó, es más lógico que...

—¿Qué? ¿Qué has dicho? ¿El arma que encontré..., el arma de Richard?

Griff decidió que necesitaba un buen trago de vino.

—Vale, escucha: Forrest ha recibido la información hoy mismo. La policía de Miami realizó el examen balístico y verificó que el arma que hallaste en el banco disparó la bala que hirió al hijo. Resulta que me he encontrado esta tarde con él y me lo ha contado.

—Richard. Richard disparó a una persona.

—Es posible. A lo mejor solo agarró el arma después, pero... la suposición lógica es que si el arma era suya, fue él quien disparó. Harlow siempre lo ha negado y nunca lo habían acusado de robo con arma antes de ese.

—Ella mintió. Estaba enamorada de Richard... Jake para ella. Lo amaba al menos a su manera. Mintió aun después de que la traicionara. No era solo el dinero, el botín, lo que hizo que me siguiera hasta aquí. Estaba celosa, furiosa y celosa de que él hubiera pasado esos años conmigo. De que tuviera un hijo conmigo.

—Es muy probable. —Griff asintió, pues había llegado a la misma conclusión—. Y además, en el proyecto participó mucha gente. ¿Sabes lo que digo? No le cabía en la cabeza que estuvieras con él y que no estuvieras metida en lo demás. Era una mentirosa, una tramposa, así que según su forma de razonar, tú tenías que ser igual.

—Y Jimmy Harlow también pensará lo mismo.

—No sé yo.

—Ya estás con evasivas otra vez —dijo Shelby cuando Griff se quedó callado—. Porque te preocupa que todo esto me disguste.

—Te disgusta.

—Sí, pero quiero saber lo que piensas. No necesito que me protejan para que no me disguste, Griffin. He pasado por cosas mucho peores. Dime qué piensas.

—De acuerdo. Creo firmemente que Harlow no estaba enamorado de Richard, así que su patrón de pensamiento podría ser más claro al respecto que el de la morena. Pero en la lista que estoy elaborando figura en varias columnas. Supongo que se encuentra en algún lugar cercano. No lejos de Gatlinburg, como la morena. Seguramente no sea el hotel. Uno de los campamentos o de las cabañas, alguno de los moteles.

—Para poder vigilarme.

Griff hizo una breve pausa, pero estaba de acuerdo con ella. Saber era mejor que no saber.

—Piensa en esto. No se ha enfrentado a ti, no te ha plantado cara en ningún momento ni te ha amenazado como hizo la mujer. Creo que está jugando a largo plazo, de modo que quería información. Quiere saber quién eres. Es más probable que minimice las pérdidas en cuanto lo sepa. Mejor estar libre que ser rico... sobre todo cuando la parte de ser rico no parece demasiado prometedora.

—Espero que tengas razón.

—Al jugar a largo plazo lo más inteligente sería estudiar con detenimiento toda la información, igual que estamos haciendo nosotros. Conoce mejor a Richard, y parece que seguirá las líneas si pueden unir los puntos.

Del mismo modo que los pensamientos y las conclusiones de Griff la ayudaban a ella a unir los puntos.

—Donde más tiempo nos quedamos fue en Atlanta. Pero planeó que nos marcháramos y rápido. Creo que tenía un trabajo allí, una presa, y que quería largarse en cuanto terminara dicho trabajo. Apenas tuve tiempo para hacer las maletas una vez que me

lo dijo. Él se adelantó.

—Eso lo desconocía por completo. ¿Se fue al norte sin Callie y sin ti?

—Unos diez días antes. Se suponía que yo tenía que hacer las maletas y entregar las llaves. Creía que habíamos comprado ese apartamento en Atlanta, pero era de alquiler, así que solo tenía que entregar las llaves y volar al norte. Estuve a punto de no hacerlo. Estuve a punto de volver a casa, pero pensé que tal vez lo que necesitábamos era eso, ese cambio. Que quizá ayudaría a enderezar las cosas entre nosotros de nuevo y él hablaba de que tendríamos un gran jardín para Callie. Y... que tendríamos otro hijo.

—Jugaba contigo.

—Ahora lo veo. Con total claridad —agregó Shelby—. Entre sus papeles descubrí que se había hecho la vasectomía justo después de que Callie naciera. Se aseguró de que no habría más hijos.

—Te diré que lo siento porque eso te hiere y porque hacer aquello fue más que horrible. Pero...

—Fue para bien —concluyó—. He de dar gracias por que no tuviera otro hijo con él. Lo que hizo fue engañarme todo el tiempo, igual que con esa mudanza relámpago a Filadelfia cuando debía saber que estaba pensando en marcharme. Haciendo que pareciera que era lo mejor para Callie me empujó a intentarlo, a ir, a desear que funcionara.

—Empezar de cero.

—Sí, hizo que pareciera eso. He dicho que donde más tiempo estuvimos fue en Atlanta, pero no creo que dejara nada importante allí. Al volver la vista atrás puedo ver que planeaba largarse mucho antes de decírmelo a mí, así que creo que tenía un plan para llevarse consigo lo que fuera que hubiera escondido.

Griff notó que ella solo fingía comer y deseó borrarlo todo, todos los pensamientos, las especulaciones, los puntos de vista. Pero eso no era lo que ella deseaba.

—Has dicho que viajaba mucho sin ti.

—Cada vez más, sobre todo después de establecernos en Atlanta. Yo solo quería estar en casa un tiempo, establecer una rutina. Llegó un momento en que él no preguntaba, sino que se limitaba a decirme que tenía un viaje de trabajo. A veces ni se molestaba en decírmelo. No sé con seguridad adónde iba. Puede que me dijera la verdad, puede que no. Pero sé adónde fui con él, así que es un comienzo.

—Podrías contarle todo esto a la poli.

—Supongo que lo haré, pero antes quiero trabajar en ello, intentar entenderlo.

—Bien. Yo también.

—¿Por qué?

—Por ti —respondió en el acto—. Por Callie. Si no entiendes eso, no he hecho un buen trabajo.

—Te gusta arreglar cosas.

—Así es. A la gente tendría que gustarle hacer lo que se les da mejor. Y me gusta tu cara. Me gusta tu pelo. —Acercó la mano a su cabello, pues deseaba de verdad quitarle la goma con que se lo había recogido—. Me gusta tu pastel de carne —añadió, devorando el último bocado en su plato—. Me gusta llevar a la pelirrojita a comer pizza. Y me derribo cuando me lanza esa sonrisa coqueta. Así que se trata de algo más que del hecho de que me guste arreglar cosas. Tú eres más que algo que arreglar —declaró. Sin decir nada, Shelby se levantó para recoger los platos—. Yo me ocupo de eso. Tú has cocinado. Has cocinado de miedo.

Mientras él recogía, Shelby encendió su ordenador portátil y buscó una foto.

—Dime qué piensas.

Giró el ordenador hacia él.

Griff se acercó con el ceño fruncido, se arrimó y estudió la fotografía de ella.

Tomada en una de las últimas funciones a las que había asistido en Atlanta, los mostraba a Richard y a ella vestidos de manera formal.

—Estás guapísima y triste; eso fue lo que pensé la primera vez que te vi. Estás sonriendo, pero no hay luz. ¿Y qué le pasó a tu pelo? Estás guapísima, como he dicho, pero no tanto como Shelby. ¿Dónde están los rizos? ¿Los vendiste?

Shelby le lanzó una prolongada mirada y luego apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Sabes qué quiero hacer?

—¿Qué?

—Quiero dar un paseo por el jardín de atrás, ver ponerse el sol y darte todo tipo de consejos no solicitados sobre dónde deberías poner plantas y esa pérgola. Después quiero que me quites mi vestido nuevo. Eso será fácil, ya que no llevo nada debajo.

—¿Podemos hacer eso primero?

Ella rió y meneó la cabeza.

—Antes déjame que te vuelva un poco loco.

—Ya lo has hecho —replicó mientras ella le cogía de la mano para llevarlo afuera.

Griff la siguió a casa otra vez y aprovechó el trayecto de vuelta para recordar. Alargó el tiempo para recordar sacando a Snickers a hacer una larga ronda y después dedicó una hora a montar un armario en una de las otras habitaciones que había tirado.

Paso a paso, se dijo mientras dejaba sus herramientas y recogía.

Dio el siguiente paso sentándose al ordenador y realizando su propia búsqueda de casos de robo y fraude sin resolver en Atlanta durante los años en que Shelby vivió allí.

Un rompecabezas que resolver, pensó. Nunca hacía nada sin una razón, se recordó Griff. Así pues, ¿por qué el muy capullo había cortado lazos con Atlanta de forma tan repentina?

Podría ser interesante descubrirlo.

Mientras Griff realizaba su investigación, Jimmy Harlow trabajaba en un ordenador portátil que había robado en una feria comercial en Tampa. El abarrotado hotel y los asistentes a la convención medio borrachos en las barras del hotel le habían reportado excelentes ganancias.

Había salido con el portátil (completamente cargado y en una bonita funda de viaje acolchada), más de dos mil dólares en efectivo, dos iPhones y las llaves de un Chevrolet Suburban que llevó directamente a un desguace.

Compró una nueva identidad (era bueno tener contactos) y robó un cacharro Ford con el que pasó la frontera de Georgia, llevandoselo a un conocido que se lo compró por quinientos dólares.

Se ocultó un tiempo, dejándose crecer la barba y el pelo y tiñéndose ambos, aumentando su dinero al viejo estilo. Robó carteras, realizó pequeños robos en casas y siguió adelante.

Se dirigió a Atlanta tomando una ruta larga, quedándose en hoteluchos de mala muerte, robando algún que otro coche, una habilidad que había aprendido y perfeccionado

en su juventud. En un viaje relámpago a Nueva Orleans atracó y dio una paliza a un traficante de drogas que vendía en un instituto en el distrito nueve.

Desaprobaba de forma tajante la venta de drogas a menores.

También robó un buen Toyota 4Runner fuera de un bar en Baton Rouge, que llevó a otro desguace.

Pagó para que le cambiaran el número de bastidor, lo pintaran y, con la ayuda de otro contacto, falsificó la documentación para que se ajustara a su nueva identidad.

Veía las noticias de forma obsesiva, usaba el ordenador portátil para estar al tanto de su búsqueda por parte de las autoridades.

Se recortó la barba, se compró ropa sencilla e informal... y la rompió para que ninguna prenda pareciera nueva. Utilizaba autobronceador de manera religiosa para librarse de la palidez de la cárcel.

Compró mapas, hasta pagó por una cámara digital decente de la marca Canon y pegó algunas pegatinas de parques nacionales en el vehículo, como haría cualquier turista.

Comía lo que le apetecía, cuando le apetecía. Dormía cuando estaba cansado, se levantaba y se ponía en marcha cuando no.

Cada uno de los días que había pasado en prisión había soñado justo con eso; la libertad. Pero había soñado con lo que haría con esa libertad.

No se hacía ilusiones de que hubiera honor entre ladrones; hacía mucho que él lo era. Pero las traiciones exigían venganza. Y la venganza lo impulsaba.

Le llevó a Atlanta, donde preguntar a las personas adecuadas y untar las manos adecuadas le proporcionó información.

Robó la pistola de calibre 25 de un dúplex en Marietta, que un idiota tenía guardada en la mesilla sin ninguna protección, y se llevó la de calibre 9 del cajón de la mesa del despacho.

También había niños en la casa, pensó cuando registró la habitación de un chico y la de una chica. Joder, estaba salvando vidas en esa casa.

Les dejó la Xbox a los chicos, pero se había llevado los iPads, otro portátil, el dinero en metálico escondido en el congelador, una pulsera y unos pendientes de diamantes, el dinero enrollado en el joyero y, dado que le valían, un par de recias botas de montaña.

Cuando llegó a Villanova, la mujer que a la que se había follado Jake ya no estaba.

Forzó la cerradura de seguridad e hizo un recorrido por la casa. No le había ido nada mal a Jake, y eso hizo que se le subiera la bilis a la garganta.

Cuando contactó con la agente inmobiliaria mediante un teléfono desechable descubrió que la casa estaba en venta. Así que tal vez no le había ido tan bien, después de todo.

Pasó unos días en la zona para formarse una mejor idea de las cosas y luego se dirigió a Tennessee.

Había alquilado una cabaña a poco más de dieciséis kilómetros de Rendezvous Ridge; un contrato de tres meses en negro con el propietario. Allí era Milo Kestlering, de Tallahassee, donde había sido directivo de nivel medio de una empresa mayorista de comida. Divorciado, sin hijos.

Tenía mucho con que rellenar sus nuevos antecedentes si era necesario, pero el casero había aceptado su dinero sin hacer preguntas.

No tenía contactos allí y tenía que andarse con cuidado. Y más aún si cabía con la policía husmeando por la zona desde el asesinato de Melinda.

En opinión de Harlow, la estupidez la había matado. Tal vez la cárcel la había oxidado, pero fuera como fuese, ya no era un factor.

La pelirroja ya era otra historia. Pero tenía lo que quería, por ahora. Lo suficiente para mantenerse ocupado por el momento.

Había trabajado contrarreloj en casa del novio, pensó. Había forzado, reconoció. Siempre era mejor entrar en una casa vacía..., pero la puerta no estaba cerrada con llave y el ordenador estaba allí mismo.

Había obtenido la información de todas formas.

Se había arriesgado al acercarse a la pelirroja en la calle, pero también en ese caso había conseguido lo que quería. Más aún, no había percibido que le reconociera cuando le miró.

No había creído que ella fuera el tipo de Jake, pero a lo mejor esa había sido la intención.

Tenía mucho en lo que pensar, pero por esa noche, tenía las cifras delante. Tenía fotografías, tenía emails. Tenía vidas desplegadas en la pantalla.

Descubriría qué hacer con ellas.

Descubriría qué hacer con ellos.

Los rododendros silvestres florecían en las riberas de los riachuelos, ascendiendo por las laderas en llamaradas de color. En la alta montaña, las estrelladas flores amarillas de las clintonias asomaban entre los frondosos y verdes helechos.

Se llevaba a Callie de excursión para buscarlos cuando podía o se sentaba a escuchar la música de los azulejos o los juncos. Una vez estuvieron a una distancia prudencial, dejó que su hija compartiera el milagro de contemplar un oso pescando en el revuelto riachuelo antes de adentrarse entre la vegetación.

Callie celebró su cuarto cumpleaños en el jardín trasero de la casa en la que se había criado su madre, con amigos de su edad, con su familia y con gente que se preocupaba por ella.

Para Shelby fue el mejor regalo de todos.

Hubo tarta de chocolate con forma de castillo con los personajes de *Shrek* repartidos por todas partes, y juegos y regalos, globos y serpentinas.

—Es el cumpleaños más feliz de su vida.

Viola estaba sentada con su bisnieto en brazos, viendo jugar a los niños con uno de los preciados regalos de Callie. Un tobogán de agua.

—Se está haciendo lo bastante mayor como para experimentar lo que es un cumpleaños.

—Es más que eso, abuela.

Viola asintió.

—Es más que eso. ¿Suele preguntarte por su padre?

—No. No lo ha mencionado ni una sola vez desde que vinimos a casa. Es si como se hubiera olvidado de él, y no sé si eso es bueno o malo.

—Es feliz. Algún día hará preguntas y tú tendrás que responderlas, pero es feliz. Está más que claro que tiene una historia de amor con Griff.

Con una sonrisa en los labios, Shelby dirigió la mirada hacia Callie, que se aferraba a las piernas de Griff, calada hasta los huesos.

—Así es.

—¿Y qué me dices de ti?

—No puedo negar que hay algo, y dado que soy feliz con el momento en el que nos encontramos, no pienso demasiado en dónde vamos a terminar.

—Parte de la tristeza y la preocupación ha desaparecido de tus ojos. Tienes mis ojos; se los pasé a Ada Mae, ella te los pasó a ti y tú a Callie —señaló Viola—. No pienses que no puedo leerlos.

—Creo que la tristeza ha desaparecido y que la preocupación ha menguado. ¿Es que no vas a darle la oportunidad a otro de que tenga a ese niño en brazos?

Viola depositó un beso en la frente de Beau.

—Ten. Duerme como un angelito en medio de todo este ruido. Vamos, llévatelo a que le dé el sol unos minutos. No mucho rato aún, pero creo que un poco de vitamina D le vendrá bien.

Era maravilloso tener un bebé en brazos otra vez, sentir su peso y su tibieza, y el

aroma de su cabello. Desvió la mirada hacia su hija. Ya era una niña mayor, que retoñaba como los hierbajos. Y el anhelo le encogió las entrañas cuando Beau agitó una manita en el aire mientras dormía.

Cuando se acercó Clay, casi tan empapado como los niños, ella meneó la cabeza.

—No se te ocurra quitarme al bebé. Estás demasiado mojado para cogerlo en brazos. Además, casi ni lo he tenido.

—Imaginaba que hoy no iba a poder tenerlo demasiado rato.

—Se parece a ti, Clay.

—Eso dice mamá.

—Tiene razón.

—Voy a por una birra; hoy conduce Gilly. ¿Quieres una?

—Me conformo con limonada hasta que esto termine.

Clay le rodeó los hombros con un brazo e hizo que se volviera para caminar con ella hasta el gran cubo donde estaba la cerveza.

—Forrest me ha puesto al corriente de todo lo que te está pasando.

—No quiero que te preocupes por nada de eso. Tienes un bebé recién nacido en el que pensar, por no hablar de Gilly y de Jackson.

Él siguió rodeándola con el brazo. Tenía un modo de abrazar, y siempre lo había tenido, que la hacía sentirse querida, pensó Shelby.

—Tengo espacio de sobra para pensar en mi hermana. No he visto a nadie que se parezca al tal Harlow por el trabajo. Tampoco he visto a nadie parecido por el barrio. Sé que la policía sigue buscando; es lo que tiene que hacer. Pero lo más probable es que se haya marchado. Con todo y con eso... —Cogió una cerveza y la abrió—. Ten cuidado, Shelby. Me siento mejor sabiendo que Griff cuida de ti.

Los hombros que él había relajado se tensaron al instante.

—Me las he arreglado bien cuidando de mí misma.

Clay le dio un trago a la cerveza, y luego un golpecito con el dedo en la nariz; otra costumbre de siempre.

—No te mosquees. Me gusta saber que puedes cuidarte sola. Y aún más que Griff cuide también de ti, así que no hay razón para que te ofendas.

—No me ofend...

El bebé se despertó y soltó un grito lastimero, que hizo que Clay consultara la hora.

—Como un reloj. Es hora de comer.

—Se lo llevaré a Gilly.

No se sentía ofendida, pensó Shelby. Un poco molesta, sí, y tenía todo el derecho. Se había metido en un lío, de eso no cabía la menor duda, pero también había dedicado tiempo, esfuerzo y creatividad considerables a sacar a su hija y a ella misma de ese lío.

No quería que «cuidasen» de ella. Eso se parecía mucho a lo que había dejado que sucediera antes. ¿Acaso no había permitido que Richard «cuidara» de ella? ¿Que tomara todas las decisiones, que llevara las riendas y la condujera a donde él quería?

Pero eso no volvería a pasar. Iba a asegurarse de enseñarle a su hija de cuatro años lo que una mujer podía hacer si trabajaba duro y se mantenía firme.

Si cuidaba de sí misma.

Más tarde bregó con los restos de la fiesta: metió las sobras y tiró los desperdicios en bolsas de basura. Su madre y su abuela recogieron la cocina.

—Voy a compensarlo con una buena tanda de margaritas helados —declaró Ada Mae—. Mamá y yo nos morimos de ganas de tomarnos unos cuantos.

—Me muero de ganas de tomarme un margarita helado.

—Seguro que Forrest y tu padre siguen con la cerveza. —Ada Mae asintió, mirando por la ventana mientras trabajaba—. Parece que ya han guardado las sillas y las mesas de picnic. No sé qué les apetece a Matt y a Griff, aunque espero que Emma Kate se una a nuestra fiesta de margaritas. Deberías preguntarles qué quieren tomar.

—Lo haré.

—O puede que los cuatro queráis salir un rato. Oh, mira lo tierno que es Griff con Callie. —Ada Mae se detuvo para mirar por la ventana con una sonrisa—. Les está atando globos a las muñecas.

—Callie piensa que se elevará del suelo si se ata los suficientes.

—¿Y ves eso? Griff la está levantando y dejando que ella finja que vuela. Ese hombre ha nacido para ser padre. Algunos son así —repuso cuando sacó la batidora grande—. Tu hermano Clay, por ejemplo. Se le dan bien los bebés. Ojalá hubieran podido quedarse un poco más, pero el pequeño Beau tenía que irse a casa y Jackson ya empezaba a dormirse de pie. Aunque a Callie le sigue quedando bastante energía.

—Es la tarta de chocolate y la excitación. No va a estarse quieta hasta la hora de irse a la cama.

—Es obvio que se le cae la baba con Griff y que él le corresponde. Se puede saber el carácter de un hombre por la forma en que trata a los niños y a los animales. Este es un triunfador, Shelby, que va a cuidar bien de ti.

—¡Ada Mae! —dijo Viola entre dientes, mirando al cielo cuando Shelby habló.

—Yo me cuido solita.

—¡Pues claro que sí, cielo! Solo hay que ver la niña alegre y dulce que has criado y, además, sin ayuda. Es evidente que disipa mis preocupaciones verte con un hombre tan bueno... y tan guapo, además. Conocimos a algunos parientes suyos cuando vinieron a visitarle y a ayudarle con la vieja casa Tripplehorn. Buena gente. Deberías salir e invitarle a cenar el domingo.

A Shelby se le empezó a acelerar el corazón. Sabía lo que significaba que una mujer sureña hablara de la familia y de cenas de domingo.

—Mamá, solo hace un par de meses que salgo con Griff.

—Hace que resplandezcas. —Animada y distraída, Ada Mae vertió generosos trozos de hielo en la batidora junto con la mezcla de tequila y margarita—. Y también tu pequeña. Y bien sabe Dios que te mira como si fueras el caramelo relleno de chocolate de la caja. Tiene buen trato con amigos y familia, y tiene su propio negocio. No querrás que se te escape un hombre así.

—Deja que te ayude con eso, Ada Mae —intervino Viola, y encendió la batidora para ahogar cualquier otra palabra.

Shelby no le invitó a cenar el domingo ni sugirió que salieran con Matt y con Emma Kate. Se dijo que no lo estaba evitando los días posteriores, que tan solo tenía muchas cosas que hacer. Que solo tenía que dejar claro que podía cuidarse sola.

Hizo justo eso, pues Callie había ido a jugar con una amiga nueva y tenía la tarde libre.

Se tomó su tiempo para trabajar en el siguiente repertorio, volviendo a la segunda ronda de los años cincuenta. Y con el aumento que había conseguido la semana de antes en ambos trabajos, optó por dedicar ese extra al pago de una sola tarjeta.

Si seguía siendo cuidadosa, si no compraba más vestidos nuevos, dijera lo que dijese su madre, pagaría otra para el día de su cumpleaños en noviembre.

Ese sería el mejor regalo que podría pedir.

Cuando llamaron a la puerta, cerró el ordenador y bajó a abrir.

Griff se encontraba en porche, sonriéndole.

—Hola.

—Hola.

Trató de combatir el revoloteo en su estómago y se apartó para dejarlo entrar, retrocediendo lo justo para evitar un beso.

—Tu madre quiere estantes en la despensa.

—Ya tiene estantes en la despensa.

—Quiere más.

—Eso es típico de mi madre. Te acompaño.

—¿Qué tal todo?

—Bien. Ocupada, como te he dicho antes. Estaba trabajando en el siguiente repertorio y organizando el papeleo. Parece que siempre estoy hasta arriba de papeleo. Aquí es. ¿Lo ves? Tiene estantes.

—Ajá. —Griff entró en la despensa contigua a la cocina y estudió la disposición—. Un tamaño decente. No demasiada luz natural. Muchos estantes, pero... Le vendría mejor que hubiera armarios sobre la lavadora y la secadora. Es en parte un vestidor, ¿no?

Atraída, muy a su pesar, por la idea del rediseño, Shelby frunció el ceño mientras contemplaba el espacio.

—Supongo que podría decirse que sí. Mis padres guardan aquí los zapatos que utilizan en el jardín, y cosas así, como las botas de invierno.

—Le vendría bien quitar esos estantes de ahí y poner un banco con compartimentos abiertos debajo para zapatos y botas. Te sientas y te descalzas. Te sientas y te calzas.

—Así se aprovecha mejor el espacio, ¿no? Seguramente le guste la idea.

—Estantes ahí..., lo bastante altos como para que no te golpees la cabeza. Una encimera para doblar ropa más larga debajo de la ventana. Si fuera mi casa, ampliaría esa ventanera y así entraría más luz. En cualquier caso, pondría una encimera más larga con el fregadero al fondo en vez de en el medio, conservaría la barra de colgar de ahí, pero colocaría armarios bajos con cajones extraíbles debajo. —Se encogió de hombros—. O podría poner estanterías de esquina abiertas allí y ya está. Tomaré las medidas.

—De acuerdo. Te dejo con eso.

—¿Tenemos algún problema? —preguntó mientras cogía su cinta métrica y un lapicero del cinturón de herramientas y sacaba su libreta.

—¿Un problema? No. ¿Por qué?

—Por que es la primera vez que te veo desde la fiesta de cumpleaños de Callie y estás poniendo mucho empeño en mantenerte a una distancia de al menos treinta centímetros de mí.

—Tenía muchas cosas que hacer..., como ya te dije.

Griff tomó algunas medidas y las anotó.

—No me vengas con gilipollices, Shelby. Es ofensivo.

—No lo hago. Es verdad que he tenido muchas cosas que hacer. —Pero él tenía razón: era ofensivo—. Y a lo mejor necesitaba tomarme un respiro. Eso es todo.

—Vale. —Anotó otra medida más, y luego alzó aquellos astutos ojos verdes y los clavó en ella—. ¿He hecho algo que te haya dado la impresión de que te estoy presionando?

—No, no... No has hecho nada. Solo necesitaba... ¿Estás cuidando de mí, Griffin?
Griff anotó algunos números más, hizo un bosquejo rápido y luego bajó la libreta para mirarla de nuevo.

—Desde luego que sí.

—Sé cuidarme solita. —Dado que era verdad, le importaba muy poco si parecía brusca o a la defensiva—. Necesito cuidar de mí misma. No puedo... no quiero... implicarme de nuevo hasta el punto de consentir que alguien asuma el control.

Shelby vio en sus ojos una chispa de mal genio, una sorprendente llama de furia.

—¿Sabes?, me parece fundamental tomar las medidas precisas. Si la cagas con eso, la cagas con todo. Si quieres medirme con Richard, con vuestro pasado juntos, es tu problema, Shelby. Espero que lo soluciones. Pero si vas a medirme a mí con él, solo conseguirás cabrearme.

—No lo hago. No exactamente. ¿Con quién más puedo medirme? Hace seis meses creía que estaba casada.

—Bueno, pues no lo estabas. —Griff dijo aquello de forma tan tajante que no era capaz de decir por qué sus palabras la hicieron estremecerse—. Y me parece que has acertado echando abajo esas paredes y empezando a construir cosas a tu gusto. Si esto no te resulta cómodo, y con esto me refiero a ti y a mí, va a ser difícil de aceptar, ya que estoy enamorado de ti. Pero estar enamorado de ti no significa que vaya a quedarme de brazos cruzados y a dejar que me compares con el hijo de puta que te mintió, te utilizó, traicionó tu confianza y quebró tu espíritu. No voy a tolerar eso. Y no dejaré que me echas a un lado para que puedas respirar porque estoy pendiente de ti del mismo modo que lo haría con cualquiera que me importara algo. —Se guardó el metro en el bolsillo de su cinturón de herramientas—. Soluciona lo que tengas que solucionar. Yo trataré con tu madre.

Pasó por su lado y se marchó antes de que Shelby recuperase la compostura. Él nunca levantaba la voz; de hecho, su tono había sido tan sereno que la dejó helada y se sentía como si le hubieran dado una paliza.

Griff no podía decir esas cosas, no podía hablarle de ese modo y luego marcharse. Había empezado una pelea, eso había hecho, y luego se había marchado antes de que ella pudiera parar el golpe o lanzar un ataque.

No tenía por qué aguantar eso.

Salió de la despensa con paso airado. Oh, pensaba tener unas palabritas con su madre porque si eso no olía a un montaje de Ada Mae para que pasara tiempo a solas con el que había elegido como hombre ideal para su hija, es que no conocía en absoluto a Ada Mae Donahue Pomeroy.

Y la conocía muy bien.

Por frustrante que fuera, o ella había sido demasiado lenta o Griff demasiado rápido, pues oyó su camioneta alejarse antes de llegar a la puerta principal.

Muy bien, se dijo, paseándose de un lado a otro y subiendo después la escalera con paso furioso.

Le había cabreado de lo lindo. Nunca le había visto así.

Porque solo llevaban un par de meses saliendo, se recordó. Había acertado al ir más despacio. Había acertado al dar uno o dos pasos atrás.

Luego hundió la cara en la toalla.

Griff le había dicho que estaba enamorado de ella. Y eso la colmó y la vació de nuevo. Hacía que tuviera ganas de estremecerse, hacía que tuviera ganas de llorar. Hacía que deseara aferrarse a él como si su vida dependiera de ello.

No podía pensar en eso ahora, simplemente no podía. Estaba demasiado alterada como para pensar en eso. Y, de todas formas, él estaba demasiado cabreado como para pensar con claridad.

Iría a dar un paseo, eso haría. Iría a pasear y a aclararse las ideas. Y hablaría con Emma Kate. Necesitaba de verdad hablar con Emma Kate.

Empezó a bajar las escaleras otra vez, un tanto desesperada por salir de la casa. Cuando vio que se abría la puerta principal, prácticamente echó a correr.

—Escúchame bien —comenzó, y se frenó en seco cuando vio a Forrest y a los dos hombres de traje negro detrás de él.

—Alguien te ha cabreado —dijo Forrest con soltura. Y dado que había visto la camioneta de Griff dirigirse al pueblo desde esa dirección, pudo deducir quién había sido el responsable.

—Yo... iba a dar un paseo.

—Eso va a tener que esperar. Estos son los agentes especiales del FBI Boxwood y Landry. Tienen que hablar contigo.

—Oh. De acuerdo. Yo...

—Nos vendría bien algo fresco —prosiguió Forrest.

—Por supuesto. Entren y siéntense. Enseguida vuelvo.

La había enviado a la cocina para darle ocasión de recuperar la compostura, de modo que hizo cuanto pudo para seguir adelante. Debía de tratarse de algo grave, pensó mientras llenaba vasos con hielo y té y añadía brotes de menta como era costumbre en su madre. Tenía que ser grave para llevar al FBI a la casa. Colocó los vasos en una bandeja, agregó las pequeñas servilletas azul claro y se dispuso a sacar un plato para las galletas que su madre servía cuando tenía una visita inesperada.

El FBI no era una visita, pensó, y se llevó la bandeja tal y como estaba.

Oyó que Forrest estaba hablando sobre el descenso de rápidos y diciendo que su hermano Clay les llevaría por una ruta impresionante si tenían tiempo.

El agente alto se puso en pie cuando entró ella y le cogió la bandeja.

—Se lo agradezco —dijo, y Shelby captó el acento de Georgia en su voz.

Era alto, delgado hasta el punto de ser desgarrado, de piel y ojos oscuros, y con el pelo negro rapado.

Dejó la bandeja y le tendió una mano.

—Agente especial Martin Landry. Mi compañero, el agente especial Roland Boxwood. Le agradecemos que hable con nosotros.

—Se trata de Richard. Tiene que tratarse de Richard.

Desvió la mirada de Landry al otro agente.

Boxwood tenía más cintura, más músculo. Era tan rubio como Landry moreno, con el pelo platino y ojos azul claro.

—Siéntate, Shelby. —Forrest le asió la mano y la condujo al sillón con él—. Nuestros amigos los federales han volado hoy desde Atlanta.

—Atlanta —murmuró.

—Me han autorizado a ponerte al corriente. —Le frotó la pierna con rapidez—. Envié lo que tú, Griff y yo hemos recabado. Lo resumí todo y se lo envié a las policías de Miami, de Atlanta, de Filadelfia y etcétera. Y los etcétera se lo enviaron a otros a su vez, y yo envié el resumen al FBI.

—Dijiste que ibas... dijiste que ibas a hacer eso.

—Así es. Bueno, su jefe ha enviado a estos agentes para que hablen contigo en

persona.

Cuando ella asintió, Landry se inclinó hacia delante.

—Señora Foxworth...

—Nunca lo fui, solo creí que... Soy Pomeroy. Por favor.

—Señora Pomeroy, usted vendió unos relojes el pasado mes de febrero. A Easterfield en Liberty, Filadelfia.

—Sí, Richard tenía varios relojes, así que... —Cerró los ojos—. Eran robados, ¿verdad? Debería haberlo sabido, debería haberme dado cuenta. El hombre que me ayudó en el establecimiento no sabía nada. Solo me estaba ayudando. Devolveré el dinero. No...

—No tenía el dinero. Aunque diera lo que había ahorrado, los fondos para la casa, no tenía suficiente—. Si me dan algo de tiempo, devolveré el dinero.

—No te preocupes por eso, Shelby.

Ella meneó la cabeza con ferocidad mientras miraba a Forrest.

—Él los robó y yo los vendí. Usé el dinero. No está bien.

—Hay otros objetos —dijo Boxwood. Tenía una voz grave, que Shelby percibió como amenazadora—. Gemelos, pendientes y un antiguo pasador.

—¡Tengo el pasador! No creía que valiera nada, así que no he intentado venderlo. Se lo traeré.

—Quédate sentada, Shelby. —Forrest presionó la pierna de su hermana con una mano—. Quédate sentada por ahora.

—Todos estos objetos... los que vendió en Pensilvania encajan con objetos que figuran como sustraídos en robos en la región de Atlanta desde mayo de 2011 hasta septiembre de 2014.

—Más de uno —dijo Shelby en voz queda—. Más de un robo.

—Se denunció el robo de numerosos objetos en estos casos. Nos gustaría que echase un vistazo a las fotografías.

—Sí, se lo echaré. Por supuesto. No nos mudamos a Atlanta hasta el otoño de 2011. No vivíamos allí en mayo, pero... Realizó viajes. No sé...

—Vivían allí en abril de 2012 —agregó Boxwood.

—Sí. Vivíamos allí.

—¿Puede decirnos dónde estaban ustedes el 13 de abril de ese año?

—Yo... No. Lo siento, no lo sé. De eso hace más de tres años.

—Piénsalo —rogó Forrest con toda tranquilidad, aunque mantuvo la mano apoyada suavemente en su pierna—. Fue solo un par de días antes de Semana Santa. Era Viernes Santo.

—Oh. Semana Santa, y Callie tendría casi un año. Le compré un trajecito, un sombrerito y todo. Ese viernes fui a que le hicieran unas fotos. Las tengo en su álbum. Tenían atrezo; pollitos pequeños y conejitos de peluche. Cestas y huevos de colores. Les envié copias a mamá y a la abuela.

—Me acuerdo de esas fotos.

—Eso fue el viernes por la tarde. No recuerdo la hora exacta. Fue en ese lugar llamado Niñografías. Un nombre muy ingenioso. Me acuerdo porque volví a llevar a Callie para que le hicieran más fotos. La fotógrafa... se llamaba Tate... Tate..., ay, Dios mío..., Tate Mitchell. Estoy segura, estoy segura de que se llamaba así. Y después, esa primera vez el Viernes Santo, le puse a Callie ropa para jugar y la llevé a comer helado como premio. La soborné con eso, le dije que si se portaba bien me la llevaría a comer helado; incluso tan pequeña conocía la palabra «helado». Fuimos a Morelli.

—El mejor helado de Atlanta —repuso Landry.

—¿Ha estado allí? A Callie le encantaba ir. Fuimos a Morelli aun sabiendo que luego no tendría ganas de cenar. Recuerdo eso, recuerdo que pensé: «En fin, ahora no va a querer cenar», así que tenía que ser última hora de la tarde.

—¿Qué me cuenta de esa noche? —la instó Boxwood.

—Deje que piense. —Se presionó los ojos con los dedos—. Deje que intente recordar y visualizarlo. Había tráfico..., eso lo recuerdo..., y Callie se quedó dormida en el coche. Estaba un poco preocupada porque no iba a llegar a casa antes que Richard. No le gustaba no saber de mi paradero. Pensé en enviarle un mensaje, pero no lo hice. No le gustaba que le llamara o le enviara mensajes cuando estaba trabajando. —Bajó las manos y tomó aire para serenarse—. Llegamos a casa, debían de ser alrededor de las seis. Charlene, que se ocupaba de cocinar un poco y hacer algunas tareas de la casa, tenía libre el puente. Así que Charlene no estaba allí y yo me alegré de tener el apartamento para mí sola. Charlene me caía bien, no quiero decir que no fuera así.

—Pero la casa estaba en silencio, al estar solas usted y su hija.

Shelby asintió al comentario de Landry.

—Sí, así es. Callie estaba un poco cascarrabias con todo lo de las fotos, el helado y la siesta en el coche, pero la dejé con Fifi, su perro de peluche, y unos bloques de construcción. Le gustaban esos bloques que hacían ruido. Preparé la cena a toda prisa. Juro que no puedo recordar qué preparé, pero la tenía hecha a la siete y media y me sentí aliviada. Pero él llegaba tarde. Richard. La metí en el calentaplatos y di de cenar a Callie, le llevé la cena a Callie, la convencí para que comiera un poco y lo hizo, ya que había esperado hasta que bajó el helado. La bañé, le leí un cuento y la acosté. Luego le envié un mensaje a Richard para decirle que le había dejado la cena en la nevera y que se la calentara si yo ya estaba acostada cuando llegara. Supongo que estaba furiosa, pero también cansada.

Se frotó la sien sin parar mientras trataba de recordarlo todo de nuevo.

—Me fui a la cama no mucho después de que Callie se durmiera. No le oí llegar. Le vi por la mañana. Miré y vi que había dormido en la habitación de invitados. —Parecía tan personal dónde había dormido él que tuvo que luchar para no sonrojarse—. Él... eh... a veces usaba la habitación de invitados si llegaba tarde. Preparé el desayuno para Callie y puse a cocer unos huevos. Íbamos a pintar huevos para Pascua más tarde. Richard no se levantó hasta casi el mediodía y estaba de muy buen humor. Eso también lo recuerdo con claridad, porque estaba de muy buen humor y todo eran risas y entusiasmo. Recuerdo que hizo reír a Callie. Supongo que se daba cuenta de que yo estaba un poco molesta y dijo algo... no me acuerdo qué porque siempre tenía alguna excusa. Reuniones tardías, de las que no podía escaquearse, lo que fuera. Luego él... —Su voz se fue apagando mientras se estrujaba las manos con fuerza—. Ay, Dios mío, el pasador. Me dijo que tenía una cosilla para mí por ser Pascua y me dio el pasador. Me dijo que debería arreglarme el cabello y vestir a Callie. Que iba a llevar a sus mujeres a comer. Casi nunca quería llevar a Callie a ninguna parte y ella estaba tan contenta que dejé la irritación a un lado. Hice justo lo que él quería. Me había acostumbrado a hacer lo que él quería. El pasador. —Apretó los labios—. Lo había robado y me lo dio como quien le da una galleta a un perro.

Respiró hondo.

—Supongo que pueden comprobar la hora de las fotografías, pero no puedo demostrar lo demás. Seguramente alguien me vio entrar con Callie, pero no sé por qué iba a acordarse después de tanto tiempo. Y no había nadie en casa. Si creen que estaba con Richard, si creen que formaba parte de lo que hacía, no puedo demostrar lo contrario.

—Son muchos detalles de un día tan lejano en el tiempo —señaló Boxwood.

—Fueron la primera Pascua de Callie y las primeras fotografías de estudio. Quise que nos hiciéramos una foto familiar cuando nació, pero Richard nunca tenía tiempo. Así que esto era algo especial. Ella... Tate... hizo una foto de las dos y yo se la envié a mis padres; era especial. Callie se había quitado el sombrero y tenía el pelo alborotado, como me pasa a mí. Yo había ido a la peluquería para que me lo alisaran como a Richard le gustaba. Es una de mis fotos preferidas. —Se levantó y la cogió de la repisa de la chimenea—. Esta nos la hicieron ese Viernes Santo.

—No cabe duda de que se parece a la madre —comentó Landry.

—Cuando se trata de Callie, Shelby se acuerda de todo —intervino Forrest.

—Supongo que sí. Sobre todo, de las primeras veces. —Dejó de nuevo la foto sobre la repisa y se sentó junto a Forrest—. ¡Oh! —Recordó algo de repente e hizo ademán de levantarse del sillón pero Forrest se lo impidió—. Lo escribí en el álbum de mi bebé. Escribí acerca de las fotos y añadí una de ellas. Puedo traérselo.

—No creo que sea necesario por ahora, señora Pomeroy.

—No es fácil reconocer que eres idiota, que te han engañado —dijo, midiendo las palabras—. No sabía que estaba robando, que estaba estafando a personas y que yo estaba viviendo en ese elegante apartamento, tenía toda esa ropa y alguien que me ayudara con el trabajo porque él robaba y engañaba a la gente. No puedo volver atrás y cambiar las cosas. ¿Quieren que les traiga el pasador? Lo tengo guardado. Podrían devolvérselo a quien se lo robó.

—Creemos que robó el pasador, uno de los relojes que usted vendió y otros objetos valorados en aproximadamente sesenta y cinco mil dólares a Amanda Lucern Bryce, de Buckhead. Su hija la encontró el 14 de abril de 2012. Era un sábado por la tarde.

—¿La encontró?

—Se había caído... o la habían tirado... por las escaleras de su casa. Se rompió el cuello en la caída.

La sangre abandonó el rostro de Shelby cuando miró a Boxwood.

—¿Está muerta? ¿La mataron? Richard... Estaba de muy buen humor. Hizo reír a Callie. Lo siento, necesito un respiro. —Se levantó de golpe con las piernas temblorosas—. Discúlpenme.

Fue con paso rápido hasta el aseo y se inclinó sobre el lavabo. Tenía el estómago revuelto, pero no podía vomitar. No podía vomitar.

Lucharía contra eso. Solo tenía que respirar. Solo tenía que tomarse unos minutos y respirar, y luego podría enfrentarse a lo que fuera.

—Shelby. —Forrest llamó a la puerta.

—Dame un minuto, por favor.

—Voy a entrar.

—Necesito un puñetero minuto —espetó cuando él abrió la puerta. Ella se arrojó a sus brazos—. ¡Ay, Dios mío, ay, Dios mío, Forrest! Nos llevó a comer. Dejó ahí tirada a la mujer a la que robó, y vino a casa y se fue a dormir. Luego nos llevó a comer. Pidió champán. Estaba de celebración. Estaba de celebración y había dejado a esa mujer allí tirada para que la encontrara su hija.

—Lo sé. Lo sé, Shelby. —Le acarició el pelo, meciéndose un poco con ella entre sus brazos—. Y el día menos pensado habrías sido tú. Eso también lo sé.

—¿Cómo pude no ver lo que era?

—No lo viste. Y no eres la única. Nadie cree que formarás parte de eso.

—Eres mi hermano, claro que no crees eso.

—Nadie lo cree —repitió, y la apartó para mirarla a los ojos—. Tienen que cumplir su cometido. Vas a echar un vistazo a las fotos de los objetos robados, de la gente a la que se los robó. Cuéntales todo lo que sepas. Es lo único que puedes hacer, así que eso es lo que vas a hacer.

—Quiero ayudar. La ropa con que me visto, la ropa con que visto a mi pequeña, Forrest. Me enferma saber de dónde proceden.

—Dime dónde está el pasador. Yo iré a por él.

—En el cajón de arriba del tocador del cuarto de baño que comparto con Callie. Tengo un neceser ahí. Todas mis horquillas están dentro. Es de madreperla con piedrecitas azules y blancas. Creía que era falso, Forrest. Nunca se me ocurrió pensar que... Es un pasador, así que nunca le di importancia.

—No te preocupes por eso. Si no quieres seguir hablando con ellos ahora, les diré que has terminado.

—No, quiero contarles todo lo que sé. Todo lo que no sabía que sabía. Voy a bajar ya.

—Cuando estés cansada, dilo.

—Quiero que se termine.

Volvió y Landry se levantó una vez más.

—Lo siento —comenzó.

—No se disculpe. Le agradecemos su colaboración, señora Pomeroy.

Shelby se sentó y cogió su vaso de té. Gran parte del hielo se había derretido, aunque estaba bastante frío.

—¿Mató a más gente? ¿Lo saben?

—Es posible.

—Nunca se mostró violento con Callie ni conmigo. De haberlo hecho... habría sido diferente. No le prestaba demasiada atención, y a mí, cada vez menos. A veces me decía cosas, cosas crueles, pero nunca fue violento. —Dejó el vaso de nuevo con sumo cuidado—. Nunca me di cuenta de lo que era. De haberlo hecho, jamás le habría dejado acercarse a mi hija. Espero que puedan creer eso. Callie llegará a casa dentro de una hora. Si no hemos acabado para entonces, tendremos que irnos a otra parte o esperar hasta mañana. No quiero que ella oiga nada de esto. Acaba de cumplir cuatro años.

—No hay problema.

—Si pudieran darme otra fecha... Si pudiera descubrir algo por entonces, unas vacaciones o una cita médica, algún hecho destacado, podría decirles qué estaba haciendo. Qué estaba haciendo él. No sé qué más puedo hacer para ayudarles. Quiero ayudar.

—Ciñámonos a Atlanta por ahora y avancemos desde ahí. —Landry hizo una señal a Boxwood.

—Ocho de agosto del mismo año —dijo Boxwood.

—El cumpleaños de mi padre es el nueve de agosto y Forrest nació el cinco. Siempre celebrábamos una fiesta de cumpleaños doble el sábado o el domingo más próximos. Yo quería venir. Hacía tiempo que no venía a casa, y quería que Callie viera a su familia. Richard dijo que no. Teníamos que asistir a una gala benéfica el sábado y no podía largarme para ver a mi padre. Yo era su esposa y se esperaba que asistiera y actuara como si ese fuera mi lugar. Era en el Ritz-Carlton, en Buckhead.

—El sábado, ocho de agosto de 2012, robaron joyas y sellos raros por un valor de cientos de miles de dólares de la casa de Ira y Gloria Hamburg. Asistieron a la gala en el

Ritz aquella noche.

—Igual que en Florida —apostilló Shelby—. Joyas y sellos. Debía de ser una...
especialidad suya.

—Podría decirse así —respondió Landry—. Háblenos de esa velada.

Había conocido a los Hamburg, al menos un poco, y había asistido a una cena en su casa. Richard había jugado al golf con Ira Hamburg unas cuantas veces, y Richard y ella los habían invitado al club de campo. Habían charlado con ellos en otras galas o fiestas benéficas de vez en cuando.

No le costó recordar algunos de los detalles de esa noche en particular, ya que se había imaginado a su familia allí, en la casa en que se encontraba ahora, celebrando los cumpleaños... y los había echado de menos a todos.

Recordó que Richard le llevó una copa de champán en un momento dado y le dijo con impaciencia que hiciera el favor de relacionarse y que dejara de mostrarse taciturna, por Dios bendito. Que iba a salir un rato para fumarse un puro y hablar de negocios con un par de posibles clientes.

No sabía decir cuánto tiempo estuvo alternando, deambulando, pujando por un par de artículos en la silenciosa subasta tal y como él le había ordenado que hiciera. Suponía que más o menos una hora.

—Estaba de buen humor cuando me encontré. Dijo que me había estado buscando y que por qué no íbamos a ver cómo iban nuestras pujas antes de que se cerrara la subasta. Pensé que había hecho algún negocio porque estaba de mejor humor y luego hizo una puja alta por un lote de vino.

—Los Hamburg viven a poco más de un kilómetro y medio del hotel —puntualizó Boxwood.

—Lo sé.

Le preguntaron por otras noches, días y momentos. Algunos pudo recordarlos, pero otros estaban perdidos en medio de la niebla. Reconoció algunos gemelos, los pendientes de diamantes, y una pulsera de tres vueltas con diamantes y esmeraldas que Richard le había regalado, aunque luego la acusó de perderla cuando desapareció de su joyero.

Forrest se demoró después de que se marcharan los del FBI.

—¿Quieres que me quede?

—No, no, estoy bien. Mamá no tardará en volver con Callie. Solo una cosa: ¿me creen? No respondas como hermano, sino como agente de policía.

—Te creen. Han jugado al poli bueno y el poli malo, y Boxwood ha intentado confundirte de vez en cuando mirándote mal. Pero ambos te han creído. Has sido de utilidad, Shelby. Ahora, lo mejor es olvidarlo. Dejar que el FBI haga su trabajo.

—He vendido propiedad robada.

—Tú no sabías que era robada; no tenías ningún motivo para pensar que lo era. Lo solucionaremos.

—¿Cómo pude no verlo..., cómo pueden creer que no lo sabía? Te juro que si no supiera que yo no sabía nada, yo misma no me creería.

—El Asesino BTK tenía esposa y dos hijos, vivía en una comunidad e iba a la iglesia. Nadie sabía lo que era. Algunas personas llevan bien la máscara, saben compartimentar más de lo normal, Shelby.

—No estaba bien, ¿verdad? Quiero decir que Richard no podía estar bien en su

fuero interno si fue capaz de hacer todo lo que hizo.

—El agente de policía te responde que era un sociópata, y un loquero seguramente tendría un montón de términos elegantes para lo que él era. Pero no, no estaba bien. Se acabó: eso no volverá a ocurrirte. Vas a tener que enfrentarte a una parte, pero sobre todo tienes que mirar al presente y al futuro.

—Eso intento hacer. Pero el pasado no se va. No dejo de descubrir más cosas.

—Eres una Pomeroy por cuyas venas corre sangre MacNee. Le harás frente. Llámame si me necesitas, ¿me oyes?

—Lo haré. No sé qué habría hecho si no hubieras estado conmigo hoy.

—Esa es otra cosa de la que jamás tendrás que volver a preocuparte.

Shelby pensó que si los habitantes de Rendezvous Ridge no sabían lo del FBI, no tardarían en hacerlo. Se lo contó todo a sus padres tan pronto le fue posible.

A la mañana siguiente, antes de que llegara el primer cliente al salón, se lo contó a su abuela y al resto del personal.

—He pensado que todas debíais saberlo.

—Ada Mae me llamó anoche y me lo contó todo —comenzó Viola—. Te voy a decir lo que le dije a ella. Nada de esto es culpa tuya, nada de nada. Y podemos considerar que aquella tormenta fue la mano de Dios asegurándose de que Callie y tú os librabais de ese hijo de puta.

—Preferiría que no estuviera muerto —dijo Shelby al cabo de un minuto—. Preferiría que estuviera vivo para poder decirle lo que pienso de él. Odio que muriera creyendo que yo no valía nada. Odio que muriera sabiendo que en ningún momento tuve la menor idea de lo que había hecho.

—El ex de mi hermana tuvo a una mujer en Sweetwater durante seis años —habló Vonnie—. Tenía un apartamento allí con ella y todo. Ninguno de nosotros sabía nada... y ese hombre iba a la iglesia luterana todos los domingos que estaba en el pueblo. Era entrenador de la liga infantil y pertenecía al club del alce. Lydia podría no haberse enterado nunca de no ser porque la mujer de Sweetwater la llamó y se lo contó todo cuando descubrió que Lorne estaba liado con otra mujer. —Vonnice se encogió de hombros—. Supongo que no es lo mismo, pero solo digo que todos teníamos a Lorne por un santo hasta que supimos que no lo era.

—No siempre conocemos a alguien todo lo bien que creemos conocerlo. —Crystal preparó su puesto para su primera cita—. ¿Os acordáis de la prima de Fayetteville de mi buena amiga Bernadette? Bueno, pues su marido malversó doce mil dólares de la empresa de informática de su suegro antes de que lo descubrieran. La prima de Bernadette siguió con él después de eso. Y si quieres saber qué pienso yo, pues es que alguien que roba a la familia no vale una mierda.

—Joder, eso no es nada. —Lorilee cerró los puños contra las caderas—. Todas recordaréis que estuve a punto de casarme con Lucas John Babbott. Hace unos diez años estaba lista para recorrer el pasillo de la iglesia con ese hombre. Algo me decía: «No lo hagas, Lorilee», así que no lo hice, pero estuve cerca. Y descubrí que había heredado la cabaña de su abuelo cerca de Elkmont. ¿Sabéis que hacía en ella? Ese hombre cocinaba metanfetaminas y ahora está en la cárcel.

Otras siguieron con el tema. Viola se acercó para rodear a Shelby por la cintura.

—La gente me pregunta: «¿No quieres jubilarte, Vi? Jack y tú podríais viajar o pasaros el día sentados en el porche bebiendo limonada». Y yo pienso: «Bueno, no pondría un pie lejos de este sitio ni por todo el oro del mundo». ¿En qué otro lugar tienes semejante

entretenimiento? Y súmale la caja que hacemos mientras nos divertimos. —Le dio un beso en la mejilla a Shelby—. Has hecho lo correcto al contárselo a todas sin tapujos.

—Son como de la familia.

—Son familia. ¡Crystal! Veo a tu cita de las nueve en punto cruzando la calle. Chicas, a trabajar.

Al día siguiente quedó con Emma Kate para tomar algo después de trabajar... y después de haberse pasado toda una hora con Bitsy.

—Yo invito. Te lo debo.

—No voy a rechazarlo. —Shelby sacó su cuaderno y lo abrió—. Vale, primero la fiesta de compromiso. Todo está decidido: la hora, el lugar y la fecha. La he disuadido con respecto a las flores y la comida. Solo sugerencias sutiles en cuanto a dejar la artillería pesada para la boda. Que si por qué no hacíamos que esto fuera bonito y elegante, que si a veces la elegancia estaba en la sencillez. Como has decidido que el amarillo y el rojo violeta sean los colores de tu boda, también la he alejado de eso. Le he dicho que por qué no optábamos por el blanco nupcial. Eso es lo que querías, ¿no?

—Sí. Solo flores blancas. ¿Has conseguido que acceda?

—Le he enseñado fotos que he encontrado en revistas y en internet y le han entusiasmado. Luego, como yo ya había hablado con la florista y lo habíamos concertado todo, le he dicho que pidiéramos esas enseguida. La he convencido cuando su entusiasmo estaba en el apogeo. —Satisfecha y orgullosa, Shelby se agarró las manos—. Está hecho.

—Te debo dos copas.

—Emma Kate, me debes tantísimas copas que empiezo a contarlas y no acabo. Hemos renunciado a esa orquesta de Nashville que quería contratar a favor de los Red Hot and Blue... que sugirió Tansy y que a ti tanto te gustaron.

—Ay, Dios mío, ¿no tendremos hombres de traje blanco tocando valeses? A Matt y a mí nos encantaron los Red Hot and Blue cuando tocaron en El contrabandista.

—Habrá algo de marcha y será una buena ocasión para que Matt y tú veáis si los queréis para la boda, si queréis otra cosa o preferís un DJ, dado que aún no te has decidido. —Shelby fue siguiendo la lista de forma meticulosa—. Luego le he dicho a tu madre que yo trabajaría con el hotel porque ella tenía que estar despejada y ser la madre de la futura novia, y la he obligado a contarme qué iba a ponerse y qué quería hacerse en el pelo. Y he plasmado la decoración de las mesas, las flores y todo eso en unas cartulinas. —Shelby se frotó las uñas en la manga de forma exagerada—. La he dejado flipada, sí, señor, y luego no le he dado ocasión de divagar.

—¡Cartulinas!

—También he decidido que no te lo voy a enseñar. Vas a confiar en mí y a llevarte una sorpresa. Sabrás hasta el más mínimo detalle de la boda, pero esto va a ser una sorpresa y te prometo que te encantará.

—¿No tengo que pensar en ello?

—No tienes que pensar en ello.

—Si no quisiera a Matt, a lo mejor cambiaba de opinión y me casaba contigo. Pero claro, él tiene ciertos atributos de los que tú careces, por no mencionar que entre Griff y él pueden arreglar cualquier cosa. Ahora mismo está en casa de Griffin, echándole una mano durante un par de horas. Imagino que acabarán siendo tres, ya que Matt está entusiasmado con la idea de buscar la propiedad adecuada y construir una casa o hacer lo que hace Griffin y buscar una casa antigua que rehabilitar.

—¿Estás preparada para todo eso?

—Igual que confío en que tú vas a hacer que todo esté precioso, confío en que él se ocupe de eso. Tendré mucho que decir al respecto, pero dejaré que empiece él.

—Entonces, de acuerdo. —Shelby se sentó mejor y se inclinó hacia delante—. Hablemos de la boda.

Hicieron planes mientras Shelby tomaba notas.

—Deja eso por ahora. —Veinte minutos después, Emma Kate señaló el cuaderno—. La cabeza me empieza a dar vueltas.

—Ya tenemos por dónde empezar.

—Más que eso, y ya es hora de cambiar de tema. Quiero que hablemos de ti. ¿Has tenido noticias del FBI?

—No. Sigo esperando que vengan de nuevo a casa con una orden de detención por complicidad tras el delito o algo parecido. Pero no lo han hecho.

—Si creen que has tenido algo que ver en todo eso, no merecen ser agentes especiales.

Forrest decía lo mismo, pensó Shelby, pero le tranquilizaba oírsele a su mejor amiga.

—Voy a revisar todas las fotos y las cartas otra vez. Necesitaba dejarlo estar un par de días para poder empezar de cero. A lo mejor recuerdo algo más o descubro alguna otra cosa.

—¿Para qué, Shelby?

—Para saber. Solo para saber. No espero encontrar un mapa del tesoro que lleve a lo que robó en Miami ni a las demás cosas que robó y que no han sido halladas. Se supone que hay otras cosas que no se han encontrado. Pero saber me parece importante.

—Ojalá te olvidaras de ello, pero a la chica con la que me crié nunca se le ha dado bien olvidarse de las cosas cuando eran importantes para ella.

—Esto es importante para mí. ¿Y si descubro algo que conduce a alguna otra cosa, que a su vez lleve a la policía a algún lugar y a que lo encuentren? Al menos esa mujer y su hijo de Miami tendrían eso.

—Shelby. —Emma Kate le asió la mano y le dio un apretón—. Estás buscando la forma de compensarles de algún modo, de la misma manera que estás saldando la deuda. Y nada de esto es obra tuya, nada. Y esa es una de las razones..., y lo digo porque te conozco..., de que hayas pisado el freno con Griff.

Shelby se removió en su asiento mientras organizaba sus notas para mantenerse atareada.

—Eso no es exactamente así.

—Se acerca mucho. Parecíais felices juntos. Parecíais estar bien juntos.

—Yo solo quería ir un poco más despacio.

—Tienes que ir a tu propio ritmo, y yo jamás diría lo contrario.

—Supongo que él tenía mucho que decir al respecto.

—No mucho, no a mí. Tampoco a Matt, o se lo habría sonsacado. Él no es una caja fuerte como Griff y, en todo caso, me sé la combinación. Imagino que es posible que diga algo más esta noche, trabajando en la casa mientras se toma una birra y ese tipo de cosas. Yo se lo sonsacaré a Matt sin problemas.

—Estaba muy cabreado. Es difícil saber cómo lidiar con un hombre que se cabrea de una forma tan... lógica.

—¡Odio eso! —Emma Kate rió, apoyándose en el respaldo—. No se puede ganar a la lógica; en realidad, no.

—Y ¿sabes qué hace que sea peor? Pasó por casa mientras yo estaba trabajando. Sabía que yo estaba trabajando y que mi madre estaba con Callie. Mi madre dice que salió otra vez con Callie y se pasó casi una hora con ella en los columpios y con el cachorro.

—¡Vaya! Eso te demuestra la clase de individuo ruin al que te enfrentas.

—Vale, Emma Kate. —Shelby exhaló un suspiro—. No sé qué hacer con exactitud. Tengo derecho a estar cabreada por algunas de las cosas que dijo.

Emma Kate enarcó las cejas mientras bebía un sorbo de vino.

—¿Cosas lógicas?

—Supongo que sí desde su punto de vista, pero eso no hace que sean menos desagradables para mí.

—Confío en ti para que organices la fiesta de compromiso y aún no me has fallado.

—Y no lo haré.

—Por eso confío en ti. ¿Por qué no confías tú en mí?

—Yo... Pues claro que confío. Confío en ti.

—Estupendo. Ve allí y habla con Griff.

—Oh, pero...

—¿He puesto yo algún «pero» a la fiesta? De eso nada —replicó Emma Kate con rotundidad—. Así que confía en lo que te digo y ve a hablar con Griff. Matt dice que lleva días inquieto. Me doy cuenta de que tú también, que quizá lo necesitabas, pero se acabó. Ve a hablar. De un modo u otro, os sentiréis mejor o, por lo menos, sabréis en qué punto estáis.

No iba a hacerlo. ¿No sería mejor dejar que las aguas se tranquilizaran una temporada? Pero la idea se aposentó en el fondo de su cabeza, y le incordió durante la cena y durante el ritual a la hora de acostar a Callie.

Se dijo que debía ponerse cómoda y pasar el resto de la noche revisando las fotos y las cartas otra vez. Pero no era capaz de hacerlo.

Bajó al salón, donde sus padres estaban inmersos en su propio ritual de ver la tele y bordar.

—Callie está acostada. Me pregunto si os importaría que saliera un rato. Hay algo que me gustaría hacer.

—Vete. —Su padre le dirigió una sonrisa distraída antes de volcar de nuevo toda su atención en el partido—. Nosotros no nos vamos a ninguna parte.

—Lo más lejos que voy a arrastrar a tu padre es al porche delantero cuando se acabe el partido. Nos vamos a sentar a tomarnos un vaso de té y a oler las rosas que trepan por la celosía.

—Disfrutad y gracias. No tardaré mucho.

—Tómate tu tiempo —dijo su madre—. Y píntate los labios y ahuécate un poco el pelo. No puedes ir a ver a Griff sin pintarte los labios.

—No he dicho que vaya a ver a Griff.

—Una madre sabe esas cosas. Píntate los labios.

—No tardaré —repitió Shelby, y se marchó antes de que su madre le sugiriera que se cambiara de ropa.

Griff no se había duchado en todo el día porque había decidido que aún no había terminado su jornada. Siguió manos a la obra incluso después de que Matt se marchara. Hizo un breve descanso, dejó salir al perro, se preparó un sándwich y dejó entrar al perro, pero continuó concentrado en el trabajo.

Había terminado el armario y, gracias a Matt, había colocado el pladur en el interior y lo había lijado una segunda vez. De modo que se centró en el asiento de ventana que había diseñado para las ventanas de doble acristalamiento que daban al patio trasero. Sería un agradable lugar en el que sentarse... con un práctico espacio de almacenaje debajo.

Imaginaba la habitación terminada con suma claridad. Y aunque esa imagen le irritaba la mitad del tiempo, se ceñiría a ella.

Tenía la costumbre de aguantar.

Una vez hubo lijado el armario, terminado el asiento de ventana y las molduras, vio que la habitación entera necesitaba pintura y una buena limpieza. Bueno, y unos cuantos agujeros con el taladro: protectores para tomas de corriente, protectores para interruptores y suponía que una lámpara de techo con ventilador, cuya preinstalación ya había hecho.

Tenía que encontrar la adecuada, una que encajase con su imagen de la estancia.

Quizá echara un vistazo por internet esa noche, a ver qué encontraba.

Luego estaba el pequeño baño privado, del que se ocuparía a continuación, probablemente la noche siguiente o dentro de dos, si tenía tiempo.

Tenía música puesta, de modo que no oyó nada hasta que Snickers empezó a ladrar. Cuando el perro salió de la habitación y corrió escaleras abajo, Griff se quitó los auriculares.

Cogió su martillo, comprobó su peso y se dispuso a salir con él. En ese momento oyó que llamaban —necesitaba de forma imperiosa poner un timbre— y pensó que dudaba mucho que el intruso del ordenador se molestara en llamar, por lo que echó un vistazo por la ventana del descansillo.

Y vio el monovolumen de Shelby.

Las emociones surgieron a borbotones, chocando entre sí, contrastando unas con otras. Placer. Dios, cuánto había echado de menos la mera contemplación de su rostro. Irritación. ¿Quién tenía la culpa de que no hubiera visto su cara? Desconcierto, ya que no era habitual en ella pasarse después de las nueve de la noche.

Dejó el martillo en los escalones y bajó el resto del tramo, hasta donde el perro ladraba y meneaba el rabo delante de la puerta.

Abrió y se preguntó cómo había logrado impedir que su corazón se postrase a los pies de Shelby.

—Espero que no te moleste que me haya pasado —comenzó—. Quería hablar contigo.

Y Griff quería cogerla en brazos, sentir cómo se aferraba a él mientras él la besaba hasta que ambos se quedaran sin aliento.

—Claro.

—Hola, Snickers. Qué perro tan bueno —lo tranquilizó mientras se agachaba para acariciarlo—. Fíjate cuánto ha crecido ya. Quizá podríamos sentarnos fuera. Hace una noche estupenda.

—Claro que podemos. ¿Quieres una copa u otra cosa?

—No, no te molestes. Estás trabajando. Hueles a serrín y a sudor, en un buen sentido.

—Solo trasteo con un par de cosas. Me vendrá bien un descanso.

—Sé que estás cabreado conmigo —comenzó después de tomar asiento, y siguió acariciando al perro, que subió las patas delanteras a sus rodillas—. Y dejaste muy claro por qué.

—Vale.

—Intenté explicarte mis razones, pero no creo que las entendieras.

—Sí las entendí —replicó—. Solo que no estoy de acuerdo con ellas.

—Tú no has vivido mi vida, Griffin. Una vida que hace que los federales se presenten en tu casa.

—Ya me he enterado y he oído que te estaban agradecidos por tu colaboración.

—Forrest.

—No está difundiendo secretos de Estado. Además, ellos hablaron conmigo.

—Ellos... —Dejó las manos quietas; giró la cabeza de repente—. ¿Vinieron aquí?

—Solo para charlar. Tampoco es un secreto de Estado que tú y yo hemos pasado tiempo juntos desde que volviste. No supuso ningún problema.

Los ojos de Shelby chispearon, centellearon. Mal genio, animadversión y frustración: veía la mezcla con toda claridad.

—¿Por qué no entiendes que para mí sí es un problema que hayan venido aquí y te hayan preguntado por algo con lo que no tienes ninguna relación?

—Tú tampoco has vivido mi vida, Shelby. Sabían del asunto del ordenador, así que siguieron adelante. Según yo lo veo, tener a la poli local y a los federales implicados en esto es algo bueno.

—Mató a alguien.

—¿Qué?

—¿No te contaron eso, y Forrest optó por no compartir esa información contigo?

—No, y no te muestres tan arrogante al respecto. Tu hermano es amigo mío — prosiguió antes de que ella pudiera arrojarle otra cosa—. Él no me informa a mí. Habla conmigo.

Sí que se había mostrado arrogante al respecto, admitió Shelby, pero... Deja eso a un lado, se ordenó, y di lo que tienes que decir.

—Richard mató a una mujer en Atlanta. O se cayó por las escaleras, no está del todo claro, mientras él le robaba. La dejó allí, la dejó allí, muerta o muriéndose en el suelo, y se marchó. Ese era el hombre con el que creí haberme casado, con el que tuve una hija, con el que viví casi cinco años.

—Es duro para ti, y lo siento. Pero lo que hizo, quién era y lo que era no tiene nada que ver conmigo. No tiene nada que ver contigo y conmigo.

—Tiene mucho que ver conmigo, así que eso significa que tiene que ver contigo y conmigo. ¿Por qué no puedes entenderlo?

—Porque esto es el presente —adujo sin más—. Porque estoy enamorado de ti. Porque veo que tienes sentimientos por mí. Quizá no estén tan avanzados como los míos, y eso no puedo discutirlo, pero tienes sentimientos. Lo que veo es que los estás bloqueando, y a mí con ellos, porque un sociópata, un estafador, un ladrón, y al parecer un asesino hijo de puta te utilizó y te engañó, y tú estás permitiendo sentirte culpable y responsable por ello.

—Tengo que ser responsable de mis propias decisiones, de mis actos y de sus consecuencias.

—Vale —admitió al cabo de un momento—. En eso tienes razón. Bueno, ¿cuándo vas a dejar de flagelarte por todo ello?

—No puedo cometer otro error.

—Yo no soy un error. —Se levantó de golpe y tuvo que alejarse para recuperar el control y aferrarse a él—. No me cuelgues eso a mí.

—No, no, soy yo. Es...

—¿No eres tú, soy yo? Todo un clásico.

—Oh, cierra el pico un momento. ¡Cierra el pico! Siento algo por ti y eso me asusta. No puedo huir con mis sentimientos otra vez porque vale, esto es el presente. Ahora tengo una hija. Tengo que construir una vida para ella, para las dos. Debo saber que estoy haciendo lo correcto, que no me limito a coger lo que quiero para mí. Necesito tomar aire, joder. Necesito calmarme y pensar, no solo sentir. He hecho daño a alguna gente. He hecho daño a mi familia y no pienso repetirlo. Me he hecho daño a mí misma durante esta larga huida. —Se levantó igual que había hecho Griff y fue hasta la barandilla al otro lado de los escalones y de él. Al fondo del jardín, entre los árboles, las decenas de luciérnagas eran todo un espectáculo: infinidad de flashes de cálida luz en la oscuridad—. No me estoy flagelando, o no demasiado. Ni me compadezco de mí misma. Eso se acabó. He vuelto a casa y he traído a mi hija conmigo, y estoy construyendo una vida para las dos. Eso es lo correcto. Me siento bien. Habría sido suficiente, Griffin, habría sido más que suficiente para mí. Entonces tú... Yo solo... Surgieron... hay... sentimientos.

—Yo quería ir más despacio. Pensaba que salieras conmigo y con Emma Kate y Matt unas cuantas veces, durante quizá un par de meses. Que te acostumbraras a estar conmigo. Luego te invitaría a salir. No he seguido el plan.

—¿Tenías un plan?

—Siempre tengo un plan. Lo único que pasa es que a veces descubres cómo mejorarlo todo con un cambio o con algunos cambios. Así que lo haces. Yo quería ir más despacio, pero... ¿Te he presionado?

—No. —Estaba mal, reconoció que era injusto y estaba mal dejar que él lo creyera así—. No, no me has presionado, Griff. Tú... me gustas y... —Contempló todos aquellos flashes de luz cálida. Griff la hacía resplandecer, pensó. Pequeños flashes de luz contra la oscuridad que había llevado consigo—. Me ha pillado por sorpresa lo mucho que me gustas. Quería... quiero... estar contigo. Eres todo lo contrario de Richard. Y me pregunto a mí misma si esa es la razón de que me gustes tanto. Eres muy diferente de él. No eres ostentoso ni presumido, solo...

—¿Aburrido?

Shelby le miró enseguida, aliviada al ver que él sonreía.

—No, aburrido no. Real. Necesitaba a alguien real más de lo que puedo expresar con palabras, y ahí estabas tú. Tengo sentimientos y me asustan.

—Eso no me molesta. Tómate el tiempo que necesites para solucionarlo. No inventes excusas para no verme. Sé sincera.

—No sé cómo. No he descubierto cómo, porque no quería dejar de verte. Sentía que debía darte largas durante una temporada, pero no quería hacerlo.

—¿Ha pasado ya una temporada?

—Parece que ha pasado más que eso.

—Ahí tenemos un punto de acuerdo. Te he echado muchísimo de menos, pelirroja.

—Fuiste a ver a Callie cuando yo estaba trabajando.

—También la echaba muchísimo de menos. Y Callie y yo no nos peleamos.

Shelby asintió. Volvía a contemplar la oscuridad y la luz.

—Seguía pensando que también vendrías a verme. Viniste el viernes por la noche, pero no te acercaste.

—Me hiciste daño.

Shelby se volvió hacia él muy deprisa.

—Oh, Griff...

—Shelby, te pido que no me compares con él en ningún aspecto. Eso me hace daño

y me cabrea mucho.

—Lo siento. No puedo prometerte que no vuelva a pasar, pero me esforzaré.

—Me basta con eso.

—Tú también me hiciste daño y me cabreaste más que a una mona.

—Lo siento. No puedo prometerte que no vuelva a pasar, pero me esforzaré.

Aquello hizo que Shelby riera con sinceridad.

—Te he echado muchísimo de menos. No me refiero solo al sexo, aunque también lo he echado de menos. Lo que pasa es que he echado de menos hablar contigo. Pero...

—¡Oooh!

—Una vez creí que estaba enamorada, y fue tan rápido como si me hubiera tragado una ola. Pero no estaba enamorada, no del modo en que debería contar. A lo mejor tú también necesitas un poco de tiempo.

—Si él hubiera sido quien fingía ser cuando te arrastró como una ola, ¿habría contado?

—Yo... —A Shelby no le quedó más remedio que levantar las manos y dejarlas caer.

—No puedes decirlo porque no lo era. Él no era quien creías que era, así que no puedes saberlo. Lo que sé es que te deseé desde el momento en que te vi. Fue un momento más fulminante que lo que llaman amor a primera vista. «Mírala. Esa es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.»

Shelby tuvo ganas de reír, pero sus palabras le oprimían la garganta.

—Llorosa y destrozada, según recuerdo.

—Y triste y hermosa. Entonces os vi a Callie y a ti. Subías a pie con ella por esas montañas, empujando esa silla y con todas esas bolsas con compra. Estabas cabreadísima contigo misma, y agotada. Y ella era de lo más dulce. Así que te deseé y luego deseé ayudarte. Primero me enamoré de Callie, te lo digo a las claras. Me conquistó en unos dos minutos.

—Tiene un don.

—Tiene tu don. Me sorprende que no lo veas. En cualquier caso, luego te oí cantar y empecé a enamorarme. Te vi cantar y me enamoré más. Después fuiste mía y eso fue el final. Pero el remate definitivo fue... —Se metió las manos en los bolsillos mientras la estudiaba—. Joder, puede que no te guste qué fue lo que supuso el remate definitivo.

—Quiero saberlo. No hay mujer en el mundo que no quisiera.

—De acuerdo. ¿Sabes qué fue lo definitivo? El puñetazo a Melody. No soy un hombre especialmente violento, pero cuando hiciste eso solo podía pensar: «Joder, Griff, estás enamorado de ella. Serías imbécil si no lo estuvieras».

—Te lo estás inventando.

—De eso nada. —Se acercó a ella y le puso las manos en los hombros—. Tuve que separarte, aunque deseé no tener que hacerlo, pero me di cuenta de que te quería. Quería ayudarte. Podía arreglar algunas cosas por ti. Pero, joder, ¿una mujer que pega un puñetazo así? Esa mujer también es capaz de arreglar unas cuantas cosas. Es capaz de hacer lo que tiene que hacer.

Shelby pensaba que oír que él estaba enamorado de ella la ponía nerviosa. Pero esa última frase, la frase fruto de la admiración, la dejó pasmada.

—¿Pensaste eso?

—Es algo que sé. Lo he visto. Te admiro muchísimo. Y te quiero. Así que no me importa asustarte un poco porque podrás sobrellevarlo. Pero cuando me mires, más vale

que me veas a mí, Shelby. Solo a mí. Que cuando pienses en mí, lo hagas solo en mí.

—No pienso en nadie salvo en ti cuando me besas, cuando me tocas.

—Entonces debería hacerlo más.

—Oh, Dios, ojalá lo hagas.

Lo envolvió en sus brazos y se apoderó de su boca.

Y él hizo mucho más que eso.

—Ven adentro. —No se hartaba de ella—. Ven a la cama.

—Sí. —Recorrió con las manos su espalda, emocionada al sentir sus duros músculos de nuevo—. Sí. —Inhaló su aroma; a sudor y a serrín—. Sí. —Fueron en círculo hasta la puerta—. Oh, espera.

—Por favor, Señor, que no sea un no.

—No... Quiero decir, sí. —Todavía abrazada a él, logró soltar una entrecortada carcajada—. Quiero decir que tengo que enviarle un mensaje a mi madre. Le dije que no tardaría, y voy a tardar.

—Vale. Escribe mientras caminas.

—Eso sé hacerlo. —Sacó su móvil, esforzándose para mantener las manos lo bastante firmes como para escribir un breve mensaje—. Sabía que venía a verte, así que no creo que se sorprenda de que... Seguro que responde rápido.

Consiguieron entrar, llegar a las escaleras y empezar a subir. Shelby se detuvo a medio camino.

—¿Algún problema?

—No. No, ningún problema. Mi madre dice... —Shelby soltó otra carcajada—. Dice que me seguirás hasta casa, así que por qué no te evito las molestias y me quedo a pasar la noche aquí. Luego dice..., supongo que podría decirse que me conoce bien..., que no me preocupe por que Callie se pregunte dónde estoy por la mañana. Que deberíamos levantarnos lo bastante temprano como para que te lleve a desayunar a casa. Prepararé tortitas.

—Me gustan las tortitas.

—Sí, pero...

—Escríbele: «Gracias, mamá. Te veremos por la mañana».

La empujó con suavidad para que subiera otro peldaño de forma que estuvieran a la misma altura, y entonces tomó sus labios.

—Quédate. Duerme conmigo esta noche. Despiértate conmigo por la mañana.

¿Cómo iba a resistirse? ¿Por qué habría de hacerlo? Recorrió sus mejillas con los dedos.

—No esperaba quedarme y no tengo nada que ponerme para dormir.

—Si eso te supone un problema, yo también dormiré sin nada. Estaremos empatados.

—Es lo justo. —Rió de nuevo, algo mareada, cuando la cogió en brazos y la llevó el resto de camino mientras el cachorro corría para alcanzarlos.

Shelby avanzó por los años cincuenta, combinando el repertorio con música folk. Llegó pronto para ensayar, pensando que era maravilloso y alucinante que ya llevara más de media docena de Viernes Noche a sus espaldas.

Terminó *Rolling In My Sweet Baby's Arms*.

Tansy la aplaudió

—¡Me encanta!

—No te había visto ahí. Se me ha ocurrido meter algo de música folk, mezclar música folk y tradicional con lo demás. He pensado en entremezclar bastantes temas de Patsy Cline. Como una artista invitada, ¿sabes?

—Eso también me encanta. Va a ser todavía mejor cuando traigamos músicos y tengamos un escenario de verdad. Lo cual será en septiembre u octubre, a más tardar, según Matt. ¡Los permisos han llegado esta mañana!

—¡Tansy, qué buena noticia!

—Estoy impaciente por que empiecen. También asustada, ya que vamos a invertir mucha pasta en esta ampliación. Pero... las últimas semanas demuestran que a la gente le gusta venir el fin de semana y escuchar música en directo.

—Has convencido a Derrick para probar las noches de los sábados con un grupo, ¿verdad?

Tansy levantó las manos unidas por encima de la cabeza y giró haciendo el círculo de la victoria.

—Vamos a probar durante el resto del verano, y luego veremos si la caja compensa el desembolso. Tú tienes mucha culpa de que podamos hacer todo esto, Shelby. No sé cuánto habría tardado en convencer a Derrick para llevar a cabo la ampliación si no hubieras tenido tanto éxito con el Viernes Noche.

—Me encanta hacerlo, y vosotros me disteis la oportunidad. Supongo que ha salido a la perfección para ambos. —Se bajó del pequeño escenario—. ¿Qué tal estás?

—Todavía tengo algunas náuseas a primera hora de la mañana, pero Derrick me trae galletitas saladas y ginger ale, y eso suele asentarme el estómago. ¡Y fíjate! —Se puso de perfil y ahuecó las manos sobre el vientre—. ¡Ya se me nota!

—Dios mío. —Shelby puso los ojos como platos al ver el diminuto abultamiento—. Estás enorme.

—Pude que aún no, pero... —dijo con una carcajada, levantándose la camisa— he tenido que hacerles un apaño provisional a mis pantalones. Ya no me los puedo abrochar. Voy a pasarme a los pantalones de hacer yoga y a comprarme algo de ropa premamá en cuanto pueda.

Shelby se acordó de esa sensación, de ese resplandor.

—Hacen cosas preciosas, así que no te sentirás como si llevaras puesta una tienda de campaña o el mantel de la abuela.

—Ya he metido algunas prendas en la cesta de la compra de una página de internet. Solo quiero echar otro vistazo antes de hacer el pedido. En fin, sé que quieres ponerte a ensayar de nuevo, pero quiero saber qué tal estás tú.

Era ineludible, pensó Shelby. El pasado la perseguía como una sombra a mediodía.

—Siento que tuvierais que hablar con esos agentes.

—Ni a Derrick ni a mí nos pareció mal, así que no te preocupes.

—Forrest me ha dicho que han vuelto a Atlanta. No podía hacer gran cosa por ayudarles a encontrar todo lo que Richard robó. Sé que es una tontería, pero me da la sensación de que me sentiría mejor si pudiera recordar algo o contarles alguna cosa que los llevase a encontrar aunque solo fuera otro objeto más. A la hora de la verdad, me han contado más ellos a mí que yo a ellos.

—Es duro lo que te contaron.

—Me ha enseñado algo. Si quiero que Callie se convierta en una mujer lista y fuerte, alguien que valore la familia y los amigos y que se respete a sí misma, tendré que enseñárselo yo. Si quiero que conozca la satisfacción de convertirse en algo con esfuerzo y trabajo, tendré que enseñárselo yo. Eso es lo que intento hacer.

—Es lo que estás haciendo.

—Me da la impresión de que tengo que compensar..., ya sabes lo que quiero decir..., todo lo que algún día oírás sobre su padre.

—Cuando eso pase, os tendrá a ti y a tu familia. Nos tendrá a nosotros, tus amigos.

—Parece que Richard nunca aprendió, nunca entendió que hay cosas más importantes que las joyas que robó o el dinero que estafó. Si de algo me han servido los años que pasé con él, ha sido para enseñarme eso. Antes de eso daba demasiadas cosas por sentadas.

Ahora ya no daba nada por sentado, ni las risas dentro del salón ni los suspiros de placer en la sala de relajación.

Le dio un abrazo rápido e impulsivo a su abuela después de colocar más toallas en los lavabos.

—¿A qué viene eso?

—Es solo para ti. Soy feliz estando aquí contigo. Simplemente soy feliz.

—Yo también sería feliz si un hombre como Griffin Lott me mirara como si fuera la Venus de Milo, Charlize Theron y Taylor Swift en una sola mujer. —Crystal hizo una pausa en su trabajo y cerró sus tijeras—. Juro que quiero un hombre con el que tener sexo, pero si Charlize Theron entrara y dijera: «Hola, Crystal, ¿y si nos vamos a tu casa y nos damos un revolcón entre las sábanas?», creo que me la llevaría a casa y probaría.

Divertida, Viola cardó el cabello de su clienta.

—Charlize Theron. ¿Es la única que te tentaría a intercambiarla por un hombre?

—Creo que sí. Bueno, también está Jennifer Lawrence. Es muy guapa y creo que sería muy divertido sentarte a tomar una copa con ella. Pero no es Charlize Theron. ¿Por quién cambiarías tú, Shelby?

—¿Qué?

—¿Cuál es la amante lesbiana de tus fantasías?

—No me lo había planteado —respondió, pero Crystal se limitó a girar un dedo en el aire—. Déjame que lo piense. —No, pensó Shelby de nuevo, jamás daría por sentado aquellas divertidas conversaciones—. Probaría con Mística —decidió, y así se ganó que Crystal la mirara con el ceño fruncido.

—¿Quién?

—Es una supervillana... de los X-Men. A Forrest y a Clay les volvían locos los X-

Men, ¿te acuerdas, abuela? Jennifer Lawrence, esa con la que te gustaría tomarte algo, la interpreta ahora en las películas. Mística puede transformarse en quien quiera, adoptar cualquier forma. Así que me parece que un revolcón con ella colmaría todos tus deseos.

—Creo que tenemos una ganadora —declaró Viola, y sentó a su clienta en la silla.

Un par de horas después, mecía al pequeño Beau en brazos y veía a Callie y a Jackson jugar en los columpios. Pensó que llovería al caer la noche, pues podía oler la lluvia, podía verla. Pero por el momento hacía una tarde de finales de la primavera tan perfecta como cabría desear.

Su padre se estaba retrasando en la clínica, de modo que Clay se ocupó de algunas tareas de jardinería y Gilly se sentó en la mecedora del porche, expulsada de la cocina por su suegra.

—Tendrían que prohibir ser tan feliz —dijo Gilly.

—Me alegro mucho de que no lo hayan hecho. Porque hoy estaría compartiendo celda contigo.

—He visto hoy a Griff.

Tendría que acostumbrarse a que la gente equiparara su felicidad a la de Griff. Y no estaban del todo equivocados.

—¿Sí?

—Esta mañana he llevado a los niños a dar un paseo antes de que apretara el calor, y estaba calle abajo, arreglándole la verja a la señora Hardigan, la madre del sheriff.

—Ha venido hoy al salón.

—Me he parado un rato. Es muy amable por pasarse y ocuparse de arreglarle cosillas como esa. No le cobran por esas pequeñeces. Lo sé porque ella misma me lo dijo. Les da bollos o galletas y les teje gorros y guantes para Navidad.

—¡Fíjate en lo grande que está Jackson! Hasta hace bien poco no alcanzaba ese columpio a menos que alguien lo aupara.

Y a Gilly se le llenaron los ojos de lágrimas.

Agitó una mano cuando Shelby le dio unas palmaditas en el brazo.

—Supongo que aún tengo las hormonas revolucionadas. Pero... no creo que vuelva a trabajar cuando se me acabe la baja por maternidad, Shelby.

—No sabía que estuvieras planteándotelo. Sé que te encanta tu trabajo en el hotel.

—Así es, y no me lo estaba planteando, no en realidad, hasta que... —Acarició la mejilla de Beau con un dedo—. Es que no creo que pueda soportar dejarlos a ambos. Solo quiero quedarme en casa con ellos durante una temporada. Un año, quizá. Clay y yo lo hemos hablado. Sabemos que tendremos que apretarnos un poco el cinturón, pero...

—Es duro. Es duro elegir, es duro tener que elegir.

—Me encanta mi trabajo, en serio. Además, se me da bien, pero quiero este año, eso es todo. Quiero este año para mi familia y para mí. Un año no parece demasiado, pero para mí significaría muchísimo.

—Pues deberías tomártelo. Trabajas en el hotel desde que ibas a la universidad. Seguro que te lo dan como un año sabático. A lo mejor no pueden guardarte tu puesto, no lo sé, pero seguro que podrás volver cuando estés preparada. Y que no te remuerda la conciencia.

—Es mucha responsabilidad para Clay.

—Tiene unos hombros fuertes, Gilly.

—Nunca pensé que querría quedarme en casa a tiempo completo, pero quiero este año. ¿Qué me dices de ti? ¿Qué quieres tú?

—Parece que lo tengo.

—Para el futuro.

Shelby miró hacia la puerta de la cocina.

—Estaba pensando, solo pensando. Aún no se lo he contado a nadie salvo a Emma Kate.

—Soy una tumba.

—Lo sé. En cuanto saque la cabeza del agua, si soy capaz de encontrar una casa para mí y consigo encontrar una que pueda permitirme, pensaba que quizá podría montar una especie de negocio de decoración. Diseño y coordinación.

—Siempre se te ha dado bien.

—He estado haciendo un par de cursos por internet para tener más experiencia y formación. Solo un par para empezar —agregó—. En los que he podido entrar.

—Tú vales para mucho más de lo que nadie imagina... salvo la abuela.

—A lo mejor me estoy resarciento por no haber tenido demasiado que hacer durante tanto tiempo. Pensé que, bueno, si puedo demostrar mi valía es posible que Griff y Matt utilicen mis servicios o hablen de mí a sus clientes.

—Claro que lo harán. Tienen que reformar habitaciones y zonas del hotel con frecuencia, Shelby. Yo te recomendaré.

—Oh, no sé si...

—Piensa a lo grande.

—Supongo que podría hacerlo. De todas formas, ahora mismo no es más que una idea. Sé que podría dirigir un negocio, pero haré más cursos. Sin embargo estoy segura de que sé hacer malabarismos con el dinero: llevar la contabilidad. Aunque queda mucho para eso, he empezado a ahorrar un poco para hacer un curso de gestión de empresas.

—Siempre que empiezo a barajar la idea de emprender un negocio de repostería, eso me frena en seco y hace que retroceda y dé media vuelta. La gestión económica —dijo Gilly, poniendo los ojos en blanco—. Pero tú llevas eso en la sangre MacNee. ¿Sabes otra cosa?

—¿Qué?

—Hace tiempo que quiero renovar nuestro dormitorio. Entre Jackson y Beau, redecorar de nuevo el cuarto infantil e instalar a Jackson en su propio cuarto de niño mayor; no hemos tocado nuestro dormitorio en cinco años. Eso se nota.

—Redecorar puede ser divertidísimo, pero...

—Sí, la sangre MacNee —dijo Gilly con una carcajada—. Clay es igual. Hacerlo cuesta dinero. Si voy a quedarme en casa tendré que ser ahorradora, ya lo sé, pero, por Dios, Shelby, me encantaría tener un cuarto de adultos, un sitio para que Clay y yo seamos nosotros mismos de vez en cuando. Puedo ser ahorradora, sobre todo si tú me ayudas. Podrías practicar con nosotros. —Gilly cambió de posición y agarró a Shelby del brazo para darle mayor énfasis a su proposición—. Shelby, todavía tenemos esa mezcla de muebles de su antigua habitación y la mía y esa lámpara horrorosa que mi tía Lucy nos regaló para la boda.

—Es una lámpara horrenda.

—Si no hubiera dicho que era una herencia, la habría dejado caer de forma accidental y me habría asegurado de que se rompiera en una docena de pedazos. No quiero nada elegante. Solo algo fresco y relajante. Ayúdame.

—Será un placer ayudarte. —La lámpara tendría que desaparecer, pero el mobiliario... Lo restauraría o pintaría, pondría nuevos herrajes. Podría resultar—. Tengo

muchas ideas para ahorrar. A veces solo hay que cambiar las cosas de sitio y darles otra función. Usar lo que ya se tiene de otra manera, añadir algunos toques. Y pintura. La pintura cambia mucho por muy poco.

—Ahora me estoy entusiasmando en vez de estar a punto de llorar. ¿Tienes tiempo esta semana?

—Podría pasarme mañana por la mañana, después de llevar a Callie a casa de Chelsea y antes de ir al salón. ¿Sobre las ocho y media te parece demasiado temprano?

—Nunca es demasiado temprano cuando tienes un hijo pequeño y un recién nacido. Me preguntaba si podría... Vaya, hola, Forrest.

—Hola, Gilly. —Salió de la cocina y se arrimó al bebé—. ¿Cuándo va a hacer otra cosa aparte de dormir?

—Ven a hacernos una visita a eso de las dos de la madrugada. —Captó la expresión en los ojos de Forrest, lo comprendió y se puso en pie—. Voy a llevármelo adentro un rato... y a dárselo a su abuela. Así dispondré de algo de tiempo en la cocina, tanto si me quiere allí como si no.

Cogió el bebé de brazos de Shelby y se fue adentro.

—Necesito un minuto —le dijo Forrest a Shelby.

—Claro. Siéntate.

—¿Estarán bien los niños aquí fuera durante un rato? Clay está allí, en el huerto, haciendo de granjero.

—Tiene el mismo don que papá, y los niños están perfectamente.

—Entonces demos un paseo hasta la parte de delante.

—¿Qué pasa?

—Vamos delante —repitió, y la cogió del brazo.

—Me estás poniendo nerviosa, Forrest, y el día me estaba yendo estupendamente, joder.

—Lo siento, y siento también soltarte esto en un día tan estupendo.

—¿Tengo problemas? ¿El FBI cree...?

—No, no es nada de eso. —Rodeó la casa con ella en dirección al jardín delantero. Donde los niños no pudieran verlos ni oírlos—. Se trata de Privet, el detective privado de Florida.

—Ya sé quién es Privet —dijo con exasperación—. ¿Por fin te ha dicho quién es su cliente?

—No, y no lo hará. Su secretaria se lo ha encontrado muerto esta mañana a primera hora.

—Oh, Dios mío. ¿Qué ha pasado?

—Todo apunta a que lo mataron entre las diez y las doce de la noche, y parece que le dispararon con la misma arma que mató a Warren.

No debería sorprenderle, pensó, y aun así le sorprendía.

—¿Lo han asesinado?

—Eso es. Parece un robo, o han hecho que lo parezca. Un robo chapucero. Pero claro, supones por el informe que tenemos de los agentes encargados de la investigación que le dispararon en su mesa. Tenía una pistola de calibre nueve en el cajón. No hay señales de que intentara cogerla u oponer resistencia. Un tiro en la cabeza, igual que Warren. No a bocajarro, pero de cerca.

—Deja que tome aire. —Lo hizo doblándose por la cintura, con las manos en los muslos—. No me caía bien. Me asustó cuando entró en la casa como lo hizo y me siguió

hasta aquí. Acechando. Pero me dejó en paz cuando tú se lo dijiste.

—Han encontrado algunas fotos en su despacho y en sus archivos que os hizo a Callie y a ti.

—A Callie.

—Algunas notas que tomó y una cuenta de gastos. Sin pagar aún y atrasada, según el archivo. No tienen el nombre de la persona que lo contrató para que fuera tu sombra. La policía local está hablando con la secretaria y con su socio, pero hasta ahora nadie parece saber quién lo contrató para este trabajo en particular. Y no hay ningún documento.

—A lo mejor no tenía ningún cliente. A lo mejor mintió.

—A lo mejor.

—Pero... has dicho que parecía un robo, pero que no lo era.

—La puerta estaba forzada desde fuera, y faltan ciertos equipos electrónicos. Su reloj, su cartera y la calderilla. Hay cosas tiradas. Cabría pensar que se trató de un robo chapucero. Pero su tableta y su ordenador personal tampoco están. Y parece que los que tenía en su casa no aparecen.

—¿Crees que alguien entró en su casa?

—Un trabajo impecable, ya que no hay signos de que forzaran la entrada. Pero ha desaparecido todo lo relacionado con este caso suyo, salvo esas fotos, algunas notas y los gastos.

Shelby irguió los hombros. Aún sentía un rubor en la cara y estaba un tanto mareada, pero sabía seguir el razonamiento lógico.

—En tu opinión, lo que le ha pasado se remonta a ese puñetero robo en Florida.

—Así es, ya que sacó a colación eso y la tarifa por encontrar el botín cuando le aconsejé que se marchara.

—Así pues, volvamos ahora a Richard... o a Harlow. Harlow se fugó de la cárcel y lo más seguro es que tuviera una nueva identidad en alguna parte. Contrató al detective para que le ayudara a encontrar a Richard. Pero nos encontró a Callie y a mí. Solo a Callie y a mí porque Richard ya había muerto. Vino aquí y vio a su otra cómplice. Ella le había entregado, así que se la cargó.

—Sabemos que estuvo aquí. Tú lo viste.

—O bien el detective pensó que Harlow era en realidad un cliente, o bien estaba trabajando con él. Supongo que eso ya no importa demasiado. Pero es muy probable que dejara entrar a Harlow en su despacho y que se sentara a hablar con él.

—Y o bien a Harlow no le gustó lo que oyó, o bien consideraba a Privet un cabo suelto. Se deshizo de él, fingió un robo, se llevó lo que necesitaba, lo que pensaba que podría relacionarle con él, cogió algunas cosas valiosas, algo de pasta y se largó.

—A mí no puede considerarme un cabo suelto, Forrest. Robó toda esa información, de modo que sabe que no solo estoy arruinada, sino también endeudada. Si todavía busca esos millones, sabe que no podré decirle dónde están.

—No sé por qué habría de volver aquí, pero quiero que sigas teniendo cuidado. Ya ha matado a dos personas. La policía de Miami nos tendrá informados: cortesía profesional. Supongo que los federales colaborarán. Lo jodido del caso es que no encuentran a nadie que le haya visto el pelo salvo tú, Shelby.

—Él dejó que le viera.

—Así es.

Shelby miró hacia el jardín de atrás, donde los niños jugaban y su hermano mayor atendía el huerto.

—No puedo huir, Forrest. No tengo adónde ir, y Callie estará más segura aquí que en cualquier otra parte. No tengo nada que ofrecerle a ese hombre. He de creer que él, tal y como tú has dicho, solo se estaba ocupando de un cabo suelto. Es espantoso, pero eso es lo que ha hecho.

—Eso es lo que parece. No vayas a ninguna parte sin el móvil.

—Nunca lo hago.

Se palmeó el bolsillo, donde llevaba el teléfono, pero Forrest meneó la cabeza.

—A ninguna parte. Si te das una ducha, te llevas el teléfono al baño. Y esto. —Sacó un pequeño bote del bolsillo.

—¿Qué es eso?

—Spray de pimienta. Te ampara la segunda enmienda, pero siempre se te ha dado de pena disparar.

Shelby se cabreó, ya que sus cálculos no iban nada desencaminados.

—No se me daba tan mal.

—De pena —repitió—. Y no vas a tener un arma cerca de Callie. Yo tampoco. Así que déjame las armas a mí, pero coge esto. Llévalo encima. Si tienes algún problema, apunta a los ojos. Guárdatelo en el bolsillo por ahora —le aconsejó mientras ella estudiaba el bote.

—Lo llevaré y tendré cuidado, si hacer eso y decir esto te tranquiliza. No tiene motivos para venir a por mí, mucho menos ahora. Quiero dejar esto a un lado. Eso no significa que vaya a ser estúpida, pero no voy a dejar que sea el centro de mi vida nunca más. En fin, mamá ha hecho sus patatas con queso y está preparando berza. El pollo lo he marinado yo misma, y papá va a asarlo a la parrilla en cuanto llegue a casa. ¿Por qué no entras y comes?

—Detesto decir que no. Me encantan esas patatas. Pero tengo cosas que hacer. Dile a mamá que volveré más tarde, si puedo, y gorronearé las sobras.

—Lo haré. Tengo que volver y ver cómo están los peques.

—Entonces ve. Te veo luego.

Forrest la vio rodear la casa hasta la parte trasera. Cosas que hacer, pensó. Lo primero era pasar por casa de Griff. No vendría mal pasarle la información a su amigo. Quería tantos ojos puestos en su hermana como fuera posible.

A cuatro patas, Griff colocó la siguiente baldosa en el suelo del cuarto de baño. El color de la arena dorada hizo que se acordara de la playa, de modo que pensó que el pequeño baño privado sería bonito a la par que alegre.

Se apoyó en los talones mientras escuchaba a Forrest.

—No puede ser casualidad. Entrar en el despacho del detective, de ese detective, y matarlo. Los de las placas no podéis pensar que fue casualidad.

—Lo están investigando. No —agregó Forrest, y se apoyó en el marco de la puerta mientras Griff trabajaba—. No creemos que sea una casualidad. La estafa relaciona a Privet con Harlow, con Warren, con el puto Foxworth y con el caso de Miami de hace cinco años. Es muy probable que Harlow lo matara, pero hay que preguntarse por qué. Qué sabía el detective o a quién conocía, porque quizá esas probabilidades no sean tales. A lo mejor hay alguien más de quien no sabemos nada.

—Eso no es ningún consuelo.

—Nada de esto lo es.

—Lo que sucedió en Miami hace cinco años no ha terminado.

—No.

—Si Harlow tuviera el botín de ese golpe, se habría largado. Tal vez el detective fuera la última persona a quien debía eliminar, y ahora que lo ha hecho se ha pirado.

Griff colocó los separadores y pasó a la siguiente baldosa.

—Por otro lado, si el detective sabía dónde estaba el botín, da la sensación de que se habría largado.

—Es un rompecabezas.

—Te preocupa que al tal Jimmy Harlow puedan faltarle algunas piezas todavía y que siga pensando que las tiene Shelby.

Forrest se puso en cuclillas.

—Poco podemos hacer aparte de seguir buscándolo a nivel local, hacer preguntas y enseñar su foto. Los federales están buscando pistas, pero a estas alturas no hay mucho que encontrar. Han sacado a la luz a algunos antiguos cómplices de Foxworth... y también de Harlow y de Warren. Pero no han sacado nada en claro. En cualquier caso, tampoco es que nos lo cuenten a la policía local.

—¿Crees que se guardan cosas?

—No estoy seguro, y no veo por qué iban a hacerlo. Pero nunca se sabe. Lo que sí sé es que tenemos un asesinato sin resolver en Rendezvous Ridge y que eso no complace a nadie. Mi hermana está en medio de todo el asunto, y eso no nos complace a mí ni a nadie del departamento. No la perdemos de vista, tenemos patrullas extra. Pero Shelby no está dispuesta a cenar con el sheriff ni a pasar la noche con Nobby.

—Si lo estuviera, yo acabaría en la cárcel por agredir a un agente. Yo cuido de ella, Forrest. A Shelby no le gusta nada ese término, pero va a tener que vivir con ello. Será más fácil cuando se mude aquí.

Forrest se sentó sobre los talones.

—¿En serio?

—Claro que en serio. He instalado un sistema de seguridad nuevo. Es un latazo, pero está hecho. Tengo un perro guardián feroz.

Ambos miraron a Snickers, que estaba tumbado de espaldas, roncando y con las patas en el aire.

—Ese perro es un hijo de puta muy sanguinario.

—Solo está descansando entre rondas.

—Ajá. Creo que sabes que ese «¿en serio?» se refiere a que Shelby se mude aquí, no a que eso sea seguro o no.

Griff continuó trabajando. Colocar una hilera de baldosas era una labor metódica. Le resultaba relajante.

—No puedo apretar esa tecla aún. Se resistiría. Ese cabrón abusó de ella, y Shelby se está reponiendo y superándolo más deprisa de lo normal. Pero todavía no lo ha conseguido del todo, así que la palabra de moda es «tenacidad», con una capa de paciencia. Porque sí, es en serio. Quiero que esté aquí, conmigo. Quiero que Callie y ella estén aquí conmigo.

—Si te pones a ello con tu paciente tenacidad y la convences para que se mude aquí, mi madre va a empezar a planear una boda.

—No pasa nada, es solo el siguiente paso del plan. Pero eso le va llevar aún más tiempo a Shelby.

Forrest no dijo nada mientras Griff colocaba los siguientes separadores y aplicaba

con esmero más adhesivo en el suelo base.

—¿Debo entender que planeas casarte con mi hermana?

Griff se sentó sobre los talones, y relajó los hombros y luego el cuello.

—¿Qué opinas de este cuarto?

Forrest se enderezó con gesto amable y giró para contemplar toda la estancia.

—Un espacio bonito, las ventanas proporcionarán una agradable iluminación y buenas vistas. Un armario bastante grande para una especie de dormitorio secundario. El asiento de ventana le da un toque chulo, igual que tener baño propio. Las baldosas que estás poniendo aportarán cierta sensación de bienestar.

—Estoy pensando en una bañera antigua aquí y un tocador con un lavabo ovalado empotrado. Busco disponer de amplio espacio de almacenaje con escaso impacto. Un armario empotrado encima del lavabo; más espacio de almacenaje ahí, pero enmarcado para darle algo de estilo. Y un toque sofisticado para la iluminación.

—¿Bañera antigua y un toque sofisticado? Parece femenino.

—Sí. Verde claro y cálido para las paredes del dormitorio, un reflejo de la iluminación del baño para el ventilador de techo con un juego de luces.

—Un toque sofisticado.

—Eso es. Voy a construir un pequeño armario empotrado, junto con las barras y los estantes.

Forrest giró en redondo mientras asentía y comenzó a imaginárselo.

—Estás creando esta habitación para Callie.

—Me ha dicho que su color favorito es el verde. Es esa obsesión con Shrek, que se le acabará pasando. Pero es un color adecuado para ella y para un dormitorio. Dentro de unos años le parecerá importante disponer de baño propio.

—Y tú eres un hombre que mira al futuro.

—Lo soy. Estoy enamorado de ambas y, debido a tus grandes dotes de observación, ya lo sabes. Callie está en el mismo punto que yo. Shelby solo tiene que alcanzarnos. Creo que nos alcanzará más rápido si conseguimos que se olvide de toda esta movida que le dejó el cabrón ese.

—¿Y si no os alcanza?

—Esperaré. Es ella, punto y final. ¿Y Callie? Esa cría me hace feliz. Se merecen a alguien como yo. Las dos se lo merecen. Soy un partido cojonudo.

—Joder, Griff, si tuvieras tetas, yo mismo me casaría contigo.

—Ahí lo tienes. —Al ver que había alcanzado el punto en que tendría que tomar medidas y cortar baldosas, Griff se levantó—. Voy a hacer un descanso y a prepararme un sándwich. ¿Quieres uno?

—Gracias, pero me quedan un par de cosas más por hacer, y me esperan unas sobras muchísimo mejores en casa de mi madre cuando termine.

—Te acompañaremos. Vamos, Snick. Hora de patrullar.

El perro agitó las patas en el aire, se dio la vuelta con torpeza y se levantó.

—Un día de estos me compro un perro —dijo Forrest cuando empezaron a bajar mientras Snickers corría escaleras abajo, subía hasta la mitad y bajaba de nuevo.

—Los compañeros de camada de Snick se han vendido ya, pero he visto un cartel de venta de sabuesos en el desvío de la carretera del oso negro hacia la del arroyo seco.

—Aún no ha llegado ese día. No estoy en casa el tiempo suficiente, y no creo que el sheriff aprobara que me llevase un perro a las guardias. —Forrest ojeó el panel de seguridad al pasar—. ¿Qué piensas hacer si tu nueva y sofisticada alarma se dispara?

Griff se encogió de hombros mientras abría la puerta principal.

—Llamarte a ti... y coger la llave grifa. Pesa lo suyo.

—Una escopeta pesará más que una llave grifa, tío.

—Ni tengo una ni la quiero.

—Chico de ciudad.

Griff inhaló el aire de la noche mientras el perro corría sobre la hierba hasta el límite del bosque, donde borboteaba el riachuelo.

—Ya no, pero sigo sin querer armas. —Dirigió la mirada hacia el oeste, donde el suave resplandor rosáceo del sol crepuscular teñía las nubes que se extendían como humo sobre las montañas—. Jamás he tenido ningún problema aquí. Estaba un poco preocupado cuando tenía todo ese cobre para la instalación eléctrica y el sistema de fontanería. Ese material es como el oro y resulta fácil de transportar. Pero, aparte de esa vez, nada, y eso me lleva al cabrón y a este terrible embrollo.

Al igual que su amigo, Forrest miró hacia el oeste, hacia las nubes repletas de color.

—Este sitio está bien, Griff. Tiene alma, es bello y sereno. Pero es un hecho que tardaríamos diez minutos en responder a esa llamada de socorro si se produjera. Puedes cargar una escopeta con cartuchos de sal si eso te pone nervioso.

—Te dejo las armas de fuego a ti, agente. A mí se me da de miedo manejar la llave grifa.

—Tú mismo.

A su manera, pensó Griff en medio de la quietud, dejando que el perro corriera y olisqueara, mientras veía la primera estrella titilar en el cielo, que había adquirido un claro y aterciopelado color morado.

Pensaba hacer las cosas a su manera. Iría a prepararse ese sándwich y luego terminaría el embaldosado del baño de Callie.

—Un columpio para el porche delantero —dijo, y se agachó para acariciar al perro cuando Snickers corrió hacia él—. Puede que construya uno. Las cosas tienen mayor significado cuando las haces tú mismo. Vamos a comer y a pensar en eso.

Si hubiera sabido que alguien lo observaba con unos binoculares mientras él estaba sentado en la cocina, comiéndose un sándwich y haciendo algunos bosquejos de columpios, tal vez habría cambiado de opinión acerca de la escopeta.

Llevaba tiempo terminar la habitación que quería para Callie y construir un columpio para el porche principal, pero tenía mucho, ya que Shelby estaba liada con los planes para la fiesta de compromiso.

O más bien, a juzgar por lo que decía, tratando de que Bitsy no se saliera de madre.

Ocupó las tardes y las noches que no podía pasar con ella finiquitando de manera paulatina proyectos en la casa y haciendo planes de futuro.

Cuando por fin lograron pasar una noche juntos, Shelby vetó su sugerencia de que salieran a cenar y se la cambió por una velada informal en su casa.

Le pareció bien.

Estaba en el jardín cuando ella llegó, pues acababa de ponerse a colgar el columpio hecho con un neumático en una recia rama de un viejo nogal americano.

—¡Fíjate! —exclamó—. Callie se lanzará a por él en el acto.

—Mola mucho, ¿eh? El neumático me lo dio tu abuelo.

Lo había construido en horizontal, eligiendo un neumático de tamaño medio que se amoldara al trasero de una niña pequeña, y había metido la cadera dentro de una manguera para proteger la rama del árbol.

—Qué bonito.

—¿Quieres probarlo?

—Pues claro. —Le entregó un gran termo, apretándose contra él cuando le deslizó un brazo alrededor de los hombros para darle un beso.

—¿Qué hay aquí?

—Limonada con vodka. La receta es de mi abuelo y es la bomba. —Se subió al neumático y tiró de las cadenas—. Es resistente.

—La diversión puede ser segura —dijo, dándole impulso.

Shelby se echó hacia atrás, con el pelo flotando, y rompió a reír.

—Y es divertido. ¿Qué te hizo pensar en algo así?

No quería decir, todavía no, que la idea se le había ocurrido mientras se planteaba detenidamente poner unos columpios en el jardín trasero.

—Se me ocurrió sin más. Tuve un amigo..., ¿cómo se llamaba? Tim McNaulty..., cuando tenía la edad de Callie. Había uno de estos en su jardín, hecho en vertical. De esta manera tenía más sentido.

—Me encanta. Y a Callie le va a chiflar.

El perro se sentó en el suelo, como si estuviera hipnotizado, inclinando la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, siguiendo el ritmo de Shelby.

—Te juro que este perro está más grande que cuando lo vi hace unos días.

—El próximo proyecto al aire libre es una caseta para perros. Y bien grande.

—Va a necesitar que sea grande.

Se bajó de un salto del columpio.

—Siento haber estado tan liada últimamente. Me da la impresión de que apenas ha habido un minuto en que no tuviera algo que hacer.

—Conozco esa sensación. No pasa nada, pelirroja. Nuestros mejores amigos van a

casarse. Es mucho.

—Montaría el desfile del día de Acción de Gracias si no pudiera reprimir a Bitsy, y eso me exige hasta la última gota de creatividad y energía. Salta de la fiesta a la boda y viceversa con tanta rapidez que tengo la cabeza revolucionada a todas horas. Se le había metido en la sesera que Emma Kate debería llegar a la ceremonia..., el lugar aún está por determinar..., en una carroza de princesa. Quería caballos blancos y una carroza porque Emma Kate lo incluyó en la lista de requisitos para su boda cuando tenía unos doce años. Me costó bastante disuadirla.

—Emma Kate estará en deuda contigo el resto de su vida.

—Eso es una ventaja. ¿Por qué no...? ¡Oh, Griff, has puesto un columpio en el porche! —Hablando de lanzarse, eso fue lo que hizo ella y empezó a girar, de modo que la falda de su vestido verde hierba se infló—. ¡Me encanta! ¿Cómo has encontrado uno de este precioso color azul?

—Como tus ojos. —La siguió hasta el porche—. Lo he pintado yo. Lo he hecho yo.

—¿Lo has hecho tú? Pues claro. —Se sentó y se impulsó ayudándose de los pies con suavidad—. Y es perfecto, simplemente perfecto para sentarte una relajada tarde o una noche tranquila. Sería más perfecto aún si trajeras un par de vasos y te sentaras aquí conmigo para que pudiéramos saborear esa limonada.

—Enseguida vuelvo.

Cuando el perro intentó subirse a su lado, Shelby lo cogió en brazos..., algo que ya no era tarea fácil.

—Ya eres casi demasiado grandote.

Pero lo rodeó con un brazo, meciéndose y pensando que no había visto un lugar más bonito.

Tan verde y recóndito, con el cielo semejante a una cúpula azul tachonada de blancas nubes. Podía oír el riachuelo discurriendo de forma vivaz gracias a las últimas lluvias y el persistente y resonante toc-toc-toc-toc del pájaro carpintero, ocupado en alguna parte de la vegetación, creando la percusión para el coro de aves.

—Está en mi sitio —dijo Griff cuando salió con las bebidas.

—No quería quedarse fuera.

Resignado, Griff se sentó al otro lado del perro, que se meneó con total entusiasmo.

—No podría haber mejor sitio para un columpio en el porche. —Probó la bebida—. Creo que he hecho que mi abuelo esté orgulloso.

—Ya te digo.

—Entra bien, pero tiene pegada. Está hecho para bebérselo a sorbitos. Y hacerlo en una noche cálida, en el columpio del porche, es aún mejor. Tienes aquí tu pequeño edén, Griffin.

—El edén aún necesita bastante trabajo.

—Si Adán y Eva hubieran dedicado algo de tiempo a trabajar en el jardín en vez de a recoger manzanas, a lo mejor todavía estaban allí. Jardines, casas y vidas son proyectos en constante desarrollo, ¿no crees? Yo dejé de desarrollar el mío durante una temporada, pero me estoy poniendo al día. Qué tranquilo se está aquí. La luz, el columpio y esta rica limonada. Tú y este dulce cachorro. Voy a olvidarme de todo lo que no sea relajante, y entonces no tendremos que pensar más en ello.

—Ha pasado algo.

—No lo sé con seguridad, pero ahora sé que tú no has hablado con Forrest esta tarde.

—No, hoy no.

—Imagino que sabía que iba a venir y que yo te lo contaría. La policía cree que es posible que tengan una especie de testigo. En el asunto del detective. Los agentes del FBI van a hablar con él.

—¿Qué es lo que vio?

—No están del todo convencidos de que viera algo útil. Pero el hombre, que en realidad es un chaval, estaba en el edificio la noche en que asesinaron a Privet. Dijo que oyó un estallido. Solo un estallido, como el ruido de un petardo amortiguado. No le dio demasiada importancia. La hora encaja, y además vio marcharse a quien creen que es el asesino.

—¿Harlow?

—No lo saben con seguridad, pero afirma que la persona a la que vio no era tan grande..., ni alto ni corpulento. Tampoco llevaba barba. Dice que era rubio, muy rubio, y que llevaba unas gruesas gafas de montura ancha y oscura. Vestía un traje negro. Dice que no está seguro, que solo lo vio un instante; lo vio marcharse del edificio cuando miraba por la ventana. Lo vio cruzar la calle y montarse en un enorme todoterreno.

—Peluca, gafas y afeitado. —Griff se encogió de hombros—. Con solo un vistazo en la oscuridad es difícil saber si era o no Harlow.

—Además, estaba un poco colocado en ese momento y donde no debía estar. Por eso no dijo nada hasta que le pillaron por posesión, y no era la primera vez. Había estado trabajando como ayudante de un fotógrafo en ese edificio y había entrado tarde porque estaba preparándose para rodar algo de porno de extranjis. Está intentando hacer un trato para no tener que ir a prisión.

—Así que podría estar inventándose todo para salvar el culo.

—Podría, pero coinciden la hora y ese único disparo. Solo uno. La policía no dijo cuántas veces dispararon a Privet ni cuántos disparos se hicieron. Por eso hay que tenerlo en cuenta.

Griff pensó en ello mientras se mecían en el columpio y bebía pequeños sorbos.

—Es ilógico pensar que otra persona disparara al detective. La misma arma que se usó para matar a Warren, es lo que dijeron. Y sabemos que Harlow estaba en la zona. Pero seamos ilógicos. Hay otra persona implicada, otra persona que contrató al detective. Quizá alguien relacionado con los Montville de Miami, con la aseguradora o alguien con quien Richard trabajó en un momento dado.

—Esto hace que me pregunte si tal vez alguien mató a Richard y simuló el accidente náutico.

—Eso es ser muy ilógico.

—Lo sé, pero estaba tan empeñado en ir que ahora me pregunto si era para verse con alguien, para ocuparse por fin de las joyas que había robado. Otra traición, pero esta vez a él.

—¿Qué harías si acabaras de ponerle las manos encima a un montón de millones en joyas, que ya se han enfriado, y hubieras matado para conseguirlo?

—Huiría rápido y lejos, pero...

—Aún hay dos personas que quieren lo que tú tienes —concluyó Griff—. Así que contratas a un detective y le pones sobre la pista. Y sobre tu pista, pelirroja, por si acaso supieras algo.

—Griff, eso me ha hecho pensar en cuánta gente dejé entrar en aquella casa durante las semanas posteriores a la muerte de Richard. Es posible que dejara entrar a su asesino, si

es que lo hubo, para que se formara una opinión acerca de mí, para que se llevara algo. O en todas las veces que estuve fuera de la casa durante horas. Alguien que lo supiera podría haber entrado y registrado a placer. Si Richard se dejó alguna cosa relevante en este asunto —repuso—. No sé. Quizá lo estoy complicando más de lo que ya lo está.

—Es muy arriesgado intentar simular un accidente náutico en plena tormenta. ¿Por qué no limitarse a arrojar el cuerpo... o dejarlo como los otros?

—Qué sé yo. —Pero Shelby le había dado una y mil vueltas—. Se me ocurre que podría ser para ganar tiempo. O tal vez fuera un accidente. Lo de matar a Richard, quiero decir. Y lo demás sucedió a partir de ahí. Y lo más simple suele ser lo acertado —concluyó—. Richard falleció en un accidente. Harlow mató a la mujer y al detective. Y el testigo estaba hasta las cejas y no lo vio más que de refilón por la ventana. Voy a dejar de preocuparme por ello desde este mismo momento. Hace una noche preciosa, y disponemos de unas horas para disfrutarla.

—Tal vez podrías quedarte, solo quedarte, otra vez. Podría recibir otra invitación a desayunar.

Shelby sonrió y tomó un sorbo de limonada.

—Resulta que tengo una bolsa con algunas cosas en el coche, por si acaso recibía una invitación.

—Iré a por ella.

—Gracias. Está en el suelo del asiento del pasajero. Oh, y hay una manta en el asiento. ¿Podrías traerla también?

—¿Tienes frío? —preguntó mientras se dirigía al coche—. Por lo menos debemos de estar a más de veintiséis grados.

—Me encantan las noches cálidas. Hacer que no me apetezca entrar, que quiera quedarme fuera a ver cómo cambian el cielo y la luz, a oír las primeras aves nocturnas cuando llega la noche.

—Podemos quedarnos fuera tanto como quieras. —Volvió con la bolsa y la manta—. He recurrido a los socorridos filetes a la parrilla de siempre.

—Suenan perfecto. Para más tarde.

Le cogió la manta y la agitó de golpe en el aire para desdoblarla.

—¿Adónde ha ido el perro?

—Oh, lo he hecho entrar con un hueso que llevaba en el bolsillo. Creo que todos estaremos más contentos así. —Shelby tendió la manta en el porche, se enderezó y se echó el cabello hacia atrás. Entonces esbozó una sonrisa—. Porque creo que ha llegado el momento de que me desnudes en el porche.

Le dejó atónito. Le excitó. Hizo que se sintiera encantado.

—¿Ha llegado ese momento?

—Mas que de sobra, pero sé que me lo compensarás.

—Eso puedo hacerlo.

Griff dejó la bolsa a un lado y la arrastró a sus brazos.

Se tomó su tiempo, de forma que solo el beso la dejó sin fuerzas. Las piernas no la sujetaban y tenía la cabeza confundida. Griff tenía la destreza de convertir aquel encuentro de sus labios en un largo y pausado beso a fuego lento. No tanto una explosión, sino más bien como llamas prendiendo.

Envuelta en él, seducida cuando había pensado en ser ella quien lo sedujera, se dejó guiar, se dejó arrastrar por la marea de sensaciones. Se meció hacia él, con él, en el viejo porche delantero. La dorada luz del sol se fracturaba en mil pedazos y el mundo estaba

demasiado en calma como para que se agitara una sola hoja.

Griff le bajó la cremallera en la espalda del vestido, disfrutando, demorándose en cada centímetro de piel que descubría. Suave como la seda, lisa como agua del lago.

Suya para que la tocara.

Le bajó los tirantes de los hombros, permitiéndose el placer de posar los labios ahí. Eran más fuertes de lo que parecían, pensó Griff. Unos hombros que no eludirían cargar peso.

Quería, necesitaba ayudarla con ese peso.

Por el momento, rozó con suavidad el vestido de modo que este se deslizara como el aire hasta sus pies. Los bonitos retazos de encaje que llevaba hacían juego con el verde del vestido.

—Lo compré como algo especial. —Posó las yemas de los dedos entre sus pechos cuando él bajó la mirada—. No debería haberme gastado el dinero, pero...

—Vale hasta el último centavo. Te lo recompensaré.

—Cuento con ello —dijo antes de que su boca se apoderara de la de ella.

Con algo más de fuerza, más en profundidad, de modo que ella inclinó la cabeza hacia atrás para aceptar cuanto él ofrecía, para dar todo lo que le pedía.

Griff la arrastró consigo hasta que quedaron de rodillas sobre la manta. Sus labios se separaron el tiempo necesario para que ella le quitara la camiseta que llevaba y se encontraron de nuevo mientras la arrojaba a un lado. Su carne caliente bajo las manos. El agua y el jabón de la ducha tentaban sus sentidos mientras depositaba un sinfín de besos en su hombro.

Y sin embargo, aquel débil y persistente olor a serrín le recordaba, igual que sus palmas callosas, que trabajaba con las manos.

Un pequeño estremecimiento la recorrió, y se propagó por sus venas cuando le abrió el cierre del sujetador. Aquellas manos trabajadoras se ahuecaron sobre sus pechos, las ásperas yemas de los dedos le rozaban los pezones, creándole nuevas necesidades, desencadenando una tormenta en sus entrañas.

En su interior todo estaba en plenitud, tierno y colmado de anhelo. Pero sus manos continuaron jugando sobre su piel, buscando más, excitándola.

Griff la tendió, al tiempo que dibujaba con el dedo el borde de sus braguitas, esa vulnerable línea entre su muslo y su sexo.

Ese sonido en su garganta, no del todo un gemido, no del todo un suspiro, era capaz de desarmarlo. Sus propias necesidades se congregaron, pero las contuvo, las refrenó mientras la palma de la mano pasaba sobre el encaje, aumentando el calor bajo la fina barrera hasta que Shelby dejó de agarrarse a él.

Se le aceleró la respiración, se hizo más profunda. Sus párpados cubrieron el mágico azul de sus ojos.

Era suya para tocarla, pensó de nuevo. Suya para poseerla.

Retiró la delgada barrera y la alzó, la poseyó con las manos.

Ella estalló en su interior, como un rayo rasgando la tormenta, desbordándose de placer, con un nuevo destello de profunda y torrencial necesidad. Le tironeó del cinturón, impaciente por tenerlo todo, por poseer y por ser poseída.

Griff la incorporó de nuevo para ayudarla, y acto seguido le asió las manos para inmovilizárselas cuando tiró con fuerza de sus vaqueros.

—No hay prisa.

Shelby respiraba con dificultad mientras el deseo era una irrefrenable y única

punzada de dolor... y al mirarle vio esa misma necesidad, ese mismo dolor.

—A lo mejor yo tengo más prisa que tú.

—Vamos a tomarnos un minuto. —Le retuvo las manos, apoderándose de nuevo de su boca—. Te quiero.

—Oh, Dios, Griff.

—Necesito decirlo, necesito que lo oigas. Mientras te tengo desnuda en el porche. Te quiero. Puedo tomarme mi tiempo.

—No alcanzo a comprender lo que siento, lo que provocas dentro de mí incluso cuando no estás. Es demasiado. —Apretó el rostro contra su hombro—. Todo esto es demasiado.

—Con eso basta por ahora. —La apartó para poder llevarse sus manos a los labios y besarlas antes de soltárselas—. Con eso basta.

Cambió de posición, tendiéndose en la manta para que ella quedara encima de él. Introdujo las manos en su cabello, pues adoraba aquella masa de rebeldes rizos y su color.

Shelby carecía de su paciencia, pero trató de encontrar una pizca, guiándole en el beso, permitiéndose acariciarlo y excitarlo con las manos, sintiendo su corazón golpear con fuerza bajo sus labios.

Cuando por fin no quedó nada que se interpusiera entre ellos, se incorporó sobre él y lo acogió en su interior.

Plena. Rodeada. Unidos.

Presionó las manos de Griff sobre su corazón para que pudiera sentirlo retumbar mientras establecía el ritmo.

Pausado, se esforzó para que siguiera siendo pausado y descubrió el desgarrador placer de tan relajada cadencia. Las oleadas le sobrevenían como olas en el mar, sobreponiéndose unas a otras como las nubes.

Envueltos por el sofocante ambiente, por la intensa luz del sol, lo cabalgó sobre ese mar hasta llevarlo más arriba de las nubes. Se aferró con fuerza a esa impresionante cima. Luego se dejó arrastrar.

Podía oír el canto de los pájaros una vez más, pequeños trinos y susurros en el bosque circundante. Podía incluso oír el más mínimo murmullo de la ligera brisa entre los árboles, como una respiración queda, ahora que el corazón no resonaba en sus oídos.

Y conoció la pura y satisfecha felicidad de yacer sin energías en el porche; una mujer saciada a conciencia, junto al hombre al que a su vez había saciado a fondo.

—Me pregunto qué habría pensado el tío de UPS si hubiera venido a la casa.

Shelby consiguió exhalar un suspiro.

—¿Esperas algún paquete?

—Nunca se sabe. Ni siquiera se me había ocurrido. ¿Quién podía pensar ahora?

—Es agradable no pensar. Parece que me pase casi todas las horas del día teniendo que hacer justo eso. No pienso cuando canto, y no tengo que pensar cuando empiezas a besarme. Supongo que es como una canción.

—Estaba pensando...

—Mmm.

—Estaba pensando que parecías una especie de diosa de la montaña.

Shelby profirió una carcajada estrangulada.

—Una diosa. Continúa.

—De cabello rojo fuego, con la piel pálida como la luz de la luna. Esbelta y fuerte y con unos ojos que parecen sombras azules.

—Bueno, eso sí que parece una canción. —Conmovida, y un tanto nerviosa por ello, se colocó de lado para apoyarse en su pecho—. Tienes algo de poeta, Griffin.

—Eso es lo único.

—Es más que suficiente. —Le acarició la mejilla con el dedo—. Podrías ser un dios con estos huecos aquí. —Y la otra mejilla—. El cabello veteado por el sol y todos esos preciosos músculos.

—Estamos en paz.

Shelby se echó a reír, apoyando la frente en la de él.

—¿Hasta dónde cubre ese riachuelo tuyo últimamente, Griff?

—Supongo que hasta medio muslo... Tu muslo.

—Con eso me vale. Vamos a darnos un chapuzón en el riachuelo.

Griff abrió solo uno de aquellos ojos de un color verde felino.

—¿Quieres darte un chapuzón en el riachuelo?

—Contigo, sí. Podemos terminar de abrir el apetito y tomarnos otro vaso de limonada mientras preparamos la cena.

Antes de que pudiera ocurrírsele una razón para no hacerlo, ella se levantó y tiró de su mano.

—Todavía estamos desnudos —señaló.

—No hay razón para mojarnos la ropa, ¿no? Dejemos salir al perro —sugirió, y salió pitando.

Una diosa, pensó. O... ¿cómo se llamaba eso...? Una hadita. Pero no imaginaba que las haditas tuvieran unas piernas tan largas. Dejó salir al perro mientras Shelby corría por el jardín y, al pensar de un modo más práctico, entró en la casa y cogió un par de toallas.

No era un puritano... y se habría sentido ofendido si lo tildaran de serlo. Pero se le hacía muy raro corretear por su jardín delantero en pelota picada.

Antes de que hubiera atravesado los árboles que lo flanqueaban, oyó el chapoteo, la risa y el alegre ladrado del perro.

Shelby estaba creando arcoíris, pensó mientras la veía arrojar el agua hacia arriba de forma que las gotas atrapaban la luz que se filtraba y reflejaban un sinfín de colores. El perro bebía a lengüetazos, ladraba, nadaba en la zona más profunda y se sacudía donde menos cubría.

Griff colgó las toallas en una rama.

—Está maravillosamente fría. Podrías lanzar una caña aquí y a lo mejor pescabas algo. Si sigues río abajo hasta donde se ensancha y se hace más profundo, podrías pescar la cena casi cada noche.

—Nunca he pescado.

Shelby se enderezó, desnuda y claramente pasmada.

—¿En toda tu vida?

—Crecí en las afueras y pasaba mucho tiempo haciendo actividades propias de la ciudad, pelirroja.

—Tenemos que arreglar eso en cuanto tengamos ocasión. Te vendría bien pescar. Es relajante y tú eres un hombre paciente, así que debería ir contigo. ¿Qué clase de actividades propias de la ciudad?

—¿Yo? —Se metió en el agua; ella tenía razón, estaba fría—. Sobre todo deportes. Baloncesto en invierno y béisbol en verano. Nunca jugaba al fútbol americano. Era de constitución muy delgada.

—Me gusta el béisbol. —Se sentó en el agua, dejando que corriera—. De lo

contrario, lo más seguro es que mi padre me hubiera cambiado por otra. ¿En qué posición jugabas?

—Lanzaba y cubría la segunda base. Creo que me gustaba más jugar de segunda base.

—¿Cómo es que no juegas en el equipo de softball de los Raiders? Rendezvous tiene un equipo muy bueno.

—A lo mejor pruebo el año que viene. Este año el tiempo libre se lo dedico a la casa. ¿No te molestan las piedras debajo de tu culo o que algún pez nade hacia arriba...? ¿Por dónde iba?

Ella se echó a reír, inclinándose hacia atrás lo suficiente como para que su pelo se hundiera en el agua.

—Aún sigues siendo un chico de ciudad. Conozco un par de buenas pozas. Deberíamos probar alguna otra noche.

—A lo mejor hago un estanque. Pensé en una piscina, pero requiere demasiado mantenimiento y, además, aquí no cabe. Pero un estanque, sí.

—¿Podrías hacerlo?

—Quizá. Ya tengo algo que pensar para el futuro.

—Me encanta nadar. —Relajada, dejándose incluso llevar por la imaginación, pasó los dedos de un lado a otro para agitar el agua—. Empecé a enseñarle a Callie antes de que supiera andar. Y teníamos una piscina en el apartamento de Atlanta, así que podíamos nadar durante todo el año. Cuando sea un poco más mayor me gustaría llevarla a hacer rafting con uno de los grupos de Clay. Es intrépida, y eso le encantaría. Pero quiero que tenga algún año más. —Ladeó la cabeza—. ¿Tú lo has probado?

—¿El descenso por aguas bravas? Sí. Es una pasada. Pensaba hacerlo de nuevo cuando mis padres vengan en agosto.

Shelby dejó de mover los dedos.

—Oh, ¿van a venir de visita?

—Vacaciones de trabajo; trabajarán durante una semana en la casa a primeros de agosto. Quiero terminar unas cosas antes de que vengan. Y quiero que te conozcan. —Eso hizo que a ella los nervios se le agarraran al estómago—. Quiero que vean con sus propios ojos que no estoy exagerando.

—¿Les has hablado de mí?

Griff la miró durante largo rato.

—¿Qué te parece?

—Bien. —Se irguió de nuevo. Los nervios estaban realizando una danza llena de entusiasmo—. Esto... Bueno, mi familia celebra una gran fiesta en el jardín a primeros de agosto. Si cuadran las fechas y crees que a tus padres les gustaría venir, están invitados.

—Esperaba que dijeras eso. ¿Tienes frío?

—No. —Más bien nervios, pensó, y sintiéndose de repente intranquila, echó un vistazo por encima del hombro—. Supongo que he sentido un escalofrío. Pero me alegro de que hayas traído las toallas. —Se levantó, con el agua resbalando por su piel, y alargó el brazo para coger una—. No se me ha ocurrido que tendríamos que secarnos.

Griff le alzó el rostro.

—¿Te supone algún problema conocer a mis padres?

—No. Me pone un poco nerviosa, pero es natural, ¿no? Es... —Se encorvó, tiritando—. He tenido una mala sensación, y ahora se me están poniendo los pelos de punta sin razón aparente. —Se envolvió en la toalla, y se sintió un poco mejor. Así que se apoyó

en él—. Estoy nerviosa por conocer a tus padres, pero me alegra que vaya a hacerlo. Creo que es genial que vengan aquí a ayudarte con la casa y que pasen tiempo contigo. Y creo que deben de ser buena gente para haber criado a alguien como tú.

—Te caerán bien.

—Seguro que sí. Vamos adentro, ¿vale? No puedo librarme de esta sensación tan desagradable.

Griff cogió la otra toalla y luego la mano de Shelby.

Los binoculares los siguieron entre los árboles, a través del jardín.

Shelby dejó que su madre la convenciese para que se hiciera un tratamiento facial. Debería habérselo pensado mejor, ya que estar casi desnuda bajo una manta en un sillón reclinable era lo más parecido a estar en un ataúd cerrado cuando se trataba de Ada Mae.

—Es estupendo que la familia de Griffin venga este verano. Ya te conté que los conocimos el pasado otoño. —Tras realizarle una limpieza, aplicarle el tónico y hacerle una suave exfoliación, Ada Mae utilizó sus muy diestros dedos para aplicar una gruesa capa de mascarilla energizante—. Eran muy majos. Les llevé una cesta de tomates del huerto y nos sentamos a tomar té en el porche delantero, donde su madre estaba trabajando en algo en el jardín. Vaya, se abrió camino a machetazos, cortó y retiró esa maleza como si tuviera una misión divina. También había hiedra venenosa. Le enseñé a arrancar algo de balsamina y a usar el jugo cuando te roza la hiedra venenosa. Al ser de Baltimore no sabía nada de eso. Tuvimos una charla estupenda.

—Le llevaste tomates para que te invitaran a sentarte en el porche.

—Obras son amores. Lo que digo es que Natalie, que así se llama la madre, es una buena mujer. Y su padre, Brennan, es un buen hombre, y también muy guapo. Te juro que Griff es su viva imagen. ¿Sabes qué más?

—¿Qué más, mamá?

—Que quieren igual a Matt, como si fuera de los suyos, y también a Emma Kate. Que una persona pueda acoger a alguien en su familia, sea de su sangre o no, me dice mucho de esa persona. Esta mascarilla tiene que endurecerse un rato. Voy a hacerte las manos y los pies mientras tanto.

Shelby podría haberle dicho que no se molestara, pero no había nadie en el mundo que diera un masaje de pies como Ada Mae Pomeroy.

—Necesitas hacerte la manicura, niña. Y no digas que no tienes tiempo. Todo el mundo que trabaja aquí tiene que presumir de los productos y los servicios; ya sabes lo que tu abuela piensa al respecto. Necesitas unos bonitos zapatos de verano y punto. Tenemos un precioso tono llamado glicinia melancólica. Le va bien a tus ojos.

—De acuerdo, mamá. —Vería si Maybeline o Lorilee podían hacerle un huequecito.

—Tu piel está preciosa, y tú también. Eso me hace mucho bien.

—La comida casera, el trabajo estable y ver florecer a mi pequeña.

—Y el sexo frecuente.

Shelby no pudo evitar reír.

—Supongo que no puedo decir que eso no ayude.

—Sé que aún tienes preocupaciones, pero pasarán. Ese Jimmy Harlow está a miles de kilómetros de aquí, haciendo sabe Dios qué a sabe Dios quién. Pero te digo yo que si el FBI no lo ha encontrado, es que se ha largado al extranjero. Se habrá ido a Francia.

Shelby esbozó una sonrisa, con los ojos cerrados y los pies inmersos ya en una nube de felicidad.

—¿A Francia?

—Es el primer sitio que me ha venido a la cabeza. Pero se ha largado. —Le puso unos patucos en los ya masajeados, untados de crema y muy felices pies de Shelby. Y

empezó con las manos—. Del mismo modo que también ha desaparecido el inútil de Arlo Kattery, que puede que pase cinco años en prisión, según he oído. Y también Melody Bunker. Me han dicho que cuando salga de esa elegante clínica de rehabilitación, es posible que se mude a Knoxville, donde vive el hermano de Florence.

—Me da igual adónde vaya o lo que haga. Te juro que me parece que todos los problemas que ella provocó sucedieron hace años. Cuesta creer que solo hayan pasado unas semanas. Me sorprende que alguien como ella, que tiene un concepto tan alto de sí misma, no sea capaz de ver que apenas ha dejado huella en la vida de nadie, mamá.

—Trató de dejarla en la tuya.

—Bueno, pues no lo consiguió.

—Estás llevando tu vida en la dirección adecuada, y estamos orgullosos de ti, Shelby.

—Sé que lo estáis. Me lo demostráis todos los días.

—Dime qué quieres, cielo. Sé que algo te ronda la cabeza. Puedo verlo.

Shelby exhaló un suspiro, relajada, y se soltó.

—He empezado a estudiar por internet.

—¡Sabía que había algo! ¿El qué?

—Decoración de interiores. No son más que un par de cursillos, pero me las apaño bastante bien y me gusta. He pensado en hacer otro cuando haya terminado y me lo pueda permitir, y también uno de gestión de empresas. Obtener experiencia y formación.

—Tienes talento para ello. Matricúlate en esos otros cursos, Shelby Anne. Tu padre y yo te los pagaremos.

—Me los pago yo, mamá.

—Escúchame bien. Tu padre y yo hemos trabajado duro para enviar a tus hermanos a la universidad. Ellos también tuvieron que trabajar, pero nosotros costeamos la mayor parte porque eso es lo que hacen los padres. Hacemos lo que podemos. También a ti te habríamos enviado a la universidad. Tomaste otro camino durante un tiempo. Pero si quieres recibir más formación, nosotros te la pagaremos. Tú lo harías por Callie, y no me digas que no.

—No iba a contártelo porque sabía que dirías eso.

—Pregúntale a tu padre qué piensa y te responderá lo mismo que yo. No estás sentada de brazos cruzados a la espera de que te paguemos tus gastos. Estas trabajando, estás cuidando de tu hija y esforzándote para... para perfeccionar el talento que Dios te ha dado. ¿Qué clase de madre sería si no pudiera echarle una mano a mi propia hija?

Shelby abrió los ojos y vio lo que ya se había imaginado. Su alta y de vez en cuando feroz madre, de pie a su lado, con el rostro tenso.

—Te quiero muchísimo, mamá.

—Más te vale. Puedes devolvérmelo ayudándome a renovar el aspecto del comedor. Ahora que hemos hecho tantas cosas en el piso de arriba, me parece deslucido. —Le puso unas manoplas en las manos a Shelby, se colocó detrás de ella y comenzó a masajearle el cuello de forma gloriosa—. Ahora que te tengo donde quiero, voy decirte que cuando los padres de Griff vengan de visita, deberías acercarte allí una noche y prepararles la cena. Enséñales lo buena cocinera que eres.

—Mamá...

—Sé que a la mayoría de las mujeres no les gusta que otra mujer se meta en su cocina. —Ada Mae continuó, a pesar de las objeciones, con aire alegre—. Pero la madre será una visita y estará trabajando durante ese tiempo. Sé que agradecería que alguien le

pusiera delante una buena comida después de un largo día de trabajo. ¿No lo agradezco yo cuando tú lo haces por mí?

—Sí, pero...

—Deberías llevar esa ensalada de pasta que nos preparaste a tu padre y a mí la otra noche, con esas sofisticadas pechugas de pollo y esos guisantes frescos.

—Mamá, todavía faltan semanas.

—El tiempo pasa tanto si miras el reloj como si no.

—Lo sé, y por eso la fiesta de compromiso de Emma Kate es esta semana aunque parece que Matt le haya puesto el anillo en el dedo hace tan solo un par de minutos. Todavía me queda mucho por hacer, muchas cosas en las que pensar y que preparar.

—Ojalá dejaras que te regalara un vestido de gala nuevo para la ocasión.

Ya habían tenido esa conversación, pensó Shelby, y estaba agradecida, pero preferiría gastar el dinero en clases de interiorismo y continuar con su educación.

—Me encanta que desees hacerlo, pero ya no tengo acontecimientos a los que llevar esa clase de vestido, así que sería un derroche de dinero para ponérmelo solo una vez. Y me voy a pasar toda la noche corriendo de un lado a otro para asegurarme de que todo va como tiene que ir... y para mantener a Bitsy controlada, en la medida de lo posible.

—Bendita sea, necesita que alguien lo haga.

—Y el sábado por la noche yo seré ese alguien. Me será más fácil hacer todo eso si no llevo un vestido largo. —Ya había tenido bastantes vestidos largos y elegantes durante los últimos años, y venderlos le había reportado una buena suma—. ¿Crees que debería llevar el pelo recogido o suelto? —preguntó, sabiendo que eso abriría un nuevo tema con su madre.

—¡Oh! La abuela podría hacerte un recogido maravilloso que le saque el mejor partido a tus rizos en vez de esconderlos.

Dado que Ada Mae se estaba despachando a gusto con el tema, Shelby se limitó a cerrar los ojos y a disfrutar del resto de su tratamiento facial.

Tenía mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo. Intercambiar emails, llamadas de teléfono y mensajes de texto con el director de eventos del hotel consumía un tiempo considerable, por lo que el director agradecía tratar con ella en lugar de con la «entusiasmada y creativa» madre de la futura novia.

Shelby leía ese mensaje implícito con toda claridad.

Tuvo la que esperaba fuera la última conversación con la florista antes de la organización propiamente dicha del acontecimiento y otra más con Bitsy.

Pero se tomó un momento para sentarse con su abuela en el pequeño patio trasero al final de la jornada, con las uñas de los pies recién pintadas con el color glicinia melancólica.

—Estás resplandeciente, niña.

Shelby tomó un sorbo de té.

—Mamá es un genio.

—Tiene talento, pero disponía de buen material con el que trabajar. Pareces feliz últimamente, y no hay mejor tratamiento de belleza que ese. Es difícil lograr que alguien esté resplandeciente si no es feliz.

—Soy feliz. Callie está floreciendo, tenemos un nuevo bebé en la familia al que mimar y mi mejor amiga va a casarse. Trabajar aquí me ha hecho recordar cuánto amo Rendezvous Ridge. Además está el añadido del Viernes Noche en el bar brasería. —Tomó otro trago—. Y por último, pero no por eso menos importante, me he echado un novio que

me hace resplandecer hasta cuando no está cerca. Tengo muchísima suerte, abuela. Algunas segundas oportunidades llegan demasiado tarde.

—Tú te estás currando la tuya.

—No voy a dejar de hacerlo. Ahora que resplandezco y que mis uñas están preciosas, quería ver si tendrías tiempo el sábado para hacerme un recogido antes de la fiesta.

Viola miró a Shelby por encima de la montura de sus gafas.

—¿Y vas a dejar que haga lo que quiera?

—Jamás cuestiono a un experto.

—Bien. Tengo algunas ideas. Y ahora cuéntame de una vez qué te ronda por la cabeza.

La abuela siempre la había calado bien.

—La fiesta es lo prioritario ahora mismo. ¿Sabes que acabo de hablar con Bitsy, y me ha costado lo mío, para disuadirla en el último momento de que contrate a una pequeña orquesta de cuerda para que toque en el salón de baile? Sabe Dios qué va a maquinarse, y vamos a tener que rechazar de nuevo, para cuando llegue la boda.

—Quiere mucho a su hija, pero la pobrecilla siempre ha tenido ideas estrambóticas que van tanto con Emma Kate como los zapatos del número treinta y cinco y medio de Bitsy. Hay otra cosa ahí, Shelby. Puedo verlo.

—De verdad que quiero tu opinión y tu consejo. Pero... abuela, estoy muy agradecida por poder trabajar aquí, no solo porque necesitaba un trabajo, sino también porque me ha ayudado a volver. Me ha ayudado a sentirme otra vez parte de las cosas de aquí. Quiero que sepas lo agradecida que estoy.

—Si tienes otro trabajo en mente, no voy a disgustarme por ello, Shelby. Nunca he dado por hecho que esta situación fuera permanente para ti. Dirigir este lugar te va tan poco como los zapatos de Bitsy. ¿En qué estás pensando?

—Todavía no. Probablemente no hasta dentro de seis meses. Puede que más tiempo... Lo más seguro es que sea más tiempo —se corrigió—. Estoy haciendo un par de cursos de decoración por internet.

—Tienes mano para eso, igual que la tiene Ada Mae para la piel. Hubo un tiempo en que pensé que conseguirías fama y fortuna gracias a tu voz... y que aprovecharías tu talento para decorar las grandes casas que tuvieras.

—No estoy dispuesta a asumir todo el esfuerzo que exige una carrera musical. Las noches fuera, los viajes, el... bueno, la dedicación de nuevo. Eso ya no va conmigo, con quien soy ahora. Ahí no hay una segunda oportunidad: dejé escapar la mía y no pretendo buscar otra.

—La vida es un continuo flujo de oportunidades. Ahora estás tomando otra decisión.

—Creo que podría construir algo para Callie y para mí, abuela.

Viola asintió, con una sonrisa en los labios y un gesto sagaz en los ojos.

—Tú buscas una carrera. No un trabajo, sino una vocación.

—Así es. Se me están dando muy bien estos cursos y voy a hacer otros... y también uno de gestión de empresas.

La sonrisa de Viola se ensanchó mientras asentía de nuevo.

—Lo llevas en la sangre, pero la formación lo potencia.

—No pienso precipitarme. He ayudado a Gilly con su dormitorio y a Emma Kate con algunas ideas para su apartamento solo para comprobar si podía trabajar con el espacio

y las necesidades de otra persona. Ahora mamá quiere que le ayude a renovar su salón. No sé qué le parecerá a papá.

Viola le devolvió la amplia sonrisa a Shelby.

—Por norma general, a los hombres no les gustan los cambios, pero se acostumbran a ellos.

Llena de entusiasmo (nadie sabía emprender un negocio desde cero mejor que Viola MacNee Donahue), Shelby se inclinó hacia delante en su sillón.

—Se me ocurren muchísimas ideas para la casa de Griff. A veces me muerdo la lengua porque es su casa, y él es ya es lo bastante ingenioso y listo.

—Cualquiera que sea ingenioso y listo valora otras opiniones, otras perspectivas de las cosas.

—Bueno, a veces no me muerdo la lengua a tiempo y él no se siente ofendido por ello. En cualquier caso, voy a hacer estos cursos, a conseguir las acreditaciones y luego intentaré montar un pequeño negocio. Tendré que seguir trabajando para mantenernos a Callie y a mí y saldar toda la puñetera deuda. La idea es empezar con poco, como hiciste tú... y también el abuelo. Ir a más con paso firme. ¿Crees que voy en la dirección adecuada?

—¿Te hace feliz? —Viola levantó un dedo y luego golpeó la mesa con él—. No descartes ser feliz en tu trabajo, Shelby. Ya es bastante duro ir a trabajar a diario y lidiar con un jefe si no eres feliz en tu trabajo. Pero cuando eres tu propio jefe, todo depende de ti. Si no te hace feliz, será mejor que te limites a cobrar el sueldo y que dejes los quebraderos de cabeza a otro.

—Esta es justo la razón de que quisiera hablar contigo antes de dar demasiados pasos. Sí que me hace feliz, abuela. Me hizo muy feliz hacer esas pequeñas cosas para Gilly y Emma Kate, ver lo contentas que quedaron, saber que podía imaginar lo que les gustaba y cómo les gustaba. Y me sentí feliz como una boba cuando Griff utilizó el color que yo elegí para el cuarto principal y compró el baúl pintado que vi en la galería..., es agradable poder entrar allí ahora..., y le comenté que quedaría genial a los pies de su cama. Y así es.

—Entonces hazlo. Haz lo que te haga feliz.

Shelby se echó hacia atrás mientras exhalaba un prolongado suspiro.

—Cuando doy un paso adelante, como con los cursos, luego retrocedo dos. Al menos, eso me parece. Pensaba que Richard me haría feliz.

—Cometiste un error —dijo Viola de forma tajante—. No será el último que cometas antes de que te vayas de este mundo. No, si tienes la suerte de vivir una vida larga, plena e interesante.

—Espero que ese haya sido mi mayor error. —Agarró a Viola de la mano—. ¿Me ayudarás? No me refiero al dinero que voy a necesitar. Quiero decir que, cuando esté lista para poner las cosas en marcha, ¿puedo hacerte el medio millón de preguntas que sin duda tendré?

—Me sentiría ofendida si no lo hicieras. Tengo cabeza para los negocios, y tu abuelo también. ¿Quién crees que ayudó a tu padre a poner en marcha la parte administrativa de su consulta?

—Debería haberlo imaginado. Cuento contigo.

—Yo también cuento contigo. Pero fíjate, si ha venido a vernos un guapo hombre.

—Señora Vi. —Matt se acercó a la mesa y se inclinó para besarla en la mejilla—. Perdone la suciedad. Acabamos de terminar por hoy en El contrabandista.

—¿Y qué tal va?

—Hemos puesto las zapatitas y está listo para la inspección de mañana. ¿Qué tal,

Shelby?

—Bien, gracias. ¿Te traigo algo frío de beber?

Matt levantó la botella que llevaba.

—Tengo Gatorade, estoy servido.

—Entonces un vaso con hielo.

—Los hombres de verdad no necesitan vaso. —Con un guiño, bebió de la botella—.

Emma Kate me comentó que querías hablar conmigo. Solo conmigo. —Meneó las cejas, haciéndola reír.

—Así es, pero no esperaba que me hicieras un hueco tan pronto. Tienes mucho curro.

—Tú también. He oído que acabas de librarnos de una orquesta de cuerda. Considera besados tus pies.

—Siéntate —le dijo Viola—. Ocupa mi silla —agregó al levantarse—. Voy a llevar mis cansados pies a casa y a tomarme una copa con más alcohol que té. Pórtate bien con mi niña, Matthew.

—Sí, señora.

—Te veré mañana, abuela. Dile al abuelo que le quiero.

—Él a ti también —respondió Viola mientras volvía dentro.

—¿Hay algo más que debería saber... ahora que hemos esquivado el violonchelo? —Matt tomó asiento y estiró las piernas mientras suspiraba—. Dios, qué bien sienta.

—Un hombre que trabaja tan duro como tú debería hacer que Vonnie le diera un masaje cada semana. Para mantenerte distendido y sano.

—Emma Kate siempre me dice lo mismo del yoga. Pero prefiero el masaje que intentar retorcerme como un pretzel.

Y sin duda preferiría estar ya en casa que sentado allí, esperando a que ella fuera al grano.

—No tenía pensado hablar contigo de esto hasta después de la fiesta o cuando tuviera las ideas más claras. Acabo de hablarlo con mi abuela. Mi madre y ella son las únicas a las que les he contado algo.

—Entonces, no se trata de la fiesta.

—No, no se trata de eso. La fiesta va a ser perfecta, no te preocupes. Es... —Exhaló un suspiro—. Es que estoy haciendo un par de cursos —comenzó, y se lo contó todo.

—Ya me dijo Griff que tenías buen ojo. No siempre puedes creer a un hombre a quien le brillan los ojos, pero yo mismo lo he comprobado con lo que hiciste en nuestra casa. Y costó menos de doscientos dólares hacerlo.

—En gran parte le di un uso diferente a lo que ya teníais.

—Ha mejorado. Es más fresco. Y la idea de emparejar y enmarcar los tapetes de ganchillo de su bisabuela... Cuando me lo contó, no me hacía demasiada gracia; parecía demasiado femenino, demasiado recargado. Pero es genial.

—Oh, ¿ya están terminados?

—Los recogió ayer y los hemos colgado donde nos dijiste. Aunque no me gustaran, que sí me gustan, la expresión de Emma Kate cuando estuvieron colgados habría sido más que suficiente.

—Me alegra mucho que la idea os haya gustado a los dos.

—Ahora se muere de ganas de hacer algo con el resto del apartamento; te daría las gracias por eso, pero sería una mentira. Estoy intentando que lo posponga, ya que vamos a ir a ver una parcela el domingo por la tarde.

—¿Has encontrado algo? ¿Dónde?

—Prácticamente a un tiro de piedra de la propiedad de Griff. Algo más de una hectárea, así que no es tan grande como la suya, pero por ella discurre el mismo riachuelo.

—Seguro que es preciosa. No creía que quisieras mudarte tan lejos del pueblo.

—A Emma Kate le inquieta un poco, pero creo que se dejará convencer en cuanto lo vea. Tal vez puedas reservarte las ideas para ella hasta que empiece a construir la casa.

—De hecho, quería preguntarte... solo a ti, Matt, ni a Griff ni a Emma Kate..., si crees que una vez tenga la acreditación podrías recurrir a mis servicios, siempre que resulte apta y el trabajo lo requiera. O tan solo mencionarle mi nombre a algún cliente que tal vez esté pensando en contratar los servicios de un decorador. Tengo dos proyectos del curso aquí mismo, en el móvil. —Lo sacó del bolsillo—. Cuesta ver los detalles en el teléfono, pero te harás una idea de si funcionaría en general.

—¿No le has contado nada a Griff?

—No. —En cuanto buscó los proyectos, le pasó el móvil a Matt—. Él me diría que sí porque no querría decirme que no, y lo mismo pasaría con Emma Kate. No es eso lo que busco, no es la forma en que quiero empezar. Te doy mi palabra de que si esto te hace sentir incómodo, no les diré una sola palabra ni a Griff ni a Emma Kate. No quiero que sientas que te pongo en un brete. —Tomó aire mientras él estudiaba el proyecto y pasaba al segundo—. Tu trabajo, el tuyo y el de Griff, es muy bueno. Y aunque no llevéis demasiado tiempo por aquí... no según el criterio de la zona, ya gozáis de una sólida reputación. Creo que yo podría contribuir. Como asesora externa.

Matt levantó la vista hacia ella, y la bajó al teléfono acto seguido.

—¿Has hecho tú esto?

—Sí. También hay proyectos escritos, pero...

—Son buenos, Shelby. Realmente buenos.

—¿De verdad?

—De verdad, y lo digo en serio. Griff realiza casi todo nuestro trabajo de diseño y mete mano en la decoración si el cliente busca que lo orientes. Deberías enseñarle esto a él.

—Lo haré, pero no quiero enseñárselo con la idea de que se sienta obligado a...

—Enséñaselo —la interrumpió Matt—. Somos un equipo y cuando tomamos una decisión, los dos tenemos que estar implicados, tenemos que estar de acuerdo. Así trabajamos. Así que no puedo decirte que sí hasta que él lo haya visto. Lo que sí puedo decirte es que cuando hable con él acerca de esto, después de que lo haya visto, me inclino por el sí.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio? Tú... Espera. —Se arrimó—. Mírame a los ojos —dijo, y se los señaló—. ¿Me estás haciendo un favor?

—Sí. Creo que será un favor para todos nosotros.

—Todos nosotros. —Se apoyó en el respaldo de nuevo—. Gracias. Se lo enseñaré. Voy a tardar un poco en conseguir la acreditación y elaborar un plan empresarial, pero saber que me recomendarías me quita un peso de encima.

—¿Hay alguna forma de que puedas trabajar de forma independiente ahora?

—Aún no he terminado el primer curso.

—Tansy ya está llevando a Derrick al borde de la locura. Muestras de pintura, formatos para el sistema de iluminación, muestras del suelo y más formatos. Y acabamos de colocar las zapatas. Si trabajaras con ella, le prestarías algo de asesoramiento; tiene algunas ideas, pero ahora mismo son dispersas y se mezclan con las ideas para el cuarto de los niños. Y así Derrick tendría un respiro. Estaría en deuda contigo.

—Me encantaría ayudarla si ella quiere.
—Hecho. Derrick y tú podéis acordar tu tarifa.
—Oh, no voy a cobrarles por...
Matt le devolvió el móvil y meneó la cabeza.
—Ese no es un buen plan de negocios.
Shelby exhaló una bocanada.
—No lo es, ¿verdad?
—¿Sabes cuántos amigos, parientes, conocidos y completos desconocidos querían que Griff o yo les construyéramos la terraza, les pintáramos la casa, volviéramos a alicatar o les remodeláramos la cocina cuando estábamos empezando?
—No.
—Yo tampoco, porque eran demasiados como para llevar la cuenta. Acepta el consejo de alguien que ha pasado por eso, y no vayas por ahí. De colega a colega, una cosa es que Tansy quiera tu opinión sobre cunas o la pintura para el cuarto de los niños, pero ahora hablamos de ampliar su negocio. Te ganarás tus honorarios.
—De acuerdo, siempre que me quieran a mí.
—Llamaré a Derrick. Si le interesa, te avisará. Tengo que irme.
—Yo también. —Se levantó a la vez que él—. Mi madre ha recogido a Callie, pero ya se estarán preguntando dónde ando. Gracias, Matt. —Le abrazó y le dio un apretón extra—. Resérvame un baile el sábado por la noche.
—Por supuesto. Enséñale a Griff esos proyectos académicos —repitió.
—Lo haré en cuanto tenga ocasión.
Shelby volvió adentro. Todavía había algunos clientes; un par de mujeres utilizando la sala de relajación tras sus tratamientos, y otro par más que habían ido a peinarse tras su jornada laboral.
Pero la de Shelby había terminado.
Cogió el bolso, se despidió y luego salió por la puerta.
Y acabó en brazos de Griff de forma inesperada.
El beso la pilló por sorpresa, lo cual podría explicar que la cabeza le diera vueltas.
—Hola —dijo Griff.
—Hola.
—He visto tu coche, así que iba a entrar a buscarte.
—Yo solo... —El mareo se le pasó cuando vio a Crystal, a su clienta y a la chica que se ocupaba de lavar las cabezas, que se había quedado hasta tarde para barrer, con la cara aplastada contra el escaparate.
—Somos la primera actuación de la noche.
Griff se limitó a sonreír de oreja a oreja y a saludar a las mujeres mientras Shelby tiraba de él hacia el coche.
—¿Trabajando hasta tarde?
—En realidad necesitaba hablar con mi abuela y luego he tenido un pequeño *rendez-vous* con Matt.
—Un *rendez-vous* en Rendezvous Ridge. ¿Tengo que ir a pegarle?
—Esta vez no. ¿Sabes qué? Me gustaría hablar de una cosa contigo y enseñarte otras.
—¿Sobre la gran fiesta?
—No del todo. ¿Por qué no te vienes a casa conmigo y te quedas a cenar? A mis padres les encantará verte. Y Callie se pondrá como loca.

—Tres pelirrojas, un médico y comida gratis. Estaría chalado si dijera que no. —Sin embargo se miró la sucia camiseta y los polvorientos vaqueros—. Pero hoy hemos tenido trabajo duro y no he ido a casa a ducharme.

—Puedes hacerlo en mi casa y cenaremos fuera. Solemos hacerlo con este tiempo.

—Entonces te sigo.

—Avisaré a mi madre de que vienes para que no la pilles con los labios sin pintar.

—Cuando se disponía a coger el teléfono, este pitó al recibir un mensaje de texto.

—¿Tu madre? —preguntó Griff mientras ella leía.

—No. Derrick. —Solo decía: «Sí, por favor, sí. Sálvame del infierno de la decoración»—. Se trata de algo de lo que vamos a hablar. —Fue hasta la puerta del conductor—. ¿Qué hacías aún en el pueblo?

—Al parecer, te estaba esperando.

Eso hizo sonreír a Shelby. Todo aquel día la hacía sonreír.

El enorme todoterreno pasó despacio mientras ella se subía al monovolumen. Ni siquiera lo miró, pero casi con toda seguridad no habría reconocido al conductor.

Había vuelto a cambiar su aspecto.

Mientras ella volvía a su casa, él se dirigió a las montañas.

Sabía lo que planeaba hacer y cuándo, y le satisfacía saber que lo que había empezado en Miami casi había terminado.

Cuando Griff entró en el salón de Viola el sábado, Snickers revolucionó el establecimiento. Las mujeres (estilistas, clientas y esteticistas) se agacharon para decirle monerías y acariciarle la panza, frotarle las orejas y, en general, para provocarle una apoplejía de felicidad.

Se acordó de cuando tenía veintipocos años y se dedicaba a buscar formas de conocer mujeres.

Debería haber alquilado un cachorro.

Había ido para que le cortasen el pelo, protestando y siguiendo órdenes de Emma Kate. Odiaba cortarse el pelo, pero la vehemencia de la orden le había asustado un poco.

—Necesitas un corte —declaró Viola, haciendo que él encorvara los hombros.

—Emma Kate ha dicho que tenía que hacerlo, pero estás muy ocupada, así que...

—Ahora mismo no hay nadie sentado en mi sillón. Ven aquí y siéntate, Griffin.

El cachorro aposentó el trasero de inmediato y daba la impresión de estar muy satisfecho de sí mismo. Y las mujeres exclamaron a coro un «¡Ooooh!».

—Un hombre debería ir bien arreglado a la fiesta de compromiso de su mejor amigo. —Viola señaló su sillón con el dedo—. Pórtate tan bien como tu perro.

—Solo un poco, ¿vale? —Griff se sentó, deseando con toda su alma estar en cualquier otra parte.

—¿Alguna vez te he metido un buen tajo?

—No, señora.

Viola le puso una capa y cogió el atomizador para humedecerle el cabello.

—Tienes una buena mata de pelo, Griffin. Me ocuparé de que la conserves. Sospecho que te traumatizaron en la peluquería cuando eras un crío.

—Llevaron a un payaso..., uno de esos payasos con pelucas estrafalarias. Era horrible. Realmente horrible. ¿Ha leído *It*, el libro de Stephen King? Pues ese tipo de payaso.

—Aquí no hay ningún payaso de ninguna clase. —Le acarició la mejilla, disfrutando—. Chico, necesitas un buen afeitado.

—Sí, ya me ocuparé de eso más tarde.

—Yo te afeitaré. —Se limitó a sonreír al ver la cara que ponía—. ¿Es que nunca te ha afeitado al ras con navaja una mujer?

—No.

—Te va a encantar. —Ajustó el sillón y cogió las tijeras—. No has preguntado dónde está Shelby.

—Contaba con que usted me lo dijera.

—Está atrás. Tenemos un grupo de seis mujeres, amigas desde la universidad. Están pasando juntas un largo fin de semana y se hospedan en el gran hotel. Es bonito tener amigas para siempre. Es lo que tienes con Matt.

—Sí, así es.

Continuó con la conversación fluida mientras sujetaba el pelo entre los dedos y cortaba con esmero. Griff sabía que era para que se relajara. Cada dos meses, cuando se

convencía a sí mismo para ir a cortarse el pelo o lo obligaban, Viola siempre hacía lo mismo.

Le gustaba verla trabajar; los movimientos rápidos, competentes y precisos; sus ojos midiendo el corte al tiempo que hablaba con él, daba órdenes, respondía preguntas.

Podía mantener media docena de conversaciones a la vez. Lo consideraba una habilidad rara.

—Va a ser hermosa toda la vida.

—¿Shelby?

Viola le miró a los ojos en el espejo y sonrió.

—Espera a verla esta noche. Tiene que salir pronto de aquí, dejar atendida a Callie y luego volver otra vez para que pueda peinarla. Ya he pensado qué voy a hacerle.

—No irá a alisárselo, ¿verdad?

—De ninguna manera. Dice que tiene que estar en el hotel temprano, así que no vas a poder llevarla, lo que es una pena porque creo que haríais una entrada de cine como pareja —declaró—. Lorilee, casi he terminado. ¿Quieres calentarme una toalla para el afeitado de Griff?

—Claro, señora Vi.

—En realidad no tiene por qué...

—Griffin Lott, ¿cómo vas a convencerme para que deje al que es mi marido desde hace casi cincuenta años y huya contigo si no confías en que no te rebane la garganta?

De modo que Griff terminó recostado en el sillón, con una toalla húmeda y caliente cubriéndole la cara... salvo la nariz. Tenía que reconocer que era genial... hasta que oyó que ella afilaba la navaja.

—Aún sigo utilizando la navaja de mi bisabuelo —dijo en plan coloquial—. Sobre todo por sentimentalismo. Se la dejé a mi abuelo y fue él quien me enseñó a afeitar a un hombre.

Griff notó que su nuez trataba de esconderse.

—¿Cuándo fue la última vez que lo hizo?

—Afeitó a Jackson casi todas las semanas. —Se arrimó un poco—. Lo consideramos juegos preliminares. —Retiró la toalla mientras él se atragantaba—. No pensaremos en ello, ya que tú estás pensando en eso con mi nieta. Además, solía afeitar al alcalde Haggerty todos los sábados por la mañana... antes de que se jubilara y se mudara a Tampa, Florida. Ahora tenemos una alcaldesa. —Se echó aceite en las manos, se las frotó y luego se las pasó por la cara con suavidad—. Esto te ablandará la barba y será una buena barrera protectora entre tu cara, la espuma y la navaja. Además, huele bien.

—Eso no suena mucho al afeitado de su abuelo.

—Hay que ir con los tiempos.

Aplicó con ahínco una gruesa capa de espuma de afeitar en rostro y garganta, usando una brocha ancha y pequeña.

—En fin, como iba diciendo, no afeitó a la alcaldesa. Pero hay un par de personas más que vienen porque les gusta un buen afeitado de barbero. Otros van a la barbería de Lester. Siempre dice que se va a jubilar y, si algún día lo hace, ampliaré mis servicios para caballeros.

—Siempre dándole al coco.

—Oh, siempre, Griffin.

Él deslizó la mirada hacia la navaja con su mango perlado y la apartó acto seguido.

—Lo que hay que hacer es trabajar con suaves pasadas, a favor del pelo. Luego, si

quieres un buen afeitado a ras como el que te estoy haciendo, das otra pasada a contrapelo. —Con delicadeza, se ayudó del pulgar para estirar la piel bajo la patilla—. No te tira demasiado, ¿verdad? Hay que dejar que la hoja haga el trabajo. Si necesitas tensar más, es que necesitas una hoja más afilada. —Trabajó de forma metódica, manteniendo el fluir de las palabras. Él se relajó todo lo que pudo, hasta el momento en que sintió la hoja contra su garganta—. ¿Te propones casarte con mi niña, Griffin?

Griff abrió los ojos y la miró a los suyos. Vio diversión en ellos.

—Tan pronto esté preparada.

—Buena respuesta. Le enseñé a afeitar a un hombre.

—¿En serio?

—Puede que esté oxidada, pero tiene buena mano. Y hablando de eso, aquí viene.

Griff tenía miedo de menearse, de modo que solo podía mover los ojos. Oyó al perro acercarse y oyó la voz de Shelby. La oyó reír.

—Hasta el fondo —murmuró Viola—. Eso es lo que dicen los poetas. Estás hasta el fondo, Griffin.

—Y sigo hundiéndome.

—¡Vaya, fíjate! No sabía que te decantaras por el afeitado de barbería, Griff.

—Es la primera vez.

Shelby pasó un par de dedos por su mejilla izquierda.

—Mmm. Muy suave.

—Juegos preliminares —dijo Viola de nuevo, haciendo que Shelby riera con disimulo.

—Te hace pensar, ¿verdad? Abuela, lo siento, pero tengo que irme. Tengo una llamada de socorro del hotel porque al parecer Bitsy ha ido allí aun después de prometer que no lo haría. Así que tengo que apagar un par de pequeños fuegos antes de que se propaguen.

—Vete ya. Te dije que te tomaras el día libre.

—Creía que Bitsy estaría ocupada aquí. Tiene cita para peinarse y hacerse la manicura. Tengo que quitarla de en medio, calmar las aguas y volver aquí en menos de media hora para recoger a las niñas. Prometí que las llevaría a la hora de los cuentos y Tracey tiene planes. Suzannah tiene cita con el dentista. No puedo dejar que Bitsy asome la cabeza por allí ahora mismo y no quiero decepcionar a Callie y a Chelsea.

—Yo lo haré.

Shelby le dio una palmadita en el hombro a Griff antes de apresurarse hasta el mostrador principal a coger su bolso.

—No tengo ni la menor duda de que se te dé bien sofocar fuegos, pero...

—No, no me refería a Bitsy. Yo recogeré a las niñas y las llevaré a la hora de los cuentos.

Al igual que con el cachorro, aquello generó un coro de tiernas exclamaciones de las mironas.

—Griff, estoy hablando de dos niñas de cuatro años.

—Ya lo he pillado.

—¿Y no tienes trabajo?

—Matt se ha marchado; Emma Kate y él han conseguido cita para ir a ver el lugar para la boda.

—¿Qué lugar?

—Yo qué sé. Un lugar para la boda. He hecho todo lo que puedo hacer yo solo hasta

las tres, hora en que recibiremos más material.

—Se supone que tengo que llevar a las niñas a casa de Suzannah alrededor de las tres. Van a celebrar una fiesta de pijamas.

—Pues ya está. Yo las recogeré y las llevaré a la hora de los cuentos. Si no has vuelto, podemos jugar a la pelota en el parque, o a otra cosa durante una hora, o lo que sea. Las llevaré yo, y volveré cuando el material llegue aquí. Puedes llevarte mi camioneta y yo me llevaré tu monovolumen.

—No sé si a Tracey le parecerá bien que te lleves a las niñas.

—Oh, le parecerá bien, Shelby. —Viola mitigó sus dudas—. Es una chica sensata, conoce a Griff y sabe que hoy estás hasta arriba.

—Tienes razón. Ya me da vueltas la cabeza. —Sacó las llaves del bolsillo del bolso—. Gracias, Griff. Volveré lo antes que pueda.

—Tómate tu tiempo. Si no has vuelto a las tres, le daré una pistola de clavos a Callie y una sierra circular a Chelsea. Las mantendré ocupadas.

—Eres todo un consuelo para mí.

—Las llaves están justo en el bolsillo de delante.

Shelby enarcó las cejas.

—Solo quieres que te meta la mano en el bolsillo.

—No sabía que existiera esa posibilidad cuando me guardé las llaves ahí, pero es una posibilidad estupenda.

Shelby metió la mano y enganchó las llaves.

—Muchas gracias —dijo de nuevo, le besó y volvió a decir «mmm»—. Rezad todos por mí —les pidió cuando corrió hacia la puerta.

Griff se puso cómodo en la librería de Rendezvous, donde al parecer se celebraba un cuentacuentos para preescolares una vez al mes. ¿A quién no le gusta eso?, se preguntó, apoyándose contra uno de los montones con un vaso de café con hielo mientras una docena de renacuajos estaban sentados en círculo, escuchando un cuento sobre un chico y un joven dragón con un ala herida.

Conocía a la señorita Darlene, una maestra jubilada que trabajaba a media jornada en la librería. Matt y él habían construido un pequeño anexo en su casa el otoño anterior y le habían proporcionado un acogedor cuarto de lectura.

Se lo merecía, pensó. Leía muy, muy bien, poniendo voces, añadiendo las pinceladas justas de tristeza, sorpresa y asombro.

Tenía a los niños en la palma de la mano. Y hasta él estaba interesadísimo en lo que le estaba pasando a Thaddeus y a su dragón Grommel.

Un bebé empezó a llorar en algún lugar al fondo de la tienda. Pudo oír a una mujer calmándolo en voz queda, luego el sonido de pasos mientras caminaba de un lado a otro, y el llanto cesó.

La luz entraba a raudales por el escaparate, por los paneles de cristal de la puerta, formando dibujos cuadrados en el viejo suelo de madera.

El dibujo cambió al abrirse la puerta. La campana tintineó y luego el dibujo volvió a su ser. Cambió de nuevo cuando una sombra lo cruzó. Apenas se fijó en el hombre que había más allá: una silueta que cambió el dibujo durante un breve instante.

Entonces el cuento acabó, y Callie fue corriendo directamente hacia él.

—¿Lo has oído? ¿Lo has oído? ¡El ala de Grommel mejoró y Thaddeus se quedó

con él! Ojalá tuviera un dragón.

—Yo también. —Cogió a Chelsea de la mano.

—¿Podemos tener un libro? —quiso saber Callie—. ¡El de Thaddeus y Grommel!

—Claro. Propongo que luego compremos cucuruchos de helado y vayamos al parque.

Compraron el libro y, como resultó que ya había una segunda aventura publicada, le regaló uno a cada una. Después les compró un helado de fresa, que se derretía más rápido de lo que las niñas podían comérselo.

Aprovechó el agua de la fuente del parque para ocuparse de las manos pegajosas antes de desgastar el helado persiguiendo a las niñas por el parque y por el columpio.

Cuando se tiró al suelo, fingiendo que lo habían derrotado, las niñas corrieron en círculo a su alrededor.

Callie tiró de la mano de Chelsea para alejarse un par de pasos y comenzó a susurrar.

—¿Cuál es el secreto?

—Chelsea dice que se supone que tienen que pedirlo los chicos.

Griff se sentó con las piernas cruzadas.

—¿Qué es lo que tienen que pedir?

Más susurros y luego Callie meneó la cabeza de un modo innatamente femenino y fue hacia él con paso decidido.

—Lo puedo pedir yo si quiero.

—Vale.

—¿Podemos casarnos? Podemos vivir en tu casa, y mamá puede venir también. Porque te quiero.

—¡Uau! Yo también te quiero.

—Así que podemos casarnos como Emma Kate y Matt, y podemos vivir todos en tu casa con Snickers. Para siempre jamás.

Desarmado, la acercó a él.

—Deja que me ponga manos a la obra.

—Cosquillas no —dijo, frotándole la mejilla.

—Hoy no.

—Me gustan las cosquillas.

La acercó de nuevo. Hasta el fondo, pensó.

—Volverán.

Sacó el móvil cuando sonó.

Siento tardar tanto. Todos los fuegos apagados. Voy para allá.

Rodeó a Callie con el brazo mientras contestaba.

Estamos en el parque, fumando y bebiendo un par de birras. Podemos intercambiarnos aquí.

Su respuesta llegó en unos momentos.

No tires basura. Llegaré en diez minutos.

Se guardó el móvil en el bolsillo otra vez.

—Ya viene tu mamá, Callie.

—¡Pero queremos jugar contigo!

—Yo tengo que irme a trabajar. Pero antes de que lo haga... —Se levantó y cogió a las niñas como si fueran balones de rugby, haciéndolas chillar mientras corría por el parque, con Snickers corriendo detrás de ellos.

Vio al hombre que había entrado en la biblioteca, o creía que era él, al fondo del parque. Se sorprendió agarrando a las niñas con algo más de firmeza.

Entonces el hombre miró hacia la izquierda, sonrió, saludó con la mano y corrió hacia alguien que Griff no alcanzaba a ver.

Niños, pensó, dejando a las pequeñas en el suelo para que pudiera perseguirle a él. Hacen que sospeches de todo y de todos.

Shelby no paró durante el resto del día, intercambió a las niñas y los coches con Griff y dejó a las pequeñas en casa de Suzannah. Le dio un abrazo extra a Callie, ya que era su primera fiesta de pijamas de verdad, lejos de su familia.

Volvió al salón para peinarse y, ante la insistencia de Crystal, maquillarse. Aunque habría preferido ver su propia cara, no consiguió encontrar el modo de decírselo a esta sin que se ofendiera. Pero los nervios eran lo bastante evidentes como para que Crystal jurase que no iba a «restaurarla».

No cabía duda de que ahorraba tiempo que se ocuparan de una como si fuera una celebridad mientras ella enviaba y respondía mensajes al catering del hotel, a la florista, a Emma Kate.

Y también a Bitsy; demasiados como para llevar la cuenta.

No le dejaron que se mirara al espejo mientras trabajaban de forma conjunta, pero después giraron el sillón con una floritura para la gran revelación.

Todas las dudas se disiparon.

—¡Vaya, estoy impresionante!

—Hemos resaltado tus ojos más de lo que acostumbras a hacer, pero sigue siendo algo sutil —comenzó Crystal—. Así que resulta elegante, igual que tu cabello.

—Sí que estoy elegante. Y parezco yo con cierto realce; no da la impresión de que vosotras dos hayáis pasado más de una hora atendiéndome. Me encanta, Crystal, y no volveré a dudar de ti nunca más. Abuela, el peinado es increíble. Esa delgada cinta para aportar un poquito de brillo realza los rizos que caen del moño a la espalda.

—Y algunos mechones que enmarcan tu rostro para que parezca que no le has dedicado más de cinco minutos —agregó Viola, afanándose con ellos un poco más—, solo los cinco minutos necesarios.

—No sé si estaré a la altura de vuestro trabajo, pero haré todo lo que pueda. ¡Gracias, muchísimas gracias! —Las abrazó a ambas—. Tengo que irme. Estoy decidida a llegar al hotel antes que Bitsy. Os veo allí a las dos.

Calculó que tendría la casa para ella sola durante una hora antes de que llegara su madre, o dos, si Ada Mae prefería peinarse y maquillarse antes en el salón.

No iba a necesitar dos.

Cogió una Coca-Cola de la cocina e inspiró. Había pensado ponerse un sencillo vestido negro, pero al ver el peinado de estilo griego que le había hecho su abuela, se lo replanteó mientras subía arriba.

El vestido negro iría bien para cualquier ocasión, eso sin duda, y ya le había hecho su servicio tres viernes por la noche. Todavía no había lucido el gris plata que se había llevado consigo desde el norte. No pegaba para un Viernes Noche. Pero para esa ocasión...

Lo sacó, lo sostuvo delante de ella y se volvió hacia el espejo. El corte era un poco más fluido, más vaporoso, y haría destacar su cabello. Ya no se pondría los zapatos negros, decidió. Eran demasiado serios. Pero tenía unas sandalias azules de tacón bajo; de todas formas, el tacón bajo sería más práctico, ya que era muy probable que tuviera que pasarse media noche corriendo de un lado a otro.

Y el vestido tenía bolsillos de ojal, de modo que podría guardarse el teléfono y tenerlo a mano.

Una vez tomada la decisión, se vistió y se puso unos pendientes largos y tres finas y relucientes pulseras de la caja de disfraces de Callie.

Introdujo en una bolsa algunos artículos de aseo y una muda de ropa, ya que iba a pasar la noche en casa de Griff después de la fiesta.

Al cabo de una hora, y sintiéndose muy bien consigo misma, se metió de nuevo en el coche y condujo hasta el hotel.

Shelby suponía que había pasado más tiempo allí en las tres últimas semanas que en toda su vida; aun así, sonrió al tomar la curva en la empinada carretera y ver el gran edificio de piedra extenderse entre los árboles.

Aparcó y tomó el sendero de pizarra hacia la espaciosa galería principal, flanqueada por dos grandes macetas blancas de begonias rojas y blancas, con lobelias azules.

Si Emma Kate y Matt decidían celebrar allí la boda, imaginaba esas macetas rebosantes de flores en tonos amarillo y lavanda.

Parte del personal la saludó cuando cruzó los anchos tablones del suelo del vestíbulo para dirigirse al salón de baile.

La decoración iba bien encaminada, y comprobó con alegría que no se había equivocado. Las servilletas de color morado intenso sobre el blanco aportaban una elegancia casual, el lienzo perfecto para los cuencos de hortensias blancas y los portavelas cuadrados y transparentes con pequeñas candelas.

Una combinación de sillas de respaldo alto y taburetes de respaldo bajo.

Tenía pensado repetir eso en la terraza, agregar algunos jarrones sueltos con calas y rosas blancas, algunas peonías y delicado follaje.

Todo recordaba a Emma Kate.

Shelby divisó a la florista y fue hacia ella.

—Señálame dónde me quieres.

Cuando llegaron los futuros novios, todo estaba en su sitio... y, a juzgar por la expresión de su amiga, vio que cada hora de trabajo, cada viaje de ida y vuelta, cada jaqueca provocada por Bitsy había valido la pena.

—Oh, Shelby.

—¡No empieces a llorar! Me harás llorar a mí también, y se nos estropeará el maquillaje. La verdad es que las dos estamos impresionantes.

—Qué hermoso es. Todo lo que quería, y otras cosas que no sabía que quería. Es como un sueño.

—Era nuestro sueño. —Asió la mano de Emma Kate y la de Matt y las unió—. Ahora es vuestro sueño. Os declaro prometidos.

—Queremos pedirte un favor más.

Shelby se metió la mano en el bolsillo y la sacó cerrada en un puño.

—Resulta que me queda otro favor aquí mismo. ¿Qué puedo hacer?
—Matt y yo hemos decidido nuestra canción... al menos por ahora. *Stand By Me*. Te la sabes, ¿verdad?

—Pues claro.

—Queremos que la cantes esta noche.

—Pero si tenéis un grupo.

—Ansiamos de corazón que la cantes tú. —Emma Kate tomó la mano de Shelby entre las suyas—. ¿Querías hacerlo, por favor, Shelby? Solo esa canción. Por nosotros.

—Será un placer. Hablaré con el grupo. Ahora mismo vamos a traeros una copa y voy a enseñaros esto antes de que la gente empiece a llegar y no os quede ni un minuto libre.

—Griff venía justo detrás de nosotros —dijo Matt—. De hecho, ya está aquí.

—¡Ay, Dios mío! Fíjate. —Le acarició la solapa del traje gris oscuro con la mano y pensó en la suerte que había tenido al ponerse el vestido gris pálido—. Estás muy elegante.

—La diosa de la montaña —murmuró—. Me dejas completamente sin aliento.

Griff se llevó su mano a los labios y la besó. Ella se sonrojó, algo que, al ser pelirroja, había aprendido a no hacer cuando era adolescente.

—Gracias, señor. Los cuatro estamos casi tan magníficos como la habitación. Creo que deberíamos tomarnos la primera copa de champán. Y, Emma Kate, quiero enseñarte la terraza. Hemos colgado pequeñas luces blancas en los árboles de las macetas. Es el país de las hadas.

—Flores, velas y luces de hadas —comentó Griff mientras visitaban el espacio—. Todo brillo, nada de protestas.

—He eliminado un montón de pijotadas que Bitsy quería, pero creo de veras que va a quedar satisfecha con cómo saldrá todo. Es posible que se acerque una tormenta, pero no hasta después de medianoche. —Se dio una palmadita en el bolsillo, donde llevaba el móvil—. Sigo comprobando mi aplicación del tiempo y, por ahora, todo bien. Ahí viene Bitsy. ¿A que está preciosa con su largo vestido rojo? Será mejor que vaya a hablar con ella.

—¿Quieres apoyo?

Shelby le agarró de la mano.

—Eso siempre.

Bailó con él. Hasta más tarde no se percató de que el recuerdo de otras fiestas de gala y otros elegantes vestidos no se había colado ni una sola vez en sus pensamientos. Ni un solo instante pensó en Richard, que vestía esmoquin como si hubiera nacido con uno.

Todo se centraba en el momento.

Bailar con su padre, que hizo gala de algunos de los pasos de baile que aún recordaba de cuando Ada Mae le convenció para ir a clases. Y con su abuelo, que la hizo bailar algo de música folk; ahí su memoria no resultó tan buena como la de él, cuando el grupo se arrancó con algunas canciones tradicionales. Con Clay, que no había heredado el sentido del ritmo, y con Forrest, que se había llevado la parte correspondiente a Clay.

—¿Cómo has entrado aquí? —le preguntó a Forrest—. No llevas esmoquin, ni siquiera traje y corbata.

—Es la placa. —La condujo en un suave baile country—. Le he dicho a Bitsy que estaba de servicio.

—¿Lo estás?
Forrest se limitó a sonreír.
—Me considero siempre de servicio, y no me he puesto el uniforme desde la graduación. Espero que siga la racha ganadora.
—Nobby sí lo lleva.
—Él sí, pero ha jurado apoyarme con la excusa de que estoy de servicio.
—¿Con qué le has sobornado?
—Con un café original y un par de bollos recién hechos de la pastelería.
Shelby se echó a reír, moviéndose en círculo con él.
—Hoy estás guapísima, hermanita.
—Esta noche me siento genial, hermano mayor. Fíjate en lo feliz que parece todo el mundo. Emma Kate podría iluminar este lugar ella sola.
—Te la robo —dijo Griff interviniendo.
—Podría detenerte por esto, pero lo dejaré correr. Hay una rubia por allí que parece necesitar un poco de compañía.
Shelby echó un vistazo.
—Se llama Heather. Trabajó con Emma Kate en el hospital de Baltimore. Está soltera.
—Me vale.
Griff atrajo a Shelby cuando Forrest se encaminó hacia la rubia.
—Tienes un éxito en tus manos, pelirroja.
—Lo sé. —Subió las manos por su espalda y apretó la mejilla contra la de él—. Es estupendo..., igual que tú. Estaba diciendo lo feliz que está todo el mundo. Es muy bonito saber que la gente se alegra por Emma Kate y por Matt. Y Bitsy... Oh, ahí la tienes, llorando otra vez y yendo disparada hacia el baño. Iré a ocuparme de eso. —Shelby volvió la cabeza y le besó en la mejilla—. No tardaré mucho... o puede que tarde veinte minutos si es un ataque de llanto de verdad. Seguro que me vendrá bien otra copa de champán cuando me haya encargado de esto.
—Me aseguraré de que te esté esperando.
Se encaminó hacia las puertas y los baños que había más allá de estas. Y sacó su móvil cuando sonó.
—¿Suzannah? ¿Va todo bien?
—No es nada, cielo. Lo que pasa es que a Callie se le olvidó Fifi y está desconsolada. No nos hemos dado cuenta hasta que las hemos acostado. He intentado reemplazarla, pero solo quiere a Fifi.
—No sé cómo he podido enviársela sin Fifi. No queremos echar a perder su primera fiesta de pijamas. Iré corriendo a casa, cogeré a Fifi y se la llevaré. No tardaré ni un cuarto de hora en llegar.
—Siento muchísimo interrumpirte y causarte problemas. Mi Bill iría a por el perro de peluche, pero sé que tu madre lo ha cerrado todo con llave.
—No se preocupe. Ya voy para allá. Dígale a Callie que le llevaré a Fifi.
Vio a Crystal de camino al servicio de señoras.
—He de pedirte un favor. Bitsy está llorando un poco, ya sabes, de felicidad y de emoción. Yo tengo que llevarle a Fifi a Callie. ¿Podrías tranquilizar a Bitsy... o pedirle a mi abuela que lo haga... y avisar a Griff, si le ves, de que volveré en media hora?
—Claro. ¿Quieres que vaya yo a por Fifi?
—Gracias, pero no tardaré.

—¡Oh, mira esto! Quería dártelo en el salón. El pintalabios que he usado contigo.

—Gracias, Crystal. ¡Que siga la fiesta!

—Puedes contar conmigo.

Shelby se guardó el pintalabios en el bolsillo derecho y el móvil en el izquierdo mientras salía a toda prisa. Repasó de nuevo la maleta que le había preparado a Callie. Sabía que tenía a Fifi ahí mismo, pero...

Entonces lo vio. Callie cogiendo el perro de peluche para hablar con él de su fiesta de pijamas.

Y llevándose el conmigo cuando siguió a su mamá al otro dormitorio.

—Sobre el alféizar —recordó. No se explicaba cómo se le había olvidado.

No pasaba nada; volvería antes de que la echaran de menos. Y Callie y Fifi se reunirían de nuevo.

Rodeó el pueblo, ya que los sábados por la noche en verano podían ser ajetreados, y llegó a la casa en menos de diez minutos. Agradecida por llevar tacones bajos, corrió hasta la puerta. Habían programado su canción a mitad de la velada, de modo que disponía aún de media hora. Pero no más.

Corrió escaleras arriba y entró en el dormitorio.

—Ahí estás, Fifi. Siento muchísimo haberme olvidado de ti. —Cogió el muy querido perro del alféizar y acto seguido se volvió para marcharse de nuevo.

Y él apareció en la entrada. El perro se le escapó de entre sus dedos entumecidos cuando él se acercó a ella.

—Hola, Shelby. Cuánto tiempo sin verte.

—Richard.

Tenía el pelo oscuro, de un nada familiar tono castaño, y caía en desaliñadas ondas sobre el cuello. Una barba descuidada cubría la mitad inferior de su rostro. Llevaba una camiseta de camuflaje y unos bastos pantalones de bolsillos, con unas ajadas botas militares. Una combinación que no se habría puesto ni muerto.

Ay, Dios.

—Dijeron..., dijeron que habías muerto.

—Dijeron lo que yo quería que dijeran. No tardaste mucho en correr a tu casa y abrirte de piernas para un carpintero. ¿Lloraste por mí, Shelby?

—No lo entiendo.

—Tú nunca entendiste nada de nada. Supongo que debemos tener una larga charla. Vamos.

—Yo no voy a ninguna parte contigo.

Richard se llevó la mano a la espalda como si tal cosa y sacó un arma.

—Claro que te vienes.

La pistola que llevaba en la mano le resultaba tan increíble como todo lo demás.

—¿Vas a pegarme un tiro? ¿Para qué? No tengo nada que puedas querer.

—Sí que lo tienes. —Señaló la foto que había sobre su cómoda. Vio que la había desmontado—. Te conozco, Shelby. Eres muy simple. La única cosa de la que jamás te habrías desprendido... es esa foto que me regalaste de la cría y de ti. Si me atrapaban, no tendrían nada. Guardé lo que necesitaba con mis adorables mujer e hija.

—Detrás de nuestra foto —murmuró—. ¿Qué escondiste ahí?

—La llave del reino. Ya hablaremos. Vamos.

—No...

—Sé dónde está ella —dijo en voz queda—. Está pasando la noche con su amiguita

Chelsea. En casa de la abuela. A lo mejor me paso por allí y le hago una visita a Callie.

El miedo la atravesó, como un cuchillo hasta el hueso.

—No. No, no te acerques a ella. Déjala en paz.

—Te mataré aquí mismo, donde tu familia te encontrará. Si tengo que hacerlo así, la cría será la siguiente. Tú eliges, Shelby.

—Iré contigo. Deja en paz a Callie e iré contigo.

—Joder si lo harás. —Le indicó con la pistola que saliera de la habitación—. Qué predecible; siempre lo fuiste y siempre lo serás. La primera vez que te vi supe que habías nacido para ser un blanco fácil.

—¿Por qué no te llevas lo que has venido a buscar y te marchas? Nosotras no significamos nada para ti.

—¿Y adónde llegaría antes de que llamaras a tu hermano el poli? —Cuando salieron de la casa, le rodeó la cintura con un brazo y apretó la pistola contra su costado—. Vamos a dar un paseíto y a coger mi coche. ¿Un monovolumen, Shelby? Me avergüenzas.

Ese tono, ese tono de desprecio. ¿Cuántas veces lo había oído?

—No soy nada para ti, nunca lo he sido.

—Oh, me fuiste muy útil. —Le dio un beso en la sien, haciéndola estremecer—. Y al principio hasta fuiste divertida, joder. Estabas bien deseosa en la cama. Es este. Móntate. Vas a conducir tú.

—¿Adónde vamos?

—A un sitio que conozco. Es tranquilo. Escondido. Justo lo que necesitamos para una conversación íntima.

—¿Por qué no estás muerto?

—Eso te gustaría.

—Juro por lo más sagrado que sí.

La metió de un empujón en el coche, obligándola a pasarse como pudo al asiento del conductor.

—Nunca te hice nada. Hacía lo que querías, iba a donde querías. Te di una hija.

—Y me aburrías como una ostra. Conduce y no excedas el límite de velocidad. Si lo excedes o no llegas, te pego un tiro en las tripas. Es una forma muy dolorosa de morir.

—No puedo conducir si no sé adónde voy.

—Circula por las carreteras secundarias que rodean ese agujero de mala muerte que llamas pueblo. Intenta algún truco y te mato, y luego iré a por la cría, Shelby. Me juego mucho y he trabajado y esperado demasiado como para dejar que la jodas.

—¿Crees que me importan las joyas y el dinero? Cógelo todo y lárgate.

—Oh, lo haré. A primera hora del lunes. Si no hubieras entrado en el dormitorio, jamás habrías sabido que había estado allí. Tal y como están las cosas, vamos a tener una reunión de fin de semana y luego me largaré. Límitate a hacer lo que te digo, como siempre, y no te pasará nada.

—Me buscarán.

—Y no te encontrarán. —Con una mueca de desprecio, le apretó la pistola contra el costado—. Joder, puta estúpida, ¿crees que he burlado a la policía todo este tiempo y no soy capaz de ir por delante de un puñado de agentes ineptos durante un día? Coge ese desvío a la derecha. Despacito.

—Tu cómplice ha estado por aquí. Jimmy Harlow. Tal vez él tenga mejor suerte a la hora de encontrarte.

—No lo creo.

Su tono le heló la sangre.

—¿Qué has hecho?

—Yo lo encontré primero. Cuidado con esas curvas. No querría que la pistola se me disparara.

Se estremeció en su fuero interno, pero sus manos siguieron agarrando el volante con firmeza mientras trazaba la pronunciada curva de la subida.

—¿Por qué te casaste conmigo?

—Resultaba útil para mi objetivo. Sin embargo nunca logré pulirte, no pude sacar nada de ti. Escucha cómo hablas, mírate, te di mucha pasta, te enseñé a comprar la ropa adecuada, a celebrar una velada decente y sigues siendo una paleta ignorante de las montañas de Tennessee. Es alucinante que no te haya matado antes.

—Eres un ladrón y un timador.

—Así es, cielo. —Su mueca de desdén se transformó en una amplia sonrisa—. Y se me da de coña. ¿Y tú? A ti nunca se te ha dado bien nada. Coge esa mierda de carretera de la izquierda. Despacito.

Tal vez la creyera ignorante, inútil y maleable, pero se conocía las montañas. Y se hacía una idea de adónde se dirigían.

—¿Qué sucedió en Miami? Hace años —preguntó. Le daba conversación para que siguiera hablando, distrayéndolo mientras se metía la mano en el bolsillo izquierdo.

—Oh, hablaremos de eso. Tenemos mucho de lo que hablar.

Escribir un mensaje mientras conducía era peligroso, pensó al tiempo que luchaba por no ceder a la histeria.

Esperaba con toda su alma que le saliera bien.

Porque aunque se conocía las montañas, también creía conocer al hombre que tenía al lado en esos momentos. Y creía que albergaba toda la intención de matarla antes de terminar.

La oscura carretera rural serpenteaba como una culebra a medida que ascendía y le proporcionó una excusa para reducir la velocidad. Dejó que el miedo fuera visible (no tenía sentido comportarse con orgullo) y mostrar miedo podría ser otra arma. O por lo menos un escudo, pensó mientras metía con disimulo la mano en el bolsillo y rezaba para poder escribir un mensaje coherente.

—¿Por qué no huiste sin más?

—Yo no huyo —replicó con la misma sonrisa arrogante en la cara—. Yo me abro camino. Tú eras justo lo que necesitaba para hacer que mi nueva identidad resultara creíble después del golpe en Miami. No tardé mucho en darme cuenta de que no me servirías de nada en la profesión, pero que eras una buena tapadera temporal.

—¿Casi cinco años, Richard?

—No pensaba conservarte tanto tiempo, y entonces te quedaste preñada. Tuve que improvisar —le recordó—. ¿Quién va a buscar a un padre de familia, un hombre con una paleta por esposa y un bebé? Y tuve que esperar a que el botín se enfriase. Y a que Melinda saliera. Menudo trato hizo; hay que reconocerlo. Creía que la condenarían al doble de lo que la condenaron y que dispondría de mucho tiempo para que se enfriase todo y cubrir mis huellas. Pero ella siempre fue capaz de sorprenderme.

—Tú la mataste.

—¿Cómo? Estoy muerto, ¿recuerdas? Hace que esto sea perfecto. Casi hemos llegado.

Allí no había nada salvo un par de cabañas, pensó; al menos era todo cuanto había cuando se marchó de Rendezvous Ridge.

Le dio a enviar, o eso esperaba, porque tenía que poner de nuevo la mano izquierda en el volante.

—Pero no estás muerto y sí que la mataste.

—¿Y a quién están buscando esos gilipollas? A Jimmy. Yo estoy libre. Voy a seguir así. Y cuando coja lo que es mío el lunes por la mañana, seré libre y tendré un montón de millones. Los planes a largo plazo requieren mucha paciencia, Shelby. Este me ha costado más de un año por cada cinco millones. En un plano general, es un buen trato. Aparca justo detrás de esa camioneta.

—¿Quién más hay aquí?

—Ahora, nadie.

—Dios mío, Richard, ¿de quién es este sitio? ¿A quién has matado?

—A un viejo amigo. Apaga el motor y dame las llaves. —Una vez más, la presionó con el cañón del arma—. Vas a quedarte ahí sentadita hasta que rodee el coche. Intenta hacer algo, lo que sea, y te meto una bala. Y luego iré a por Callie. Conozco a gente que pagaría mucho por una niña guapa de su edad.

Shelby no había creído posible que pudiera darle más asco.

—Es tu hija. Es tu sangre.

—¿De verdad crees que eso me importa?

—No. —Metió la mano otra vez en el bolsillo, tecleando a tientas de manera

frenética—. No creo que te importe nada ni nadie. Y no hay nada que no hiciera para mantener a salvo a Callie.

—Entonces, lo que queda del fin de semana será pan comido para los dos.

Sopesó la idea de cerrar las puertas con seguro cuando él se apeara, solo con el fin de ganar tiempo para enviar el siguiente mensaje. Pero eso no haría más que enfurecerlo. Lo mejor sería hacerle creer que estaba totalmente desamparada.

No distaba mucho de la verdad.

Cuando rodeó el vehículo, le abrió la puerta y ella se bajó obediente.

—Aquí está nuestra casita lejos del hogar.

Se valió de una linterna para iluminar el camino hasta una pequeña cabaña de aspecto tosco.

Los zapatos crujían sobre el pequeño sendero de gravilla que conducía al hundido porche delantero. Había un par de viejas sillas y una mesa desvencijada.

—Abre la puerta.

Shelby hizo lo que le decía y, siguiendo el golpe de la pistola, abandonó el oscuro porche para entrar en la oscura cabaña. Se estremeció cuando él encendió la luz; no pudo evitarlo. Una luz amarilla y apagada surgió de las bombillas de una rueda de carro colgada del tejado a dos aguas.

—Lo llamo el vertedero de Paletolandia. No es mucho, pero es nuestro. Siéntate.

Al ver que no se movía con la suficiente rapidez, la empujó hacia una silla tapizada a cuadros rojos y verdes. Se frenó a tiempo, se dio la vuelta para sentarse y vio la sangre en el suelo, manchas que conducían a una puerta cerrada.

—Sí, vas a limpiar eso, y luego tengo una toalla con tu nombre. Vas a enterrar a Jimmy y a ahorrarme el esfuerzo.

—¿Todo esto por dinero?

—Siempre es por el dinero. —La excitación, la chispa que en un principio la había atraído de él, surgió. Pero la vio como lo que era: dura y falsa—. Siempre es por el dinero —repitió—, pero también el subidón. Es saber que eres el más listo de la clase, estés donde estés. Es saber que si lo quieres, lo puedes coger.

—Aunque le pertenezca a otra persona.

—Sobre todo si le pertenece a otro, imbécil. Ese es el subidón. Voy a por una birra. —Le lanzó una amplia sonrisa—. ¿Quieres algo, cielo?

Entró en la diminuta cocina abierta al ver que ella no decía nada.

Estaba tan seguro de que se encontraba paralizada que ni siquiera se molestó en atarla, pensó. Mantuvo las manos agarradas sobre su regazo, con los nudillos blancos. Pero en esos momentos sentía tanta furia como miedo.

La lámpara que estaba sobre la mesa, con el oso negro apoyado en el tronco de un árbol, pensó. Podría ser lo bastante pesada si lograba ponerle las manos encima.

En la cocina habría cuchillos.

Imaginaba que el rifle Winchester sobre la chimenea estaba descargado. Aunque tal vez no.

Y había una placa grabada en la culata que ponía WILLIAM C. BOUNTY.

Relajó los dedos, empezó a deslizar la mano hacia su bolsillo y se quedó quieta cuando Richard volvió y se sentó frente a ella.

—¿No te parece acogedor?

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo sobreviviste al accidente de barco?

—Sobrevivir: a eso me dedico. Melinda iba a salir de prisión. No contaba con que

Jimmy se fugara: eso complicaba las cosas un poco. No sabía que fuera capaz. Pero sabía que Melinda sería un problema. Siempre fue como un perro con un hueso, jamás soltaba, así que tuve que encargarme de ella antes de coger la pasta. —Se apoyó contra el respaldo, sin duda relajado—. Siempre conté con que serían cinco años... y ya faltaba poco. Así que... unas pequeñas vacaciones en familia, surgiría la tragedia y yo estaría fuera del mapa de nuevo.

—Callie y yo habríamos estado contigo si no se hubiera puesto mala. —Cuando vio que los ojos de Richard brillaban, comprendió con verdadero espanto—. Ibas a matarnos. Ibas a matar a tu propia hija.

—Las vacaciones de una joven familia terminan en tragedia. Esas cosas pasan.

—No te habrías salido con la tuya. Si las autoridades no te hubieran perseguido, lo habría hecho mi familia.

—No, si hubiera muerto intentando salvarte. Lo habría dispuesto para que pareciera así. Habría pasado un par de días retratándonos como una pequeña familia feliz; la gente suele creer lo que ve. Una pareja guapa, una niñita preciosa. Luego habríamos pasado un día en el barco. Habríamos navegado lo bastante lejos, te habría dado bastante vino y habría esperado hasta que anoheciera. —Bebió un trago de cerveza y le sonrió—. Habría arrojado a la cría por la borda y seguro que tú te habrías tirado a por ella. No habría tenido que haceros ni un rasguño a ninguna de las dos.

—Eres un monstruo.

—Soy un triunfador. Me habría escabullido del barco y habría cogido mi equipo de buceo. Con mi nueva identidad y una muda de ropa en una bolsa estanca, habría llegado al Hilton Head en cuestión de horas. Que es justo lo que hice... sin ti.

—La tormenta.

—Un extra inesperado.

—Podrías haber muerto allí. ¿Para qué arriesgarte a morir?

—No lo entiendes, jamás lo entenderás. —Se inclinó hacia ella, con aquel brillo otra vez—. Ese es el propósito, el subidón. Lo único que tuve que hacer fue tirar las botellas de oxígeno y recoger el coche que tenía en un aparcamiento de larga duración en el aeropuerto. Conducir hasta Savannah y llegar a la caja de seguridad que tenía allí. No habría tenido que hacerlo si hubiera podido encontrar la puta llave de mi caja de seguridad en Filadelfia. —La observó mientras tomaba otro trago de cerveza—. Tú te entrometiste. ¿Dónde estaba la llave?

—En el bolsillo de tu chaqueta de cuero, la de color bronce que te regalé por tu cumpleaños hace dos años. Se había colado por un pequeño agujero y estaba en el forro de la chaqueta.

—Bueno, menuda putada. —Soltó una media carcajada, meneó la cabeza como podría hacerlo cuando erraba un golpe jugando al golf—. Esa llave me habría ahorrado tiempo y problemas. Sea como fuere, estoy muerto. Tal y como salió la cosa, tuviste que hacer de viuda desconsolada durante un tiempo. ¿Qué te pareció?

—Ojalá hubiera sido cierto.

Él se echó a reír y simuló que brindaba por ella con su cerveza.

—Volver al quinto pino te ha devuelto algo de aquel descaró. Veamos si realizar una pequeña tarea casera te lo quita de un plumazo. —Se levantó y volvió a la cocina.

Cuando cogió una botella de lejía y un cepillo de cerdas, Shelby se puso en pie.

—¿Quieres que limpie la sangre?

—Vas a limpiar la sangre, a menos que quieras limpiar también la tuya.

—No puedo...

Le dio un revés con la mano izquierda, rápido como una serpiente, que la golpeó en el pómulo con fuerza suficiente como para hacerla retroceder y caer en la silla.

Shelby no sabía por qué le sorprendía el golpe, pues ahora lo conocía. Lo conocía de verdad. Pero era la primera vez que le pegaba.

—¡Dios mío! ¡Llevaba años queriendo hacer esto!

El virulento placer en su rostro le heló la sangre. Podría hacer más que tirarla de un golpe si le contradecía, y lo haría. Shelby levantó una mano temblorosa cuando se acercó a ella.

Y de nuevo sintió más ira que miedo.

Pero solo dejó que se viera el miedo.

—Solo quería decir que necesito un cubo. Necesito un cubo con agua y... y una fregona. No puedo limpiarlo solo con lejía y un cepillo de cerdas. Es lo único que iba a decir. Por favor, no me hagas daño.

—¿Por qué coño no lo has dicho?

Shelby agachó la cabeza y pensó que no volvería a ver a Callie, ni a su familia, que no volvería a ver a Griff, y dejó que brotaran las lágrimas.

Dejaría que él viera las lágrimas y creyera que solo servía para eso, pensó.

—Si empiezas a lloriquear, te haré algo peor que darte una bofetada cariñosa. Ve a buscar un puto cubo. Haz algo que no me guste y fregarás tu propia sangre.

Shelby fue a la cocina, escudriñando el espacio. No había ningún soporte para cuchillos, pero sin duda sí habría un cajón para los cuchillos. Y había una buena sartén de hierro fundido aún en el fogón y una cafetera. Llena de café caliente que serviría de arma.

Miró bajo el fregadero, pensó en las opciones que tenía allí y luego echó un vistazo en el estrecho armario. Encontró una escoba, una fregona y un cubo. Algo de cuerda vieja, una cadena oxidada, gas para mecheros y repelente de insectos.

Sopesó la idea de agarrar el repelente y rociarle los ojos con eso, ya que el spray de pimienta estaba en el bolso, que se había quedado en su coche. Pero lo tenía casi encima.

Cogió la fregona y el cubo, y lo llenó de agua caliente jabonosa.

Cargó con él hasta la gran mancha de sangre.

—Tengo que ir al baño.

—Aguántate —le avisó.

—Haré lo que me digas. Solo quiero sobrevivir a esto, pero necesito ir al baño, Richard.

—Justo ahí. Deja la puerta abierta.

—Si no me das algo de intimidad, al menos no me mires.

Fue al pequeño cuarto de baño; tal vez hubiera hojas de afeitar en el viejo armario de las medicinas. La ventana era demasiado pequeña como para que pudiera salir por ella si se le presentaba la ocasión.

Bajó la tapa del retrete mientras él rondaba junto a la puerta.

—¡No me mires! —Dejó escapar un sollozo entrecortado—. La puerta está abierta y tú estás ahí mismo. Solo te pido que no me mires. Por Dios bendito.

Richard se apoyó contra el marco, levantando la vista al techo.

—Cuántos remilgos para alguien que está solo a un nivel más alto que una letrina.

Shelby dejó a un lado sus reparos, se levantó la falda y se bajó las bragas. Y se metió la mano en el bolsillo.

Por favor, Señor, si me escuchas, que esto tenga sentido. Que llegue.

Cuando terminó, estaba roja.

—Por Dios, pero mírate: sudorosa, roja y con el pelo tan desastroso que ni una rata anidaría en él. No sé cómo se me pudo poner dura contigo.

Shelby metió la fregona en el cubo, la escurrió y comenzó a limpiar la sangre.

—¿Y cómo te has sentido al saberlo? Herida en tus sentimientos. —Hizo como si llorara—. Dios, qué débil eres. ¿Crees que ese gilipollas al que te follas ahora va a quedarse contigo?

—Me quiere. —Decirlo, saberlo, la tranquilizó.

—¿Amor? Eres una tía buena muy útil. Es lo único que eras, y lo que siempre serás. Un tía buena con la que chapotear en un riachuelo en el bosque.

Shelby se quedó petrificada y levantó la mirada despacio.

—¿Nos has espiado, me has espiado?

—Podría haberos matado a los dos. —Levantó la pistola y apuntó a su cabeza. Y dijo—: Pam, pam. Pero quería endosárselo a Jimmy. Un círculo perfecto.

—Pero tú mastate a Jimmy.

—Un cambio de planes inevitable. Descuida, está arreglado. Siempre lo hago. Sigue con eso, Shelby.

Continuó pasando la fregona y empezó a hacer sus propios planes.

Griff se entretuvo hablando con Derrick sobre aspectos relativos a la construcción y perdió la noción del tiempo. Tenía la copa de champán de Shelby, pero no a ella. Un vistazo le mostró que Bitsy había vuelto... con los ojos un poco húmedos mientras bailaba con su futuro yerno.

Era muy probable que Shelby estuviera ocupándose de alguna otra crisis menor, pensó, pero se puso a buscarla.

—¡Hola Griff! —Crystal se acercó y señaló la copa de champán—. ¿Está disponible? —Tomó la copa y bebió un buen trago—. Lo necesitaba después de enjugarle las lágrimas a Bitsy. Estaba llorando como una boca de riego estropeada.

—Parece que Shelby y tú lo habéis conseguido.

—Oh, he sido yo sola... Por eso te estaba buscando, pero me han entretenido un par de veces. ¡Menuda fiesta! Shelby ha tenido que ir a casa a por Fifi y a llevársela a Callie. Supongo que ya debería haber vuelto.

—¿Cuándo se ha ido?

—Oh, no sabría decirte, ya que he estado ocupándome de una boca de riego estropeada y luego ha llegado la hermana de Bitsy, creo que la llaman Sugar, y las dos se han puesto a llorar a moco tendido. Me parece que hace unos veinte minutos, más o menos. Ya debe de estar de camino.

Tal vez fueran los resquicios de todo lo que había ocurrido, pero una sensación de terror lo envolvió como un sudario. Sacó su móvil con la intención de llamarla y pitó en su mano, indicando la entrada de un mensaje de texto.

—Es Shelby.

—Ahí la tienes. —Crystal le dio una palmadita en el brazo—. Imagino que solo quiere avisarte de que ya está de camino. No es necesario poner esa cara de preocupación, encanto.

Pero cuando abrió el mensaje el mundo se le cayó a los pies.

—¿Dónde está Forrest?

—¿Forrest? Acabo de verlo allí, ligando con una guapa rubia. Yo...

Pero Griff ya se había puesto en marcha a toda prisa. Atravesó la pista del baile, haciendo caso omiso de quienes le saludaban. Divisó a Forrest, y lo que sentía debía de reflejarse en su cara, ya que tras una mirada casual en su dirección, la expresión de este se tornó fría.

Se apartó de la rubia sin mediar palabra.

—¿Qué ha pasado?

—Shelby tiene problemas. —Griff sostuvo en alto el teléfono móvil.

Richard vive tne pistola me obliga a conducir durango negro oeste carretera on matri kentucky 529kpe

—Joder.

—¿Cuál es la carretera on?

—Carretera del oso negro. Espera. —Forrest agarró del brazo a Griff antes de que su amigo pudiera marcharse—. No vas a encontrarla conduciendo como un loco por las montañas.

—No voy a encontrarla quedándome aquí.

—No vamos a quedarnos aquí. Nobby está junto a aquella barra. Ve a por él. Yo voy a dar el aviso.

—Voy a por ella, Forrest.

—No digo lo contrario, pero vamos a hacerlo con las mejores probabilidades de encontrarla de nuestro lado. Ve a por Nobby.

Se llevaron a Nobby afuera, y también a Clay y a Matt.

—Vamos a hacer esto de forma inteligente —comenzó Forrest—. Equipos de dos hombres. El sheriff está reuniendo a más ahora mismo. Vamos a cubrir la parte oriental del pueblo. Todo indica que irá por carreteras secundarias. Clay, mira. —Clay apoyó una mano en el hombro de Forrest y se arrimó para mirar el mapa en su móvil—. Nobby y tú vais a cubrir este sector de aquí. Mantente alerta a ese modelo de coche con ese número de matrícula. Matt, ¿estás seguro de esto?

—Joder, sí.

—Voy a enviarte al pueblo y a emparejarte con el sheriff, que...

—¿Qué pasa aquí? —Viola salió—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Shelby?

Griff esperó solo un segundo.

—Pierdes el tiempo pensando qué deberías decir y qué no, Pomeroy. Richard está vivo, no sé cómo, y la tiene. Vamos a por ella.

El color desapareció del rostro de Viola, haciendo que sus ojos brillaran como zafiros azules.

—Muchacho, si estás juntando una patrulla, tu abuelo y yo formaremos parte de ella.

—Abuela...

—No me vengas con esas —le espetó a Forrest—. ¿Quién te enseñó a disparar?

—Me voy ya —dijo Griff.

—Nobby, continúa tú a partir de aquí, ¿quieres? Griff y yo nos vamos.

—Callie —dijo Viola.

—Está bien, Griff lo ha comprobado y tenemos a un hombre allí, sentado en la casa ahora mismo. —Forrest siguió andando, abrió la cerradura a un lado de su camioneta y sacó

un rifle Remington de fuego anular y una caja de munición.

—Te he visto disparar, así que sé que puedes manejarlo.

Lo máximo que Griff había hecho había sido practicar tiro al blanco, pero no discutió.

Forrest se montó en la camioneta y cogió de la guantera el Colt, que era el arma que él prefería.

—Vamos a recuperarla, Griff.

—Aquí sentados, no.

—Cuento con que mantengas la cabeza fría. —Forrest pisó el acelerador mientras hablaba y salieron a toda velocidad—. Vamos a mantener tu móvil abierto por si acaso consigue enviarte otro mensaje. Usaremos el mío para coordinarnos con los otros equipos según vayan llegando. El sheriff ya ha llamado a los federales. Tienen equipamiento con el que no contamos aquí, y mejores técnicos. Si Shelby conserva la calma, si mantiene el teléfono encendido, lo rastrearán.

—Tenía que estar vigilándola o en la casa cuando ella volvió.

—Lo averiguaremos cuando la recuperemos.

—Seguro que es él quien mató a la mujer.

El rostro de Forrest era pura roca mientras el cuentakilómetros reflejaba una velocidad cada vez mayor.

—No apostaré por lo contrario.

—Creo que le he visto. Me ha dado mala espina el tío que he visto hoy... cuando he llevado a Callie a la librería y luego al parque. Me ha engañado.

—Preocupémonos por el presente.

El presente hacía que el miedo atravesara su corazón, su cabeza y sus entrañas.

—A algún lugar irán. Según Shelby, nunca hacía nada porque sí.

—Le encontraremos y la recuperaremos. Sana y salva.

Antes de que Griff pudiera responder, le sonó el teléfono.

—Es Shelby. Joder, tiene nervios de acero. —Se esforzó por leer el texto mientras volaban por el sinuoso camino—. Carretera de Hester la mala, creo que pone Hester.

—Sé dónde dice. Es Hester la rara. Cabañas diseminadas y antiguos campamentos, hay ciervos en ese camino. Apartado. Informa de eso a Nobby y él seguirá a partir de ahí, Griff.

—¿Qué coño quiere de ella?

—Sea lo que sea, no lo va a conseguir.

Unas afiladas y dentadas esquirlas de hielo atravesaron el desgarrador miedo.

—¿A cuánto estamos?

—A un trecho, pero vamos mucho más rápido que ellos. Indica a los demás, Griff.

Pasó la información y se quitó la corbata.

No iba a perderla. No iba a perderla. Callie no iba a perder a su madre.

Daba igual lo que tuviera que hacer: él lo haría. Miró el rifle que descansaba sobre su regazo.

Daba igual lo que tuviera que hacer.

—Ha enviado otro. «Camino excursionistas a la derecha, pasados los morales. Una cabaña. Camioneta.» Ya hay una camioneta en la cabaña.

—Es posible que tenga más rehenes. O puede ser que sea su antiguo cómplice. Avisa a los demás.

Griff no sabía cómo Forrest conseguía mantener la camioneta en la carretera a esa

velocidad y con las curvas cerradas que había. Derraparon más de una vez o los neumáticos rozaron la estrecha cuneta.

Y sin embargo no iban lo bastante rápido.

—Otro... dice... William, quiere decir William. William Bunty.

—Bounty —le corrigió Forrest—. Sé dónde está. Nos está guiando más rápido de lo que podrían hacerlo los federales.

—¿Cuánto queda?

—Diez minutos.

—Que sean menos. —Con las manos más frías que el acero, Griff comenzó a cargar el rifle.

Shelby vació el cubo dos veces y volvió a llenarlo.

Estaban perdiendo el tiempo, ya que nada iba a eliminar las manchas del viejo suelo de madera.

Pero vertió lejía del cubo sobre la mancha y se puso a cuatro patas para frotar.

—Este sí que es el trabajo que te va.

—Fregar suelos es un trabajo honrado.

—Trabajo de perdedores. Durante una época llevaste una vida de lujo. Yo te la di. —Le propinó un puntapié en el trasero—. Te di a probar la vida de lujo. Deberías estar agradecida.

—Me diste a Callie, así que estoy muy agradecida. Siempre tuviste la intención de matarlos, ¿verdad? A la gente con la que te juntabas, a la mujer con la que vivías... Dijo que te habías casado con ella. ¿Lo hiciste?

—Tanto como me casé contigo. Creer que lo había hecho fue su único momento de estupidez mientras estuvimos juntos. Mujeres, ¿qué se puede hacer? Estáis hechas para ser incautas. Pero no se rindió ni siquiera creyéndome muerto. Quería el botín. Se estaba acercando demasiado. Salí detrás de ella del tugurio ese en el que les estabas cantando a un montón de palurdos. —Meneó la cabeza, caminando a su alrededor mientras ella trabajaba—. Te salvé de una vida de vergüenza pensando que podrías llegar a algo con esa voz mediocre. Y la cara de Mel cuando me vio fue impagable. Retiro lo que he dicho; ese fue su segundo momento de estupidez. Bajó la ventanilla y me dijo: «Jake. Debería haberlo sabido». Esas fueron las últimas palabras que dijo, y sí, debería haberlo sabido.

—Ella te quería.

—¿Ves adónde te lleva el amor? —Le dio otro puntapié—. No es más que otro timo.

Shelby se sentó sobre los talones y luego se levantó despacio, cubo en mano.

—Voy a necesitar más que esto para sacar esa mancha. ¿Hay más?

—Tienes un montón ahí mismo.

—Sí, pero necesito...

Levantó el cubo con lejía y un poco de sangre, y se lo arrojó a la cara.

Cuando él gritó, tuvo que elegir: ir a por la pistola o correr hacia la puerta. Y estaba demasiado furiosa como para correr.

Le dio una patada, apuntando a la entrepierna. El suelo estaba lo bastante mojado como para que se resbalara un poco y la patada se desviara ligeramente. Pero hizo contacto. Mientras intentaba agarrar la pistola, él disparó... a ciegas y sin apuntar.

Le pitaban los oídos. Se agachó y agarró la fregona, esperando darle más fuerte en

las pelotas con el mango. Pero la mano de Richard la aferró del pelo a tientas, lo que le provocó un dolor indescriptible en el cráneo.

Le propinó un codazo en la dolorida zona, y supo que le había hecho daño, que le había causado dolor. Pero él estaba igual de furioso que ella y la arrojó al otro lado de la habitación como si fuera una muñeca de trapo.

—¡Puta, maldita puta!

Shelby rodó sobre sí misma. No estaba segura de hasta qué punto podía ver él: esperaba que estuviera ciego. Desesperada, se quitó un zapato y lo lanzó al otro lado de la habitación, rezando para que él fuera hacia el ruido.

Pero fue despacio hacia ella, con los ojos rojos.

—No voy a matarte aún. Primero voy a hacerte sufrir. —Se frotó el ojo izquierdo con la mano libre. Shelby sabía que lo estaba empeorando de ese modo. Y rezó pidiendo que empeorara—. Empecemos con un disparo en la rodilla.

Shelby se preparó para el dolor, arrastrándose hacia atrás con sorpresa después, cuando la puerta donde terminaban las manchas de sangre se abrió de golpe.

Richard se volvió, parpadeando con los ojos abrasados y llorosos mientras el enorme hombre arremetía contra él.

Oyó terribles ruidos, gruñidos y rugidos, y el crujido de puños contra los huesos. Pero el único que importaba era el de la pistola de Richard cuando cayó de su mano y golpeó el suelo.

Corrió a por ella y estuvo a punto de que se le cayera de las manos, resbaladizas por el jabón y su propio sudor.

Se puso de rodillas como pudo, apretó los dientes y la agarró con ambas manos.

El hombre grande estaba sangrando, y las fuerzas que lo habían llevado hasta la habitación y al hombre que le había disparado se estaban esfumando. Richard tenía las manos alrededor de su cuello. Y apretaba sin parar.

—Muerto. Pensaba que estabas muerto, Jimmy.

Yo creía lo mismo de ti, pensó Shelby.

—Richard —dijo con calma, con frialdad.

Él volvió la cabeza. Se preguntaba qué pinta tenía a través de aquellos ojos llorosos. Esperaba que pareciera la diosa de la venganza.

Richard le enseñó los dientes, y profirió una carcajada.

—No tienes huevos.

Y se abalanzó sobre ella.

Oyeron los primeros disparos cuando Forrest tomó el camino de tierra. Todos los planes de acercarse sin hacer ruido, uno por delante y otro por detrás, mientras los refuerzos llegaban tras ellos, quedaron en el olvido.

Pisó el acelerador, derrapando sobre el camino de gravilla cuando se oyeron los siguientes disparos.

—¡Rápido, adentro! —gritó Forrest cuando cada uno bajó por un lado de la camioneta—. Si está en pie, derríbalo.

Llegaron a la puerta a la vez. Griff levantó el rifle.

Pero Richard ya estaba en el suelo.

Shelby estaba arrodillada, apuntándolo con el arma que aferraba con ambas manos. Tenía sangre y magulladuras en la cara y el vestido desgarrado en un hombro también

magullado.

Su expresión era fría y feroz; el cabello, una flamígera masa desgredada.

Jamás había estado, y jamás lo estaría, más hermosa a ojos de Griff.

Apuntó el arma hacia ellos y vio que le temblaban los brazos. Acto seguido los bajó.

—Creo que esta vez sí está muerto. Creo que le he matado. Creo que ahora está muerto.

Griff le dio el rifle a Forrest. El corazón empezó a latirle con fuerza de nuevo cuando la rodeó con los brazos.

—Ya te tengo. Estás bien. Ya te tengo.

—No me sueltes.

—No lo haré. —La apartó solo un poco para quitarle el arma de sus dedos rígidos—. Te ha hecho daño.

—No tanto como quería. ¿Y Callie?

—Está bien. Está a salvo y durmiendo.

—Dijo que la mataría si no me iba con él. Dijo que iría a por ella. —Miró a su hermano, que presionó los dedos sobre la garganta de Richard—. Tenía que protegerla.

—Has hecho lo que tenías que hacer —le dijo Forrest.

—¿Está muerto?

—Respira. Los dos respiran, pero están muy mal. Que lo logren dependerá de los médicos y de Dios.

—Él le disparó, disparó al alto... a Jimmy... y creyó que lo había matado, pero en realidad no lo había hecho. Le he arrojado lejía a los ojos, pero no ha sido suficiente. Y me parece que he resbalado en la lejía cuando me disponía a darle una patada en las pelotas y él me ha agarrado del pelo. Iba a pegarme un tiro, pero el otro ha salido como un demonio surgido del infierno. Me he hecho con la pistola. Me he hecho con la pistola y el tipo grande ya no podía luchar más porque sangraba mucho. Richard lo estaba asfixiando. Le he llamado. He dicho «Richard», así que me ha mirado. No sé por qué pensaba que eso haría que se detuviera. Me consideraba una mierda. Pensaba que era débil, estúpida y que no tenía carácter. Me lo ha dicho. Ha dicho que no tenía carácter y se ha abalanzado sobre mí. He tenido los huevos de dispararle tres veces. Creo que han sido tres. No ha caído hasta el tercero.

Forrest cambió de posición y se acuclilló para mirarla a los ojos.

—Has hecho lo que tenías que hacer.

Los ojos de Shelby perdieron la fiereza y se empañaron de lágrimas.

—Tienes que retirarlo.

—¿Retirar el qué, cielo?

—Que se me da de pena disparar.

Forrest, con las rodillas temblorosas, apoyó la frente en la de ella durante un momento.

—Lo retiro. Sácala de aquí, Griff. Yo me ocupo de esto.

—Estoy bien —replicó. En vez de discutir, Griff se limitó a cogerla en brazos—. Has venido. —Le acarició la mejilla—. De algún modo, sabía que lo harías. No estaba muy segura de si los mensajes te estaban llegando, ni de a quién se los enviaba. Lo tengo organizado alfabéticamente, así que eras tú, Forrest o mi abuela, tal vez mi abuelo. Sabía que si los recibías, vendrías. Que tú lo arreglarías.

—Lo has arreglado tú solita antes de que yo tuviera ocasión.

—Tenía que hacerlo... Viene alguien. —Le clavó los dedos en el hombro—. Las

luces. Alguien...

—Son los refuerzos. Ya estás a salvo. —Sepultó el rostro en su cabello—. El departamento del sheriff de Rendezvous Ridge al completo, y sabe Dios quién más, viene por ti.

—Oh, entonces no pasa nada. ¿Me puedes llevar a ver a Callie? No quiero despertarla. No quiero que me vea hasta que me haya lavado, pero necesito verla. Vaya, pero si es el coche de mi abuelo para las noches románticas. Bájame. Déjame en el suelo para que no se asusten.

Así lo hizo, pero continuó rodeándola con un brazo. Cuando notó que tiritaba, se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros mientras los abuelos de Shelby se bajaban del coche.

—Estoy bien. No estoy herida, estoy...

El resto quedó amortiguado contra el hombro de su abuelo. Lo sintió temblar y supo que estaba llorando. Lloró con él un poco mientras los demás llegaban.

—¿Dónde está ese hijo de puta? —exigió Jack.

—Dentro. Le he disparado, abuelo. No está muerto..., tampoco esta vez..., pero le he disparado.

Jack tomó su rostro entre las manos y besó sus húmedas mejillas.

—Déjame ver a la niña. —Viola la apartó y estudió su rostro—. Has nacido para cuidar de ti misma y de los tuyos. Has hecho lo que has nacido para hacer. Ahora te vamos a llevar a casa y... —Hizo una pausa para serenarse—. Griff va a llevarte a casa —se corrigió Viola—. Tus padres están en casa de Suzannah con Callie. Solo se quedarán allí mientras ella duerma. Necesitan oír tu voz.

—Les llamaré enseguida. Tenía el móvil en el bolsillo. Él no sabía que lo tenía. Supongo que no sabía nada de mí. Sheriff. —Estaba mareada y sintió que la oscuridad se cernía sobre ella durante unos segundos mientras Hardigan se acercaba—. Le he disparado. Iba a matarme, por eso le he disparado.

—Quiero que me cuentes todo lo que ha pasado.

—Le ha hecho un resumen a Forrest —interrumpió Griff—. Necesita salir de aquí. Necesita ver a su hija.

El sheriff Hardigan se palmeó la mejilla en la zona en la que la de Shelby estaba magullada.

—¿Él te ha hecho eso?

—Sí, señor. Ha sido la primera vez que me ha pegado. Supongo que va a ser la última.

—Vete a casa, cielo. Yo me acercaré mañana para hablar contigo.

Llevó su tiempo. Clay llegó corriendo, la levantó en vilo y la retuvo así, como si no fuera a soltarla nunca. Luego llegó Matt, que le pasó el móvil después de abrazarla para que pudiera hablar con Emma Kate.

—Dile a Forrest que me llevo su camioneta.

Griff se alejó de la cabaña, de la sangre y de las luces, y luego se detuvo en el desvío hacia la carretera.

La atrajo contra sí y la abrazó.

—Necesito un minuto.

—Puedes tomarte todos los minutos que quieras. —Empezó a relajarse contra él—. Oh, joder, Griffin, se me ha olvidado contárselo. Richard tiene una llave en el bolsillo... o imagino que es ahí donde está. Estaba en el marco de la foto en la que salíamos Callie y yo

y que le regalé. Ha dicho que el lunes por la mañana iba a ir al banco y creo que se refería a uno de los bancos de Rendezvous Ridge. Supongo que es ahí donde metió las joyas y también los sellos. Lo guardó justo en un banco de Rendezvous Ridge.

Griff cerró los ojos y se limitó a inhalar el aroma de su cabello.

—¿A quién se le habría ocurrido buscarlo aquí?

—Imagino que fue astuto. He de contárselo.

—Lo harás. Mañana. Han esperado cinco años; pueden esperar una noche más.

—Una noche más. Quiero una ducha caliente y cinco litros de agua, y quiero quemar este vestido. Pero lo que más deseo es ver a Callie.

—Eso es lo primero de la lista.

—¿Sabes volver al pueblo desde aquí?

—No tengo ni idea.

—No pasa nada. —Le asió la mano entre las suyas—. Yo sí. Sé cómo llevarnos de nuevo a casa.

Epílogo

Shelby durmió plácidamente, reconfortada al ver a su hija durmiendo, la preocupación de su propia madre y el tierno aunque insistente reconocimiento de su padre.

El sol brillaba en lo alto cuando despertó, convirtiendo las montañas en un intenso manto verde, que la tormenta que había descargado mientras dormía había bañado hasta hacerlo relucir.

Tal vez se estremeciera cuando vio su cara en el espejo, el moratón del pómulo. Y se estremeció de nuevo, exhalando entre dientes, cuando se lo tocó con los dedos.

Pero se recordó que se curaría y desaparecería.

No permitiría que Richard dejara una sola marca en ella. Ni en lo que era suyo.

Oyó voces mientras bajaba, y las siguió hasta la cocina.

Vio a Griff apoyado en la encimera, sonriéndole a su abuela, y a su abuelo dándole instrucciones a Matt acerca de un problema de su camioneta. Su madre estaba preparando una bonita bandeja; su padre bebía café bajo la luz del sol. Emma Kate y Forrest hablaban y Clay, Gilly y el bebé estaban muy juntitos.

—Esto parece una fiesta.

Las conversaciones cesaron; todos los ojos se volvieron hacia ella.

—Oh, pequeña mía, te estaba preparando el desayuno para llevártelo a la cama. Necesitas descansar.

—He dormido muy bien, mamá, y ahora me siento genial. —Se acercó a besar a su madre en la mejilla y cogió un trozo de beicon de la bandeja, que en realidad no le apetecía, para hacerla sonreír—. La fiesta. Oh, Emma Kate, tu fiesta.

—Ni se te ocurra ir por ahí. —Emma Kate se levantó de un salto para abrazarla con fuerza—. Me has dado un buen susto, Shelby. No vuelvas a darme un susto así en tu vida.

—Es un placer prometerle eso.

—Ven y siéntate —le ordenó su padre—. Quiero echarte un vistazo.

—Sí, señor, papá. Pero ¿dónde está Callie?

—Hemos llevado a Jack a casa de Suzannah para que estuviera mejor acompañado. —Gilly sonrió, pero agarró la mano de Shelby con fuerza—. Creíamos que dormirías más.

—Me alegra mucho que estéis todos aquí. Me alegra mucho despertarme con todos vosotros. —Miró a Griff—. Con todos vosotros.

Se sentó para que su padre pudiera volverle la cara a un lado y a otro y examinarle los ojos con su pequeña linterna.

—¿Jaquica?

—No. Te prometo que ni un poco siquiera.

—¿Te duele en alguna parte?

—No... Bueno, tengo la mejilla un poco dolorida. Un poco.

—Esto es para eso. —Viola le pasó una compresa helada y la besó en la coronilla.

—Sienta bien. —De maravilla, pensó Shelby—. Me pegó un revés porque podía y me tiró del pelo como una niña en una pelea entre mujeres. Sobre todo trató de herirme con palabras, como siempre. Pero no pudo. Nada de lo que pudiera decir... Oh, santo Dios, se me ha vuelto a olvidar. Forrest, tengo que decirte por qué estaba aquí, en la casa, cuando

vine a por Fifi. Iba tras...

—¿Una llave? ¿De la caja de seguridad que lleva pagando bajo el falso nombre de Charles Jakes desde hace ya cinco años?

Desanimada, cambió de posición la compresa helada.

—Sí, eso es lo que me olvidé de decirte.

—Griff me puso al corriente anoche cuando me pasé por aquí. Has dormido hasta tarde, Shelby. Hemos encontrado lo que los federales llevaban buscando justo en el First Bank de Tennessee.

—¿Todo? ¿Allí?

—La mayor parte. Los propietarios y su compañía de seguros serán informados. Los federales se encargarán.

—Cuéntale el resto, Forrest. —Su madre le dio un codazo—. Yo sigo sin poder creérmelo.

—¿Hay más? —Se le encogió el estómago, de modo que agarró la Coca-Cola que su madre le había puesto delante—. ¿Está muerto? ¿Lo maté?

—Esa parte no. Ha logrado sobrevivir a la noche y dicen que tiene muchas probabilidades de salir adelante.

Shelby cerró los ojos y exhaló una bocanada. Había hecho lo que tenía que hacer, tal y como había dicho Forrest, pero, por Dios bendito, no quería cargar con una muerte a sus espaldas. Ni siquiera la de Richard.

—¿Va a vivir?

—Eso dicen. Luego podrá pasarse el resto de su vida entre rejas. El otro es un tío duro. Le dan más probabilidades aún.

—No lo he matado. No tengo que vivir sabiendo que lo he matado. —Cerró los ojos de nuevo—. Pero irá a prisión. No volverá a salir de allí.

—Se va a pasar el resto de su vida en una celda. No os tocará nunca ni a Callie ni a ti.

—Cuéntale la buena noticia —insistió Ada Mae—. Ya hemos hablado suficiente sobre ese hombre en esta casa.

—Que pase su vida en prisión es una muy buena noticia —repuso Forrest, pero se encogió de hombros. Luego sonrió de oreja a oreja—. Hay una comisión por lo que se robó en Miami. El diez por ciento de rigor. Habrá que hacer algo de papeleo y sortear algunos obstáculos, pero el agente especial Landry cree que percibirás unos dos millones.

—¿Dos millones de qué?

—De dólares, Shelby. Presta atención.

—Pero... él los robó.

—Y la información que tú nos diste ha servido para encontrarlos.

—Tenemos que preparar unos cócteles mimosa. —Cuando Ada Mae se tapó la cara con las manos y se puso a llorar, Jack la rodeó con los brazos—. Oh, papá, ¿por qué no tenemos champán?

—Van a darme todo ese dinero. —Shelby levantó las manos en alto, esforzándose para asimilarlo—. ¿Será suficiente para saldar el resto de la deuda?

—Para empezar, no entiendo por qué la deuda es tuya, pero serás libre —dijo Viola—. A menos que tengas a unos tontos por abogados, parte de esa deuda va a desaparecer ya. Si mi opinión sirve de algo, te quedará lo suficiente para poder empezar sin problemas.

—No alcanzo a imaginármelo. Tengo que asimilarlo. No me puedo creer que vaya a

librarme de esa carga. A librarme de él del todo.

—Ahora quiero que comas y descanses un poco más.

—Necesito ver a Callie, mamá.

—¿Qué vas a decirle?

—Voy a contarle la verdad hasta donde pueda.

—Por sus venas corre sangre MacNee, Donahue y Pomeroy —dijo Viola—. Lo superará.

Más tarde, llevó a Callie a casa de Griff. Pensó que a las dos les vendría bien pasar algo de tiempo con un hombre que jamás les haría daño. Y quería relajarse pasando un rato con él.

Se sentó en el porche con Griff mientras Callie correteaba con el perro en medio de una lluvia de pompas.

—No puedo creer que le hayas comprado otra máquina de hacer pompas.

—No es otra. Esta es para aquí.

—Me alegra que dijeras que te parecía bien que la trajera aquí un rato.

—Siempre es un buen momento, pelirroja.

—Creo que eso también lo sé. Anoche durante el espantoso trayecto, en aquella cabaña, pasaron muchas cosas por mi cabeza. Solo voy a mencionarle para decir que mi padre lo ha visitado en el hospital. Los dos han salido adelante. Richard está intentando hacer un trato, pero no le dan cuerda. Y el otro les está contando la Biblia en verso. Creo que Forrest tenía razón. No va a salir de prisión. No tengo que preocuparme por Callie en ese aspecto.

—Jamás dejaría que se acercara a ella.

Shelby lo percibió en su voz; la fiereza y el amor.

—Eso también lo creo. Todo lo de anoche lo tengo un poco entre tinieblas. No sé si te lo conté todo.

—No importa. Tú estás aquí.

—Me gustaría preparar una rica cena más tarde para los tres.

—Yo lo haré.

Con una sonrisa, apoyó la cabeza en su hombro.

—No eres mal cocinero, pero yo soy mejor. Y me gustaría hacer algo normal. Así me siento cuando estoy aquí. Me siento normal.

—Pues quédate; quédate a cenar, quédate a dormir, quédate a desayunar. Quédate.

—Tengo a Callie.

Griff guardó silencio durante un momento y luego se levantó.

—¿Quieres entrar un momento? Me gustaría enseñarte una cosa.

Griff se dio la vuelta cuando ella miró el jardín.

—Oye, pelirrojita, ¿vigilas a Snickers por mí y te aseguras de que no se vaya del jardín? Tenemos que entrar en casa un momento.

—Lo haré. Lo haré. ¡Le gustan las pompas! Mira, mamá, hacen arcoíris.

—Ya los veo. Quédate en el jardín con Snickers. Yo estaré dentro.

—¿Adónde va a ir? —preguntó Griff mientras llevaba a Shelby adentro—. Y, además, podrás verla por la ventana.

—¿Has empezado con otra habitación?

—Casi he terminado una.

La condujo arriba. A través de la ventana abierta, Shelby podía oír a Callie riendo, los ladridos alegres del perro.

Normal, pensó de nuevo. A salvo y real.

Griff abrió una puerta del piso de arriba.

La luz entraba a raudales por las ventanas, bañaba el bonito verde de las paredes. Había colgado un candelabro de cristal en una de aquellas ventanas, y la luz al reflejarse creaba más arcoíris.

—Oh, es una estancia maravillosa. El color es como traer las montañas aquí dentro. ¡Has hecho un asiento de ventana!

—Estoy pensando en hacer unos estantes ahí, pero no me he decidido. Hay mucho espacio de almacenaje.

Abrió las puertas dobles, y a Shelby se le pusieron los ojos como platos.

—Es impresionante. Está todo montado, pintado y precioso. Hasta la iluminación. ¿Eso es...? —Abrió otra puerta—. Un cuarto de baño, precioso y original. Y... —Entonces vio la pequeña jabonera. Un Shrek sonriente. Y sintió que unos brazos le abrazaban el corazón—. Has hecho esto para Callie.

—Bueno, pensé que necesitaba un espacio propio, en el que pudiera crecer. Ya sabes que Callie y yo nos vamos a casar. No puedo consentir que mi novia duerma en un cuarto sin terminar.

A Shelby le escocían los ojos.

—Me lo ha comentado. Lo de que vais a casaros.

—¿Te apuntas a eso?

Shelby se volvió hacia él.

—¿Qué?

—Mal momento. —Nervioso, frustrado, se pasó una mano por el cabello—. Suelo clavar el momento oportuno. Es posible que las cosas aún no se hayan calmado. Quiero que tenga su propio espacio, que le haga feliz. Quiero que se sienta cómoda aquí. Es probable que a veces quieras quedarte y Callie tendrá esto para ella sola. Como el despacho que tendrás tú en la segunda planta.

—¿Despacho?

—No he empezado aún con él porque a lo mejor lo quieres en otra parte, pero creo que es un buen espacio. Estaría enfrente de donde voy a montar el mío. La idea de ubicarlo abajo era buena, pero al hacerlo en el segundo piso separas el trabajo de lo que es la vivienda en sí.

Shelby no lo había asimilado del todo.

—¿Vas a montarme un despacho?

—¿Cómo vas a dirigir un negocio si no tienes un despacho?

Fue hasta la ventana y contempló a Callie y al perro.

—No te he hablado de nada de eso.

—Lo ha hecho Vi.

—Pues claro. ¿Crees que puedo hacerlo? ¿Que puedo montar y dirigir mi propio negocio?

—Creo que puedes hacer todo lo que te propongas. Ya lo has hecho. ¿Qué te lo va a impedir? En cualquier caso, ambas tendríais espacio y podrías pasar más tiempo aquí. Ver cómo funciona esto para ti.

—¿Y qué hay de ti, Griffin? ¿Cómo funciona esto para ti?

—Te quiero. Puedo esperar un tiempo. Lo has pasado mal, Shelby. Puedo esperar

un tiempo, pero quiero que las dos estéis aquí tanto como sea posible. Quiero que seas mía. Quier...

Shelby meneó la cabeza cuando él se interrumpió.

—Dilo. Te lo has ganado.

—Quiero que Callie sea mía. Joder, se merece a alguien como yo. Soy bueno para ella y lo voy a seguir siendo. La quiero y debería ser mía. Supongo que esa es la segunda parte de esta historia, pero es tan importante como la primera, tan importante como tú y yo —declaró. Shelby se acomodó en el asiento de ventana para tomar aliento—. Voy a estar aquí, a vuestro lado. Ahí es donde trazo la línea. Sabes lo que es el miedo; lo sabes porque lo has sufrido. Esa clase de miedo que te lleva a pensar que no te queda sangre en el cuerpo. Que no te queda nada salvo miedo. Eso es lo que sentí cuando estabas en su poder. Puedo ser paciente, Shelby, pero tienes que saber lo que eres para mí. Lo que Callie es para mí.

—Sé lo que es el miedo. Conozco a la perfección ese miedo del que hablas. También lo he sentido, mezclado con una ira terrible y cegadora. Ambas cosas se entretrejan hasta formar un solo ser dentro de mí. El miedo y la ira de saber que si él hacía lo que planeaba no volvería a ver a mi pequeña, no volvería a arroparla por las noches ni a verla jugar y aprender. Nunca más enjugaría sus lágrimas. El miedo y la ira de saber que no volvería a verte a ti, que nunca más me abrazarías ni me cogerías de la mano como haces. Tantas cosas que no puedo decirlas. Tardaría una eternidad. Pero sabía que vendrías. Y lo hiciste. —Inspiró de nuevo—. No te he dicho que te quiero.

—Encontrarás el momento para hacerlo.

—¿Qué te parece ahora?

Vio el cambio tan sutil que se obró en su rostro, en sus ojos. Y su corazón sonrió dentro de ella.

—Ahora me parece bien.

—No te he dicho que te quiero porque no confiaba. No en ti, Griffin, confié en ti con mucha facilidad y eso me asustó un poco, así que no confiaba en mí. —Posó ambas manos sobre el corazón; podría jurar que sentía cómo se henchía—. Ha sido todo tan rápido que pensaba que no podía dejarme arrastrar por todo esto. No podía dejarme llevar, surcar la ola. Pero lo he hecho. Lo hago. Te quiero, amo quién eres conmigo, con Callie. Amo quién eres. Puede que fueran el miedo y la ira lo que hizo que estuviera tan claro. Pero está claro. Le has hecho esta habitación a Callie... para ella. Ella ya es tuya. Y también yo.

Griff se acercó a ella y le asió las manos.

—¿Había un sí ahí?

—Había un montón de ellos. ¿Es que no me estabas prestando atención?

—Me he perdido un poco después del te quiero. —La atrajo contra sí y las arrastró consigo, dejándose llevar bajo la luz que entraba y los arcoíris.

—Te quiero —murmuró—. Eso me colma, me hace feliz. Igual que Callie. No sabía que nadie más pudiera hacerme sentir así. Pero tú lo haces.

Superado, se mecía con ella.

—Jamás dejaré de hacerlo.

—Te creo. Te creo y... juntos vamos a construir cosas maravillosas. Contigo puedo mirar más allá de hoy, de mañana, hacia las semanas, los meses y los años que están por venir.

—Tengo que comprarte un anillo. Debería comprarle uno a Callie.

A Shelby se le derritió el corazón.

—Tenías razón. Se merece a alguien como tú. Voy a hacer que tú también te sientas

pleno y feliz. —Se inclinó hacia atrás, enmarcando su rostro—. Quiero más hijos.

—¿Ahora mismo?

—Claro que ahora mismo. No quiero esperar. A los dos se nos dan bien los niños, y Callie debería tener una gran y ruidosa familia.

Griff estaba sonriendo de oreja a oreja, y aquellos ojos inteligentes brillaban.

—¿Cómo de grande?

—Tres más; con eso serían cuatro.

—Cuatro es factible. La casa es grande.

—Tengo muchas ideas para esta casa... que me he estado guardando.

—¿De veras?

—De veras. Y voy a ser feroz con algunas. —Le rodeó el cuello con las manos—.

Voy a trabajar contigo en esta casa, en esta familia, en esta vida. Y juntos vamos a construir algo fuerte, real y hermoso.

—Creo que ya hemos empezado. Si vas a tener un montón de ideas y a prestarme ayuda en lo referente a la casa, deberías mudarte aquí pronto.

—¿Qué tal mañana?

A Shelby le encantó ver su sorpresa y luego su alegría.

—Mañana también es factible. La palabra de moda es «factible». Todo es factible.

—¿Por qué no vamos a hablar de esto con Callie?

—Hagámoslo. Quedaos a cenar —dijo de nuevo mientras bajaban—. Quedaos a dormir, quedaos a desayunar. Aún no tengo cama para ella, pero improvisaré algo.

—Sé que lo harás.

Hablaron fuera de la vieja casa que habían hecho suya. Se acercaron con paso tranquilo a la pequeña, que correteaba con un desgarbado perro alrededor de un remolino de relucientes pompas, con las montañas alzándose en todo su verdor y las grisáceas nubes sobre ellas en el intenso cielo azul. Y con el agua burbujeando con una cadencia musical sobre las rocas entre el sol y las sombras.

Había encontrado su camino a casa, pensó Shelby.

Su hogar.

Nora
Roberts

El coleccionista



PLAZA  JANÉS

Lila Emerson tiene dos profesiones que se complementan perfectamente: cuidadora profesional de casas y escritora freelance. Sus clientes le encargan el cuidado de sus viviendas, plantas e incluso mascotas cuando se ausentan y mientras que vive en el hogar prestado, ella aprovecha para soñar con la vida de otros y escribir novelas.

Pero todo cambia cuando una noche es testigo de lo que parece ser el asesinato de una chica y un suicidio. De repente, se ve implicada en una investigación junto con el famoso y atractivo hermano del suicida.

Decididos a averiguar la verdad, emprenderán una arriesgada búsqueda que les conducirá al peligroso mundo del tráfico de antigüedades, donde algunas personas estarán dispuestas a matar a sangre fría solo con tal de completar su colección.

Shelby Pomeroy pierde a su marido, Richard, en dos ocasiones. La primera cuando recibe la noticia de su naufragio y la segunda cuando descubre las múltiples identidades falsas que ha tenido, los escarceos amorosos que ha vivido con otras mujeres y la impresionante deuda que le ha dejado. Todo era falso, incluso el diamante de su anillo de compromiso. Desesperada por recuperar el equilibrio y sacar adelante a su hija de tres años, Shelby regresa a la pequeña localidad de Tennessee donde se crió. Reencontrarse con su familia y con los paisajes de su niñez le devuelve la fuerza y la ilusión de vivir, y cuando conoce a Griffin Lott, un atractivo constructor local, siente que al fin está empezando una nueva vida. A partir de ese momento el amor, pero también el peligro, rondarán a Shelby. No todos los secretos de Richard han salido todavía a la luz y ella pronto se dará cuenta de que se ha convertido en un objetivo y que ni siquiera en su pueblo natal, y rodeada de gente que la quiere, está a salvo.



Nora Roberts es una superestrella.

The New York Times

Me encanta Nora Roberts.

STEPHEN KING

Es la novelista con más éxito del planeta Tierra.

The Washington Post

Nora Roberts, la autora número 1 en ventas de *The New York Times* y «la escritora favorita de América», como la describió la revista *The New Yorker*, comentó en una ocasión: «Yo no escribo sobre Cenicientas que esperan sentadas a que venga a salvarlas su príncipe azul. Ellas se bastan y se sobran para salir adelante solas. El “príncipe” es como la paga extra, un complemento, algo más... pero no la única respuesta a sus problemas».

Más de cuatrocientos millones de ejemplares impresos de sus libros avalan la complicidad que Nora Roberts consigue establecer con mujeres de todo el mundo. El éxito de sus novelas es incuestionable, y quienes la leen una vez, repiten. Sabe hablar a las mujeres de hoy sobre sí mismas y sus historias llegan a un público femenino muy amplio porque son mucho más que novelas románticas.

Nora Roberts ha escrito más de 210 novelas que se publican en 34 países, se venden unas 27 novelas suyas cada minuto y 58 han debutado en la primera semana de ventas en el codiciado número 1 de *The New York Times*.

www.noraroberts.com



[noraroberts](https://www.facebook.com/noraroberts)

Título original: *The Liar*

Edición en formato digital: marzo de 2016

© 2015, Nora Roberts

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo: excepto Estados Unidos, Canadá, Filipinas y Puerto Rico

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, Nieves Calvino Gutiérrez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House grupo editorial / Gemma Martínez

Fotografía de portada: © Frank Díaz

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01768-1

Composición digital: M.I. maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La mentira	
PRIMERA PARTE. El engaño	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
SEGUNDA PARTE. Raíces	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20	
TERCERA PARTE. Lo real	
Capítulo 21	
Capítulo 22	
Capítulo 23	
Capítulo 24	
Capítulo 25	
Capítulo 26	
Capítulo 27	
Capítulo 28	
Capítulo 29	
Capítulo 30	
Epílogo	
Si te ha gustado esta novela... no te pierdas	
Sobre este libro	
Sobre Nora Roberts	
Créditos	